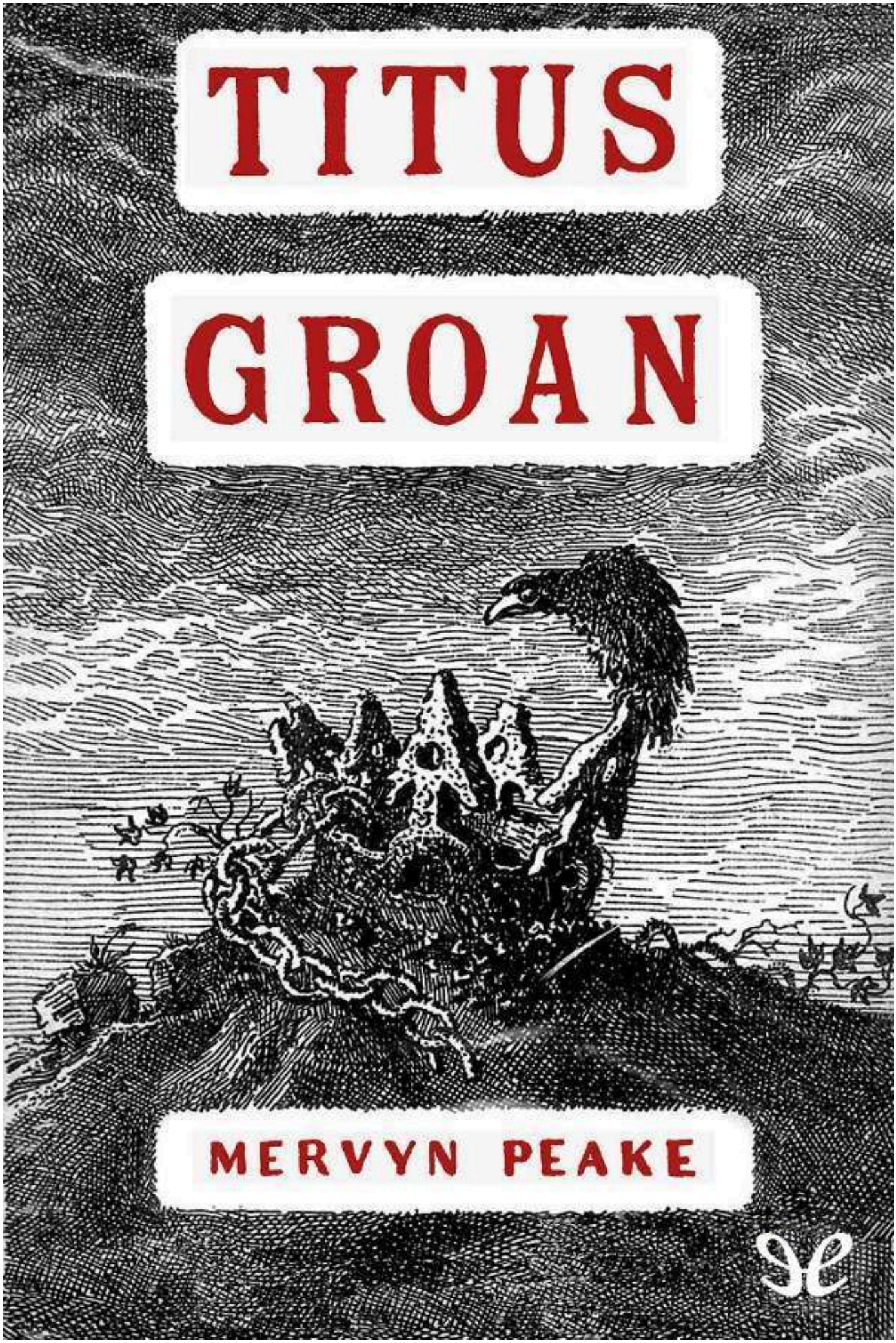
TITUS GROAN



MERVYN PEAKE

En un futuro muy lejano, la ciencia y la tecnología se han perdido, dejando al mundo ante una humanidad agonizante, decadente y ante constantes luchas por el poder. La ambientación gótica, tenebrosa e inquietante, nos sitúa ante Titus, el joven heredero del castillo laberíntico de Gormenghast, que pasa a ser el verdadero protagonista de esta novela debido a sus recovecos, sus secretos y unos personajes tan grotescos como siniestros. Esta Bildungsroman (novela de formación y desarrollo del protagonista) nos ofrece a un Titus destinado a convertirse en el 77 Conde de Groan, haciendo frente a la locura de su padre y la aparición de un ejército de criados del castillo que conspiran por arrebatarle el poder.

Mervyn Peake, novelista, poeta y artista, nació en 1911 en Kiling, China, hijo de un médico misionero. Llegó a Inglaterra a los once años y estudió en las Royal Academy Schools. Entre 1934 y 1936 vivió en la isla de Sark con un grupo de artistas y, de vuelta en Londres, enseñó dibujo y pintura e ilustró obras de Coleridge, Stevenson, Carroll y otros. En 1946 publicó *Titus Groan*, luego *Gormenghast* (1950) seguido de *Titus Solo* (1959), una trilogía gótica que pronto se convirtió en una obra de culto. La poesía de Peake incluye *The Glassbowers* (1950) y *The Rhyme of the Flying Bomb* (1962).

Peake murió en 1968 tras una larga enfermedad.

Mervyn Peake

Titus Groan

Los libros de Titus - 1

ePub r1.4
Titivillus 24.2.2016

Título original: *Titus Groan*
Mervyn Peake, 1946
Traducción: Rosa González y Luis Doménech
Ilustraciones: Mervyn Peake

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

¿Te gusta escoger carne? ¿O preferirías ver un hombre en las nubes y que él te hablara?

Bunyan

LA GALERÍA DE LAS TALLAS BRILLANTES

GORMENGHAST, es decir, la mole principal de la piedra originaria, habría ostentado una cierta cualidad de pesadez arquitectónica si hubiese sido posible ignorar el enjambre de míseras viviendas que circunvalaban los muros exteriores como una erupción epidémica. Las casas de barro se desparramaban por la pendiente encabalgándose unas sobre otras hasta alcanzar la muralla del castillo; allí las más recónditas se apoyaban en los gruesos muros, agarrándose como lapas a las piedras. Una ley ancestral les permitía esta intimidad glacial con la fortaleza que se cernía encima. Sobre los techos irregulares caían, a lo largo de las estaciones, las sombras de los contrafuertes roídos por el tiempo, de los torreones quebrantados y altivos, y sobre todo la enorme sombra de la Torre de los Pedernales. Esta torre, irregularmente moteada de yedra negra, se alzaba por entre los puños de la mampostería almenada como un dedo mutilado y blasfemo que señalaba al cielo. De noche, los búhos la convertían en una garganta resonante; de día callaba y proyectaba una larga sombra.

Apenas había comunicación entre los habitantes de este sector exterior y los que vivían dentro de la muralla, salvo la primera mañana de junio de cada año, cuando la población de las viviendas de barro era autorizada a entrar en el Recinto y exponer las esculturas de madera en las que habían trabajado el año entero. Estas tallas, policromadas con extraños colores, solían representar animales o formas humanas extremadamente estilizadas y originales. Entre estas gentes había una competencia encarnizada y feroz por exponer el objeto más bello del año. En cuanto se apagaba la llama del amor, la talla de estas esculturas se convertía en la pasión dominante, y entre todas las chozas que se apiñaban al pie de la muralla exterior, había una veintena de dotados artesanos que por su reputación habían conseguido un puesto de honor entre las sombras.

Dentro de la muralla había una zona en que las propias piedras del muro sobresalían como una sólida repisa de unos pocos palmos de altura y de doscientos o trescientos pies de longitud. Estos salientes de piedra estaban pintados de blanco; y en la primera mañana de junio las tallas que el conde Groan tenía que juzgar se colocaban sobre esta repisa. Las obras más consumadas, que no podían nunca pasar de tres, eran enseguida relegadas a la Galería de las Tallas Brillantes.

Expuestos allí durante todo el día, estos vividos objetos, cuyas fantásticas sombras sobre las paredes de atrás se desplazaban y alargaban hora a hora junto con la rotación del sol, desprendían una especie de oscuridad a pesar de su gran colorido. El aire entre estas piezas estaba preñado de desprecio y envidia. Los artesanos esperaban como mendigos junto a las piezas, mientras las familias se apiñaban en grupos silenciosos. Eran gente tosca y prematuramente envejecida. Los rostros radiantes habían quedado atrás.

Las tallas que no habían sido seleccionadas eran quemadas aquella misma noche en el patio bajo el balcón oeste del conde Groan, quien según la tradición asistía al holocausto en silencio con la cabeza doblada, como dolorido, hasta que tres gongs sonaban dentro, y las tres tallas que habían de salvarse de las llamas eran expuestas a la luz de la luna. Se colocaban de pie sobre la balaustrada del balcón, a la vista de todos, y el conde Groan pedía a los autores que se adelantasen. Cuando los hombres estaban exactamente bajo la balaustrada, el conde les arrojaba los rollos de pergamino en que estaba escrito que se les permitía pasearse por las almenas que se alzaban sobre el acantonamiento, en las noches de luna llena y cada dos meses. Esas noches, y desde una ventana que diera sobre la muralla sur de Gormenghast, un observador podía vislumbrar, a la luz de la luna, las figuras diminutas de quienes habían ganado el envidiable honor de deambular de aquí para allá por las almenas.

A excepción del día de las tallas, y de la libertad concedida a los artistas más sobresalientes, los que vivían en el interior de las murallas nada sabían de la gente de extramuros, de la que por otra parte se desentendían, engullidos como estaban por las sombras de las grandes murallas. Eran poco menos que un pueblo olvidado, una casta que se recordaba con un sobresalto, o con la impresión de irrealidad de un

sueño recrudescente. Sólo el día de las tallas los hacía salir a la luz del sol, reavivando la memoria de años pasados. Pues la ceremonia venía repitiéndose desde un tiempo remoto que sólo Nettle, el octogenario que vivía en la torre encima de la herrumbrosa armería, era capaz de recordar. Innumerables tallas habían sido reducidas a ceniza, de acuerdo con la ley, pero las elegidas estaban aún depositadas en la Galería de las Tallas Brillantes.

Esta galería, que ocupaba la planta superior del ala norte, estaba presidida por el conservador, Rottcodd, quien, como nunca recibía ninguna visita, se pasaba la mayor parte del tiempo dormitando en la hamaca que había montado en el extremo más alejado de la sala. A pesar de su perenne duermevela, no se sabía que hubiera soltado nunca el plumero; con él llevaba regularmente a cabo una de las dos únicas tareas aparentemente necesarias en esta larga y silenciosa galería, es decir, sacudir el polvo de las Tallas Brillantes.

Si bien esos objetos le interesaban poco en tanto que obras de arte, se sentía inevitablemente apegado a algunas de las tallas por razones de propincuidad. Se esmeraba al quitar el polvo al Caballo Esmeralda y prestaba también particular atención tanto a la Cabeza Azabache y Oliva, situada justo enfrente, como al Tiburón Policromo. Pero Rottcodd no permitía que una sola mota de polvo se asentase sobre las otras tallas.

Entrando a las siete en punto, en invierno y en verano, año tras año, Rottcodd se quitaba la chaqueta y se enfundaba un amplio guardapolvo gris que le caía desmañadamente hasta los tobillos. Con el plumero bajo el brazo, solía entonces escrutar sagazmente, por encima de las gafas, las profundidades de la galería. Tenía el cráneo pequeño y oscuro como una bala de mosquete corroída por la pólvora, y los ojos, detrás de los cristales relucientes de las gafas, eran dos réplicas en miniatura de la cabeza. Los ojos y la cabeza se movían sin parar, como si quisieran resarcirse del tiempo perdido mientras dormían; la cabeza se bamboleaba mecánicamente de un lado a otro cuando Rottcodd andaba, y los ojos, como si intentaran seguir el ritmo de la esfera paternal a la que estaban unidos, miraban aquí, allá y a todas partes, sin ningún propósito. Después de enfundarse el guardapolvo, de echar una rápida ojeada por encima de las gafas, y de repetir la actuación por toda el ala norte, Rottcodd solía sacar el plumero del sobaco izquierdo, y con el arma enarbolada avanzaba sin más dilación hacia la primera talla a la derecha. Encontrándose en la planta superior del ala norte, esta sala no era exactamente una galería sino más bien un desván. La única ventana se abría al fondo, enfrente de la puerta por la que Rottcodd entraba desde la zona alta del edificio. Daba poca luz. Las persianas estaban invariablemente bajas. Siete enormes candelabros suspendidos del techo a intervalos de nueve pies iluminaban la galería de día y de noche. Las velas no llegaban nunca a apagarse, ni tan siquiera a gotear, puesto que el mismo Rottcodd las repostaba antes de retirarse a las nueve de la noche. La menuda y lóbrega antecámara en la que dejaba el guardapolvo, contenía una provisión de velas blancas, así como el voluminoso libro de visitantes, blancuzco de polvo, y una escalera de mano. No había mesa ni sillas, ni ningún otro mueble aparte de la hamaca en la que Rottcodd dormía junto a la ventana del fondo. El piso de madera estaba blanco de polvo, sacudido tan asiduamente de las tallas que no tenía otra alternativa que la de depositarse en una capa espesa, sobre todo en los cuatro rincones de la sala.

Tras pasar el plumero por la primera talla de la derecha, Rottcodd avanzaba mecánicamente ante la larga falange multicolor, deteniéndose un momento delante de cada talla, recorriéndola con la mirada y bamboleando la cabeza apreciativamente, antes de aplicar el plumero. Rottcodd era soltero. Al verlo por primera vez se advertía en él una cierta reserva e incluso un cierto nerviosismo que provocaba en las damas un horror peculiar. La suya era pues una existencia idílica, solo de día y de noche en un desván alargado. Pero de vez en cuando, por una u otra razón, un criado o un miembro de la casa del conde se presentaba inesperadamente y lo sorprendía con alguna pregunta referente al ritual, tras lo cual el polvo volvía a asentarse en la sala y en el alma del señor Rottcodd.

¿Cuáles eran sus ensueños mientras permanecía tumbado en la hamaca con la negruzca cabeza de bala oculta bajo el pliegue del codo? ¿En qué soñaba hora tras hora, año tras año? Se hace difícil imaginar que los pensamientos que le cruzaban la mente fueran excepcionales, o que —a pesar de las brillantes hileras de esculturas que surgiendo del polvo se alargaban hasta el infinito en un arco de triunfo digno de un emperador— Rottcodd hiciera el más mínimo esfuerzo por salir de su aislamiento; parecía más bien disfrutar de la soledad por ella misma, temiendo en todo momento la aparición de un intruso.

Una tarde húmeda, cuando Rottcodd estaba cómodamente tumbado, ese visitante llegó de pronto. En vez del acostumbrado golpe de nudillos contra el panel, alguien sacudió ruidosamente el pomo de la puerta, interrumpiendo la siesta de Rottcodd. Los ecos resonaron a lo largo de la habitación antes de apagarse en la fina polvareda del piso. Los rayos del sol se colaban por entre las delgadas rendijas de la persiana. Incluso en tardes calurosas, sofocantes e insalubres como ésta, las persianas estaban echadas y la luz de las velas inundaba la sala con un incongruente resplandor. Al oír cómo sacudían el pomo, Rottcodd se incorporó

inmediatamente. Las estrechas bandas de luz moteada que se filtraban por la persiana le rayaban la oscura cabeza con el brillo del mundo exterior. Al saltar de la hamaca, la cabeza se le bamboleó sobre los hombros, mientras echaba unas rápidas y precipitadas miradas a la puerta, arriba y abajo, después de clavarse un momento en las convulsiones de la cerradura. Agarrando el plumero con la diestra, Rottcodd empezó a avanzar por la brillante avenida, levantando a cada paso pequeñas nubes de polvo. Cuando por fin alcanzó la puerta, el pomo había dejado de vibrar. Arrodillándose precipitadamente, acercó el ojo derecho al agujero de la cerradura, atendió a las oscilaciones de su propia cabeza y a las veleidades errantes del ojo izquierdo (que se empeñaba en recorrer la superficie vertical de la puerta), y por fin, a fuerza de concentración, alcanzó a ver un ojo a unas tres pulgadas de distancia encajado como el suyo en el agujero de la cerradura, un ojo que no le pertenecía, pues no sólo no era de color gris mármol como los suyos, sino que además, lo que parecía aún más convincente, estaba al otro lado de la puerta. Este tercer ojo, que actuaba exactamente igual que el de Rottcodd, pertenecía al señor Excorio el taciturno criado de Sepulcravo, conde de Gormenghast. Que el señor Excorio estuviera verticalmente alejado del conde por una planta, y horizontalmente por cuatro aposentos, era algo muy insólito en la vida del castillo. El solo hecho de que no estuviera junto a su amo era ya anormal, y no obstante no parecía haber duda de que en esta tarde sofocante de verano el ojo del señor Excorio estaba pegado a la cerradura externa de la puerta de la Galería de las Tallas Brillantes, y presumiblemente el resto del señor Excorio se encontraba también detrás del ojo. Tras el mutuo reconocimiento, los ojos se retiraron simultáneamente y el puño del visitante sacudió una vez más el pomo de latón. Rottcodd hizo girar la llave y la puerta se abrió lentamente.

El hueco de la puerta quedó virtualmente obstruido por la figura del señor Excorio, que cruzado de brazos inspeccionaba con mirada ausente al hombre más bajo que tenía delante. No parecía que un rostro tan huesudo como el suyo fuera capaz de emitir sonidos normales, y que en vez de una voz, emergería algo más quebradizo, más añejo, más seco, quizás algo parecido a una astilla o un trozo de piedra. No obstante, los ásperos labios se entreabrieron:

—Soy yo —dijo, avanzando un paso hacia la sala, mientras le crujían las articulaciones de las rodillas.

Cada paso que daba por una habitación (en realidad, cada paso de su vida) iba invariablemente acompañado por esos crujidos, uno por cada paso, como ramas secas que se quebraban.

Rottcodd, al comprobar la identidad del visitante, le indicó que se aproximara con un movimiento irritado de la mano, y cerró la puerta tras él.

La conversación no había sido nunca el fuerte del señor Excorio, y durante un buen rato, que a Rottcodd le pareció una eternidad, miró sombríamente delante de él, alzó la mano huesuda y se rascó detrás de la oreja. Luego hizo una segunda observación:

—Todavía aquí, ¿eh? —preguntó con una voz que a duras penas le salía de la cara.

Rottcodd, considerando sin duda que no había mucha necesidad de que contestara semejante pregunta, se encogió de hombros y se dedicó a observar el techo.

El señor Excorio tomó aliento y prosiguió:

—Dije, todavía aquí, ¿eh, Rottcodd? —echó una amarga ojeada a la talla del Caballo Esmeralda—. ¿Conque sigue aquí, eh?

—Estoy invariablemente aquí —dijo Rottcodd bajándose los anteojos de cristales relucientes y recorriendo con la mirada el semblante del señor Excorio—. Un día y otro día, invariablemente. Tiempo muy caluroso. Extremadamente sofocante. ¿Quiere algo?

—Nada —respondió Excorio acercándose a Rottcodd con aire que tenía algo de amenazador—. No quiero nada. —Se restregó las palmas de las manos en las caderas, donde la tela oscura brillaba como seda.

Rottcodd sacudió el plumero sacándose la ceniza de los zapatos y ladeó la cabeza de bala.

—Ah —dijo, evasivo.

—Usted dice «ah» —exclamó Excorio dando la espalda a Rottcodd y echando a andar por la avenida multicolor—, pero se lo aseguro, es más que «ah».

—Por supuesto —dijo Rottcodd—. Sin duda es mucho más, pero está fuera de mi alcance. Yo soy el conservador.

Al pronunciar estás palabras Rottcodd irguió el cuerpo tanto como pudo y se mantuvo de puntillas sobre el polvo.

—¿Es usted qué? —preguntó Excorio que había vuelto sobre sus pasos y se inclinaba ahora por encima de Rottcodd—. ¿El conservador?

—Eso es —dijo Rottcodd, sacudiendo la cabeza.

Un sonido ronco brotó de la garganta de Excorio. Rottcodd lo tomó como una falta total de comprensión. Le disgustaba que ese hombre hubiera invadido su terreno.

—Conservador —dijo Excorio después de un lúgubre silencio—, le contaré algo. Sé algo, ¿eh?

—¿Y bien?

—Se lo contaré. Pero antes ¿qué día es hoy? ¿Qué mes y qué año? Responda.

Rottcodd se desconcertó ante la pregunta, pero empezaba a sentirse intrigado. Era obvio que este hombre huesudo tenía algo en mente, y respondió:

—Es el octavo día del octavo mes, no estoy seguro del año. ¿Por qué?

—El octavo día del octavo mes —repitió el señor Excorio con una voz que apenas se oía. Tenía los ojos casi transparentes, como si entre los peñascos de un paisaje de feas colinas aparecieran dos lagos que reflejaban el cielo—. Acérquese —dijo—, acérquese más, Rottcodd, voy a contárselo. Usted no entiende Gormenghast, lo que sucede en Gormenghast, las cosas que pasan, nada de nada. Ahí debajo, ahí pasa todo, bajo el ala norte. ¿Qué son esas cosas de aquí arriba? ¿Esos trozos de madera? De nada sirven ahora. Consérvelos, pero de nada sirven ahora. Todo bulle, el castillo bulle. Hoy es la primera vez en muchos años que se queda solo, sin mí, el conde. —Excorio se mordisqueó un nudillo—. Alcoba de la condesa, allí es donde está. Ha perdido el buen juicio, prescinde de mí, no me deja entrar a ver al Recién Llegado. El Recién Llegado. Ya ha nacido. Está abajo. Y yo no lo he visto. —Esta vez Excorio se mordió un nudillo de la otra mano, como para equilibrar la sensación—. Nadie ha entrado. Claro que no. Yo seré el siguiente. Los pájaros están posados sobre los barrotes de la cama. Cuervos, estorninos, todos los tunantes, y el grajo blanco. Hay un cernícalo; las garras clavadas en el almohadón. Su señoría la condesa los alimenta con cortezas de pan. Mijo y cortezas de pan. Apenas ha visto al recién nacido. El heredero de Gormenghast. Ni siquiera lo mira. Pero en cambio el conde no le quita los ojos. Lo he observado a través de la mirilla.

—Me necesita, ¿sabe?, pero no me deja entrar. ¿Me está usted escuchando?

Ciertamente el señor Rottcodd estaba escuchando. En primer lugar porque jamás había oído a Excorio hablar tan prolijamente, y en segundo lugar porque el nacimiento del hijo tan esperado en el seno de la antigua e histórica casa de Groan no dejaba de ser un interesante bocado para un conservador que se pasaba los días encerrado en la planta superior de la desolada ala norte. Eso le mantendría la mente ocupada en los días venideros. Excorio tenía razón al señalar que él, Rottcodd, no podía seguir el pulso del castillo desde las profundidades de una hamaca, y lo cierto es que ni siquiera había sospechado que un heredero estaba en camino. Las comidas brotaban de las sombras mediante un minúsculo ascensor que atravesaba la oscuridad, desde la zona de la servidumbre, varias plantas más abajo, y como por la noche dormía en la antesala, vivía completamente aislado del mundo y de todos sus avatares. Excorio le había traído auténticas nuevas. No obstante le desagradaba que lo importunaran, incluso para pasarle información de este calibre. Su cabeza de bala debatía la cuestión de la inesperada visita. ¿Por qué Excorio, que en el decurso normal de los acontecimientos no hubiera ni siquiera levantado una ceja para reconocer la presencia del conservador, por qué ahora se había molestado en escalar una zona del castillo que le era tan ajena? ¿Por qué se había esforzado en conversar con un carácter tan taciturno? Echó una de sus rápidas ojeadas a Excorio y se sorprendió a sí mismo diciendo de repente:

—¿A qué he de atribuir esta visita, señor Excorio?

—¿Qué? —dijo Excorio—. ¿Qué sucede?

Miró a Rottcodd y los ojos se le nublaron. A decir verdad, él era el primer sorprendido por lo que había hecho. ¿Por qué diantres, pensó, se había tomado la molestia de anunciar a Rottcodd una noticia que tanto significaba para él? ¿Por qué precisamente a Rottcodd y no a otro? Siguió observando al conservador, y cuanto más lo pensaba, más claro le parecía que la pregunta de Rottcodd era, cuanto menos, incómodamente pertinente.

El hombrecillo de enfrente le había hecho una pregunta simple y directa. Pero para Excorio era un enigma. Se arrastró un par de pasos hacia Rottcodd, se metió las manos en los bolsillos y giró lentamente sobre un tacón.

—¡Ah! —dijo al fin—, ya entiendo lo que quiere decir, Rottcodd, ya lo veo.

Rottcodd estaba deseando volver a la hamaca y disfrutar el lujo de sentirse otra vez completamente solo, pero al oír este comentario, se volvió rápidamente a mirar la cara del visitante. Excorio había dicho que entendía lo que él, Rottcodd, quería decir. ¿Realmente? Muy interesante. Y a propósito, ¿qué había querido decir? ¿Qué es lo que Excorio había entendido? Quitó una imaginaria mota de polvo de la cabeza dorada de una dríade.

—¿Está interesado en el nacimiento de abajo? —preguntó.

Excorio permaneció un rato inmóvil como si no hubiera oído nada, pero al cabo de unos pocos minutos fue evidente que estaba estupefacto.

—¡Interesado! —exclamó con voz ronca y profunda—. ¡Interesado! El pequeño es un Groan. Un

auténtico varón Groan. ¡Un desafío al Cambio! ¡No habrá Cambio, Rottcodd, no habrá Cambio!

—¡Ah! Ya comprendo por dónde va, señor Excorio. ¿No estará muriéndose el conde?

—No —respondió Excorio—. ¡Pero le salen canas! —y se acercó a las persianas de madera con largas y lentas zancadas de garza, levantando nubes de polvo. Cuando la polvareda se asentó, Rottcodd vio que había apoyado contra el dintel la cabeza angulosa de color de pergamino.

El señor Excorio no alcanzaba a sentirse completamente satisfecho de la explicación que había dado a Rottcodd sobre el motivo que lo había traído a la Galería de las Tallas Brillantes. Mientras permanecía de pie junto a la ventana, se repetía una y otra vez la pregunta: ¿por qué Rottcodd? ¿Por qué demonios Rottcodd? Y no obstante sabía que en cuanto se enteró del nacimiento del heredero, cuando su naturaleza austera se había conmocionado de tal modo que había sentido la irresistible necesidad de comunicar su entusiasmo a algún otro, fue en Rottcodd en quien pensó inmediatamente. Ni comunicativo ni entusiasta por naturaleza, le había sido difícil, incluso bajo la presión emocional del acontecimiento, informar directamente a Rottcodd. Como ya se ha dicho, él fue el primer sorprendido, no sólo por haberse librado de aquella carga, sino también por haber necesitado tan poco tiempo.

Se volvió y vio que el conservador estaba de pie con aire cansino junto al Tiburón Policromo, meneando como un pájaro la pequeña cabeza rapada y sosteniendo el plumero entre los dedos. Se daba cuenta de que Rottcodd aguardaba cortésmente a que se marchase. En resumidas cuentas, el señor Excorio se encontraba en un peculiar estado de ánimo. Le había sorprendido que Rottcodd apenas se inmutara al oír la noticia, y estaba sorprendido consigo mismo por haber venido a anunciarla. Extrajo un enorme reloj de plata del bolsillo y lo sostuvo horizontalmente en la palma de la mano.

—He de marchar —dijo torpemente—. ¿Me oye, Rottcodd? He de marchar.

—Agradecido por la visita —dijo Rottcodd—. ¿Firmará a la salida el libro de visitantes?

—¡No! ¿Visitante yo? —preguntó Excorio levantando los hombros hasta las orejas—. Treinta y siete años al servicio del conde. ¡Firmar un libro! —añadió con desprecio, y escupió en un rincón apartado de la sala.

—Como guste —dijo Rottcodd—. Me refería a la sección del libro reservada al personal.

—¡No! —dijo Excorio.

Fue hacia la puerta y al pasar junto al conservador lo miró atentamente. La pregunta continuaba aún preocupándolo. ¿Por qué? La natividad había conmocionado el castillo. Se hacían mil conjeturas. No había ningún orden. Los rumores barrían la fortaleza. Por todas partes, por pasadizos, arcadas, claustros, refectorio, cocina, alcobas y salas era igual. ¿Por qué había elegido al apático Rottcodd? De pronto lo comprendió. Tenía que haber pensado inconscientemente que la noticia no habría sido noticia para nadie más; que Rottcodd era terreno virgen para este mensaje, Rottcodd, el conservador que vivía solo entre las Tallas Brillantes, era la única persona a la que podía llevar la primicia sin comprometer su hosca dignidad, y aunque la reacción sería poco entusiasta, por lo menos sería una verdadera novedad.

Había resuelto el problema, y dándose cuenta de un modo un tanto obtuso de que la conclusión era particularmente mundana y poco inspirada, y habiendo descartado que su alma hubiese recorrido todos esos pasillos y escaleras en busca del alma de Rottcodd, Excorio avanzó con las piernas ligeramente esparrancadas por los corredores del ala norte y bajó por la curva escalinata de piedra que conducía al patio de piedras acompañado todo el rato por una curiosa desilusión, la idea de que había menoscabado su propia dignidad, y el alivio de que su visita a Rottcodd hubiera pasado inadvertida y de que el propio Rottcodd estuviera bien escondido del mundo en la Galería de las Tallas Brillantes.

LA GRAN COCINA

CUANDO EXCORIO ATRAVESÓ la arcada del servicio y descendió los doce escalones hasta el corredor principal que conducía a la zona de la cocina, notó una profunda transformación. La soledad del santuario de Rottcodd, que aún tenía en la mente, estaba siendo violada. En estos pasadizos de piedra había claros síntomas de regocijo irreverente. El señor Excorio encorvó los hombros huesudos y hundió las manos en los bolsillos de la chaqueta, empujándolas hacia adelante de manera que sólo el tejido negro separaba los puños cerrados. La tela estaba tan tensa que amenazaba con rasgarse por la espalda. Miró tristemente a derecha y a izquierda y avanzó, con sus largas y crujientes piernas de araña, abriéndose paso entre un atrafagado grupo de sirvientes. Éstos bromeaban con groseras carcajadas, y uno de ellos, evidentemente el más socarrón, contorsionaba la cara, maleable como masilla, dándole formas que parecían independientes del cráneo, suponiendo que hubiese realmente un cráneo bajo aquella carne elástica. El señor Excorio se abrió paso a empujones.

El corredor bullía. Grupos de figuras con delantal se apiñaban y se dispersaban. Unos cantaban, otros discutían y otros, exhaustos ya y sin voz, estaban pegados a la pared, con las manos colgando o batiendo estúpidamente al ritmo de alguna cancioncilla de cocina. El griterío era implacable. Desde el punto de vista formal, Excorio prefería este tipo de manifestaciones, o por lo menos las consideraba más apropiadas a la ocasión. La falta de entusiasmo de Rottcodd le había chocado. Aquí al menos se observaba el tradicional regocijo que merecía el nacimiento de un heredero de Gormenghast. Pero para él era imposible mostrar cualquier signo de entusiasmo cuando estaba entre gentes entusiasmadas. Al avanzar por el abarrotado corredor y pasar consecutivamente por los oscuros pasadizos que conducían al matadero y hedían a sangre fresca, las tahonas repletas de olorosas hogazas y las escaleras que se hundían hacia las bodegas y el laberinto de subterráneos del castillo, experimentó una cierta satisfacción al ver que los jaraneros se hacían a un lado tambaleándose, para que él pasara, pues su posición de asistente primero de la casa del conde le confería una cierta autoridad, y tanto su boca amarga como el ceño que había anidado para siempre sobre su frente protuberante eran una advertencia.

No era frecuente que Excorio aprobara la felicidad de los demás. Veía en la felicidad la simiente de la independencia, y en la independencia la simiente de la rebeldía. Pero ahora todo era distinto, ya que el espíritu de la tradición se respetaba rigurosamente. El señor Excorio notó una punzada de placer entre las costillas.

Desde el lugar a donde había llegado, podía ver, a su izquierda, y a medio camino del corredor del servicio, las pesadas puertas de madera de la Gran Cocina. Enfrente, estrechándose en oscura perspectiva, ya que no tenía ventanas, el resto del corredor se prolongaba silenciosamente en la penumbra. No tenía puertas ni a un lado ni a otro, y al final acababa en un muro de sílex. Como es de suponer, este pasadizo inútil solía estar desierto, pero Excorio advirtió que había varias figuras tumbadas en medio de las sombras. Al punto un enorme estruendo de gritos y pataleos lo ensordeció momentáneamente.

En cuanto el señor Excorio entró en la Gran Cocina, una espantosa y sofocante concentración de vapor caliente le golpeó el cuerpo. La ya de por sí nauseabunda atmósfera de la cocina estaba agravada no sólo por los rayos de sol que se filtraban en la estancia a través de las ventanas altas, sino también por los fuegos que en el desenfreno de las celebraciones habían sido peligrosamente atizados. Pero al señor Excorio le pareció apropiado que aquello fuera tan insoportable. Incluso pensó que los cuatro asadores que metían cuartos y más cuartos de carne entre las puertas de metal, empujándolos con las pesadas botas, hasta que el horno empezó a ceder bajo la inmoderada presión, estaban de acuerdo con las circunstancias. El hecho de que no tuvieran idea de lo que estaban haciendo ni por qué lo hacían, era irrelevante. La condesa había dado a luz. ¿Era posible en este momento un comportamiento racional?

Las paredes de la enorme estancia, que rezumaban una tibia humedad, eran de losas de piedra gris y

estaban a cargo de una cuadrilla de dieciocho hombres conocidos como los «Fregones Grises». Habían tenido el privilegio, al alcanzar la adolescencia, de descubrir que, por ser hijos de sus padres, su futuro estaba ya decidido, y que a todos ellos les esperaba idéntica existencia: cumplir un deber nada imaginativo aunque loable. Éste consistía en devolver cada mañana al enorme suelo gris y a las altísimas paredes de la cocina un aspecto inmaculado. Cada día del año, desde tres horas antes del alba hasta aproximadamente las once, en que los andamios y las escaleras empezaban a molestar a los cocineros, los Fregones Grises desempeñaban sus obligaciones hereditarias. A causa de su profesión, tenían brazos inusitadamente fornidos, y cuando dejaban las manazas sueltas a ambos lados, el efecto era simiesco. A pesar de su torpe figura estos hombres constituían una parte integrante de la Gran Cocina. Sin los Fregones Grises, cualquier sociólogo que buscara en esta habitación sofocante una gama completa de temperamentos y de valores humanos inferiores, echaría en falta un elemento muy terreno, muy sólido, muy real.

La proximidad diaria con las grandes losas de piedra había petrificado los rostros de los Fregones Grises. No se advertía ninguna expresión en aquellos dieciocho rostros, a menos que la falta de expresión sea de por sí una expresión. Eran simplemente losas a través de las cuales los Fregones Grises hablaban de vez en cuando, miraban incesantemente y apenas oían. Eran sordos por tradición. Los ojos estaban allí, pequeños y planos como monedas, del mismo color que las paredes, como si durante las prolongadas horas de observación profesional la piedra gris hubiera dejado en ellos un indeleble reflejo. Sí, los ojos estaban allí, treinta y seis en total, y las dieciocho narices estaban allí, y las ranuras de las bocas, que parecían las rígidas hendeduras de separación de las piedras del suelo, estaban también allí. Aunque a los dieciocho rostros no les faltaba ningún rasgo humano, no obstante resultaba imposible discernir el más mínimo signo de animación, e incluso si se hubieran mezclado en un cubo todos esos rostros, sacándolos luego uno a uno al azar y clavándolos caprichosamente en la cabeza de un muñeco de cera, el resultado no habría variado, ya que incluso la más fantástica, la más ingeniosa distribución no hubiera conseguido dar vida a un conjunto cuyos componentes estaban muertos. En total, incluyendo las orejas, que en algunos casos eran monstruosamente expresivas, las ciento ocho facciones parecían incapaces, incluso en los casos más excepcionales, y tanto individualmente como *en masse*, de mostrar la más ligera sombra de algo que sugiriera lo que ocurría debajo.

Habiendo observado el entusiasmo que crecía alrededor de ellos en la Gran Cocina, y siendo incapaces de entender el motivo, puesto que eran sordos, los Fregones Grises no habían empezado a participar hasta hacía una o dos horas del espíritu festivo que había atacado el corazón y las entrañas del personal de la cocina.

Pero aquí y ahora, en este día señalado, enterados al fin del nacimiento del nuevo señor, los dieciocho Fregones Grises estaban tumbados en montón bajo la mesa, borrachos como cubas. Habían rendido honor a la ocasión y estaban fuera de juego, después de que los hubieran empujado uno a uno debajo de la mesa como si se tratara de barriles llenos de cerveza, que es lo que eran en aquellos momentos.

En medio del griterío de voces que subía y bajaba, que cambiaba de ritmo, y se prolongaba, hasta que un grito estridente o un silbido jadeante traía una nueva pausa, quebrada enseguida por un horrible carcajeo, un murmullo de estremecimiento o un carraspeo áspero, en medio de este espeso entramado bullicioso, se distinguían con lastimosa persistencia los pesados ronquidos de los Fregones Grises.

Hay que señalar en favor de los Fregones Grises que éstos sólo se lanzaron a chupar los bitoques de los toneles, como lactantes hambrientos, después de haber limpiado a fondo las paredes y el suelo de la cocina. No eran los únicos que habían sucumbido. La misma prueba inquebrantable de lealtad podía observarse en no menos de cuarenta miembros de la cocina que, habiendo escogido la botella como el medio más genuino para exteriorizar el afecto que tenían a la familia Groan, estaban viendo visiones y soñando el sueño de los justos.

Secándose con el revés de la mano huesuda el sudor que ya se le acumulaba en la frente, el señor Excorio dejó que la mirada se le posara un momento en los cuerpos inertes y escorzados de los embriagados Fregones Grises. Las cabezas, rapadas como plomizos campos de rastrojos, estaban vueltas hacia él. La sombra se había metido debajo de la mesa, y el resto de los cuerpos, que se perdían en líneas paralelas, fueron pronto devorados por la oscuridad. A primera vista le habían hecho pensar en una hilera de erizos enroscados, y tardó un rato en darse cuenta de que en realidad estaba contemplando una hilera de cráneos hirsutos. Una vez aclarado este particular, los ojos de Excorio recorrieron amargamente la Gran Cocina. La confusión era total, pero detrás del constante vaivén de las figuras y del esporádico caos de mesas volcadas, del suelo sembrado de pucheros, cacerolas, tazones, platos rotos y restos de comida, el señor Excorio alcanzaba a distinguir los principales elementos de la habitación y a retenerlos en la mente como punto de referencia, puesto que la cocina bailaba delante de él en una pegajosa bruma. Separada por el grueso muro

de piedra en el que se había practicado una escotilla de madera maciza, estaba la despensa con montones de fiambres y reses colgadas, y en la cara interna del muro pendía el espetón de asar. En una mesa fija que ocupaba todo un lado de la pared había enormes calderos en los que cabían cincuenta raciones. Los pucheros, en constante ebullición, habían rebosado, y un amasijo de líquido color sepia y de cáscaras de huevo que se habían echado a las ollas con el propósito de aclarar la sopa, cubría el suelo. El aserrín, que cada mañana se esparcía cuidadosamente por el piso, se había juntado en grumos, empapados de salpicaduras de vino, y tras rodar y ser pisoteados por el suelo habían rebozado las gotitas de grasa, que parecían croquetas. De las chorreantes paredes colgaban hileras de punzones y afiladores, cuchillos de deshuesar, cuchillos de desollar y machetes de doble mango, y debajo había una tabla de doce pies por nueve, desgastada y burilada por las innumerables heridas de varios decenios.

Al otro lado de la estancia, a la izquierda del señor Excorio, una enorme y espaciosa caldera, una hilera de hornos y una puerta eran los puntos de referencia del señor Excorio. Las tapas de los hornos estaban abiertas de par en par y dejaban escapar peligrosas y afiladas llamaradas, a medida que la grasa que habían arrojado a las lumbres burbujeaba y apestaba.

El señor Excorio estaba indeciso. Odiaba lo que veía, ya que de todas las estancias del castillo, la cocina era la que más detestaba, por una razón muy concreta. No obstante, el estremecimiento que sacudió su cuerpo de espantapájaros le confirmó que todo estaba bien. No podía analizar, claro está, sus propios sentimientos, ni siquiera se le ocurría intentarlo, pero como era una parte esencial de Gormenghast, podía saber instintivamente cuándo la esencia de la tradición transcurría por los cauces adecuados, con seguridad, y sin desviaciones.

Pero el hecho de que el señor Excorio aprobara por el más profundo de los motivos la vulgaridad de la Gran Cocina, no mitigaba en lo más mínimo el desprecio que sentía por cada una de las figuras que tenía delante, en tanto que individuos. Al observarlos uno a uno por separado, la satisfacción que había tenido en un principio al verlos colectivamente se tornó en aborrecimiento.

Una viga prodigiosamente torneada en espiral, flotaba, o por lo menos daba esta impresión en la calina, atravesando la Gran Cocina de extremo a extremo. En la cara inferior tenía clavados unos ganchos de hierro. Recostados sobre la viga y absolutamente inertes como sacos de serrín a medio llenar, había dos pasteleros, un anciano *poissonier*, un *rótisseur* con las piernas tan arqueadas que casi describían un círculo, un *légumier* de pelo rojizo, y cinco *sauciers* con pañuelos verdes anudados al cuello. Uno de ellos, en el extremo más alejado de Excorio, se sacudió de repente con un movimiento brusco, pero aparte de esto, todo estaba en calma. Todos eran muy felices.

El señor Excorio dio unos pocos pasos y la atmósfera se le cerró alrededor. Mientras había estado de pie junto a la puerta, nadie había reparado en él, mas ahora al adelantarse, uno de los jaraneros dio un repentino brinco y alcanzó uno de los ganchos de la oscura viga, quedando suspendido de un solo brazo. Era un hombrecito de aspecto cretino y cara de concentrada insolencia. Tenía que estar dotado de una fuerza totalmente desproporcionada con su talla, ya que a pesar de apoyar todo el peso del cuerpo en una sola extremidad, consiguió alzar la cabeza hasta el nivel del gancho de hierro. Cuando el señor Excorio pasaba por debajo de la viga, el enano, volviéndose con increíble rapidez, enroscó las piernas alrededor de la torneada viga y dejando caer el resto del cuerpo verticalmente, con la cara a unas pocas pulgadas de la del señor Excorio, le hizo una mueca grotesca con la cabeza vuelta hacia abajo, sin que Excorio pudiera hacer otra cosa que detenerse bruscamente. Para ese entonces, el enano había trepado de nuevo a la viga y la recorría a cuatro patas con una agilidad más propia de las junglas que de las cocinas.

Un prodigioso griterío que superaba en disonancia a la más estridente cacofonía, le hizo apartar la vista del enano. A la izquierda, a la sombra de una columna, pudo distinguir la silueta borrosa pero inequívoca de algo que había tenido en el cerebro, como un tumor, desde que entrara en la Gran Cocina.

VULTURNO

EL CHEF DE GORMENGHAST, manteniendo con dificultad el equilibrio sobre un tonel de vino, se estaba dirigiendo a un grupo de aprendices, tocados con gorritos blancos y con las chaquetillas a rayas empapadas, que se agarraban a los hombros de los otros para no caerse. Los rostros adolescentes, envueltos en vaharadas por el calor de los hornos próximos, estaban embobados, y cuando se reían o aplaudían a la enormidad que se balanceaba encima de ellos, lo hacían con un fervor histérico y servil. Al acercarse el señor Excorio a unos pocos metros del grupo, otro estruendo, parecido al que había oído momentos antes, retumbó en la atmósfera caldeada por encima del barril de vino.

Los jóvenes pinches habían oído este rugido otras muchas veces, y sabían que era siempre un signo de cólera. En consecuencia, al principio se asustaron al oírlo, mas pronto comprendieron que hoy no tenía el más mínimo tono de irritación.

Cerniéndose sobre ellos, embriagado, arrogante y pedante, el chef se estaba divirtiendo.

También los aprendices, que se balanceaban alegremente alrededor del tonel de vino, con los rostros unas veces en la penumbra y otros en la luz que entraba a raudales por el ventanal, se divertían de una manera un tanto delirante. Los ecos del aparentemente inexplicable rugido del gran chef se apagaron al fin, y el inestable círculo en torno al tonel pataleó febrilmente chillando de placer, pues habían vislumbrado el principio de una sonrisa imbécil que se insinuaba en la masa borrosa de la enorme cabeza que pendía sobre ellos. Nunca se habían sentido tan cómodos en presencia del chef. Competían unos con otros en tomarse las más insospechadas libertades. Se disputaban sus favores, chillando el nombre del chef a voz en grito. Estaban agotados, amodorrados y mareados por la bebida y el calor, pero apuraban con vehemencia unas últimas reservas de energía nerviosa. Todos excepto un joven alto de hombros, que durante toda esta escena había guardado un caviloso silencio. Detestaba a la figura que se balanceaba sobre el tonel y despreciaba a sus compañeros aprendices. Apoyado contra el lado oscuro de la columna, estaba fuera del campo de visión del chef.

La escena contrarió a Excorio, aun en un día como éste. Aunque teóricamente aprobaba el espectáculo, en la práctica le parecía desagradable. Se acordó de que desde su primer encuentro con Vulturno, tanto el chef como él habían sentido una aversión recíproca, una antipatía cada vez más enconada. A Vulturno le irritaba ver la figura huesuda y descoyuntada del primer sirviente de lord Sepulcravo en la cocina; lo único que paliaba esta irritación era la oportunidad de mostrarse ingenioso a expensas de Excorio.

Excorio entraba en el reino humeante de Vulturno con un único propósito: probarse a sí mismo y probar a los demás que él, como criado personal de lord Sepulcravo, no se dejaba intimidar por ningún miembro de la servidumbre.

Para no olvidar nunca este punto, de vez en cuando inspeccionaba los aposentos de los criados, si bien es cierto que no podía entrar en la cocina sin una náusea en el estómago, ni salía de ella sin un recrudecimiento de bilis.

Los largos rayos del sol, que las paredes húmedas reflejaban en una trémula calina, habían decorado el cuerpo del chef con manchas espectrales. Desde abajo, el efecto era de una masa moteada, de una blancura cálida e imprecisa y de un gris evanescente de ciénaga de medianoche, una masa que se elevaba y disolvía por entre las vigas. Haciendo honor a la ocasión, el chef se apoyó en la columna de piedra que tenía más próxima, con lo que las manchas de luz se le desplazaron por la blancura degradada del ajustado uniforme. Cuando Excorio lo vio por primera vez, la cabeza del cocinero estaba totalmente en la penumbra. El imponente gorro profesional que la coronaba recordaba vagamente a una gavia medio perdida en un cielo cambiante. En conjunto daba ciertamente la impresión de un galeón.

Una de las manchas de luz reflejada osciló sobre la barriga del chef. Este haz de luz, moviéndose hipnóticamente de adelante hacia atrás, iluminaba de vez en cuando el alargado islote rojo de una mancha

de vino. La mancha parecía salirse de la tela moteada cada vez que la luz caía sobre el chef, contrastando insólitamente con el claroscuro circundante, y desafiando las leyes de la tonalidad. Sorprendido, Excorio comprobó que esta marca tangible de la intemperancia de Vulturno, que se extendía por la hinchada curva de la tela, tenía sobre él una especie de fascinación. Durante un minuto, observó cómo el rombo escarlata aparecía, desaparecía, y reaparecía de nuevo, a medida que el cuerpo se balanceaba.

Una nueva serie de pataleos y chillidos sin sentido rompió el hechizo, y alzando la vista, Excorio miró alrededor con desaprobación. De pronto, y por un instante, recordó a Rottcodd en la galería polvorienta y desierta, y se sorprendió al advertir lo mucho que prefería, antes que este infierno de orgías consagradas por el tiempo, la independencia fláccida y aparentemente desleal del conservador. Se deslizó hasta un punto estratégico desde donde podía mirar sin ser visto, y desde allí observó cómo Vulturno se incorporaba y con una enorme mano blanda indicaba a los adolescentes de abajo que cerraran la boca. Excorio notó que la habitual truculencia de la voz y los modales del chef se habían transformado hoy en algo meloso, en una jovialidad plomiza y azucarada, en una horrible intimidad, más aterradora que sus cóleras más temibles. La voz del chef descendía de las sombras como enormes bolas de algodón, o como las notas calientes y enfermizas de una prodigiosa y desmoronada campana de fieltro.

La mano blanda había acallado la furia de los aprendices, y ahora Vulturno dejó caer la voz espesa.

—¡Úlceras! —y en medio de la penumbra extendió los brazos tan bruscamente que se le desprendieron los botones de la túnica, y uno de ellos rodó por la habitación, aplastando a una cucaracha en la pared opuesta—. Apretad y apretad filas, y escuchad con mucha atención. Arrimaos, mi pequeño mar de rostros, venid más cerca, mis pequeños.

Los aprendices empujaron hacia adelante, tropezando y pisándose unos a otros, dejando a los de la fila de enfrente aplastados contra el barril.

—Así está bien, así precisamente —dijo Vulturno, mirándolos con malicia desde el pedestal—. Ahora somos una familia feliz. Selecta y progresista.

Deslizó luego la mano gruesa por una raja del uniforme blanco y extrajo una botella de un bolsillo interior. Arrancando el tapón de corcho de un tirón con labios increíblemente musculosos, bebió media pinta sin soltar el tapón, ya que había puesto un dedo en la boca de la botella y el torrente de vino se bifurcaba en dos chorros que le caían hábilmente en ambas mejillas, para luego reunirse en las profundidades del paladar y bajar por la garganta con un gorgoteo sordo hasta los inmencionables abismos del fondo.

Los aprendices se pusieron a chillar y patalear y a empujarse unos a otros en un arranque de entusiasmo y de admiración.

El chef extrajo el tapón y lo hizo girar entre el pulgar y el índice, y tras comprobar con satisfacción que se había mantenido perfectamente seco, volvió a tapar la botella y se la metió de nuevo en el bolsillo.

Alzó otra vez la mano y se restableció el silencio. Sólo se oía el murmullo de las respiraciones pesadas y excitadas.

—Ahora, decidme una cosa, mis querubines malolientes. Decidme una cosa enseguida: ¿quién soy yo? Venga, decidlo enseguida.

—Vulturno —vociferaron—. ¡Vulturno, señor Vulturno!

—¿Es eso *todo* lo que sabéis? —replicó la voz—. ¿Es eso *todo* lo que sabéis, mi pequeño mar de rostros? ¡Silencio!, y escuchad bien al gran chef de Gormenghast, hombre y muchacho desde hace cuarenta años, a las buenas y a las malas, contra viento y marea, hollín y serrín, cuervos y ciervos y todo lo demás, cocinado a punto y aliñado con salsa de acíbar y una pulgarada de pimentón.

—Una pulgarada de pimentón —chillaron los aprendices desgañitándose y abrazándose unos a otros—. ¿Quiere que lo cocinemos, señor? Lo haremos ahora mismo, señor. Lo verteremos en el caldero y lo agitaremos, señor. ¡Oh, qué plato tan suculento, señor! ¡Qué plato tan suculento!

—Silencio —tronó el chef—. Silencio, mis queridos muchachos. Silencio, mis angelitos eructadores. Ahora, arrimaos a mí, acercaos con vuestras caras cremosas y os diré quién soy.

El muchacho alto de hombros, que no había participado en el bullicio general, sacó una pequeña y nudosa pipa de ajenjo y la cargó pausadamente. Tenía una boca por completo inexpresiva; no la torcía ni hacia arriba ni hacia abajo, pero los ojos eran oscuros y ardían con un odio firmemente arraigado. Los mantenía entornados, pero el inequívoco mensaje se le filtraba a través de las pestañas mientras observaba a la figura que se inclinaba precariamente hacia adelante, sobre el barril.

—Ahora escuchadme bien —prosiguió la voz—, y os diré exactamente quién soy, y luego os cantaré una canción y así sabréis quién os canta, mis pequeños, inútiles e inmundos solomillos.

—¡Una canción! ¡Una canción! —reclamó el estridente coro.

—Primeramente —dijo el chef inclinándose hacia adelante y soltando cada palabra confidencial como si se tratara de una bala de cañón untada con almíbar—. Primeramente, no soy otro que Abiatha Vulturno, lo que significa, por si no lo sabéis, que soy el símbolo de la ex-ce-len-cia y de la a-bun-dan-cia. Soy el padre de la excelencia y de la abundancia. ¿Quién he dicho que era?

—¡Abafa Vulturno! —respondió el griterío.

El chef se echó hacia atrás sobre las hinchadas piernas y bajó las comisuras de los labios hasta que desaparecieron en la sombra de las acaloradas papadas.

—Abiatha —repitió lentamente, acentuando la «a»—. Abiatha. ¿Cómo he dicho que me llamaba?

—¡Abiatha! —repitió el griterío.

—Eso es, eso es. Abiatha. ¿Estáis escuchando, mis preciosas sabandijas, estáis escuchando?

Los aprendices le hicieron entender que eran todo oídos.

Antes de proseguir, el chef alzó de nuevo la botella. Esta vez mantuvo el gollete de cristal entre los dientes e inclinando la cabeza hacia atrás y empinando la botella, la vació hasta la última gota y escupió sobre las cabezas de la fascinada multitud. Los gritos de aprobación ahogaron el ruido del cristal negro que se estrelló contra las losas de piedra.

—El condumio —dijo Vulturno— es celestial y la bebida un éxtasis. ¡Qué flores de flatulencia, qué capullos gaseosos! Acercaos, venid más cerca, y os cantaré una canción. Haré volar mi dulce corazón por las vigas y os cantaré una vieja canción llena de tristeza, una pieza muy sentimental. Acercaos más todavía.

A los aprendices les era imposible acercarse más al chef, pero se apretujaron y reclamaron la canción a gritos, con los rostros relucientes mirando hacia arriba.

—¡Oh, qué deliciosa sarta de chuletitas sois! —dijo Vulturno mirándolos de reojo y restregándose las manos en las enormes caderas—. ¡Qué pringosa sarta de chuletitas! Sí que lo sois, pero estáis poco hechos. Escuchadme, gallitos, haré que vuestras abuelas se retuerzan dulcemente en la tumba. Sí, queridos míos, haremos que se vuelvan y revuelvan, y qué vueltas y revueltas para ellas, y para los gusanos que las roen. ¿Dónde está Pirañavelo?

—¡Pirañavelo! ¡Pirañavelo! —chillaron los jóvenes, los de delante retorciendo los cuellos y poniéndose de puntillas, los de atrás enderezándose y mirando alrededor—. ¡Pirañavelo! ¡Pirañavelo! ¡Está por alguna parte, señor! ¡Oh, ahí está, señor! ¡Ahí está! ¡Detrás de la columna, señor!

—Silencio —tronó el chef, volviendo la cabeza de calabaza hacia donde apuntaban las manos, al tiempo que el joven alto de hombros era empujado hacia adelante.

—¡Aquí está, señor! ¡Aquí está, señor!

A los pies del monstruoso monumento, el joven Pirañavelo resultaba increíblemente diminuto.

—Voy a cantar para ti, Pirañavelo, para ti —susurró el cocinero, tambaleándose y apoyando una mano en la columna de piedra que brillaba con el vapor condensado y por cuya superficie estriada bajaban hilos de humedad—. Para ti, rata advenediza, máscara huidiza, babosa subrepticia, para ti, la odiosa, insidiosa y detestablemente perniciosa cabra de este maloliente lugar.

Los aprendices se sacudían de alegría.

—Sí, para ti, sólo para ti, bilis de gato cuajada. Así pues, presta mucha atención. Escuchad todos, que ahí va. Ahí va mi canción de hace cien años, mi melancólica y muy triste canción.

Vulturno pareció olvidarse de que iba a cantar, y después de inclinarse para secarse el sudor de las manos en la cabeza de un muchacho debajo de él, clavó otra vez la mirada en Pirañavelo.

—¿Y por qué para ti, mi estimado y endeble rayo de sol? ¿Por qué para ti solo? Teniendo en cuenta, mi querido Pirañavelo, teniendo muy muy en cuenta que vales menos que la sangre del armiño, tan alejado de cualquier reino de la naturaleza, cuéntame, o mejor no, no me cuentes por qué tus orejas, que en un principio fueron diseñadas como papeles matamoscas, están, por alguna razón que sólo tú conoces, tan obscenamente desplegadas. ¿Qué estás tramando ahora? Te he visto ir de aquí para allá con tus piernas miserables. Tu aliento invade toda mi cocina. He visto cómo lo fisgoneas todo con tus insolentes ojos de bestia. Te he visto hacerlo. He visto cómo me observas. Ahora mismo me estás observando. Pirañavelo, mi palomita impaciente, ¿qué significa todo esto, y a santo de qué tengo que cantar para ti?

Vulturno se inclinó hacia atrás, y pareció considerar lo que había preguntado mientras se secaba la frente con la manga. Pero sin esperar una respuesta, desplegó los brazos pedunculados a ambos lados y en algún punto de la órbita del arco inmenso, algo cedió.

Pirañavelo no estaba ebrio. Plantado a los pies de Vulturno no sentía más que desprecio por el hombre que ayer, sin ir más lejos, le había asestado un golpe en la cabeza. Sin embargo, no podía hacer otra cosa que quedarse donde estaba, empujado y aplastado hacia adelante por los excitados paniaguados, y esperar.

Desde las alturas se oyó de nuevo la voz.

—Es una canción, Pirañavelo de mi corazón, para un monstruo imaginario; exactamente como tú si fueras un pellizco mayor y un poco más monstruoso todavía. Es una canción para un monstruo insensible, o sea que escucha atentamente, verruguita linda. ¡Más cerca, más cerca! ¿No quieres escuchar esta extraordinaria endecha?

El vino estaba empezando a redoblar su actividad subversiva en el cerebro del chef. Ahora ya tenía que sostenerse casi todo el rato contra la columna sudorosa, y empezaba a combarse horriblemente.

Los ojos de Pirañavelo lo observaban por debajo de la frente alta y huesuda. Al cocinero se le salían los ojos como burbujas inyectadas de sangre. Uno de los brazos le pendía como peso muerto, bajando por la superficie estriada de la columna. La enorme área del rostro estaba toda desencajada. Brillaba como gelatina.

Apareció un hueco en el rostro del cocinero. De él brotó una voz repentinamente debilitada.

—Soy Vulturno —repitió—, el gran chef Abiatha Vulturno, cocinero de su señoría, de la galería y toda clase de galeras que navegan las galernas gelatinosas. Abiatha Vulturno, hombre y chico y chicas y cintitas, y muchos gatitos, cuarenta años de frío y de soles, dónde está el dinero, peludo y entero. Soy un hechicero, ¡soy un cantador! ¡Escuchad todos bien!

Sin mover los hombros, Vulturno bajó la cabeza, la apoyó sobre la pechera salpicada de vino, e hizo un esfuerzo tratando de ver si el auditorio estaba ya preparado para oír los primeros compases. Pero no distinguió nada allí abajo, excepto aquel «pequeño mar de rostros» al que había aludido y el pequeño mar estaba ahora, prácticamente obliterado para él, bajo una bruma flotante.

—¿Me estáis escuchando?

—¡Sí, sí! ¡La canción, la canción!

Vulturno inclinó una vez más la cabeza hacia la ardiente espuma del mar, y luego levantó flojamente la mano derecha. Hizo un débil esfuerzo para despegarse de la columna y entonar la canción en una posición más digna, pero le fallaron las fuerzas y cayó hacia atrás, y entonces, al tiempo que una enorme sonrisa fatua le abría la mitad inferior del rostro, y bajo la mirada de Excorio, que le examinaba con los finos labios apretados hacia abajo, el chef empezó a enroscarse lentamente como si se preparara a morir de un momento a otro. La cocina se había quedado silenciosa como una tumba sofocante. Por fin, un débil gorgoteo se filtró por entre el silencio, pero si se trataba de la primera estrofa del tan esperado poema, nadie pudo decirlo, pues el chef se bandeó entonces como un galeón. La vela del gran navío se deshinchó y arrugó y de repente aquella enormidad se desplomó y se hundió. Se oyó el ruido de algo que se desparramaba, y una área de siete losas desapareció de la vista bajo una burbuja de masa cataléptica empapada en vino.

LOS PASADIZOS DE PIEDRA

EL MALHUMOR DE EXCORIO había estado creciendo sin interrupción, y a medida que pasaban esos horribles minutos, se fue apoderando de él una repugnancia tan profunda que si el chef no hubiera estado rodeado por los pinches, de buen grado habría agredido al borracho. No obstante, se limitó a mostrar los dientes color de arena, y a clavar por última vez sus ojos en el cocinero con una expresión de increíble amenaza. Por fin, volvió la cabeza y escupió, y apartando a quienes le cerraban el paso, se encaminó con grandes zancadas de esqueleto hasta una puerta estrecha en la pared opuesta a aquella por la que había entrado. Cuando el monólogo de Vulturno se arrastraba hacia su crapuloso final, Excorio ya se estaba alejando, a razón de cinco pies por zancada, de la pestilencia y del horror de la Gran Cocina.

El traje negro, con remiendos de tela grasienta y pardusca en los codos y el cuello, no le caía bien, pero le pertenecía inevitablemente, como la cabeza de una tortuga que emerge de un caparazón o la de un buitre que asoma sobre un collar de plumas pertenecen a ese reptil o a esa ave. La cabeza apergaminada y huesuda parecía una prolongación de la tela grasienta. Se asomaba por la ventana superior de aquel alto edificio negro como si no hubiera conocido jamás otra residencia.

Mientras que Excorio avanzaba por los corredores hacia la zona del castillo donde lord Sepulcravo se había quedado solo por primera vez en muchas semanas, el conservador, apaciblemente dormido en la Galería de las Tallas Brillantes, roncaba al pie de la celosía. La hamaca aún se movía con un ligero, un ligerísimo balanceo después de que Rottcodd se echara, enseguida de cerrar con llave la puerta detrás de Excorio. El sol ardía por entre las persianas, adornando con franjas doradas los pedestales de las esculturas y con rayas atigradas el polvoriento suelo de madera.

La luz del sol, mientras Excorio caminaba, introducía todavía un dedo por la ventana de la cocina, iluminando la sudorosa columna de piedra, liberada ya del peso del chef, puesto que el borracho se había caído del barril de vino un momento después de la desaparición de Excorio y yacía al pie de la tribuna.

Desperdigados a su alrededor había pedazos aplastados de carne, cubiertos de serrín. El hedor de la grasa quemada era muy fuerte, pero aparte del bulto postrado del chef, de los Fregones Grises amontonados debajo de la mesa, y de los caballeros que seguían suspendidos de la viga, no quedaba nadie en la sala enorme, vacía y caldeada. Todos los que estaban en condiciones de mover las piernas se habían ido a lugares más frescos.

Pirañavelo había asistido con una mezcla de sorpresa, alivio y diversión maligna al dramático desenlace de la oratoria de Vulturno. Contempló por unos instantes la masa salpicada de vino tendida en el suelo, y tras comprobar de un vistazo que se había quedado solo, se encaminó hacia la puerta por la que había desaparecido Excorio, y pronto estaba corriendo por los pasillos, torciendo a derecha e izquierda mientras buscaba enloquecido un poco de aire fresco.

Nunca había cruzado esta puerta particular, pero imaginó que lo llevaría al aire libre y a algún sitio donde podría estar a solas. Yendo de aquí para allá, descubrió que se había perdido en un laberinto de pasillos de piedra, iluminados en algunos sitios por velas, hundidas en cera derretida, y puestas en las hornacinas de los muros. Desesperado, Pirañavelo siguió corriendo con las manos en la cabeza cuando de pronto, al doblar una esquina, una figura se deslizó rápidamente delante de él, sin mirar a derecha ni a izquierda.

En cuanto el señor Excorio —pues se trataba del criado, en camino hacia los aposentos residenciales— se perdió de vista, Pirañavelo espió desde la esquina y se dispuso a seguirlo, tratando de pisar al mismo tiempo que Excorio para ocultar el sonido de sus propios pasos. Esto era casi imposible, ya que las zancadas de arácnido de Excorio, además de ser particularmente largas, se interrumpían en un tiempo muerto, como en la marcha lenta, antes de posar el pie. No obstante, sintiendo que aquí tenía la oportunidad única de escapar a esos interminables pasillos, el joven Pirañavelo siguió a Excorio lo mejor que pudo, con la

esperanza de que el criado acabaría por desembocar en algún patio fresco o espacio abierto donde sería posible alejarse. A veces, cuando la separación entre las velas era de treinta o cuarenta pies, Excorio se perdía de vista, y sólo el sonido de sus pies sobre las losas guiaba al perseguidor. Enseguida, a medida que la sombra errática se aproximaba a otro halo goteante, iba convirtiéndose poco a poco en una silueta que al pasar por delante de la llama recordaba momentáneamente a un espantapájaros entintado, una mantis religiosa de cartón movida por unos hilos. Luego el proceso de iluminación se invertía, e inmediatamente después de pasar la llama Pirañavelo veía a Excorio claramente, como un objeto iluminado contra las profundidades de los todavía inexplorados pasadizos de piedra. Veía brillar la tela raída y grasienta de los hombros, y los dos músculos gemelos de la nuca emergían tensos y desnudos del cuello andrajoso. Pero con cada nuevo paso la espalda se oscurecía hasta perderse de vista, y Pirañavelo sólo oía el crujido de las articulaciones de las rodillas y las pisadas sobre las losas, hasta que la vela siguiente tallaba de nuevo a Excorio. Prácticamente exhausto, por la insoportable atmósfera de la Gran Cocina y por este viaje en apariencia interminable, el muchacho, que aún no había cumplido diecisiete años, se desplomó con un golpe sordo, agotado, arrastrando las botas pesadamente por las losas de piedra. El ruido hizo que Excorio se detuviera en seco y se volviera lentamente, alzando al mismo tiempo los hombros hasta las orejas.

—¿Qué pasa? —gruñó, escrutando la oscuridad de atrás.

No hubo respuesta. El señor Excorio empezó a volver sobre sus pasos, el cuello estirado, los ojos atentos. Al avanzar penetró en la zona de luz de una de las velas de la pared. Se acercó, y sin apartar los ojos de la oscuridad de más allá, arrancó la vela, y con ella un gran substrato de sebo antiguo, que pronto le permitió descubrir al muchacho, en medio del corredor, a unos pocos metros más allá.

Se inclinó y acercando el gran pedazo de cera refulgente a unos centímetros de Pirañavelo, caído boca abajo, contempló el montón de miembros inmóviles. Después del sonido de los pasos y los crujidos de las rodillas, el silencio era absoluto. Apretó los dientes y se enderezó. Luego movió el cuerpo del muchacho con el pie. Pirañavelo volvió en sí y se apoyó débilmente sobre el codo.

—¿Dónde estoy? —susurró—. ¿Dónde estoy?

Una de las ratas de Vulturno, pensó Excorio, sin prestar atención a la pregunta. Un secuaz de Vulturno, ¿eh? Una de sus ratas rayadas, y exclamó en voz alta:

—¡Levántate! ¿Qué haces aquí? —y acercó la vela a la cara del muchacho.

—No sé dónde estoy —respondió el joven Pirañavelo—. Me he perdido. Perdido. Necesito luz del día.

—He preguntado qué haces aquí. Sí…, qué haces aquí —dijo Excorio—. No quiero a los secuaces de Vulturno por aquí. ¡Malditos sean!

—Yo no quiero estar aquí. Déme luz del día y me marcharé. Muy lejos.

—¿Lejos? ¿Dónde?

Pirañavelo estaba ahora más tranquilo, aunque todavía se sentía acalorado y desesperadamente cansado. Había advertido el tono de sarcasmo con que Excorio había dicho «No quiero a los secuaces de Vulturno por aquí», y se había apresurado a contestar la pregunta de Excorio, «¿Lejos, dónde?», diciendo en seguida:

—Oh, no importa dónde, mientras sea lejos del terrible Vulturno.

Excorio lo examinó unos instantes, abriendo la boca varias veces como si fuera a hablar.

—¿Nuevo? —dijo por fin, mirando más allá del muchacho con aire ausente.

—¿Yo?

—Tú —dijo Excorio, todavía mirando por encima de la cabeza del muchacho—. ¿Nuevo?

—Diecisiete años, señor, pero nuevo en la cocina.

—¿Cuándo? —preguntó Excorio, que se ahorraba la mayor parte de cada frase.

Pirañavelo no parecía tener problemas para interpretar este lenguaje telegráfico.

—El mes pasado. No quiero volver a ver al terrible Vulturno —respondió, volviendo a jugar la única baza posible, y levantando la mirada hacia la cabeza iluminada por la vela.

—Perdido, ¿eh? —dijo Excorio después de una pausa, pero en un tono ligeramente menos sombrío—. Perdido en los Pasadizos de Piedra, ¿eh? Una de las ratas de Vulturno, perdido en los Pasadizos de Piedra, ¿eh? —y volvió a levantar los hombros escuálidos.

—Vulturno se derrumbó como un tronco —dijo Pirañavelo.

—Normal. Lo que puede esperarse. ¿Qué has hecho tú?

—¿Hecho, señor? —dijo Pirañavelo—. ¿Cuándo?

—¿Qué felicidad? —preguntó Excorio, que a la luz menguante de la vela parecía una cabeza de muerto —. ¿Cuánta felicidad?

—No siento la menor felicidad —contestó Pirañavelo.

—¡Cómo! ¿Nada de Gran Felicidad? Rebelión. Conque rebelión, ¿eh?

—No. Únicamente contra Vulturno.

—¡Vulturno! ¡Vulturno! Déjalo que se hinche de manteca y de grasa. No lo recuerdes en los Pasadizos de Piedra. ¡Vulturno, siempre Vulturno! Cierra la boca. Toma la vela. Ponía en la hornacina. Conque rebelión, ¿eh? Ve adelante, izquierda, izquierda, derecha, otra vez izquierda, ahora derecha… Ya te enseñaré yo a ser infeliz el día que nace un Groan… Continúa, todo recto…

El joven Pirañavelo obedeció las instrucciones que venían de las sombras de atrás.

—Ha nacido un Groan —dijo Pirañavelo en un tono que tanto podía ser una pregunta como una afirmación.

—Ha nacido —dijo Excorio—. Y tú lloriqueando por los Pasadizos de Piedra. Conmigo, secuaz de Vulturno. Te enseñaré lo que significa. Un heredero Groan. ¿Conque diecisiete, eh? ¡Uf! Nunca entenderás. Nunca. Derecha, izquierda, otra vez izquierda… por la arcada. ¡Uf! Un individuo nuevo bajo las piedras antiguas… y además secuaz de Vulturno… No te agrada, ¿eh?

—No, señor.

—Hum —dijo Excorio—. Espera aquí.

Pirañavelo esperó como le habían ordenado, y Excorio sacó un manojo de llaves del bolsillo, eligió una con gran cuidado como si se tratara de un objeto precioso, y la introdujo en la cerradura de una puerta invisible, pues la oscuridad era ahora profunda. Pirañavelo oyó el rechinar del hierro en la cerradura.

—¡Aquí! —dijo la voz de Excorio desde la oscuridad—. ¿Dónde está el secuaz de Vulturno? ¡Ven aquí!

Pirañavelo avanzó hacia la voz, palpando el muro de una pequeña arcada. De pronto se encontró junto al hedor rancio de la ropa de Excorio, y adelantando la mano, agarró al criado de lord Groan por uno de los faldones de la larga chaqueta. Inmediatamente Excorio descargó una huesuda mano sobre el brazo del muchacho y lo apartó bruscamente: un tat tat tat resonó en la garganta de la criatura alta, advirtiéndole que no permitiría más familiaridades.

—El Cuarto de los Gatos —dijo Excorio, sujetando el pomo de hierro de la puerta.

—Oh —dijo Pirañavelo tratando de pensar y repitiendo «Cuarto de los Gatos» para salir del aprieto, pues no entendía el sentido de esta observación. Quizá Excorio lo estaba llamando gato y quería encerrarlo allí. Sin embargo, no había irritación en la voz del criado.

—El Cuarto de los Gatos —repitió Excorio con aire meditativo, y giró el pomo de hierro. Abrió la puerta lentamente y Pirañavelo, echando una ojeada al interior del cuarto, no necesitó ya ninguna explicación.

Los rayos del sol poniente inundaban el cuarto. Pirañavelo se quedó inmóvil; un estremecimiento de placer le recorrió el cuerpo. Sonrió. Una alfombra cubría el suelo con una pradera azulada. Sobre ella, sentados en un centenar de posturas decorativas, o en pie como esculturas inmóviles, o moviéndose majestuosamente sobre la superficie de zafiro, entrelazándose unos con otros en un viviente arabesco, había una legión de gatos blancos como la nieve.

Mientras Excorio se aproximaba al centro del cuarto, Pirañavelo no pudo dejar de advertir el contraste entre la desgarbada y sombría figura, cuyas rodillas crujían monótonamente con cada uno de sus torpes movimientos, y la soberbia elegancia y silencio de los gatos blancos. Aunque de pronto habían dejado de ronronear, no prestaron la menor atención a los dos intrusos. Mientras estaban en las tinieblas, y antes de que Excorio extrajera el manojo de llaves del bolsillo, Pirañavelo había creído sentir una profunda y prolongada vibración, un monótono rumor de mar, y ahora comprendió que había sido la pululación de la tribu.

Al atravesar una arcada de piedra esculpida en el extremo del cuarto y cerrar la puerta detrás de él, oyó de nuevo la vibración gutural, pues al encontrarse otra vez solos los gatos blancos ronroneaban de nuevo, y aquel sonido pausado y profundo era como la voz del océano en la garganta de una caracola.

LA MIRILLA

—¿A QUIÉN PERTENECEN? —preguntó Pirañavelo. Ascendían unos escalones de piedra. La pared de la derecha estaba revestida con un horrible papel que al desprenderse a tiras dejaba a la vista trozos de yeso desconchado y húmedo. Una mezcolanza de singulares colores alegraba aquella superficie, en la que unas manchas oscuras eran de una increíble belleza submarina. En otra zona más seca, donde una gran vela de papel se había despegado de la pared, el yeso se había rajado en una intrincada red de grietas de distinta profundidad y que parecían un paisaje a vuelo de pájaro, o el mapa de algún delta fabuloso. Miles de viajes imaginarios podrían hacerse a lo largo de las orillas de estos ríos inexplorados.

—¿A quién pertenecen? —repitió Pirañavelo.

—¿A quién qué? —dijo Excorio, deteniéndose en medio de la escalera y dando media vuelta—. ¿Todavía aquí? ¿Todavía a mis talones?

—Usted me lo pidió —dijo Pirañavelo.

—¡Tch, tch! ¿Qué quieres, chico de Vulturno?

—Ese cerdo inmundo de Vulturno —masculló Pirañavelo sin dejar de mirar al señor Excorio—, ese asqueroso Vulturno.

Siguió una pausa durante la cual Pirañavelo golpeó la baranda de hierro con la uña del pulgar.

—¿Nombre? —dijo el señor Excorio.

—¿Mi nombre? —preguntó Pirañavelo.

—Tu nombre, sí, tu nombre. El mío ya lo sé.

El señor Excorio apoyó una mano nudosa sobre la baranda como si pensara en seguir subiendo, pero antes frunció el ceño y se volvió esperando una respuesta.

—Pirañavelo, señor —dijo el muchacho.

—¿Conque Tiranavelo, eh? —dijo Excorio.

—No, Pirañavelo.

—¿Qué?

—Pirañavelo, Pirañavelo.

—¿Para qué? —preguntó Excorio.

—¿Perdón?

—Cinaravelo, Cinaravelo. ¿Para qué dos? Uno es más que suficiente para Vulturno.

El joven se dio cuenta de que sería inútil aclarar la cuestión del nombre. Clavó los ojos oscuros en la figura desgarbada que se alzaba ante él y se encogió imperceptiblemente de hombros. Luego preguntó con tranquilidad:

—¿A quién pertenecen esos gatos, señor Excorio, si no es indiscreción?

—¿Gatos? —dijo Excorio—. ¿Quién ha hablado aquí de gatos?

—Los gatos blancos. Todos esos gatos blancos del Cuarto de los Gatos. ¿A quién pertenecen?

Excorio levantó un dedo.

—Mi Señora —respondió. La voz seca parecía una parte de la estrecha y gélida escalera de piedra y hierro—. Pertenecen a mi Señora. Los gatos blancos de la Señora, chico de Vulturno. Son todos de ella.

Pirañavelo aguzó el oído.

—¿Dónde vive? —preguntó—. ¿Estamos cerca de donde vive?

Excorio estiró el cuello y gruñó:

—¡Silencio, mamarracho de cocina! Cierra la boca, pincho grasiento. Demasiado parlanchín. —Subió los escalones a zancadas, pasando de largo dos rellanos y al llegar al tercero, giró bruscamente a la izquierda y penetró en una habitación octogonal, donde unos retratos de cuerpo entero, con enormes marcos polvorientos y dorados, miraban desde siete de las ocho paredes. Pirañavelo entró detrás de Excorio.

El señor Excorio había dejado solo a su señor más tiempo de lo adecuado, y se le ocurría ahora que quizá el conde lo necesitara. En cuanto entró en la habitación octogonal, se acercó a unos de los cuadros del fondo, y desplazando el marco hacia un lado descubrió un trozo de panel en el que había un agujero redondo del tamaño de una moneda. Pegó el ojo a la mirilla y Pirañavelo pudo observar cómo las arrugas de la piel apergaminada se le plegaban bajo el hueso prominente de la base del cráneo, pues Excorio tenía que doblarse y luego estirar la cabeza para poder aplicar el ojo en el ángulo conveniente. Lo que Excorio vio era lo que había esperado ver.

Desde aquel estratégico puesto de mira alcanzaba a distinguir perfectamente tres puertas que daban a un corredor; la del medio pertenecía a la habitación de la Señora, la septuagésima sexta condesa de Groan. La puerta era negra y habían pintado en ella un enorme gato blanco. La pared del rellano estaba cubierta de cuadros de pájaros y había tres grabados de cactos en flor. Esta puerta permanecía cerrada, pero las otras dos se abrían y cerraban sin cesar, y Excorio podía ver un apresurado vaivén de siluetas que entraban y salían, subían y bajaban, que conversaban con grandes gesticulaciones, o bien se quedaban de pie, con la barbilla en la palma curvada de la mano, como en profunda meditación.

—Aquí —dijo Excorio sin volverse.

Pirañavelo se plantó inmediatamente junto a Excorio.

—¿Sí? —dijo.

—Puerta del gato, puerta de la condesa —dijo Excorio retirando el ojo, y enseguida, abriendo los brazos, estiró los largos dedos y bostezó cavernosamente.

El joven Pirañavelo pegó el ojo al agujero, sosteniendo el pesado marco dorado con el hombro. Se encontró mirando de cerca a un hombre de pecho estrecho, greñas de color gris y unas gafas con cristales que le agrandaban los ojos, de modo que le ocupaban los lentes hasta el borde dorado. En ese momento se abrió la puerta central y salió una figura sombría que volvió a cerrarla en silencio y con aire profundamente abatido. Pirañavelo observó cómo este taciturno personaje miraba al hombre de las greñas, quien se inclinó hacia adelante al tiempo que entrelazaba las manos. Sin prestarle ninguna atención, el recién llegado empezó a andar de un lado a otro por el rellano, envuelto en una capa oscura que le llegaba hasta los talones y barría el suelo. Cada vez que pasaba por delante del doctor, pues de él se trataba, el caballero hacía una reverencia, pero, como antes, no recibía respuesta alguna, hasta que de repente, deteniéndose justo enfrente del galeno de servicio, el hombre sacó de debajo de la capa un fino bastón de plata coronado con una tosca esfera de jade negro que ardía en los bordes con un fuego verde esmeralda. El taciturno personaje se sirvió de esta arma insólita para dar unos melancólicos golpecitos en el pecho del doctor, como quien quiere averiguar si hay alguien en casa. El doctor tosió. El instrumento de plata y jade apuntó al suelo, y Pirañavelo quedó estupefacto al ver que el doctor, tras subirse los pulcramente planchados pantalones unas pulgadas por encima del tobillo, se ponía de cuclillas. Los ojos imprecisos flotaban tras las lentes de aumento como un par de medusas en el fondo del agua. El pelo gris oscuro le asomaba sobre los ojos como un tejado pajizo. A pesar de la ridícula posición en que estaba, acabó de sentarse con una gran dignidad, mientras seguía con la mirada al caballero que había empezado a dar lentas vueltas alrededor. Finalmente el hombre del bastón de plata se detuvo.

—Prunescualo —dijo.

—¿Señor conde? —dijo el doctor, girando su pajar grisáceo hacia la izquierda.

—¿Satisfactorio, Prunescualo?

El doctor juntó las yemas de los dedos.

—Estoy excepcionalmente satisfecho, señoría, excepcionalmente. Os lo aseguro, estoy muy, muy satisfecho, ja, ja, ja. Muy, muy satisfecho.

—¿Profesionalmente hablando, imagino? —le preguntó lord Sepulcravo, pues, como el asombrado Pirañavelo acababa de darse cuenta, el hombre de porte trágico no era otro que el septuagésimo sexto conde de Groan, dueño y señor, se dijo Pirañavelo, de todo este cotarro de almenas, cañones y honores.

Profesionalmente…, se preguntó el doctor. ¿Qué querrá decir?

—Sí, señoría —dijo en voz alta—. Profesionalmente estoy indeciblemente satisfecho, ja, ja, ja, ja, y socialmente, es decir, en tanto que señal de… ja, ja, estoy abrumado. Estoy terriblemente orgulloso, señoría, ja, ja, ja, ja, terriblemente orgulloso.

La risa de Prunescualo era parte de la conversación del doctor, y un tanto alarmante cuando se la oía por primera vez. Parecía irrefrenable, como si fuera parte de su voz, un nivel superior de las cuerdas vocales que sólo se manifestaba como risa. Recordaba algo al viento que silbaba a través de las vigas del techo, bastante al relincho del caballo, con un toque del grito del zarapito. Cuando el doctor le daba rienda suelta, la boca permanecía prácticamente inmóvil, como la puerta entreabierta de un armario. Entre los

accesos de hilaridad, hablaba con mucha prisa, lo que hacía más sorprendente aún la repentina inmovilidad de las exquisitamente rasuradas mandíbulas cuando empezaba a reírse. La risa no estaba necesariamente de acuerdo con el humor. Era sólo un ingrediente más de la charla.

—Técnicamente, estoy tan satisfecho de mí mismo, que apenas me soporto, ja, ja, ja, ji, ji, ji. Oh, sí, todo ha sido muy satisfactorio. Muchísimo.

—Me complace —dijo su señoría, bajando unos instantes los ojos hacia el doctor—. ¿Ha notado algo… —lord Sepulcravo lanzó una ojeada a ambos extremos del corredor— extraño? ¿Algo anormal en él?

—¿Anormal? —repitió Prunescualo—. ¿Ha dicho usted anormal, señoría?

—Sí —dijo lord Sepulcravo, mordiéndose el labio inferior—. ¿Le ha notado algo raro? No tema decir la verdad.

Su señoría inspeccionó otra vez el rellano, pero no había nadie a la vista.

—Estructuralmente, está sano como una manzana, ñam, ñam, estructuralmente, ja, ja, ja —dijo el doctor.

—¡Al diablo la estructura! —dijo lord Sepulcravo.

—Estoy perdido, señoría, ja, ja. Perdido por completo, señor. Si no estructuralmente, entonces ¿de qué, señoría?

—El rostro —dijo el conde—. ¿Le ha visto el rostro?

El doctor frunció el ceño profundamente y se frotó la barbilla con la mano. Mirando de reojo hacia arriba, se topó con la mirada escrutiñadora del conde.

—¡Ah! —dijo sin convicción—, el rostro. ¡El rostro del pequeño conde. Ja, ja!

—Le he preguntado si lo ha visto —continuó lord Sepulcravo—. ¡Hable, buen hombre!

—Pues, verlo sí que lo he visto, señor, sí. —Esta vez, en lugar de reírse, el enjuto pecho del doctor exhaló un profundo suspiro.

—¿Ha encontrado, sí o no, algo extraño en ese rostro? Contésteme sí o no.

—Profesionalmente hablando —dijo el doctor Prunescualo—, diría que es un rostro irregular.

—¿Quiere decir feo? —preguntó lord Sepulcravo.

—No es natural —contestó el doctor.

—¿Cuál es la diferencia, buen hombre? —preguntó lord Groan.

—¿Perdón, señor?

—Le he preguntado si era feo, señor, y usted me dice que no es natural. ¿Por qué me contesta con evasivas?

—¡Señoría! —dijo Prunescualo, pero en un tono neutro del que nada claro podía deducirse.

—Cuando digo «feo», tenga la bondad de utilizar la palabra. ¿Me comprende? —dijo lord Sepulcravo sosegadamente.

—Comprendo, señor, comprendo.

—¿El chico es monstruoso? —persistió lord Sepulcravo como si quisiera discutir largamente la cuestión —. ¿Ha asistido alguna vez al nacimiento de un niño más monstruoso? Sea sincero.

—Jamás —dijo el doctor—. Jamás, ja, ja, ja, ja. Jamás. Y jamás con un niño de ojos tan…, ja, ja, ja, de ojos tan extraordinarios.

—¿Ojos? —interrumpió el conde—. ¿Qué tienen de malo los ojos?

—¿De malo? —exclamó Prunescualo—. ¿Es que su señoría no los ha visto?

—No. Rápido, buen hombre, conteste. ¿Qué ocurre? ¿Qué le pasa a los ojos de mi hijo?

—Son de color violeta.

FUCSIA

MIENTRAS EL CONDE CONTEMPLABA al doctor, apareció otra figura, una muchacha de unos quince años, de cabellera negra, larga y bastante desaliñada. Era torpe de movimientos y, en cierta manera, fea de rostro, aunque con unos pequeños toques hubiera podido resultar bonita. La boca era adusta, pero grande y generosa; los ojos chispeantes.

Llevaba un pañuelo amarillo anudado flojamente al cuello. El holgado vestido era de color rojo fuego.

A pesar del porte erguido, andaba cabizbaja.

—Ven aquí —dijo lord Groan cuando la muchacha estaba a punto de pasar delante de él y el doctor.

—Sí, padre —respondió ella con voz ronca.

—¿Dónde has estado estos últimos quince días, Fucsia?

—Oh, aquí y allá, padre —contestó ella mirándose los zapatos.

Sacudió la larga cabellera negra, que le ondeó sobre la espalda como una bandera de pirata. Estaba allí de pie en la postura más inconcebiblemente torpe que pueda concebirse. Tan desprovista de femineidad, que ningún hombre hubiera podido imaginarlo.

—¿Aquí y allá? —repitió su padre con voz cansada—. ¿Qué significa «aquí y allá»? ¿Dónde te has estado escondiendo, muchacha?

—La biblioteca y la armería, y paseando mucho por ahí —contestó *lady* Fucsia entornando los ojos taciturnos—. Acabo de oír rumores absurdos sobre madre. Dicen que tengo un hermano. ¡Imbéciles, más que imbéciles! Los odio. No puede ser cierto, ¿no? ¿Verdad que no?

—Un hermanito —irrumpió el doctor Prunescualo—. Sí, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, una diminuta, infinitesimal y microscópica adición a la famosa dinastía se encuentra en estos momentos detrás de la puerta de este dormitorio. ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ji, ji, ji! ¡Sí, sí! Es cierto. Ja, ja. Absolutamente cierto.

—¡No! —gritó Fucsia con tal pasión que el doctor empezó a toser nerviosamente y su señoría dio un paso adelante, con las cejas fruncidas y una amarga arruga en la comisura de la boca.

—¡No es verdad! —chilló Fucsia, apartándose de ellos y enroscándose un gran mechón de cabellos negros alrededor de la muñeca—. ¡No lo creo! ¡Dejadme marchar! ¡Dejadme marchar!

Puesto que nadie la tocaba, era un grito innecesario, y dando media vuelta, echó a correr con extraños saltos a lo largo del pasillo. Antes de que se perdiera de vista, Pirañavelo oyó que gritaba en la lejanía:

—¡Oh, cómo los odio! ¡Los odio! ¡Los odio! ¡Cómo odio a la gente! ¡Cómo odio a la gente!

Durante todo este rato, el señor Excorio había estado asomado a una estrecha ventana de la sala octogonal, cavilando sobre la manera más adecuada de dar a entender a lord Sepulcravo que él, Excorio, criado de la casa durante más de cuarenta años, desaprobaba que lo hubieran arrinconado literalmente en el momento en que había nacido un heredero, momento en el que él, Excorio, hubiera podido ser un colaborador inapreciable. El señor Excorio estaba bastante dolido por todo este asunto, y quería asegurarse de que lord Groan lo supiera, pero al mismo tiempo era difícil encontrar un modo discreto de transmitir esta pena a un hombre que era casi tan taciturno como él. El señor Excorio se mordió amargamente las uñas. Había permanecido junto a la ventana más tiempo del que había previsto, y al volverse, con los hombros encogidos en una actitud típica de él, descubrió al joven Pirañavelo, cuya presencia había olvidado. Se acercó al muchacho a grandes zancadas y sujetándolo por el faldón, lo empujó de espaldas al centro del cuarto. El cuadro se deslizó de nuevo sobre la mirilla.

—¡Ahora lárgate! —dijo—. Ya has visto su puerta, pinche de Vulturno.

Pirañavelo, que había estado perdido en el mundo del otro lado del panel, pareció aturdido, y tardó unos instantes en reaccionar.

—¿Largarme? ¿Volver con el odioso chef? —exclamó por fin—. ¡Oh, no! ¡No podría!

—Demasiado ocupado para tenerte aquí —dijo Excorio—. Demasiado ocupado, no puedo esperar.

—Es feo —dijo Pirañavelo ferozmente.

—¿Quién? —dijo Excorio—. Deja de parlotear y lárgate.

—Es tan feo. Lord Groan lo ha dicho. El doctor lo ha dicho. ¡Ugh! Es horroroso.

—¿Quién es horroroso, galopín de cocina? —preguntó Excorio proyectando grotescamente la cabeza hacia adelante.

—¿Quién? Pues el niño. El recién nacido. Los dos lo han dicho. Es terriblemente feo.

—¿Qué es esto? —gritó Excorio—. ¿Qué son estas mentiras? ¿A quién has oído? ¿A quién has estado escuchando? ¡Te arrancaré las orejas, pequeño don nadie! ¿A dónde has ido? ¡Ven aquí!

Pirañavelo, que había decidido escaparse de la Gran Cocina, estaba ahora dispuesto a encontrar una ocupación en estos aposentos, donde podría enterarse de los asuntos de los que estaban por encima de él.

—Si vuelvo con Vulturno, le contaré a él y a los demás lo que el señor ha dicho y entonces…

—¡Ven aquí! —dijo Excorio entre dientes—. Ven aquí o te moleré a palos. ¿Conque has estado fisgoneando, eh? Ya te enseñaré yo.

Excorio empujó a Pirañavelo hacia la salida con grandes pasos y a medio camino de un estrecho pasillo, se detuvo delante de una puerta. La abrió con una de las muchas llaves que llevaba y arrojando adentro a Pirañavelo, volvió a cerrar con llave.

SEBO Y ALPISTE

COMO UNA ARAÑA GIGANTESCA suspendida por una cuerda de metal a nueve pies del suelo entablado, un candelabro presidía la habitación. De los extensos brazos de hierro, pendían unas largas estalactitas de cera que rezumaban lágrimas lívidas, gota a gota, gota a gota. Una mesa tosca con un cajón a medio abrir, que parecía repleto de alpiste, estaba situada de tal manera bajo la araña de hierro que un cono de sebo se alzaba gradualmente cerca de una esquina, en una translúcida pirámide del tamaño de un sombrero.

El desorden de la habitación era caótico. Parecía que nada estuviera en su sitio. La cama misma estaba dispuesta oblicuamente en un rincón, e imploraba que la arrimaran contra la pared empapelada de rojo. Cuando las velas goteaban y las llamas vacilaban, las sombras se movían de un extremo a otro de la pared, o de arriba abajo, y con estos movimientos oscilaban las sombras de cuatro pájaros, detrás de la cama. Entre ellas vacilaba una cabeza monumental. Esta umbría la proyectaba su señoría, la septuagésima sexta condesa de Groan. Estaba recostada sobre varios almohadones, con los hombros envueltos en un chal de color negro. Los cabellos, de un rojo muy oscuro y lustroso, parecían haber sido abandonados de repente mientras los trenzaban y recogían sobre la coronilla en una intrincada estructura. Unos gruesos bucles le caían aún sobre los hombros, o se arremolinaban por los almohadones como serpientes ígneas.

Tenía los ojos del color verde claro común en los gatos. Aunque eran grandes, parecían pequeños en el área pálida del rostro. La nariz, en cambio, tenía la suficiente envergadura para parecer grande incluso en medio de esas extensiones. La impresión general era de bulto, aunque sólo la cabeza, cuello, hombros y brazos emergían de las sábanas.

Una urraca se le paseaba por el antebrazo izquierdo, apoyado sobre el edredón, y picoteaba de vez en cuando un montoncito de alpiste que la condesa tenía en la palma de la mano. Sobre los hombros se le había posado una tarabilla, y un cuervo enorme que estaba dormido. En la baranda de la cama, había dos estorninos, un tordo y un mochuelo. De vez en cuando aparecía un pájaro entre las rejas de un alto ventanuco por el que apenas entraba luz. La yedra de fuera había entrado descolgando sus zarcillos sobre el papel escarlata de la pared. Aunque esta yedra ahogaba la poca luz que hubiera podido filtrarse en la habitación, no era bastante espesa para impedir que entraran los pájaros y visitaran a *lady* Gertrude a cualquier hora del día o de la noche.

—¡Ya basta, ya basta, ya basta! —dijo la condesa a la urraca con voz profunda y ronca—. Ya basta por hoy, querida.

La urraca saltó en el aire y se posó de nuevo en la muñeca de la condesa, sacudiendo las plumas; la larga cola golpeteaba el edredón.

Lady Groan arrojó el resto del alpiste por la habitación, y la tarabilla, saltando de la baranda de la cama a la coronilla de la condesa, aleteó y se elevó otra vez; dio dos vueltas a la habitación, pasando la segunda vez entre las estalactitas de cera reluciente, y aterrizó en el suelo junto a los granos.

La condesa hundió los codos en los almohadones de la cabecera, ahora aplastados e incómodos, y apoyándose en los brazos pesados y robustos, se sentó en la cama. Luego volvió a reclinarse, con los brazos tendidos a derecha e izquierda sobre los barrotes de la cabecera, y las manos colgando a los lados. La línea de su boca no mostraba tristeza ni alegría mientras miraba ensimismada la pirámide de cera que crecía encima de la mesa. Observaba cómo cada gota lenta descendía sobre la cima roma del montículo, bajaba débilmente por el flanco irregular y se solidificaba en un largo pétalo carnoso.

Si la condesa estaba metida en una meditación profunda, o se había perdido en una ociosa ensoñación, era imposible adivinarlo. Recostada, enorme e inmóvil, tenía los brazos extendidos a lo largo de los barrotes de hierro. De repente un aleteo arrebatado rompió el silencio de olor a cera de la habitación. Sin mover la cabeza, la condesa volvió los ojos hacia la ventana invadida por la yedra, a catorce pies del suelo, y alcanzó a ver que las hojas se apartaban y que la cabeza y el pecho de un grajo albino emergían con aire culpable.

—¡Ajá! —dijo lentamente, como si acabara de llegar a una conclusión—. ¿Conque eres tú, eh? El truhán vuelve a casa. ¿Qué ha estado haciendo? ¿En qué árboles se ha posado? ¿A través de qué nubes ha volado? ¡Qué precioso es! Qué montón de blancura emplumada. ¡Qué montón de perversidad!

El grajo había quedado enmarcado por las hojas de yedra, inclinando la cabeza a un lado y a otro, escuchando y dando la impresión de que escuchaba con gran interés y un cierto azoramiento, pues por las sacudidas de la yedra era evidente que el grajo blanco se apoyaba primero en una pata y después en la otra.

—Tres semanas —prosiguió la condesa—, tres semanas de ausencia. Yo no le bastaba, oh no, no le bastaba al señor Tiza. Y aquí está otra vez, y quiere que lo perdonen. ¡Oh sí! Quiere un árbol cargado de perdón, por ese viejo y pesado pico, y meses de absolución por ese plumaje.

Luego la condesa se incorporó otra vez sobre la cama, se enroscó un mechón de pelo rojizo alrededor del largo dedo índice, y de cara a la puerta, pero sin dejar de mirar al pájaro, dijo como para sí misma y en voz muy baja:

—¡Vamos, ven aquí! —la yedra susurró otra vez, y antes de que el sonido se apagara, la cama misma vibró con la repentina llegada del grajo blanco.

Se posó en la barandilla al pie de la cama, con las garras curvadas alrededor, y se quedó mirando a *lady* Groan. Tras unos instantes de silencio, el grajo blanco movió las patas a lo largo de la barandilla, como si estuviese caminando, y luego, dejándose caer sobre el edredón a los pies de su señoría, torció la cabeza, y se picoteó la cola, ahuecando las plumas del cuello, encrespadas como una gorguera. Terminado el picoteo, se abrió camino por el ondulado terreno de la cama, y cuando estuvo a unas pocas pulgadas del rostro de la condesa, ladeó la cabezota de una manera característica y graznó.

—O sea que me pides perdón, ¿eh? —dijo *lady* Groan—. ¿Crees que con esto basta? Nada de preguntas sobre dónde has estado o lo que has hecho en estas tres largas semanas. ¿No es así, señor Tiza? ¿Pretendes que te perdone y que lo pasado, pasado está? Venga, ven aquí con tu viejo pico y frótalo en mi brazo. Ven aquí, blancura mía, ven, ven aquí.

El cuervo que estaba posado sobre el hombro de *lady* Groan despertó y levantó somnoliento un ala etiópica una o dos pulgadas. Después miró al grajo con severidad. Estaba ahora totalmente despierto, con las patas enredadas en un bucle rojizo. El pequeño mochuelo se quedó dormido como si quisiera relevar al cuervo. Uno de los estorninos dio tres lentos pasos y se volvió de cara a la pared. El tordo permaneció inmóvil. De pronto, una vela vaciló, y una sombra fantasmagórica asomó por debajo de un gran armario, recorrió el suelo de madera, se subió a la cama, se arrastró hasta la mitad del edredón, y retrocedió por el mismo camino replegándose y anidando de nuevo debajo del armario.

La mirada de *lady* Groan se volvió otra vez hacia la creciente pirámide de sebo. Por lo común clavaba unos ojos implacables en algún objeto, o se le perdían en una ensoñación un tanto infantil. Ahora miraba distraídamente a través de la pálida pirámide, mientras las manos, como actuando por cuenta propia, acariciaban el pecho, la cabeza y el cuello del grajo blanco.

Durante un tiempo hubo silencio en el cuarto, hasta que unos golpecitos en el panel de la puerta sobresaltaron a la condesa.

Los ojos de la condesa parecieron de pronto los ojos de un gato, alertas, desapegados.

En ese momento los pájaros se animaron, aletearon juntos hasta posarse a los pies de la cama, donde se quedaron en equilibrio en una larga línea irregular, con las cabezas vueltas hacia la puerta y los ojos al acecho.

—¿Quién es? —preguntó con voz grave la condesa.

—Soy yo, mi señora —dijo una voz temblorosa.

—¿Quién se atreve a golpear mi puerta?

—Soy yo con su señoría —respondió la voz.

—¿Cómo? —gritó *lady* Groan—. ¿Qué quiere? ¿Por qué golpea la puerta?

La voz del otro lado se alzó nerviosamente y gritó:

—Soy la niñera. Soy yo, mi señora. Tata Ganga.

—¿Qué quiere? —repitió *lady* Groan, instalándose más cómodamente.

—Le he traído a su señoría para que lo vea —gritó Tata Ganga, un poco menos nerviosa.

—¡Ah! ¿Conque ha traído a su señoría? Y quiere entrar, ¿no es eso? —Hubo unos instantes de silencio—. ¿Para qué? ¿Para qué me lo ha traído?

—Para que usted lo vea, por favor, mi señora —respondió Tata Ganga—. Acabo de bañarlo.

Lady Groan se recostó un poco más en los almohadones.

—Oh, ya entiendo —murmuró—. Quiere decir *el último, el nuevo,* ¿verdad?

—¿Me permite entrar? —gritó Tata Ganga.

—¡Pues dése prisa! ¡Dése prisa! Deje de arañar la puerta. ¿A qué espera?

El crujido del pomo petrificó a los pájaros sobre las barras de la cama, y en cuanto se abrió la puerta, todos estuvieron juntos en el aire, y se abrieron paso, uno tras otro, a través de las hojas amargas del ventanuco.

UN ANILLO DE ORO PARA TITUS

TATA GANGA ENTRÓ, sosteniendo en brazos al heredero de las hectáreas de piedra y argamasa laberínticas, de la Torre de los Pedernales y el foso estancado, de las montañas angulosas y del río verde lima donde doce años más tarde iría a pescar los horribles peces de su herencia.

Acercó el niño a la cama y volvió la carita hacia la madre, que la atravesó con la mirada y dijo:

—¿Dónde se ha metido ese médico? ¿Dónde está Prunescualo? Ponga aquí al niño y abra la puerta.

La señora Ganga obedeció, y en cuanto se volvió de espaldas, *lady* Groan se inclinó hacia adelante y miró al niño. Tenía los ojitos vidriosos de sueño, y la luz de las velas jugueteaba sobre la cabeza pelada modelándole la estructura del cráneo con sombras movedizas.

—Hum —dijo la condesa—, y usted, ¿qué quiere que haga con él?

La niñera, que era muy gris y vieja, con surcos rojos alrededor de los ojos, y de inteligencia limitada, miró inexpresivamente a su señoría.

—Ha tomado un baño —explicó—. Acaba de tomar un baño. ¡Bendito sea el corazoncito de su pequeña señoría!

—¿Y bien?

La vieja niñera cogió con destreza al bebé y por toda respuesta se puso a mecerlo gentilmente.

—¿Está Prunescualo por aquí? —repitió *lady* Groan.

—Abajo —susurró Tata, señalando al suelo con un dedito arrugado—. Abajo. Sí, sí, creo que todavía está abajo tomando ponche en el Cuarto Frío. Oh, sí. ¡Que Dios bendiga esta cosita!

Este último comentario se refería probablemente a Titus y no al doctor Prunescualo. *Lady* Groan se incorporó en la cama y mirando ferozmente la puerta abierta, rugió con su voz más profunda y estentórea:

—¡ESCUALO!

La palabra resonó a lo largo de los corredores, descendió las escaleras, se deslizó por debajo de la puerta del Cuarto Frío, cruzó la alfombra, y después de escalar el cuerpo del doctor, consiguió penetrar simultáneamente en sus dos orejas, en condición perentoria aunque un tanto amortiguada. Pero aunque amortiguada, puso al doctor Prunescualo en pie de un brinco. Los ojos de pez nadaron detrás de los lentes antes de inmovilizarse en el borde superior, donde le dieron una expresión de martirio fantástico. El doctor se atusó las greñas de pelo gris con dedos largos y delicados, apuró de un trago la copa de ponche, y se precipitó hacia la puerta, sacudiéndose las gotitas que le salpicaban el chaleco.

De camino hacia el dormitorio, iba ensayando la conversación que le esperaba, puntuando con una risita insoportable alguna que otra frase.

—Su señoría —dijo antes de entrar, introduciendo únicamente la cabeza a través de la jamba de la puerta, y mostrando a la condesa y a Tata Ganga la imagen de un decapitado—. Su señoría, ja, ja, ji, ji. La voz me ha alcanzado abajo mientras…, mientras estaba…

—Empinando el codo —dijo *lady* Groan.

—¡Ja, ja! Muy acertado, muy, muy acertado, ja, ja, ja, ji. Mientras estaba, como lo dice usted de manera tan expresiva, ja, ja, empinando el codo. Llegó abajo, ja, ja, abajo.

—¿Qué ha llegado abajo? —interrumpió la condesa en voz alta.

—Vuestra voz —dijo Prunescualo con la mano en alto y juntando pausadamente las puntas del dedo meñique y del pulgar—. La voz me encontró en el Cuarto Frío. ¡Sí, sí, allí precisamente!

La condesa lo miró con dureza y luego hundió los codos en el almohadón.

La señora Ganga seguía meciendo a la criatura dormida.

El doctor Prunescualo acariciaba una estalactita de cera con un largo y afilado dedo índice, mientras sonreía torciendo la boca.

—Lo he llamado, Prunescualo, para decirle que mañana me levantaré.

—¡Oh! Ja, ja, ja, señora condesa. Ja, ja, ji, ji, mi señoría… ¿Mañana?

—Mañana —dijo la condesa—. ¿Y por qué no?

—Profesionalmente hablando… —empezó a decir el doctor Prunescualo.

—¿Por qué no? —repitió la condesa, interrumpiéndolo.

—Ja, ja, totalmente insólito, totalmente anormal, ja, ja, ja, excepcional. ¡Levantarse tan pronto!

—O sea que me querría enclaustrar, ¿eh, Prunescualo? Ya me lo temía. Pues sepa que me levantaré mañana…, mañana al alba.

El doctor Prunescualo encogió los hombros estrechos y alzó los ojos. Después juntó las puntas de los dedos y le habló al techo oscuro:

—Yo aconsejo, pero nunca ordeno —dijo en un tono que daba a entender que podría dar cuantas órdenes quisiera si lo creyese necesario—. Ja, ja, ja. ¡Oh no! Yo sólo aconsejo.

—Tonterías —dijo la condesa.

—No lo creo así —respondió Prunescualo con los ojos todavía en alto—. Ja, ja, ja, ja, ¡oh no! Ni mucho menos.

En cuanto acabó de hablar, sus ojos descendieron rápidamente y encontraron la imagen de la condesa en la cama y enseguida, con mayor rapidez aún, volvieron a nadar gafas arriba. Lo que había visto le inquietaba, pues en la expresión de la condesa había encontrado tal concentración de desprecio que al volver la cabeza descubrió que él estaba caminando hacia atrás, moviendo los pies uno tras otro, y que se encontraba junto a la puerta antes de haber decidido qué hacer. Saludó con una rápida reverencia, y retiró el cuerpo del cuarto.

—¿No es dulce, oh, no es más dulce que el más dulce terrón de azúcar? —dijo Tata Ganga.

—¿Quién? —gritó la condesa, con tal fuerza que una cuerda de sebo vibró en la luz vacilante.

El grito despertó a la criatura, que se puso a lloriquear, y Tata Ganga dio un paso atrás.

—El pequeño conde —gimió débilmente—, mi precioso pequeño conde.

—Ganga —dijo la condesa—, ¡ahora váyase! Me gustaría ver al niño cuando cumpla los seis. Encuéntrele una ama de cría en las viviendas de extramuros. Hágale trajes verdes con las cortinas de terciopelo. Tome este anillo de oro. Cuélguelo de una cadena que llevará alrededor del arrugado pescuecito. Llámelo Titus. Ahora márchese y deje la puerta un palmo abierta.

La condesa metió la mano debajo del almohadón, extrajo un pequeño caramillo, se lo acercó a la boca enorme y sopló. Dos notas dulces y prolongadas resonaron en el aire oscuro. Al oírlas, la señora Tata Ganga agarró el anillo de oro que la condesa había arrojado encima de la cama, y corriendo tanto como se lo permitían las viejas piernas, salió deprisa de la habitación como si un hombre lobo le pisara los talones. Inclinada hacia adelante en la cama, los ojos de *lady* Groan eran como los de un niño, abiertos, tiernos y excitados. Los tenía clavados en la puerta. Las manos se aferraban a los bordes del almohadón. De pronto, se puso rígida.

En la lejanía una vibración creció hasta que el volumen del sonido pareció ocupar el propio dormitorio, cuando de pronto, por la estrecha abertura de la puerta una ondulación de blanco se deslizó hacia la atmósfera opaca de la habitación, y en un instante no hubo allí ninguna sombra que no estuviera blanqueada con gatos.

SEPULCRAVO

CADA MAÑANA DEL AÑO, entre las nueve y las diez, puede encontrárselo sentado en la Sala de Piedra. Es allí, ante la larga mesa, donde toma el desayuno. Desde el estrado sobre el que está colocada la mesa, abarca con la mirada toda la extensión del ceniciento refectorio. A ambos lados de la sala, dos hileras de gruesas columnas sostienen el techo pintado en el que unos querubines se persiguen a través de un vasto firmamento escamoso. Hay por lo menos un millar de ellos, entrelazados y envueltos en nubes, con extremidades regordetas que se mueven de continuo y sin embargo nunca se mueven, pues están imperfectamente articuladas. Los colores, inicialmente chillones, se han descolorido y descascarado y el techo es ahora una mezcla muy sutil de tonos grisáceos y verde liquen, rosa apagado y plata.

Lord Sepulcravo había observado sin duda los querubines mucho tiempo atrás. Probablemente de niño había intentado contarlos más de una vez, como antes lo había hecho su padre, y como lo haría el joven Titus, mas en cualquier caso, lord Groan no había alzado los ojos al envejecido firmamento durante muchos años. De hecho, ahora nunca miraba alrededor. ¿Cómo podía amar este lugar? Era parte de él. Le era imposible imaginar otro mundo, y la idea de amar Gormenghast le hubiera escandalizado. Preguntarle qué sentía en verdad por su hogar hereditario sería como preguntarle a cualquier otro hombre qué sentía por su propia mano o su propia garganta. Aunque su señoría recordaba los querubines del techo. Los había pintado un bisabuelo con la ayuda de un entusiasta criado, que se había caído del andamio de setenta pies de altura y había muerto instantáneamente. Pero en la actualidad lord Sepulcravo parecía interesarse únicamente por los libros de la biblioteca, y por el pomo de jade del bastón de plata, que escrutaba durante horas y horas.

De acuerdo con una inveterada costumbre, llegaba cada mañana a las nueve en punto a la sala espaciosa y atravesaba con aire melancólico las largas hileras de mesas donde lo esperaban criados de todos los rangos, de pie en sus sitios, con la cabeza inclinada.

Subía al estrado, y se encaminaba a un extremo de la mesa donde colgaba una pesada campana de latón. Hacía sonar la campana y los sirvientes se sentaban y empezaban a desayunar: pan, vino de arroz y bizcocho.

El menú de lord Groan era de otro orden. Esta mañana, en cuanto se sentó en su silla de alto respaldo, se quedó mirando delante de él —a través del velo de melancolía que le empañaba el cerebro y le ensombrecía el corazón quitándole ánimo y debilitándole los miembros— un mantel blanco como la nieve. La mesa estaba puesta para dos comensales. La plata refulgía, y las servilletas estaban dobladas imitando pavos reales, dispuestas decorativamente sobre dos platos. Había un delicioso aroma a pan, dulce y saludable. Había huevos pintados de alegres colores y tostadas apiladas como pagodas, rebanada sobre rebanada y todas frágiles como hojas muertas; y peces enroscados, que se mordían la cola, en fuentes azules como el mar. Había café en una urna de forma de león, y el pitón sobresalía entre las fauces de plata de la bestia. Una gran variedad de frutas multicolores daban a la sala sombría un curioso aire de trópico. Había mieles, y mermeladas, gelatinas, nueces y especias, y las ancestrales bandejas de plata del desayuno estaban favorablemente dispuestas entre la vajilla de oro de los Groan. En el centro de la mesa había un pequeño cuenco de estaño con diente de león y ortigas.

Lord Sepulcravo permanecía sentado en silencio. Parecía no darse cuenta de las exquisiteces que tenía delante, y ni siquiera, cuando durante un instante levantaba la cabeza, parecía ver el inmenso y gélido comedor o a los criados sentados. A la derecha, en la esquina de la mesa, aguardaban los cubiertos y la vajilla de loza que anunciaban la inminente llegada del compañero de desayuno de su señoría. Lord Groan, con los ojos fijos en el pomo de jade del bastón que movía lentamente sobre la contera, tocó otra vez la campana y una puerta se abrió en la pared de atrás. Agrimoho entró con unos libros voluminosos bajo el brazo. Iba vestido de arpillera de color granate. Tenía la barba enredada, y los pelos que la componían eran blancos y negros. La cara estaba cubierta de arrugas como una hoja de papel de estraza estrujada por una

mano feroz antes de que la alisaran de prisa y la extendieran sobre el rostro. Los ojos hundidos parecían perderse en las sombras de la frente alta y pronunciada que a pesar de sus innumerables arrugas conservaba una amplia extensión de hueso.

El anciano se sentó a un extremo de la mesa, apiló los cuatro volúmenes junto a una jarra de porcelana, y levantando los ojos hundidos hacia lord Groan, murmuró estas palabras con una voz débil y temblorosa pero en la que había una cierta dignidad, como si el ritual no fuera simplemente un deber ineludible, sino algo que ahora, como siempre, valía la pena observar.

—Yo, Agrimoho, señor de la biblioteca, consejero personal de su señoría, nonagenario y estudioso de la tradición de los Groan, entono a su señoría las salutaciones de una mañana oscura, vestido como voy de harapos, estudioso como soy de los tomos, y nonagenario como he llegado a ser en el curso de los años.

Después de esta larga tirada, tosió desagradablemente varias veces, llevándose la mano al pecho.

Lord Groan apoyó el mentón sobre los nudillos de las manos, ahuecadas sobre el pomo de jade. Tenía el rostro muy largo y oliváceo. Los ojos eran grandes, de una expresividad reservada. Las aletas de la nariz eran temblorosas y sensibles. La boca, una raya fina. En la cabeza llevaba la corona de hierro de los Groan, sujeta con una correa bajo la barbilla. Las cuatro puntas de la corona tenían forma de flecha; de estas puntas pendían unas cadenitas enlazadas. De acuerdo con las prerrogativas del caso, se había envuelto en una capa de color gris oscuro.

No parecía haber oído las salutaciones de Agrimoho, pero, mirando por primera vez lo que había sobre la mesa, partió la punta de una tostada y se la metió mecánicamente en la boca. La retuvo en una mejilla durante casi toda la comida. El pescado se enfrió en la fuente. Agrimoho se había servido uno, acompañado de una rodaja de melón y de un huevo pintado de verde fuego, pero todo el resto había perdido frescura o calor sobre la mesa ritual.

Abajo, en los largos sótanos de la sala, la algarabía de cuchillos había cesado. El vino de arroz había circulado por las mesas, y las jarras estaban vacías. Los criados esperaban la señal para ir a sus ocupaciones.

Agrimoho se secó con la servilleta la boca arrugada, y observó a lord Groan, que se reclinaba ahora en la silla y sorbía un vaso de té oscuro, los ojos perdidos como de costumbre. El bibliotecario observaba la ceja izquierda de su señoría. El reloj del fondo de la sala marcaba las diez menos veintiuno. Lord Groan parecía mirar a través del reloj. Transcurrieron tres cuartos de minuto; faltaban diez segundos, cinco segundos, tres segundos, un segundo, para las diez menos veinte. Ya eran las diez menos veinte. La ceja izquierda de lord Groan se alzó maquinalmente y quedó suspendida bajo tres arrugas. Después descendió, poco a poco. Al observar este movimiento, Agrimoho se incorporó y golpeó el suelo con una pierna envejecida y flaca. La arpillera grana que le envolvía el cuerpo se sacudió con el golpe y la barba de nudos blancos y negros se bamboleó en desorden de un lado a otro.

Las mesas se vaciaron en un santiamén, y en menos de medio minuto el último subordinado había desaparecido del refectorio, y la puerta de servicio del fondo de la sala había sido cerrada con llave.

Agrimoho volvió a sentarse, jadeando y tosiendo de mala manera. Luego se inclinó sobre la mesa y con un tenedor arañó la tela blanca, enfrente de lord Groan.

Su señoría volvió los acuosos ojos negros hacia el anciano bibliotecario y consejero.

—Bueno —dijo con una voz distante—, ¿qué ocurre, Agrimoho?

—Es el noveno día del mes —contestó Agrimoho.

—¡Ah! —dijo su señoría.

Hubo un momento de silencio, que Agrimoho aprovechó para volver a anudarse algunas mechas de la barba.

—El noveno —repitió su señoría.

—El noveno —dijo Agrimoho entre dientes.

—Un día duro —meditó su señoría—, muy duro.

Agrimoho, inclinando los cavernosos ojos hacia su señor, repitió como un eco:

—Un día duro, el noveno… siempre un día duro.

Una gruesa lágrima rodó por la mejilla de Agrimoho, abriéndose camino por la apergaminada superficie. Tenía los ojos tan hundidos en las cuencas sombrías que era imposible verlos. Agrimoho no había sugerido excepto quizá por alguna señal o movimiento mínimos que estuviese soportando algún estado de tensión emocional. Nunca le ocurría, salvo en momentos de reflexión sobre asuntos relacionados con las tradiciones del castillo, cuando unas gruesas lágrimas le brotaban de pronto de las sombras escondidas bajo la frente. Acarició los grandes tomos que tenía junto al plato. Como si acabara de tomar una decisión largamente deliberada, su señoría se inclinó hacia adelante, puso el bastón en la mesa y se ajustó la corona de hierro. Después, apoyando en las manos el alargado mentón, volvió la cabeza hacia el anciano.

—Continúe —susurró.

Agrimoho se recogió la arpillera con un movimiento rápido y tembloroso, se levantó, y colocándose detrás de la silla, la empujó hacia la mesa unas pulgadas, y escurriéndose entre la silla y la mesa volvió a sentarse pausadamente, con aire de sentirse más cómodo que antes. Luego, inclinando una y otra vez la frente rugosa, apartó con gran deliberación el variado surtido de platos, vinagreras, copas, cubiertos y los manjares ya tibios que tenía delante, despejando un semicírculo de mantel blanco. Sólo entonces tomó los tres tomos que tenía junto al codo y los abrió uno tras otro, moviéndolos ligeramente sobre los lomos de pergamino, y permitiendo que se abrieran por las páginas señaladas con cintas bordadas.

Las páginas de la izquierda estaban encabezadas por la fecha, y en el primero de los tres libros iba seguida de una lista de las actividades que su señoría tenía que llevar a cabo hora a hora. Las horas exactas, las ropas adecuadas para cada ocasión y los gestos simbólicos necesarios. En las páginas de la derecha había unos diagramas con noticias, las rutas que su señoría tendría que recorrer para llegar a los distintos escenarios. Los diagramas estaban pintados a mano.

El segundo tomo tenía muchas hojas en blanco y era enteramente simbólico, mientras que el tercero era una masa de referencias cruzadas. Si, por ejemplo, su señoría, lord Sepulcravo, actual conde de Groan, hubiera medido tres pulgadas menos, las ropas, gestos y aun las rutas hubieran sido diferentes de los descritos en el primer tomo, y se hubiera tenido que elegir otro volumen de la enorme biblioteca. Si hubiera sido de tez más clara, o más corpulento, o si los ojos no hubieran sido negros sino verdes, azules o marrones, entonces otro conjunto de regulaciones arcaicas habrían aparecido esta mañana sobre la mesa del desayuno. Sólo Agrimoho entendía completamente las distintas minucias de este complejo sistema, que requería la consagración de toda una vida, pero el espíritu sagrado de la tradición, encarnado en los ritos diarios, era comprendido por todos.

Durante los veinte minutos siguientes, Agrimoho instruyó a lord Sepulcravo acerca de las tareas menos obvias del día, con una vieja voz cascada y unas contracciones espasmódicas de las comisuras de la boca entre frase y frase. Lord Sepulcravo asentía en silencio con la cabeza. Ocasionalmente, algunos itinerarios señalados en el primer tomo para el «día noveno» habían quedado obsoletos. Por ejemplo, a las dos y treinta y siete de la tarde, lord Groan tendría que haber descendido la escalera de hierro del vestíbulo gris que llevaba al estanque de carpas. Esta escalera había quedado ladeada y retorcida hacía setenta años, cuando un gran incendio arrasara el vestíbulo. Hubo que planear una ruta alternativa. Un trayecto lo más parecido posible al espíritu del original, y que requiriera el mismo tiempo. Agrimoho trazó temblorosamente el nuevo itinerario sobre el mantel con la punta de un tenedor. Lord Sepulcravo asintió con la cabeza.

Fijado el programa del día, y con sólo un minuto para las diez, Agrimoho se reclinó en el asiento y se babeó la barba blanca y negra. Cada dos o tres segundos consultaba el reloj. Lord Sepulcravo emitió un largo suspiro. Un reflejo le encendió un momento los ojos y luego se apagó. El surco de la boca parecía habérsele ablandado por un momento.

—Agrimoho —dijo—, ¿sabe que tengo un hijo?

Agrimoho, los ojos clavados en el reloj, no había oído la pregunta del conde. Hacía ruidos en la garganta y el pecho, replegando las comisuras de la boca.

Lord Groan le echó una mirada rápida, y palideció bajo el color oliváceo. Cogiendo una cuchara, la dobló en las tres cuartas partes de un círculo.

La puerta de detrás del estrado se abrió de súbito y apareció Excorio.

—Es la hora —dijo al acercarse.

Lord Sepulcravo se levantó y se encaminó hacia la puerta.

Excorio saludó al anciano de la arpillera grana con un hosco movimiento de cabeza, y después de llenarse los bolsillos de melocotones, siguió a su señoría entre las columnas de la Sala de Piedra.

LA RÓTULA DE PRUNESCUALO

EL DORMITORIO DE FUCSIA tenía los cuatro rincones abarrotados de juguetes desechados, libros y retales de telas de colores. Estaba en el centro del ala oeste de la segunda planta. Una cama de nogal ocupaba la pared junto a la puerta. Las dos ventanas triangulares de la pared de enfrente daban sobre las almenas por donde las siluetas de los más consumados escultores de las casas de barro se paseaban a la caída de la noche, en los días de luna llena en meses alternos. Más allá de las almenas se extendían las praderas, y más allá de las praderas, el Bosque Retorcido de espinos que escalaba los escarpados flancos de la montaña de Gormenghast.

Fucsia había cubierto las paredes del dormitorio con impetuosos dibujos al carbón. No había intentado decorar el yeso color coral a ambos extremos del cuarto. Había hecho los dibujos en momentos de odio o de exaltación, y aunque eran poco sutiles y bastante desproporcionados estaban llenos de una energía extraordinaria. Esos frenéticos diseños daban a las dos paredes del cuarto un aspecto tan tumultuoso que, comparados con ellos, los apelotonados montones de juguetes y libros de los cuatro rincones parecían realmente compactos.

Al desván, el reino privado de Fucsia, sólo se podía llegar a través de este dormitorio. La puerta de la escalera de caracol que ascendía hacia la oscuridad estaba justo detrás de la cama, de modo que para abrir esta puerta, que parecía la puerta de un armario, había que empujar la cama hacia el centro de la habitación.

Fucsia no se olvidaba nunca de volver a colocar la cama en su sitio evitando así que invadieran el santuario. Era una precaución innecesaria ya que nadie, a excepción de la señora Ganga, entraba en el dormitorio, y de cualquier modo la anciana niñera nunca hubiera podido subir el centenar de estrechos y oscuros escalones que conducían al desván. Hasta donde alcanzaba la memoria de Fucsia, el desván había sido para ella un mundo inviolado.

Generación tras generación, la mayor parte de los trastos viejos de Gormenghast habían ido a parar a esta zona de penumbras moteadas, esa región cálida, enrarecida, ahogada, intemporal en la que grandes vigas cruzaban el aire poblado de polillas. En la que el polvo era como polen y se posaba levemente sobre todas las cosas.

El desván se componía de dos galerías principales y una buhardilla; la segunda galería nacía en ángulo recto de la primera, al pie de tres desvencijados escalones. En el extremo más lejano, una escalerilla de madera conducía a un balcón que parecía una galería estrecha. En el lado izquierdo de este balcón, una puerta que pendía en silencio de un solo gozne conducía a la tercera de las estancias del desván. Aquella buhardilla era para Fucsia un lugar muy secreto, una especie de capilla pagana, un nido de águilas, una ciudadela, un reino que jamás se mencionaba, pues esto hubiera equivalido a una infidelidad, una especie de blasfemia.

El día del nacimiento de su hermano, mientras abajo el castillo bullía con rumores que se propagaban bajando de planta en planta y de sala en sala hasta los sótanos más profundos, Fucsia permanecía tan ajena a toda esta excitación como Rottcodd en la Galería de las Tallas Brillantes.

Había tirado de una larga cuerda trenzada que colgaba del techo en un rincón del dormitorio, haciendo que una campana pequeña empezara a sonar en los remotos apartamentos que Tata Ganga ocupaba desde hacía dos décadas. Los rayos del sol llegaban por entre los torreones del este iluminando las Almenas de los Escultores e invadiendo poco a poco los flancos de la montaña. A medida que el sol ascendía, los árboles espinos de la montaña de Gormenghast emergían uno tras otro a la pálida luz, y se convertían en espectros que se perseguían aquí y allá por la inmensa extensión, hasta que la montaña entera quedaba aplanada sobre la oscuridad como un radiante triángulo mellado. Siete nubes, como un grupo de querubines desnudos o de lechoncillos, flotaban con cuerpos rosados y rollizos por un cielo pizarroso. Fucsia las

contempló taciturna desde la ventana. Luego extendió el labio inferior hacia adelante, las manos en las caderas y los pies descalzos, inmóviles sobre el piso de madera.

—Siete —dijo frunciendo el ceño—. Hay siete en total. Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete. Siete nubes.

Se ciñó un chal amarillo alrededor de los hombros, pues estaba temblando dentro del camisón, y tiró de nuevo de la cuerda trenzada para llamar a Tata Ganga. Revolviendo en un cajón, encontró una barra de tiza negra, y acercándose a una zona de la pared que todavía estaba relativamente vacía, trazó un negro 7 rodeado de un círculo, y debajo escribió la palabra «NUBES» con letras gruesas e intransigentes.

Fucsia se apartó de la pared y con aire desmañado volvió hacia la cama arrastrando los pies. La negra cabellera le caía suelta sobre los hombros. Los ojos, siempre como brasas, estaban fijos en la puerta. Permaneció así, con un pie adelantado, hasta que el pomo de la puerta se movió, y apareció la anciana niñera.

Al verla, Fucsia continuó caminando desde donde se había detenido, pero en lugar de ir hacia la cama, se acercó a la señora Ganga con cinco zancadas, y colgándose del cuello de la anciana, la besó con furia, la soltó, e indicándole que se acercara a la ventana, apuntó hacia el cielo. Tata Ganga miró a lo largo del brazo y el dedo extendidos de Fucsia y preguntó qué era lo que tenía que ver.

—Las gruesas nubes —dijo Fucsia—. Hay siete en total.

La anciana entornó los ojos y volvió a escrutar el cielo una vez más. Luego hizo un ruidito que parecía indicar que no estaba impresionada.

—¿Por qué siete? —dijo Fucsia—. Siete es por algo. ¿Por qué siete? Uno es un soberbio y solitario soldado; dos, una terrible antorcha de estaño; tres, un centenar de caballos caídos; cuatro, un caballero con espuelas de pasto; cinco, un pez con prósperas aletas; seis, he olvidado el seis, y el siete…, ¿qué era el siete? Ocho, una rana de ojos redondos; nueve…, ¿qué es nueve? Nueve, nueve… Diez, una torre de turbulentas tostadas, pero ¿qué es el siete?, ¿qué es el siete? Fucsia golpeó el suelo con el pie y escudriñó la cara de la pobre y anciana niñera.

Tata Ganga hizo unos ruiditos con la garganta, lo que era su modo peculiar de ganar tiempo, y luego dijo:

—¿Te apetece un poco de leche caliente, tesoro mío? Dímelo ahora, porque estoy muy ocupada. Tengo que alimentar a los gatos blancos de tu madre, querida. Con el pretexto de que soy de constitución enérgica, corazón mío, me mandan ocuparme de todo. ¿Por qué me has llamado? Rápido, rápido, tormento mío, dime por qué has llamado.

Fucsia se mordió el rojo y carnoso labio inferior, apartó una mata negra como la medianoche que le caía sobre la frente, y se asomó a la ventana, llevándose las manos a la espalda. Estaba ahora muy estirada y tiesa.

—Quiero un enorme desayuno —dijo por fin—. Tengo que comer mucho, hoy voy a dedicarme a pensar.

Tata Ganga estaba examinándose una verruga en el antebrazo izquierdo.

—No sabes adónde iré, pero iré a algún sitio en donde pueda pensar.

—Sí, querida —dijo la vieja niñera.

—Quiero leche caliente y huevos y muchas tostadas hechas por una sola cara —Fucsia se detuvo y frunció el entrecejo—. Y quiero una bolsa de manzanas para pasar el día, porque cuando pienso me viene hambre.

—Sí, querida —repitió Tata Ganga, quitando un hilo que colgaba del dobladillo de la falda de Fucsia—. Echa más leña al fuego, desvelo mío, y te traeré el desayuno y te haré la cama, sí, aunque no me siento muy bien.

Fucsia se abalanzó de nuevo sobre la vieja niñera, y besándola en la mejilla, la empujó fuera de la habitación, cerrando la puerta tras la figura que se alejaba con un portazo que resonó por los lúgubres pasillos.

En cuanto se cerró la puerta, Fucsia saltó a la cama y zambulléndose de cabeza entre las mantas, se escurrió hacia el fondo, donde, a juzgar por las apariencias, libró una lucha a vida o muerte con algún monstruo emboscado. La marejada que sacudía las ropas de cama amainó tan bruscamente como había empezado, y Fucsia emergió con un largo par de medias de lana de las que sin duda se había desembarazado a puntapiés durante la noche. Sentada sobre las almohadas, empezó a ponerse las medias con movimientos bruscos, intentando con dificultad, muy a último momento, tironear de los talones de adelante hacia atrás.

—Hoy no pienso ver a nadie —se dijo a sí misma—. No, a nadie en absoluto. Iré a mi habitación secreta y me dedicaré a pensar. —Sonrió con una sonrisa maliciosa, pero de una malicia infantil, encantadora. Los

labios, gruesos y bien formados, y de una expresión extraordinariamente madura, se abrieron como pétalos carnosos, revelando unos dientes muy blancos.

Apenas hubo sonreído, el rostro se le alteró de nuevo y volvió a recuperar la expresión petulante que tenía a veces. Frunció las cejas negras.

Entre prenda y prenda, Fucsia se detenía y daba unos pasos de baile de su propia invención. No había nada de elegante en estas posturas, y a veces se quedaba inmóvil una docena de segundos en precario equilibrio. Los ojos se le ponían vidriosos como a su madre y un aire de calma abstracta desafiaba durante unos instantes la expresión confiada que le era natural. Finalmente se enfundó por la cabeza un informe vestido rojo sangre, demasiado holgado; un cordón verde se lo ajustaba a la cintura. Daba la impresión de habitar en la ropa más que llevarla puesta.

Mientras tanto, Tata Ganga no sólo había preparado el desayuno de Fucsia en su propio cuartito sino que ya volvía con una bandeja repleta que le temblaba en las manos. Al doblar una esquina del pasillo, tuvo que pararse con un estruendo de platos ante la repentina aparición del doctor Prunescualo, quien también se detuvo bruscamente para evitar una colisión.

—Bien, bien, bien, bien, bien, ja, ja, ja. Pero si es nuestra querida señora Ganga, ja, ja, ja. Qué dramático, pero qué dramático —exclamó el doctor, juntando las largas manos a la altura del mentón, al tiempo que su aflautada risa rechinaba a lo largo del techo de madera. Los cristales de las gafas reflejaban la imagen minúscula de Tata Ganga.

A la anciana niñera no acababa de gustarle el doctor Prunescualo. Era cierto que pertenecía a Gormenghast tanto como la propia Torre. No podía llamarlo un intruso, pero de alguna manera, a los ojos de Tata Ganga, era definitivamente *raro*. En primer lugar, en nada se parecía a la idea que ella tenía de un médico, aunque no hubiera podido explicar por qué. Ni tampoco hubiera podido encontrar otras razones que explicaran esta antipatía. En el mejor de los casos, a Tata Ganga le era difícil ordenar sus pensamientos, pero cuando se le mezclaban con emociones, ya no sabía qué hacer. Lo que sentía, aunque nunca se había detenido a analizarlo, era que el doctor Prunescualo no la tomaba en serio, y que incluso la ridiculizaba de un modo un tanto estúpido.

No lo había pensado, pero sus huesos lo sabían.

Levantó los ojos hacia el greñudo doctor y se preguntó por qué nunca se cepillaba el pelo, pero enseguida se sintió culpable por permitirse tales pensamientos sobre un caballero, y la bandeja se sacudió y se le enturbiaron los ojos.

—Ja, ja, ja, ja, ja, mi querida Tata Ganga, déjeme que la ayude con la bandeja, ja, ja, hasta que haya saboreado los frutos del discurso, y me haya dicho qué ha estado tramando este último mes. ¿Por qué no le he visto el pelo, Tata Ganga? ¿Por qué mis oídos no han escuchado las pisadas de usted en las escaleras, y la voz de usted a la caída de la noche, llamando… llamando…?

—Su señoría la condesa ya no me quiere, señor —dijo Tata Ganga, echando al doctor una mirada acusadora—. Ahora me tienen encerrada en el ala oeste.

—¿Conque de eso se trata, eh? —dijo el doctor Prunescualo quitándole a Tata Ganga la repleta bandeja y agachándose hasta el suelo del interminable pasillo. Luego se sentó en cuclillas junto a la bandeja, y clavó los ojos en la anciana mujer, que miraba asustada cómo los grandes ojos del doctor nadaban detrás de los lentes de aumento.

—La tienen encerrada en el ala oeste, ¿no es así? —El doctor Prunescualo se acarició el mentón con el pulgar y el índice, como pensando algo profundo, y frunció magníficamente el entrecejo—. Mi querida señora, es la palabra «encerrada» la que me incomoda. ¿Es usted un animal, Tata Ganga? Repito, ¿es usted un animal? —Se incorporó a medias, y con el cuello extendido hacia adelante, repitió la pregunta por tercera vez.

La pobre Tata Ganga estaba demasiado asustada para responder.

El doctor volvió a agacharse.

—Voy a responder yo mismo, señora Ganga. Ya hace tiempo que la conozco. ¿Diez años tal vez? Si bien es cierto que no hemos sondeado juntos las profundidades de la magia, ni hemos discutido el significado de la existencia, me basta decir que la conozco desde hace bastante tiempo como para asegurar que usted no es un animal. Ninguna clase de animal. Siéntese en mi rodilla.

Aterrorizada ante esta insinuación, Tata Ganga sé llevó las manitas huesudas a la boca y alzó los hombros hasta las orejas. Luego lanzó una mirada angustiada al pasillo y justo cuando iba a echar a correr, notó que la agarraban por las rodillas, sin brutalidad pero con firmeza, y sin saber cómo se encontró sentada sobre la alta y puntiaguda rótula del acuclillado doctor.

—Usted no es un animal —repitió Prunescualo—, ¿verdad que no?

La vieja niñera volvió la cara arrugada hacia el doctor y meneó convulsivamente la cabeza.

—Naturalmente que no, ja, ja, ja, ja, ja, naturalmente que no. A ver, dígame, ¿qué es?

Tata se llevó otra vez el puño a la boca y la mirada angustiada le volvió a los ojos.

—Soy… Soy una mujer vieja.

—Una mujer vieja excepcional —dijo el doctor—, y si no me equivoco, pronto demostrará ser una mujer vieja excepcionalmente indispensable. Oh sí, ja, ja, ja, oh sí, excepcionalmente indispensable. —Hubo una pausa—. ¿Cuánto tiempo hace que no ve a su señoría la condesa? Tiene que ser mucho tiempo.

—¡Oh, sí, sí, mucho! —dijo Tata Ganga—. Hace mucho tiempo. Meses y meses y meses.

—Lo suponía —dijo el doctor—. Ja, ja, ja, tal como lo suponía. ¿Entonces no sabe por qué va a ser indispensable?

—¡Oh, no, señor! —dijo la niñera, mirando la bandeja en la que el desayuno se estaba enfriando por momentos.

—¿Le gustan los bebés, mi queridísima señora Ganga? —preguntó el doctor, trasladando a la pobre mujer a la otra afilada rótula y estirando la pierna anterior como para desentumecerla—. ¿Le interesan las criaturas pequeñas, por regla general?

—¿Los bebés? —exclamó Tata Ganga, animándose de repente—. ¡Sería capaz de comérmelos, señor, me los comería enteros!

—Muy bien —dijo el doctor Prunescualo—, muy, pero que muy bien, buena mujer. Sería capaz de comérselos.

Pero eso no será necesario. En realidad, sería verdaderamente nocivo, mi querida Tata, sobre todo en las circunstancias que ahora voy a relatarle. Le van a confiar un niño a su cuidado. No lo devore, Tata Ganga. Usted tendrá que criarlo, es cierto, pero no es necesario que antes se lo trague. Iría a tragarse, ja, ja, ja, a todo un Groan.

La noticia penetró lentamente en el cerebro de Tata Ganga, y de pronto se le desorbitaron los ojos.

—¡Oh, no, señor, oh no!

—¡Oh, sí, señor, oh sí! —replicó el médico—. Aunque la condesa la haya desterrado últimamente, pronto será necesario restituir a Tata Ganga, ja, ja, ja, restituirla a un puesto muy importante. Hoy mismo, si no me equivoco, mi querida Tata de ojos desorbitados, voy a traer al mundo a un nuevo y flamante Groan. ¿Se acuerda del día en que ayudé a la condesa a que alumbrara a *lady* Fucsia?

Tata Ganga empezó a temblar de pies a cabeza y una lágrima le rodó por la cara, mientras se estrujaba las manos entre las rodillas, a punto de perder el equilibrio y caerse de aquella percha precaria.

—Me acuerdo de todo, señor, de todos los detalles. ¿Quién lo hubiera pensado?

—Exactamente —interrumpió el doctor Prunescualo—. ¿Quién lo hubiera pensado? Pero ahora tengo que marcharme, ja, ja, ja, tengo que desalojarla de mi rótula, pero antes dígame, Tata Ganga, ¿no sabía nada del estado de su señoría?

—¡Oh, señor! —dijo la anciana, mordiéndose los nudillos y apartando los ojos—. Nada de nada. Nadie me cuenta nada.

—Sin embargo, todas las obligaciones recaerán sobre usted. Aunque eso la complacerá. ¿A que no me equivoco?

—¡Oh, señor, otro bebé después de tanto tiempo! Ahora mismo me lo comería a besos.

—¿Lo? —preguntó el doctor—. Ja, ja, ja, está usted muy segura del género, ni querida señora Ganga.

—Oh, sí, señor, es un niño. ¡Oh, qué bendición del cielo! ¿Me lo van a dejar, señor? ¿Verdad que me lo van a dejar?

—No hay alternativa —dijo el doctor en un tono quizá demasiado brusco para un caballero, y sonrió fatuamente, con la puntiaguda nariz apuntando a Tata Ganga. El pajar gris de la cabellera del doctor se apartó de la pared—. ¿Y mi Fucsia? ¿Tiene alguna sospecha?

—Oh, no, ninguna sospecha, ninguna, señor, bendita sea. Apenas sale del cuarto excepto de noche, señor. No sabe nada de nada, señor, y no habla más que conmigo.

El doctor sacó a Tata Ganga de la rodilla y se incorporó.

—Todo Gormenghast no habla de otra cosa, pero el ala oeste no sabe nada. Muy, muy, muy extraño. La niñera del bebé y la hermana de la criatura están a oscuras, ja, ja, ja. Pero no por mucho tiempo, no por mucho tiempo. En nombre de todo lo que es luz, no por mucho tiempo.

—¿Señor? —llamó Tata Ganga al ver que Prunescualo estaba a punto de marcharse.

—¿Y bien? —dijo el doctor, examinándose las uñas—. ¿Qué sucede, mi querida Tata? Sea breve.

—Cómo…, ¿cómo está ella, señor? ¿Cómo se encuentra su señoría?

—Fuerte como un toro —respondió el doctor Prunescualo, y al instante ya había doblado la esquina, y

Tata Ganga, con la boca y los ojos abiertos, alcanzó a oír, mientras recogía la fría bandeja, el elegante tamborileo de los pasos del doctor, que se encaminaba dando brincos de pájaro al cuarto de la condesa de Groan.

Cuando la señora Ganga llamó a la puerta de Fucsia, el corazón le latía muy deprisa. Necesitaba siempre mucho tiempo para entender el significado de cualquier cosa que le contaran, y tan sólo ahora empezaba a darse cuenta de las verdaderas dimensiones de lo que el doctor le había revelado. Ser de nuevo, después de tantos años, la niñera de un heredero de la casa de Groan…, poder bañar el cuerpecito indefenso, planchar la ropita e ir a escoger una ama de cría a las viviendas de extramuros. Tener plena autoridad en todo lo que concernía al cuidado del precioso chiquitín… todo esto le pesaba en el arrebatado corazón como una carga de doloroso orgullo.

Estaba tan abrumada por la emoción que llamó dos veces antes de advertir que había una nota prendida en la puerta. Mirándola de cerca, descifró al fin lo que Fucsia había garabateado con el invariable carbón.

No puedo esperar hasta el juicio final, ¡eres tan LENTA!

Tata Ganga probó el pomo de la puerta, aunque sabía que estaría cerrada con llave. Dejando la bandeja y las manzanas sobre la esterilla, se retiró a su habitación, donde podría entretenerse en despreocupadas conjeturas sobre el futuro. La vida, parecía, aún no había acabado para ella.

EL DESVÁN

ENTRETANTO FUCSIA, después de esperar impacientemente el desayuno, había ido hacia el armario donde guardaba provisiones para casos de emergencia: la mitad de un reseco pastel de semillas, y un poco de vino de diente de león. También había un paquete de dátiles que Excorio había hurtado, y que le había traído hacía ya varias semanas, y dos peras arrugadas. Lo envolvió todo en un retal de ropa. Luego encendió una vela y la puso en el suelo cerca de la pared, y curvando la espalda joven y fuerte, agarró el barrote de los pies de la cama y la arrastró hasta poder alcanzar la puerta del armario y correr el pestillo. Por encima de la cabecera recogió el hatillo de comida y la vela que estaba en el suelo, y agachando la cabeza se escurrió por la estrecha abertura y se encontró en los primeros peldaños de la escalera que ascendía en oscuras espirales. Cerró la puerta y echó el pestillo; y los temblores que experimentaba siempre en el momento de encerrarse la acometieron otra vez estremeciéndola de pies a cabeza.

Luego, con la vela iluminándole el rostro y los tres peldaños resbaladizos delante, Fucsia subió a sus dominios.

A medida que subía por la sinuosa oscuridad, Fucsia sintió que un mareo de verde abril le impregnaba y debilitaba el cuerpo. El corazón le latía dolorosamente.

Es éste un amor que iguala en fuerza y en hondura al amor de un hombre por una mujer. Es el amor de un hombre o una mujer por su propio mundo. Por el mundo central, donde sus vidas arden genuinamente y con una llama libre.

El amor del submarinista por un mundo de luz vacilante. Un mundo de perlas y algas y de respiración contenida. Nacido en las profundidades, se siente unido a cada banco de peces de color verde lima, a cada esponja multicolor. Al tocar el fabuloso fondo de los océanos, la mano agarrada a una barba de ballena, es un ser completo, infinito. El pulso, la fuerza y el universo se mueven en equilibrio dentro de él.

Está enamorado.

El amor del pintor, solo, de pie, y mirando, mirando una gran superficie de colores. La tela le devuelve la mirada con formas tentativas cuyo crecimiento ha sido interrumpido, y que se mueven del suelo al techo con una música nueva. Los tubos retorcidos, la pintura fresca exprimida, y la paleta embadurnada. El polvo debajo del caballete. La pintura que ha goteado por el mango de los pinceles. Fuera, la pálida luz del cielo del norte guarda silencio. La ventana está boquiabierta mientras él aspira el mundo de alrededor: una habitación alquilada, y trementina. Se acerca a la obra a medio concebir. Está enamorado.

Los dedos del labrador desmenuzan la tierra fértil. Cuando el buscador de perlas murmura «Estoy en casa» mientras se mueve oscuramente entre extrañas luces acuosas, y el pintor se dice a sí mismo «Soy yo» en la solitaria balsa del estudio, también el pacífico labriego en el campo de marga exclama junto con la sombría Fucsia en la escalera de caracol: «Estoy en casa».

Al pasar la mano derecha por la pared de madera y notar bajo los pies la tabla floja que esperaba encontrar, Fucsia tuvo otra vez la impresión de que era parte de la sinuosa escalera y el ático. Sabía que sólo quedaban dieciocho peldaños y que después de dos vueltas más en la escalera, el indescriptible resplandor gris y oro que se filtraba en el desván le daría la bienvenida.

Al llegar al último peldaño, se detuvo y se asomó por encima de una puerta de vaivén de tres pies de altura, parecida a la puerta de un establo, alzó el pestillo, y entró en la primera de las tres secciones del desván.

Unos pocos rayos del sol de la mañana daban a los distintos objetos una cierta estructura, pero no eliminaban del todo la oscuridad. Aquí y allá, un hilo de luz se abría paso por la cálida y meditativa penumbra, y se llenaba de motas de polvo que se movían grave y lentamente como un atenuado firmamento de estrellas.

Uno de los finos rayos iluminó la frente y el hombro de Fucsia, y otro le arrancó una nota escarlata del

vestido. A la derecha había un órgano enorme y desvencijado. Los tubos estaban rotos y el teclado en ruinas. Alrededor, el trabajo de una década de arañas grises había tejido telarañas como un chal de encaje. Sólo faltaba que el espectro de una infanta se alzara desde el polvo y se lo echara sobre la cabeza y los hombros como la más fabulosa de todas las mantillas.

Los ojos de Fucsia apenas se distinguían en la penumbra ya que la luz que le caía sobre la frente le echaba sombras aún más profundas, por contraste, sobre la cara. Pero estaban tranquilos. La excitación que había despertado en ellos la escalera había dado paso a esta calma extraña. De pie en lo alto de la escalera, parecía otra.

Esta habitación era la más oscura. En verano, la luz parecía introducirse a través de las fisuras de la madera combada y de las piedras flojas más oblicuamente que en la habitación mayor o la galería de la derecha. La tercera, la pequeña buhardilla, a la que se subía desde la galería protegida por una baranda, era la que tenía mejor luz, pues ostentaba un ventanal con persianas que cuando estaban abiertas mostraban una panorámica de tejados, torres y almenas, dispuestos en un vasto semicírculo. Entre los altos baluartes, a cientos de pies por debajo, podía divisarse una plaza cuadrangular en la que si hubiera habido una figura humana, no habría parecido mayor que un dedal.

Fucsia avanzó tres pasos por la primera habitación del desván y enseguida se detuvo y se anudó un cordel por encima de la rodilla. Sobre ella se cernían unas vigas indistintas y las vio mientras se incorporaba, e inconscientemente las amó. Ésta era la habitación de los trastos viejos. Aunque muy larga y alta de techo, parecía relativamente pequeña, puesto que unas fantásticas pilas de todo tipo de cosas, desde el enorme órgano hasta la cabeza pintada de un maltrecho león de cartón piedra que algún día tuvo que servir de juguete a algún antepasado de Fucsia, abarrotaban todas las paredes, dejando únicamente una avenida para pasar a la sala contigua. Esta avenida alta y angosta serpenteaba por el centro del primer desván antes de doblar bruscamente en ángulo recto a la derecha. El hecho de que hubiera tantos trastos en la habitación, no significaba que Fucsia la ignorara y que la utilizara sólo como lugar de paso. Nada de eso, pues era aquí donde se había entretenido muchas tardes, gateando hasta los más recónditos escondrijos y descubriendo extrañas cavernas entre los incongruentes vestigios del pasado. Sabía cómo llegar al centro de lo que parecían montañas de muebles, cajas, instrumentos musicales y juguetes, cometas, cuadros, armaduras y cascos de bambú, banderas y reliquias de todo tipo, así como un indio sabe seguir un rastro secreto en la hierba. Al alcance de Fucsia, la piel y la cabeza de un mandril polvoriento cubría un tambor destripado que sobrepasaba las borrosas cimas del atestado desván. Todo parecía enorme e inexpugnable en la cálida y silenciosa penumbra, pero si lo hubiera querido, Fucsia habría podido desaparecer, torpe pero rápidamente, en las entrañas de estas fantásticas montañas, y tumbarse allí en un antiquísimo sofá con un libro de imágenes junto a ella, oculta para todos en pocos segundos.

Esta mañana se encaminaba a la tercera de sus habitaciones; avanzó por el cañón, pasando por debajo de la pata de una jirafa iluminada por un hilo de luz polvorienta y que atravesaba el camino de Fucsia como una especie de dintel justo antes de que el pasadizo torciera a la derecha. En cuanto Fucsia dobló el recodo, vio lo que esperaba ver. A doce pies estaban los escalones de madera que descendían al segundo desván. Las vigas combadas de encima de los escalones ocultaban una parte del cuarto. Pero el trozo visible de suelo desnudo permitía imaginar el resto. Bajó los escalones. Hubo un desgarramiento de nubes; un cielo, un desierto, una olvidada orilla se desplegaron en ella.

Caminar sobre el suelo vacío era como caminar por el espacio. Espacio, como el que la pupila penetrante del cóndor llega a vislumbrar, como el que el águila rapaz atisba a través de su sangre.

El silencio tenía aquí un ritmo sonoro. Los salones, las torres, las habitaciones de Gormenghast pertenecían a otro planeta. Fucsia alzó la mano y tiró de un espeso mechón de cabellos echando la cabeza hacia atrás; el corazón le latía con fuerza, y estremeciéndose de la cabeza a los pies, unos minúsculos diamantes le aparecieron en el rabillo interior de los ojos.

¡Con qué personajes había poblado este perdido escenario vacío! Era aquí donde veía a criaturas de su imaginación, las fogosas figuras que ella inventaba y que deambulaban de rincón en rincón, recogidas como monstruos o atravesando los aires como serafines de alas ardientes, o que bailaban, o peleaban, o reían, o lloraban. Éste era el desván de la fantasía, donde los compañeros de su mente avanzaban y retrocedían por los suelos polvorientos.

Agarrando con fuerza el hatillo de provisiones se encaminó con pasos apropiadamente resonantes hacia la escalera que conducía al balcón del fondo. Subió la escalera, poniendo los pies juntos en cada peldaño, porque le era difícil subir teniendo bajo el brazo la botella y la comida para el día. No había nadie allí que pudiera verle la espalda recia y erguida, y los movimientos torpes e indecorosos de las piernas mientras trepaba con el vestido escarlata, ni tampoco el largo de la negra y enredada cabellera. A medio camino,

consiguió levantar el hatillo por encima de la cabeza, empujarlo hacia el balcón, y acabar de trepar hasta encontrarse de pie con el gran escenario debajo de ella tan vacío como un corazón olvidado.

Mirando hacia abajo, con las manos en la barandilla de madera que bordeaba la veranda del desván, sabía que con una llamada podía poner en movimiento los cinco personajes principales que ella había inventado. Aquellos a los que había contemplado tantas veces desde arriba, casi como si estuvieran realmente allí. Al principio no había sido fácil entenderlos o decirles lo que debían hacer. Pero ahora sería fácil; por lo menos podrían representar las escenas que ella había visto tantas veces. Munstro, que se arrastraría por las vigas y se descolgaría, riendo entre dientes y envuelto en una nube de polvo, y haría una reverencia a Fucsia antes de volverse en busca del barril de oro brillante. O el Hombre de la Lluvia, que andaba siempre cabizbajo y con la manos enlazadas en la espalda, y que no tenía más que levantar una ceja para dominar al tigre encadenado que lo seguía a todas partes.

Estos y los dramas en los que participaban estaban ahora a punto de manifestarse en la habitación de abajo, pero Fucsia pasó por delante de la silla de respaldo alto en la que acostumbraba sentarse en un extremo del balcón, abrió con cuidado la puerta de un solo gozne, y entró en la tercera de las habitaciones.

Dejó el hatillo sobre una mesa que había en un rincón, se acercó a la ventana y abrió las persianas. La media le caía otra vez hasta la rodilla y volvió a atarse el cordel más firmemente alrededor del muslo. En esta habitación tenía el hábito de hablar en voz alta. Discutía consigo misma. Mirando por la pequeña ventana los tejados del castillo y los edificios contiguos, saboreó el placer del aislamiento.

—Estoy sola —dijo, la barbilla en las manos y los codos en el alféizar—. Estoy completamente sola, como a mí me gusta. Ahora puedo pensar, pues no hay nadie aquí que me provoque. En mi habitación no. Nadie que me diga lo que he de hacer porque soy una dama. Oh no. Aquí hago lo que quiero. Aquí Fucsia está tranquila. Nadie sabe dónde me meto. Excorio no lo sabe. Mi padre no lo sabe. Mi madre tampoco lo sabe. Nadie lo sabe, ni siquiera Tata. Sólo yo sé dónde voy. Vengo aquí. Aquí es donde vengo. Escaleras arriba hasta mi habitación de los trastos. Por la habitación de los trastos y a mi teatro. Atravieso mi teatro y subo por la escalera hasta mi balcón. Entro por la puerta y estoy en mi buhardilla secreta. Donde estoy ahora mismo. Donde he estado cantidad de veces, pero aquello es el pasado. Hoy es el presente. Estoy mirando los tejados del presente y me apoyo en el alféizar del presente, y más tarde, cuando sea vieja, me apoyaré de nuevo. Una vez y otra y otra.

»Ahora voy a ponerme cómoda y a comer el desayuno —continuó, pero en el momento en que volvía la cabeza, sus ojos penetrantes alcanzaron a distinguir en el rincón de un patio lejano y apenas visible, un grupo insólitamente numeroso que creyó identificar como sirvientes de la zona de la cocina. Estaba tan acostumbrada a ver el panorama desierto a estas horas de la mañana, en que los criados llevaban a cabo sus múltiples tareas dentro del castillo, que se asomó otra vez rápidamente y miró hacia abajo con un sentimiento de recelo y casi de odio. ¿Qué le hacía presentir que algo irreparable había ocurrido? A los ojos de un extraño no había nada de funesto o extraordinario en que un grupo de gente se hubiera reunido a cientos de pies más abajo en la esquina de un soleado patio de piedra, pero Fucsia, nacida y criada bajo el férreo ritual de Gormenghast, sabía que allí estaba tramándose algo sin precedentes. Cuanto más observaba ella, más crecía el grupo. Esto bastó para cambiarle el humor y ponerla intranquila y furiosa.

—Algo ha pasado —dijo—, algo que nadie me ha contado. No me han contado nada. Los detesto. Los detesto a todos. ¿Qué estarán haciendo, como un montón de hormigas ahí abajo? ¿Por qué no están trabajando? —Dio media vuelta y miró el cuartito. Todo había cambiado. Cogió una pera y la mordió distraídamente. Había deseado tanto pasar una mañana de reflexión, y quizás asistir a una o dos representaciones en el desván vacío, antes de volver a bajar las escaleras y pedirle a la señora Ganga un té abundante. Había algo de portentoso en la concentración de allí abajo. Le habían desbaratado el día.

Miró alrededor las paredes del cuarto. De ellas colgaban unos pocos cuadros que ella misma había elegido entre las docenas y docenas que desenterrara en la habitación de los trastos. Una pared estaba cubierta por un enorme paisaje de montaña en el que una carretera, enroscada como una serpiente alrededor de un risco impresionante, había sido ocupada por dos ejércitos, uno vestido de amarillo y el otro, la fuerza invasora que luchaba desde abajo, de morado. Iluminada como estaba por antorchas, esta escena no dejaba de maravillar a Fucsia; sin embargo, esta mañana la contemplaba con aire ausente. Las otras paredes eran menos impresionantes, quince cuadros estaban distribuidos entre las tres. La cabeza de un jaguar; un retrato del vigésimo segundo conde de Groan con cabellos totalmente blancos y la cara color de humo a causa de inmoderados tatuajes, y un grupo de niños con vestidos de muselina rosa y blanca, jugando con una víbora, eran algunas de las obras que más le gustaban. Centenares de deslustrados retratos de cabeza y de cuerpo entero de sus antepasados habían quedado arrinconados en el desván de los trastos. Lo que Fucsia buscaba en un cuadro era algo inesperado. Era como si quisiera que el artista le contara algo

completamente nuevo e insólito. Algo que a ella no se le hubiera ocurrido nunca.

Una enorme raíz contorsionada, traída hacía mucho tiempo de la montaña de Gormenghast, se alzaba en medio de la habitación. La habían pulido hasta sacarle un brillo inaudito; hasta las arrugas refulgían. Fucsia se dejó caer sobre la pieza más impresionante: un canapé de ajado esplendor y de blandos contornos sobre el que las formas angulosas y despatarradas le resaltaban con intransigente severidad. Los ojos, que tenían desde que entrara en el desván una expresión de calma desacostumbrada, le brillaban otra vez como brasas ardientes. Recorrían la habitación buscando en vano donde posarse, pues ni la fantástica raíz, ni los ingeniosos arabescos de la alfombra de debajo conseguían retenerlos.

—Todo anda mal. Todo. Todo —dijo Fucsia.

Volvió a la ventana y escrutó otra vez el grupo del patio. Había crecido tanto que ya no se veía el suelo empedrado. A través de un arbotante a la izquierda, distinguió cuatro callejuelas lejanas del barrio pobre de Gormenghast. Aquellas callejuelas estaban moteadas con puntitos de gente, y Fucsia creyó oír el sonido lejano de unas voces que subían en el aire. No es que Fucsia sintiera ningún interés particular por las «ocasiones» o festividades que pudieran excitar alas gentes de abajo, pero esta mañana advertía claramente que algo que la afectaba estaba ocurriendo.

Sobre la mesa había un gran libro coloreado de poemas e ilustraciones. Lo tenía siempre a mano para abrirlo y devorarlo. Volvía las páginas y declamaba los poemas con voz profunda y dramática. Esta mañana, se inclinó sobre el libro y lo hojeó sin prestarle mucha atención. Al llegar a uno de sus grandes favoritos, hizo una pausa y lo leyó lentamente, aunque sus pensamientos estaban en otra parte.

EL PASTEL FRÍVOLO

Érase un pastel frívolo y pecoso
que navegaba en un mar disparatado
o en las aguas de un lago proceloso
sintiéndose muy suelto y enfático.
Qué descoyuntado, oh qué descoyuntado
navegaba el pastel en la ventisca,
en las olas de un mar disparatado
que los peces lanzaba a un cielo lila.

Oh, muchas, muchas merluzas había
de una única gloria inmarcesible,
donde cualquier especie concebible
era arrojada al aire lila.

Sobre olas lisas y emplumadas crestas
del piélago pesado va el pastel,
y un cuchillo detrás sigue la estela
de los dulces marinos de grosella,
y como un pez espada se desliza
(azul y encarnizado el cuchillo de cena),
y el frívolo pastel está domado
con la risa de los marinos de grosella.

Oh, muchas, muchas merluzas había
de una única gloria inmarcesible,
donde cualquier especie concebible
era arrojada al aire lila.

En torno de las islas elegantes
lamiéndose las patas con sonrisa adhesiva
toma el sol el siluro ronroneante
sacudiendo a los lados las aletas de piel,
y juntos van volando bajo el cielo de lilas
el cuchillo y el frívolo pastel
que guiña un ojo índigo atractivo
en la estela de su futura mujer.

Vuelan las migas al mar disparatado,
del pastel al compás del corazón,
y el acero sensible del cuchillo
sabe que es otra la pugna del amor.
En la luz demorada están volando
las migas de la merluza anterior,
y al aire tropical vibra el zumbido
del pastel en las penas del amor.

Leyó la última estrofa de un tirón, sin enterarse para nada de lo que significaba. Tras recitar mecánicamente la última línea, se encontró de pie y caminando hacia la puerta. Sobre la mesa quedó el hatillo, abierto pero intacto, excepto la pera. Salió al balcón, y bajando la escalera cruzó el desván vacío, y en unos instantes había llegado al pie de la escalera de caracol en el cuarto de los tratos. Mientras descendía, le daba vueltas y más vueltas a la misma idea.

—¿Qué han hecho? ¿Qué han hecho?

Había entrado en el cuarto precipitadamente; corrió hacia el rincón donde colgaba la cuerda trenzada de la campana y tiró de ella como si quisiera arrancarla del techo.

A los pocos segundos la señora Ganga acudió deprisa a la puerta, arrastrando torpemente las zapatillas por el piso de madera. Fucsia le abrió la puerta, y en cuanto la pobre y vieja cabeza apareció en el marco, le gritó:

—¿Qué está pasando, Tata? ¿Qué está pasando allí abajo? Dímelo enseguida, Tata, o ya no te querré. Dímelo. Dímelo.

—Cálmate, mi tormento, cálmate —le dijo la señora Ganga—. ¿Qué es todo ese alboroto, alma mía? ¡Oh, mi pobre corazón! Acabarás por matarme.

—Tienes que contármelo, Tata. ¡Ahora! ¡Ahora mismo! O si no te pegaré —dijo Fucsia.

Los temores de Fucsia, que en un principio habían sido sólo una vaga sospecha, habían aumentado tanto, ayudados por una creciente intuición, que ahora estaba a punto de pegar a la vieja niñera, a la que amaba tan desesperadamente. Tata Ganga cogió la mano de Fucsia con ocho dedos viejos y se la apretó.

—Un hermanito para ti, preciosa mía. Eso sí que es una sorpresa tranquilizadora; un hermanito. Lo mismo que tú, mi patito feo, un regalo del cielo.

—¡No! —chilló Fucsia con las mejillas encendidas—. ¡No, no! No lo toleraré. ¡Oh no, no, no! ¡No lo quiero! ¡No lo quiero! ¡No puede ser, no puede ser!

Y arrojándose al suelo, Fucsia estalló en una pasión de lágrimas.

LA SEÑORA GANGA A LA LUZ DE LA LUNA

ASÍ PUES, LORD SEPULCRAVO, la condesa Gertrude, su hija primogénita Fucsia, el doctor Prunescualo, Rottcodd, Excorio, Vulturno, Tata Ganga, Pirañavelo y Agrimoho han sido sorprendidos en sus respectivas ocupaciones el día del natalicio, lo que ha permitido tal vez vislumbrar la atmósfera en la que a Titus le tocó nacer.

En los primeros años, Titus estaría al cuidado de Tata Ganga, quien cargaba orgullosamente esta prodigiosa responsabilidad sobre sus diminutas y encorvadas espaldas. Durante la primera mitad de este temprano período, el pequeño Titus fue protagonista, aunque con feliz inconsciencia, de dos ceremonias excepcionales: el bautizo, celebrado a los doce días de su nacimiento, y el almuerzo ceremonial de su primer cumpleaños. Huelga decir que, para la señora Ganga, todos los días abundaban en acontecimientos excepcionales, entregada como estaba en cuerpo y alma a las tareas de criar a Titus.

Al anochecer de ese día memorable, descendió por el estrecho camino empedrado y bordeado de acacias, hacia la puerta de la muralla que conducía al corazón de las viviendas de barro. La sombra de la señora Ganga corría junto a ella entre las acacias, mientras el sol se ponía en un pantano de luz azafranada por detrás de la montaña de Gormenghast. Raramente se aventuraba a traspasar las murallas del castillo y había sentido una cierta intranquilidad al levantar con esfuerzo la pesada tapa de un cofre para extraer de debajo de una capa de alcanfor su mejor sombrero. Era muy negro en verdad, aunque como compensación tenía prendida en la copa un racimo de quebradizas uvas de cristal. Cuatro o cinco uvas estaban rotas, pero apenas se notaba. Tata Ganga había levantado el sombrero a la altura del hombro y lo había examinado de soslayo antes de soplar las uvas de cristal para quitar las posibles motas de polvo. Al ver que el aliento las había empañado, se había levantado las enaguas, y doblándose sobre el sombrero, había frotado rápida y brevemente cada uno de los granos.

Luego se había acercado casi furtivamente a la puerta y había pegado la oreja al panel. No había oído nada. No obstante, cada vez que hacía algo desacostumbrado, por necesario que fuera, se sentía realmente culpable y miraba azorada alrededor, con los ojos muy abiertos, ribeteados de rojo, y sacudiendo ligeramente la cabeza, o bien, si se encontraba a solas en una habitación, como ahora, se precipitaba hacia la puerta y escuchaba un rato.

En cuanto se aseguraba de que no había nadie, abría bruscamente la puerta y escrutaba el pasillo vacío antes de volver a su tarea con renovada confianza. Esta vez, el hecho de ponerse su mejor sombrero a las nueve de la noche, con el propósito de aventurarse fuera del castillo, bajar por el largo paseo y luego ir hacia el norte por la avenida de acacias, había bastado para que corriera hacia la puerta, como si sospechara que había alguien allí, alguien que fuera capaz de oír lo que ella estaba pensando. Volvió de puntillas hacia la cama, y calándose el sombrero de terciopelo había añadido catorce pulgadas a su estatura. Luego había abandonado la habitación, bajando los dos tramos de escalera, que le parecieron aterradoramente vacíos.

Recordando, al franquear la puerta principal del ala oeste, que la condesa en persona le había encargado esta insólita misión, se sintió un poco más reconfortada; pero cualquiera que fuese la autoridad fáctica, seguía preocupada por algo más profundo, algo que pertenecía a la tácita y férrea tradición del lugar. Le hacía sentir que no actuaba correctamente. Sin embargo, había que encontrar una ama de cría para el bebé, y la lógica de esta urgencia la empujó a seguir adelante. Al salir del cuarto había cogido un par de guantes de lana negra. Era un anochecer veraniego suave y templado, pero Tata Ganga se sentía más fuerte con los guantes puestos.

A la derecha, la silueta de las acacias se recortaba contra la montaña, mientras que las de la izquierda brillaban tenuemente con una especie de brillo subterráneo. Las sombras de los troncos rayaban el camino como la deslustrada piel de una cebra. La señora Ganga, una figura diminuta bajo la espesa y sombría

bóveda de follaje, despertaba al andar débiles ecos en las rocas vecinas, pues sus tacones martilleaban con un ritmo apresurado y desigual el camino de piedra.

La avenida cubría una considerable distancia, y cuando por fin la anciana niñera alcanzó el extremo norte, la luna naciente salió a recibirla con una luz fría. La muralla exterior de Gormenghast se alzó de súbito ante ella. La niñera pasó por debajo de una arcada.

La señora Ganga sabía que a esta hora los Moradores estarían cenando. Mientras avanzaba con pasitos ligeros, recordó una ocasión muy parecida, la vez que se le había encomendado buscar una ama de cría para Fucsia. Aquella vez también había sido al anochecer, aunque una hora o dos más temprano. El viento había soplado en ráfagas, y ella recordó cómo la voz se le había perdido en el viento y que todos la habían entendido mal y se habían imaginado que lord Groan había fallecido.

Después de aquel día no había estado más que tres veces en esta parte de Extramuros, y en cada ocasión había sido para acompañar a Fucsia en esos largos paseos que la muchacha se empeñó en dar durante un tiempo, con lluvia o sol. La señora Ganga no estaba ya para estas caminatas, pero en una de esas ocasiones había pasado junto a las casas de barro cuando los Moradores tomaban la última comida. Sabía que los Moradores siempre cenaban al aire libre, en mesas dispuestas en cuatro largas hileras sobre el polvo ceniciento. En esta polvareda, recordaba, sólo unos pocos cactos conseguían echar raíces.

Siguiendo la pendiente de un prado peñascoso que bajaba desde la arcada y desembocaba en el polvo donde estaban las viviendas, descubrió de repente, al alzar los ojos, uno de esos cactos.

Sondear las profundidades de quince años es difícil para la memoria de una anciana, más difícil aún que sondear las aguas de la niñez, pero en cuanto la señora Ganga vio el cacto, recordó claramente y con todo detalle cómo se había detenido a contemplar aquel monstruo cicatrizado el día del nacimiento de Fucsia.

Aquí estaba de nuevo, el tronco escamado que se dividía en cuatro postes verticales como los brazos de un gigantesco candelabro gris cubierto de púas, tan enormes y brutales como cuernos de rinoceronte. Ninguna refulgente floración mitigaba este apagado acromatismo, a pesar de que en otros tiempos el árbol se había abierto de pronto en una gloria de tres horas. Más allá de este cacto, el terreno se elevaba en una melancólica colina, que la señora Ganga tuvo que escalar antes de poder ver a los Moradores de Extramuros sentados a las mesas. Detrás de ellos, las casas de barro se amontonaban en un enjambre gris que se extendía hasta los pies de la muralla. Cuatro o cinco cactos habían crecido allí, y se alzaban por encima de las mesas.

Los cactos eran parecidos, tanto en tamaño como en las ramificaciones de los altos brazos espinosos, al que la señora Ganga había visto antes, y ahora, mientras ella se acercaba, parecían envueltos en celajes de cálida luz solar.

En la hilera de mesas más próximas a la muralla exterior, estaban sentados los ancianos, los abuelos, los enfermos. A la izquierda estaban las mujeres casadas, atendiendo a sus hijos.

Las dos mesas restantes eran las de los hombres y los muchachos. Las chicas de doce a veintitrés años comían aparte en una vivienda de barro, de techumbre baja, y algunas de ellas se encargaban de servir a los ancianos sentados directamente bajo las almenas.

Más lejos, el terreno se hundía en un valle árido y poco profundo que contenía las viviendas, de manera que, mientras la anciana avanzaba paso a paso, veía los techos de barro como telón de fondo de los comensales, ya que las paredes de las chozas desaparecían en las desigualdades del terreno. Era una escena desoladora. De las exuberantes sombras del paseo de las acacias la señora Ganga había pasado de repente a un mundo árido. Vio las rodajas de raíz blanca y los cuencos de vino de endrina que tenían delante. Las largas raíces tubulares, que desenterraban todos los días en un bosque próximo, estaban sobre las mesas todas las noches, cortadas en docenas de delgados cilindros. Esto, recordó la niñera, era la dieta tradicional en Extramuros.

Al observar las raíces blancas que proyectaban sombras decrecientes sobre la perspectiva de las mesas, recordó estremeciéndose que ella tenía una posición social mucho más elevada que la de estos pobres ocupantes de las casas de barro. Era cierto que hacían bonitas esculturas, pero no vivían dentro de las murallas de Gormenghast, y Tata Ganga, al aproximarse a la primera mesa, se ajustó bien los guantes estirándolos alrededor de los dedos, frunciendo la boca diminuta y arrugada.

Los Moradores la habían visto tan pronto como el sombrero de la niñera asomó sobre la árida cima de la colina; todas las cabezas se habían vuelto hacia ella, todos los ojos la habían mirado. Las madres habían hecho una pausa, algunas de ellas con la cuchara a medio camino de la boca de los hijos.

Era inusual que los «Castillos», tal como llamaban a los que provenían del interior de la muralla, se acercaran a ellos a la hora de las comidas. Se quedaron mirándola, inmóviles y en silencio.

La señora Ganga se había detenido. La luz de la luna relucía sobre las uvas de cristal.

Un hombre muy viejo y con aspecto de profeta se levantó y se acercó a la señora Ganga. Luego esperó a que una anciana a la que estaban ayudando a incorporarse, y que había esperado a que él se detuviera, se acercara también a la señora Ganga y se quedara allí junto al viejo de pie y en silencio. A continuación, dos espléndidos chicos de cinco o seis años fueron enviados desde las mesas de las madres. Al llegar junto a la señora Ganga se pararon discretamente, e imitando a los mayores alzaron los brazos, y juntando las muñecas ahuecaron las manos e inclinaron la cabeza.

Permanecieron así durante unos instantes, hasta que el viejo alzó la velluda cabeza y entreabrió la larga línea quebrada de la boca.

—Gormenghast —dijo, y la voz era como un ruido de piedras rodando por valles lejanos; había dicho «Gormenghast» en un tono casi reverencial. Éste era el saludo de los Moradores a todos los que pertenecían al Castillo, y en cuanto se pronunciaba esta palabra, la persona a la que iba dirigida respondía: «Los Tallistas Brillantes». A partir de aquí ya se podía iniciar la conversación. Si bien los Moradores eran insensibles a cualquier adulación y se mostraban indiferentes frente al interés que pudieran despertar sus obras, de las que se consideraban jueces supremos, esta respuesta era una especie de paliativo, como si así se les reconociese lo que para ellos era un derecho indiscutible, al menos en un nivel espiritual si no mundano o hereditario. Establecía una cierta concordia desde el principio. Había sido una jugada maestra de discernimiento, la cima del tacto, del decimoséptimo conde de Groan, quien centenares de años antes había introducido esta fórmula en el ritual del Castillo.

Estaban muy, muy lejos de ser brillantes, aquellos tallistas. Iban uniformemente vestidos con túnicas de color gris oscuro, ceñidas a la cintura con correas resistentes que sacaban de la capa exterior de esas raíces de las que comían la pulpa dura y blanca. No había nada de brillante en el aspecto de estas gentes, excepto una cosa. La luz en los ojos de los niños más jóvenes. Sí, y también de los muchachos y muchachas hasta la edad de diecinueve, y a veces veinte años. Había tal contraste entre estos jóvenes y sus mayores, incluso los que tenían veintitantos años, que costaba imaginar que pertenecieran a la misma raza. La trágica razón era que en cuanto alcanzaban la plena madurez física perdían todo su encanto y se marchitaban como las flores después de unas pocas horas de brillo y fuerza.

Nadie parecía de mediana edad. Las madres, salvo aquellas que habían tenido hijos en la adolescencia, parecían tan viejas como sus propios padres.

Y sin embargo, no morían antes de lo normal. Al contrario, de la larga hilera de rostros seniles sentados a las tres mesas más próximas a la gran muralla, podría haberse deducido que la longevidad de esta gente era anormal.

Sólo los niños parecían radiantes: los ojos, el lustre del cabello, y en cierto modo también sus movimientos y voces. Eran brillantes con una especie de brillo *antinatural*. No era el fulgor saludable de una llama libre, sino la luminosidad febril con que el relámpago ilumina de repente las ramas de los árboles a medianoche; de fugaces llamaradas en la oscuridad, de algo que la luz de una antorcha convierte en un fantasma.

Incluso esta emanación antinatural moría en estos muchachos y muchachas cuando cumplían diecinueve años; junto con la belleza de las facciones desaparecía también ese brillo. Sólo *dentro* de los cuerpos de los Moradores adultos había una especie de luz, o si no de luz, por lo menos de ardor, el ardor de la inquietud creadora. Éstos eran los Tallistas Brillantes.

La señora Ganga levantó muy alto la manita ganchuda. Los cuatro Moradores estaban alineados frente a ella en posturas menos formales. Los niños, pasándose los brazos flacos y polvorientos por encima de los hombros, la miraban con curiosidad.

—He venido —dijo con una voz que recorrió las mesas fina como la voz de un zarapito—, he venido, a pesar de ser tan tarde, para anunciaros algo maravilloso. —Se reajustó el sombrero, y volvió a advertir complacida el brillante volumen del racimo de uvas.

El anciano se volvió hacia los demás y la voz rodó entre las mesas:

—Ha venido para anunciarnos algo maravilloso.

La anciana lo imitó como un eco distorsionado y chilló:

—Algo maravilloso. Sí, sí, una noticia maravillosa para vosotros —añadió—. Estaréis todos muy orgullosos, puedo asegurarlo.

La señora Ganga, ahora que había empezado, estaba bastante contenta. Se apretaba con fuerza las manos enguantadas cada vez que la traicionaban los nervios.

—Todos estamos orgullosos. Todos nosotros. El Castillo —lo dijo en un tono un tanto vanidoso— está muy, muy satisfecho, y en cuanto os anuncie lo que ha sucedido, también vosotros seréis felices; oh, sí, estoy segura, puesto que dependéis del castillo. —La señora Ganga nunca había sido muy diplomática—. Os

echan comida desde las almenas todos los días, ¿no es verdad? —Frunció los labios y se detuvo a recuperar aliento.

Un hombre joven levantó unas espesas cejas negras y escupió.

—Prueba de que el Castillo piensa mucho en vosotros. Piensa en vosotros cada día, ¿no es verdad? Y por eso vais a sentiros muy felices cuando os diga la maravillosa noticia que voy a deciros.

La señora Ganga sonrió un instante, pero de pronto se sintió un poco nerviosa a pesar de la superioridad de sus conocimientos, y miró rápidamente, como un pájaro, de un rostro a otro. Había erguido la cabecita y había observado con la mayor severidad posible a un muchachito que le respondió con una sonrisa deslumbrante. El pelo le caía en mechones sobre los hombros. Entre los dientes, le brillaba una pepita blanca de raíz.

La señora Ganga apartó los ojos y dio dos o tres palmadas bruscas, como pidiendo silencio, aunque no se oía ningún ruido. De pronto, tuvo ganas de estar de vuelta en el castillo y encerrarse en su cuarto, y sin pensarlo más, dijo:

—Acaba de nacer un nuevo Groan, un niñito. Un niñito de la Sangre. Está a mi cuidado, como es natural, y quiero enseguida una ama de cría para él. Necesito una para llevármela al castillo enseguida. Bien. Es todo lo que quería anunciaros.

Las mujeres viejas se miraron unas a otras y se alejaron hacia las casas. Regresaron trayendo pastelitos y botellas de vino de endrina. Entretanto los hombres formaron un gran círculo y repitieron el nombre Gormenghast setenta y siete veces. Mientras la señora Ganga esperaba y observaba a los niños que se habían puesto a jugar, una mujer se le acercó. Contó a la señora Ganga que su criatura había muerto a las pocas horas de nacer, unos días antes, pero que ella se sentía con fuerzas, dispuesta a acompañarla. Tenía, quizás, veinte años, y buena figura, pero la trágica desintegración de su belleza ya había empezado, a pesar de que aún conservaba en los ojos el brillo de la juventud. Cogió un cesto y no parecía temer que la rechazaran. La señora Ganga pensaba que lo correcto sería hacerle unas cuantas preguntas, pero la joven moradora puso el vino de endrina y los pasteles en el cesto, cogió a la señora Ganga tranquilamente del brazo, y la anciana niñera se encontró caminando hacia la gran muralla. Miró de reojo a su joven compañera, preguntándose si había elegido correctamente, y luego, dándose cuenta de que no había elegido nada, se detuvo un instante y echó una mirada nerviosa por encima del hombro.

KEDA

LOS CACTOS DESCOLORIDOS se alzaban entre las largas mesas. Los Moradores de Extramuros estaban de vuelta en sus sitios. La señora Ganga había dejado de interesarles. No había sombras, excepto directamente debajo de cada cosa. La luna estaba en el cenit. Era un cuadro pintado sobre plata. La compañera de Tata había esperado tranquilamente junto a ella. Había una cierta fuerza en su manera de caminar y en su manera de estar callada. Con la túnica oscura que le colgaba hasta los tobillos, ceñida a la cintura por la correa de raíz, con las piernas y los pies desnudos y la cabeza todavía iluminada por el crepúsculo del día ennegrecido, contrastaba de modo singular con la pequeña Tata Ganga, de pasos rápidos y espasmódicos, vestida de satén oscuro y guantes negros, y aquel monumental sombrero de uvas de cristal. Antes de descender por el árido montículo hacia la arcada de la muralla, un grito repentino y gutural, como de alguien a quien estuvieran estrangulando, heló la sangre de la anciana, que se aferró como una criatura al brazo que tenía al lado. Luego miró hacia las mesas. Estaban demasiado lejos para que sus ojos cansados pudieran ver con claridad, pero le pareció distinguir a unas figuras de pie y a alguien que estaba agazapado como un animal a punto de dar un salto.

La compañera de la señora Ganga, después de mirar despreocupadamente al lugar de donde venía el grito, pareció no dar más importancia al incidente, y agarrando con mayor decisión a la vieja dama, la empujó hacia la entrada de piedra.

—No es nada —fue la única respuesta que recibió la señora Ganga, y al llegar a la avenida de las acacias la sangre se le había calmado.

Cuando torcían por aquel largo paseo hacia la entrada de Gormenghast, de la que tan subrepticiamente había salido Tata al aire del anochecer una hora antes, la anciana niñera miró a la joven, y encogiendo ligeramente los hombros, consiguió tener una expresión de fingida importancia.

—Vamos a ver —dijo—, ¿cómo te llamas?

—Keda.

—Bien, Keda, querida, si vienes conmigo, te llevaré donde está el niñito. Te lo enseñaré yo misma. Está junto a la ventana de mi cuarto. —De pronto la voz de Tata fue de un tono confidencial, casi patético—. Mi cuarto no es muy grande —dijo— pero lo he tenido siempre. No me gusta ninguno de los otros —añadió hipócritamente— y estoy más cerca de *lady* Fucsia.

—Quizás la veré —dijo la muchacha, después de una pausa. Tata se paró de golpe en la escalera.

—Eso no lo sé. Oh no, no estoy segura. Es muy rara. Nunca sé qué va a hacer.

—¿Hacer? —dijo Keda—. ¿Qué quiere decir?

—Sobre el pequeño Titus. —Los ojos de Tata empezaron a extraviarse—. No, no sé qué va a hacer. Puede llegar a convertirse en un verdadero terror…, el peor terror del castillo.

—¿Por qué está tan asustada? —dijo Keda.

—Sé que va a odiarlo. Le gusta ser la única, ya sabes cómo es eso. Le gusta soñar que es la reina y que cuando los demás estén muertos ya nadie podrá ordenarle lo que tiene que hacer. Me dijo, querida, que lo quemaría todo, que quemaría Gormenghast cuando fuera la dueña, y que viviría a su modo, y yo le dije que era mala, y ella me respondió que todo el mundo lo era, que todo era malo, excepto los ríos, las nubes y algunos conejos. A veces me asusta.

Subieron los restantes escalones, cruzaron un pasillo, subieron el último tramo de escalera y llegaron en silencio a la segunda planta.

Cuando estuvieron en la habitación, la señora Ganga se llevó un dedo a los labios y mostró una sonrisa imposible de describir, entre astuta y lacrimosa. Después giró cuidadosamente el pomo y abriendo despacio la puerta metió el alto sombrero de uvas de cristal, a modo de avanzadilla, antes de aventurar el resto del cuerpo por la estrecha abertura.

Keda la siguió al interior de la habitación. Los pies descalzos no hacían ningún ruido. Cuando Tata llegó a la cuna, se llevó la mano a la boca y miró dentro como si se tratara de los más profundos abismos de un mundo desconocido. Ahí estaba. El pequeño Titus. Con los ojos abiertos, pero completamente inmóvil. La cara arrugada del recién nacido, vieja como el mundo, sabia como las raíces de los árboles. Una cara que lo contenía todo: el pecado y la bondad, el amor, la piedad y el horror, y aun la belleza, pues tenía los ojos del más puro color violeta. Las pasiones de la tierra, los sufrimientos de la tierra, los caprichos de la tierra, estaban dormidos pero eran ya visibles en esta cara de manzana arrugada.

Tata Ganga se inclinó sobre la suya y sacudió un dedo curvo ante los ojos del bebé.

—Mi terrón de azúcar —gimoteó—. ¿Cómo has podido? ¿Cómo has podido?

La señora Ganga se volvió hacia Keda con una expresión nueva en la cara.

—¿Crees que he hecho bien en dejarlo solo? —preguntó—. Cuando he salido a buscarte. ¿Crees que he hecho bien en dejarlo solo?

Keda miró a Titus. Unas lágrimas le asomaron a los ojos. Luego se volvió hacia la ventana. Miró la gran muralla que cercaba Gormenghast. La muralla que mantenía apartada a la gente de Keda, como si fueran apestados; la muralla que le impedía ver las extensiones de tierra árida, más allá de las casas de barro, donde acababa de enterrar a su hijo.

Traspasar la muralla era ya un gran acontecimiento para la gente de las chozas, algo que en circunstancias normales se reservaba para el día de las Tallas Brillantes; pero estar dentro del castillo mismo era un acontecimiento único. Sin embargo, Keda no parecía estar impresionada y no se había molestado en hacer preguntas a la señora Ganga, y ni siquiera miraba alrededor. A la pobre señora Ganga esto le parecía una impertinencia, pero no sabía si tenía que hacer o no algún comentario al respecto.

Pero Titus había pasado a ocupar el centro del escenario y la indiferencia de Keda quedó pronto olvidada, ya que el niño se había echado a llorar y los chillidos eran cada vez más fuertes por mucho que la señora Ganga sacudiera un collar delante de él, y se esforzara por cantarle una nana de un medio olvidado repertorio. Lo alzó y los agudos chillidos subieron de volumen. Keda seguía con la mirada fija en la muralla, pero de pronto se apartó de la ventana, y se puso detrás de Tata Ganga mientras se desabrochaba la túnica oscura y dejaba libre el pecho izquierdo; entonces tomó al bebé de los hombros de la anciana. A los pocos instantes, la carita estaba apretada contra ella y los lloros y pataleos habían cesado. Al volver a sentarse junto a la ventana, una gran calma la invadió, como si procediera del centro de ella, mientras la leche de su cuerpo y los tesoros de su amor frustrado brotaban y socorrían a la pequeña criatura.

PRIMERA SANGRE

TITUS CRECÍA, bajo el cuidado de Tata Ganga y de Keda, hora a hora en el ala oeste. La extraña cabecita había cambiado de forma con el paso del tiempo, como sucede con los recién nacidos, y parecía haber encontrado por fin unas proporciones definitivas. Era alargada y de un volumen que prometía convertirse en algo casi único.

Los ojos violeta contrarrestaban, en opinión de la señora Ganga, cualquier rareza en la configuración de la cabeza y las facciones, que por otra parte no eran nada excepcional teniendo en cuenta la familia a la que pertenecía.

Ya desde un principio, había en Titus algo encantador. Es verdad que sus gritos destemplados llegaban a ser casi insoportables, y Tata Ganga, que había insistido en encargarse de él entre una comida y otra, llegaba a veces a una especie de palpitante desesperación.

El cuarto día, los preparativos para el bautizo estaban ya en marcha.

Esta ceremonia se celebraba siempre la tarde del duodécimo día, en una agradable sala abierta de la planta baja, cuyos ventanales daban sobre los cedros y los prados recortados que bajaban hacia las terrazas de Gormenghast, donde la condesa se paseaba al amanecer con los gatos blancos como la nieve.

Ésta era tal vez la habitación más acogedora y al mismo tiempo la más elegante del castillo. No había sombras escondidas en rincones. La impresión general era de tranquilidad y agradable distinción, y cuando el sol de la tarde transformaba el césped de enfrente en una alfombra de color verde-dorado, esta sala de tonos cálidos era el lugar ideal para pasar el tiempo. Pocas veces la utilizaban.

La condesa no entraba nunca en esta habitación, prefiriendo esas zonas del castillo en las que la claridad y las sombras se movían de continuo, y donde no había tanta luz. Se sabía que lord Sepulcravo la recorría algunas veces de arriba abajo, se detenía junto a la ventana a contemplar los cedros, y volvía a salir hasta que un día se le ocurría volver, uno o dos meses más tarde.

Tata Ganga se había sentado allí en contadas ocasiones, tejiendo furtivamente, con la lana en una bolsa de papel sobre la larga mesa de refectorio. El alto respaldo del sillón tallado descollaba por encima de ella. Alrededor, la sala amplia y templada. En todas las mesas jarrones con flores cortadas por Pentecostés, el jefe de jardineros. Pero generalmente la sala permanecía vacía durante semanas y semanas, excepto una hora en la mañana de cada día, cuando Pentecostés entraba a arreglar los ramos. Desierta como estaba la sala, Pentecostés no dejaba pasar un solo día sin cambiar el agua de los jarrones y volver a arreglarlos con gusto y arte, pues había nacido en las casas de barro y llevaba en los tuétanos el amor y el sentido del color que distinguía a los Tallistas Brillantes.

La mañana del bautizo había salido a cortar las flores para la sala. Las torres de Gormenghast se alzaban por entre las nieblas matinales y ocultaban una conmoción de nubes rojizas en el cielo oriental. Se detuvo unos instantes sobre la hierba y alzando los ojos hacia la enorme edificación de mampostería, alcanzó a ver entre las sombras las esculturas corroídas y las cabezas quebrantadas de piedra gris.

Al abrigo de la muralla oeste donde estaba ahora, el rocío había ennegrecido la hierba, pero al pie de uno de los siete cedros, un rayo de sol rasante se transformaba en un charco de luz, haciendo que las briznas mojadas destellaran con diamantes multicolores. El aire del amanecer era frío, y Pentecostés se ciñó el capote de cuero que llevaba sobre la cabeza como un monje. Era un capote resistente y flexible, y había quedado manchado y oscurecido por muchas tormentas y la lluvia que goteaba de los árboles enguantados de musgo. Atada a un cordel, la navaja de jardinero le pendía a un lado.

Por encima de los torreones, como ala arrancada del cuerpo de un águila, una nube solitaria se desplazaba hacia el norte a través del aire madrugador manchado de sangre.

Por encima de Pentecostés, los cedros, como grandes dibujos al carbón, expusieron de pronto su estructura, las capas de follaje plano que se alzaban unas sobre otras, los bordes ribeteados por el sol

naciente.

Pentecostés se volvió de espaldas al castillo y pasó por entre los cedros, dejando sobre las manchas brillantes de rocío las huellas oscuras de unas pisadas ligeramente vueltas hacia dentro. Al andar parecía que se hundía en la tierra. Cada zancada era una actitud, una prueba, una especie de exploración interior, como si supiera que lo que importaba, lo que realmente entendía y amaba, estaba debajo de él, bajo esos pies que se movían pausadamente. Estaba en la tierra, era la tierra.

Pentecostés, envuelto en la capucha de cuero, no tenía una estatura espectacular, y aquel modo de andar, aunque pleno de significado, era sin embargo algo ridículo. Tenía las piernas demasiado cortas, pero la cabeza, vetusta y arrugada, era noble y majestuosa, con una huesuda frente apergaminada, y nariz recta.

De las flores tenía un conocimiento superior al de un botánico o un artista, ya que le interesaba más el crecimiento que el resultado, el proceso orgánico que culminaba en los dorados y azules antes que los colores, las formas, o cualquier otro aspecto visible.

Como la madre que no querría menos a un hijo de rostro mutilado, así amaba él las flores. A todo lo que crecía, prodigaba conocimientos y amor; pero al manzano se entregaba de cuerpo y alma.

Sobre el flanco norte de una pequeña colina que descendía poco a poco hacia un riachuelo, se alzaban claramente unos árboles frutales; para Pentecostés, cada uno de ellos tenía una personalidad propia.

Cuando en agosto, Fucsia se asomaba a la ventana del desván, alcanzaba a verlo a lo lejos, subido a veces en una pequeña escalera, o bien, si las ramas eran bastante bajas, de pie sobre la hierba, el cuerpo largo y las piernas cortas empequeñecidos, y la hermosa cabeza cubierta por una capucha que le ocultaba la cara. Minúsculo como parecía, visto desde tamaña altura. Fucsia adivinaba que estaba puliendo las manzanas que colgaban de las ramas y dándoles un brillo de espejo; se doblaba hacia adelante para echarles el aliento y después las frotaba con un paño de seda, sacando a la piel escarlata unos destellos que llegaban hasta la elevada y sombría buhardilla.

Luego Pentecostés se alejaba del árbol que acababa de pulir y daba lentamente una vuelta alrededor, admirando los diferentes grupos de manzanas y el tronco nudoso que sostenía las ramas.

Pentecostés estuvo un tiempo en el jardín vallado recogiendo las flores que llevaría a la Sala del Bautizo. Iba de un lado a otro, hasta que por fin consiguió imaginar la habitación con todos los jarrones llenos y decidió el color del día.

El sol había disipado las nieblas, y ascendía como un plato brillante en el cielo, como si un hilo invisible tirara de él. En la Sala del Bautizo todavía no había luz, pero Pentecostés entró por la puerta ventana, una oscura y desproporcionada silueta con flores refulgentes en los brazos.

Entretanto, el castillo empezaba a despertar o estaba ya despierto. Lord Sepulcravo tomaba el desayuno en el refectorio en compañía de Agrimoho. Tata Ganga se batía con una montaña de mantas y Fucsia permanecía debajo enroscada en la oscuridad. Vulturno estaba en cama tomándose un vaso de vino que le había traído uno de los pinches; sólo estaba despierto a medias, el cuerpo abotagado y doblado en pliegues espantosos. Excorio murmuraba consigo mismo, mientras paseaba arriba y abajo por un interminable pasillo gris, con las articulaciones de las rodillas marcando cada paso como un reloj. Rottcodd pasaba el plumero por la tercera talla, levantando pequeñas nubes de polvo cada vez que se movía, y el doctor Prunescualo estaba cantando mientras tomaba su baño matinal. En las paredes del cuarto de baño colgaban unos diagramas anatómicos pintados en largos pergaminos. Incluso en el baño llevaba las gafas puestas y mientras intentaba recuperar una pastilla de jabón perfumado por encima del borde de la bañera, le cantaba al músculo oblicuo externo como si se tratase de la mujer amada.

Pirañavelo se miraba al espejo y se examinaba el incipiente bigote, y Keda en el cuarto del ala norte observaba cómo el sol se movía por el Bosque Retorcido.

Lord Titus Groan, ignorando que el alba anunciaba el día del bautizo, dormía profundamente. La cabeza colgando a un lado, la cara medio escondida por la almohada, el puño diminuto apretujado contra la boca. Llevaba un camisón de seda amarilla, sembrado de estrellas azules, y la luz que se filtraba a través de las persianas entreabiertas le subía por la cara.

La mañana avanzaba. Había muchas idas y venidas. Tata había perdido la cabeza, y sin la silenciosa ayuda de Keda hubiera sido incapaz de afrontar la situación.

Había que planchar el vestido del bautizo e ir a buscar los anillos y la pequeña corona de joyas engastadas que guardaban en una cajita de hierro en la armería, y sólo Carrascoso tenía la llave y estaba sordo como una tapia.

El baño y la ropa de Titus tenían que ser especialmente perfectos, y con tantas cosas por delante, a la señora Ganga se le pasaban las horas volando. Antes de que se diera cuenta, ya eran las dos de la tarde.

Por fin Keda había encontrado a Carrascoso, y mediante una rápida sucesión de señas ingeniosas, lo

había convencido de que había un bautizo esa tarde, que necesitaban la corona, y que se la devolvería en cuanto la ceremonia concluyese. En realidad, Keda había allanado o resuelto una a una todas las dificultades que hacían que Tata Ganga se estrujara las manos y sacudiera desesperada la vieja cabeza.

La tarde era perfecta. Los grandes cedros se desplegaban magníficamente en el aire quieto. Habían cortado el césped, que parecía un espejo opaco de color esmeralda. Las esculturas de las paredes que la noche había engullido y que habían titubeado a la luz del amanecer, lucían ahora nítidas y brillantes.

La Sala del Bautizo era fresca, clara y tranquila, y aguardaba la llegada de los personajes con espacio y dignidad. Las flores en los jarrones eran increíblemente graciosas. Pentecostés había elegido el color lavanda como nota dominante, pero aquí y allá una flor blanca dialogaba serenamente con una flor blanca a través del espacio alfombrado de verde, y una orquídea dorada era el eco de otra orquídea dorada.

Hacia las tres de la tarde, una gran actividad pudo haberse observado en muchos de los cuartos de Gormenghast, pero la Sala Fresca esperaba en sereno silencio. No había otra vida en el cuarto que las gargantas de las flores.

De repente se abrió la puerta y apareció Excorio. Vestía el largo y apolillado traje negro, pero se había esforzado por quitarle las manchas mayores y había recortado los bordes más deshilachados de los puños y de los pantalones en toscas líneas rectas. Además de estas mejoras, llevaba una pesada cadena de latón alrededor del cuello. En la mano sostenía una bandeja con un cuenco de agua. En la dignidad negativa de la sala parecía un espantapájaros positivo. Pero de esto no se daba cuenta. Había ayudado a lord Sepulcravo a vestirse, y mientras su señoría, finalizado el tocado, se arreglaba las uñas junto a la ventana de la habitación, se había marchado rápidamente con la urna bautismal. Llenar el cuenco y depositarlo en la mesa del centro de la Sala Fresca eran sus únicas obligaciones hasta que comenzara la ceremonia propiamente dicha. Dejó el cuenco sobre la mesa sin ningún miramiento, se rascó la nuca y se hundió las manos en los bolsillos del pantalón. Hacía tiempo que no venía a la Sala Fresca. No era una habitación que le gustara particularmente. A su modo de ver, no era en absoluto parte de Gormenghast. Con un gesto de desafío, proyectó la barbilla hacia adelante como si fuera una pieza de maquinaria, y se paseaba por la habitación mirando malévolamente las flores cuando de pronto oyó una voz detrás de la puerta, una voz espesa, untuosamente asesina.

—¡Eh, alto ahí! ¡Alto ahí! ¡Id con tiento, mis pequeños ojos de rata! ¡A un lado! ¡Vamos, a un lado, si no queréis que os corte en filetes! ¡Quietos! ¡Quietos! Carne misericordiosa, ¿por qué tendré que habérmelas con palurdos?

El pomo giró, la puerta empezó a abrirse y el oponente físico de Excorio empezó a aparecer en la abertura. Durante un buen rato, así le pareció a Excorio, unas tensas superficies de tela se transformaron en un gran arco, y por último sobre estas telas apareció una cabeza, y los ojos empotrados en aquella cabeza se clavaron en Excorio. Éste se puso rígido —si es posible que un pedazo de madera pueda ponerse todavía más rígido—, hundió la cabeza entre las clavículas y alzó los hombros como un buitre. Los brazos le caían tiesamente desde lo alto de los hombros hasta los bolsillos del pantalón, donde tenía los puños apretados.

Vulturno, en cuanto vio de quién se trataba, se detuvo en seco, y una pequeña marejada de carne le corrió por la cara, propagándose rápidamente aquí y allá, hasta que decididas a seguir el mismo impulso, las olas invadieron los dos océanos de las mejillas, dejando entre ellas un vacío, un segmento jadeante, como un melón al que le han quitado una rodaja. Era horrible. Era como si la naturaleza hubiese perdido el rumbo. Como si la sonrisa, como concepto, como manifestación de alegría, hubiera sido un error, pues aquí, en la cara de Vulturno, la idea había sido subvertida.

Una voz salió de la cara:

—Bien, bien, bien —dijo—, que me pongan a hervir si éste no es el señor Excorión. El único y verdadero Excorión. Bien, bien, bien. Aquí ante mí en la Sala Fresca. Habrá entrado por el ojo de la cerradura, me imagino. ¡Oh, mis hígados y luces adorables, el mismísimo Excorión en persona!

La línea de la boca de Excorio, siempre delgada y dura, se hizo todavía más delgada, como trazada con una aguja. Miró de arriba abajo la montaña blanca, coronada con el encumbrado y níveo gorro de cocinero, ya que incluso el negligente Vulturno se había acicalado para la ocasión.

Si bien Escorio esquivaba al chef siempre que le era posible, encuentros accidentales como el de hoy no podían evitarse, y de los encuentros fortuitos del pasado, Excorio había aprendido que la enorme casa de carne que ahora se alzaba ante él, tenía a pesar de todos sus defectos un don para el sarcasmo que sobrepasaba los límites de su propia naturaleza taciturna. En consecuencia, Excorio seguía la táctica, siempre que le era posible, de no tener en cuenta al chef como uno no tiene en cuenta un pozo negro al borde de un camino, y aunque se sintiera lastimado porque Vulturno insistía en llamarlo Excorión, y porque había aludido a su delgadez, Excorio dominó sus erizadas pasiones y salió a grandes zancadas de la sala, no

sin antes examinar la masa enemiga y escupir por la ventana, como para quitarse de dentro algo nocivo. A pesar de que la experiencia le había enseñado a callar, cada palabra mortificante de Vulturno añadía leña al fuego de odio que le ardía entre las costillas.

Vulturno, mientras Excorio escupía, había retrocedido con la cabeza hacia atrás, fingiendo miedo, y con una expresión de cómica concentración había mirado primero a Excorio y luego la ventana, varias veces.

—Bien, bien, bien —dijo con su voz más provocadora, pastosa como masa de pan—. ¡Qué talento! Se supera día a día. Vivir para ver. ¡Que me pringuen si no es verdad! Por la anguila que despellejé la noche del viernes, cada día se aprende algo nuevo.

Girando sobre los talones, dio la espalda a Excorio y rugió:

—¡Adelante, paso ligero! Que avance el triunvirato, las pequeñas alimañas que se me han pegado al corazón. Adelante uno a uno.

»Señor Excorión, voy a presentarlo —dijo Vulturno a medida que los muchachos se acercaban sin apartar ni un segundo los asustados ojos de los precarios cargamentos—. Señor Excorión, Maestro Pedrera, Maestro Pedrera, Señor Excorión; Señor Excorión, Maestro Tronero, Maestro Tronero, Señor Excorión; Señor Excorión, Maestro Garroso, Maestro Garroso, Señor Excorión. ¡Excorión, Pedrera, Excorión, Tronero, Excorión, Garroso, Excorión!

Las presentaciones habían sido una mezcla tal de elocuencia e impertinencia, que Excorio no pudo dominarse más. Que él, primer criado de Gormenghast y confidente de lord Sepulcravo, tuviese que ser presentado a unos meros pinches de cocina, era excesivo, y fue con rápidas zancadas hacia la puerta (pues de cualquier modo tenía que volver con su señoría), y al pasar delante del chef se quitó la cadena que llevaba al cuello y azotó la cara de su burlador con los pesados eslabones de latón. Antes de que Vulturno se recuperara, Excorio estaba ya alejándose por los pasillos. La cara del chef se había transformado. Toda la vasta extensión de la cabeza había sido modelada, como arcilla en las manos de un artista, para que exteriorizase una pasión. En la cara, en letras pulposas, se leía la palabra *venganza*. Los ojos habían dejado de centellear casi instantáneamente y se habían convertido en trocitos de cristal.

Los tres muchachos habían dispuesto los manjares sobre la mesa, y dejando en el centro el cuenco bautismal, se habían refugiado en la puerta ventana, deseando poder echar a correr, correr como nunca habían corrido, hacia el sol y más allá de las praderas y los riachuelos y los campos, hasta encontrarse lejos, muy lejos de aquella blanca presencia con unas febriles marcas rojas en la cara.

El chef, con todo su odio concentrado en la persona de Excorio, se había olvidado de los pinches y no descargó su bilis contra ellos. No era éste un odio pasajero como una tormenta, que tan pronto viene como se va. Era, una vez pasada la impresión inicial de cólera y de dolor, algo calculado que crecía a sangre fría. Que tres pinches hubieran visto que el temido jefe padecía una indignidad, no tenía en este momento ninguna importancia para Vulturno, pues apreciaba la situación en su justa medida, y estos muchachos no tenían nada que ver.

Sin decir palabra, se acercó al centro de la habitación. Las gordas manos ordenaron diestramente algunos platos sobre la mesa. Luego se acercó a un espejo que colgaba sobre un jarrón de flores y se examinó las heridas con ojo crítico. Le dolían. Al mover la cabeza para mirarse más de cerca, pues no alcanzaba a verse de una sola vez más que una parte de la cara, descubrió a los tres pinches y les indicó que se largasen. Los siguió poco después, y fue hacia su habitación, encima de las tahonas.

Para entonces, casi era la hora de la ceremonia, y los invitados ya salían de los cuartos respectivos. Hombres y mujeres, cada uno con su peculiar manera de andar. Con ojos, narices, boca, pelos, pensamientos y pasiones peculiares. Completos en sí mismos, transportándose a sí mismos al moverse, como una vasija que contiene un vino distintivo, amargo o dulce. Los siete en cuestión cerraron las puertas detrás de ellos, terriblemente ellos, y echaron a caminar hacia la Sala Fresca.

En el castillo había dos damas que aunque apenas se las veía eran de sangre Groan, y en consecuencia, cuando había una ceremonia familiar como en este caso, estaban naturalmente invitadas. Se trataba de sus señorías Cora y Clarice, cuñadas de Gertrude, hermanas de Sepulcravo, y mellizas por derecho propio. Vivían en una serie de habitaciones en el ala sur, y compartían una obsesionante pasión: meditar sobre la ironía de un destino que decretaba que no tuvieran ni voz ni voto en los asuntos de Gormenghast. Estas dos, junto con los otros, iban también camino de la Sala Fresca.

La implacable tradición había obligado a Excorio y a Vulturno a volver a la Sala Fresca y esperar allí a los primeros invitados, pero por suerte, alguien les había precedido: Agrimoho, enfundado en arpillera grana. Estaba de pie detrás de la mesa, con un libro abierto enfrente, y de cara al cuenco bautismal y las muestras del arte de Vulturno, dispuestas en bandejas y copas doradas que destellaban a la luz reflejada del sol.

Vulturno, que había conseguido disimular las lastimaduras de la cara con una mezcla de harina y miel blanca, se colocó a la izquierda del anciano bibliotecario, descollando sobre él como un galeón sobre un arrecife. Lucía en el cuello una cadena ceremonial parecida a la de Excorio, quien apareció unos instantes más tarde. Entró con paso airado, sin ni siquiera mirar al chef, y se puso al otro lado de Agrimoho, restableciendo así, si no desde el punto de vista del racionalista sí por lo menos del artista, la simetría del cuadro.

Todo estaba dispuesto. Los participantes en la ceremonia llegarían uno a uno; el de menor importancia entraría primero, hasta que la penúltima entrada de la condesa anunciara la necesaria aparición de un mueble andante, Tata Ganga, que llevaría en brazos un chal cargado de destino: el futuro de la estirpe. Un peso minúsculo que era Gormenghast, un Groan del verdadero linaje, Titus el septuagésimo séptimo.

ASAMBLEA

EL PRIMERO EN LLEGAR fue el forastero —el plebeyo— quien por servicios a la familia disfrutaba de una suerte de *status*, artificial y precario, que en cualquier momento podía esfumarse: el doctor Prunescualo.

Entró revolviendo las manos perfectas, y acercándose remilgadamente a la mesa, empezó a frotárselas a la altura de la barbilla, mientras sus ojos recorrían la exhibición que tenía enfrente.

—Mi muy estimado Vulturno, ja, ja, permítame que le felicite en mi calidad de médico que sabe algo sobre estómagos, mi estimado Vulturno, sí, sí, que en verdad sabe algo sobre estómagos. Y no sólo estómagos, sino también paladares, lenguas y la membrana, mi muy estimado señor, que recubre la cavidad bucal, y no sólo la membrana que recubre la cavidad bucal, sino también las sensitivas terminaciones nerviosas, y puedo asegurarle categóricamente que están empezando a estremecerse, mi estimado y muy excelente Vulturno, con sólo pensar que van a entrar en contacto con esas fruslerías deliciosas que sin duda usted ha preparado en ratos perdidos, ja, ja, muy probablemente, diría yo, oh sí, muy, muy probablemente.

El doctor Prunescualo sonreía y exhibía dos inmaculadas hileras de lápidas mortuorias entre los labios, y adelantando la hermosa mano blanca, con el dedo meñique doblado en ángulo recto, cogió de una bandeja un pastelito color verde, coronado por una perla de crema, con la misma pulcritud que si estuviera en una sala de disección extrayendo un órgano a alguna rana. Iba a introducírselo en la boca, cuando lo detuvo un sonido sibilante. Procedía de Agrimoho, e hizo que el doctor restituyera el pastelillo verde a lo alto de la pila con mayor celeridad aún que cuando lo había cogido. Había olvidado por el momento, o había pretendido olvidar, lo rígido que era el viejo Agrimoho en cuestiones de etiqueta. Hasta que la condesa estuviera en la sala, nadie podía empezar a comer.

—Ja, ja, ja, ja, muy, muy correcto y oportuno, señor Agrimoho, muy correcto y oportuno en verdad —dijo el doctor, guiñando un ojo a Vulturno. Los ojos magnificados hacían que esta familiaridad resultara particularmente desagradable—. Muy, muy correcto. Pero es que nuestro querido Vulturno nos provoca una y otra vez con estos irresistibles bocaditos del paraíso, ja, ja, lo convierte a uno en un bárbaro, ¿no es cierto, Vulturno? Usted nos convierte en verdaderos bárbaros.

Vulturno, que no estaba de humor para este tipo de chanzas, y que de cualquier modo prefería, si era cuestión de mostrarse elocuente, llevar él la voz cantante, se limitó a torcer la boca en una mueca hosca, y continuó mirando por la ventana. Agrimoho seguía con el dedo una línea del libro que estaba releyendo, y Excorio era una efigie de madera.

Nada, sin embargo, parecía apagar la animación del doctor Prunescualo, que después de echar una rápida ojeada a los otros dos empezó a examinarse las uñas una a una, con un interés ridículo, y enseguida, una vez que terminó de escrutarse la décima uña, dejó bruscamente esta ocupación y se fue dando brincos hacia la ventana, en una actuación, una conducta de una incongruencia grotesca en alguien de su edad, y apoyándose luego con deliberada elegancia contra el marco, hizo con la mano izquierda ese gesto particularmente afeminado que tanto le gustaba: juntar las puntas de los dedos índice y pulgar, y formar una O, mientras que los otros tres dedos se curvaban hacia atrás en tres Ces de tamaños menguantes. El hombro izquierdo, doblado en el codo, le llevaba la mano a poco más de un palmo del cuerpo, a la altura de la flor que tenía en el ojal. El pecho angosto, como un tubo negro, pues iba vestido con un traje del color de la muerte, emitía una serie de esas irritantes risitas que sólo pueden representarse como «ja, ja, ja», pero cuyo tono arañaba las paredes interiores del cráneo.

—Los cedros —dijo el doctor Prunescualo mirando de reojo los árboles que tenía delante, con la cabeza inclinada y los ojos medio cerrados— son árboles excelsos. Absolutamente excelsos. A mí los cedros me gustan sin ninguna reserva, pero ¿les gusto yo a los cedros sin reservas? Ja, ja, ¿les gusto, mi querido Excorio, les gusto? Quizás, buen hombre, no capte lo que quiero decir, ¿quizás lo abruman mis lucubraciones filosóficas? Porque si a mí me gusta un cedro, pero al cedro no, ja, ja, no le gusto yo,

entonces me encuentro en una situación comprometida, soy, como si dijéramos, ignorado por el mundo vegetal, que se lo pensaría dos veces, fíjese bien, mi querido amigo, se lo pensaría dos veces antes de ignorar una carretada de estiércol, ja, ja, o por decirlo de otra manera…

Pero las reflexiones del doctor Prunescualo fueron interrumpidas por la llegada de los primeros de la familia, las hermanas gemelas, sus señorías Cora y Clarice. Abrieron la puerta muy despacio y espiaron alrededor antes de entrar. Habían pasado varios meses desde que salieran de sus aposentos por última vez, y recelaban de todos y de todo. El doctor se alejó enseguida de la ventana.

—Sus señorías me perdonarán, ja, ja, la presunción de recibirlas en una sala que es, después de todo, más de ustedes que mía, ja, ja, ja, pero no obstante, tengo razones para sospecharlo, no les es muy familiar, si me permiten ser tan notablemente escandaloso, tan ridículamente indiscreto, en verdad…

—Es el doctor, querida —susurró *lady* Cora a su hermana gemela, interrumpiendo a Prunescualo.

Lady Clarice se limitó a mirar tan fijamente al delgado caballero en cuestión, que cualquier otra persona que no fuera el doctor hubiera dado media vuelta huyendo a todo correr.

—Ya lo sé —dijo por fin—. ¿Qué le pasa en los ojos?

—Alguna enfermedad, supongo. ¿No lo sabías? —le respondió *lady* Cora.

Las dos hermanas vestían de púrpura, con hebillas de oro en el cuello en lugar de broches, y con otras hebillas de oro en las puntas de unas agujas de sombrero que llevaban clavadas en el pelo gris, en apariencia para que hicieran juego con los broches. Los rostros, idénticos hasta la indecencia, no tenían ninguna expresión, como si fueran esbozos de rostros y estuviesen esperando que les inyectaran sensibilidad.

—¿Qué hace aquí? —dijo Cora, mirándolo con ojos implacables.

El doctor Prunescualo se inclinó ante ella y le mostró los dientes. Después se apretó las manos.

—Soy un privilegiado —dijo—. ¡Oh, sí! Un privilegiado. Sí, sí, sí.

—¿Por qué? —dijo *lady* Clarice.

Tenía una voz tan idéntica a la de su hermana que podría pensarse que las cuerdas vocales de Clarice habían sido recortadas de la misma entraña, en las oscuras regiones donde se habían gestado semejantes criaturas.

Las hermanas estaban de pie, a ambos lados del doctor, y lo contemplaban con una expresión tan vacua, que él tuvo que alzar rápidamente los ojos al techo, pues había echado una breve mirada a una y a otra, y no había encontrado ningún alivio. El techo blanco en cambio abundaba en cosas interesantes y clavó allí los ojos.

—Sus señorías —dijo—, ¿es posible que ignoren el papel que desempeño en la vida social de Gormenghast? He dicho la vida social, pero ¿quién, ja, ja, ja, me desmentirá si sostengo que es mucho más que la vida social, ja, ja, ja? Es, mis muy estimadas señorías, la vida orgánica del castillo lo que yo fomento y gobierno, ja, ja, en el sentido que, versado como estoy en las sutilezas de la ciencia anatómica, que me conozco al dedillo, por no decir de la cabeza a los pies, ja, ja, tengo a mi cargo la tarea de asistir al nacimiento de las nuevas generaciones, traer los nuevos a los viejos, el inocente a los pecadores, ja, ja, ja, los inmaculados a los mancillados, pobre de mí, lo blanco a lo negro, la salud a la enfermedad. Y la ceremonia de hoy, mis muy estimadas señorías, es el fruto de mi habilidad profesional, ja, ja, ja, en ocasión de un nuevo y flamante Groan.

—¿Qué ha dicho? —preguntó *lady* Clarice, que lo había estado mirando todo el rato, sin mover un solo músculo.

El doctor Prunescualo cerró los ojos y los mantuvo así durante mucho tiempo. Al fin los abrió, dio un paso adelante e inspiró todo el aire que le cabía en el pecho angosto. Luego se volvió de pronto y agitó un dedo hacia las dos figuras vestidas de púrpura.

—Sus señorías —dijo— tienen que escuchar. Nunca progresarán en la vida a menos que escuchen.

—¿Progresar en la vida? —dijo enseguida *lady* Cora—. Progresar en la vida suena bien. ¿Qué posibilidades tenemos, si Gertrude tiene lo que nosotras deberíamos tener?

—Sí, sí —dijo la otra, como si continuara la voz de su hermana en otra parte de la sala—. Nosotras deberíamos tener lo que ella tiene.

—¿Y puedo saber qué tiene ella, mis muy estimadas señorías? —preguntó el doctor Prunescualo, inclinando la cabeza.

—Poder —respondieron las dos inexpresivamente y a la vez, como si hubieran ensayado la escena. La completa falta de tono de las voces era tan incongruente en relación con el tema de la charla que incluso el doctor Prunescualo se desconcertó por un momento, y se aflojó el cuello duro de la camisa con el dedo índice.

—Poder es lo que queremos —repitió *lady* Clarice—. Eso es lo que nos gustaría tener.

—Sí, es lo que queremos —dijo Cora como un eco—, mucho poder.

—Para poder mandar a la gente —dijo la voz.

—Pero Gertrude tiene todo el poder —dijo el eco— que nosotras deberíamos tener pero no tenemos.

Miraron sucesivamente a Vulturno, Agrimoho y Excorio.

—¿Supongo que ellos tienen que estar aquí? —dijo Cora, señalándolos con el dedo antes de volver la mirada al doctor Prunescualo, que examinaba de nuevo el techo. Pero antes de que pudiera responder, se abrió la puerta y apareció Fucsia, vestida de blanco.

Habían pasado doce días desde que descubriera que ya no era hija única. Había rehusado obstinadamente ver a su hermano, y hoy, por primera vez, no tendría más remedio que estar con él. La angustia inexplicable que la había embargado en un principio había dado paso a una resignada aceptación. Sin saber muy bien por qué, había estado realmente afligida. No entendía muy bien su resentimiento.

La señora Ganga no había tenido tiempo de ayudar a Fucsia a ponerse presentable, y sólo le había pedido que se peinara y que no se pusiera el vestido blanco hasta el último minuto, para no arrugarlo, y que se presentara en la Sala Fresca a las tres y dos minutos.

El sol sobre la hierba, y las flores en los jarrones y la propia sala habían parecido buenos augurios hasta la llegada de los dos criados y el infortunado altercado que ocurrió después. Esta violencia puso una nota amarga a las horas que siguieron.

Fucsia entró con los ojos enrojecidos de llorar. Hizo una torpe reverencia a las cuñadas de su madre y luego se sentó en una apartada esquina, pero casi enseguida tuvo que incorporarse otra vez, ya que su padre, seguido de cerca por la condesa, entró en ese momento y avanzó lentamente hacia el centro de la sala.

Sin una palabra de aviso, Agrimoho golpeó los nudillos en la mesa y exclamó con su vieja voz:

—Estamos todos reunidos, excepto aquel por el que nos hemos reunido. Estamos todos aquí, excepto aquel por el que estamos todos aquí. Acercaos a la mesa del bautizo y esperad mientras saludo a aquel que entra en la Vida, al heredero Groan, el impecable espejo infantil de Gormenghast.

Agrimoho tosió de mala manera y se llevó la mano al pecho. Echó una ojeada al libro, y pasó el dedo por una nueva línea. Luego trotó alrededor de la mesa, sacudiendo un poco de aquí para allá la nudosa barba blanca y gris, y susurró a los otros que se ordenasen en un semicírculo alrededor de la mesa, de espaldas a la ventana. En el centro estaban la condesa y lord Sepulcravo. Fucsia estaba a la izquierda de Sepulcravo, y el doctor Prunescualo a la derecha de *lady* Groan, pero un poco más atrás. Las hermanas gemelas estaban separadas, cada una en un extremo del arco. Excorio y Vulturno habían retrocedido y se mantenían muy tiesos. Excorio se mordía los nudillos.

Agrimoho retornó a su posición detrás de la mesa, y parecía tener un aspecto más impresionante ahora que el peñasco de Excorio y la montaña de Vulturno ya no lo empequeñecían. Alzó de nuevo la voz, pero le costaba mucho hablar, pues tenía lágrimas en la garganta y se sentía abrumado por la magnitud del cargo. En tanto que docto en las tradiciones de los Groan, se sentía espiritualmente responsable de que la ceremonia se desarrollara con corrección. Ocasiones como ésta eran momentos culminantes en el ciclo ritual de su vida.

—¡Los soles y los cambios estacionales de las lunas; las hojas que los árboles pierden, y los peces de las aguas de color verde oliva, todos tienen voces!

Adelantaba las manos juntas como si rezase, y el rostro apergaminado se recortaba sorprendentemente a la luz clara de la sala. Habló con más fuerza.

—Las piedras tienen voces y las plumas de las aves, la cólera de las espinas, las almas lastimadas, la cornamenta, las costillas curvadas, el pan, las lágrimas y las agujas. Los cantos rodados y el silencio de los pantanos fríos tienen voces, y las nubes insurgentes, y el gallo y el gusano.

Agrimoho se inclinó sobre el libro, encontró el punto con el dedo, y volvió la página.

—Voces que rechinan de noche en pulmones de granito, pulmones de aire azul y fluviales pulmones blancos. Todas las voces dominan todos los momentos de todos los días; todas las voces invaden las grietas de todas las regiones. Voces que oirá cuando escuche, y cuando sepa oír a Gormenghast, cuya voz es la perpetuidad de la perpetuidad. Éste es el sonido ancestral que tendrá que seguir, la voz de las piedras amontonadas en torres grises, hasta que muera en la torre de muerte de los Groan. Y los estandartes serán arrancados entonces de los contrafuertes y los muros, y el cuerpo será transportado a la Torre de las Torres, donde reposará entre las cenizas de los ancestros.

—¿Cuánto falta aún? —preguntó la condesa.

No había escuchado con la atención que la ceremonia merecía y estaba alimentando con migas que iba

sacando de un bolsillo a un pájaro de color gris que tenía posado en el hombro.

Al oír la pregunta de *lady* Groan, Agrimoho levantó los ojos del libro. Los tenía nublados pues lo había entristecido la voz irritada de la condesa.

—Las palabras ancestrales del duodécimo conde han sido pronunciadas, su señoría —dijo con los ojos clavados en el libro.

—Bien —dijo *lady* Groan—. ¿Y ahora qué?

—Creo que tenemos que volvernos y observar el jardín —dijo Clarice vagamente—. ¿No es así, Cora? Te acuerdas, justo antes de que trajeran a la pequeña Fucsia, todos tuvimos que volvernos y mirar el jardín por la ventana. Estoy segura de que miramos… hace mucho tiempo.

—¿Dónde habéis estado desde entonces? —les preguntó de pronto *lady* Groan, mirando a sus cuñadas una a una. La melena cobriza empezaba a caerle por el cuello, y en el hombro del vestido las garras del pájaro habían arañado el terciopelo suave y negro como la tinta, dándole un aspecto ceniciento y andrajoso.

—No nos hemos movido del ala sur, Gertrude —respondió Cora.

—No nos hemos movido para nada —continuó Clarice—. Todo el tiempo en el ala sur.

Lady Groan derramó una mirada de amor sobre el hombro izquierdo, y el pájaro gris que estaba allí con la cabeza bajo el ala dio tres pasos rápidos hacia la garganta de la condesa. La condesa volvió a mirar a sus cuñadas.

—¿Haciendo qué? —preguntó.

—Pensando —dijeron juntas las gemelas—. Eso es lo que estábamos haciendo, pensando mucho.

Una risita aguda e incontrolable sonó detrás de la condesa. El doctor Prunescualo acababa de desacreditarse. No era momento para que nadie notase que estaba allí. Sólo por tolerancia había sido admitido; pero un golpe violento en la mesa salvó la situación, y todos miraron otra vez a Agrimoho.

—Señoría —dijo Agrimoho lentamente—, en tanto que septuagésimo sexto conde de Groan y señor de Gormenghast, está escrito en las leyes que ahora tenéis que encaminaros a la puerta de la Sala del Bautizo y llamar a vuestro hijo en el pasillo desierto.

Lord Sepulcravo, que hasta ese momento había permanecido, lo mismo que su hija junto a él, en silencio e inmóvil, los ojos melancólicos fijos en la sucia chaqueta de su criado Excorio, al que apenas veía por encima de la mesa, se encaminó hacia la puerta y cuando llegó allí tosió aclarándose la garganta.

La condesa lo siguió con los ojos, pero con una expresión demasiado vaga, indescifrable. Las gemelas volvieron las caras hacia él: dos áreas de carne idéntica. Fucsia se mordía los nudillos y parecía ser la única en la sala que no tenía ningún interés en los movimientos de su padre. Excorio y Vulturno le clavaban los ojos, pues aunque pensaban aún en la violencia de hacía media hora, eran una parte tan indisoluble del ritual de los Groan que seguían cada movimiento del conde con una especie de hosca fascinación.

Agrimoho, ansioso por asistir a un acto perfecto de procedimiento tradicional, se retorcía la barba blanca y negra en nudos sin duda inextricables. Se inclinó sobre la urna, las manos sobre la mesa del refectorio.

Entretanto, escondida tras un recodo del pasillo, Tata Ganga, con Titus en brazos, estaba siendo apaciguada por Keda mientras esperaba a que la llamaran.

—Tranquila, tranquila, señora Ganga, cálmese, que se acabará pronto —decía Keda a la pequeña criatura temblorosa, ataviada con el más brillante de los vestidos de satén verde y tocada con el sombrero de uvas, magníficamente desmesurado sobre el rostro diminuto.

—¿Cómo voy a calmarme? —dijo la señora Ganga con una vocecita vivaz—. Si supieras lo que significa esta posición honorífica… ¡Oh, mi pobre corazón! No te atreverías a decirme que me calmase, no. Jamás he visto tal ignorancia.

¿Por qué tarda tanto? ¿No es hora ya de que me llame? Y esta preciosidad, tan calladito y bueno, se va a poner a chillar de un momento a otro. ¡Oh, mi pobre corazón! ¿Por qué tarda tanto? Cepíllame otra vez el vestido.

Keda, a quien habían ordenado que llevara consigo un cepillo suave, se habría pasado prácticamente toda la mañana cepillando el vestido de satén si hubiera hecho caso a Tata Ganga. La anciana le exigía ahora con gesto irritado que la cepillara de nuevo, y Keda le pasó el cepillo unas pocas veces, para apaciguarla.

Titus observaba la cara de Keda con sus ojos violetas. Las grotescas y pequeñas facciones parecían cambiar a la mortecina luz del rincón del pasillo. La historia de la humanidad estaba escrita en aquella cara. Un fragmento de la enorme roca de la humanidad. Una hoja de la selva de las pasiones del hombre y del conocimiento del hombre y del dolor del hombre. Ésa era la antigüedad de Titus.

El rostro de Tata era viejo, con arrugas y pliegues, con ojeras rojas y labios fruncidos. Una vacía

ancianidad anatómica.

La vejez de Keda era obra del destino, de la alquimia. Una senectud oculta. Una oscuridad transparente. Una arboleda quebrada y misteriosa. Una tragedia, una gloria, una descomposición.

Estos tres seres marchitos esperaban en el recodo oscuro. Tata tenía sesenta y nueve años, Keda veintidós, Titus doce días.

Lord Sepulcravo se había aclarado la garganta. Entonces llamó:

—Hijo mío.

BAUTIZAN A TITUS

LA VOZ SE PROPAGÓ a lo largo del pasillo y dobló el recodo de piedra, y en cuanto Sepulcravo empezó a oír los pasos precipitados de Tata Ganga, prosiguió con la parte del ritual que Agrimoho le había leído a la hora del desayuno durante las tres últimas mañanas.

Idealmente, el tiempo que el conde tardaba en pronunciar el discurso tenía que coincidir con el que Tata Ganga tardaba en alcanzar la puerta de la Sala Fresca desde el oscuro recodo del pasillo.

—Heredero de los poderes que ostento —recitó la voz melancólica desde la puerta—, continuador de la estirpe de las piedras, crecida del río interminable, aproxímate. Yo, simple eslabón en la cadena dinástica, te ordeno solemnemente que comparezcas, como el pájaro blanco que vuela por cielos de hierro y atraviesa murallas de nubes solemnes. Aproxímate al cuenco donde, bautizado y festejado, serás consagrado a Gormenghast. ¡Criatura! ¡Bienvenido!

Infortunadamente, Tata había tropezado con una losa floja y estaba todavía a unos diez pasos de «Bienvenido», y Agrimoho, en cuya vasta frente acababan de aparecer unas gotas de sudor, notó que los tres largos segundos que la anciana tardó en aparecer ante la puerta transcurrían con una horrorosa lentitud.

Justo antes de que salieran del recodo, Keda había puesto cuidadosamente, y a satisfacción de la niñera, la pequeña corona de hierro en la cabeza del bebé, y los tres segundos de retraso fueron ampliamente compensados por la impresión de que algo absurdo estaba ocurriendo en perfecta armonía con la situación.

Agrimoho se sintió satisfecho y olvidó el retraso que tanto lo había amargado. Con el gran libro en las manos, se acercó a la señora Ganga, y abriendo el volumen exactamente por la mitad, lo extendió hacia la niñera y dijo:

—Está escrito, y la escritura ha de ser observada, que entre estas páginas cuyo lino está gris de sabiduría, el primer hijo varón de la casa de Groan ha de ser tendido longitudinalmente, con la cabeza apuntada hacia la urna bautismal, y que estas páginas preñadas de palabras serán dobladas en él y sobre él, para que se sumerja en lo más profundo del Texto ajado, en comunión con la Ley inviolable.

Tata Ganga, con una expresión de fatua importancia en la cara, depositó a Titus en la cerrada «V» del libro entreabierto, de modo que la corona que llevaba sobre la cabeza sobresalía apenas del lomo por el lado de Agrimoho, y los pies por el lado de la señora Ganga. Entonces lord Sepulcravo dobló las dos páginas sobre el cuerpo indefenso y unió el tubo de grueso pergamino con un alfiler de gancho.

Descansando sobre el lomo del libro, del que le salían los minúsculos pies por un lado y las púas de hierro de la pequeña corona por el otro, la criatura era para Agrimoho la quintaesencia de la corrección tradicional. De modo que al transportar el libro con su precioso cargamento hacia la mesa del bautizo, unas lágrimas de satisfacción le nublaron los ojos, y le fue muy difícil abrirse paso entre las mesitas que encontraba en el camino. Los dos jarrones de flores que perfumaban en silencio la atmósfera de la sala se le convirtieron en un vapor lila, y en un borrón de nieve.

Tenía las manos ocupadas, y no podía frotarse y aclararse los ojos, por lo que se detuvo un instante, hasta que la niebla se disipó.

Fucsia, aun sabiendo que no tenía que moverse, se había reunido con Tata Ganga. Le había irritado que Clarice intentara darle unos codazos furtivos cada vez que pensaba que nadie estaba mirando.

—Nunca vienes a verme, a pesar de que eres de la familia, pero es porque yo no quiero que vengas y nunca te invito —le había dicho su tía, y luego miró en torno para ver si alguien la observaba, y advirtiendo que Gertrude estaba en una especie de inmenso trance, prosiguió:

—Verás, mi pobre niña, yo y mi hermana Cora somos mucho más viejas que tú, y a tu edad teníamos convulsiones. Quizás te has dado cuenta de que tenemos el brazo izquierdo bastante rígido, y la pierna izquierda también. No es culpa nuestra.

Desde el otro extremo del semicírculo, llegó la voz de la hermana, un murmullo ronco y monótono que

parecía querer alcanzar los oídos de Fucsia esquivando las hileras de oídos intermedios.

—No es culpa nuestra en absoluto —dijo—, ni una pizca. Nada.

—Los ataques epilépticos, mi pobre niña —continuó Cora después de aprobar con la cabeza la interrupción de su hermana—, nos han dejado prácticamente paralizado el costado derecho. Prácticamente paralizado. Nos daban esos ataques, ¿comprendes?

—Cuando teníamos más o menos tu edad —dijo el eco vacío.

—Sí, más o menos tu edad —dijo Cora—, y teniendo prácticamente paralizado todo el costado derecho, hemos de bordar nuestros tapices con una sola mano.

—Una sola mano —dijo Clarice—. Somos listas. Pero nadie nos ve.

Se inclinó hacia adelante y deslizó la observación en la oreja de Fucsia, como si de esto dependiera todo el futuro de Gormenghast.

Fucsia jugaba con sus cabellos y se los enroscaba salvajemente alrededor de los dedos.

—No hagas eso —dijo Cora—. Tus cabellos son demasiado negros. No hagas eso.

—Demasiado negros —dijo el eco apagado—. Especialmente cuando tu vestido es tan blanco.

Cora se dobló hacia adelante de manera que la cara le quedó a un palmo de la de Fucsia. Junto a ella, pero apartando los ojos, dijo de pronto:

—No nos gusta tu madre.

Fucsia se sobresaltó. Enseguida le llegó la misma voz desde el otro lado:

—Es verdad —dijo—, no nos gusta.

Fucsia se volvió de repente, sacudiendo la espesa melena de ébano. Cora había infringido todas las reglas, e incapaz de permanecer lejos de la conversación, había pasado como una sonámbula por detrás del grupo, sin quitar el ojo a la masa de terciopelo negro de la condesa.

Pero le esperaba una gran decepción, ya que apenas llegó, Fucsia, mirando inquieta alrededor, descubrió a Tata Ganga, y se alejó de sus tías arrastrando los pies y observó la ceremonia junto a la mesa donde Agrimoho tenía a su hermano envuelto en las hojas del libro. En cuanto Tata se vio libre de Titus, Fucsia se le acercó y le cogió el delgado brazo de satén verde. Seguido de lord Sepulcravo, Agrimoho había llegado a la mesa. Volvió a instalarse. Pero el placer ante lo bien que iban las cosas se le vino abajo bruscamente cuando la neblina que le enturbiaba los ojos se disipó, y en lugar del selecto semicírculo ceremonial, no vio más que un cuarto de individuos dispersos. Se quedó paralizado. Las únicas personas alineadas eran la condesa —quien no por un sentido de obediencia, sino más bien por una especie de coma, estaba en la misma posición en la que había echado anclas— y su marido, que había vuelto a ponerse junto a ella. Sosteniendo el precioso tomo, Agrimoho dio una renqueante vuelta a la mesa. Cora y Clarice estaban muy juntas, con los cuerpos frente a frente pero con las cabezas vueltas hacia Fucsia, que seguía junto a Tata; y Prunescualo, de puntillas, estaba examinando el estambre de una flor blanca con una lupa que había sacado del bolsillo. No tenía por qué estar de puntillas, ya que la mesa no era alta, ni tampoco el jarrón, o la flor, pero una de sus posiciones favoritas cuando contemplaba las flores era la de doblar el cuerpo sobre los pétalos en una curva elegante.

Agrimoho estaba escandalizado. La boca le temblaba en las comisuras. El viejo rostro agrietado se le convirtió en una fantástica superficie esgrafiada y los ojos cansados miraron alrededor con desesperación. Intentando depositar el pesado tomo sobre la mesa, junto al cuenco bautismal, los dedos se le entumecieron y soltaron las tapas de cuero, y el libro se le escurrió de las manos, y resbalando entre las hojas, Titus se precipitó al suelo desgarrando una esquina de la hoja en la que había estado envainado, pues la manita se había aferrado a ella al caer. Éste fue su primer acto sacrílego del que se tiene constancia. Había violado el Libro del Bautismo. La corona de hierro le saltó de la cabeza. Tata Ganga agarró el brazo de Fucsia, y con un grito de «¡Oh, mi pobre corazón!» corrió dando traspiés hacia el bebé que lloraba lastimosamente en el suelo.

Agrimoho intentaba desgarrarse las ropas de arpillera, torturado, gimiendo de impotencia mientras se esforzaba con sus viejos dedos. El doctor Prunescualo se había llevado los blancos nudillos a la boca con una rapidez vertiginosa y se balanceó ligeramente. Poco después se había vuelto hacia *lady* Groan.

—Parecen de goma, su señoría, ja, ja, ja, ja. Una bolita de caucho, con un centro elástico. ¡Oh, sí, por cierto que lo son! Pero eso es más que elasticidad, ¿verdad?, ja, ja, ja. Bota que bota como una pelota, ja, ja, ja. Bota y rebota como una pelota.

—¿Qué está diciendo, buen hombre? —dijo la condesa.

—Me refería a vuestro hijo, que acaba de caer al suelo.

—¿Caer? —le preguntó la condesa con voz bronca—. ¿Dónde?

—Por tierra, su señoría, ja, ja, ja. Literalmente por tierra. En fin, hay una capa o dos de piedras, la

madera y la alfombra entre la tierra bárbara y su diminuta señoría, a quien sin duda oís berrear en estos momentos.

—¿Conque es eso? —dijo *lady* Groan, de cuyos labios, fruncidos como si estuviese silbando, el pájaro gris picoteaba un pedacito de pastel seco.

—Sí —dijo Cora a la derecha de *lady* Groan. Había corrido hacia ella al ver caer a Titus, y la observaba fijamente—. Sí, es eso.

Clarice, que había aparecido al otro lado como un reflejo de la posición de su hermana, confirmó la interpretación.

—Sí, es exactamente eso.

Luego ambas espiaron por detrás de *lady* Groan y se miraron con aire satisfecho. Cuando el pájaro gris alcanzó a extraer el pedazo de pastel de los fruncidos labios de su señoría, bajó aleteando desde el hombro y se posó en un dedo encorvado, donde permaneció inmóvil como una escultura mientras la condesa se apartaba de las hermanas (que se acercaron inmediatamente una a otra como para llenar el vacío) y se encaminaba hacia el lugar de la tragedia. Vio que Agrimoho tenía ahora un aspecto más digno, aunque el cuerpo le temblaba bajo la arpillera granate. Lord Groan, comprendiendo que esta situación no era incumbencia de un hombre, se mantenía apartado de la escena, aunque miraba nerviosamente a su hijo. Mordía la contera del bastón con pomo de jade, y paseaba los ojos tristes de aquí para allá, aunque volviéndolos una y otra vez hacia la criatura sin corona que lloraba en brazos de la niñera.

La condesa cogió a Titus y fue hacia la puerta ventana.

Fucsia, observando a su madre, sintió a pesar de sí misma el cosquilleo de una cierta compasión por la pequeña carga que ella llevaba en brazos. Casi era un arranque de complicidad, de ternura, pues desde que había visto cómo su hermano arrancaba las hojas que lo envolvían, supo que en la sala había otro ser que deseaba escapar del mohoso mundo de Gormenghast. En un acalorado acceso de celos, había imaginado que su hermano sería un hermoso bebé, pero en cuanto lo vio y descubrió que no tenía nada de hermoso, se entusiasmó con él, y en los ojos ardientes le asomó por un instante la expresión que su madre reservaba para los pájaros y los gatos blancos.

La condesa levantó a Titus hacia la luz de la ventana y le miró la cara, mientras le chasqueaba la lengua al pájaro gris. Luego dio la vuelta a Titus y le examinó la nuca un buen rato.

—Traed la corona —dijo.

El doctor Prunescualo se acercó con los codos levantados y los dedos muy abiertos, sosteniendo en equilibrio la corona de metal y revolviendo los ojos por detrás de las gafas.

—¿He de coronarlo a la luz del sol? Ja, je, ja. Literalmente coronarlo —dijo, mostrando a la condesa la misma implacable hilera de dientes con la que había honrado a Cora varios minutos antes.

Titus había dejado de llorar y en los prodigiosos brazos de la condesa parecía increíblemente diminuto. No estaba herido, pero la caída lo había asustado. Sólo un sollozo o dos habían sobrevivido y le sacudían el cuerpo cada pocos segundos.

—Póngasela en la cabeza —dijo *lady* Groan. El doctor Prunescualo se dobló hacia adelante en una recta línea oblicua. Tenía unas piernas de aspecto tan delgado bajo la envoltura negra que cuando una brisa ligera sopló desde el jardín pareció que la tela se combaba hacia adentro más allá de donde tendrían que haber estado los huesos de las piernas. Depositó la corona sobre la pequeña cabeza de patata blanca.

—Agrimoho —dijo ella sin volverse—, venga aquí.

Agrimoho levantó la cabeza. Había recogido el libro y estaba poniendo el trozo de papel en la punta de la hoja desgarrada, alisándola al mismo tiempo con el dedo índice.

—¡Vamos, venga, dése prisa! —dijo la condesa.

El anciano dio la vuelta a la mesa y se colocó delante de *lady* Groan.

—Vamos a pasear un poco por el césped, Agrimoho, y después podrá acabar el bautizo. Estése quieto, buen hombre, deje de castañetear los dientes.

Agrimoho hizo una reverencia, y pensando que interrumpir de esta manera el bautizo del heredero directo era un sacrilegio, se dispuso a seguir a *lady* Groan mientras ella llamaba por encima de la espalda:

—¡Seguidme todos! ¡Todos! ¡Los criados también!

Todo el mundo salió, y escogiendo cada uno una de las sombras paralelas del césped recortado que convergían en la distancia en líneas de verde perfectamente rectas, se pasearon en silencio arriba y abajo durante cuarenta minutos. Acomodaron el paso al de Agrimoho, que era el más lento. Los cedros se extendían sobre ellos desde el lado norte cuando empezaron a caminar. Las figuras eran cada vez más pequeñas a medida que avanzaban por la esmeralda rayada del césped rasurado. Como juguetes, desmontables, pintados, cada uno avanzaba por una franja recién segada.

Lord Sepulcravo andaba con pasos lentos, cabizbajo. Fucsia arrastraba los pies. El doctor Prunescualo escarabajeaba. Las gemelas se impulsaban hacia adelante con aire ausente. Excorio avanzaba como una araña y Vulturno anadeaba.

La condesa sostenía a Titus en brazos y silbaba unas notas que atrajeron por el aire dorado a unas aves extrañas, venidas de bosques ignotos.

Cuando al fin volvieron a reunirse en la Sala Fresca, Agrimoho estaba más tranquilo, aunque cansado por la caminata.

Indicando a los otros dónde tenían que colocarse, puso las manos sobre el volumen desgarrado y luego habló al semicírculo delante de él.

Titus había sido repuesto en el Libro, y Agrimoho lo bajó con cuidado hasta la mesa.

—Te deposito, Criatura-Heredera —dijo, continuando desde el punto en que los viejos dedos lo habían interrumpido—. Criatura-Heredera de los ríos, de la Torre de los Pedernales, de oscuros huecos bajo gélidas escaleras y prados iluminados por el sol veraniego. Criatura-Heredera de las brisas primaverales que soplan de los bosques nevados, y de la miseria otoñal que adormece pétalos, escamas y plumas. De la brillante blancura invernal sobre miles de torreones y del letargo veraniego entre las murallas que se desmoronan. ¡Escucha! Escucha con la humildad de los príncipes y entiende con el entendimiento de las hormigas. Escucha, Criatura-Heredera, y asómbrate. Entiende estas palabras.

Agrimoho calló, tomó a Titus, se lo pasó a *lady* Groan por encima de la mesa, y ahuecando la mano la sumergió en el cuenco. Luego, con la mano y la muñeca chorreando, dejó que el agua se le deslizara por los dedos hasta la cabeza del bebé, donde la corona dejaba al descubierto, entre las púas, un trozo oval de piel tirante sobre el hueso del cráneo.

—Tu nombre es TITUS —dijo Agrimoho simplemente—. TITUS, septuagésimo séptimo conde de Groan y señor de Gormenghast. Te ordeno solemnemente que respetes estas sagradas piedras frías que se adhieren a tus murallas ancestrales y grises. Te ordeno solemnemente que respetes esta tierra oscura y sagrada que alimenta tus grandes árboles cargados de hojas. Te ordeno solemnemente que respetes los dogmas sagrados de los que nacen los credos de Gormenghast. Yo te consagro al castillo de tu padre. Titus, sé fiel.

Titus fue devuelto a Agrimoho, que lo pasó a la vieja niñera. La fresca fragancia de las flores perfumaba deliciosamente la sala. Cuando Agrimoho dio la señal, tras unos minutos de meditación, de que el banquete podía empezar, Vulturno se adelantó sosteniendo en equilibrio cuatro fuentes de manjares en cada uno de sus antebrazos y otra en cada mano, y dio unas vueltas entre los invitados. Luego sirvió copas de vino, mientras que Excorio seguía a lord Sepulcravo como una sombra. Nadie intentó iniciar una conversación, y todos estaban de pie, comiendo o bebiendo en silencio en diferentes partes de la sala, o bien junto a los ventanales, masticando o sorbiendo mientras contemplaban las extensiones de hierba. Sólo las gemelas se sentaron en un rincón, haciendo señas a Vulturno cada vez que se les vaciaban los platos. Esta tarde sería para ellas un tema de exaltada reminiscencia durante mucho tiempo. Lord Sepulcravo no probó ninguno de los manjares, y cuando Vulturno se le acercó con una bandeja de alondras asadas, Excorio le indicó imperiosamente que se alejase, y advirtiendo la maligna expresión en los ojos porcinos del chef, alzó los hombros huesudos hasta las orejas.

A medida que pasaba el tiempo, Agrimoho parecía cada vez más consciente de sus responsabilidades como maestro del ritual, y al fin, habiendo determinado la hora por la posición del sol, que una delgada rama de arce dividía en dos, batió las manos y fue hacia la puerta arrastrando los pies. En ese momento, todos los invitados tenían que reunirse en el centro de la sala, y desfilar uno a uno ante Tata Ganga, quien, con Titus en el regazo, esperaría junto a Agrimoho. Todos ocuparon sus puestos, y el primero en adelantarse hacia la puerta fue lord Sepulcravo con la melancólica cabeza en alto, y al pasar delante del bebé pronunció la palabra —Titus— en voz solemne y ensimismada. La condesa le siguió voluminosa y pesadamente, y rugió —TITUS— a la arrugada criatura.

Uno a uno, todos desfilaron: las gemelas atropellándose en sus esfuerzos por adelantarse a pronunciar el nombre, el doctor Prunescualo blandiendo los dientes como si «Titus» fuera el santo y seña para alguna carga romántica de caballería ligera. Desconcertada, Fucsia se quedó mirando las púas de la corona de su hermanito.

En cuanto todos hubieron pasado, alzando la cabeza y pronunciando con la entonación que les era propia la palabra final: —Titus—, Tata Ganga se encontró sola, ya que incluso Agrimoho se había marchado detrás de Excorio.

Ahora que se había quedado sola en la Sala Fresca, la niñera miró nerviosamente alrededor el espacio vacío, y el sol que entraba a raudales por el gran ventanal.

De repente, abrumada de fatiga y de emoción, rompió a llorar, recordando con sobresalto el rugido de la

condesa. Hundida en el gran sillón, con el muñeco coronado en brazos, tenía un aspecto patético. El Vestido de satén verde le brillaba burlonamente a la luz de la tarde.

—¡Oh, mi pobre corazón! —sollozó, y las lágrimas le rodaron por las secas arrugas de piel de pera de la cara en miniatura—. ¡Mi pobre, pobre corazón! Como si fuera un crimen quererlo. —Apoyó la cara del bebé contra la mejilla húmeda. Tenía los ojos cerrados, y las lágrimas se le pegaban a las pestañas, y le temblaban los labios cuando Fucsia regresó en silencio y se arrodilló, abrazando con brazos vigorosos a la anciana niñera.

Tata Ganga abrió los ojos inyectados de sangre y se inclinó hacia adelante, y las tres figuras se unieron en un bloque compacto de solidaridad.

—Yo te quiero —susurró Fucsia, alzando unos ojos malhumorados—. Te quiero, te quiero. —Luego, volviendo la cabeza hacia la puerta, gritó como si hablara a la hilera de figuras que acababan de desaparecer—: La habéis hecho llorar. La habéis hecho llorar. ¡Animales!

FORMAS DE EVASIÓN

EL SEÑOR EXCORIO tenía dos grandes aflicciones. La primera era el odio a muerte que se había declarado entre él y la montaña de carne pálida; el odio que había estallado y que había fructificado en un ataque al chef. Ahora evitaba con mayor escrupulosidad que en el pasado cualquier pasillo, patio o claustro en los que podrían asomar las proporciones inequívocas del adversario. Mientras cumplía sus obligaciones, el señor Excorio no olvidaba jamás que el enemigo estaba en el castillo, y le obsesionaba la idea de que un plan diabólico se estuviese incubando por momentos en aquella cabeza hidrópica, una maquinación infernal, en una palabra: *venganza*. Excorio no alcanzaba a imaginar qué oportunidad encontraría o propiciaría el chef, pero estaba siempre alerta, dando vueltas y más vueltas en el cráneo sombrío a cualquier posibilidad que se le ocurriera. Si Excorio no estaba verdaderamente asustado, sentía por lo menos una inquietud cercana al miedo.

La segunda preocupación se refería a la desaparición de Pirañavelo. Catorce días antes había encerrado al muchacho, y cuando doce horas más tarde volviera con una jarra de agua y un plato de patatas, el cuarto estaba vacío. Desde entonces no había habido ni rastro de él, y aunque a Excorio no le interesaba el muchacho, le preocupaba tan extraordinaria desaparición, así como el hecho de que hubiera sido uno de los pinches de Vulturno, ya que, en caso de volver a las fétidas regiones de donde había escapado, podría revelar al chef el incidente del encuentro, y dando quizá una versión deformada del asunto, contarle que había sido atraído lejos de su provincia y encerrado por algún siniestro motivo de su propia invención. Y eso no era lo peor, ya que Excorio recordaba que el muchacho había oído casualmente los comentarios de lord Groan acerca del heredero, comentarios que perjudicarían la dignidad de Gormenghast en caso de que se difundieran entre la chusma del castillo. No interesaba de ninguna manera que al iniciarse la trayectoria del nuevo conde Groan, fuera de conocimiento común que la criatura era fea y que esto afligía a lord Sepulcravo. Excorio no había determinado aún cómo asegurar el silencio del joven, pero lo más urgente era sin duda dar con él. Había inspeccionado, en sus ratos libres, cuarto tras cuarto, balcón tras balcón, sin encontrar ninguna pista.

De noche, acostado ante la puerta de su señor, se despertaba con un sobresalto y se sentaba erguido sobre el helado piso de madera. Al principio, veía aparecer ante él la cara de Vulturno, enorme y difusa, con aquellos ojos de abalorio hundidos en los pliegues de carne, implacables y fríos. Entonces Excorio adelantaba la dura y rapada cabeza, y se secaba el sudor de las manos en la ropa. Luego, cuando el horrible fantasma se disolvía en la oscuridad, se le aparecía la habitación vacía en la que había visto por última vez a Pirañavelo, y se imaginaba recorriéndola, palpando los paneles de las paredes, acercándose a la ventana, desde donde contemplaba los cientos de pies de escarpado muro que descendía hasta el patio.

Las articulaciones de las rodillas le crujían en la oscuridad cuando estiraba las piernas, con la llave de sabor ferruginoso entre los dientes.

He aquí lo que ocurrió realmente en la Habitación Octogonal y los acontecimientos ulteriores con que tropezó Pirañavelo:

Cuando el muchacho oyó girar la llave se precipitó hacia la puerta, pegó el ojo al agujero de la cerradura y vio los fondillos de los pantalones de Excorio que desaparecían en el pasillo. Lo oyó doblar una esquina, una puerta se cerró con un golpe lejano, y luego, silencio. La mayoría de la gente hubiera probado el pomo de la puerta. El instinto, aunque irracional, hubiera sido irresistible; el primer impulso de alguien que quiere huir. Pirañavelo miró el pomo unos instantes. Había oído girar la llave. No tenía por qué desobedecer una conclusión simple y lógica. Se apartó de la única puerta de la habitación, y asomado a la ventana echó una mirada al precipicio.

El cuerpo de Pirañavelo tenía un aspecto deforme, giboso, pero era difícil explicar exactamente por qué. Uno a uno, los miembros parecían relativamente bien formados, pero la suma de todos ellos era un conjunto inesperadamente torcido. Tenía un rostro pálido y arcilloso, y parecía una máscara; excepto los ojos, que los tenía muy juntos y eran muy pequeños, de color rojo oscuro y de una concentración sorprendente.

El uniforme rayado de cocina le quedaba muy ajustado. En la coronilla llevaba encasquetada una pequeña gorra blanca.

Mientras observaba tranquilamente el escarpado precipicio, fruncía los labios y echaba una ojeada al patio cuadrangular del fondo. De pronto, se apartó de la ventana y con el paso apresurado que le era peculiar recorrió la habitación, como si necesitara que los miembros trabajaran junto con el cerebro. Después volvió a la ventana. Todo estaba quieto. La luz de la tarde palidecía en el cielo, aunque en la imagen de los torreones y tejados encuadrados en la ventana había aún un tinte cálido. Echando por encima del hombro una última mirada a las paredes y el techo de aquel cuarto-calabozo, apretó las manos detrás de la espalda y volvió su atención al marco de la ventana.

Esta vez, asomándose precariamente sobre el alféizar y con la cara vuelta hacia el cielo, escrutó las ásperas piedras de la pared por encima del dintel y advirtió que veinte pies más arriba acababan en un inclinado techo de pizarra. Una larga arista remataba este tejado, a modo de contrafuerte, y a su vez conducía en largas curvas hacia la techumbre principal de Gormenghast. Los veinte pies sobre él, que al principio le habían parecido inaccesibles, no eran peligrosos, advirtió, sino en los primeros doce pies, donde no había otros puntos de apoyo que unos escasos salientes de piedra irregular. Más arriba, una yedra desvaída y macilenta que se había incrustado entre la pizarra, dejaba caer un brazo velludo que, si no cedía bajo su peso, sería relativamente fácil de escalar.

Pirañavelo reflexionó que una vez a horcajadas sobre la cornisa, podría sin mucha dificultad ir de un lado a otro por todo el armazón exterior del centro de Gormenghast.

De nuevo clavó la mirada en los primeros doce pies de pared vertical, intentando descubrir los apoyos más adecuados. La inspección lo intranquilizó. No sería una empresa agradable. Cuanto más escrutaba, menos le gustaba la perspectiva, pero alcanzaba a ver que el ascenso sería posible si concentraba pensamientos y fibra en el empeño. Se descolgó de nuevo al interior de la habitación, a cuyo silencio se había sumado de pronto una atmósfera tranquilizadora. Tenía dos posibilidades: esperar el eventual retorno de Excorio, que seguramente querría devolverlo a las cocinas, o intentar el azaroso descenso.

De pronto se sentó en el suelo, se quitó las botas y se las colgó del cuello enlazando los cordones. Luego se metió los calcetines en los bolsillos y se incorporó. De puntillas en medio de la habitación, movió los dedos de los pies hasta notar un hormigueo de complicidad, y a continuación abrió cruelmente las manos para desentumecérselas. No había ya nada que esperar. Se arrodilló en el alféizar, y después de volverse, se enderezó lentamente, con el cuerpo fuera de la ventana y la luz mortecina del crepúsculo en los omoplatos.

UN CAMPO DE LOSAS

SE NEGABA A PENSAR en la vertiginosa caída y mantenía los ojos pegados al primer apoyo. Con la mano izquierda se aferró al borde inferior de la ventana, y después de buscar a un lado y a otro con el pie derecho, curvó los dedos sobre un áspero saliente de piedra. Casi enseguida empezó a sudar. Deslizó las manos por la pared y dio con una grieta que había estudiado con atención. Mordiéndose el labio inferior hasta que la sangre le bajó por la barbilla, aventuró la rodilla izquierda sobre la superficie de la pared. Esto le llevó unos diecisiete minutos de reloj, pero si hubiese medido el tiempo por los latidos de su corazón, hubiera creído que se había pasado la noche entera pegado a la pared oscilante. En algunos momentos quería renunciar a todo, incluso a la vida, y lanzarse al espacio, terminando así con tensiones y sufrimientos. En otros momentos, aferrándose al muro con desesperación, continuaba subiendo en una especie de mareo, y alguna vez se descubrió repitiendo uno o dos versos de un poema hacía tiempo olvidado.

Tenía los dedos agarrotados y le temblaban las manos y las rodillas cuando notó que las fibras rugosas que colgaban de la yedra seca le rozaban la cara. Las agarró con la mano derecha; los pies le resbalaron en la pared, y por unos instantes se balanceó en el aire vacío. Pero sus manos pusieron en movimiento unos músculos poco usados, y aunque los brazos le crujían consiguió cubrir los últimos quince pies. El tallo grueso y quebradizo soportó la prueba, y sólo se le despegaron unos trozos laterales. En cuanto Pirañavelo logró alzarse por encima del canalón, se desplomó boca abajo temblando fantásticamente de pies a cabeza. Permaneció así durante una hora. Luego, al levantar la cabeza y encontrarse en el mundo vacío de los tejados, sonrió brevemente.

Era una sonrisa juvenil, una sonrisa propia de sus diecisiete años, que le transformó por un momento la inexpresividad de la mitad inferior de la cara y desapareció con la misma rapidez. Desde el lugar donde estaba tumbado, en un ángulo de las pizarras calentadas por el sol, no veía más que secciones de este nuevo mundo de tejados y la inmensidad del cielo crepuscular. Se incorporó sobre los codos y advirtió de pronto que el canalón en el que apoyaba los pies estaba a punto de ceder. El metal corroído era lo único que le separaba el cuerpo, tendido en la pendiente de pizarra, de la larga caída hasta el patio cuadrangular. Sin perder un instante, trepó por la cuesta, impulsándose con los pies desnudos, y rozando con la espalda el musgo del tejado.

Aunque tenía los miembros más fuertes después del descanso, sintió náuseas mientras subía por la pendiente de pizarra. La pendiente era más larga de lo que le había parecido desde abajo. En realidad, todas las estructuras del tejado —parapetos, torreones y cornisas— eran de imprevisibles dimensiones.

Pirañavelo, al llegar a la arista del tejado, se sentó a horcajadas y recuperó el aliento por segunda vez. Estaba rodeado de lagos de luz decreciente.

Observó que el caballete sobre el que estaba sentado describía una gran curva hacia el oeste, interrumpida por la primera de cuatro torres. Más allá la extensión de tejados se prolongaba hacia la derecha hasta completar a lo lejos un semicírculo, que concluía en una altísima pared lateral. Unos peldaños de piedra conducían desde el caballete a lo alto de la pared, desde donde se podía acceder, a lo largo de una pasarela, a una área del tamaño de un campo desde la que se dominaban las macizas y quebrantadas estructuras de los techos y torres adyacentes; entre estas estructuras se perfilaban otros tejados distantes, y otras torres.

Los ojos de Pirañavelo, siguiendo la línea de tejados, se detuvieron por fin en el parapeto que rodeaba esta área. Desde donde estaba no podía distinguir la estructura del campo de piedra, que se alzaba muy por encima de él y a una legua de distancia, pero como el cuerpo principal de Gormenghast se elevaba hacia el oeste, decidió gatear en esta dirección, a lo largo de la curva de la arista.

Transcurrió más de una hora antes de que Pirañavelo llegara al parapeto que le impedía ver el campo de

piedra. Mientras trepaba, con miembros exhaustos pero tenaces, no podía saber que sólo unos pocos segundos de tiempo y unos cuantos bloques de piedra vertical lo separaban de lo que nadie había visto durante más de cuatrocientos años. Pasó una rodilla por encima del borde de la pared, y alzó la cabeza fatigadamente para ver cuál sería el obstáculo próximo, y vio ante él un desierto de losas grises de más de mil metros cuadrados.

El parapeto sobre el que ahora estaba sentado, de unos cuatro pies de altura, cercaba todo el campo de losas. Balanceando los pies, se dejó caer y se apoyó contra el muro. Un grajo levantó vuelo en una esquina apartada y se alejó con lentos aleteos hacia las almenas distantes hasta perderse de vista. La luz del sol poniente cambiaba al violeta, y a excepción de la diminuta figura de Pirañavelo, el campo de piedra estaba desierto y las losas frías reflejaban los tintes del cielo crepuscular. En los intersticios de las losas había un musgo oscuro y unos largos y ásperos tallos de gramíneas. Los ávidos ojos de Pirañavelo devoraron el campo. ¿Qué uso podría tener? Desde que escapara de este lugar era sin duda la mejor carta de la baraja que había pensado reunir. Por qué, cómo o cuándo podría utilizar estos atesorados retazos de conocimiento, no sabría decirlo. De momento sólo sabía que, arriesgando la vida, había descubierto un patio enorme, tan secreto como desnudo, tan escondido como expuesto a la cólera o la ternura de los elementos. Las rodillas se le doblaron y se desplomó allí mismo medio muerto de sueño y de fatiga. En el momento en que caía acurrucado junto a la pared, el campo de losas vaciló en un rubor purpúreo, y el sol se retiró.

SOBRE LOS TEJADOS

LA OSCURIDAD cayó sobre el castillo, sobre el Bosque Retorcido y sobre la montaña de Gormenghast. Las largas mesas de los Moradores de Extramuros desaparecieron en el espesor de una noche sin estrellas. Los cactos y la avenida de acacias que Tata Ganga había recorrido, y la vetusta oxiacanta en el patio de los criados, se escondieron bajo el mismo sudario. Oscuridad en las cuatro alas de Gormenghast. Oscuridad apoyada en las puertas de cristal de la Sala de Bautizo e introduciendo su cuerpo impalpable entre las hojas de yedra que ahogaban la ventana de *lady* Groan. Pegándose a las paredes, haciéndolas desaparecer excepto al tacto; escondiéndose y escondiéndolo todo; tragándolo todo con una insaciable omnipresencia. Oscuridad sobre el campo de losas, donde flotaban unas nubes invisibles. Oscuridad sobre Pirañavelo, que dormía, despertaba y volvía a dormir espasmódicamente, y otra vez despertaba, vestido apenas con una ropa más apropiada para la atmósfera asfixiante de las cocinas que para la desnudez del aire de la noche. Temblando, miró fijamente la pared de noche, aliviada sólo por una estrella tenue. Entonces recordó la pipa. Había aún un poco de tabaco en la lata que llevaba en el bolsillo.

Llenó la pipa en la oscuridad, apretándola con un delgado y mugriento dedo índice, y encendió trabajosamente el burdo tabaco. No podía ver las volutas de humo, pero el brillo difuso de las hojas al arder y la creciente tibieza de la pipa lo reconfortaron. Puso las manos delgadas alrededor de la cazoleta, y levantando las rodillas hasta el mentón, saboreó la hierba tibia mientras los largos minutos pasaban lentamente. Cuando al fin la pipa se apagó, se encontraba demasiado despierto y aterido de frío para volver a dormirse. Entonces se le ocurrió la idea de dar una vuelta a ciegas por el campo de piedra, manteniendo la mano sobre la pared hasta regresar al punto de partida. Dejó la gorra en el parapeto y empezó a palpar a la derecha del muro, deslizando la mano por la áspera superficie de piedra, a la altura del hombro. Al principio contaba los pasos, con la esperanza de que a la vuelta podría ocupar otra parte de la noche midiendo el área cuadrangular, pero avanzaba de manera tan lenta y dificultosa que pronto perdió la cuenta.

Por lo que recordaba, no encontraría obstáculos ni tampoco fallas en el parapeto; pero los recuerdos de la escalada y la primera imagen del campo celeste se le juntaban y confundían, y en aquella oscuridad de tinta no podía confiar en su memoria. Por esa razón tanteaba el suelo a cada paso, convencido de que iba a toparse con una pared o con una grieta en las losas de piedra. Se detenía un instante y después reemprendía la marcha pulgada a pulgada, para descubrir que la intuición le había fallado, y que no había nada en el oscuro, monótono e inacabable circuito que tenía delante. Mucho antes de llegar a la mitad del primero de los cuatro lados, se puso a buscar la gorra que había dejado en el pretil, cuando comprendió que ni siquiera había doblado la primera esquina.

Le parecía que había andado durante horas y de pronto la mano se le detuvo, como si la hubieran golpeado, en el repentino ángulo derecho del parapeto. Tres veces más tendría que experimentar este súbito cambio de dirección antes de que encontrara la gorra tanteando en la oscuridad.

Desesperado por el tiempo que había pasado desde que iniciara este viaje a ciegas, apresuró el paso, adelantando bruscamente un pie tras otro, de una manera que le pareció casi temeraria. Se detuvo una o dos veces a lo largo de la segunda pared y se apoyó en el parapeto. Un viento empezaba a soplar y Pirañavelo se cruzó de brazos, encogiéndose.

A medida que se acercaba sin saberlo a la tercera esquina, tuvo la impresión de que el aire era más ligero, y aunque no podía ver nada, la atmósfera le pareció más tenue, y se detuvo sorprendido, como si le hubieran quitado de los ojos parte de una venda. Se apoyó contra la pared y miró hacia arriba. La oscuridad seguía allí, pero ya no era la oscuridad opaca de antes.

Entonces sintió, más que vio, un movimiento de volúmenes por encima de él. No se distinguía nada, pero era indudable que unas fuerzas desconocidas se desplazaban por la oscuridad; y de pronto, como si le

hubieran quitado otra vuelta de venda, Pirañavelo vislumbró las formas borrosas de unas nubes enormes que desfilaban ordenada y solemnemente, como si fueran a cumplir una misión portentosa.

No se trataba, como Pirañavelo creyó al principio, del preludio del alba. Aunque le parecía que había pasado mucho tiempo desde que saltara por encima del parapeto, todavía faltaba una hora para el nuevo día. Pronto advirtió que estas esperanzas eran infundadas, pues cuando las nubes empezaron a disolverse, aparecieron otras por encima, que a su vez se desplazaron revelando regiones todavía más distantes. La primera capa, la más negra, era la que se movía con mayor rapidez. El campo de losas seguía invisible, pero Pirañavelo ya alcanzaba a verse la forma de la mano.

Luego el velo gris que cubría la faz de la noche se desgarró de pronto, y más allá de la última capa de nubes estalló toda una constelación de cristales candentes, y flotando en el centro, una curvada astilla de fuego.

Al ver la declinación de la luna, y descubriendo malhumorado que era mucho más temprano de lo que esperaba, Pirañavelo miró alrededor y comprobó que las nubes parecían ahora inmóviles, mientras que el racimo de estrellas y la luna delgada se habían puesto en movimiento, y se deslizaban oblicuamente por el cielo.

Viajaban rápidamente, esos prodigios brillantes, y, como las nubes, con un propósito muy inmediato. Puntas de fuego se desprendían aquí y allá sobre el mundo amplio del cielo en jirones, y cuando el último rabo de nube negra desapareció del firmamento, y la alta y rápida belleza de los soles flotantes dejó de moverse, una noche de estrellas estacionarias brilló sobre el espectral campo de losas.

Ahora que el cielo relucía con piedras amarillas, Pirañavelo podía ponerse otra vez en marcha sin ningún temor, y avanzó tambaleándose, prefiriendo completar el circuito hasta llegar adónde había dejado la gorra, antes que atravesar el patio. Cuando llegó al punto de partida se encasquetó la gorra, ya que a estas horas cualquier cosa que sirviera para mitigar el frío era algo precioso. Ahora sentía un cansancio insoportable.

Los sufrimientos de las últimas doce o quince horas le habían minado las fuerzas. El sofocante infierno de la embriagada provincia de Vulturno, el horror de los Pasadizos de Piedra, donde se había desmayado y donde Excorio lo había descubierto, y luego la pesadilla de la escalada por el muro y el tejado de pizarra, y desde allí, la larga marcha, menos peligrosa pero no menos difícil, hasta el enorme campo de losas en el que estaba ahora, y donde al llegar se había desmayado por segunda vez en el día, todo esto pesaba ahora sobre él. Puesto que ya ni siquiera el frío podía mantenerlo despierto, se tumbó en el suelo y apoyando la cabeza sobre los brazos cruzados durmió hasta que lo despertaron unos martilleos de hambre en el estómago y el sol que resplandecía en el cielo matinal.

Si no tenía en cuenta los miembros doloridos, que eran una dolorosa prueba de la realidad de lo que había sufrido, las penalidades del día anterior le parecían ahora irreales como un sueño. Esta mañana, a la luz del sol, era como si se hubiera encontrado trasplantado a un nuevo día, una especie de vida nueva en un mundo nuevo. Sólo el hambre le impedía asomarse alegremente por encima del parapeto cada vez más tibio, y con un centenar de torres debajo de él, planear para él mismo un increíble futuro.

Las horas por venir no le traerían ningún respiro. La jornada anterior lo había dejado exhausto, pero el día en que ahora entraba prometía ser igualmente riguroso, pues, aunque ninguna parte de la escalada que tenía por delante sería tan desesperada como los peores momentos de las aventuras de la noche, el hambre y la debilidad auguraban para las horas siguientes una pesadilla a la luz del sol.

Una hora después de haber despertado, ya se había dejado caer desde el parapeto de nueve pies, se había deslizado por un largo tejado en pendiente y había subido por una escalera de piedra en espiral que lo llevó a un paso angosto entre dos altos muros. Allí un grupo de tejados cónicos lo obligó a dar un largo y peligroso rodeo. Cuando por fin alcanzó el lado opuesto, rendido y mareado de fatiga y sintiendo el creciente calor del sol, vio extendido ante él un ruinoso panorama de fachadas montañosas, el paisaje de los tejados de Gormenghast, los riscos y los muros escarpados moteados por innumerables ventanas anónimas. Por un momento Pirañavelo se sintió descorazonado, viéndose en aquella región tan árida como la luna, y de súbito se sintió desesperado de debilidad, y cayendo de rodillas tuvo un acceso de profundas arcadas espasmódicas.

Los ralos cabellos de color de estopa se le habían pegado a la frente, como encolados, y eran ahora más oscuros, de color sepia. Las comisuras de la boca se le habían torcido hacia abajo. En aquella cara de máscara cualquier cambio era más que notable. De rodillas aún, se tambaleó. Luego, muy deliberadamente se sentó en cuclillas, y apartándose de la frente parte del pelo pegajoso, que le asomó sobre la cabeza en

una cresta tiesa y húmeda, apoyó la barbilla sobre los brazos cruzados y enseguida, muy lentamente, se puso a escrutar el cuadro escarpado que tenía debajo con la misma metódica minuciosidad con que había examinado la pared sobre la ventana del cuarto-calabozo.

Hambriento como estaba, no interrumpió en ningún momento el escrutinio de todos los rincones, todas las superficies. Una hora más tarde, se distendió, y apartó los ojos del panorama, y después de cerrarlos un rato, los clavó de nuevo en una ventana que había descubierto minutos antes en un lejano precipicio de piedra gris.

PRÓXIMO Y LEJANO

¿QUIÉN PUEDE DECIR cuánto tiempo necesita el ojo del buitre o el ojo del lince para abarcar la totalidad de un paisaje o si, en un instante, la aparentemente inagotable confusión de detalles les entra en los ojos en una serie ordenada e inteligible de distancias y formas, donde la última minucia es percibida en relación con la masa corpórea?

Es posible que el halcón no vea más que las herbosas mesetas, y que entre las hierbas altas vea más los conejos y los ratones que el campo mismo; es posible que nunca vea la totalidad del paisaje, sino únicamente esas zonas iluminadas como la luz de una antorcha, donde la presa se mueve furtivamente, mientras que el territorio circundante se le espesa en nubes y oscuridad sobre los ojos amarillos.

Tanto si el ojo rastreador y asexuado del ave o animal de rapiña se dispersa y lo ve todo o se concentra y lo descarta todo excepto aquello que busca, lo cierto es que el ojo humano, menos penetrante, es incapaz de captar, aun después de una vida de adiestramiento, la totalidad de una escena. Ningún ojo es capaz de mirar desapasionadamente. No hay comprensión en una ojeada. Sólo el reconocimiento de una damisela, un caballo o una mosca, y la suposición de que son una damisela, un caballo o una mosca; y lo mismo sucede con los sueños y más allá de los sueños, porque cuando el corazón encuentra lo que busca, se le aparece por encima de todas las cosas, cegando el ojo y dejando en la oscuridad lo principal de la Vida.

Cuando Pirañavelo comenzó su reconocimiento, el panorama de tejados no era ni más ni menos que un conglomerado de estructuras de piedra que se extendía a derecha e izquierda alejándose de él como una bruma de mampostería. Pero mirando cada estructura por separado, descubrió que era el espectador de una estática reunión de personalidades de piedra. Durante la hora de la inspección, había visto a tres cuartos de la altura del muro enorme, árido y sin ventanas, un árbol que se curvaba hacia afuera y arriba, dividiéndose y subdividiéndose hasta que un ramaje laberíntico lo envolvía en un borrón de humo iluminado por el sol. El árbol estaba muerto, pero la cara sur de la pared en la que había crecido lo protegía de la violencia de los vientos, y a juzgar por la armoniosa belleza de abanico con que se abría la copa, no había perdido ninguna rama muerta. Proyectaba sobre la pared soleada una nítida sombra, como si la hubieran grabado allí con habilidad sobrehumana. Frágil y seco, y tan viejo que tenía que haber echado su primer zarcillo antes de que la propia pared estuviera concluida, este árbol tenía sin embargo la gracia de una muchacha, y era el complicado encaje de esa sombra en la pared lo que primero había llamado la atención de Pirañavelo. Se había quedado desconcertado, hasta que el propio árbol, cuya luminosidad se mezclaba con la brillantez de la pared del fondo, de pronto se materializó.

Sobre el tronco principal que había crecido de lado desde la pared, Pirañavelo había distinguido dos figuras móviles. Parecían del tamaño de esos cabos de lápiz que uno ya no puede sostener entre los dedos. Imaginó que eran mujeres, pues llevaban vestidos idénticos de color púrpura, y a primera vista, parecía que arriesgaban la vida al pasearse por esa rama horizontal a una altura de varios centenares de pies; pero al comparar el tamaño de las figuras con el del tronco, era obvio que estaban tan seguras como si pasearan por un puente.

Había observado cómo llegaban a un punto en que la rama se dividía en tres, y protegiéndose los ojos con la mano alcanzó a ver cómo las dos figuras se sentaban en sillas frente a frente, en torno a una mesa. Una de ellas levantó el brazo en la posición de alguien que está echando té en una taza. La otra se había incorporado y había vuelto deprisa por la rama hasta alcanzar la cara de la pared en la que de repente desapareció, y Pirañavelo, esforzando los ojos, logró distinguir una irregularidad en la piedra y concluyó que tenía que haber una ventana o una puerta justo sobre el sitio donde el árbol salía de la pared. Cerró un momento los ojos, descansando, y después tardó un minuto en encontrar el árbol otra vez, perdido como estaba en medio de una veintena de tejados y muy distante; pero cuando lo encontró, vio que las dos figuras estaban de nuevo sentadas a la mesa. Debajo de ellas flotaban los diáfanos volúmenes del aire matutino. Por

encima se desplegaba la marchita elegancia del árbol muerto, y a la izquierda la sombra de encaje.

De una simple ojeada, Pirañavelo había visto que le sería imposible llegar al árbol o a la abertura, y miró otra vez reiniciando la búsqueda interminable.

Había visto una torre con un agujero de piedra en la cima. La concavidad, poco profunda, descendía desde las albardillas que coronaban la torre y estaba medio llena de agua de lluvia. En este círculo de agua, cuyo resplandor había atraído los ojos de Pirañavelo, pues era aproximadamente del tamaño de una moneda, distinguió algo blanco que nadaba. Le pareció que se trataba de un caballo. Mirando, advirtió que había algo más nadando junto al caballo, algo menor, el potro sin duda, blanco como el padre. Sobre el borde de la torre se había posado una bandada de cuervos que Pirañavelo consiguió identificar cuando uno de ellos se elevó alejándose de los demás, pasando de parecer un mosquito a parecer una mariposa negra, a medida que daba una vuelta y se aproximaba antes de cambiar de rumbo y descender desplegando unas tiesas alas negras hacia el estanque de piedra, donde se posó aleteando entre los otros pájaros.

Había visto, treinta pies más abajo y aterradoramente cerca, después de que los ojos se le acostumbraran a las minucias de las distancias, una cabeza que emergió de súbito en la base de lo que parecía más una oscura hendidura vertical que una ventana. No tenía marco, ni cortinas, ni alféizar. Era como si esperase que la tapiaran con una docena de bloques de piedra, uno sobre otro. Unos veinte pies de vacío separaban a Pirañavelo de esta pared. En cuanto vio aparecer la cabeza, se agachó lentamente escondiéndose detrás de un torreón cercano y espió con un ojo.

Era una cabeza alargada.

Era una cuña, una astilla, una raja grotesca en la que se diría que las facciones habían sido obligadas a reclamar el sitio que les correspondía, y al parecer lo habían hecho a toda prisa y sin intentar ordenarse en un diseño simétrico y mutuamente ventajoso. La nariz había sido evidentemente la primera en llegar a la escena, y se había desparramado a lo largo de toda la cuña, empezando entre el rastrojo gris del cabello, acabando entre el rastrojo gris de la barba, y extendiéndose a ambos lados con una despiadada indiferencia por los ojos y la boca, que apenas tenían dónde ponerse. Las peculiaridades del terreno habían obligado a la boca a instalarse en un ángulo torcido, que daba a la comisura derecha una expresión de siniestra complacencia, y transformaba la izquierda, que descendía a través de la barbilla, en una mueca despiadada. Tanto el cicatero monopolio de la nariz como la forma ahusada de la cabeza la habían obligado a ser una boca breve; pero era evidente que por su propia naturaleza, en condiciones normales hubiera ocupado el doble de espacio. Los ojos, en cuya expresión se podía leer el sempiterno rencor que alimentaban contra la nariz, eran tan pequeños como canicas, y espiaban por entre las hierbas grises del cabello.

Esta cabeza, fuertemente ladeada sobre un torcido pescuezo de tortuga, atravesó el ventanuco negro y alargado.

Pirañavelo observó cómo la cabeza se contorsionaba poco a poco sobre el cuello, en un ángulo tan inverosímil que no le hubiera sorprendido ver que se desprendía del resto del cuerpo.

Mientras observaba, fascinado, la boca se abrió y una voz tan extraña y profunda como el eco de un océano lúgubre irrumpió en el aire de la mañana. Nunca una cara había sido tan ajena a una voz.

El acento era tan extraño que al principio Pirañavelo no pudo reconocer más que una de cada tres frases, pero pronto se familiarizó con la original cadencia, y a medida que las palabras cobraban sentido, se dio cuenta de que estaba mirando a un poeta.

En cuanto la alargada cabeza hubo descargado el lento y meditabundo soliloquio, se quedó un rato inmóvil mirando el cielo. Luego se volvió, como para escudriñar el oscuro interior de cualquier clase de habitación que hubiera detrás de la estrecha ventana.

En el contraste de luz y sombra, las prominentes vértebras del cuello le sobresalían, cuando el hombre giraba la cabeza, como pequeños y sólidos nudos cubiertos de pergamino. Un instante después la cabeza estaba de nuevo expuesta a la cálida luz del sol, y los ojos viajaron rápidamente de un lado a otro antes de detenerse. Una mano apuntalaba la estaca cerdosa de una barbilla. La otra, colgando lánguidamente fuera del borde de la abertura, se balanceaba lentamente al sencillo ritmo de las estrofas que la cabeza se puso a recitar:

> Quédate conmigo, oh tú, Belleza
> del tosco litoral envejecido,
> pues es sin duda un deber generoso
> y más los dioses no podrían pedirnos.
> Si te quedaras donde yo me quedo,

y si pisaras las piedras que piso
serías siempre mi alimento
y borrarías los sueños horríficos.

Ven pues conmigo, mi amor, mi dueña,
a través de las almenas de Groan.
Quedarse aquí es algo tan solitario,
en la soledad de mi rincón.

Me he quedado un tiempo en los claustros
nocturnos del ala del norte,
y el firmamento abría sus ostras
a las perlas de la medianoche.
Pues la larga sombra irredenta
me traspasa con pena exquisita,
me he quedado en praderas heladas
todo un mes de continua llovizna.

Ven pues conmigo mi dulce y única,
a través de los parapetos de Groan.
Quedarse aquí es algo tan solitario,
en la soledad de mi rincón.

Me he quedado en alcobas oscuras
recordando lejanas dinastías;
en el tronco ahuecado de un árbol
me he quedado, y en celestes buhardillas.
Muchos de los viajeros de la noche
pasando por escaleras retorcidas
se mostraron sorprendidos al verme
desde un arco helado y en ruinas.

Te he añorado, oh tú, mi única.
¡Escucha! ¡Las pisadas de los Groan!
Quedarse aquí es algo tan solitario,
en la soledad de mi rincón.

¿Vendrás aquí y te quedarás conmigo?
¿Y hablaremos de cosas secretas
que el índice místico apunta
pero que nunca nos muestra?
Si estoy aquí a solas mi gloria
siempre se apaga de repente;
la soledad se lleva el esplendor
de las visiones de mi mente.

Ven, oh ven, mi dueña, mi única,
a través del Gormenghast de los Groan,
quedarse aquí es algo tan solitario,
en la soledad de mi rincón.

Después del segundo verso, Pirañavelo dejó de prestar atención a las palabras, pues comprendiendo ahora que la espantosa cabeza no tenía relación con el carácter del hombre, concibió la idea de aparecérsele de pronto y pedirle al menos algo de comer y beber. Mientras la voz seguía salmodiando, pensó que no podía aventurarse a aparecer bruscamente, puesto que el poeta parecía convencido de que estaba a solas, y le daría un susto de muerte. Pero ¿qué alternativa tenía? De pronto se le ocurrió hacer algún ruido de advertencia, antes de mostrarse, y en la pausa que siguió a la última estrofa, tosió discretamente. El efecto

fue electrizante. La cara volvió a convertirse en la grotesca e inhumana máscara que Pirañavelo había visto al principio y que durante el recitado había sido transformada por una especie de belleza interior. Le había coloreado la piel apergaminada del cuello para arriba como un trozo de papel secante sumergido en tinta roja.

Como respuesta a la tos, Pirañavelo vio que por la ventana negra asomaba una cuña escarlata, con dos pequeños ojos taladrados en el rostro y que espiaban con hosquedad.

El muchacho se incorporó y saludó con una inclinación a la cara del otro lado del abismo.

En un momento estaba allí, pero en el siguiente, antes de que Pirañavelo pudiera abrir la boca, había desaparecido. En lugar de la cara del poeta hubo enseguida un tumulto inconcebible. Todo tipo de objetos aparecieron de súbito en la ventana, empezando en la base y subiendo, creciendo en desorden, mientras una cosa tras otra se amontonaba entre las paredes.

Enmarcada a ambos lados por los bordes de piedra, la torre de objetos creció febrilmente hasta alcanzar la cima de la ventana. Pirañavelo no podía ver las manos que amontonaban tan rápidamente esta inaudita colección. Sólo veía los objetos que salían de la oscuridad uno tras otro, iluminados por el sol en cuanto ocupaban un lugar en la fantástica pagoda. Muchos se movían en la pila, y caían. Una alfombra de color oro viejo resbaló y se precipitó planeando al abismo, luciendo claramente los dibujos del reverso hasta que la engulleron las sombras. Tres voluminosos libros cayeron juntos, con páginas que revoloteaban, y también una silla vieja de respaldo alto, que el muchacho apenas oyó cuando golpeó el fondo.

Pirañavelo se había clavado las uñas en las palmas de las manos, en parte por la frustración del fracaso, y en parte para obligarse a proseguir reconociendo el paisaje de tejados a pesar de esta última decepción. Apartó los ojos de la ventana, y empezó a examinar otra vez los tejados, las paredes y las torres.

Lejos a la derecha había visto una cúpula cubierta de musgo. Había visto una enorme fachada ajedrezada, verde y negra. Plantas rastreras cubrían parte de los cuadros descoloridos, y una gigantesca curva de dientes de serrucho agrietaba la pared de arriba abajo.

Había visto en una larga terraza una columna de humo que brotaba por entre las losas. Había visto los lugares donde preferían anidar las cigüeñas, y una pared tapizada de lagartos de color esmeralda.

POLVO Y YEDRA

TODO ESTE TIEMPO había estado buscando una sola y única cosa: una manera de entrar en el castillo. Había emprendido cientos de viajes imaginarios, teniendo en cuenta que le menguaban las fuerzas, pero uno tras otro lo habían conducido a paredes imposibles de escalar o al borde de un tejado. Escogió como objetivo ventana tras ventana, sólo para encontrar una lamentable frustración. Al cabo de casi una hora, el viaje que hacía con los ojos culminó en una ventana alta del ala oeste. Desde el lugar donde estaba sentado, reprodujo mentalmente todo el trayecto, hasta la diminuta ventana de la lejana pared, y comprendió que el plan era posible si lo acompañaba la suerte y las fuerzas no lo abandonaban.

Eran ya las dos de la tarde, y el sol brillaba implacable. Se quitó la chaqueta, y dejándola detrás de él, se puso nerviosamente en camino.

Las tres horas siguientes hicieron que se arrepintiera de haber dejado alguna vez las cocinas. Se sentía tan débil que si le hubieran propuesto transportarlo con un conjuro junto al descomunal regazo de Vulturno, hubiera aceptado de buen grado. Cuando la luz empezó a declinar, veinticuatro horas después de haber descansado en el inclinado tejado de pizarra encima del cuarto-calabozo, llegó a la base de la elevada pared, cerca de la cima donde estaba la ventana que había visto tres horas antes. Allí se tomó un descanso. Estaba a medio camino entre el suelo y la ventana, a unos doscientos pies de altura. Había estado acertado cuando consideró que la pared estaba totalmente cubierta por una yedra espesa y centenaria. Al sentarse contra la pared, la espalda apoyada en el tallo velludo de la trepadora, grueso como el tronco de un árbol, las hojas de yedra colgaban muy por encima de él, y levantando la cabeza, se encontró mirando un profundo y polvoriento laberinto. Sabía que tendría que trepar entre sombras oscuras, tal era el espesor de la monótona maraña de hojas, pero los zarcillos de la enredadera eran gruesos y resistentes, de modo que a veces podía detenerse a descansar. Advirtiendo que se sentía cada vez más débil, esperó hasta recuperar el aliento, y luego, crispando la boca, se obligó a acercarse todo lo posible a la pared, e inmerso en la polvorienta oscuridad de la yedra, comenzó otra vez a subir.

El tiempo en que Pirañavelo estuvo trepando entre las acres tinieblas, el tiempo en que estuvo respirando el aire polvoriento, seco y pútrido, no tenía importancia comparado con la interminable pesadilla que le atormentaba el cerebro. Ésta era la realidad que contaba, y a medida que iba subiendo, lo único que sabía era que no recordaba haber estado alguna vez en otro sitio que entre estas hojas negras, que los tallos de la yedra eran secos, ásperos y velludos al tacto, y que las hojas amargas exudaban un olor acerbo e insidioso.

A ratos llegaba a vislumbrar entre las hojas los reflejos de la tarde cálida, pero la mayor parte del tiempo se debatía en las tinieblas, con las rodillas y los nudillos sangrando y los brazos exangües a fuerza de abrirse paso entre la maraña de fibras y quitarse los zarcillos de la cara y la ropa.

No podía saber que se estaba acercando a la ventana. La distancia, más aún que el tiempo, había dejado de tener significado para él, pero de pronto notó que el follaje era menos denso y que estaba tamizado de luz. Recordó que desde abajo la yedra le había parecido menos profusa y más pegada a la pared en las cercanías de la ventana. Las ramas hirsutas eran ahora menos seguras, y se quebraban bajo el peso de Pirañavelo, por lo que se vio obligado a seguir el curso de uno de los tallos principales, que se agarraban polvorientos a la pared. Con un espesor de sólo uno o dos pies, la yedra le cubría la espalda protegiéndolo en parte del sol. Un momento más tarde salió a la luz. Buscó en vano con los dedos un punto de apoyo. Tratando de introducir las manos entre las ramas y la pared, trepó pulgada a pulgada. Tenía la impresión de que se había pasado la vida escalando. Se había pasado la vida enfermo, torturado. Aterrorizado. Unas formas rojas rodaron ante él. Unos martillos le golpetearon la cabeza y el sudor le cubrió los ojos.

Los cuestionables dioses que desde el tejado del cuarto-calabozo le habían tendido aquella rama de yedra cuando se encontraba en un trance parecido, acudieron de nuevo a socorrerlo, pues mientras tanteaba

hacia arriba con la mano, topó de pronto con un saliente de piedra. Era la base de un alféizar, toscamente tallado. Pirañavelo gimió y, enderezando el cuerpo, soltó la yedra y alzó las manos hasta el hueco de la ventana. Allí quedó suspendido, con los brazos extendidos y tiesos como una figura de madera, y las piernas colgando. Luego, retorciéndose débilmente, rodó sobre la losa de piedra, perdió el equilibrio, y en un remolino de oscuridad cayó ruidosamente en el piso de madera del desván secreto de Fucsia.

EL CUERPO JUNTO A LA VENTANA

EN LA TARDE QUE SIGUIÓ al nacimiento de su hermano, Fucsia estaba de pie en silencio junto a la ventana. Estaba llorando; las lágrimas le rodaban una tras otra por las ruborizadas mejillas mientras observaba la montaña de Gormenghast a través del velo que le irritaba los ojos. La señora Tata Ganga, incapaz de comprenderla, trataba en vano de consolarla. En esta ocasión no había habido abrazos mutuos ni sollozos, y los ojos de la niñera tenían una quejumbrosa expresión de derrota. Se apretujaba una y otra vez las manitas arrugadas.

—¿Qué te pasa, mi dulce tormento? ¿Qué pasa, mi patito feo? ¡Cuéntamelo! Cuéntamelo enseguida. Cuenta tus penas a la vieja Tata. ¡Oh, mi pobre corazón! Tienes que contármelo todo. Vamos, enfurruñada, habla…

Pero Fucsia bien podía haber sido una estatua de mármol oscuro. Sólo las lágrimas se movían.

Por último la anciana salió con pasitos ligeros de la habitación, diciendo que iría a buscar un pastel de pasas para su tormento, que nadie nunca le respondía, y que le dolía la espalda.

Fucsia oyó el repiqueteo de los pies de Tata Ganga que se alejaba por el pasillo. Al instante, se precipitó tras la vieja niñera, a la que abrazó violentamente antes de salir corriendo, tropezando con un torbellino del vestido escarlata, por varios tramos de escalera y varias lóbregas salas hasta el aire libre, lejos de las sombras de las paredes del castillo. Siguió corriendo al sol del atardecer. Finalmente, tras bordear la huerta de Pentecostés y trepar hasta el linde de un pequeño bosque de pinos, dejó de correr, y abriéndose paso a través de una suave pendiente de helechos, llegó ante un lago tranquilo. No había cisnes. No había aves zancudas. No llegaban gritos de pájaros de los árboles que se reflejaban en las aguas.

Fucsia se dejó caer al suelo y se puso a mordisquear unas briznas de hierba. Los ojos que miraban el lago seguían inflamados.

—¡Odio las cosas! ¡Odio todas las cosas! Odio y odio las cosas más insignificantes. ¡Odio el mundo entero! —dijo en voz alta, apoyándose sobre los codos, con la cara vuelta hacia el cielo—. Pienso vivir sola. Siempre sola. En una casa, o un árbol.

Fucsia empezó a masticar una nueva brizna de hierba.

—Un día aparecerá alguien, si vivo sola. Alguien de otro mundo…, un mundo nuevo…, alguien *diferente*, y se enamorará de mí al instante, porque vivo sola y no soy como las otras cosas detestables de este mundo, y se alegrará de tenerme, a causa de mi orgullo.

Un nuevo torrente de lágrimas.

—Será alto, más alto que Excorio, y fuerte como un león, con una cabellera amarilla de león, sólo que más rizada; y tendrá los pies grandes y fuertes, porque los míos también son grandes, pero no lo parecerán tanto si los suyos son más grandes; y será más listo que el doctor, y llevará una larga capa negra, y así mis vestidos parecerán todavía más resplandecientes; y me llamará «*Lady* Fucsia» y yo responderé «¿Qué pasa?».

Se sentó y se secó la nariz con el revés de la mano.

El lago se ensombreció, y mientras ella estaba allí sentada, mirando fijamente las aguas inmóviles, Pirañavelo empezaba a subir por la yedra.

La señora Ganga estaba contando sus preocupaciones a Keda, intentando mantener la dignidad que según ella debía mostrar como niñera principal del directo y único heredero de Gormenghast, y al mismo tiempo deseando desahogarse de una manera algo más espontánea. Excorio estaba bruñendo el casco adornado que lord Groan tenía que lucir la primera noche después del natalicio, y Vulturno afilaba un largo cuchillo de cocina en una piedra de amolar. Estaba doblado sobre la hoja como un cojín hinchado, y era evidente que hacía grandes esfuerzos para darle un filo extraordinariamente cortante. La piedra, de tamaño ridículo bajo la enorme mole blanca, giraba impulsada por un pedal. El chirrido arenoso del acero que raspaba oblicuamente la parte plana de la piedra de amolar parecía producir un gran placer a Vulturno, ya

que una masa informe de carne se le desplazaba continuamente por la cara.

Cuando Fucsia se levantó y empezó a abrirse camino por la colina de helechos, Pirañavelo estaba a cuarenta pies de la ventana, y arrancaba los viejos nidos de gorriones, secos y sucios, que le impedían seguir subiendo.

En cuanto Fucsia llegó al castillo, fue directamente a su cuarto, cerró la puerta detrás de ella, y después de revolver en una vieja caja que había en un rincón, encontró un trozo de carbón de leña. Se acercó a un panel de la pared y se quedó un rato inmóvil contemplando el yeso. Después, dibujó un corazón y alrededor escribió: *Soy Fucsia. Tengo que serlo siempre. Yo soy yo. No tengas miedo. Espera y verás.*

De pronto tuvo ganas de ver su libro de poemas ilustrados. Encendió una vela, retiró la cama, se escurrió por la puerta de la escalera, y empezó a ascender en espiral hacia el oscuro refugio.

No era muy frecuente que subiera al desván al caer la tarde, y cuando alcanzó el último escalón, la oscuridad del cuarto hizo que se detuviera un momento. Al atravesar el estrecho desfiladero, la vela iluminó caprichosamente la extraña colección de objetos en las paredes, y cuando Fucsia llegó al espacio vacío de la sala de teatro, avanzó lentamente en la pálida aureola de luz que envolvía la vela.

Sabía que en la buhardilla secreta había dejado semanas antes una provisión de velas rojas y verdes, que había descubierto, apartado y olvidado. Había vuelto a descubrirlas. Tres de estas velas iluminarían magníficamente el cuarto, pues quería cerrar la ventana. Se encaramó por la escalerilla hasta el balcón, empujó la puerta de un solo gozne, y penetró en la buhardilla en un éxtasis de amor sombrío.

Las largas velas de colores estaban junto a la puerta. Encendió una enseguida con la llama de la pequeña vela blanca que tenía en la mano. Al volverse para ponerla en la mesa, el corazón se le detuvo: al otro lado de la habitación, bajo la ventana, yacía un cuerpo acurrucado.

Pirañavelo había estado desvanecido durante un tiempo considerable, y cuando empezó a volver en sí, el crepúsculo había caído sobre Gormenghast. En las tinieblas de su cerebro, las lejanas formas de la habitación fueron acercándose y cobrando bulto, hasta hacerse reconocibles.

Permaneció echado en el suelo varios minutos. La relativa frescura de la habitación y la inmovilidad de su cuerpo lo devolvieron al fin a un estado de curiosidad. Por supuesto, no recordaba la habitación, ni tampoco cómo había llegado allí. Sólo sabía que tenía la garganta reseca y que por debajo del cinturón las zarpas de un tigre le desgarraban el estómago. Durante un rato contempló una silueta grotesca que se retorcía como un borracho en medio de la habitación. Si la hubiera visto aparecer inclinada ante él en el momento de despertar, su sorpresa hubiese sido considerable, pero ahora que estaba recuperándose del desmayo, no tenía ningún temor; sólo se sentía débil. Habría sido extraño que hubiese reconocido a la luz de la sala crepuscular la fantástica raíz que Fucsia había traído del Bosque Retorcido.

Al fin apartó los ojos y descubrió los oscurecidos cuadros de las paredes, pero la luz era demasiado débil para distinguir lo que representaban.

Movió los ojos, más fuertes ahora, mirando aquí y allá, pero aún yacía tendido, inerte en el suelo, hasta que al fin logró incorporarse sobre un codo.

Encima de él había una mesa. Hizo un esfuerzo y se puso de rodillas, y agarrándose al borde, se incorporó poco a poco. La habitación empezó a dar vueltas delante de él, y los cuadros se empequeñecieron hasta parecer sellos de correos y se balancearon alocadamente en las paredes. Las manos de Pirañavelo, aferradas al borde de la mesa, no le pertenecían. Eran las manos de algún otro, pero alcanzaba a notar en ellas, de una manera oculta, una sombra de sensación. Sin embargo, aún independientes del cuerpo y del cerebro, los dedos no soltaron el borde, y Pirañavelo esperó a que los ojos se le aclararan, y descubrió debajo de él las rancias provisiones que Fucsia había llevado al desván en la mañana del día anterior.

Estaban esparcidas sobre la mesa, y cada una de ellas le pareció implacablemente real. La nebulosa incoherencia de las cosas cambió en el cerebro de Pirañavelo mientras contemplaba el bodegón encima de la mesa, de una *proximidad* aterradora.

Dos peras arrugadas; medio pastel de semillas; nueve dátiles en una maltrecha caja de cartón blanco, y una botella de vino de diente de león. Junto a todo esto, un gran libro pintado a mano, abierto donde unos pocos versos acompañaban a una ilustración púrpura y gris. En el insólito estado físico en que se encontraba Pirañavelo, la ilustración fue para él el mundo, y pensó que él mismo, desde una sombría región adyacente, estaba mirando la realidad.

El espectro era él; la página púrpura y gris era la verdad material del mundo.

Debajo de él había tres hombres. Iban vestidos de gris y llevaban flores púrpuras en los rizos oscuros y enmarañados. Estaban de pie sobre la melancólica cima de una pequeña colina, y detrás se extendía un

paisaje desolado, atravesado por viejos puentes de metal. Las manos de los hombres eran de forma exquisita, y también los pies descalzos, y parecía que estuviesen escuchando una música extraña, pues miraban ensimismados más allá de la página y más allá de lo que Pirañavelo podía ver, más allá de la colina de Gormenghast y del Bosque Retorcido.

Igualmente reales le parecieron al muchacho en aquel momento las letras sencillas de color gris oscuro y el significado del poema en el lado opuesto de la página. La sencilla pero firme solidez visual de todo lo que había sobre la mesa le había hecho olvidar por un momento el hambre que lo devoraba, y aunque ni la poesía ni la pintura le interesaban demasiado, Pirañavelo leyó, a pesar de sí mismo, con una deliberada concentración curiosamente lenta, acerca de los tres viejos y el mundo gris y púrpura.

Sencillos, solitarios y tristes
somos;
las colinas de Halibut
lejos,
con dulces, locas expresiones
antiguas,
de rara hermosura,
comentan
aquellos que se mueven
en el cielo
y mueren
de noche cuando los árboles marchitos
retozan y lloran.

Sensibles, solitarios y tristes…
Sensibles, solitarios y tristes…

Sencillos, solitarios y tristes
somos
cuando viajamos
por el mar purpúreo
con dulces, locas expresiones,
de antaño,
de rara hermosura,
y todavía más
en la noche de todas las noches
cuando el cielo
pasa
en jirones,
mientras los árboles marchitos
retozan y lloran.

Sensibles, solitarios y tristes…
Sensibles, solitarios y tristes…

Pirañavelo advirtió unas pequeñas huellas dactilares en el margen de la página. Eran para él tan importantes como el poema o la ilustración. Todo le parecía igualmente importante, porque todo lo que había sido tan borroso era ahora tan real. La mano apoyada en la mesa era otra vez su propia mano. Había olvidado enseguida el significado de las palabras, pero las letras estaban allí, negras y redondas.

Alargó la mano y cogió una de las peras arrugadas. Al llevársela a la boca, notó que ya le habían dado un mordisco.

Aprovechando el minúsculo y estriado precipicio de carne dura y blancuzca, donde la dentadura de Fucsia había dejado unos surcos paralelos, mordió ávidamente; los dientes superiores cortaron la rugosa piel de la pera y los de la mandíbula inferior se hundieron a media altura del pálido acantilado. Allí se encontraron, en el oscuro y secreto centro del fruto, en esa región de simetrías radiadas donde, desde que una lejana brisa de junio dispersara los pétalos del peral, una maduración profunda y clandestina había

progresado día y noche.

Al morder el fruto por segunda vez, la debilidad volvió a invadirlo, como si lo envolviera en una atmósfera enrarecida, y lentamente inclinó la cabeza cara abajo, y la apoyó sobre la mesa, y esperó a recuperarse antes de proseguir la clandestina comida. Al alzar la cabeza, vio el largo canapé, de contornos elegantes. Después de meterse los dátiles de la caja de cartón en el bolsillo; agarró el pastel de semillas con una mano y la botella de vino de diente de león con la otra, se arrastró por el borde de la mesa, y cubrió dando traspiés los pocos pasos que lo separaban del canapé, en el que se desplomó, levantando uno tras otro los pies polvorientos sobre el cuero color burdeos de la tapicería.

Había pensado que la botella contenía agua, pues no había mirado dentro cuando la alzó y sopesó en el antebrazo, y al sentir el sabor de vino en la lengua, se enderezó en el asiento como si hubiese recuperado las fuerzas en un instante, como si el pensamiento del vino hubiera bastado para resucitarlo. En verdad el vino hizo maravillas con Pirañavelo, y a los pocos minutos las propiedades tónicas del vino, el pastel y los dátiles lo revivieron del todo, y levantándose, se puso a recorrer la habitación con su característico paso arrastrado. Frunciendo los labios y con los dientes apretados, emitió unos silbidos agudos y penetrantes que interrumpía a veces, cuando un cuadro le merecía algo más que una simple ojeada.

La luz decrecía rápidamente. Pirañavelo iba a probar el pomo de la puerta para ver si, oscuro como estaba, podía encontrar un cuarto aún más confortable para pasar la noche, antes de acabar tumbado en el largo canapé, cuando oyó el claro sonido de una pisada.

Con la mano extendida aún hacia la puerta, Pirañavelo se quedó inmóvil un momento, y luego inclinó la cabeza sobre el hombro izquierdo, escuchando. No había duda de que alguien se movía en la habitación contigua, o en la contigua a esta última.

Silencioso como un fantasma, Pirañavelo dio un paso hacia la puerta, y girando el pomo, la abrió apenas una fracción de pulgada, lo suficiente para acercar un ojo a la abertura y encontrarse mirando algo que le cortó la respiración. Como la buhardilla en la que había pasado la última hora era pequeña, había imaginado, sin ningún fundamento, que la puerta conduciría a un cuarto de aproximadamente las mismas dimensiones. Pero al mirar por el resquicio de la puerta y comprobar hasta qué punto se había equivocado, se llevó un verdadero susto, sólo superado por la aparición de la figura que se acercaba.

Y no era sólo el *tamaño*. Quizás le sorprendió todavía más comprobar que había estado *sobre* esta otra habitación. Distinguió en la penumbra la figura de una joven, sosteniendo una vela encendida que le iluminaba de color escarlata el corpiño del vestido. El suelo por el que andaba con paso lento, pero firme, parecía extenderse indefinidamente por detrás y a la derecha y a la izquierda. Que la joven estuviese por debajo de él y que un balcón los separase a unos pocos pies de distancia, mientras ella se iba aproximando, fue algo tan inesperado que Pirañavelo volvió a tener aquel sentimiento de irrealidad que había conocido al salir del desmayo. Pero el sonido de las pisadas era muy verdadero, y cuando distinguió el labio inferior de la joven, iluminado por la llama de la vela, acabó de despertar a la realidad. A pesar de la apurada situación en que estaba, no podía dejar de preguntarse dónde la había visto anteriormente. Un repentino movimiento de sombras sobre la cara de la muchacha le despertó un recuerdo. La mente le trabajaba deprisa. Sin duda había unas escaleras que conducían al balcón. Ella venía al cuarto donde estaba él. Andaba con paso seguro. No vacilaba. No tenía miedo. Pirañavelo pensó que había ido a parar a las habitaciones de la joven. ¿Qué hacía ella aquí a estas horas? ¿Quién era? Cerró la puerta suavemente.

¿Dónde había visto este vestido rojo? ¿Dónde? ¿Dónde? Muy recientemente. Ese rojo escarlata. La oyó subir las escaleras. Echó una rápida ojeada por la habitación. No había donde esconderse. Reparó en el libro sobre la mesa. El libro de ella. Vio unas cuantas migas del pastel de semillas sobre la tela. Fue de puntillas hasta la ventana y miró hacia abajo. El etéreo aire oscuro que caía sobre la cima de las torres lo mareó un instante, reavivando los recuerdos de su ascensión por la yedra. Retrocedió. Los pasos se oían ya en el balcón, pero él no cesaba de repetirse: «¿Dónde? ¿Dónde? ¿Dónde he visto este vestido rojo?». En el momento en que los pasos se detuvieron en la puerta, se acordó, y entonces se agachó en silencio al pie de la ventana, y acurrucándose en una extraña posición, con un brazo lánguidamente extendido, cerró los ojos simulando el desvanecimiento del cual no hacía mucho rato había despertado.

La había visto a través de la mirilla circular en la pared de la habitación octogonal. Era *lady* Fucsia Groan, la hija de Gormenghast. Los pensamientos empezaron a perseguirse en la cabeza de Pirañavelo. La había visto desquiciada. Se había puesto furiosa al enterarse de que acababa de tener un hermano; había corrido pasillo abajo huyendo de su padre. *Allí no* cabía esperar amabilidad. Como su padre, parecía siempre incómoda. Ya estaba abriendo la puerta. A la luz de la vela el aire osciló un momento. Pirañavelo, observando entre las pestañas, vio que el aire se hacía más brillante cuando ella encendió dos velas largas. La oyó girar sobre los tacones y dar un paso adelante, y luego hubo un silencio absoluto.

Pirañavelo permaneció inmóvil, con la cabeza recostada en la alfombra y el cuello ligeramente torcido.

La muchacha parecía estar tan inmóvil como él, y en el prolongado silencio de muerte, alcanzó a oír los latidos de un corazón. No era el suyo.

HECES DE GIRASOL

DURANTE LOS PRIMEROS MOMENTOS Fucsia había permanecido inerte, incapaz de reaccionar ante lo que veía. Como aquellos que al enterarse de la muerte del ser amado se muestran insensibles al dolor que los destrozará más tarde, también Fucsia en esos primeros instantes se quedó anonadada, con la mirada inmóvil y vacía.

Poco después la mente se le había dividido en divergentes pasiones, la más acuciante era la angustia de saber que el secreto había sido descubierto al fin, que le habían saqueado el cofre de las maravillas, que le habían arrojado el alma desnuda a un mundo que ella jamás podría entender.

Detrás de esta pasión había miedo. Y detrás del miedo, curiosidad: curiosidad por saber quién era la figura. Si se estaba recuperando o estaba muriendo; cómo había llegado allí, y muy por detrás de todo, la cuestión práctica de qué debía hacer. Mientras permanecía allí de pie, sentía como si hubieran encendido una hoguera dentro de ella. Creció hasta alcanzar el cenit de su poder y luego se extinguió, dejando entre las cenizas el dolor indestructible de una llaga para la que no había ningún bálsamo.

Despacio y con recelo, se aproximó un poco más, sosteniendo la vela con el brazo estirado y rígido. Una gota de cera caliente le cayó sobre la muñeca, sobresaltándola como si la hubieran golpeado. Otros dos pasos sigilosos la llevaron junto a la tendida figura, y se inclinó sobre la cara ladeada. La llama iluminó la frente amplia, la garganta y los pómulos. Mientras observaba, con el corazón golpeándole el pecho, advirtió un movimiento en el cuello estirado. Estaba vivo. La cera derretida que resbalaba a lo largo de la vela de color quemaba la mano de Fucsia. En un desvencijado estante detrás del canapé había un candelabro; Fucsia se incorporó con la intención de ir a buscarlo, y empezó a apartarse de Pirañavelo. Sin atreverse a quitarle los ojos de encima, puso una pierna detrás de la otra con grotesca deliberación y retrocedió paso a paso. Antes de llegar a la pared, sin embargo, hubo un inesperado contacto entre su pantorrilla y el borde del canapé, y se sentó con brusquedad, como si hubiera recibido un golpe detrás de las rodillas. La vela le tembló en la mano, y proyectó una luz vacilante sobre el rostro de la figura acostada. Aunque le pareció que la cabeza se había movido un poco ante el ruido que ella había hecho, lo atribuyó al juego de luces sobre las facciones, pero de todos modos lo observó un buen rato para convencerse. Por último dobló las piernas debajo del cuerpo, se puso de rodillas sobre el canapé, y alargando la mano libre hacia atrás, buscó a tientas por el estante hasta que al fin encontró el candelabro de hierro.

Metió la vela en uno de los tres brazos de hierro, se levantó, y puso el candelabro en la mesa, junto al libro.

Se le había ocurrido que algo tendría que hacer para reanimar a aquella cosa desplomada. Se le acercó de nuevo. Aunque le horrorizaba pensar que si conseguía reanimarlo se vería obligada a hablar con un desconocido en el cuarto *de ella*, la perspectiva de dejarlo allí tumbado, donde incluso podía morirse, era aún más espantosa.

Olvidando por un momento este temor, se arrodilló ruidosamente en el suelo junto a él y lo sacudió por el hombro, adelantando el carnoso labio inferior y con la negra melena caída sobre la cara. Se detuvo un instante para quitarse la cera que se le había pegado a los dedos, y luego continuó sacudiéndolo. Pirañavelo dejó que ella lo empujara; con el cuerpo perfectamente distendido, había decidido retrasar su recuperación.

Fucsia recordó de pronto que cuando la tía Cora se había desmayado una vez en la gran sala del ala este, su padre había ordenado a un criado de servicio que trajera un vaso de agua, y después de haber intentado en vano verter el líquido en la garganta de la pobre y lívida criatura, se lo arrojaron a la cara, y ella se había repuesto inmediatamente.

Fucsia miró alrededor buscando agua en el cuarto. Pirañavelo había dejado la jarra del vino de diente de león cerca del canapé, pero Fucsia no alcanzaba a verla y la había olvidado. Recorrió la habitación con la mirada y al fin la detuvo en un antiguo jarrón de cristal azul oscuro que ella misma había llenado de agua

una semana atrás, cuando entre las malas hierbas y ortigas cerca del foso había encontrado un girasol alto y de tallo grueso, con un enorme ojo etíope de pétalos y semillas, tan grande como la mano de ella y del amarillo más intenso que hubiera podido desear. Pero el tallo largo y áspero se había quebrado, y la cabeza pendía como un peso de fuego entre la cizaña. Fucsia había mordido febrilmente las fibras que no podía romper con las manos, allí donde el cuello se doblaba, y luego había echado a correr con aquel lastimado tesoro a través del castillo, escaleras arriba y por su cuarto, y luego arriba otra vez, dando vueltas y vueltas mientras subía la escalera de caracol, hasta que encontró el jarrón azul y lo llenó de agua, y ya totalmente exhausta metió el tallo seco y velludo en las profundidades del jarrón, y dejándose caer en el canapé se quedó mirando la flor y se dijo en voz alta:

—Girasol que estás roto, yo te he encontrado. Bebe pues un poco de agua y así no morirás… por lo menos no tan deprisa. Pero si te mueres, te enterraré. Te cavaré una tumba larga, y te enterraré. Pentecostés me dará una pala. Si no mueres, puedes quedarte. Ahora tengo que irme —había acabado diciendo, y había vuelto a bajar al cuarto de abajo donde encontró a la niñera, pero no le mencionó el girasol.

El girasol murió. No le había cambiado el agua más que una vez, y con los pétalos marchitos, se apoyaba tiesamente en el jarrón de cristal azul.

En cuanto lo vio, Fucsia recordó el agua del jarrón. Lo había llenado con agua cristalina. Ni siquiera le pasó por la cabeza que se hubiera podido evaporar. Esas cosas no eran parte de lo que ella sabía del mundo.

La visión de Pirañavelo, que observaba astutamente a través de las pestañas cada vez que la ocasión le era propicia, estaba obstruida por la mesa y no podía ver lo que *lady* Fucsia estaba haciendo. Oyó que se acercaba y cerró los párpados, pensando que ya era tiempo de gemir, de empezar a recuperarse, pues estaba sintiéndose acalambrado. Advirtió que ella se inclinaba justo encima de él.

Fucsia había sacado el girasol y lo había dejado en el suelo, notando a la vez un olor pegajoso y desagradable. Había en él algo de acre, algo de nauseabundo. Volcó bruscamente el jarrón, y le asombró ver en vez de un chorro de agua refrescante un viscoso y hediondo hilillo de cieno que descendía como una sopa verdosa sobre la cara del joven.

Había vertido algo húmedo sobre la cara de alguien que estaba indispuesto y esto era lo que contaba para Fucsia, por lo que no se sorprendió al ver que la cura fue inmediata.

Ciertamente Pirañavelo había tenido una fea sorpresa. El hedor del cieno pútrido le llenó la nariz. Resopló y escupió el barro que le había entrado en la boca, y pasándose la manga por la cara, se la embadurnó con una capa más fina pero más regular y extendida que antes. Sólo los ojos penetrantes y enrojecidos se destacaban en la sucia máscara verde, impolutos.

MAQUILLAJE DE JABÓN

FUCSIA CAYÓ HACIA ATRÁS en cuclillas sorprendida al ver que Pirañavelo se sentaba erguido de golpe y la miraba con furia. No podía oír lo que farfullaba entre dientes. La dignidad del joven había sido dañada, o quizás no tanto la dignidad como la vanidad. Aunque por cierto tenía pasiones, era más astuto que apasionado, y aun en este momento dominado por la ira súbita y la sorpresa, supo comportarse y el cerebro se le impuso sobre la rabia. Sonrió horriblemente a través de las pútridas heces. Luego se levantó con dificultad.

Unas manchas de sangre de apagado color rojo-sepia le cubrían las manos, pues se las había raspado y cortado durante las largas horas de ascenso. Tenía las ropas desgarradas, el cabello enmarañado y sucio de polvo y broza después de la escalada por la yedra.

Manteniéndose tan erguido como podía, hizo una ligera reverencia a Fucsia, que se había levantado al mismo tiempo.

—*Lady* Fucsia Groan —dijo Pirañavelo inclinándose.

Fucsia lo miró fijamente y crispó las manos a los lados. Estaba rígida, con las puntas de los pies ligeramente dobladas hacia dentro, y un poco inclinada hacia adelante mientras observaba a la desarrapada criatura que tenía enfrente. No era mucho mayor que ella, pero sí mucho más listo; lo había advertido enseguida.

Ahora que él se había recuperado, la horrorizaba la idea de que este intruso anduviera suelto por la habitación.

De repente, antes de que supiera lo que estaba haciendo, antes de haberse decidido a hablar, antes de saber sobre qué iba a hablar, la voz se le escapó roncamente:

—¿Qué quieres? Oh, ¿qué es lo que quieres? Éste es mi cuarto. *Mi* cuarto.

Fucsia se apretó las manos sobre la curva del pecho como si estuviese rezando. Pero no rezaba. Se clavaba las uñas en la carne. Tenía los ojos muy abiertos.

—Márchate —dijo—. Márchate de mi cuarto. —Casi enseguida cambió de humor y estalló como una tempestad—. ¡Te odio! —gritó, y golpeó el pie contra el suelo—. Te odio porque has venido. Odio verte en mi cuarto.

Cogió con las manos la mesa que tenía detrás y la sacudió contra el suelo.

Pirañavelo la observaba con atención.

Detrás de la despejada frente, la mente de Pirañavelo trabajaba sin descanso. Aunque él no tenía imaginación, podía reconocerla en ella: había topado con alguien cuya naturaleza era totalmente opuesta a la suya. Sabía que detrás de aquella simplicidad había algo que él no tendría jamás. Algo que él desdeñaba por no ser práctico. Algo que nunca le traería a ella poder ni riquezas, y que antes al contrario le impediría madurar y la confinaría al mundo de sus propias fantasías. Para ganarse la estima de *lady* Fucsia tendría que hablar su mismo lenguaje.

Al ver a Fucsia jadeante junto a la mesa, recorriendo la habitación con la mirada como si buscase un arma, cambió de postura, levantó la mano, y con una voz firme y monótona que contrastaba, incluso a oídos de la angustiada Fucsia, con su apasionado grito, dijo:

—Hoy he visto un gran patio de piedras grises entre las nubes, mayor que un prado. Nadie lo visita. Únicamente una garza.

»Hoy he visto un árbol que crecía en lo alto de una pared, y gente que andaba por el árbol, muy por encima del suelo. Hoy he visto un poeta asomado a un ventanuco. Pero el campo de piedra perdido entre las nubes es lo que le hubiera gustado más. Nadie lo visita. Es un lugar magnífico para jugar y para… —se arriesgó astutamente— y para *soñar* mil cosas. —Notando que sería peligroso detenerse, continuó—: Hoy he visto un caballo que nadaba en lo alto de una torre. He visto un millón de torres, hoy. Y anoche vi nubes.

Sentía frío. Estaba más frío que el hielo. No he comido nada. No he dormido nada. —Curvó los labios, intentando una sonrisa—. Y luego usted me echa encima una porquería verde.

»Y ahora estoy aquí, y usted me odia. Pero estoy aquí porque no había adónde ir. He visto tantas cosas… He estado por ahí toda la noche. Me he escapado —susurró dramáticamente esta palabra— y, lo mejor de todo, he descubierto ese campo en las nubes, el campo de piedras.

Se detuvo a tomar aliento, bajó la mano, y observó a Fucsia.

Estaba apoyada contra la mesa, con las manos aferradas a los bordes. Tal vez lo engañaba la oscuridad, pero Pirañavelo sintió de pronto una inmensa satisfacción: creyó ver que ella lo *atravesaba* con la mirada.

Si era realmente así, y el palabrerío empezaba a tener efecto en la imaginación de la joven, debía proseguir sin interrumpirse impidiéndole pensar, no dejándole otra opción que escuchar lo que él decía. Era bastante listo como para saber lo que podría atraerla. Allí estaba como prueba el vestido escarlata. Era romántica. Era un alma inocente; una muchacha soñadora de quince años.

—*Lady* Fucsia —dijo, llevándose el puño a la frente—. He venido a pedir asilo. Soy un rebelde. Estoy al servicio de usted, en mi calidad de soñador y de hombre de acción. He escalado esos muros durante horas, y estoy hambriento y sediento. He estado en el campo de piedra, y soñé con echarme a volar entre las nubes, pero tengo los pies doloridos y cubiertos de llagas.

—Aléjate —dijo Fucsia con una voz distante—. Aléjate de mí.

Pero Pirañavelo no iba a darse por vencido, pues advirtió que ya no había violencia en el tono de ella, y además él era tozudo como un hurón.

—¿Adónde iría? —dijo—. Me marcharía ahora mismo si supiera adónde escapar. He andado perdido durante horas por pasillos interminables. Déme primero un poco de agua para que me pueda quitar este cieno horrible, y déjeme descansar unos instantes, y luego me iré, muy lejos, para no regresar más, y viviré solo en el campo de piedra a ras del cielo, donde las garzas hacen sus nidos.

La voz de Fucsia era tan vaga y distante que Pirañavelo pensó que no había estado escuchando, pero ella dijo lentamente:

—¿Dónde está? ¿Quién eres?

Pirañavelo respondió prontamente.

—Mi nombre es Pirañavelo —le dijo, apoyado contra la ventana, en la oscuridad—, pero ahora no puedo decirle dónde se encuentra ese campo de gélidas piedras entre las nubes. No, no puedo decírselo, todavía no.

—¿Quién eres? —preguntó Fucsia de nuevo—. ¿Quién eres, y qué haces en mi cuarto?

—Se lo he dicho. Soy Pirañavelo. He escalado hasta este cuarto encantador. Me gustan los cuadros en las paredes y el libro y la horrible raíz.

—Mi raíz es hermosa. ¡Hermosa! —gritó Fucsia—. No quiero que hables de mis cosas. Te odio porque hablas de mis cosas. No las mires. —Se precipitó hacia la retorcida raíz, cuya madera lisa brillaba a la luz de la vela en la oscilante oscuridad, y se detuvo entre la raíz y la ventana, donde estaba Pirañavelo.

Pirañavelo sacó una pequeña pipa del bolsillo y chupó la boquilla. Ella era un pez extraño, pensó, y necesitaba un cebo elegido cuidadosamente.

—¿Cómo has llegado aquí? —preguntó Fucsia con voz ronca.

—Escalando —dijo Pirañavelo—. Escalando por la yedra hasta este cuarto. He pasado todo el día escalando.

—Aléjate de la ventana —le dijo Fucsia—, vete hacia la puerta.

Pirañavelo obedeció, sorprendido. Pero tenía las manos en los bolsillos. Notó que pisaba terreno más seguro.

Fucsia se acercó desmañadamente a la ventana, cogió la vela de la mesa al pasar, y asomándose sobre el alféizar, sostuvo la temblorosa llama por encima del abismo. El precipicio, que conocía tan bien de día, le pareció ahora todavía más aterrador.

Se volvió hacia el cuarto.

—Tienes que ser un buen escalador —dijo hoscamente, pero con un toque de admiración en la voz que Pirañavelo no dejó de detectar.

—Lo soy —dijo Pirañavelo—. Pero no resisto más tiempo con esta cara. Déme un poco de agua, por favor. Permita, señora, que me limpie la cara; y luego, si no puedo quedarme, indíqueme un sitio para dormir. No he cerrado un ojo. Estoy agotado; pero ese campo de piedra me obsesiona. Volveré a ir cuando haya descansado.

Se hizo un silencio.

—Llevas puestas ropas de cocina —dijo Fucsia en un tono neutro.

—Sí, pero me las cambiaré. Es de la cocina de donde me he escapado. La odiaba. Quiero ser libre. No pienso volver.

—¿Eres un *aventurero*? —dijo Fucsia, que a pesar de no creer que él tuviera aspecto de tal, había quedado muy impresionada con el relato de la escalada y con la facilidad de palabra de Pirañavelo.

—Lo soy. Eso es exactamente lo que soy. Pero en este momento necesito agua y jabón.

No había agua en la buhardilla, mas la idea de llevarlo a la alcoba para que se lavara, y después ir a buscar comida, la sublevaba, pues él tendría que atravesar los otros dos cuartos del desván. Entonces se dio cuenta de que, en cualquier caso, él tenía que dejar este santuario, y a menos que descendiera otra vez por la yedra, no había otro camino que a través del desván y la escalera de caracol. Además, si lo llevaba abajo ahora, apenas vería nada en la oscuridad, mientras que mañana el desván estaría expuesto a la luz del día.

—*Lady* Fucsia —dijo Pirañavelo—, ¿qué tipo de trabajo podría desempeñar? ¿Me presentará a alguien que pueda emplearme? No soy un lacayo de cocina, mi señora. Soy un hombre con ambiciones. Déme asilo esta noche, *lady* Fucsia, y permítame hablar con alguien adecuado. Todo lo que deseo es una entrevista. Mi cerebro hará el resto.

Fucsia lo miraba con la boca abierta. Luego adelantó el carnoso labio inferior y dijo:

—¿Qué es ese olor espantoso?

—Son las heces sucias con las que usted me ha inundado —dijo Pirañavelo—. Es mi cara lo que huele.

—Oh —dijo Fucsia, cogiendo otra vez la vela—. Será mejor que me sigas.

Pirañavelo la siguió a través de la puerta, a lo largo del balcón y luego escaleras abajo. A Fucsia no se le ocurrió ayudarlo aunque lo oía tropezar en la penumbra. Pirañavelo se mantenía tan cerca como podía, mirando la pequeña mancha de luz que se movía en el suelo delante de Fucsia, pero mientras ella se abría camino hábilmente entre las cosas que se amontonaban en el primer desván, él era abofeteado más de una vez por una guirnalda de conchas puntiagudas, por la pata de la jirafa que Fucsia había esquivado agachándose, y en una ocasión tuvo que pararse en seco para evitar la empuñadura de latón de una espada.

Cuando llegó al principio de la escalera de caracol, Fucsia estaba ya abajo a medio camino, y él se precipitó detrás, maldiciendo.

Al cabo de un tiempo, notó que el aire cerrado de la escalera era ahora más tenue, y momentos después dobló el último de los círculos descendentes y entró en un dormitorio. Fucsia encendió una lámpara en la pared. Las persianas estaban abiertas y la noche negra llenaba los triángulos de la ventana.

Fucsia vertió en una jofaina el agua que Pirañavelo necesitaba tan urgentemente. El olor empezaba a afectarlo, y al entrar en la habitación no había podido contener las náuseas, aferrándose el estómago con las manos delgadas y huesudas. Al oír el gorgoteo del agua que caía en la jofaina, abrió la boca e inspiró una vez, profundamente. Fucsia oyó las pisadas de él sobre las tablas del cuarto y se volvió, jarra en mano, y derramó el agua, salpicando el oscuro suelo con charcos que brillaron a la luz de la lámpara.

—Agua —dijo—, si la quieres.

Pirañavelo avanzó rápidamente hacia la jofaina, quitándose la chaqueta y la camiseta, y se plantó junto a Fucsia en la penumbra, muy delgado, muy cargado de espaldas, y con un porte de extraordinaria desenvoltura.

—¿Y el jabón? —preguntó Pirañavelo, hundiendo los brazos en la jofaina. El agua estaba fría, y se estremeció. Doblado, y con los hombros encogidos, los omoplatos le sobresalían en la espalda—. Sin jabón y un buen cepillo no podré quitarme esta suciedad, señora.

—Hay cosas en ese cajón —dijo Fucsia lentamente—. Date prisa en acabar y luego márchate. No estás en tu cuarto. Estás en mi cuarto, donde nadie tiene derecho a entrar, sólo mi vieja niñera. O sea que date prisa y márchate.

—Me marcharé —dijo Pirañavelo, abriendo el cajón y revolviendo dentro hasta encontrar un trozo de jabón—. Pero no olvide que me ha prometido presentarme a alguien que pueda darme un trabajo.

—No he prometido nada. ¿Cómo te atreves a decir tales mentiras? ¡Cómo te atreves!

Entonces Pirañavelo tuvo una ocurrencia genial. Comprendió que era inútil insistir en el engaño, y arrojándose audazmente a lo desconocido dio un salto y se apartó ágilmente de la jofaina, la cara cubierta de espuma de jabón. Quitándose la espuma blanca de los labios, dibujó con el dedo índice una enorme boca oscura, e imitando la actitud de un payaso que está escuchando, se quedó completamente inmóvil durante siete largos segundos con la mano en la oreja. No sabía de dónde le había venido la idea, pero en cuanto vio a Fucsia por primera vez, comprendió que para obtener su favor tendría que recurrir a algo relacionado con el teatro, algo estrafalario pero al mismo tiempo totalmente simple e inocente, y eso era lo que Pirañavelo encontraba difícil. Fucsia lo miraba con los ojos muy abiertos. Había olvidado que lo odiaba. No era a él a quien veía. Veía un payaso, un miembro viviente del disparate. Veía algo que amaba tanto como la raíz, la

pata de jirafa, el vestido escarlata.

—¡Bravo! —chilló, retorciéndose las manos—. ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo!

De pronto, saltó sobre la cama, aterrizando sobre las dos rodillas. Se agarró a los barrotes.

Una serpiente se retorció entonces bajo las costillas de Pirañavelo. Había acertado. Aunque no sabía si sería capaz de mantener las normas que él mismo se había impuesto.

Vio por el rabillo del ojo, que como el resto de la cara estaba prácticamente oculto bajo la espuma, la oscura silueta de *lady* Fucsia en la cama, por encima de él. Había que actuar. No sabía gran cosa de payasos, sólo que hacían cosas irracionales con aire muy serio, y se le había ocurrido que a Fucsia le encantarían. Pirañavelo tenía un don poco común. Podía comprender cualquier tema sin necesidad de apreciarlo. Tenía con las cosas una relación enteramente cerebral. Aunque esto no era fácil de ver, pues parecía escurrirse con demasiada astucia, demasiada seguridad en el corazón de lo que deseaba imitar, hablando o actuando.

Se enderezó saliendo lentamente de la ridícula postura de quien está escuchando, y con los pies vueltos hacia afuera, dio unos pasitos extravagantes hacia un rincón, y se detuvo otra vez a escuchar, con la mano detrás de la oreja. Luego fue hasta el rincón, y después de agacharse varias veces, simulando que no alcanzaba el suelo con la mano, recogió un pedazo de tela verde y volvió renqueando, con los pies abiertos casi en una continua línea recta.

Fucsia, extasiada, no le quitaba los ojos de encima, y en cuanto el joven empezó a examinar con cuidado los barrotes de la cama, se llevó a la boca los nudillos de la mano derecha. De tanto en tanto, Pirañavelo descubría manchas imaginarias en los barrotes de hierro, y los frotaba vigorosamente con el trapo; luego los miraba echando el cuerpo hacia atrás, con la cabeza ladeada y las comisuras de la gran boca oscura fruncidas en una mueca de angustia, y reanudaba su tarea, soplando el hierro y frotándolo con una dedicación inhumana. Todo el tiempo pensaba: «Estoy haciendo el tonto, pero dará resultado». Era incapaz de dejarse arrastrar por el juego. No era un artista. Era la perfecta imitación de un artista.

De repente, se quitó con el dedo un vellón de espuma del centro de la frente, revelando un círculo de piel oscura, y con el dedo espumoso dio tres golpecitos, a intervalos regulares, sobre los barrotes del pie de la cama, depositando con cada golpe una tercera parte del jabón. Anadeando arriba y abajo en un extremo de la cama, examinó sucesivamente cada montículo, como si intentara determinar cuál era el ejemplar más impresionante; quitó los de ambos extremos, se detuvo ante el que quedaba en el centro, y lanzando la pierna al aire con una agilidad extraordinaria, se tumbó de cara al suelo en actitud de obediencia.

Fucsia estaba demasiado emocionada para poder hablar. Se limitaba a observarlo, arrobada y feliz. Pirañavelo se incorporó y le hizo una mueca; sus dientes irregulares brillaban a la luz de la lámpara. Enseguida fue hasta la jofaina y reanudó sus abluciones con mayor vigor que antes.

Mientras Fucsia estaba de rodillas sobre la cama y Pirañavelo se frotaba la cabeza y la cara con una vieja toalla gusarapienta, se oyó un golpe en la puerta y la voz aflautada de Tata Ganga que trinaba:

—¿Está ahí mi conciencia? ¿Está ahí mi dulce calvario? Respóndeme, corazón, ¿estás ahí?

—¡No, Tata, no, no estoy! *Ahora* no. Márchate y vuelve pronto, entonces sí que estaré —gritó Fucsia, precipitándose hacia la puerta. Luego pegó la boca al agujero de la cerradura—: ¿Qué quieres? ¿Qué quieres?

—¡Oh, mi pobre corazón! ¿Qué pasa? ¿Qué te pasa, mi conciencia? Dime qué pasa.

—Nada, Tata, nada. ¿Qué quieres? —preguntó Fucsia jadeando.

Tata estaba acostumbrada a los extraños y repentinos cambios de humor de Fucsia, y al cabo de una pausa en la que Fucsia pudo oír que Tata Ganga se chupaba el arrugado labio inferior, la anciana niñera respondió:

—Es el doctor, querida. Dice que tiene un regalo para ti, mi niña. Quiere que vayas a su casa, mi única, y yo tengo que acompañarte.

Fucsia oyó un chistido detrás de ella, y al volverse vio a un Pirañavelo de aspecto muy limpio que le hacía señas. Apuntaba a la puerta con el pulgar, y asentía con rápidos movimientos de cabeza; luego adelantando los dedos índice y medio y contorneándolos a lo largo del lavabo, indicó, según interpretó Fucsia, que tenía que ir a casa del doctor con Tata Ganga.

—¡Está bien! —chilló Fucsia—, pero yo iré a *tu* habitación. Vete y aguárdame allí.

—¡Entonces de prisa, amor mío! —gimió la voz fina y perpleja desde el corredor—. No lo hagas esperar.

A medida que las pisadas de la señora Ganga se alejaban, Fucsia chilló:

—¿Qué quiere darme?

Pero la anciana niñera estaba demasiado lejos para oír.

Pirañavelo se sacudió la ropa lo mejor que pudo. Se había cepillado los cabellos ralos, que parecían una hierba húmeda y aplastada sobre la frente.

—¿Puedo ir yo también? —dijo.

Fucsia volvió rápidamente los ojos.

—¿Por qué? —dijo al fin.

—Tengo mis razones. De cualquier manera, no puede tenerme aquí toda la noche, ¿verdad?

Este argumento pareció convencer a Fucsia, que contestó enseguida:

—De acuerdo, tú también puedes venir. —Mas luego añadió lentamente—: Pero ¿qué va a pasar con Tata? ¿Qué dirá mi niñera?

—Déjemela a mí —dijo Pirañavelo—. Yo me ocuparé.

De pronto Fucsia sintió que lo odiaba profundamente por haber dicho eso, pero no respondió.

—Vámonos, pues —le dijo—. No te quedes más en mi cuarto. ¿A qué esperas? —y desatrancando la puerta, salió al corredor; Pirañavelo la siguió como una sombra hasta el dormitorio de la señora Ganga.

EN CASA DE LOS PRUNESCUALO

TATA GANGA se perturbó tanto al ver al estrafalario joven que acompañaba a Fucsia que tuvieron que pasar varios minutos antes de que estuviera en condiciones de atender a cualquier explicación. Los ojos se le movían rápidamente de Fucsia al intruso. Estuvo tanto rato tirándose nerviosamente del labio inferior que Fucsia comprendió que era inútil continuar explicando. Ya no sabía qué hacer, cuando oyó la voz de Pirañavelo:

—Señora —dijo dirigiéndose a Tata Ganga—, mi nombre es Pirañavelo, y le ruego que disculpe mi súbita aparición en la puerta del cuarto de usted.

Se inclinó profundamente ante la anciana, mirándola de soslayo a través de las cejas. La señora Ganga dio tres pasos inciertos hacia Fucsia y la agarró del brazo.

—¿Qué está diciendo? ¿Qué está diciendo? ¡Oh, mi pobre corazón! ¿Quién es ése? ¿Qué te ha hecho, mi única?

—Él también viene —dijo Fucsia a modo de respuesta—. Quiere ver al doctor Prune. ¿Y el regalo? ¿Por qué me hace un regalo? Vamos a casa del doctor. Estoy cansada. Date prisa, tengo ganas de acostarme.

En cuanto Fucsia mencionó su cansancio, Tata se puso enseguida en movimiento, y cogiéndola por el antebrazo se encaminó hacia la puerta.

—Enseguida estarás en la cama. Yo misma te acostaré y te arroparé, y te apagaré la lámpara como de costumbre, mi niña traviesa, y podrás dormir hasta que te despierte para servirte el desayuno junto al fuego; o sea que no has de preocuparte, mi niña cansada. No estarás con el doctor más que unos minutos. Sólo unos minutos.

Salieron de la habitación, Tata Ganga echando miradas sospechosas por encima del brazo de Fucsia a los movimientos rápidos del muchacho alto de hombros.

Descendieron varios tramos de escalera hasta llegar a una sala donde unas armaduras colgaban frías de las paredes y unas viejas armas, tan herrumbradas como un seto de hayas en invierno, se amontonaban en los rincones. No era lugar para detenerse, pues del suelo de piedra subía un frío cortante, y unas heladas perlas de humedad parecían gotas de sudor sobre la deslustrada superficie de hierro y acero.

El aire húmedo hizo que Pirañavelo arrugara la nariz, y observó rápidamente la amalgama de trofeos corroídos y panoplias colgadas, brillantes de herrumbre, y el montón de pequeñas armas; y vio una delgada hoja de acero cuya punta parecía estar encajada en una especie de tubo, pero no alcanzaba a distinguirlo claramente en la penumbra. La imagen de un bastón-espada le pasó por la cabeza; le hubiera gustado tener uno. Pero no era éste el momento de revolver entre los montones de chatarra, pues se daba cuenta de que la anciana no le quitaba los ojos de encima; siguió a las dos mujeres, pero se prometió a sí mismo volver a visitar este gélido lugar en la primera oportunidad.

La puerta por la que salieron daba a la escalera que llevaba al centro de la sala insalubre. Se encontraban ahora en el extremo de un pasillo mal iluminado, con las paredes cubiertas de pequeños grabados de colores borrosos. Algunos estaban enmarcados, pero sólo unos pocos conservaban todavía el cristal. Tata y Fucsia, que estaban familiarizadas con el pasillo, no hicieron caso de esta desolada condición ni de los grabados amarillentos que representaban con mucho detalle, pero sin ninguna imaginación, los lugares obviamente más pintorescos de Gormenghast. Pirañavelo frotó la manga por encima de un par de grabados, para quitarles parte del polvo, y los examinó con ojo crítico, pues era típico en él no dejar escapar ninguna clase de información.

Este pasillo acababa bruscamente ante una puerta pesada que Fucsia abrió con esfuerzo, dando paso a una oscuridad menos opresiva. Caía la tarde, y al otro lado de la puerta un grupo de nubes desfilaba rápidamente por un cielo color pizarra en el que se movía una única estrella.

—¡Oh, mi pobre corazón, qué tarde se está haciendo! —dijo Tata, escudriñando el cielo con ansiedad, y

confiando a Fucsia sus pensamientos de modo tan subrepticio que parecía tener miedo de que el firmamento llegara a oírla—. ¡Qué tarde se está haciendo, mi única! Tengo que volver enseguida junto a tu madre. Le tengo que llevar algo de beber a ese pobre corpachón. ¡Oh, no, no debemos quedarnos mucho rato!

Enfrente se extendía un patio enorme y en la esquina opuesta había un edificio de tres plantas, unido al cuerpo del castillo por un arbotante. De día contrastaba singularmente con la omnipresente piedra gris de Gormenghast, ya que había sido construido con la dura arenisca roja de una cantera de la que nadie había vuelto a saber desde entonces.

Fucsia parecía agotada. La jornada había estado sobrecargada de acontecimientos. Ahora, a medida que las últimas luces se rendían en el oeste, seguía despierta y a punto de empezar, no de acabar, una nueva experiencia.

Con Tata Ganga agarrada al brazo, se encaminó hacia la puerta principal. De repente, la anciana se detuvo, y como hacía siempre cuando estaba aturdida, se llevó la mano a la boca y tiró del diminuto labio inferior mirando a Fucsia con ojos lacrimosos. Iba a decir algo, cuando se oyó un ruido de pasos y ella y sus dos acompañantes se volvieron y clavaron los ojos en una figura que se acercaba en la oscuridad, acompañada por un sonido débil, como de algo frágil que se rompe una y otra vez.

—¿Quién es? —dijo Tata Ganga—. ¿Quién es, mi única? ¡Oh, qué oscuro está!

—No es más que Excorio. Vamos, estoy cansada.

Pero alguien les habló desde las tinieblas.

—¿Quién? —gritó la voz dura y torpe. El lenguaje de Excorio era a veces ininteligible, pero nunca prolijo.

—¿Qué quiere, señor Excorio? —chilló Tata, para sorpresa suya y de Fucsia.

—¿Ganga? —inquirió de nuevo la voz seca—. Requerida.

—¿Quién es requerida? —le respondió a gritos Tata; Excorio era siempre demasiado brusco con ella.

—¿Quién está con usted? —rugió Excorio, a sólo unos metros de las mujeres—. Tres hace un momento.

Fucsia, que había aprendido hacía tiempo a interpretar las exclamaciones del criado, volvió enseguida la cabeza y se sintió sorprendida y aliviada al comprobar que Pirañavelo había desaparecido. Y sin embargo, ¿no había también un toque de decepción? Alargó la mano y tiró de la vieja niñera.

—Tres hace un momento —repitió Excorio, que se había acercado.

La señora Ganga también había advertido la desaparición de Pirañavelo.

—¿Dónde está? —preguntó—. ¿Dónde está ese horrible muchacho?

Fucsia sacudió la cabeza y se volvió bruscamente hacia Excorio, cuyos miembros parecían alargarse hasta perderse en la noche. La fatiga la irritaba y se desahogó en el austero sirviente.

—¡Márchate! ¡Márchate! —sollozó—. ¿Quién te quiere aquí, estúpido espantapájaros? ¿Quién te ha dicho que vengas a gritar «Quién anda ahí»? Te crees muy importante, pero no eres más que una cosa vieja y flaca. Vuelve con mi padre, donde tienes que estar, y déjanos solas.

Y Fucsia, estallando en un largo y agotado sollozo, se precipitó hacia el demacrado Excorio abrazándolo por la cintura y empapándole el chaleco con lágrimas.

Excorio se mantuvo erguido, con los brazos colgando a los lados, pues no hubiera estado bien que tocara a *lady* Fucsia, por muy inocente que fuera el motivo. Después de todo, él no era más que un criado, aunque en verdad muy importante.

—Por favor, ahora vete —dijo Fucsia por último, apartándose.

—A usted —dijo el criado después de rascarse la nuca—, el conde quiere verla. —Sacudió la cabeza señalando a la vieja niñera.

—¿A mí? —chilló Tata Ganga, que había estado pasándose la lengua por los dientes.

—A usted —dijo Excorio.

—¡Oh, mi pobre corazón! ¿Cuándo? ¿Cuándo quiere que vaya? ¡Oh, mi pobre cuerpo! ¿Qué querrá?

—La quiere ver mañana —respondió Excorio, dando media vuelta y desapareciendo. Al poco rato, hasta el ruido de sus rodillas dejó de oírse.

No esperaron más; se alejaron rápidamente hacia la puerta de la casa de piedra arenisca, y Fucsia dio un golpe fuerte con la aldaba, mientras se frotaba con la manga la humedad de los ojos.

Mientras esperaban, oyeron el sonido de un violín.

Fucsia golpeó otra vez, y a los pocos segundos la música calló y unos pasos se acercaron y se detuvieron. La puerta se abrió y la figura del doctor apareció a plena luz y los invitó a entrar. Luego cerró la puerta, pero no antes de que un joven delgado consiguiera meterse dentro escurriéndose entre Fucsia y la señora Ganga.

—¡Bien! ¡Bien! ¡Bien! ¡Bien! —dijo el doctor, sacudiéndose el pelo de la manga de la chaqueta, con una sonrisa deslumbrante—. O sea que mi querida Fucsia se ha traído un amigo, se ha traído un amigo —enarcó las cejas—, ¿o no es así?

Por segunda vez, Tata Ganga y Fucsia se volvieron para averiguar de qué hablaba el doctor, y descubrieron que Pirañavelo estaba justo detrás de ellas.

El joven hizo una reverencia, sin apartar la vista del doctor Prunescualo.

—Al servicio de usted —dijo.

—¡Ja, Ja, Ja! Pero si yo no necesito a *nadie* a mi servicio —dijo el doctor Prunescualo doblando las largas y blancas manos como si fueran pañuelos de seda—. En todo caso, preferiría tener a alguien «en» mi servicio. ¡Oh, sí, sí! Pues si todos los caballeretes que vinieran a mi puerta quisieran mi servicio, pronto me quedaría sin ningún servicio. ¡Ja, ja, ja! Pronto estaría hecho trizas. ¡Ja, ja, ja! Absolutamente hecho trizas.

—Ha venido —dijo Fucsia con voz pausada— porque quiere trabajar y porque es listo. Por eso lo he traído.

—Ciertamente —dijo Prunescualo—. Siempre me han fascinado los que quieren trabajar, ja, ja. Es apasionante observarlos. ¡Ja, ja, ja! Apasionante y misterioso. Entren, queridas señoras, entren. Mi muy estimadísima señora Ganga, cada día que pasa rejuvenece cien años. Por ahí, por ahí. Cuidado con esa silla, mi estimadísima Tata, cuidado, ¡oh!, mi querida señora, ha de mirar usted por donde anda, en nombre de la circunspección, vaya con cuidado. Ahora, permítame que abra esta puerta y así podremos ponernos cómodos. ¡Ja, ja, ja! Muy bien, mi querida Fucsia. ¡Que no se caiga! ¡Que no se caiga!

Hablando así, y conduciéndolas delante de él, y paseando al mismo tiempo los ojos magnificados por la extraordinaria indumentaria de Pirañavelo, el doctor llegó por fin a su gabinete y cerró la puerta con un clic. La señora Ganga fue acomodada en un sillón de color vino, en el que parecía particularmente diminuta, y Fucsia en otro similar. A Pirañavelo le señalaron una silla de roble de respaldo alto, y el doctor se dispuso a sacar botellas y copas de un armario empotrado en la pared.

—¿Qué va a ser? ¿Qué va a ser? ¡Fucsia, mi niña querida! ¿Qué te apetece?

—No quiero nada, gracias. Sólo tengo ganas de acostarme, doctor Prune.

—¡Ajá! ¡Ajá! Un pequeño estimulante, quizás. Algo que te despabile, querida. Algo que te ayude a salvar el bache hasta que, ¡ja, ja, ja!, estés cómodamente abrigada en tu camita. ¿Qué te parece? ¿Qué te parece?

—No lo sé —dijo Fucsia.

—¡Ajá! Pero *yo* sí que lo sé, *yo* sí —dijo el doctor, y relinchó como un caballo. A continuación, arremangándose de modo que las muñecas le quedaron desnudas, se encaminó hacia la puerta dando saltitos como un pájaro melindroso y tiró de un cordón que pendía en la pared. Luego, después de bajarse cuidadosamente las mangas, esperó de puntillas hasta oír un ruido fuera, momento en que abrió la puerta bruscamente revelando a un criado de piel atezada y librea blanca que alzaba la mano como a punto de llamar a la puerta. Antes de que el doctor dijera una palabra, Tata se inclinó hacia adelante en el asiento. Las piernas, que no alcanzaban el suelo, le pendían desmañadas.

—Es el vino de saúco el que más te gusta, ¿verdad? —preguntó la anciana con un nervioso susurro a Fucsia—. Díselo al doctor. Díselo enseguida. Tú no quieres ningún estimulante, ¿verdad?

El doctor ladeó ligeramente la cabeza, sin volverse. Sacudió el índice ante los ojos del criado, y le ordenó con aspereza que preparara unos polvos y trajese una botella de vino de saúco. Cerró la puerta y se acercó a Fucsia, bailando.

—Relájate, querida, relájate —le dijo—. Permite que tus miembros vayan por donde quieran, ja, ja, ja, siempre que no vayan *demasiado* lejos, ¡ja, ja, ja! Siempre que no vayan *demasiado* lejos. Piensa en ellos uno a uno hasta que se te queden tan flojos como una medusa, y podrás ir corriendo al Bosque Retorcido y estar de vuelta casi sin enterarte.

Mostró una dentadura relumbrante y las hebras plateadas de la pelambrera le brillaron a la luz de la lámpara.

—¿Y usted, querida Ganga? ¿Qué va a tomar la tata de Fucsia? ¿Un poco de oporto?

Tata Ganga se pasó la lengua por los labios arrugados y asintió mientras se llevaba los dedos a la boca, sobre la que parecía flotar una sonrisita insensata. Observó todos los movimientos del doctor mientras le llenaba la copa de vino y se la traía.

Saludó inclinando el cuerpo hacia adelante, según lo que era costumbre en otros tiempos, mientras cogía la copa estirando tiesamente las piernas, pues había retrocedido hasta apoyarse en el respaldo del sillón y era como si estuviera sentada en una cama.

De pronto, el doctor estaba de nuevo junto al sillón de Fucsia, inclinado sobre ella. Tenía las manos juntas en un gesto característico, anudadas bajo el mentón.

—Tengo algo para ti, querida. ¿Te lo ha dicho tu tata?

Los ojos del doctor se movieron a un costado de las gafas dándole un aire fantásticamente picaresco, que en aquella cara y para quienes lo vieran por primera vez, tenía que resultar como mínimo algo inquietante.

Fucsia se inclinó hacia adelante, las manos apoyadas sobre los brazos almohadillados del sillón.

—Sí, doctor Prune, muchas gracias. ¿Qué es? ¿Qué es?

—¡Ajá! ¡Ja, ja, ja, ja! Se trata de algo que podrás llevar, ¡ja, ja! Si te gusta y si no es demasiado pesado. No quiero fracturarte las vértebras cervicales, mi pequeña dama. ¡Oh, no! En nombre de la buena salud, no es ésa mi intención. Pero tendrás que ir con cuidado. Así lo harás, ¿no es cierto? ¡Ja, ja!

—Sí, sí —dijo Fucsia.

Se le acercó un poco más.

—Yo sé que el nacimiento de tu hermanito te ha dolido, ja, ja. *Yo* lo sé. —El susurro se filtró entre los grandes dientes del doctor, muy débilmente, pero no tan débilmente como para que Pirañavelo no alcanzara a oírlo—. Tengo una piedra para tu pecho, mi querida niña, pues vi diamantes en tus conductos lacrimógenos cuando escapaste de la habitación de tu madre. Para contrarrestar esas lágrimas, si vuelven a brotar, se necesita una piedra más pesada, aunque quizá menos brillante, que te cuelgue sobre el pecho.

Los ojos de Prunescualo permanecieron inmóviles unos instantes. Las manos seguían entrelazadas bajo el mentón. Fucsia lo observaba en silencio.

—Gracias, doctor Prune —dijo por fin.

El médico se incorporó y gorjeó:

—¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! —luego volvió a inclinarse y susurró—: Así que he decidido darte una piedra de otra tierra.

Se metió la mano en el bolsillo, pero la retuvo allí mientras echaba una mirada por encima del hombro.

—¿Quién es ese amigo de ojos vehementes, mi Fucsia? ¿Lo conoces bien?

Fucsia sacudió la cabeza y sacó el labio inferior en una instintiva mueca de aversión. El doctor le guiñó el magnificado ojo derecho.

—Un poco más tarde quizás —dijo, levantando de nuevo el párpado como alguna especie de monstruo marino—. Cuando la noche esté un poco más avanzada, cuando las muelas le hayan crecido un poco más, ¡ja, ja, ja! —Se enderezó—. Cuando el mundo se haya deslizado por el espacio otras cien millas, ¡ja, ja!, entonces…, ah, sí, entonces…

Mirando a Fucsia con aire de complicidad, le guiñó otra vez el ojo y luego giró sobre sus talones.

—Y ahora, ¿qué va *usted* a beber? Pero, en nombre de la calcetería, ¿de qué va vestido?

Pirañavelo se puso de pie.

—Visto lo que me obligan a vestir hasta que encuentre ropa más apropiada. Estos harapos, aunque del uniforme oficial, son en mí tan absurdos como insultantes. Señor, me ha preguntado qué deseaba tomar. Pues bien, con su permiso, coñac, señor, coñac.

La señora Ganga, con los ojos débiles y viejos, prácticamente desorbitados, miraba fijamente al doctor preguntándose cómo respondería a este torrente de palabras. Fucsia no había estado escuchando. Algo para llevar, había dicho el doctor. Algo pesado para colgarse al pecho. Una piedra. A pesar del cansancio, estaba muy excitada pensando qué sería. El doctor Prunescualo siempre había sido amable con ella, aunque de aire siempre protector, pero nunca le había hecho un regalo. ¿De qué color sería la pesada piedra? ¿Qué sería? ¿Qué sería?

El doctor se quedó unos instantes perplejo ante el aplomo del muchacho, pero no lo demostró. Se limitó a sonreír como un cocodrilo.

—Si no me equivoco, querido muchacho, eso que lleva es una chaqueta de cocina.

—No sólo la chaqueta es de cocina, también llevo pantalones de cocina, y calcetines de cocina y zapatos de cocina. Si me lo permite, doctor, le diré que todo lo que llevo pertenece a la cocina, menos yo, señor.

—¿Y qué *es* usted? —preguntó Prunescualo juntando las puntas de los dedos—. Debajo de esta fétida chaqueta, que me parece asombrosamente antihigiénica, he de confesar, incluso para la cocina de Vulturno, ¿qué es usted? ¿Es tal vez un caso problemático, mi querido muchacho, o un caso claro de caballerete falto de ideas, ja, ja, ja?

—Con su permiso, doctor, no soy ni una cosa ni otra. Tengo muchas ideas, aunque en este momento tengo también muchos problemas.

—¿Es posible? —dijo el doctor Prunescualo—. ¿Es posible? ¡Qué sorprendente! Bébase el coñac, y tal vez algunos de esos problemas se desvanecerán gentilmente en los vapores de este excelente narcótico. ¡Ja, ja, ja! Se desvanecerán gentil e imperceptiblemente… —Y meneó los largos dedos en el aire.

En ese momento un golpe en la puerta hizo que el doctor exclamara con su extraordinaria voz de falsete:

—¡Avanti! ¡Vamos, entre, entre, amigo mío! ¡Avanti! En nombre de la velocidad, ¿a qué espera?

La puerta se abrió y apareció el criado sosteniendo una bandeja con una botella de vino de saúco y una cajita blanca de cartón. Depositó la botella y la caja sobre la mesa y se retiró. Los modales de este hombre eran un tanto hoscos. Había puesto la botella sobre la mesa con un movimiento tal vez demasiado despreocupado. Había cerrado la puerta con una excesiva brusquedad, tal vez. Pirañavelo se dio cuenta, y cuando vio que el doctor lo miraba, enarcó burlonamente las cejas y se encogió levemente de hombros.

Prunescualo llevó una botella de coñac a la mesa en el centro de la sala, pero antes sirvió una copa de vino de saúco que entregó a Fucsia con una inclinación.

—Bebe, mi querida Fucsia —dijo—, bebe por todas las cosas que amas. Ya sé. Ya sé —añadió con las manos de nuevo entrelazadas bajo el mentón—. Bebe por todo lo que brilla y reluce. Bebe por las Cosas de Colores.

Fucsia respondió al brindis asintiendo sin sonreír, bebió un trago, y miró al doctor muy seria.

—Es bueno —dijo—. Me gusta el vino de saúco. ¿Y tú, Tata, te gusta lo que bebes?

Cuando advirtió que le hablaban, la señora Ganga estuvo a punto de derramar el oporto sobre el brazo del sillón. Asintió vigorosamente con la cabeza.

—Y ahora el coñac —dijo el doctor—. El coñac para el maestro…, maestro…

—Pirañavelo, mi nombre es Pirañavelo, señor.

—Pirañavelo el de los Muchos Problemas —dijo el doctor—. Por cierto, ¿cuáles ha dicho que eran? Mi memoria es tan poco de fiar… Es veleidosa como una zorra. Pregúnteme el nombre del tercero de los vasos sanguíneos laterales que irrigan de este a oeste la punta de mi dedo índice cuando me echo de cara al sol poniente, o el porcentaje de creta que se encuentra en los nudillos de una solterona media de cincuenta y siete años, ¡ja, ja, ja!; aún pídame, mi querido muchacho, que le describa el pulso de las ranas dos minutos antes de que mueran de sarna…, esas cosas no suponen ningún esfuerzo para mi memoria, ¡ja, ja, ja! Pero pídame que me acuerde exactamente de los problemas de los que me ha hablado, hace apenas un minuto, y comprobará cómo me falla la memoria. ¿Por qué será, mi querido Pirañavelo? ¿Por qué será?

—Porque nunca los he mencionado.

—Ahí está la respuesta —dijo Prunescualo—. Sin duda ahí está la respuesta.

—Así lo creo, señor.

—Pero *usted* tiene problemas.

Pirañavelo cogió la copa de coñac que el doctor le había servido.

—Mis problemas son variados. El más inmediato es impresionar a usted con mis talentos. Que sea capaz de hacer un comentario tan heterodoxo es ya un signo de cierta originalidad. Por el momento, no le soy indispensable, señor, porque aún no ha utilizado usted mis servicios; pero si me dejara pasar una semana bajo su techo, podría llegar a serlo. Sería imprescindible. Como verá, me precipito a propósito en mis comentarios. O bien me rechaza usted de plano o bien ya siente deseos de conocerme un poco más. Tengo diecisiete años, señor. ¿Le parece que hablo como un chico de diecisiete años? ¿Actúo como uno de diecisiete? Soy bastante listo como para saber que soy listo. Espero que perdone mi comportamiento indiscreto, señor, porque usted es un caballero de imaginación. Este es pues, señor, mi problema inmediato. Impresionarlo con mi talento, que estoy dispuesto a poner enteramente al servicio de usted. —Pirañavelo levantó la copa—. Por usted, señor, si me permite este atrevimiento.

Todo este rato, el doctor había tenido levantada su copa de coñac, a unos centímetros de los labios, y cuando Pirañavelo calló y tomó un sorbo, Prunescualo se dejó caer en una silla junto a la mesa y depositó allí la copa que no había probado.

—Bien, bien, bien, bien —dijo por último—. ¡Bien, bien, bien, bien, bien! En nombre de toda la intriga del mundo esto es realmente la quintaesencia. ¡En nombre de la insolencia, qué descortesía! ¡Qué enorme desfachatez! ¡Qué extraño frenesí, en verdad! —Y empezó a relinchar, bajo al principio pero al cabo de un rato la risita aumentó en volumen y en *tempo* y a los pocos minutos el doctor era incapaz de dominar la estridente galerna de su propia hilaridad. Que tal cantidad de aire y de ruido consiguiera salir de dos pulmones que en aquel pecho tubular tenían que estar a la fuerza incómodamente comprimidos, es difícil de imaginar. Manteniendo, incluso en la cima de sus paroxismos, una extraordinaria elegancia teatral, el doctor se meció en su silla, sin saber qué hacer durante casi nueve minutos hasta que al fin tomó aliento a través de los dientes con un sonido de chorro de vapor, y por último, aún estremeciéndose, consiguió fijar los ojos en el objeto de su hilaridad.

—¡Qué prodigio, mi querido muchacho! No sabe usted el bien que me ha hecho. Hacía tiempo que mis pulmones necesitaban algo así.

—Entonces, ya he hecho algo por usted —dijo Pirañavelo exhibiendo la inteligente imitación de una

sonrisa.

Había aprovechado el ataque del doctor para inspeccionar la sala y servirse otra copa de coñac. Se había fijado en los *objets d'art*, las alfombras y espejos caros, y la biblioteca de volúmenes encuadernados en cuero. Había servido un poco más de oporto a Tata Ganga, se había aventurado a hacer un guiño a Fucsia —que lo miró con aire ausente—, y había transformado el guiño en una molestia del ojo.

Había examinado las etiquetas de las botellas y el año de cosecha. Había notado que la mesa era de nogal y que el anillo de plata que el doctor lucía en la mano derecha se enroscaba como una serpiente y sostenía en la boca una pepita de oro rojo. Al principio la risa del doctor lo había sorprendido, y hasta cierto punto lo había mortificado, pero pronto volvió a ser la persona fría y calculadora de siempre, con una mente ordenada como un escritorio, con estantes, gavetas y casilleros de referencia; y sabía que tenía que ser agradable a toda costa. Había corrido un riesgo al jugar la carta jactanciosa, y no sabía aún si tendría éxito o si fracasaría; pero esto sabía al menos: que la clave del hombre afortunado era la capacidad de saber arriesgarse. Prunescualo, cuando se recobró y recuperó el dominio de su cuerpo, sorbió el coñac con movimientos que parecían delicados, pero a Pirañavelo le sorprendió la rapidez con que vaciaba la copa.

El alcohol pareció hacerle mucho bien al doctor. Miró fijamente al joven.

—Maestro Pirañavelo, he de admitir que usted me interesa. Oh, sí, no me importa admitirlo, ¡ja, ja, ja! Usted me interesa, o mejor dicho, me tienta de una forma bastante agradable. Pero de ahí a querer tenerlo rondando por mí casa, hay, como el enorme cerebro de usted admitirá enseguida, un buen paso.

—Yo no rondo, señor. Es una de las cosas que jamás hago.

La voz de Fucsia atravesó lentamente la sala.

—Estabas rondando por mi buhardilla —dijo. Y luego, inclinándose hacia delante, miró al doctor con una expresión casi suplicante—. *Trepó* hasta allí —dijo—. Es listo. —Y recostándose en el sillón, añadió—: Estoy cansada…, oh, doctor Prune, vio mi buhardilla secreta que nadie había visto antes que él, y esto me preocupa.

Hubo una pausa.

—Trepó hasta allí —repitió de nuevo.

—Tenía que ir a algún sitio —dijo Pirañavelo—. No sabía que se trataba de su buhardilla. ¿Cómo podía saberlo? Lo siento, señora.

Fucsia no respondió. Prunescualo los había escuchado atentamente.

—¡Ajá! ¡Ajá! Mi querida Fucsia, toma una cucharadita de este polvo —dijo acercándole la cajita blanca de cartón. Le quitó la tapa y echó un poco en la copa, que llenó otra vez con vino de saúco—. No notarás nada en absoluto, mi querida niña. Simplemente toma un sorbo y te sentirás tan fuerte como un tigre de las montañas, ¡ja, ja! Tata Ganga, llévese esta cajita. Cuatro veces al día, mezclado con cualquier bebida que tome. No sabe a nada. Es inocuo y extremadamente eficaz. No lo olvide, buena mujer, ¿no lo olvidará? Nuestra muy querida niña necesita algo y esto es precisamente lo que necesita, ¡ja, ja, ja! ¡Ni más ni menos que esto!

Tata cogió la caja, en la que estaba escrito: *Fucsia. Una cucharada de café cuatro veces al día.*

—Maestro Pirañavelo —prosiguió el doctor—. ¿Es ésa la razón por la que quería verme, desafiarme en mi madriguera y derretirme el corazón como la cera en mi propia alfombra? —Inclinó la cabeza hacia el joven.

—Así es, mi señor —contestó Pirañavelo—. Acompañé a *lady* Fucsia con permiso de ella. Le dije: «Déjeme simplemente ver al doctor y exponerle mi caso, y estoy seguro de que lo impresionaré».

Hubo una pausa. Luego Pirañavelo añadió en tono confidencial:

—En mis momentos de modestia, me veo de investigador científico, señor, y en aquellos aún menos ambiciosos, de farmacéutico.

—¿Qué conocimientos de química tiene usted, si me permite la pregunta? —dijo el doctor.

—Contando con su ayuda inicial mis conocimientos se multiplicarían tan rápidamente como quisiera.

—Un pequeño monstruo de inteligencia —dijo el doctor, bebiendo otro coñac de un trago y poniendo la copa sobre la mesa con un golpe seco—. Un pequeño monstruo diabólicamente inteligente.

—Esto es lo que esperaba que usted comprendiera, doctor. Pero ¿acaso no hay algo de monstruoso en toda la gente ambiciosa? Usted, señor, por ejemplo, perdóneme, pero es un poco monstruoso.

—Pero mi pobre y joven amigo —replicó Prunescualo echando a andar por la habitación—, no hay la más diminuta molécula de ambición en toda mi anatomía, por muy monstruosa que a usted le parezca, ¡ja, ja, ja!

La risa parecía menos espontánea e irresistible que de costumbre.

—Pero la ha habido, señor.

—¿Y qué le hace pensar así?

—Esta habitación. El mobiliario exquisito, esos libros encuadernados en piel, la cristalería, el violín. No hubiera podido coleccionar todo esto sin ambición.

—No es ambición, mi pobre muchacho perplejo —dijo el doctor—, sino la unión de dos cosas por tradición incompatibles, ¡ja, ja, ja!, el buen gusto y una renta hereditaria.

—¿No es el buen gusto un lujo que se cultiva? —dijo Pirañavelo.

—Claro que sí. Claro que sí. Uno tiene predisposición para el buen gusto, y al descubrirlo, ¡ja, ja!…, después de examinarse uno un poco, se convierte en algo que se cultiva, como ha señalado.

—Algo que precisa asidua concentración y diligencia, sin duda —dijo el joven.

—Claro que sí, claro que sí —le contestó el doctor sonriendo, en un tono de voz que se mostraba divertido sólo por mera educación.

—Ciertamente, una diligencia de ese tipo equivale a la ambición. Ambición de perfeccionar el buen gusto. A eso me refiero cuando hablo de «ambición», doctor, y creo que usted la tiene. No me refiero a ambicionar el «éxito», pues ésta es una palabra sin sentido. ¿No se dice que los que tienen éxito se sienten a menudo fracasados totales?

—Usted me interesa —dijo Prunescualo—. Ahora me gustaría hablar a solas con *lady* Fucsia. Me temo que no le hayamos prestado mucha atención. La hemos abandonado. Está sola en un desierto propio. No hay más que verla.

Fucsia estaba recostada en el fondo del sillón, con las piernas dobladas y los ojos cerrados.

—Mientras hablo con ella, tendrá usted la extrema amabilidad de salir de la habitación. Encontrará una silla en el vestíbulo, maestro Pirañavelo. Gracias, mi querido joven. Será un gesto que lo honrará.

Pirañavelo cogió el coñac y desapareció al instante.

Prunescualo miró a la anciana y a la muchacha. Tata Ganga estaba profundamente dormida, con la boquita entreabierta. Fucsia había abierto los ojos cuando la puerta se cerró detrás de Pirañavelo.

El doctor le indicó enseguida que se acercara. Fucsia fue inmediatamente hacia él, con ojos desorbitados.

—He esperado tanto tiempo, doctor Prune. ¿Puedo tener mi piedra ahora?

—Al momento —dijo el doctor—. Al instante. Seguramente no sabrás mucho acerca de la naturaleza de esta piedra, pero la apreciarás más que cualquiera que yo conozca. Fucsia, querida, estabas tan turbada cuando te alejaste de tu padre y de mí, corriendo como un *poney* salvaje, tan turbada con tu crin negra y tus enormes y ávidos ojos… que me dije para mis adentros: «Es para Fucsia», aunque a los *poneys* no les suele interesar este tipo de cosas, ¡ja, ja, ja! Pero a ti sí, ¿verdad que a ti sí?

El doctor extrajo del bolsillo una bolsita de cuero aterciopelado.

—Sácala tú misma. Tira de esta fina cadena.

Fucsia tomó la bolsa que le tendía el doctor y sacó a la luz de la lámpara un rubí como un terrón de cólera.

La piedra ardía en la palma de la mano.

Fucsia no sabía qué hacer. No se le ocurría qué decir. No había nada que decir. El doctor Prunescualo sabía algo de lo que ella sentía. Por fin, apretando el fuego sólido entre los dedos, Fucsia sacudió a Tata Ganga, que despertó con un pequeño chillido. Fucsia se puso de pie, y la arrastró hacia la puerta. Antes de que el doctor la abriera, ella lo miró y entreabrió los labios en una sonrisa de un encanto tan dulce y sombrío, tan sutilmente mezclada con su rareza taciturna, que la mano del doctor se crispó sobre la manija de la puerta. Jamás la había visto como ahora. Siempre la había considerado una muchacha feúcha, por la que se sentía extrañamente atraído. Pero ahora se daba cuenta de que a pesar de aquel lenguaje torpe y aquella ingenuidad casi irritante, había dejado de ser una niña.

En el vestíbulo, pasaron ante la figura de Pirañavelo, cómodamente sentado en el suelo bajo un enorme reloj tallado. Continuaron así en silencio, hasta el momento de separarse del doctor, en que Tata dijo «Gracias» con voz adormilada, e hizo una pequeña reverencia, sujetando a Fucsia de la mano. Los dedos de Fucsia apretaban la piedra sanguínea, y el doctor dijo simplemente:

—Adiós, queridas, tened cuidado, tened cuidado. Felices sueños. Felices sueños —antes de cerrar la puerta.

UN PICO DE ORO

MIENTRAS REGRESABA por el vestíbulo, el doctor iba tan absorto pensando en la nueva imagen de Fucsia, que había olvidado a Pirañavelo y se sobresaltó al oír el sonido de unos pasos detrás de él. Muy poco antes, unas pisadas que descendían por la escalera habían sorprendido al propio Pirañavelo, sentado justo debajo en las sombras atigradas de las barandas.

Se acercó rápidamente al doctor.

—Me temo que aún sigo aquí —dijo, y luego echó un vistazo por encima del hombro, siguiendo la mirada de Prunescualo. Vio entonces a una dama que descendía los tres últimos escalones, una dama cuyo parecido con el doctor Prunescualo parecía evidente, aunque tenía un porte mucho más rígido. También ella era corta de vista, pero como llevaba gafas de color, resultaba imposible saber a quién estaba mirando, excepto por la inclinación general de la cabeza, lo que no era una indicación segura.

La dama se les acercó.

—¿Quién es? ¿Quién es? —preguntó volviendo la cara hacia Pirañavelo.

—Se trata —dijo el doctor— ni más ni menos que del maestro Pirañavelo. Me lo han traído a causa de sus muchas aptitudes. Está empeñado en que me sirva de su cerebro, ¡ja, ja!…, no, como podrías imaginar, como un espécimen flotante en uno de mis tarros de mermelada, ya, ¡ja, ja!, sino en su capacidad funcional como vórtice de una asombrosa materia gris.

—¿Acaba de estar arriba? —dijo la señorita Irma Prunescualo—. He dicho: ¿Acaba de estar arriba?

La dama larguirucha tenía la costumbre de hablar muy deprisa y repetir irritablemente todas las preguntas, sin dar tiempo a que le respondieran. En momentos de buen humor, Prunescualo se había divertido intentando introducir con rapidez una respuesta a las preguntas menos complejas, entre la interrogación inicial y el eco vehemente.

—¿Arriba, querida? —repitió su hermano.

—He dicho «arriba», me parece —dijo Irma Prunescualo en tono seco—. Me parece que he dicho «arriba». ¿Has estado tú, o él, o alguien, arriba hace un cuarto de hora? ¿Habéis subido? ¿Habéis subido?

—¡Ciertamente que no! ¡Ciertamente que no! —respondió el doctor—. Estábamos todos abajo, creo, ¿no es así? —añadió volviéndose hacia Pirañavelo.

—Así es —confirmó Pirañavelo.

Al doctor empezaba a gustarle la forma de responder del joven, tranquila y concisa.

Irma Prunescualo se puso tiesa. El largo y ajustado vestido negro le enfatizaba singularmente las principales formaciones óseas, como la cresta ilíaca, y de hecho toda la pelvis, los omoplatos, y desde ciertos ángulos, y a la luz de la lámpara, las propias costillas. Tenía el cuello largo, rematado por la cabeza de los Prunescualo, envuelta en una masa de cabellos parecida a la del doctor, pajiza y gris, aunque ella la llevaba recogida en un moño sobre la nuca.

—El criado ha salido. *Ha salido* —dijo—. Es su noche libre, ¿no? ¿No?

Parecía hablarle a Pirañavelo y él respondió:

—No estoy al corriente de las disposiciones que ha tomado usted, señora. Pero puesto que él se encontraba en el gabinete del doctor hace unos minutos, imagino que es a él a quien ha oído delante de la puerta.

—¿Quién le ha dicho que he oído algo delante de *mi puerta*? —dijo Irma Prunescualo un poco menos rápido que de costumbre—. ¿Quién?

—¿Acaso no estaba usted en su habitación, señora?

—¿Y qué? ¿Y qué?

—Por lo que usted dice, he deducido que le pareció que alguien andaba por arriba —respondió Pirañavelo oblicuamente—. Y si como dice, usted estaba *dentro* de la habitación, entonces tiene que haber

oído los pasos *fuera* de la habitación. Esto es lo que intentaba aclarar, señora.

—Parece estar demasiado enterado del asunto. ¿No es cierto?, ¿no es cierto?

Se inclinó hacia adelante y sus gafas de apariencia opaca se clavaron inexpresivamente en Pirañavelo.

—No sé nada, señora.

—¿Qué pretendes, mi querida Irma? En nombre de todos los circunloquios, ¿adónde pretendes llegar?

—He oído pasos. Eso es todo. Ruido de pies. —Y luego de una pausa, añadió con renovado énfasis—: De pies.

—Irma, querida hermana —dijo Prunescualo—, tengo que decir dos cosas. En primer lugar, ¿por qué, en nombre de la máxima incomodidad, estamos aquí demorándonos en el vestíbulo, arriesgando la vida en esta corriente de aire que en lo que a mí concierne ya me está subiendo por la pierna derecha del pantalón y me contrae el glúteo mayor? En segundo lugar, ¿qué tienes contra los pies? Yo siempre he pensado que los míos eran singularmente útiles, sobre todo para andar. De hecho, ja, ja, ja, casi se podría afirmar que han sido diseñados precisamente con este propósito.

—Como de costumbre —dijo su hermana—, estás emborrachándote con tu propia frivolidad. Eres inteligente, Alfred. Nunca lo he negado. Pero tu insufrible frivolidad lo echa todo a perder. Te digo que alguien ha estado merodeando arriba y tú *no* haces caso. No había nadie que pudiera merodear. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Yo también oí algo —interrumpió Pirañavelo—. Estaba sentado en el vestíbulo, donde el doctor me había sugerido que esperara mientras decidía cómo emplear mis capacidades, cuando oí un ruido como de pasos en el piso superior. Me deslicé en silencio escaleras arriba, pero como no vi a nadie, volví a bajar.

En realidad, creyendo que la planta de arriba estaba desierta, Pirañavelo había echado una ojeada al piso, hasta que oyó a alguien, Irma seguramente, que se acercaba a la puerta del cuarto, y él entonces se había retirado deslizándose por la barandilla.

—Ya oyes lo que dice —observó la dama, mientras seguía a su hermano con una envarada irritación—. Ya oyes lo que dice.

—Lo oigo muy bien —dijo el doctor—, lo oigo muy bien en verdad. Muy difícil de digerir.

Pirañavelo acercó un sillón para Irma Prunescualo, con tanta destreza y tantas muestras de deferencia que ella se quedó mirándolo y se le aflojó una comisura de la boca.

—Pirañavelo —dijo, levantándose el vestido negro por las caderas mientras se reclinaba un poco en el sillón.

—A su servicio, señora —dijo Pirañavelo—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Por Dios, ¿de qué va vestido? ¿De qué va vestido, muchacho?

—Me produce un gran pesar tener que presentarme ante usted con una vestimenta tan contraria a mi refinada naturaleza, señora. Si tiene la bondad de indicarme dónde puedo conseguir ropa adecuada, trataré de estar presentable desde mañana mismo. Para estar junto a usted, señora, con ese exquisito traje de tinieblas…

—«Traje de tinieblas» es excelente —interrumpió Prunescualo llevándose la mano a la cabeza y extendiendo sobre la frente unos dedos blancos como la nieve—. «Traje de tinieblas». Qué frase, ¡ja, ja! Toda una frase.

—¡Alfred, lo has interrumpido! He dicho: ¡Lo has interrumpido! Mañana mismo ordenaré que le hagan un traje, Pirañavelo. ¿Estará aquí, supongo? ¿Dónde va a dormir? ¿Dónde va a dormir, Alfred? ¿Dónde vive? ¿Dónde vive, Alfred? ¿Qué has dispuesto? Nada, me imagino. ¿Qué cosa has dispuesto? ¿Qué cosa has dispuesto?

—¿Qué tipo de cosa, Irma, querida? ¿A qué tipo de cosa te refieres? Hoy he hecho todo tipo de cosas. He extraído un cálculo del tamaño de una patata. He tocado delicadamente el violín mientras un arco iris brillaba en la ventana del dispensario; me he sumergido tan profundamente en los poetas del dolor que de no haber tomado la precaución de clavarme anzuelos en la ropa nunca hubiera podido emerger, ja, ja, de esos afligidos abismos.

Irma podía predecir exactamente cuándo su hermano se desviaría hacia el soliloquio, y en esos casos había desarrollado la habilidad de no prestarle atención. El ruido de pasos en el piso de arriba parecía olvidado. Observó cómo Pirañavelo le servía una copa de oporto con una galantería y una perfección técnica de movimientos realmente notables.

—Desea empleo, ¿no es así?, ¿no es así? —dijo.

—Mi más ardiente deseo es estar al servicio de usted, señora —dijo Pirañavelo.

—¿Por qué? Dígame, ¿por qué?

—Siempre he intentado equilibrar en mi mente los argumentos intuitivos y los racionales, señora. Pero

con usted me es imposible, ya que el deseo intuitivo de estar a su servicio es tan poderoso que eclipsa mis razones, por muy numerosas que sean. Sólo puedo decirle que desearía encontrarme a mí mismo trabajando bajo el techo de usted. Y ésta —añadió, levantando las comisuras de la boca en una sonrisa burlona— es la razón por la que no puedo darle otras razones.

—Mezclado con ese impulso metafísico, esa búsqueda de sí mismo de la que habla con tal desenvoltura —dijo el doctor—, está sin duda el deseo de aprovechar la primera oportunidad y alejarse de Vulturno y las desagradables tareas que sin duda ha desempeñado. ¿No es cierto?

—Lo es —contestó Pirañavelo.

Esta respuesta directa complació tanto al doctor que se levantó del sillón, y mostrando los dientes, se sirvió otra copa. Lo que le satisfacía especialmente era esa mezcla de astucia y de honestidad que aún no había llegado a reconocer como parte de un estrato todavía más profundo en la inteligencia de Pirañavelo.

Tanto Prunescualo como su hermana estaban encantados de haber conocido a un joven con sesos, por muy retorcidos que los tuviera. Era cierto que en Gormenghast había varias personas cultivadas, pero apenas se relacionaban con ellos en estos días. La condesa era poco conversadora. El conde solía estar demasiado deprimido para interesarse por temas sobre los que hubiera podido discutir largo y tendido con una perspicacia visionaria. Y las hermanas gemelas no eran capaces de mantener ningún tipo de conversación.

Aparte de la servidumbre, había otras muchas personas con las que Prunescualo tenía un contacto casi diario en el curso de sus obligaciones profesionales o sociales, pero el trato frecuente había hecho que ya no le interesara conversar con ellas, y estaba agradablemente sorprendido al comprobar que Pirañavelo, a pesar de su juventud, tenía talento para las palabras y una mente afilada. La señorita Prunescualo trataba con menos gente que el doctor. La referencia de Pirañavelo a propósito de su vestido la había complacido, y se sentía halagada por la forma en que a él le preocupaba la comodidad de ella. Ciertamente, no era más que un pequeño don nadie. Tendría que ocuparse de su vestimenta, por supuesto. En un principio, los ojos juntos y de mirada fija le parecieron un tanto simiescos, pero al cabo de un tiempo encontró excitante la manera en que la miraban. Estaba claro que el joven la consideraba no sólo como una dama, sino también como una mujer.

Aunque más superficial que su hermano, Irma era dueña también de una mente rápida y penetrante, e instintivamente advirtió en el joven una vena de inteligencia similar a la suya, aunque más poderosa. Ya se le había pasado la edad de buscar marido. Suponiendo que algún hombre se hubiera fijado en ella con esta intención, y además hubiera tenido la valentía de abordar el tema, la coincidencia habría sido demasiado inaudita. Irma Prunescualo no había dado nunca con una tal rara avis, y sus admiradores se habían limitado a una aproximación meramente verbal.

Precisamente, Irma había estado muy abatida antes de que los pasos de Pirañavelo delante de la puerta del cuarto la hubieran interrumpido. La mayoría de la gente pasa por períodos de retrospección en los que vuelve una y otra vez a los aspectos menos atractivos de su pasado. Irma Prunescualo no era una excepción, pero hoy había habido una nota desesperada en su abatimiento. Después de ajustarse las gafas sobre el puente de la nariz con gesto irritado, se retorció las manos y se sentó delante del espejo. Ignoró el hecho de que tenía el cuello demasiado largo, la boca delgada y dura, la nariz demasiado afilada, y los ojos muy hundidos, y se concentró en la profusión de áspero pelo gris que le caía en una sola onda desde la frente hasta la nuca, donde se recogía en un gran moño, así como en la calidad de la piel, que era realmente inmaculada. A sus ojos, estas dos cualidades bastaban por sí solas para hacer de ella un objeto digno de admiración. Y sin embargo, ¿qué admiración había recibido hasta ahora? ¿Dónde estaban los que debían admirarla y halagarla por aquella suave e incomparable tez y la espesa onda de la cabellera?

La galantería de Pirañavelo le había quitado por un momento el frío del corazón.

Ahora estaban los tres sentados. El doctor había bebido una dosis bastante superior a la que hubiera prescrito a un paciente. Movía los brazos a un lado y a otro mientras hablaba, y parecía disfrutar contemplando los arabescos que dibujaba con los dedos y que subrayaban en silencio cualquier tema sobre el que estuviera hablando.

También su hermana notaba los efectos de haber sobrepasado el cupo habitual de oporto. Cada vez que Pirañavelo hablaba, asentía con bruscos movimientos de cabeza, como para mostrar un acuerdo total.

—Alfred —dijo—, Alfred, te estoy hablando. ¿Me oyes? He dicho: ¿Me oyes, Alfred?

—Con toda claridad, Irma, mi querida, queridísima hermana. Tu voz me está sonando en el oído medio. De hecho, me suena en ambos oídos. Justo en el medio, o mejor dicho, en ambos oídos medios. ¿Qué sucede, carne de mi carne?

—Lo vestiremos de gris perla —dijo.

—¿Pero a quién, sangre de mi sangre? —exclamó Prunescualo—. ¿A quién vamos a ataviar del color de las palomas?

—¿Quién? ¿Cómo puedes decir «Quién»? A este joven, Alfred, a este joven. Va a ocupar el puesto de Bodoque. Mañana pienso despedir a Bodoque. Siempre ha sido lento y torpe. ¿Estás de acuerdo, Alfred? ¿Estás de acuerdo?

—Estoy más allá de los acuerdos, hueso de mis huesos. Mucho, mucho más allá de los acuerdos. Te cedo las riendas, Irma. Monta y echa a correr. El mundo es todo tuyo.

Pirañavelo advirtió que era el momento propicio.

—Confío en que desempeñaré mis obligaciones satisfactoriamente, señora. Mi recompensa será verla una vez más, o tal vez dos, con este traje oscuro que tan bien le sienta. He advertido una pequeña mancha en el dobladillo. Con su permiso, mañana la quitaré. Señora —dijo, con esa sorprendente simplicidad con la que salpicaba sus comentarios—, ¿dónde puedo dormir?

Irma se puso rígidamente en pie, y afectando una mayor dignidad de la que había sido necesaria en los últimos tiempos, le indicó con un gesto singularmente envarado que la siguiese, y salió por la puerta.

En algún lugar de las bóvedas de su pecho, un pájaro diminuto había empezado a cantar.

—¿Te vas para siempre y un día más? —exclamó el doctor, despatarrado en el sillón como un trozo de cuerda—. ¿Me vas a abandonar para siempre como a un náufrago, ja, ja, ja, para siempre y más que siempre?

—Por esta noche, sí —respondió la voz de Irma—. El señor Pirañavelo vendrá a verte mañana por la mañana.

El doctor bostezó, con un último destello de dientes, y se quedó dormido.

La señorita Prunescualo condujo a Pirañavelo hasta una puerta de la segunda planta. El joven comprobó que la habitación era sencilla, espaciosa y confortable.

—Haré que lo llamen por la mañana, y después le indicaré cuáles son sus obligaciones. ¿Me oye? ¿Me oye?

—Con gran placer, señora.

Irma Prunescualo fue hacia la puerta más tiesa que de costumbre, pues hacía mucho tiempo que no se esforzaba por andar con elegancia. La seda negra del vestido le brillaba a la luz de las velas, le susurraba en las rodillas. Volvió la cabeza desde la puerta, y Pirañavelo la saludó, inclinándose, y se mantuvo así hasta que la puerta se cerró detrás de ella.

Entonces Pirañavelo corrió hacia la ventana y la abrió.

Más allá del patio, la silueta montañosa del castillo de Gormenghast se elevaba oscuramente hacia la noche. El aire fresco le abanicó la frente grande y abombada. El rostro continuaba siendo una máscara, pero en lo más profundo del estómago sonreía satisfecho.

MIENTRAS LA ANCIANA NIÑERA DORMITA

DEJEMOS POR EL MOMENTO a Pirañavelo en casa de los Prunescualo, donde en su relativamente elástica capacidad de hombre-para-todo, asistente médico, ayuda de cámara y conversador, consiguió introducirse firmemente en la estructura doméstica. Amable y cortés, producía día a día un efecto más insidioso, hasta que al fin fue considerado parte del *menage*. Sólo el cocinero lo trataba como un intruso; como viejo sirviente de la casa, no tenía ninguna simpatía por un arribista y se mostraba abiertamente desconfiado.

El doctor comprobó que el muchacho aprendía con gran facilidad, y a las pocas semanas le confió todo el trabajo de la farmacia. En verdad Pirañavelo sentía una gran fascinación por los productos químicos y por las drogas, y a menudo se dedicaba a preparar recetas de su propia invención.

De las comprometedoras y trágicas consecuencias que acarrearía todo esto, aún no es momento de hablar.

Dentro del castillo, continuaban los venerables rituales cotidianos. La excitación que había seguido al nacimiento de Titus, había disminuido bastante. Tal como había anunciado, la condesa hizo caso omiso de las advertencias del consejero médico, y había vuelto a sus idas y venidas. Al principio, por cierto, se sentía muy débil, pero estaba tan irritada por no poder saludar el alba como tenía por costumbre, acompañada de la blanca marea de gatos, que al fin se enfrentó al cansancio de su cuerpo.

Durante los tres amaneceres que siguieron al nacimiento de Titus, había oído a los gatos que la llamaban desde el césped a sesenta pies por debajo de la habitación. Tendida todo a lo largo en la cama, a la luz de las velas, había deseado estar con ellos, y unas gotas de sudor le habían perlado la piel mientras agónicamente trataba de recuperarse.

Si los pájaros no hubieran estado con ella, la frustración le habría hecho más daño que el acto físico de levantarse. La siempre cambiante población de sus emplumados retoños fue el único consuelo que tuvo en esos pocos días que a ella le parecieron meses.

El grajo blanco era el que con más constancia reaparecía en la ventana ahogada de yedra, aun cuando hasta ese momento había sido la visita más inconstante.

La condesa le hablaba a veces hasta una hora, con aquella voz profunda, llamándolo «señor Tiza» o «criatura malvada». A veces acudían todos los compañeros del grajo, y los cantos estremecían la habitación. A veces, cuando tenían ganas de ejercitar las alas en el cielo, desfilaban en tropel uno tras otro hacia la ventana de yedra y una docena de grajos revoloteaban juntos alrededor mientras esperaban en el aire sombrío el turno de escurrirse fuera, cayendo y subiendo, agitando las alas multicolores. Quizás por este motivo, la condesa se encontraba a veces casi sola. En cierta ocasión, sólo la habían acompañado una tarabilla y un viejo mochuelo.

Ahora se sentía ya con fuerzas para caminar y observar cómo los pájaros volaban en círculos por el cielo, o bien para sentarse en el cenador al final del inmenso prado, y con los rayos del sol que le incendiaban el pelo cobrizo y le hacían más pálidos el rostro y el cuello, contemplar las circunvoluciones multiformes y níveas de sus felinos.

La señora Ganga se había dado cuenta de que dependía cada vez más de la ayuda de Keda, por mucho que le disgustara admitirlo. Había una calma en Keda que la anciana no lograba entender. De vez en cuando se esforzaba por impresionar a la joven con amagos de una autoridad que no tenía, y estaba siempre buscándole algún fallo. Era una actitud tan evidente y patética que ni siquiera molestaba a la muchacha de las casas de barro. Sabía que aproximadamente una hora después de que la señora Ganga creyera que ya había puesto los puntos sobre las íes, la niñera acudiría a ella al borde de las lágrimas por cualquier motivo insignificante, y le hundiría la temblorosa cabeza en el costado.

Si bien Keda sentía cariño por Titus, a quien había cuidado y amamantado tiernamente, había empezado a comprender que era hora de volver a las casas de barro. Había dejado a los suyos bruscamente, como

alguien que llamado por la Providencia, de repente abandona todo para emprender una nueva vida. Ahora comprendía que había cometido un error y que sería una falsedad permanecer en el castillo más tiempo del que fuera necesario para el niño. Más que un error, sería un problema de conciencia, pues sólo por una razón muy particular se había aprestado a acompañar enseguida a la señora Ganga.

Día tras día, desde la ventana de la pequeña habitación que le habían asignado junto a la de la señora Ganga, había contemplado la alta muralla del castillo que le ocultaba las viviendas que había conocido desde niña, y donde en el transcurso del último año sus pasiones habían sido tan cruelmente excitadas.

La criatura que había enterrado recientemente era hijo de un viejo escultor de reputación incomparable entre los Moradores. El matrimonio le había sido impuesto por una férrea ley. Los escultores cuyo genio era unánimemente reconocido tenían el privilegio, al sobrepasar los cincuenta años, de elegir esposa entre las doncellas, siendo imposible levantar la menor sombra de protesta contra la elección. Esta costumbre inmemorial había obligado a Keda a desposarse con ese hombre, que a pesar de ser un anciano agrio y grosero, ardía con una vitalidad que desafiaba los años.

Tallaba todos los días, desde la mañana hasta que le faltaba la luz. Miraba las tallas desde todos los ángulos, o se alejaba y se agachaba grotescamente, entornando los ojos a la luz del sol. Enseguida, precipitándose sobre la talla, parecía que iba a golpearla con furia, como una bestia que ataca a una presa paralizada; pero al llegar junto a la figura de madera, deslizaba la manaza sobre la superficie como un enamorado que acaricia los pechos de la mujer amada.

A los tres meses de celebrarse la boda, estando el hombre y Keda a solas en la colina de los esponsales, al sur del Bosque Retorcido, mientras una voz antigua los llamaba desde lejos en la penumbra, con las manos unidas y los pies de ella encima de los suyos, al cabo de esos tres meses el hombre había muerto. De pronto, dejando caer al suelo el cincel y el martillo, se había llevado las manos al corazón, y apartando los labios se había desplomado, vacío de energía, dejando sólo la bolsa vieja y reseca del cuerpo. Keda se encontró sola. No lo había amado, pero lo había admirado, y había admirado también la pasión que lo consumía como artista. De nuevo estaba libre, aunque ese mismo día había notado el movimiento de una nueva vida en las entrañas, y ahora, casi un año más tarde, su primer hijo reposaba junto al padre, sin vida, en la árida tierra.

La terrible y prematura vejez que se abatía tan repentinamente sobre los rostros de los Moradores de Extramuros, no había descendido del todo sobre las facciones de Keda. Pero parecía acecharla tan de cerca que la belleza del rostro se le rebelaba, desafiándola, como un ciervo acorralado que enfrenta a los sabuesos con una postura altiva y un temblor en la cornamenta.

Una belleza febril aparecía en las muchachas de las casas de barro aproximadamente un mes antes de que los estragos a que estaban predestinadas llegaran a atacarlas. Desde la infancia hasta este trágico ínterin de belleza, tenían un encanto curiosamente inocente, una calma cristalina que nada sabía del futuro. Cuando en esa claridad, las oscuras semillas empezaban a germinar y el humo se mezclaba con la llama, entonces, como sucedía ahora con Keda, un esplendor espinoso emanaba de las facciones de las mujeres.

Una cálida tarde, mientras amamantaba a Titus en la habitación de la señora Ganga, Keda se volvió hacia la anciana y anunció tranquilamente:

—A fin de mes regresaré a mi hogar. Titus está fuerte y sano, y ya no me necesita.

Tata, que cabeceaba un poco, pues se pasaba la vida a punto de echarse un sueñecito o acabando de despertar, abrió los ojos cuando las palabras de Keda acabaron de empaparle el cerebro. Se incorporó bruscamente y exclamó con voz asustada:

—¡No! ¡No! No debes irte. ¡No debes! ¡No debes! Oh, Keda, ya sabes qué vieja soy. —Y atravesó la habitación corriendo para agarrarse al brazo de Keda. Enseguida añadió precipitadamente, con aire digno —: Te he dicho muchas veces que no lo llames Titus. Tienes que llamarlo «lord Titus» o «su señoría». — Después, como si ya se hubiera tranquilizado, volvió a desahogar sus penas—. ¡Oh, no puedes irte! ¡No puedes irte!

—Debo irme —dijo Keda—. Tengo mis razones.

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? —gritó Tata a través de las lágrimas que empezaban a correrle bruscamente por la cara alelada—. ¿Por qué debes irte? —Golpeó contra el suelo un pie calzado con una zapatilla diminuta que apenas hizo ruido—. ¡Tienes que responderme! ¡Responde! ¿Por qué me abandonas? —Concluyó, estrujándose las manos—: Se lo diré a la condesa. Se lo diré…

Keda no se inmutó, y pasó a Titus de un hombro al otro, donde el niño dejó de llorar.

—Estará a salvo al cuidado de usted. Y puede buscar a alguien que la ayude cuando él crezca, pues será demasiado para usted.

—Pero no serán como *tú* —chilló Tata Ganga, como si protestara por la competencia de Keda—. Nunca

serán como tú. Me tiranizarán. Bien sabes que algunas tiranizan a las ancianas como yo. ¡Oh, mi débil corazón! ¡Mi pobre y débil corazón! ¿Qué será de mí?

—Vamos —dijo Keda—, no es tan difícil.

—¡Sí que lo es, sí que lo es! —exclamó la señora Ganga, volviendo al tono autoritario—. Es peor, mucho peor. Todo el mundo me abandona, porque soy vieja.

—Tiene que encontrar a alguien en quien pueda confiar. Intentaré ayudarla.

—¿Lo harás? ¿Lo harás? —chilló Tata, llevándose los dedos a la boca y mirando fijamente a Keda entre los bordes enrojecidos de los párpados—. ¿Lo harás de verdad? Me cargan con todo. La madre de Fucsia deja todo en mis manos. Casi no ha visto al pequeño conde, ¿verdad que no?, ¿verdad que no?

—No. Ni una sola vez. Pero él es feliz.

Keda apartó a la criatura, levantándola, y la acostó entre las mantas de la cuna, donde después de unos lloriqueos, Titus se chupó tranquilamente el puño.

De pronto, Tata Ganga volvió a agarrarse del brazo de Keda.

—No me has dicho por qué. No me has dicho por qué —dijo—. Quiero saber por qué te vas. Nunca me cuentas nada. Nunca. No vale la pena, supongo. Crees que yo no importo. ¿Por qué no me cuentas cosas? Oh, mi pobre corazón, supongo que soy demasiado vieja.

—Le contaré por qué tengo que irme —le dijo Keda—. Siéntese y escuche.

Tata se sentó en una silla baja y se apretó las arrugadas manos.

—Cuéntamelo todo —dijo.

Keda nunca pudo explicarse por qué razón había roto el largo silencio que tanto la había acompañado. Al hablar a alguien que apenas podía entenderla, estaba hablándose virtualmente a sí misma. Se había sentido aliviada, descargando el corazón.

Se sentó en la cama de la señora Ganga, cerca de la pared. Muy erguida, con las manos en el regazo, miró durante unos instantes en el hueco de la ventana una luna que había aparecido perezosamente. Luego se volvió hacia la anciana.

—Cuando vine con usted aquella primera noche —dijo serenamente—, yo estaba atormentada. Estaba atormentada y todavía me siento infeliz, a causa del amor. Tenía miedo del futuro; y en mi pasado no había más que tristeza. Y en el presente usted me necesitaba y yo necesitaba un refugio, de modo que vine. —Hizo una pausa—. Dos hombres de las casas de barro estaban enamorados de mí. Me amaban demasiado y con demasiada violencia.

Volvió los ojos a Tata Ganga, pero apenas la vio, y no advirtió que la anciana fruncía los labios arrugados y que tenía la cabeza ladeada como un gorrión. Prosiguió serenamente:

—Mi esposo había muerto. Era un Tallista Brillante, y murió luchando. Yo me sentaba a la sombra alargada de nuestra casa y observaba cómo la cabeza de una dríada encontraba día a día sus contornos escondidos. A mí me parecía que estaba tallando una ninfa de las hojas. No descansaba ni un momento, sino que luchaba, y miraba, y miraba. Miraba fijamente, quitando madera para dar aliento a la dríada. Un atardecer, al notar que mi hijo se movía en mis entrañas, el corazón de mi esposo dejó de latir, y se le cayeron las herramientas. Corrí hacia él, y me arrodillé junto a su cuerpo. El cincel yacía en el polvo. Por encima de nosotros, la dríada inacabada miraba hacia el Bosque Retorcido, con una bellota entre los dientes.

»Lo enterraron, a mi tosco marido, en el inmenso valle arenoso, el valle de las tumbas, donde entierran a los nuestros. Los dos hombres sombríos que me amaban y me aman, transportaron el cuerpo y lo bajaron al hoyo arenoso que habían excavado. Había cien hombres y cien mujeres; pues había sido el más excepcional de los tallistas. Lo cubrieron de arena, y un nuevo túmulo polvoriento se elevó entre los montículos del valle; todo estaba en silencio. Durante el entierro, no me quitaron los ojos de encima, los dos que me aman. Y yo no podía pensar en aquel a quien llorábamos. No podía pensar en la muerte. Sólo en la vida. No podía pensar en la quietud, sólo en el movimiento. No podía comprender el funeral, ni que la vida pudiera concluir. Todo era un sueño. Yo estaba viva, *viva*, y dos hombres me observaban, de pie, al otro lado de la tumba. No les veía más que las sombras, pues no me atrevía a levantar los ojos y demostrar mi alegría. Pero sabía que me observaban, y sabía que yo era joven. Eran hombres fuertes, con caras que la cruel calamidad que sufrimos aún no había tocado. Eran fuertes y jóvenes. No los había visto mientras mi esposo vivía. No obstante, uno me había traído unas flores blancas del Bosque Retorcido, y el otro una piedra oscura de la montaña de Gormenghast, pero yo no había querido verlos, pues conocía la tentación.

»De eso hace mucho tiempo. Ahora todo ha cambiado. Mi hijo está enterrado y mis amantes se odian. Cuando usted vino a buscarme, yo estaba atormentada. Están cada día más celosos, y para evitar que se derramara sangre, decidí venir al castillo. ¡Oh, hace mucho tiempo, con usted, aquella noche terrible!

Se detuvo y se apartó un mechón de cabellos de la frente. No miró a la señora Ganga, quien parpadeó y asintió sabiamente con la cabeza.

—¿Dónde estarán ahora? ¡Cuántas, cuántas veces he soñado con ellos! Cuántas, cuántas veces, con la cara en la almohada, he gritado: «¡Rantel!», a quien vi por primera vez recogiendo raíces, con los cabellos ásperos sobre los ojos…, o «¡Braigon!», que meditaba a solas en la arboleda. Y sin embargo, no los amo con todo mi ser. Hay demasiado silencio dentro de mí. No estoy, como ellos, ahogada en la crueldad del Amor. No puedo hacer otra cosa que mirarlos y tener miedo de ellos y del hambre que tienen en los ojos. La exaltación que me dominó junto a la tumba ha desaparecido. Ahora estoy cansada, cansada de un amor que no tengo. Cansada de los odios que he despertado. Cansada de ser la causa y de no poder hacer nada. Mi belleza pronto me abandonará, pronto, muy pronto, y entonces vendrá la paz. Pero ¡ah!, demasiado pronto.

Keda levantó la mano y se secó las lágrimas lentas que le bajaban por las mejillas.

—Necesito amor —murmuró.

Desconcertada ante su propia elocuencia, Keda se levantó de la cama y se quedó de pie, muy rígida. Luego miró a la niñera. Se había sentido tan sola durante su monólogo, que le pareció natural descubrir que la anciana se había dormido. Se acercó a la ventana. La luz de la tarde se posaba sobre las torres. Un pájaro hizo crujir la yedra debajo de ella. Más abajo aún, una voz gritaba débilmente a alguna figura invisible, y hubo otra vez silencio. Keda respiró profundamente, y se inclinó hacia la luz. Agarrada a los bordes laterales de la ventana, observaba distraída las torres, cuando su mirada se sintió inexorablemente atraída por la alta muralla que ocultaba las casas de su gente, su infancia, y la substancia de su pasión.

EXCORIO TRAE UN MENSAJE

EL OTOÑO RETORNÓ a Gormenghast como un espectro sombrío que vuelve a su antro. El aliento otoñal podía sentirse en los corredores olvidados. Todo Gormenghast se había convertido en otoño, y los moradores de la fortaleza eran sombras del otoño.

El ruinoso castillo, emergiendo entre las brumas, exhalaba la estación, y todas las piedras frías la respiraban. Los árboles atormentados ardían y goteaban junto al lago oscuro, y las hojas arrancadas por el viento eran llevadas en círculos enloquecidos por entre las torres. Las nubes se desmoronaban al enroscarse, o recorrían inquietas el abierto campo de piedra, soltando espirales que flotaban a la deriva entre los torreones y trepaban en enjambres por los muros ocultos.

Desde lo alto de la Torre de los Pedernales los búhos inviolables en las galerías de piedra daban gritos inhumanos, o dejándose caer en las tinieblas ventosas volaban en silencio hacia los terrenos de caza. A Fucsia se la veía cada vez menos en el castillo. Día a día, a medida que el tiempo se hacía más amenazador, más prolongaba esos largos paseos que ahora prefería sobre todas las cosas. Había recapturado la excitación de años antes, cuando se empeñaba en arrastrar a Tata Ganga a unas tortuosas caminatas que a la anciana niñera le parecían tan innecesarias como peligrosas. Pero ahora Fucsia no necesitaba ni quería una compañera.

Volviendo a visitar esas zonas más agrestes de los contornos que casi había olvidado, se sintió a la vez exaltada y sola. Había llegado a necesitar esa mezcla de dulzura y de amargura como antes había necesitado la buhardilla. Observaba con ojos ceñudos el color cambiante de los árboles, y se llenaba los bolsillos con largas hojas doradas y helechos de color fuego, y en verdad con cualquier cosa que encontrase en los bosques y lugares rocosos. Su habitación se llenó de piedras con formas curiosas que le habían llamado la atención, de hongos que recordaban manos o platos, trozos raros de sílex y ramas contorsionadas. La señora Ganga, sabiendo que los reproches serían inútiles, observaba todas las noches, pellizcándose el labio inferior, cómo Fucsia se vaciaba los bolsillos de nuevos tesoros que se amontonaban en el cuarto, por el que ya era difícil moverse.

Pegadas o clavadas a la pared, grandes hojas se habían instalado entre los dibujos y jeroglíficos de Fucsia, y el suelo estaba casi todo cubierto de trofeos.

—¿No tienes ya suficiente, querida? —dijo Tata viendo que Fucsia entraba una noche con un canto rodado cubierto de musgo y lo depositaba encima de la cama. Unas diminutas frondas de helecho y unas florecillas blancas, pequeñas como mosquitos, asomaban en el musgo, aquí y allá.

Fucsia no había oído la pregunta y la anciana se acercó hasta un lado de la cama.

—¿Verdad que ahora ya tienes suficiente, tormento mío? Oh, sí, creo que sí. Ya es suficiente para tu cuarto, querida. ¡Dios mío, qué sucia eres! Oh, mi pobre corazón, qué poco atractiva eres.

Fucsia se echó hacia atrás la melena chorreante, que le colgó como una pesada mata de algas negras sobre el cuello de la capa. Luego hizo desesperados esfuerzos por desabrocharse el botón del cuello y en cuanto se desprendió de la capa, la empujó debajo de la cama con el pie. Entonces pareció que veía a la señora Ganga por vez primera. Inclinándose hacia adelante, la besó varias veces en la frente, y el agua de lluvia goteó sobre las ropas de la niñera.

—¡Oh, qué cosa más inconsciente y desaseada, insoportable criatura! Oh, mi pobre corazón, ¿cómo has podido? —dijo la señora Ganga, perdiendo de pronto la paciencia y golpeando el pie contra el suelo—. ¡Todo sobre mi satén negro, sucia criatura! ¡Oh, mi pobre vestido! Pequeño monstruo mojado, ¿por qué no te puedes quedar dentro cuando hay viento y barro en todas partes? ¡Siempre me maltratas! ¡Siempre! ¡Siempre!

—No es verdad —dijo Fucsia, estrujándose las manos.

La pobre niñera se echó a llorar.

—¿Lo es? ¿Lo es? —dijo Fucsia.

—No sé. No sé nada —dijo Tata—. Todo el mundo me maltrata. ¿Cómo puedo saberlo?

—Entonces me marcho —dijo Fucsia.

Tata tragó saliva y alzó bruscamente la cabeza.

—¿Te marchas? —exclamó con una voz quejumbrosa—. ¡No, no! No debes marcharte. —Luego, con una mirada inquisidora que no lograba esconder el temor de los ojos, añadió—: ¿Adónde? ¿Adónde podrías irte, querida?

—Lejos de aquí. Me iría a otro país, donde la gente no sabría que soy *lady* Fucsia, y se sorprendería cuando yo les dijera que lo soy, y me tratarían mejor, y serían más educados y me rendirían homenaje a veces. Y yo seguiría trayendo a casa hojas y piedras brillantes y hongos del bosque, sin importarme lo que pensaran.

—¿Te alejarías de mí? —dijo Tata con una voz tan melancólica que Fucsia la cogió en sus vigorosos brazos.

—No llores —le dijo—. No sirve de nada.

Tata alzó de nuevo los ojos, y esta vez estaban llenos del amor que sentía por su «niña». Pero a pesar de que la ternura la había debilitado, sintió que no debía ceder y repitió:

—¿Es imprescindible que salgas bajo la lluvia y que sigas desgarrándote la ropa, tormento de mi vida? ¿No eres ya bastante mayor para salir sólo en los días buenos?

—Me gusta el otoño —dijo Fucsia muy lentamente—. Por eso salgo a mirarlo.

—¿No podrías verlo desde tu ventana, mi preciosa? Así podrías mirarlo y estar abrigada al mismo tiempo, aunque en verdad no sé si hay algo que mirar. Pero claro, yo no soy más que una pobre vieja.

—Yo sé lo que quiero, o sea que no te preocupes —dijo Fucsia—. Descubro cosas.

—Eres una testaruda —dijo la señora Ganga un poco malhumorada—, pero yo sé muchas más cosas de lo que tú crees, ¡sí, por supuesto que sí!, y ahora voy a buscarte la merienda. Podrás tomarla junto al fuego, y también traeré a mi niño, que ya tendría que estar despierto. Oh, querida, hay tanto que hacer. ¡Mi pobre corazón! Me pregunto cuánto resistirá.

Los ojos de la señora Ganga, siguiendo a los de Fucsia, dieron con el canto rodado, que iba dejando un creciente cerco de humedad sobre la colcha.

—¡Eres el terror más sucio del mundo! ¿Para qué quieres esta piedra? ¿Para qué, querida? ¿De qué sirve? Nunca me haces caso, nunca. No sientas la cabeza aunque te lo pida. Ahora ya no tengo a nadie que me ayude. Keda se ha marchado y tengo que cargar con todo. —Tata Ganga se secó los ojos con el revés de la mano—. ¡Quítate esas ropas húmedas, o no te daré nada! ¡Y esos zapatos sucios ahora mismo! —Tata Ganga forcejeó un rato con el pomo, abrió la puerta, y se marchó arrastrando los pies por el pasillo, con una mano apretada contra el pecho.

Fucsia se arrancó los zapatos sin desanudar los cordones, sujetando los talones y tirando de los pies. La señora Ganga le había encendido un fuego brillante, y Fucsia se quitó el vestido y se frotó con él el cabello mojado. Luego, envuelta en una abrigada manta, se dejó caer en un sillón bajo junto a la chimenea, y hundiéndose en esta blandura familiar miró con ojos entornados las llamas saltarinas.

Cuando Tata regresó con la bandeja de té, bollos tostados, pan de pasas, mantequilla, huevos y un tarro de miel, encontró a Fucsia dormida.

Dejando la bandeja en la chimenea, fue de puntillas hacia la puerta y desapareció, para volver en menos de un minuto con Titus en brazos. Titus llevaba un vestido blanco que le acentuaba el cálido color de la cara. Había nacido prácticamente calvo, pero ahora, a pesar de que no habían pasado más que dos meses, lucía una mata de cabello tan negra como la de su hermana.

La señora Ganga se sentó con Titus en una silla frente a Fucsia, y miró a la muchacha con aire indeciso, preguntándose si sería mejor despertarla inmediatamente o dejarla dormir y preparar después otra tetera.

—Pero los bollos también se enfriarán —se dijo a sí misma—. ¡Oh, qué pesada es!

El problema quedó resuelto con un repentino y brusco golpe de nudillos en la puerta que hizo que la señora Ganga se sobresaltara violentamente y apretara a Titus contra el hombro, y que Fucsia despertara de su sueño.

—¿Quién es? —chilló Tata—. ¿Quién es?

—Excorio —respondió el criado de lord Sepulcravo.

La puerta se abrió unas pulgadas y un rostro huesudo apareció en lo alto del hueco de la puerta.

—¿Bien? —dijo Tata Ganga sacudiendo bruscamente la cabeza—. ¿Bien? ¿Bien? ¿Qué sucede?

Fucsia se volvió y examinó la estrecha abertura entre la puerta y la pared, hasta descubrir las facciones cadavéricas.

—¿Por qué no entras? —dijo.

—No he sido invitado —respondió monótonamente Excorio, y entró en la habitación; las rodillas le crujían con cada paso que daba. Volvió los ojos rápidamente de Fucsia a la señora Ganga y de la señora Ganga a Titus, los posó unos instantes en la repleta bandeja junto a la chimenea, y luego miró otra vez a Fucsia, envuelta en la manta. Al ver que la muchacha continuaba mirándolo, levantó mecánicamente la mano derecha como un manojo de garras embotadas y empezó a rascarse un chichón prominente en la parte de atrás de la cabeza.

—Mensaje del conde, mi señoría —dijo, volviendo a posar los ojos en la bandeja.

—¿Quiere verme? —preguntó Fucsia.

—Lord Titus —contestó Excorio, devorando con los ojos la tetera, los bollos tostados, el pan de pasas, la mantequilla, los huevos y el tarro de miel.

—¿Está diciendo que quiere ver al pequeño Titus? —chilló la señora Ganga, intentando tocar el suelo con los pies.

Excorio asintió mecánicamente.

—Tiene que reunirse conmigo. Junto a la arcada del patio. Ocho y media —añadió Excorio, restregándose las manos contra la ropa.

—Quiere ver a mi pequeño conde —susurró la anciana niñera a Fucsia, que aunque ya no tenía aversión a su hermano, tampoco compartía la excitada devoción de Tata—. Quiere ver a mi pequeño cielo.

—¿Por qué no? —dijo Excorio. Y volvió al mutismo de siempre, después de añadir—: Nueve en punto. Biblioteca.

—Oh, mi pobre corazón, a esas horas ya tendría que estar en camita —farfulló Tata, apretando a Titus todavía con más fuerza.

—Excorio —dijo Fucsia, que también había estado mirando la bandeja de la merienda—, ¿quieres comer algo?

A manera de respuesta, el escuálido criado se encaminó inmediatamente hacia una silla que había localizado con el rabillo del ojo, la puso entre las dos mujeres, y se sentó. Luego extrajo un reloj deslustrado, le lanzó una mirada ceñuda, como si se tratara de un enemigo mortal, y volvió a guardarlo en un secreto escondrijo del grasiento traje negro.

Tata consiguió al fin bajarse de la silla, puso a Titus sobre un cojín delante del fuego, y empezó a servir el té. Encontró otra taza para Excorio, y durante un rato, los tres permanecieron sentados en silencio, comiendo o bebiendo, y alargando la mano hasta la bandeja para coger lo que precisaran, pero sin preocuparse por mirar a los demás. Las llamas bailaban en la habitación, y el calor era bien recibido, ya que en el exterior o en los pasillos, las húmedas y frías corrientes de aire otoñales calaban la carne hasta los huesos.

Excorio volvió a sacar el reloj, se secó la boca con el revés de la mano, se puso de pie, y volcó un plato que estaba junto a la silla; el plato cayó al suelo y se rompió. El ruido sobresaltó a Excorio, y con mano temblorosa se aferró al respaldo de la silla. Titus torció la cara al oír el ruido, como si fuera a llorar, pero cambió de parecer.

Fucsia se sorprendió al descubrir una señal tan obvia de agitación en Excorio, a quien conocía desde la infancia y en quien nunca había observado muestras de nerviosismo.

—¿Por qué tiemblas? —dijo—. Antes nunca temblabas.

Excorio recobró la calma, se volvió a sentar bruscamente, y mostró a Fucsia una cara inexpresiva.

—Es la noche —dijo en tono neutro—. No duermo, *lady* Fucsia. —Y estalló en una carcajada desanimada y lúgubre, como un cuchillo que rechinara sobre algo herrumbrado.

Enseguida estaba otra vez de pie, junto a la puerta. La abrió muy despacio y después de escudriñar el pasillo, desapareció centímetro a centímetro, cerrando la puerta con un golpe seco.

—A las nueve en punto —dijo Tata con una voz trémula—. ¿Por qué querrá tu padre ver a mi pequeño conde a las nueve en punto? Oh, mi pobre corazón, ¿para qué querrá verlo?

Pero Fucsia, agotada tras la larga jornada en los bosques chorreantes, estaba otra vez profundamente dormida, y las llamas rojas le bailaban aquí y allá sobre el rostro recostado.

LA BIBLIOTECA

LA BIBLIOTECA de Gormenghast estaba situada en el ala este del castillo, que sobresalía de la masa gris de los edificios centrales como una estrecha y desproporcionada península. A medio camino de esta alargada ala este, la Torre de los Pedernales se alzaba en una encumbrada y escarpada soberanía sobre todas las otras torres de Gormenghast.

En otros tiempos, esta torre marcaba los límites del ala este del castillo, pero las sucesivas generaciones la habían ido prolongando. En el lado exterior, los añadidos eran ahora parte de la tradición y habían creado un precedente para el Experimento; muchos de los antepasados de lord Groan habían dado rienda suelta a algún capricho arquitectónico, y habían incorporado los anexos más incongruentes. Algunos de estos añadidos ni siquiera prolongaban el cuerpo principal del edificio hacia el este, y los edificios se curvaban o se doblaban en ángulos rectos antes de reemprender el curso original de la piedra.

La mayoría de estas construcciones tenían ese aspecto de albañilería opresiva y tosca que caracterizaba el volumen principal de Gormenghast, si bien diferían considerablemente en cualquier otro aspecto; una de ellas estaba rematada por una enorme cabeza de león tallada en piedra, y que sostenía entre las fauces el cadáver fláccido de un hombre en cuyo cuerpo estaban cinceladas las palabras: Era un *enemigo de Groan*.

Al lado de esta estructura había una área rectangular repleta de columnas, colocadas tan cerca unas de otras que era difícil pasar entre ellas. Por encima, a unos cuarenta pies de altura, había un tejado perfectamente plano de losas cubiertas de yedra. Esta estructura no podía haber tenido nunca un propósito práctico ya que el espeso bosque de columnas hubiera servido sólo como excelente escenario para un fantástico juego de escondite.

Había muchos ejemplos de nociones excéntricas traducidas en arquitectura en la espina de edificios que se extendía hacia el este sobre el ondulado terreno, entre los espesos muros de coníferas; pero casi todos los edificios habían sido construidos con un propósito determinado, ya fuera como pabellón para fiestas y espectáculos, observatorio, o museo. Algunos, con una sala y galerías en tres de sus lados, habían sido destinados a conciertos y bailes. Uno sin duda había servido de pajarera, pues aunque ya en ruinas, conservaba aún en la sala central las ramas que habían colgado hacía mucho tiempo, suspendidas de herrumbrosas cadenas, y en el suelo había restos de tacitas, en las que habían bebido los pájaros; unas redes de alambre, rojas de orín, se mezclaban con las malas hierbas que crecían en el suelo.

A excepción de la biblioteca, el ala este, desde la Torre de los Pedernales, era una procesión de reliquias ruinosas y olvidadas, un Gólgota de albañilería que desfilaba en silencio por una avenida de lúgubres pinos cuyas agujas ocultaban el cielo.

La biblioteca se alzaba entre un edificio de cúpula gris y otro cuya fachada había estado enyesada tiempo atrás. La mayor parte del yeso se había caído, pero habían quedado unos trozos en la superficie, adheridos a las piedras. Por los descoloridos tonos de esos fragmentos se adivinaba que un fresco había adornado otrora toda la fachada del edificio. Ninguna puerta, ninguna ventana rompía la superficie de piedra. En uno de los pedazos de yeso de mayor tamaño, que después de haber arrostrado centenares de tormentas todavía estaba sujeto a la piedra, era posible distinguir la parte inferior de una cara, pero no había ninguna otra cosa reconocible entre los fragmentos.

La biblioteca, aunque más baja que los edificios contiguos, era en cambio mucho más larga. El sendero que discurría a lo largo del ala este, ya internándose en el bosque o ya a unos pocos pies de las calidoscópicas paredes sombreadas por los árboles perennes, acababa de pronto en una curva que llevaba a la puerta esculpida. Aquí desaparecía entre las ortigas de los tres anchos escalones que descendían hacia la menos impresionante de las dos entradas, pero que era sin embargo la que lord Sepulcravo utilizaba siempre para penetrar en el reino de la biblioteca. No le era posible visitar la biblioteca tan a menudo como deseaba, ya que el arduo deber de atender los compromisos que el inacabable ceremonial exigía, le robaba

muchas horas cada día de su único placer: los libros.

A pesar de sus obligaciones, lord Sepulcravo solía acudir a este refugio cada anochecer, por muy tarde que fuera, y allí permanecía hasta el alba del día siguiente.

La noche en que mandó a Excorio en busca de Titus, lord Sepulcravo se encontró libre a las siete de la tarde, y sentándose en un rincón de la biblioteca, se hundió en una profunda ensoñación.

La sala estaba alumbrada por un candelabro cuya luz, incapaz de alcanzar las extremidades de la sala, sólo iluminaba los lomos de los volúmenes en las estanterías centrales de las largas paredes. Una galería de piedra rodeaba la biblioteca a unos quince pies del suelo; los libros que cubrían las paredes de la sala principal quince pies más abajo se unían a los de los altos estantes de la galería.

En medio de la sala, justo debajo de la luz, había una mesa alargada. Había sido tallada de un solo bloque de negrísimo mármol, y la pulimentada superficie reflejaba tres de los volúmenes más preciados de la colección de lord Sepulcravo.

Sobre las rodillas, que mantenía juntas, reposaba un libro de los ensayos de su abuelo, pero aún no lo había abierto. Los brazos le colgaban inertes a ambos lados, y tenía la cabeza apoyada en el terciopelo del respaldo de la silla. Vestía el traje gris que acostumbraba llevar en la biblioteca. Las delicadas manos le asomaban en las mangas amplias con la transparencia umbrosa del alabastro. Había permanecido así por espacio de una hora; la más profunda melancolía se manifestaba en todas las líneas de su cuerpo.

Parecía como si la biblioteca se extendiese alrededor, como si el conde fuera un núcleo. El abatimiento de Sepulcravo infestaba el aire e irradiaba el mal en todas direcciones. Todos los objetos de la gran sala absorbían esta melancolía. Las galerías en sombra meditaban con una lenta angustia; prolongándose hasta perderse en los oscuros rincones, hilera sobre hilera, cada libro parecía emitir su propia nota trágica en una monumental fuga de volúmenes.

En la actualidad no veía a la condesa más que en esas ocasiones en que el ritual de Gormenghast lo dictaba. Nunca habían encontrado en la compañía del otro alguna simpatía mental o física, y el matrimonio, aunque necesario desde el punto de vista sucesorio, nunca había sido feliz. A pesar de su intelecto, que como él sabía era muy superior al de ella, sentía y temía la pesada y enérgica vitalidad de su esposa, no tanto una vitalidad física como una pasión ciega por ciertos aspectos de la vida que para él no tenían ningún interés. Había sido un amor desapasionado, y si no fuera por la imperativa necesidad de un heredero varón para la casa Groan, hubieran renunciado alegremente a la turbadora aunque fértil unión. Durante el embarazo, la había visto sólo a largos intervalos. El insatisfactorio matrimonio había sin duda acrecentado su depresión innata, pero comparado con el lúgubre bosque de su inherente melancolía, no era más que un árbol de una región foránea que había sido trasplantado y absorbido.

No era este distanciamiento lo que entristecía al conde, nada tangible en verdad, sino una pena innata y constante.

Eran pocas las gentes con las que pudiera comunicarse al nivel de su propio pensamiento, y de éstas, sólo una le daba alguna satisfacción: el Poeta. Visitaba ocasionalmente a este hombre larguirucho de cabeza de cuña, y encontraba un interés momentáneo en el lenguaje abstracto con que se comunicaban sus vertiginosos entramados de conjeturas. Pero había en el Poeta un toque idealista, un cierto entusiasmo que irritaba a lord Sepulcravo, por lo que no se encontraban muy a menudo.

Las muchas obligaciones, que para otros hubieran sido fastidiosas y parecido fatuas, eran un alivio para su señoría y en parte lo ayudaban a olvidarse de sí mismo. Se sabía víctima incurable de una melancolía crónica, y de haber tenido que pasarse los días a solas, hubiera necesitado constantemente esas drogas que incluso ahora estaban ya minándole la salud.

Esta noche, sentado en silencio en la silla de respaldo de terciopelo, la mente se le había vuelto hacia varios temas, como un negro bajel que a pesar de navegar por muchas aguas tiene siempre debajo una imagen fúnebre reflejada entre las olas. Filósofos, y la poesía de la Muerte, el por qué de las estrellas y la naturaleza de esos sueños que lo perseguían cuando en las horas clorales antes del alba, el láudano edificaba para él un mundo de color de sebo de una lívida belleza.

Había meditado largamente y se aprestaba a coger una vela que tenía junto a él en una mesita e ir en busca de un libro más acorde con su humor que los ensayos que tenía sobre las rodillas, cuando sintió la presencia audaz y firme de otro pensamiento que ya había estado templando las ensoñaciones anteriores. Había empezado a hacerse notar como algo que nublaba y perturbaba la claridad de sus reflexiones en tomo al propósito y significado de la tradición y el linaje, y ahora que el pensamiento se había despojado de toda su carga erudita, el conde lo veía avanzar por su cerebro, tan desnudo como la primera vez que había visto a su hijo Titus.

La depresión no se le pasó; simplemente se desplazó a un lado. Lord Sepulcravo se puso de pie, y

moviéndose en silencio devolvió el libro a una estantería de ensayos. También en silencio volvió a la mesa.

—¿Dónde estás? —dijo.

Excorio salió inmediatamente de la oscuridad de uno de los rincones.

—¿Qué hora es?

Excorio sacó su pesado reloj.

—Las ocho, su señoría.

Lord Sepulcravo, con la cabeza colgando sobre el pecho, se paseó durante unos minutos de un lado a otro de la biblioteca. Excorio lo observó un rato; al fin el amo se detuvo delante del criado.

—Deseo ver a mi hijo. Dile a la niñera que lo traiga a las nueve. Tú los conducirás a través del bosque. Ya puedes marcharte.

Excorio dio media vuelta, y acompañado por el crujido de sus rodillas desapareció en las sombras. Al llegar al extremo de la sala, apartó las cortinas que ocultaban la pesada puerta de roble, corrió el pestillo, y subió por los tres escalones hacia el aire nocturno. Por encima de su cabeza, las enormes ramas de los pinos se frotaban rechinando unas contra otras. El cielo estaba cubierto, y si no hubiera pasado por allí de noche miles de veces, sin duda se habría perdido en la oscuridad. Adivinaba a la derecha la espina del ala oeste, aunque no la veía. Continuó caminando y diciéndose mentalmente:

—¿Por qué ahora? Tuvo todo el verano para ver a su hijo. Pensé que lo había olvidado. Tendría que haberlo visto hace mucho. ¿A qué viene todo esto? El heredero de Gormenghast atravesando bosques en una noche fría. Equivocado. Peligroso. Un posible resfrío. Pero su señoría sabrá lo que hace. Él sabrá. Yo no soy más que el criado. Su criado personal. Nadie más lo es. Me eligió, a MÍ, a Excorio, porque confía en mí. Tiene buenas razones, ¡ja, ja, ja! ¿Por qué?, se preguntan todos. ¡Ja, ja, ja! Silencioso como una tumba. Ésa es la razón.

A medida que se aproximaba a la Torre de los Pedernales había menos árboles y unas pocas estrellas aparecieron en el cielo negro. Para cuando llegó al cuerpo del castillo, las nubes nocturnas no ocultaban más que la mitad del cielo, y alcanzó a distinguir unas formas borrosas en la oscuridad. De pronto se detuvo, con el corazón golpeándole las costillas, y alzó los hombros hasta las orejas; pero pronto comprendió que el vago y obeso bulto de oscuridad a unos pocos pies de distancia era un arbusto de boj recortado y no la figura maligna que lo observaba últimamente.

Siguió andando y por fin llegó a una puerta, debajo de una arcada. Algo, que ni él mismo podía explicarse, hizo que no la abriera enseguida y subiera las escaleras yendo en busca de Tata Ganga. Que hubiera visto a través de la arcada y la oscuridad del patio de la servidumbre una luz tenue en un edificio de las cocinas, no era ninguna rareza. Por lo general siempre había alguna luz en las dependencias de las cocinas, a pesar de que a estas horas de la noche casi todo el personal se había retirado a los dormitorios subterráneos. Un aprendiz, al que se hubiera impuesto una tarea extraordinaria después de su jornada laboral, podía estar fregando el suelo, o unos pocos cocineros podrían haberse quedado allí preparando algún plato especial para la mañana siguiente.

Esta noche, sin embargo, la tenue luz verdosa de un ventanuco le llamó la atención, y antes de darse cuenta de hasta qué punto esto lo intrigaba, comprobó que los pies se le habían adelantado al pensamiento y lo llevaban a través del patio.

De camino se detuvo dos veces para decirse a sí mismo que estaba embarcándose en una excursión inútil, especialmente en una noche tan fría como ésa, pero aun así siguió adelante, guiado por una inquietud ilógica e inquisitiva en la que no cabía el buen juicio.

No conseguía adivinar de qué habitación procedía ese cuadrado de luz verdosa. Había algo enfermizo en el color. En el patio no había nadie; no se oían más pisadas que las suyas. La ventana era demasiado alta, incluso para él, y era imposible mirar dentro; aunque podía alcanzarla fácilmente con las manos. Una vez más se preguntó a sí mismo:

—¿Qué estás haciendo? Pierdes el tiempo. Lord Sepulcravo te ha dicho que le lleves a Tata Ganga y la criatura. ¿Por qué estás aquí? ¿Qué haces?

Pero el cuerpo enjuto se le había anticipado otra vez, y se encontró haciendo rodar un tonel vacío que estaba arrimado a la pared del claustro.

No era fácil en la oscuridad mantener en equilibrio el barril inclinado y hacerlo rodar de canto hasta el cuadrado de luz, pero al fin consiguió con muy poco ruido ponerlo justo debajo de la ventana.

Incorporándose, alzó la cabeza hacia la luz que emanaba como un flujo de gas y flotaba alrededor de la ventana en la bruma de la noche de otoño.

Con el pie derecho ya sobre el barril, advirtió que si se alzaba hasta el centro de la ventana, expondría la cara a la luz del cuarto. Por qué, no lo sabía, pero la curiosidad que había sentido bajo la arcada era ahora

tan fuerte que después de bajar del barril y empujarlo a la derecha del ventanuco, volvió a subirse encima con una prisa que lo sorprendió. Extendió los brazos a ambos lados contra la invisible pared, y a medida que movía gradualmente la cabeza hacia la izquierda, un sudor le corrió por los dedos, separados como las varillas de un abanico de hueso. A través del cristal veía ya —a pesar de las viejas y polvorientas telarañas, suspendidas como hamacas llenas de moscas— las lisas paredes de piedra del interior del cuarto; pero tuvo que mover la cabeza un poco más hacia la luz, para tener una buena perspectiva del suelo.

La luz que se filtraba por la ventana como una borrosa calina, sacaba fuera, como de una tela oscura, las principales formaciones óseas de la cabeza de Excorio, dejando las cuencas de los ojos, el cabello, el área entre la nariz y el labio inferior, y todo lo que se extendía por debajo de la barbilla, como partes auténticas de la noche. Era una máscara suspendida en la oscuridad.

Excorio la levantó pulgada a pulgada, hasta que por fin vio lo que por una especie de presentimiento profético había sabido que estaba destinado a ver. Una intensificación de ese horrible verde que había observado desde el otro lado del patio llenaba el aire de la habitación. La lámpara, colgada de una cadena del centro del techo, estaba metida dentro de un globo de cristal verde lima. La luz fantasmal envolvía todas las cosas en una aureola teatral.

Pero Excorio no tenía ojos para los pocos objetos desperdigados en este nebuloso escenario de pesadilla. No veía otra cosa que una enorme, siniestra y nauseabunda *presencia* que hizo que se tambaleara en el barril y apartara la cabeza para refrescarse la frente contra la piedra fría de la pared.

A LA LUZ VERDE LIMA

A PESAR DE LAS NÁUSEAS, Excorio no podía dejar de preguntarse qué era lo que Abiatha Vulturno estaría haciendo. Apartó la cabeza de la pared y la desplazó poco a poco hacia la posición anterior.

Esta vez se sorprendió al ver que la habitación parecía vacía, pero sobresaltado por la aterradora proximidad, descubrió que el chef estaba sentado en un banco adosado al muro justo debajo de él. No era fácil distinguirlo claramente a través de la suciedad y las telarañas de la ventana, pero la gran cúpula lívida de la cabeza, envuelta en la blancura matizada de verde de las ropas hinchadas, le parecieron, cuando las vio, casi al alcance de la mano. Esta proximidad le inyectó en los huesos una sensación de horror exquisito. Observó fascinado la pulposa calvicie del cráneo del chef, y mientras miraba, una porción de la pálida felpa se contrajo en un espasmo, desalojando una mosca de octubre. Nada más se movía. Excorio apartó los ojos un instante y vio una piedra de amolar apoyada contra la pared de enfrente, junto a un taburete de madera. A la derecha había dos cajas, separadas por unos cuatro pies una de otra. A ambos lados de estas cajas de madera, dos líneas de tiza más o menos paralelas corrían lateralmente a lo largo de la habitación debajo de Excorio. Cerca de la pared de la izquierda, torcían a la derecha, manteniendo la misma distancia entre ellas, pero en esta nueva dirección no podían proseguir más que unos pocos pies antes de tropezar con la pared. En este punto había algo escrito a tiza entre las líneas, y una flecha apuntaba a la pared. Era difícil descifrar la escritura, pero al fin Excorio consiguió leer: *Hacia los Novenos Escalones*. La lectura de la inscripción fue como una sacudida eléctrica para Excorio, pues los Novenos Escalones eran los que conducían al dormitorio de lord Sepulcravo desde el piso inferior. Volvió los ojos rápidamente al tosco globo craneano que tenía debajo, pero no advirtió ningún movimiento, exceptuando quizá el ligero temblor de la respiración del chef.

Excorio volvió a mirar a la derecha y comprendió que las dos cajas representaban o bien una puerta o bien alguna especie de entrada de la que salía ese pasillo de tiza antes de doblar a la derecha hacia los Novenos Escalones. Pero ahora se fijó en un saco alargado que en un principio no le había llamado la atención. Parecía que lo hubiesen doblado para ponerlo entre las dos cajas, aunque un poco más adelante. Mientras lo examinaba, algo lo aterrorizó, algo sin nombre que aún no llegaba a entender del todo, pero que lo hacía retroceder.

Un movimiento debajo de él le arrancó los ojos del saco y una forma enorme se alzó, cruzó la habitación, y la blancura de las ropas envolventes se tiñó con el verde lima de la lámpara. La forma se sentó junto a la piedra de amolar. Tenía en la mano algo que parecía un arma pequeña, comparada con las proporciones de la mole, pero que era en realidad un machete de doble mango.

Los pies de Vulturno se movieron sobre los pedales de la muela, que empezó a girar. El chef le echó encima tres o cuatro rápidos escupitajos, y con un hábil movimiento deslizó sobre la piedra rechinante la hoja del machete, afilado ya como una navaja. Doblado sobre la muela, miraba de cerca la hoja temblorosa, llevándosela de vez en cuando al oído, como para escuchar la fina y cantarina nota que quizá escapase del indecible filo del acero.

Luego volvía a doblarse y seguía amolando la hoja durante varios minutos antes de escuchar una vez más el filo invisible. Excorio empezaba a perder contacto con la realidad de lo que veía y el cerebro le flotaba en alguna ensoñación cuando de pronto vio que el chef se incorporaba y se encaminaba hacia la pared donde concluía el camino de tiza y la flecha apuntaba a los Novenos Escalones. Tras quitarse los zapatos, alzó la cabeza por primera vez, de modo que Excorio pudo ver la expresión que le rezumaba en la cara.

Tenía una mirada metálica y asesina, mientras que la boca le colgaba abierta en una sonrisa amplia y fatua.

Siguió entonces lo que a Excorio le pareció una danza extraordinaria, un grotesco ritual de piernas, y pasó un buen rato antes de entender, mientras el cocinero se adelantaba con pasos lentos y estudiados entre

las líneas de tiza, que estaba practicando cómo andar de puntillas sin hacer ningún ruido.

—¿A qué estará jugando? —se preguntó Excorio, observando a Vulturno, que avanzaba paso a paso con el machete centelleando en la mano derecha y un aire de dolorosa concentración. Excorio echó otra ojeada a la flecha de tiza—. Ha subido la Novena Escalera. Ha girado a la izquierda por el gastado pasillo. No hay ninguna habitación a la derecha o a la izquierda de ese pasillo, estoy seguro. *Se acerca a la Habitación*. —En las tinieblas, Excorio se puso lívido como la muerte.

Las dos cajas sólo podían representar una cosa: las jambas de la puerta del dormitorio de lord Sepulcravo. Y el saco…

Vio cómo el chef se acercaba a la imagen de él mismo, dormida ante la puerta del conde, y enroscada como siempre. Para entonces, la lentitud con que Vulturno se aproximaba era inacabablemente lenta. Los pies de gruesas plantas bajaban pulgada a pulgada, y cada vez que tocaban el suelo la figura inclinaba a un costado la cabeza de sebo, y con los ojos en blanco escuchaba el ruido de su propia pisada. Cuando estuvo a tres pies del saco, alzó el machete con ambas manos, y espatarrando las piernas para conseguir un mejor equilibrio, adelantó los pies, uno tras otro, en pequeños, silenciosos desplazamientos. Ya había determinado la distancia que lo separaba del dormido y odiado emblema. Excorio cerró los ojos al ver que el machete se alzaba en el aire por encima del hombro abombado y el acero centelleaba a la luz verde.

Cuando volvió a abrir los ojos, ya no vio a Abiatha Vulturno junto al saco, que parecía estar exactamente en el sitio de antes. Vulturno había vuelto a la flecha de tiza y avanzaba de nuevo sigilosamente. El horror que había invadido a Excorio se agravó aún más en el momento en que se le ocurrió una pregunta. ¿Cómo sabía Vulturno que él dormía con el mentón en las rodillas? ¿Cómo sabía Vulturno que dormía siempre con la cabeza vuelta hacia el este? ¿Lo había estado espiando mientras dormía? Excorio apretó la cara contra la ventana por última vez. La espantosa repetición de aquel movimiento asesino, Vulturno acercándose de puntillas hacia el saco, golpeó de tal modo los centros nerviosos de Excorio que las rodillas le flaquearon, cayó en cuclillas sobre el barril y se pasó el dorso de la mano por la frente. De pronto no tenía más que una idea: escapar. Escapar de una zona del castillo que albergaba a tan diabólica criatura; escapar de esa ventana de luz verde; saltando a toda prisa del barril, avanzó a traspiés por las brumosas tinieblas, y sin volver otra vez la cabeza hacia la escena del horror se encaminó hacia la arcada donde tan portentosamente había cambiado de rumbo.

En cuanto penetró en el edificio, fue directamente a la escalera principal y con gigantescas zancadas subió como una mantis religiosa hasta el cuarto de la señora Ganga. Pero como Tata Ganga vivía en el ala oeste, había que dar numerosos rodeos por salas y pasillos.

Tata Ganga no estaba allí, y Excorio fue directamente a la habitación de *lady* Fucsia, donde, como había imaginado, encontró a la anciana sentada junto al fuego, con poca de la deferencia que hubiera debido mostrar a la hija del conde. Fue el golpe de nudillos de Excorio lo que despertó a Fucsia y sobresaltó a la anciana. Antes de llamar, había permanecido varios minutos detrás de la puerta, tratando de recuperar la compostura. Se vio a sí mismo golpeando con la cadena la cara de Vulturno, en la Sala Fresca, hacía mucho tiempo, le parecía ahora. Se puso a sudar otra vez y se secó las manos en los costados antes de entrar. Tenía la garganta reseca, y había visto la bandeja aun antes que a *lady* Fucsia y a la señora Ganga. Era lo que necesitaba. Algo para beber. Dejó la habitación con paso más firme, y se marchó diciendo que esperaría a la señora Ganga y a Titus bajo la arcada y los acompañaría a la biblioteca.

REAPARICIÓN DE LAS MELLIZAS

EN EL MISMO MOMENTO en que Excorio salía del dormitorio de Fucsia, Pirañavelo apartaba su silla de la mesa de los Prunescualo, donde acababa de saborear, en compañía del doctor y de su hermana Irma, un tiernísimo pollo, una ensalada y una jarra de vino tinto; y ahora, con el café que los esperaba en una mesita junto al fuego, los tres se disponían a instalarse en un lugar más cálido y permanente. Pirañavelo fue el primero en levantarse; se deslizó alrededor de la mesa, y llegó justo a tiempo para retirar la silla de la señorita Prunescualo y ayudar a que se incorporara. Ella era perfectamente capaz de cuidar de sí misma; en realidad lo había hecho durante años, pero se apoyó en el brazo del muchacho mientras asumía lentamente la posición vertical.

Iba envuelta hasta los tobillos en encajes de color castaño. Que los vestidos se le pegaran al cuerpo como otra capa de piel, era para ella importante, a pesar de que más que a cualquier otra persona le hubiera convenido ocultar los angulares afloramientos óseos con que la naturaleza la había dotado, y que en la mayoría de las mujeres se disimulan bajo una considerable capa de grasa.

Llevaba el pelo echado hacia atrás, con una atención a la simetría mayor aún que en la noche en que Pirañavelo la había conocido, sin que un solo bramante gris se le escapara del moño adosado a la nuca, duro como una piedra.

El doctor mismo había notado que Irma dedicaba cada vez más tiempo a la *toilette*, que por otra parte había sido en todo momento una de sus ocupaciones más absorbentes; la paradoja fascinaba al doctor, ya que su hermana, incluso a sus ojos fraternales, estaba cruelmente equipada con las facciones de la familia. Cuando Irma acercó su sillón al lado izquierdo de la chimenea, Pirañavelo le soltó el codo, y empujando el sillón del doctor con el pie mientras Prunescualo cerraba las persianas, acercó el sofá hasta una posición más favorable delante del fuego.

—No se tocan. He dicho que no se tocan —exclamó Irma Prunescualo mientras servía el café.

Que pudiera ver algo, y sobre todo que pudiera ver si se tocaban o no, con aquellas gafas oscuras, era un misterio. El doctor Prunescualo, que iba ya hacia su sillón, en cuyo brazo acolchado humeaba la taza de café, se detuvo y juntó las manos bajo la barbilla.

—¿A qué estás aludiendo, querida mía? ¿Hablas del encuentro de dos espíritus? ¡Ja, ja, ja! ¿Almas gemelas que intentan fundirse una en otra? ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¿O tal vez te refieres a asuntos más terrenales? Infórmame, amor mío.

—Tonterías —dijo ella—. Mira las cortinas. He dicho: Mira las cortinas.

El doctor Prunescualo dio media vuelta.

—A mí —dijo— no me parecen otra cosa que cortinas. De hecho, son cortinas. Las dos. Una cortina a la izquierda, amor mío, y una cortina a la derecha. ¡Ja, ja! ¡Estoy absolutamente seguro!

Irma, esperando que Pirañavelo estuviera observándola, dejó su taza de café.

—¿Qué pasa *en medio*? He dicho: ¿qué pasa justo *en medio*? —Sintió un calor en la nariz afilada, como un presentimiento de victoria.

—Hay una languidez de añoranza entre ellas. Una fisura de noche impalpable las separa. Irma, mi querida hermana, hay una *lacuna*.

—Pues destrúyela —dijo Irma, hundiéndose en el sillón. Echó una mirada a Pirañavelo, pero se sintió decepcionada: parecía que el muchacho no había escuchado la conversación. Estaba cómodamente recostado en una esquina del sofá, las piernas cruzadas, con la taza entre las manos, como para sentir el calor del café, y la mirada clavada en el fuego. Era evidente que estaba a muchas leguas de allí.

El doctor juntó las cortinas con gran deliberación y dio un paso atrás para asegurarse de que la noche quedaba satisfactoriamente excluida de la sala; volvió al sillón, pero apenas se había sentado, empezó a sonar la campanilla de la puerta principal, y el discordante ruido no cesó hasta que el cocinero se quitó la

pasta de las manos, se sacó el delantal y fue hasta la puerta.

Dos voces femeninas hablaban al unísono.

—Sólo un momento, sólo un momento —decían—. Pasábamos por aquí… de camino a casa… pero sólo un momento… Dígale que no nos quedaremos… No, claro que no, no nos quedaremos… Claro que no. ¡Oh, no!… Sí, sí… Sólo un instante, solamente un instante. —Hubiera sido difícil creer que no era una sola persona quien estaba hablando, tan uniforme y continuo parecía el timbre apagado del sonido, pero no había voz en el mundo capaz de introducir tantas palabras en tan corto espacio de tiempo, y de articularlas simultáneamente.

Prunescualo alzó las manos hacia el techo y revolvió los ojos por detrás de los cristales convexos de las gafas.

Las voces que Pirañavelo estaba escuchando en el pasillo, no le eran familiares. Desde que estaba en casa de los Prunescualo, había aprovechado todos sus ratos libres y creía haber llegado a conocer a todos los personajes principales de Gormenghast. Pocos secretos se le habían escapado, pues tenía la facultad del animal carroñero que adquiere sin ningún remordimiento, y en las más variadas fuentes, retazos de saber que luego guarda hábilmente en el fondo del cerebro para utilizarlos en provecho propio en el momento oportuno.

Cuando las mellizas, Cora y Clarice, entraron juntas en la sala, Pirañavelo se preguntó si el vino tinto no se le habría subido a la cabeza. No las había visto nunca, ni tampoco nada que se les pareciese. Iban vestidas con el inevitable color púrpura.

El doctor Prunescualo se inclinó elegantemente.

—Mis señorías —dijo—, nos sentimos más que honrados. Realmente nos sentimos mucho más que honrados, ¡ja, ja, ja! —relinchó satisfecho—. Adelante, mis queridas señoras, tengan la bondad de entrar. Irma, querida, somos doblemente afortunados con este privilegio. ¿Por qué «doblemente» te preguntarás, por qué «doblemente»? Pues bien, mi querida hermana, porque han venido *las dos*. ¡Ja, ja, ja! Sí, sí, las dos juntas.

Prunescualo, que sabía por experiencia que los cerebros de las mellizas no captaban más que una fracción de lo que se les decía, se permitía ciertas libertades cuando hablaba delante de ellas, introduciendo comentarios sicofánticos que lo divertían y que jamás se hubiera atrevido a hacer ante gentes más astutas que las mellizas.

Irma se había adelantado; un haz de luz se le reflejaba en la cresta ilíaca.

—Muy encantada, señorías. He dicho: Muy, muy encantada.

Intentó una cortés reverencia, pero el traje era demasiado apretado.

—Ya conocen a mi hermana, por supuesto, por supuesto, por supuesto. ¿Tomarán una taza de café? Por supuesto. ¿O tal vez una copita de vino? Naturalmente… ¿O prefieren otra cosa?

El doctor y su hermana advirtieron entonces que ni Cora ni Clarice les habían prestado la menor atención, pues tenían los ojos clavados en Pirañavelo de una manera que parecía más la de una pared que mira a una persona que la de una persona que mira a una pared.

Vestido con un uniforme negro de buen corte, Pirañavelo avanzó hacia las hermanas y se inclinó.

—Señorías —dijo—, estoy encantado de tener el honor de que nos encontremos bajo el mismo techo. Es una intimidad que nunca olvidaré. —Y como si estuviera escribiendo la última línea de una carta, añadió—: El más humilde servidor de ustedes.

Clarice se volvió hacia Cora, pero manteniendo los ojos clavados en Pirañavelo.

—Dice que está contento de encontrarse bajo el mismo techo que nosotras —dijo.

—Bajo el mismo techo —repitió Cora—. Está muy contento.

—¿Por qué? —dijo inexpresivamente Clarice—. ¿Qué tiene de particular este techo?

—Nada. Este techo no tiene nada de particular —dijo su hermana.

—Me gustan los techos —dijo Clarice—; más que cualquier otra cosa, porque están por encima de las casas que cubren, y a Cora y a mí nos gusta estar por encima de las cosas porque nos gusta el poder, y por eso a las dos nos encantan los techos.

—Por eso —continuó Cora—. Ésa es la razón. Nos gusta todo lo que está por encima de otra cosa, a menos que sea alguien desagradable quien esté por encima de las cosas que nos gustan, como por ejemplo nosotras mismas. No se nos permite estar en lo más alto, pero nuestra habitación está arriba, oh, muy arriba en la pared del castillo, con nuestro Árbol…, nuestro propio Árbol que sale de la pared. Gertrude misma no tiene nada tan importante.

—Oh, sí —dijo Clarice—, ella no tiene nada tan importante. Pero nos roba nuestros pájaros.

Volvió los ojos inexpresivos hacia Cora, que los miró como si ella misma fuera un reflejo de su hermana.

Quizás eran capaces de reconocer distintos matices de expresión en la cara de la otra, pero lo cierto es que nadie más, por muy penetrantes que tuviera los ojos, hubiera podido detectar el más mínimo cambio en los músculos que presumiblemente gobernaban la falta de expresión en ambas caras. Evidentemente, la alusión a los pájaros robados era la razón por la que se habían acercado hasta que los hombros de las dos se tocaron. Era obvio que estaban compartiendo una pena.

Mientras, los esfuerzos del doctor Prunescualo por conducirlas hasta los sillones junto al fuego habían sido infructuosos. Cuando las mentes de las hermanas estaban ocupadas, no tenían en cuenta a los demás. La habitación y las personas de alrededor dejaban de existir. En las cabezas sólo les cabía un pensamiento a la vez.

Aprovechando la primera tregua, el doctor, ayudado por su hermana, consiguió con una combinación de deferencia y de fuerza bruta mover a las mellizas e instalarlas junto a la chimenea. Pirañavelo, que había desaparecido de la sala, reapareció con otra cafetera y dos tazas más. Eran esos detalles los que agradaban a Irma, y bajando ligeramente la cabeza, levantó las comisuras de los labios en un gesto que se acercaba al recato.

Pero cuando les sirvieron el café, las mellizas decidieron que no lo querían. Una, siguiendo el ejemplo de la otra, decidió que ella, o la otra, o posiblemente ambas, o ninguna de las dos, querían café.

—¿Deseaban beber alguna otra cosa? ¿Coñac, vino de cerezas, jerez, algún licor…?

Menearon bruscamente las cabezas.

—Hemos venido sólo un momento —dijo Cora.

—Porque pasábamos por aquí —dijo Clarice—. No hay otro motivo.

Pero aunque por esos motivos no querían ninguna bebida, no parecían tener prisa en marcharse, ni tampoco tener nada que decir durante un buen rato; se daban por satisfechas estando allí sentadas y mirando a Pirañavelo.

Después de un prolongado intervalo, hacia la mitad del cual el doctor y su hermana habían renunciado a cualquier conversación, Cora se volvió hacia Pirañavelo.

—Muchacho —dijo—, ¿por qué estás aquí?

—Sí —respondió el eco—, eso es lo que queremos saber.

—Mis señorías —respondió Pirañavelo, midiendo sus palabras—, sólo deseo la amable protección de ustedes, sólo el favor de ustedes.

Las mellizas se miraron una a otra, y juntas se volvieron a mirar a Pirañavelo.

—Repítelo —dijo Cora.

—Otra vez todo —dijo Clarice.

—La amable protección de ustedes, señorías. Únicamente el favor de ustedes. Eso es todo lo que deseo.

—Bien, te lo concederemos —dijo Clarice. Pero por primera vez hubo una momentánea desavenencia entre las hermanas.

—Todavía no —dijo Cora—. Es demasiado pronto.

—Demasiado pronto, sí —convino Clarice enseguida—. Demasiado pronto para concederte un favor. ¿Cómo se llama este joven?

La pregunta iba dirigida a Pirañavelo.

—Se llama Pirañavelo —respondió el joven.

Clarice se inclinó hacia adelante y le susurró a Cora, que estaba al otro lado de la alfombra:

—Se llama Pirañavelo.

—¿Y por qué no? —dijo su hermana con voz inexpresiva—. Servirá.

Pirañavelo estaba, por supuesto, rebosante de proyectos e ideas. Estas dos mujeres medio bobas eran un regalo celestial. Que fueran las hermanas de lord Sepulcravo tenía un tremendo valor estratégico. Supondrían un verdadero ascenso en relación con los Prunescualo, si no intelectualmente por lo menos socialmente, y de momento eso era lo que importaba. De todas maneras, cuanto más baja fuera la mentalidad de sus patrones, más campo tendría él para llevar a cabo sus proyectos.

Que una de ellas hubiera dicho que el nombre «Pirañavelo» serviría le pareció interesante. ¿Significaba que querían volver a verlo? Esto simplificaría considerablemente las cosas.

El viejo truco de la adulación desvergonzada le pareció lo más adecuado en ese primer momento crítico. Luego ya se vería. Pero fue otro comentario lo que despertó todavía más su sentido de la oportunidad: la alusión a *lady* Groan.

Al parecer, esas ridículas mellizas guardaban algún resentimiento, y la causa era sin duda la condesa. Si hurgaba un poco en este asunto, podía llevarlo por caminos inesperados. Pirañavelo empezaba a disfrutar a su manera, seca y desangrada.

De pronto, como un relámpago, recordó dos diminutas figuras del tamaño de piezas de halma, vestidas del mismo púrpura chillón. En cuanto las vio entrar, un eco despertó en algún lugar de su subconsciente, y si lo había desechado entonces por considerarlo irrelevante para sus necesidades, sintió que ahora le volvía con fuerza redoblada, y recordó dónde había visto las dos diminutas réplicas de las mellizas.

Las había visto a través de un vasto espacio de aire y una extensión de torres y paredes altas. Las había visto sobre el tronco lateral de un árbol muerto en el verano, un árbol que brotaba en ángulo recto de una pared alta y lisa.

Ahora comprendía por qué habían dicho «nuestro Árbol que sale de la pared… Gertrude misma no tiene nada tan importante». Aunque luego Clarice había añadido: «Pero nos roba nuestros pájaros». ¿Qué implicaba esto? Naturalmente, Pirañavelo había espiado a menudo a la condesa con los pájaros o con los gatos blancos. Había que investigar un poco más este asunto. No tenía que descartar nada sin darle antes mil vueltas y convencerse de que era inútil.

Pirañavelo se inclinó hacia adelante juntando las puntas de los dedos.

—Sus señorías —dijo—, ¿están ustedes prendadas de los seres alados? ¿De los picos, las plumas, la forma de volar?

—¿Qué? —dijo Cora.

—¿Están ustedes enamoradas de los pájaros, señorías? —repitió Pirañavelo, más simplemente.

—¿Qué? —dijo Clarice.

Pirañavelo sintió un calor en el cuerpo. Si eran estúpidas hasta este punto, podría hacer con ellas lo que quisiera.

—Los pájaros —dijo levantando la voz—, ¿les gustan?

—¿Qué pájaros? —preguntó Cora—. ¿Para qué quieres saberlo?

—No estábamos hablando de pájaros —dijo Clarice inesperadamente—. Los odiamos.

—Son tan tontos —remató Cora.

—Tontos y estúpidos; los odiamos —dijo Clarice.

—¡Avis, avis, estáis perdidas, perdidas! —dijo la voz de Prunescualo—. ¡Vuestros días están contados! ¡Oh vosotras, hordas del cielo! No cantaréis a coro en las copas de los árboles y sólo las nubes surcarán el cielo azul.

Prunescualo se inclinó hacia adelante y dio unos golpecitos a Irma en la rodilla.

—Bastante agradable —le dijo, y le mostró los brillantes dientes, todos a la vez—. ¿A ti qué te parece, mi querida y alborotada hermana?

—¡Tonterías! —dijo Irma, que estaba sentada en el sofá junto a Pirañavelo. Pensando que como anfitriona había tenido esta noche pocas oportunidades de lucir lo que para ella, y sólo para ella, era su talento más sobresaliente en ese campo, inclinó las gafas oscuras hacia Cora y luego hacia Clarice e intentó hablar a ambas a la vez.

—Los pájaros —dijo con un cierto aire zumbón en la voz y la actitud—, los pájaros *dependen*…, ¿no lo creen así, mis estimadas señorías? Digo que los pájaros *dependen* en gran medida de sus huevos. ¿No están de acuerdo conmigo? He dicho: ¿No están de acuerdo conmigo?

—Ahora mismo nos vamos —dijo Cora, levantándose.

—Sí, ya hemos estado aquí demasiado rato. Demasiado rato. Nos espera un montón de costura. Cosemos de maravilla, las dos.

—Estoy convencido —dijo Pirañavelo—. ¿Me concederán el privilegio de poder apreciar el arte de ustedes en una ocasión futura que crean adecuada?

—También bordamos —dijo Cora, que se había levantado, acercándose a Pirañavelo.

Clarice se puso al lado de su hermana, y las dos se quedaron mirando al joven.

—Hacemos mucha labor de aguja, pero nadie se entera. Nadie se interesa por nosotras, ¿comprendes? Sólo tenemos dos criados. Antes…

—Eso es todo —dijo Cora—, antes teníamos centenares, cuando éramos más jóvenes. Nuestro padre nos dio cientos de criados. Éramos personas de gran, gran…

—Alcurnia —apostilló su hermana—. Sí, eso era exactamente lo que éramos. Sepulcravo andaba siempre tan distraído y taciturno…, pero a veces jugaba con nosotras, y hacíamos lo que queríamos. Pero ahora ni siquiera quiere vernos.

—Se cree tan inteligente… —dijo Cora.

—Pero no es más listo que nosotras.

—No es más listo.

—Y Gertrude tampoco —dijeron las dos casi al mismo tiempo.

—Les ha robado los pájaros, ¿no es así? —dijo Pirañavelo, guiñando un ojo a Prunescualo.

—¿Cómo lo sabes? —dijeron ellas, acercándose un paso más a Pirañavelo.

—Todo el mundo lo sabe, señorías. Todo el castillo está enterado —respondió Pirañavelo, esta vez guiñando el ojo a Irma.

Las mellizas se cogieron de la mano y se apretaron una contra otra. Lo que Pirañavelo había dicho había calado en ellas, causándoles una seria impresión. Habían pensado que la afrenta de Gertrude, que se había llevado los pájaros de la Habitación de las Raíces, decorada por ellas mismas con tanto trabajo, era sólo una cuestión privada. ¡Pero todo el mundo lo sabía! ¡Todo el mundo!

Se volvieron para irse, y el doctor abrió los ojos, pues casi se había quedado dormido con el codo sobre la mesa y la cabeza apoyada en la mano. Se incorporó, pero no pudo hacer nada más elegante que curvar un dedo; estaba demasiado cansado. Su hermana se puso de pie junto a él, crujiendo un poco, y fue Pirañavelo quien les abrió la puerta y se ofreció a acompañarlas. Al atravesar el vestíbulo, descolgó su capa de una percha. Se la echó a los hombros con un floreo y se la abotonó al cuello. La capa ceñida le acentuaba la altura de los hombros y el cuerpo delgado.

Las tías parecían aceptar el hecho de que estaba dejando la casa junto con ellas, a pesar de que no habían respondido cuando les pidiera permiso para escoltarlas.

Con movimientos de una rara galantería, Pirañavelo las condujo como ovejas a través del patio.

—Has dicho que todo el mundo lo sabe.

La voz de Cora parecía tan indiferente y al mismo tiempo era tan lastimera que hubiera despertado una respuesta compasiva en cualquiera que tuviera un corazón más tierno que Pirañavelo.

—Eso es lo que has dicho —repitió Clarice—. ¿Y qué podemos hacer? No podemos hacer nada para mostrar lo que podríamos hacer si tuviéramos el poder que no tenemos —continuó lúcidamente—. En otro tiempo teníamos cientos de criados.

—Los tendrán otra vez —dijo Pirañavelo—. Los tendrán otra vez. Nuevos criados. Mejores. Obedientes. Yo me ocuparé de todo. Trabajarán para ustedes, bajo *mi* dirección. El piso de ustedes en el castillo vivirá otra vez. No tendrán rival. Dejen que me ocupe de la administración, señorías, y conseguiré que todos bailen al son de la canción de ustedes, sea cual sea.

—Pero ¿qué dirá Gertrude?

—Sí, ¿qué dirá Gertrude? —preguntaron las dos voces.

—Dejen que me ocupe de todo. Yo defenderé sus derechos. Ustedes son *lady* Cora y *lady* Clarice, *lady* Clarice y *lady* Cora. No lo olviden. Nadie debe olvidarlo.

—Sí, tiene que ser así —dijo Cora.

—Todo el mundo tiene que saber quiénes somos —dijo Clarice.

—Y no olvidarlo nunca —dijo Cora.

—O utilizaremos nuestro poder —dijo Clarice.

—Mientras tanto, las acompañaré a sus aposentos, queridas señoras. Tienen que confiar en mí. No cuenten a nadie nuestra conversación. ¿Me han comprendido bien las dos?

—Y Gertrude nos devolverá los pájaros.

Pirañavelo las cogió por los codos mientras subían las escaleras.

—*Lady* Cora —dijo—, intente concentrarse en lo que le estoy diciendo. Si me hacen caso, restauraré la noble posición de ustedes en Gormenghast, de la que *lady* Gertrude las ha destronado.

—Sí.

—Sí.

Las voces no mostraban vivacidad alguna, pero Pirañavelo comprendió que sólo por lo que decían, y no por *cómo* lo decían, podía llegar a saber si los cerebros de las hermanas reaccionaban de alguna manera.

También sabía cuándo tenía que detenerse. En el difícil arte del engaño y la ambición, como en cualquier otra carrera, ésta es la piedra de toque del maestro. Sabía que en cuanto llegaran a la puerta, ardería en deseos de entrar y ver qué tipo de mobiliario tenían y qué diantres era la Habitación de las Raíces. Pero también sabía perfectamente cuándo era el momento de aflojar las riendas. A pesar de sus cortas luces, las mellizas eran de sangre Groan, y si en algún momento diera un paso en falso, esa sangre podría encenderse y desbaratar todo un mes de estrategias. Por lo tanto Pirañavelo las dejó delante de la puerta e hizo una reverencia que casi llegó al suelo. Enseguida se retiró a lo largo del pasillo de roble y justo antes de doblar a la izquierda, echó una mirada a la puerta donde había dejado a las mellizas. Seguían allí, mirándolo fijamente, inmóviles como un par de figuras de cera.

No las visitaría al día siguiente, pues les iría bien una jornada de inquietud y discusiones ociosas entre ellas. Por la noche, empezarían a ponerse nerviosas y necesitarían consuelo, pero no pensaba llamar a

aquella puerta hasta la mañana siguiente. Entretanto, recogería toda la información que pudiera acerca de ellas y sus inclinaciones.

Una vez en el patio, en lugar de cruzarlo hacia la casa del doctor, decidió pasearse por los prados y quizás también por las terrazas hasta el foso, pues el cielo se había vaciado de nubes y brillaba fieramente con cien mil estrellas.

LAS PIÑAS

EL VIENTO HABÍA AMAINADO, pero el aire era amargamente frío y Pirañavelo estaba contento de tener la capa. Se había subido el cuello, que se le sostenía rígidamente por encima de las orejas. Parecía ir a algún sitio preciso, y no estar dando un simple paseo nocturno. Marchaba todo el tiempo con ese paso que lo distinguía y que no era un andar pausado ni una carrera. Parecía que estuviese cumpliendo una misión secreta por toda la eternidad, lo que desde su punto de vista era generalmente cierto.

Desapareció en las profundas sombras de la arcada, y luego, como si fuera un pedazo de esa oscuridad entintada que hubiera cobrado vida, escapando del cuerpo principal, reapareció a la media luz, al otro lado de la arcada.

Durante un buen rato se mantuvo cerca de las paredes del castillo, avanzando siempre hacia el este. La idea inicial de dar un rodeo por el prado y las terrazas en donde la condesa solía pasear antes del desayuno había sido desechada, pues en cuanto empezó a moverse sintió la alegría de andar solo, absolutamente solo bajo la luz de las estrellas. Los Prunescualo se habrían acostado ya sin esperarlo. Tenía su propia llave de la puerta principal, y como otras muchas noches, al volver de su caminata nocturna se serviría una última copa de coñac y quizás también disfrutaría de un poco del tabaco del doctor en la pipa pequeña y roma, antes de retirarse.

O quizás, como en noches anteriores, acudiría a la farmacia y se divertiría preparando pociones con posibilidades letales. En cuanto entraba, iba siempre hacia los estantes de los venenos y los polvos peligrosos.

Había llenado cuatro tubos de ensayo con la más virulenta de esas mezclas, y los había llevado a su habitación.

Había aprendido pronto todo lo que el doctor, cuyo conocimiento era considerable, le había divulgado sobre el tema. En un principio, bajo la dirección del doctor, había destilado a partir de plantas venenosas encontradas en la vecindad un cierto número de pociones inéditas y mortíferas. El doctor consideraba estos experimentos como diversiones académicas.

Podría tomar también, al llegar a casa de los Prunescualo, uno de los numerosos libros del doctor y ponerse a leer, pues lo consumía la pasión de acumular conocimientos de cualquier tipo; aunque sólo como medio para alcanzar un fin determinado. Tenía que saber de todo, pues sólo así podría, cuando en el futuro se presentaran situaciones críticas, contar con un buen mazo de cartas. Se había imaginado en ocasiones una conversación de alguien de quien hubiera podido sacar algún provecho y que giraba hacia la astronomía, metafísica, química o literatura, y en la que él era capaz de dejar caer en la discusión una idea lúcida y exacta, una opinión que hiciera pensar que era el fruto de una vida dedicada al estudio; eso le hubiera sido mucho más útil que una hora de palabrería o tener que esperar a que la conversación tocara un tema conocido.

Se veía a sí mismo gobernando hombres. Tenía, junto a la facultad de tomar decisiones atrevidas y rápidas, una paciencia sin fin. Mientras leía por las noches, después de que el doctor e Irma se retiraban, pulía la larga y estrecha hoja de acero del bastón-espada que había visto una vez, y que una semana más tarde había rescatado de entre el montón de armas antiguas de la gélida armería. Cuando Pirañavelo lo sacó del montón, estaba muy sucio y deslustrado, pero con la habilidad y paciencia con que él se aplicaba a cualquier empresa, lo había convertido en una fina hoja de acero brillante. Tuvo que inspeccionar durante una hora antes de descubrir el bastón hueco, que se enroscaba en la aparentemente inocente empuñadura con un simple giro de la muñeca.

No sabía aún lo que haría al volver a la casa, si se dedicaría al acero del bastón-espada y al libro de heráldica que estaba a punto de acabar, o si iría a la farmacia a mezclar en el mortero aceite rojo y ese polvo verde tan ligero como una pluma con el que estaba experimentando, o si estaría demasiado fatigado

para hacer otra cosa que servirse una copa de coñac antes de subir a acostarse; no lo sabía, y en realidad tampoco le interesaba el futuro tan inmediato. Mientras andaba con paso vivo, daba vueltas y vueltas no sólo a todos los comentarios que las mellizas habían dejado caer en el transcurso de la velada, sino también al tipo de preguntas que se proponía hacerles dentro de dos noches.

Con la mente funcionando como una máquina eficiente, imaginaba posibles ataques y defensas, aun a sabiendas de que en cualquier trato con las tías, la disparatada condición de sus cerebros hacía extraordinariamente difícil cualquier conjetura o maquinación que él pudiera imaginar. Tenía que vérselas con un material de bajo calibre, pero que sin embargo tenía un elemento que no se daba en naturalezas más sutiles: lo imprevisible.

Había llegado ahora al extremo más oriental del cuerpo central del castillo. A la izquierda podía ver las altas paredes del ala oeste que emergían del pétreo precipicio cubierto de yedra negra y que orientado al sol poniente impedía que la luz del anochecer se filtrara hasta las salas septentrionales de Gormenghast. La Torre de los Pedernales se destacaba apenas como una estrecha sección de sombra, como una regla vertical, larga y negra, puesta de punta, y con un cielo estrellado alrededor.

Al ver la Torre, se le ocurrió que nunca había explorado los edificios que, le habían dicho, se prolongaban por el otro lado. Ahora era demasiado tarde para tal expedición, y estaba pensando en dar simplemente una vuelta por la hierba marchita que ayudaba a caminar en este rincón del castillo, cuando vio una tenue luz que se acercaba. Mirando alrededor, descubrió a unos pocos metros las siluetas negras de unos matorrales achaparrados. Se agazapó detrás de uno de ellos y observó la luz, que según pudo ver ahora, provenía de una linterna que se iba aproximando y que probablemente pasaría muy cerca de donde él estaba. Mirando por encima del hombro para ver en qué dirección iba la linterna, se dio cuenta de que su escondite estaba justamente entre la luz y la Torre de los Pedernales. ¿Qué diablos iba a hacer, quienquiera que fuera, en la Torre de los Pedernales en una noche tan fría? Pirañavelo estaba intrigado. Se arrebujó en la capa, de modo que sólo los ojos le quedaron expuestos al aire de la noche. Luego, inmóvil como un gato al acecho, escuchó los pasos que se acercaban.

El cuerpo de quien sostenía la linterna no había salido aún de la oscuridad, pero Pirañavelo, escuchando atentamente, alcanzó a oír no sólo las largas pisadas, sino también el crujido regular de una rama seca. —Excorio—, se dijo a sí mismo. Mas, ¿qué era ese otro ruido? Entre los sonidos regulares de los pasos y el crac de las articulaciones de las rodillas había un tercer sonido, menos preciso, más rápido.

Reconoció entonces el andar precipitado de unos pequeños pies y casi al mismo tiempo vio emerger de la noche las inequívocas siluetas de Excorio y de Tata Ganga.

Los crujientes pasos de Excorio no tardaron en llegar hasta Pirañavelo, que inmóvil como el matorral tras el que estaba agazapado, vio pasar rápidamente por encima de él la alta y desgalichada figura del criado de lord Sepulcravo, y en ese mismo instante se oyó un grito. Pirañavelo sintió que un escalofrío le bajaba por la espalda, pues si de algo tenía miedo era de lo sobrenatural. El grito podía provenir de un pájaro, tal vez de una gaviota, pero su proximidad parecía descartar tal conjetura. No había pájaros aquella noche, ni tampoco se oían a esa hora; con cierto alivio oyó a Tata Ganga susurrar nerviosamente en la oscuridad:

—Ea, ea, ya nos falta poco…, mi pequeño conde…, enseguida llegaremos. ¡Oh, mi pobre corazón! ¿Por qué tiene que ser de noche?

Pareció levantar los ojos del pequeño bulto que sostenía en brazos, y mirar la alta figura que andaba mecánicamente junto a ella; pero no hubo respuesta.

—Las cosas se ponen interesantes —se dijo Pirañavelo—. Señorías, Excorios y Gangas, todos en camino hacia la Torre de los Pedernales.

Cuando la oscuridad empezaba otra vez a engullirlos, Pirañavelo se puso de pie y flexionó las piernas amortajadas en la capa, desentumeciéndolas. Luego, guiándose por el sonido de las rodillas de Excorio, los siguió en silencio.

La pobre señora Ganga estaba completamente agotada cuando llegaron a la biblioteca, pues se había negado una y otra vez a que Excorio llevara a Titus, cuando aquél, aunque a regañadientes, se había ofrecido a hacerlo viendo que la anciana tropezaba continuamente en las irregularidades del terreno y se llevaba por delante las raíces de los pinos y las plantas rastreras.

El aire frío había despertado del todo a Titus, y aunque no lloraba, estaba desconcertado ante esta insólita aventura en la oscuridad. Cuando Excorio llamó a la puerta y entraron en la biblioteca, se puso a lloriquear y a debatirse en los brazos de la niñera.

Excorio se retiró a la oscuridad de un rincón, donde presumiblemente tenía una silla para sentarse. Todo cuanto dijo fue:

—Los he traído, señoría.

Siendo el primer criado de lord Sepulcravo, consideraba que no era necesario decir *su* señoría.

—Ya veo —comentó el conde Groan, avanzando hacia Tata—. Supongo que la he importunado, niñera. Fuera hace frío. Acabo de salir a buscar esto para él.

Condujo a Tata a un extremo de la mesa. Sobre la alfombra, a la luz de una lámpara, estaban esparcidas una veintena de piñas, cada uno de los pétalos leñosos marcado con la sombra del pétalo superior.

La señora Ganga volvió la cara fatigada hacia lord Sepulcravo. Por una vez dijo las palabras apropiadas.

—¿Son para el pequeño conde, mi señor? —inquirió—. ¡Oh! Le van a encantar. ¿Verdad que sí, preciosidad mía?

—Déjelo en medio de las piñas. Tengo que hablar con usted —dijo el conde—. Siéntese.

Tata Ganga buscó una silla con los ojos, y al no encontrar ninguna, echó una mirada patética a lord Sepulcravo, que ahora estaba señalando el suelo con aire de fatiga. Titus se entretenía con las piñas, haciéndolas girar con los dedos y llevándoselas a la boca.

—No pasa nada. Las he lavado con agua de lluvia —dijo lord Groan—. Siéntese en el suelo, niñera, siéntese en el suelo.

Sin esperar más, él mismo se sentó en el borde de la mesa, con las piernas cruzadas hacia adelante, y las manos a ambos lados sobre la superficie de mármol.

—En primer lugar —dijo—, la he hecho venir hasta la biblioteca para comunicarle que he decidido reunir aquí a la familia dentro de una semana. Quiero que informe a los implicados. Tendrán una sorpresa. No importa. Vendrán. Avisará a la condesa. Avisará a Fucsia. También informará a sus señorías Cora y Clarice.

Pirañavelo, que había abierto la puerta pulgada a pulgada, se deslizó por una escalera que encontró inmediatamente a mano izquierda. Cerró la puerta con cuidado detrás de él y subió de puntillas hasta una galería de piedra que daba la vuelta al edificio. Por suerte, estaba en la sombra más oscura, y apoyado contra los estantes de libros que tapizaban las paredes, observó lo que pasaba abajo, frotándose las manos en silencio.

Se preguntaba dónde se habría metido Excorio, pues no parecía haber otra salida que la puerta principal, cerrada y atrancada. Tenía que estar de pie como él, o bien tranquilamente sentado en la sombra, pero guardó silencio pues no sabía a qué parte del edificio podía haber ido.

—A las ocho de la noche los estaré esperando, a Titus y a los demás. Ha de decirles que estoy planeando un almuerzo en honor de mi hijo.

Al pronunciar estas palabras con voz sonora y melancólica, la señora Ganga, incapaz de soportar la profunda tristeza del conde, empezó a retorcerse las arrugadas manos. Incluso Titus parecía detectar la pesadumbre que emanaba de las palabras lentas y precisas de su padre. Se olvidó de las piñas, y se echó a llorar.

—Traerá a mi hijo Titus vestido con ropas de bautizo, y también la corona del heredero de Gormenghast. El castillo no tendría futuro sin Titus, cuando yo ya no esté. Puesto que usted es su niñera, he de encomendarle que desde un principio le instile amor en las venas, amor por su lugar de nacimiento y por su linaje, así como respeto por las leyes, escritas y no escritas, de la tierra patria…

»Les hablaré, aun en contra de la paz de mi espíritu: les hablaré de estas cosas y de otras muchas que tengo en la mente. Durante el almuerzo, cuyos detalles serán discutidos una noche dentro de una semana, Titus será honrado y festejado. Lo celebraremos en el Refectorio.

—Pero no tiene más que dos meses, la pobre criatura —interrumpió Tata con voz ahogada por las lágrimas.

—Sin embargo, no hay tiempo que perder —respondió el conde—. Y ahora, mi pobre anciana, ¿por qué llora con tanta amargura? Estamos en otoño. Las hojas caen de los árboles como lágrimas ardientes. El viento aúlla. ¿Por qué tiene que imitarlos?

Tata lo miró con sus viejos ojos velados. Le temblaba la boca.

—Estoy tan cansada, señor —dijo.

—Entonces, túmbese, buena mujer, túmbese —dijo lord Sepulcravo—. Ha hecho una larga caminata. Túmbese en el suelo.

Pero tumbarse de espaldas en el enorme suelo de la biblioteca, mientras el conde Groan le hablaba desde las alturas en frases que Tata apenas comprendía, no era para ella ningún alivio.

Acercó a Titus y miró el techo; las lágrimas le rodaron hasta la boca reseca. Titus estaba helado y había

empezado a temblar.

—Ahora déjeme ver a mi hijo —dijo su señoría lentamente—. Mi hijo Titus. ¿Es verdad que es feo?

La señora Ganga se incorporó dificultosamente y tomó a Titus en brazos.

—No es feo, su señoría —dijo con voz temblorosa—. Mi criaturita es preciosa.

—Déjeme verlo. Levántelo, niñera, y acérquelo a la luz. ¡Ah!, así está mejor. Ha mejorado —dijo el conde—. ¿Qué edad tiene?

—Casi tres meses —dijo Tata Ganga—. ¡Oh, mi débil corazón! Tiene casi tres meses.

—Bien, bien, buena mujer, eso es todo. He hablado demasiado esta noche. Eso es todo lo que quería: ver a mi hijo y decirle que informe a la familia de mi deseo de tenerlos aquí a las ocho dentro de una semana. Será mejor que los Prunescualo vengan también. Yo mismo se lo diré a Agrimoho. ¿Ha comprendido?

—Sí, señor —dijo Tata, andando ya hacia la puerta—. Se lo comunicaré a todos, señor. ¡Oh, mi pobre corazón, qué cansada estoy!

—¡Excorio! —dijo lord Sepulcravo—, acompañe a la niñera. No vale la pena que vuelva esta noche. Me marcharé dentro de cuatro horas. Prepare mi habitación y encienda la lámpara de la mesita. Ya puede retirarse.

Excorio, que había emergido a la luz de la lámpara, asintió con la cabeza, volvió a encender la mecha de la linterna, y siguió a Tata Ganga por la puerta y los escalones hasta la noche estrellada. Esta vez no hizo caso de las protestas de la anciana, e instaló con cuidado a Titus en uno de los amplios bolsillos de la chaqueta, y luego, alzando a la diminuta y pataleante mujer en brazos, se encaminó solemnemente al castillo a través del bosque; Pirañavelo había salido detrás de ellos, con aire preocupado, y ni siquiera se molestó en no perderlos de vista.

Lord Sepulcravo, encendiendo una vela, subió la escalera que había junto a la entrada, y moviéndose a lo largo de la galería, se detuvo por fin ante una estantería de libros polvorientos. Con el dedo índice tiró de uno de los volúmenes, sopló el polen gris del lomo apergaminado, y luego, volviendo las primeras páginas, regresó a la galería y bajó otra vez.

Cuando llegó a la silla, se sentó y dejó caer la cabeza sobre el pecho. Tenía aún el libro en la mano. Bajo el altivo arco de las cejas, su mirada triste vagó por la sala, deteniéndose finalmente en las piñas esparcidas.

Una repentina e indomable ráfaga de cólera se apoderó de él. ¡Qué infantil había sido recogerlas! A Titus no le habían parecido divertidas.

Es raro que aun en hombres de mucho conocimiento y sabiduría haya un elemento infantil. Probablemente no eran las piñas lo que lo irritaba, sino el hecho de que le recordaran sus fracasos. Arrojó lejos el libro, y volvió a recogerlo inmediatamente, alisando las páginas con manos temblorosas. Era demasiado orgulloso y demasiado melancólico para mostrarse cariñoso, para comportarse con el niño como un verdadero padre. Ya había hecho más de lo que esperaba de sí mismo. Durante el proyectado almuerzo, brindaría a la salud del heredero de Gormenghast. Bebería en honor del Futuro, de Titus, de su único hijo. Eso era todo.

Se hundió otra vez en la silla, pero no pudo leer.

KEDA Y RANTEL

CUANDO KEDA VOLVIÓ con los suyos, los cactos goteaban agua de lluvia. Soplaba el viento del oeste, y por encima de la borrosa silueta del Bosque Retorcido el cielo estaba atestado de jirones arrugados. Keda se detuvo un momento a contemplar las rayas de lluvia oscuras y oblicuas que caían firmemente desde los rasgados bordes de las nubes hasta los rasgados contornos del bosque. El sol poniente estaba oculto detrás de las formaciones opacas, de modo que el cielo vacío apenas reflejaba luz.

Ésa era la penumbra que tan bien conocía. La penumbra de finales de otoño. Aquí no había rastro de aquellas sombras que la habían oprimido dentro de los muros de Gormenghast. Aquí volvía a ser una moradora de extramuros; se sintió liberada y alzó los brazos.

—Soy libre —se dijo—. Estoy de nuevo en casa. —Pero apenas pronunció estas palabras, comprendió que no era así. Sí, era verdad que estaba en casa, entre las viviendas donde había nacido, y junto a ella, como un viejo amigo, se erguía el escuálido cacto. Pero los otros, los amigos de la infancia, ¿dónde estaban? ¿A quién podía dirigirse? No buscaba a alguien en quien pudiera confiar. Sólo deseaba poder ir directamente a la casa de alguien que no le hiciera preguntas, y con quien ni siquiera tuviera que hablar.

Pero ¿quién? Ante esta pregunta, no tardó en aparecer la temida respuesta: los dos hombres.

De pronto ya no tuvo miedo, y el corazón le brincó con una inexplicable alegría, y a medida que las nubes del cielo empezaron a alejarse del cenit, aquellas que le habían oprimido el corazón fueron apartándose y la dejaron con un júbilo etéreo y una valentía que no lograba comprender. Marchó otra vez en el crepúsculo, y pasando junto a las mesas y bancos vacíos que brillaban de un modo raro en la oscuridad, mojados aún con una capa de lluvia, llegó por fin a la periferia de las casas de barro.

A primera vista parecía que los callejones estaban desiertos. Las casas de barro, generalmente de unos ocho pies de altura, se miraban desde ambos lados de los oscuros callejones como las orillas de un barranco, prácticamente tocándose por los techos. A esa hora los callejones hubieran estado en la más completa oscuridad si no fuera porque los Moradores tenían la costumbre de colgar lámparas en los dinteles de las puertas y encenderlas a la puesta del sol.

Keda dobló varias esquinas antes de encontrar el primer signo de vida. Un perro enano, de esa raza ubicua y furtiva que se escabullía con mucha frecuencia a lo largo de los senderos de barro, se adelantó a Keda corriendo sobre unas patitas sarnosas y restregándose contra la pared. La muchacha sonrió un poco. Desde la infancia le habían enseñado a despreciar a esos perros enanos y parásitos, pero al verlo pasar furtivamente junto a ella, no sintió ningún desprecio, y en la repentina alegría que le llenó el corazón le pareció que el chucho era parte de ella misma, el amor y la paz con que abrazaba el mundo. El chucho se había detenido a unos pocos metros delante de ella, y estaba sentado sobre las ancas sarnosas, rascándose con una pata la llaga que tenía detrás de la oreja. Keda sintió que el corazón le estallaba con un amor universal que atraía todas las cosas hacia su atmósfera ardiente sólo porque *existían*: los malos, los buenos, los ricos, los pobres, los feos, los hermosos, y también el perro amarillento que se rascaba la oreja.

Conocía tan bien esos callejones que la oscuridad no le impedía avanzar. Que los senderos de barro estuvieran desiertos era natural a esa hora de la noche en que la mayoría de los Moradores se acurrucaba junto a un fuego de raíces. Por eso Keda había salido tan tarde del castillo. Había una costumbre entre los Moradores de Extramuros de acercar la cara a la luz de la lámpara más próxima cuando se cruzaban con alguien de noche; después de mirarse unos instantes, proseguían la marcha. No era necesario que se saludaran, y la posibilidad de que se encontraran dos amigos parecía poco frecuente. La rivalidad entre las familias y las diferentes escuelas de escultura era implacable y feroz, y ocurría a veces que los enemigos se encontraban cara a cara bajo la luz de las lámparas que colgaban de las puertas; pero la costumbre era rigurosamente observada: se miraban fijamente un momento, y luego seguían adelante.

En un principio, Keda tenía la esperanza de poder llegar a su casa, la casa que le pertenecía desde la

muerte de su anciano marido, sin tener que acercarse a una lámpara y ser reconocida por algún morador transeúnte, pero ahora ya no le importaba. Le parecía que la belleza que la invadía era más afilada que el filo de una espada, y una protección igualmente segura contra la calumnia y el chismorreo, contra las envidias y los odios subterráneos que una vez la habían atemorizado.

¿Qué le había sucedido?, se preguntó. Esa exaltación tan ajena a su propia y apacible naturaleza la sorprendía a la vez que la fascinaba. El momento tan temido —cuando los problemas de que había escapado al refugiarse en el castillo la envolviesen como una niebla impenetrable y aterradora— se había transformado en un atardecer de hojas y llamas, en una noche de murmullos.

Siguió andando. Detrás de las toscas puertas de madera de muchas de las viviendas oía las pesadas voces de quienes estaban dentro. Por fin llegó al largo callejón que conducía directamente a la escarpada muralla de Gormenghast. Más amplia que las demás, de nueve pies, que se ensanchaban a veces hasta doce, esa calle era el lugar donde se daban cita diariamente los Tallistas Brillantes. Los ancianos y las ancianas se sentaban en el umbral de las puertas, o iban cojeando a hacer sus recados, y los niños jugaban en el polvo bajo la sombra cambiante de la gran muralla que se alargaba gradualmente por la calle hasta que de noche engullía la larga avenida y se encendían las lámparas. Sobre el tejado plano de muchas de las casas habían colocado una talla, y al ponerse el sol, la hilera de figuras de madera del lado este resplandecía y ardía, mientras que la hilera del lado oeste se recortaba sobre el fondo luminoso del cielo como una serie de siluetas de color negro azabache, mostrando ese contraste de curvas amplias y ángulos cerrados que tanto apreciaban los Moradores.

Estas tallas se perdían ahora en las sombras por encima de las lámparas encendidas, y Keda, que las recordó mientras caminaba, buscó en vano un rastro de ellas en el cielo ya oscuro.

La casa de Keda no estaba en esta avenida, sino en la esquina de una pequeña plaza de barro donde sólo permitían instalarse a los más venerables y admirados Tallistas Brillantes. En el centro de la plaza se alzaba el mayor orgullo de los Moradores, una figura de unos catorce pies de altura, tallada siglos atrás. Había varias obras de este artista al otro lado de la muralla del castillo, en la Galería de las Tallas Brillantes; pero los Moradores no tenían de él más que esta única pieza. Nadie sabía con certeza quién podía haber sido, pero no discutían que no había habido tallista mejor. Aquella obra, que se repintaba cada año con los colores originales, representaba a un caballo con jinete. Muy estilizado y muy simple, el rítmico bloque de madera dominaba la plaza sombría. El caballo era del más puro color gris y tenía el cuello echado hacia atrás en un arco invertido, de manera que la cabeza miraba al cielo, y los rizos de las crines blancas se le amontonaban como espuma congelada alrededor del cuello retorcido y sobre las rodillas del jinete, envuelto en una capa negra. La capa tenía pintadas estrellas escarlatas. El jinete se mantenía muy erguido, pero los brazos y manos, en contraste con la vitalidad del cuello gris y musculoso de la bestia, le pendían lánguidamente. El cincel había acentuado los ángulos del rostro, blanco como las crines, y únicamente los labios y la cabellera, aquéllos de un color coral pálido y ésta de castaño oscuro, daban un poco de vida a la cadavérica máscara. A veces las madres llevaban a sus hijos rebeldes a ver esta figura siniestra, y los amenazaban con su cólera si seguían portándose mal. Esta talla les causaba un gran terror, pero los padres la consideraban una obra de extraordinaria vitalidad y belleza de forma, envuelta en ese misterioso halo de poder que era para ellos una de las condiciones de la auténtica excelencia.

Keda iba pensando en esta estatua a medida que se acercaba a la bocacalle, cuando oyó detrás de ella un ruido de pasos. Delante, la calle estaba silenciosa, las lámparas de las puertas iluminaban el suelo aquí y allá, débilmente, pero no se veía ninguna figura. Más allá de la plaza, a la izquierda, oyó el ladrido repentino de un perro, y el sonido de sus propias pisadas mientras escuchaba las que venían detrás.

Estaba a unos pocos metros de una de las lámparas, y sabía que si pasaba por delante antes que la figura que se acercaba, tanto ella como el desconocido tendrían que andar juntos en la oscuridad hasta alcanzar la lámpara próxima, donde tendrían que observar el ritual de mirarse mutuamente. Keda aflojó el paso, para cumplir lo establecido lo más rápidamente posible, y así el que venía detrás, quienquiera que fuese, podría continuar su camino.

Al llegar junto a la luz se detuvo. No había nada insólito en el hecho de detenerse y esperar; en realidad era una costumbre bastante frecuente en quienes se acercaban a una lámpara, y se la consideraba una señal de educación. Se colocó justo debajo del haz de luz para que al darse la vuelta el rostro le quedara iluminado, y el que se acercaba pudiera verla, y al mismo tiempo ser visto con mayor facilidad.

La luz vaciló un momento sobre el cabello marrón de Keda, encendiéndole las hebras más altas casi con el color de la cebada. El cuerpo de Keda, aunque macizo y redondeado, era delgado y ágil, y esta noche, bajo el impacto de aquella nueva emoción, sentía una confianza, una excitación que atacó a través de los ojos a aquel que la seguía.

Había algo eléctrico e irreal en la noche, y no obstante, pensaba Keda, esto *es* la realidad, y mi vida pasada no ha sido más que un sueño absurdo. Sabía que esos pasos que se acercaban en la oscuridad y que estaban ahora a unos pocos metros pertenecían a una noche que jamás olvidaría y que le parecía haber vivido mucho tiempo atrás, o haber presentido. Sabía que en cuanto los pasos se detuvieran y se volviera para dar la cara a quien venía siguiéndola, descubriría que el desconocido era Rantel, el más fiero, el más torpe de los dos que la amaban.

Se volvió y ahí estaba Rantel.

Durante mucho rato permanecieron inmóviles. Alrededor, la impenetrable oscuridad de la noche los encerraba como si estuvieran en un espacio reducido, como una sala, con la luz encima.

Keda sonrió; los labios carnosos y compasivos se le entreabrieron apenas. Examinó la cara de Rantel, la oscura mata de pelo, la frente poderosa y prominente, y las sombras de los ojos que la miraban como si estuvieran fijos en las cuencas. Observó los pómulos altos y los contornos del rostro que se afilaba en la barbilla. Tenía una boca de trazo delicado y unos hombros poderosos. El pecho de Keda subió y bajó, y se sintió débil y fuerte a un tiempo. Notaba cómo la sangre fluía dentro de ella, y se dijo que iba a morir o a estallar en hojas y flores. No era pasión lo que experimentaba, o por lo menos no la pasión del cuerpo, aunque estaba allí, sino más bien una exultación, una sed de vida, de toda la vida de la que era capaz, una vida que, aunque ella sólo lo adivinaba oscuramente, estaba presidida por el amor, el amor a un hombre. No estaba enamorada de Rantel, estaba enamorada de lo que él significaba para ella: alguien a quien *podía* amar.

Rantel dio un paso hacia la luz, de manera que la cara le quedó a oscuras, y la parte de arriba de sus desordenados cabellos brillaron como alambres.

—Keda —susurró.

Ella le cogió la mano.

—He vuelto.

Rantel sintió la proximidad del cuerpo de Keda y la tomó por los hombros.

—Has vuelto —dijo, como si repitiera una lección—. Ah, Keda, ¿eres tú? Te marchaste. Noche tras noche te he estado esperando. —Las manos le temblaron sobre los hombros de Keda—. Te marchaste —dijo.

—¿Me has estado siguiendo? —dijo Keda—. ¿Por qué no me hablaste cerca de las rocas?

—Quería hacerlo, pero no pude.

—¿Por qué no?

—Apartémonos de la lámpara y te lo contaré todo —dijo por fin—. ¿Dónde vamos?

—¿Dónde? ¿Dónde quieres que vaya si no es a la casa en que vivía, mi casa?

Andaban lentamente.

—Voy a decírtelo —dijo Rantel de repente—. Te he seguido para saber dónde ibas. En cuanto supe que no ibas a casa de Braigon, te he alcanzado.

—¿A casa de Braigon? Oh, Rantel, ¿todavía te sientes tan desgraciado?

—No puedo evitarlo, Keda, no puedo cambiar.

Habían llegado a la plaza.

—Hemos venido aquí para nada —dijo Rantel deteniéndose en la oscuridad—. ¿Me oyes, Keda? Para nada. Tengo algo que contarte. Oh, me duele tener que contártelo.

Nada de lo que él pudiera decir acallaría la voz que continuaba gritando dentro de ella: «¡Estoy contigo, Keda! ¡Soy *vida*! ¡Soy *vida*! ¡Oh, Keda, Keda, estoy contigo!». Pero una voz que parecía ajena a su verdadero yo, estaba preguntándole:

—¿Por qué hemos venido para nada?

—Te he seguido y te he acompañado hasta aquí, pero tu casa, Keda, la casa donde tallaba tu marido, te la han quitado. No puedes hacer nada. Cuando nos dejaste, los ancianos se reunieron, los Viejos Tallistas, y le dieron tu casa a uno de los suyos, pues ahora que tu marido ha muerto, dicen, ya no eres digna de vivir en la plaza del Jinete Negro.

—Y las tallas de mi marido, ¿qué han hecho con ellas?

Mientras esperaba una respuesta, Keda oyó cómo la respiración de Rantel se hacía más acelerada y alcanzó a ver que se pasaba el antebrazo por la frente.

—Voy a decírtelo. ¡Oh, llamas!, ¿por qué soy tan lento, tan *lento*? Mientras te esperaba en las rocas, como cada noche desde que te fuiste, Braigon entró en tu casa y encontró a los ancianos repartiéndose tus esculturas. «No volverá nunca más», decían. «Es una mala mujer. Las tallas quedarán abandonadas y las atacará la carcoma». Entonces Braigon sacó un cuchillo, encerró a los ancianos en una habitación debajo de

las escaleras, e hizo doce viajes y llevó las tallas a su propia casa, donde las ha escondido, dice, hasta que vuelvas. *Y yo,* Keda, Keda, ¿qué puedo hacer yo por ti? Oh, Keda, ¿qué puedo hacer?

—Abrázame fuerte —le dijo ella—. ¿De dónde viene esa música?

En el silencio, oyeron la voz de un instrumento.

—Keda…

Rantel escondió la cara en los cabellos de Keda, abrazándola. Keda oía los latidos del corazón de Rantel. La música había cesado de repente, y el silencio volvió tan continuo como la oscuridad que los envolvía.

Rantel habló por fin:

—No viviré hasta que te tome, Keda. Entonces podré vivir. Soy escultor. Arrancaré a la madera una obra de gloria. Haré para ti un símbolo de mi amor. Será una curva en vuelo. Brincará. Una figura escarlata con manos tiernas como flores, y pies que se mezclan con la aspereza de la tierra, pues será el cuerpo el que brincará. Tendrá ojos que lo verán todo, y serán de color violeta como el borde de los relámpagos en primavera, y en el pecho grabaré tu nombre, Keda, Keda, Keda, tres veces, pues estoy enfermo de amor.

Keda levantó la mano y sus dedos fríos recorrieron la huesuda frente de Rantel, los pómulos prominentes, y llegaron a la boca, y tocaron los labios.

Al cabo de un rato, Rantel susurró:

—¿Estabas llorando?

—De alegría —dijo ella.

—Keda…

—Sí…

—¿Podrás soportar noticias crueles?

—Ya nada puede herirme —dijo Keda—. Ya no soy la que conocías. Estoy viva.

—La ley que te obligó a casarte, Keda, puede atarte una vez más. Hay otro. He oído decir que te está esperando, Keda, que espera tu regreso. Pero lo mataré, Keda, si quieres. —Keda notó que el cuerpo de Rantel se endurecía y la voz se le hacía más áspera—. ¿Quieres que lo mate?

—No hables de muerte —dijo Keda—. Nunca seré suya. Llévame a tu casa. —Oyó su propia voz y le pareció la voz de otra mujer, una voz clara y tan diferente—. Llévame contigo. En cuanto sepa que nos hemos amado, no me querrá más. Se han quedado con mi casa, ¿dónde puedo dormir esta noche si no es contigo? Por primera vez me siento feliz. Esta noche lo veo todo claro, el bien y el mal, la verdad y la mentira. Ya no tengo miedo. Y tú, ¿tienes miedo?

—¡No tengo miedo! —exclamó Rantel en la sombra—, si nos amamos.

—Amo todo, todo —dijo Keda—. No hablemos más.

Aturdido, Rantel la llevó fuera de la plaza, y atravesando las callejuelas menos frecuentadas, llegaron por fin a la puerta de una vivienda al pie de la muralla del castillo.

La habitación en que entraron estaba fría, pero en menos de un minuto Rantel había hecho que la luz del fuego danzara por las paredes. El suelo de barro estaba cubierto con la estera de fibras vegetales común a todas las moradas.

—Nuestra juventud pasará muy pronto —dijo Keda—. Pero en este momento todavía somos jóvenes, y esta noche estamos juntos. La calamidad de nuestro pueblo caerá sobre nosotros dentro de un año, o tal vez dos, pero no ahora. AHORA, Rantel, AHORA es lo que nos hace vivir. ¡Qué rápido has encendido el fuego! ¡Oh, Rantel, qué hermoso lo hiciste! Abrázame otra vez.

Mientras la abrazaba, se oyeron unos golpecitos en la ventana; Keda y Rantel no se movieron; se quedaron escuchando cómo los golpecitos iban en aumento hasta que el tosco trozo de cristal empotrado en la pared de barro vibró con un tamborileo incesante. Al volumen creciente de la lluvia repentina se unieron los primeros aullidos de un viento joven.

Pasaron las horas. Tendidos sobre bajas planchas de madera, Rantel y Keda descansaban al calor del fuego, los dos indefensos ante el amor del otro.

Cuando despertó, Keda se quedó un rato inmóvil. Tenía el brazo de Rantel sobre el cuerpo, la mano en el pecho de ella como la de un niño. Levantándole el brazo, se separó lentamente de él, y le bajó otra vez la mano con cuidado hasta el suelo. Luego se levantó y fue hacia la puerta. Desde los primeros pasos, sintió en todo el cuerpo la jubilosa convicción de que todavía era invulnerable. Descorrió el pestillo y abrió la puerta de golpe. Sabía que se enfrentaría con la muralla de Gormenghast. La base se erguiría como un abrupto acantilado, a tiro de piedra. Allí estaba, pero había algo más. Por lo que ella había visto, la cara exterior de la muralla había sido siempre un símbolo de lo duradero y lo inmutable, del poder, la austeridad y la protección. La había conocido con muchos estados de ánimo. Cocida hasta una blancura de polvo, y animada con lagartos que tomaban el sol; recordó cómo la piedra se escamaba. La había visto cubierta de

florecillas rosadas y azules, que se extendían como campos de humo coloreado en abril sobre acres de superficie tibia. Había visto los protuberantes rebordes de piedra, los salientes irregulares revestidos de escarcha y orlados de carámbanos. Y también había visto cómo la nieve esponjosa se posaba sobre esos salientes, de manera que en la oscuridad, cuando la muralla desaparecía en la noche, los sitios nevados parecían enormes estrellas suspendidas.

Y ahora, esta mañana iluminada de finales de otoño parecía dar a la muralla un estado de ánimo que concordaba con el de Keda. Pero al contemplar la soleada superficie, centelleante tras una noche de lluvia torrencial, vio un hombre sentado al pie de la muralla, con la sombra detrás de él. Estaba tallando una rama que tenía en la mano. Pero aunque era Braigon quien estaba allí sentado y quien levantó los ojos cuando la puerta se abrió, ella no gritó alarmada, ni tampoco sintió miedo o vergüenza; se limitó a mirarlo tranquilamente, felizmente, y lo vio como una figura al pie de una pared centelleante, un hombre que tallaba una rama; alguien a quien había deseado volver a ver.

Braigon no se levantaba y Keda se le acercó y se sentó junto a él. Tenía una cabeza y un cuerpo macizos; de complexión cuadrada, daba una impresión de poder y energía compactos. Una espesa maraña de rizos le cubría la cabeza.

—¿Cuánto tiempo hace que estás ahí sentado, Braigon, tallando al sol?

—No mucho.

—¿Por qué has venido?

—Para verte.

—¿Cómo supiste que había vuelto?

—Porque no podía seguir trabajando.

—¿No podías tallar? —dijo Keda.

—No podía ver lo que hacía. Veía tu cara en lugar de la talla.

Keda soltó un suspiro profundo y tembloroso: sintió un dolor dentro y se llevó las manos al pecho.

—¿Y por qué has venido?

—No vine enseguida. Sabía que Rantel te encontraría cuando salieras por la puerta de la muralla, porque te espera todas las noches escondido entre las rocas. Sabía que estaría contigo. Pero esta mañana he venido a preguntarle si te había encontrado una vivienda para la noche, y dónde estabas, pues sabía que te habían quitado la casa de acuerdo con la ley de la Plaza de Barro. Pero cuando llegué aquí hace una hora, vi el aspecto de tu cara en la puerta, y era una cara feliz; por eso te he esperado aquí. ¿Eres feliz, Keda?

—Sí —dijo ella.

—En el castillo te daba miedo volver; pero ahora que estás aquí, no tienes miedo. Ya veo por qué —dijo él—. Has descubierto que estás enamorada. ¿Lo amas?

—No lo sé. No entiendo. Estoy en las nubes, Braigon. No puedo decir si lo amo o no, o si lo que amo tanto es el mundo, el aire y la lluvia de anoche, y las pasiones que se abrieron como flores en los capullos apretados. Oh, Braigon, no lo sé. Si amo a Rantel, entonces también te amo a ti. Ahora mientras te miro, con la mano en la frente y los labios que se mueven apenas, es a ti a quien amo. Amo que no hayas llorado de rabia y que no te hayas hecho pedazos al encontrarme aquí. La manera en que te has sentado aquí a solas, oh, Braigon, tallando la rama y esperando, sin miedo, comprendiéndolo todo… aún no sé cómo, pues no te he dicho nada sobre lo que de pronto me ha transformado.

Se apoyó contra la pared, y el sol de la mañana le iluminó el rostro pálidamente.

—¿Puede ser que haya cambiado *tanto*?

—Te has liberado.

—Braigon —exclamó Keda—, es a ti…, es a *ti* a quien amo. —Se retorció las manos—. Sufro por ti y por él, pero el sufrimiento me hace feliz. Tengo que contarte la verdad, Braigon. Estoy enamorada de todo, de todas las cosas, aun del sufrimiento, porque ahora observo todo desde arriba. Ha sucedido algo, y ahora me siento clara…, clara. Pero te amo a ti, Braigon, más que a cualquier otra cosa. Es *a ti* a quien amo.

Como si no hubiera oído, Braigon movió distraídamente la rama en la mano y después se volvió hacia Keda.

Había apoyado la pesada cabeza en la muralla, y ahora la miraba con los ojos entornados.

—Keda —dijo—, te esperaré esta noche. En la hondonada de hierba al pie del Bosque Retorcido. ¿Te acuerdas?

—Allí estaré —dijo ella, y en ese mismo momento el aire vibró entre sus cabezas y la punta de acero de un largo cuchillo golpeó las piedras entre ellos y se rompió con el impacto.

Rantel estaba delante de ellos; temblaba.

—Tengo otro cuchillo —dijo con un susurro que apenas se oyó—. Es un poco más largo. Y estará más

afilado esta noche cuando vaya a buscaros a la hondonada. Hoy hay luna llena. ¡Keda! ¡Oh, Keda! ¿Has olvidado?

Braigon se puso de pie. Se había movido sólo para ponerse delante de Keda. Ella había cerrado los ojos y tenía una cara inexpresiva.

—No puedo evitarlo —dijo—. No puedo evitarlo. Me siento feliz.

Braigon enfrentó a Rantel. Habló por encima del hombro, pero sin quitarle los ojos de encima.

—Tiene razón —dijo—. Lo veré a la puesta del sol. Uno de los dos volverá a ti.

Entonces Keda se llevó las manos a la cabeza.

—¡No, no, no, no! —chilló. Pero sabía que así tenía que ser, y se calmó, apoyándose cabizbaja contra el muro; los cabellos rizados le caían sobre la cara.

Los dos hombres se fueron; sabían que no podían estar con ella en aquel día aciago. Tenían que preparar las armas. Rantel volvió a entrar en la casa de barro y salió unos momentos más tarde, envuelto en una capa. Se acercó a Keda.

—No entiendo tu amor —le dijo.

Ella levantó los ojos y vio la cabeza erguida de Rantel, los cabellos como un matorral de oscuridad.

No respondió. Sólo veía la fuerza de él, sus pómulos salientes y su mirada apasionada. Sólo veía su juventud.

—Yo soy la causa —dijo por fin—. Soy yo la que debería morir. Y voy a morir —dijo apresuradamente —. Pronto; pero hoy, ¿qué me pasa hoy? No siento miedo ni odio, y no me importa el dolor ni la muerte. Perdóname. Perdóname.

Se volvió y le aferró la mano que sostenía el puñal.

—No sé. No entiendo —dijo—. No creo que haya nada que hacer.

Le soltó la mano y él se marchó a lo largo de la muralla y desapareció en un recodo a la derecha.

También Braigon se había ido. Los ojos de Keda se nublaron.

Keda —se dijo a sí misma—. Keda, esto es una tragedia.

Pero las palabras quedaron flotando vacías en el aire de la mañana mientras ella apretaba los puños y no sentía ninguna angustia, y el pájaro brillante que le llenaba el pecho estaba allí todavía cantando…, estaba todavía cantando.

LA HABITACIÓN DE LAS RAICES

—YA ES SUFICIENTE por hoy —dijo *lady* Cora dejando el bordado en una mesa junto a su silla.

—Pero si sólo has dado tres puntadas, Cora —dijo *lady* Clarice, tirando del hilo con el brazo en alto.

Cora la miró, desconfiada.

—Me has estado espiando —dijo—, ¿verdad que sí?

—¿Y por qué no? Bordar no es un asunto secreto —respondió su hermana meneando la cabeza.

Cora no quedó convencida y empezó a frotarse una rodilla contra otra, con aire resentido.

—Yo también he acabado —dijo Clarice, rompiendo el silencio—. Medio pétalo; suficiente para un día como hoy. ¿Ya es la hora del té?

—¿Por qué siempre quieres saber la hora? —dijo Cora—. «¿Es la hora del desayuno, Cora?»… «¿Es la hora de la cena, Cora?»… «¿Es la hora del té, Cora?». Y siempre lo mismo. ¿No sabes que la hora no tiene importancia?

—La tiene si estás con hambre —respondió Clarice.

—No es verdad. Nada tiene mucha importancia; ni siquiera cuando estás con hambre.

—Sí que la tiene —disputó su hermana—. Yo lo *sé*.

—Clarice Groan —dijo Cora severamente, levantándose de la silla—, tú sabes *demasiado*.

Clarice no respondió, pero se mordió el delgado y caído labio inferior.

—Normalmente cosemos mucho más tiempo, ¿no es verdad? —dijo por fin—. A veces nos pasamos horas y horas, y casi siempre hablamos sin parar, pero hoy no hemos hablado nada, ¿verdad, Cora?

—No —dijo Cora.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Supongo que no teníamos ganas de hablar, tontaina.

Clarice se levantó, se alisó el vestido de satén púrpura, y luego miró burlonamente a su hermana.

—Ya sé por qué no hemos hablado.

—Oh no, no lo sabes.

—Sí que lo sé —dijo Clarice—. *Yo* lo sé.

Cora arrugó la nariz, y con un gran crujido de faldas se encaminó a un gran espejo de pared y se reajustó una horquilla en el pelo. Cuando creyó que había pasado el tiempo suficiente, insistió:

—Oh, no, tú no sabes nada —dijo, y miró a su hermana en el espejo, por encima del reflejo de su propio hombro. De no haber tenido cuarenta y nueve años para haberse acostumbrado al fenómeno, seguramente se habría asustado al ver que en el espejo había otra cara junto a la suya, un poco más pequeña, es cierto, pues su hermana estaba detrás, pero de una similitud sorprendente.

Vio cómo la cara del espejo abría la boca.

—Sí que sé —le llegó la voz desde atrás—, porque sé lo que *tú* estabas pensando. Es fácil.

—Tú *crees* saberlo —dijo Cora—, pero yo sé que no es verdad, porque yo sí sé exactamente lo que tú has estado pensando todo el día que yo estaba pensando, y por eso lo sé.

La lógica de esta respuesta no dejó una impresión duradera en Clarice, pues aunque calló unos instantes, enseguida continuó:

—¿Quieres que te diga lo que has estado meditando?

—Supongo que puedes decirlo si quieres. No me importa. ¿Y bien? Estoy dispuesta a escucharte. Venga, habla.

—Ahora no estoy segura de querer decirlo —dijo Clarice—. Me parece que me lo voy a guardar, aunque es *evidente*. —Pronunció la palabra «evidente» con mucho énfasis—. ¿Todavía no es la hora del té? ¿Toco la campanilla, Cora? Qué lástima que esté demasiado ventoso para ir al Árbol.

—Estabas pensando en ese muchacho Pirañavelo —dijo Cora, que se había deslizado al lado de su

hermana y la miraba muy de cerca. Notó que al retomar el tema tan de repente había sorprendido a la pobre Clarice.

—Y tú también —dijo Clarice—. Hace rato que lo sabía. ¿A que sí?

—Sí, lo sabía —dijo Cora—, hace mucho rato. Ahora las dos lo sabemos.

El fuego recién encendido lanzaba irrespetuoso las sombras de las mellizas de un lado a otro del techo y sobre las paredes donde colgaban muestras de sus bordados. Era una sala amplia, de unos treinta pies por veinte. Frente a la entrada del pasillo había una puerta pequeña, una abertura semicircular que daba a la Habitación de las Raíces. A ambos lados de esta abertura había dos grandes ventanas con gruesos cristales dispuestos en rombos, y en las otras dos paredes de la sala —en una de las cuales estaba la pequeña chimenea— había dos puertas angostas: una llevaba a la cocina y las habitaciones de los dos criados, y la otra al comedor y al sombrío dormitorio amarillo de las mellizas.

—Dijo que nos exaltaría —dijo Clarice—. Lo oíste, ¿no?

—No estoy sorda —dijo Cora.

—Dijo que no nos honraban bastante, y que tenemos que acordarnos de quiénes somos. Somos *lady* Clarice y Cora Groan, eso es lo que somos.

—Cora y Clarice —corrigió su hermana— de Gormenghast.

—Pero no damos miedo a nadie. Él dijo que los obligaría.

—¿A qué, querida? —Al comprobar que los pensamientos de las dos habían sido idénticos, Cora había empezado a ceder.

—Que los obligaría a tener miedo —dijo Clarice—. Esto es lo que deberían hacer. ¿Verdad que sí, Cora?

—Sí, pero no lo hacen.

—No. Eso es lo que pasa —dijo Clarice—, aunque esta mañana lo he intentado.

—¿Qué, querida? —dijo Cora.

—Aunque esta mañana lo he intentado —repitió Clarice.

—¿Intentado qué? —preguntó Cora en un tono más bien condescendiente.

—¿Te acuerdas cuando dije «Voy a dar una vuelta»?

—Sí. —Cora se sentó y se sacó del pecho plano un diminuto pero pesadamente perfumado pañuelo—. ¿Qué ha ocurrido?

—No fui nunca al cuarto de baño —dijo Clarice, sentándose de pronto muy rígida—. En cambio fui a buscar tinta. Tinta *negra*.

—¿Para qué?

—No pienso decírtelo por ahora, aún no es el momento —dijo Clarice dándose importancia; le temblaba la nariz, como a un potrillo salvaje—. Cogí la tinta negra y la vertí en una jarra. Había mucha. Luego me repetí lo que tú me dices tantas veces, y que yo también te digo a ti, que Gertrude no es mejor que nosotras, en realidad no puede ni compararse con nosotras, porque no tiene ni una gota de sangre Groan en las venas, sólo la sangre corriente que no sirve para nada. De modo que cogí la tinta y sabía lo que quería hacer. No te lo conté porque hubieras podido decirme que no lo hiciera, y no sé por qué te lo cuento ahora, porque quizá pienses que hice mal, pero como ahora ya está hecho, no importa lo que pienses, ¿verdad, querida?

—Todavía no lo sé —dijo Cora un tanto displicente.

—Pues bien, sabía que Gertrude tenía que ir a la Galería Central a las nueve para recibir a los siete mendigos más horribles de Extramuros, y verterles mucho aceite por encima, por lo que fui a las nueve a la puerta de la Galería Central con mi jarra de tinta, y me acerqué a Gertrude, pero no era como yo quería, pues llevaba un vestido negro.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Cora.

—Pues que quería echarle la tinta encima del vestido.

—Eso estaría bien, *muy* bien —dijo Cora—. ¿Lo hiciste?

—Sí —dijo Clarice—, pero no se notó porque el vestido era negro, y de todas maneras no me vio cuando se la tiraba porque estaba hablando con un estornino.

—Uno de *nuestros* pájaros —dijo Cora.

—Sí, uno de los pájaros robados. Pero los otros me vieron. Se quedaron con la boca abierta. Vieron mi intención, pero como Gertrude no llegó a enterarse, mi intención no sirvió de nada. Luego no tenía nada más que hacer y sentí miedo, y he venido corriendo hasta aquí; me parece que ahora limpiaré la jarra.

Se levantó para poner en práctica esta idea, pero en aquel momento se oyeron en la puerta unos golpes discretos. Los visitantes eran pocos y raros, y por un momento estuvieron demasiado excitadas para decir «Entre».

Cora fue la primera en abrir la boca, y su voz inexpresiva sonó más alta de lo que se había propuesto:

—Entre.

Clarice estaba junto a ella. Los hombros de las dos se tocaron un momento. Tenían las cabezas echadas hacia adelante como si estuvieran asomadas a una ventana.

Se abrió la puerta y apareció Pirañavelo, sosteniendo bajo el brazo un elegante bastón con un reluciente puño de metal. Ahora que había restaurado y pulido el bastón-espada robado, no se separaba nunca de él. Iba vestido de negro como de costumbre, y se había comprado una cadena de oro que llevaba colgada al cuello. Se había oscurecido con brillantina la exigua cuota de cabellos rubios, y se la había cepillado hacia adelante en una amplia curva sobre la frente pálida.

En cuanto hubo cerrado la puerta, apretó el bastón elegantemente bajo el brazo, y se inclinó.

—Sus señorías —dijo—, mi injustificada intrusión en la intimidad de ustedes, sin más trámite que unos sumarios golpes en la puerta, podría sin duda considerarse el colmo de la impertinencia si no fuera porque me trae un asunto grave.

—¿Quién ha muerto? —dijo Cora.

—¿Gertrude? —apuntó Clarice.

—Nadie ha muerto —dijo Pirañavelo acercándose—. Les contaré los hechos dentro de unos minutos; pero primero, mis estimadas señorías, me sentiría muy honrado si me permitieran admirar los bordados de ustedes. ¿Me permiten verlos?

Miró a una y otra con aire interrogante.

—Ya los había mencionado antes, en casa de los Prunescualo —susurró Clarice a su hermana—. Dijo que los quería ver, nuestros bordados.

Clarice tenía la firme convicción de que mientras susurrase, por muy alto que fuera, nadie oiría una palabra excepto su hermana.

—Lo he oído —dijo su hermana—. No creas que estoy ciega.

—¿Qué le gustaría ver primero? —dijo Clarice—. ¿Nuestras labores, la Habitación de las Raíces o el Árbol?

—Si no me equivoco —dijo Pirañavelo a modo de respuesta—, las creaciones de la aguja de ustedes adornan las paredes que nos rodean, y después de haberlas visto como un relámpago, por decirlo de algún modo, no puedo resistirme a examinarlas con más detenimiento, antes de tener el placer de visitar la Habitación de las Raíces.

—Ha dicho «creaciones de nuestra aguja» —susurró Clarice con una voz desanimada y alta que se oyó en toda la habitación.

—Naturalmente —dijo su hermana, y se encogió otra vez de hombros, y volviéndose a Pirañavelo torció levemente hacia arriba la comisura de la boca, y aunque el resultado fue tan poco expresivo como la curva entre los labios de un bacalao muerto, el joven la interpretó como un mensaje: tanto él como ella estaban muy por encima de comentarios tan obvios.

—Antes que nada —dijo Pirañavelo, dejando sobre la mesa lo que parecía un inocente bastón—, ¿me permiten que les pregunte, con toda inocencia, por qué han tenido que molestarse ustedes personalmente en invitarme a entrar? Ha sido sin duda una distracción del lacayo de ustedes. ¿Por qué no estaba a la puerta para preguntar quién deseaba verlas y para informarles antes de que ustedes permitieran ser invadidas? Disculpen la curiosidad, mis queridas señorías, pero ¿dónde está el lacayo? ¿Quieren que hable con él?

Las hermanas se miraron fijamente y luego miraron al joven. Por fin, Clarice confesó:

—No tenemos lacayo.

Pirañavelo, que se había alejado a propósito, giró sobre los talones y dio enseguida un paso atrás, como si estuviera estupefacto.

—¡No tienen lacayo! —dijo, mirando a Cora.

Cora sacudió la cabeza.

—Sólo una mujer vieja que huele. Pero ningún lacayo.

Pirañavelo se acercó a la mesa, y apoyando las manos encima, se quedó mirando al vacío.

—Sus señorías Cora y Clarice Groan de Gormenghast no tienen lacayo…, no tienen más que una mujer vieja que huele. ¿Dónde están los criados? ¿Dónde está el séquito, el cortejo de sirvientes? —Enseguida, con una voz apenas más fuerte que un susurro—: Hay que remediarlo. Esto no puede seguir así. —Chasqueó la lengua y enderezó la espalda—. Y ahora —continuó con voz más alegre— las labores de aguja nos esperan.

Mientras inspeccionaban las paredes, las palabras de Pirañavelo empezaron a refertilizar las semillas de rebelión que había sembrado ya en casa de los Prunescualo. Al tiempo que alababa las obras, el joven observaba a las hermanas de reojo, y advertía que aunque estaban muy contentas mostrando sus bordados, sus mentes no dejaban de volver a la conversación que habían tenido antes.

—Lo hacemos todo con la mano izquierda, ¿no es verdad, Cora? —dijo Clarice señalando un horrible conejo verde y rojo, un intrincado trabajo de aguja.

—Sí —dijo Cora—, se tarda mucho porque está hecho todo así, con la mano izquierda. Tenemos el brazo derecho inservible, ¿sabe? —Se volvió hacia Pirañavelo—. Totalmente, totalmente inservible.

—¿De veras, señoría? —dijo Pirañavelo—. ¿Cómo es eso?

—No sólo el brazo derecho —interrumpió Clarice— sino todo el costado derecho y la pierna también. Por eso están tan rígidos. Es por los ataques epilépticos que tuvimos. Es por eso, y por eso mismo nuestros trabajos de aguja son aún más valiosos.

—Y hermosos —dijo Cora.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo Pirañavelo.

—Pero nadie los ve —dijo Clarice—. Siempre estamos solas. Nunca nos piden nuestra opinión sobre nada. Gertrude no nos hace ni caso, y Prunescualo tampoco. Tú sabes lo que tendríamos que tener, ¿verdad, Cora?

—Sí —dijo su hermana—, lo sé.

—Bien —dijo Clarice—. Dímelo, dímelo.

—Poder —dijo Cora.

—Así es. Poder. Eso es exactamente lo que queremos.

Clarice volvió los ojos a Pirañavelo. Luego se alisó la brillante púrpura de la falda.

—Me gustaban mucho —dijo.

Pirañavelo, preguntándose qué diantres querría decir, ladeó la cabeza como si reflexionara sobre la verdad de este comentario, cuando la voz de Cora (como el cuerpo de un lenguado traducido en sonido) preguntó:

—¿Te gustaban mucho *qué* cosas?

—Mis convulsiones —explicó Clarice muy seriamente—. Cuando el brazo empezó a ponérseme rígido. ¿Te acuerdas, Cora, cuando tuvimos aquellos *primeros* ataques? Me gustaban mucho.

Con un gran frufrú de faldas, Cora se plantó delante de su hermana y la amenazó con el dedo índice:

—Clarice Groan —dijo—, hace tiempo que no hablamos de *eso*. Ahora estamos hablando del Poder. ¿Por qué no atiendes a lo que hablamos? Siempre pierdes el hilo. Ya me he dado cuenta.

—¿Y la Habitación de las Raíces? —preguntó Pirañavelo con animación afectada—. ¿Por qué se la llama Habitación de las Raíces? Estoy muy intrigado.

—¿No lo *sabes*? —dijeron las dos voces a dúo.

—No lo sabe —repitió Clarice—. Esto te demuestra lo olvidadas que nos tienen. No sabía nada de nuestra Habitación de las Raíces.

Pirañavelo estuvo poco tiempo en la ignorancia. Siguió a los dos alfileres purpúreos a través de un corto pasadizo, y Cora abrió en el extremo una puerta maciza cuyos goznes hubieran necesitado una pinta de aceite cada uno, y seguida de Clarice entró en la Habitación de las Raíces. Pirañavelo franqueó también el umbral y su curiosidad quedó más que colmada.

Si bien el nombre de la habitación era insólito, le pareció a Pirañavelo muy apropiado. Era exactamente una habitación de raíces. No de unas pocas, sencillas y separadas formaciones, sino de millares de ramificaciones que se torcían, enroscaban, entretejían, bifurcaban, convergían y entrelazaban de nuevo, y cuyo origen ni siquiera los ojos de lince de Pirañavelo consiguieron durante un tiempo averiguar.

Eventualmente descubrió que las ramas más gruesas convergían hacia una abertura estrecha y alta en un extremo de la habitación, por cuya mitad superior el cielo estaba derramando una luz gris y amorfa. A primera vista parecía imposible poder moverse en esa intrincada maraña, pero Pirañavelo observó con sorpresa cómo las mellizas andaban tranquilamente por el laberinto. Años de experiencia las habían familiarizado con los posibles trayectos hasta la ventana. Ya habían llegado y contemplaban el crepúsculo. Pirañavelo intentó seguirlas, pero pronto se encontró irremediablemente perdido. Mirara donde mirara, no veía más que una red de extraños brazos que se alzaban y caían, se inclinaban y arañaban, inmóviles y sin embargo animados con ritmos serpentinos.

No obstante, las raíces estaban muertas. En otro tiempo la habitación tenía que haber estado repleta de tierra, pero ahora, suspendidas sobre todo en lo alto de la habitación, las fibrosas extremidades arañaban impotentes el aire. No bastaba que Pirañavelo se encontrase en una habitación tan incongruentemente monopolizada; el hecho de que cada una de las retorcidas ramificaciones estuviera *pintada a mano* era aún más sorprendente. Las varias ramas principales y sus leñosos tributarios, hasta el más diminuto de los riachuelos de raíz, tenían su color particular, y parecía que siete troncos coloreados de amarillo, rojo, verde, violeta, azul pálido, rosa coral y naranja hubieran forzado las ramas desnudas a través de la ventana. La

concentración de esfuerzo necesaria para la tarea de pintar las ramas tenía que haber sido tremenda, sin hablar de las molestias y dificultades casi sobrehumanas con que se habrían encontrado a la hora de determinar, en el inextricable laberinto de las raíces más delgadas, qué filamento provenía de qué raíz, qué raíz de qué rama, y qué rama de qué tronco, pues sólo después de descubrir la fuente podía aplicarse el color correcto.

El objetivo había sido que los pájaros escogieran al entrar las raíces cuyos colores se aproximaran más a su propio plumaje, o si lo preferían, que anidaran en aquellas raíces que tenían una tonalidad complementaria.

La tarea había llevado a las hermanas más de tres años, y sin embargo, cuando dieron la última pincelada se comprobó que el proyecto había sido inútil, la Habitación de las Raíces un fracaso, las esperanzas un sueño congelado. Las hermanas nunca se recuperaron de esta humillación. Es cierto que la habitación como tal les agradaba, pero que los pájaros no se acercaran jamás, y menos aún se posaran o anidaran en las ramas multicolores, era una llaga todavía abierta en sus supuestos cerebros.

A este enojoso desengaño podían oponer sin duda el orgullo de ser dueñas de una Habitación de Raíces. Y no sólo las Raíces, sino lógicamente también el Árbol, cuyas ramas se habían alimentado de las raíces, hasta la ramita más elevada, y que en el pasado remoto había estallado cada mes de abril con nuevos brotes verdes. Aquel Árbol era la principal satisfacción de las hermanas; les daba algo de esa distinción que ahora querían negarles.

Las mellizas apartaron los ojos de las ramas y miraron alrededor en busca de Pirañavelo. Estaba todavía atrapado en el laberinto.

—¿Pueden ayudarme, mis queridas señorías? —gritó, intentando verlas a través de una confusa maraña de fibras purpúreas.

—¿Por qué no vienes a la ventana? —dijo Clarice.

—No encuentra el camino —dijo Cora.

—¿No lo encuentra? No veo por qué —dijo Clarice.

—Porque no lo encuentra. Ve y enséñaselo.

—Está bien. Pero tiene que ser muy estúpido —dijo Clarice avanzando entre las espesas paredes de raíces que parecían abrirse delante de ella y cerrarse detrás. Cuando alcanzó a Pirañavelo, pasó de largo sin detenerse. Sólo pisándole prácticamente los talones consiguió Pirañavelo llegar hasta la ventana. Allí había un poco más de espacio, pues los siete troncos que se abrían paso por la mitad inferior se elevaban unos cuatro pies en la habitación antes de empezar a dividirse y subdividirse. Junto a la ventana había unos escalones que conducían a una pequeña plataforma encima de los gruesos troncos horizontales.

—Mira hacia afuera —dijo Cora en cuanto llegó Pirañavelo—, y lo verás.

Pirañavelo subió los escalones y vio que el tronco principal del árbol estaba suspendido horizontalmente en el espacio, antes de subir a gran altura, y entonces reconoció el árbol que había visto desde lo alto de los tejados, a media milla de distancia cerca del campo de piedra.

Aunque entonces le había parecido que las distantes figuras se balanceaban peligrosamente en el vacío, ahora vio que en realidad habían estado paseándose sin mucho riesgo, pues la parte superior del tronco era una superficie plana, e incluso cuando el árbol empezaba a ascender y ramificarse había espacio suficiente para acomodar a diez o doce personas, de pie y apiñadas.

—Eso sí que es un *árbol* —exclamó Pirañavelo—. Estoy maravillado. ¿Siempre lo han visto muerto?

—Naturalmente —dijo Clarice.

—No somos tan viejas —dijo Cora.

Era la primera broma que hacía en más de un año, y cuando intentó sonreír, los músculos faciales, anquilosados por la prolongada falta de práctica, no le respondieron.

—¿No tan viejas como qué? —preguntó Clarice.

—No entiendes nada —respondió Cora—. Eres mucho más torpe que yo. Ya me he dado cuenta.

ATISBOS DE GLORIA

—QUIERO TÉ —dijo Clarice, y encabezando la marcha, cubrió una vez más el milagroso trayecto a través de la habitación, con Pirañavelo pegado a sus talones como una sombra mientras que Cora tomaba un camino alternativo.

De nuevo en el comparativamente prosaico salón en el que la anciana había encendido las bujías, se sentaron delante del fuego, y Pirañavelo pidió permiso para fumar. Cora y Clarice se consultaron con la mirada y asintieron con lentos movimientos de cabeza. Pirañavelo llenó la pipa y la encendió con una pequeña brasa roja.

Clarice había tirado del cordón de una campana que pendía junto a la pared, y mientras los tres estaban sentados en semicírculo alrededor de las llamas, con Pirañavelo en la silla del medio, se abrió una puerta a la derecha y apareció una anciana de piel oscura, piernas muy cortas y cejas pobladas.

—Té, me imagino —dijo con una voz cavernosa que parecía provenir del piso de abajo.

Al ver a Pirañavelo, se restregó la desagradable nariz con el revés de la mano, y desapareció cerrando la puerta con un portazo explosivo. Los bordados ondearon en la corriente de aire y volvieron a caer lánguidamente contra las paredes.

—Eso es excesivo —dijo Pirañavelo—. ¿Cómo pueden tolerarlo?

—¿Tolerar qué? —dijo Clarice.

—¿No irán a decirme, mis señorías, que se han acostumbrado a que las traten de manera tan brusca e insolente? ¿No les importa que las dignidades naturales y hereditarias de ustedes sean ignoradas y pisoteadas por una anciana plebeya que da esos portazos y les habla como si pertenecieran al mismo degradado nivel? ¿Cómo puede la sangre Groan, que circula orgullosamente por las venas de ustedes en una corriente sin mezcla, permanecer impasible? ¿Por qué no hierve ahora mismo en una cólera purpúrea?

Hizo una pequeña pausa y se inclinó hacia adelante.

—Gertrude, la esposa del hermano de ustedes, les ha robado los pájaros. Por culpa de esa mujer, la labor que con tanto amor han llevado a cabo entre las raíces ha resultado estéril. Incluso el Árbol es ignorado. Yo no había oído nada de ese árbol. ¿Y por qué no había oído nada? Porque ustedes y todo lo que les pertenece ha sido arrinconado, ignorado, olvidado. Quedan pocos miembros de la noble y ancestral familia de Gormenghast para seguir cumpliendo los ritos inmemoriales, y no obstante, ustedes dos, que podrían hacerlo con mayor escrupulosidad que cualquiera, son desairadas una y otra vez.

Las mellizas le clavaban los ojos. En cuanto calló, volvieron a mirarse. Las palabras de Pirañavelo, aunque a veces demasiado rápidas para ellas, lograban sin embargo comunicarles el meollo subversivo. Aquí, y de boca de un extraño, sus propias aflicciones y resentimientos eran aireados y formulados.

La anciana de piernas cortas regresó con una bandeja que colocó delante de ellos con un mínimo de deferencia. Se alejó andando torpemente; ya en la puerta se volvió, miró un rato al visitante, y se restregó de nuevo la nariz con el revés de la manaza.

En cuanto desapareció, Pirañavelo se inclinó hacia adelante, y volviéndose ya a Cora, ya a Clarice, las miró de cerca con ojos atentos, y dijo:

—¿Creen ustedes en el honor? Respóndanme, sus señorías, ¿creen en el honor?

Las dos asintieron mecánicamente.

—¿Creen que la injusticia ha de dominar en el castillo?

Menearon las cabezas.

—¿Creen que ha de proliferar sin freno, que ha de florecer sin una justa retribución?

Clarice, que había perdido el hilo de la última pregunta, esperó hasta ver que Cora sacudía la cabeza, antes de imitarla.

—En otras palabras —dijo Pirañavelo—, piensan que es preciso *hacer* algo. Algo que aplaste esta tiranía.

Asintieron de nuevo, y Clarice no pudo dejar de sentir cierta satisfacción por no haberse equivocado ni una sola vez con sus movimientos de cabeza.

—¿Tienen alguna idea? —preguntó Pirañavelo—. ¿Tienen previsto algún plan?

Las dos sacudieron la cabeza al mismo tiempo.

—En ese caso —dijo Pirañavelo, extendiendo las piernas hacia adelante y cruzándolas a la altura de los tobillos—, ¿me permiten una sugerencia, sus señorías?

De nuevo las observó con una mirada aduladora, primero a una y luego a la otra, esperando a que consintieran. Una tras otra asintieron gravemente, sentadas muy rígidas en las sillas.

Entretanto, el té y los bollos se enfriaban, pero los tres los habían olvidado.

Pirañavelo se incorporó y se instaló de espaldas al fuego de modo que pudiera observar a las dos hermanas a la vez.

—Sus graciosas señorías —comenzó—, he recibido información del más vivo interés. Información que concierne al desagradable tema que nos vemos obligados a tratar. Les ruego una total concentración; pero antes voy a hacerles una pregunta: ¿quién tiene un dominio indiscutible sobre Gormenghast? ¿Quién, teniendo esa autoridad, no la utiliza y permite que las grandes tradiciones del castillo de los Groan vayan a la deriva, olvidando que tiene hermanas de su misma sangre y linaje, y con derecho a que las homenajeen y…?, ¿he de decirlo?…, sí, ¿también a que las adulen? ¿Quién es este hombre?

—Gertrude —respondieron las hermanas.

—Vamos, vamos —continuó Pirañavelo enarcando las cejas—. ¿Quién ignora incluso a sus hermanas? ¿Quién es, sus señorías?

—Sepulcravo —dijo Cora.

—Sepulcravo —dijo Clarice.

Aunque no lo demostraban, estaban tan nerviosas y excitadas que habían perdido la poca circunspección que tuvieran alguna vez. Se tragaban enteras cada una de las palabras de Pirañavelo.

—Lord Sepulcravo —les dijo Pirañavelo, haciendo una pausa antes de proseguir—, si no fuera porque son sus hermanas, y de la Familia, ¿cómo me atrevería a hablar en estos términos del señor de Gormenghast? Pero mi deber es ser sincero. *Lady* Gertrude las ha arrinconado, pero ¿quién puede reparar este desaire? ¿Quién en definitiva sustenta el poder final, sino el hermano de ustedes? En mis esfuerzos por rehabilitarlas y conseguir que esta ala sur bulla de nuevo con criados, habrá que recordar que es el egoísta hermano de ustedes a quien hay que tener en cuenta.

—Es verdad, es un egoísta —dijo Clarice.

—Claro que sí —dijo Cora—. Totalmente egoísta. ¿Qué vamos a hacer? ¡Dínoslo! ¡Dínoslo!

—En toda contienda, tanto si es entre inteligencias como entre ejércitos —dijo Pirañavelo—, lo esencial es tomar la iniciativa y golpear fuerte.

—Sí —dijo Cora, que se había deslizado hasta el borde de la silla y se acariciaba las rodillas de heliotropo con rápidos y frenéticos movimientos, que Clarice emulaba.

—Hay que elegir *dónde* golpear —dijo Pirañavelo—, y es evidente que la más sagaz y primera medida consiste en golpear el punto más vulnerable del enemigo. Pero no hay que hacer las cosas a medias. O todo o nada.

—Todo o nada —repitió Clarice.

—Y ahora, queridas señorías, díganme cuál es la pasión del hermano de ustedes.

Las hermanas continuaron tocándose las rodillas.

—¿No es acaso la literatura? —preguntó Pirañavelo—. ¿No es un gran amante de los libros?

Las hermanas asintieron.

—Es muy listo —dijo Cora.

—Pero lo ha leído todo en los libros —dijo Clarice.

—Exactamente —Pirañavelo cogió en seguida el hilo—. Por lo tanto si perdiera sus libros se sentiría completamente derrotado. Si el centro de su vida fuera destruido, él no sería más que una cáscara vacía. Tal como yo lo veo, sus señorías, la biblioteca es el primer objetivo contra el que hemos de arremeter. Porque, señorías —añadió con pasión—, los derechos de ustedes han de ser reconocidos. Es un acto de justicia que clama al cielo. —Con aire dramático, dio un paso hacia *lady* Cora, y levantando la voz le dijo—: *Lady* Cora Groan, ¿no es usted del mismo parecer?

Cora, que seguía sentada en el extremo de la silla, excitada como estaba, se levantó y asintió tan violentamente que los cabellos se le desordenaron y confundieron.

Cuando le llegó el turno, Clarice siguió el ejemplo de Cora. Pirañavelo volvió a encender la pipa con una brasa y se apoyó unos instantes en la repisa de la chimenea, expulsando anillos de humo entre los labios

delgados.

—Señorías, me han prestado una gran ayuda —dijo finalmente con la pipa en la boca y observando un anillo de humo que flotaba hacia el techo—. Estoy convencido, por el honor de ustedes, que están dispuestas a seguir ayudándome en mi lucha por liberarlas.

Por los movimientos de sus cuerpos erguidos comprendió que estaban de acuerdo.

—En ese caso, nuestro primer objetivo —explicó— será cómo vamos a deshacernos de los libros del hermano de ustedes y obligarlo a que asuma sus responsabilidades. ¿Cuál sería para ustedes el método más expeditivo si se trata de destruir toda una biblioteca? ¿Han visitado la biblioteca últimamente, señorías?

Sacudieron las cabezas.

—¿Cómo actuaría usted, *lady* Cora? ¿Qué método utilizaría para destruir cien mil libros?

Pirañavelo se quitó la pipa de la boca y la miró con mucha atención.

—Los quemaría —dijo Cora.

Eso era exactamente lo que Pirañavelo quería oír, pero sacudió la cabeza.

—Eso sería difícil. ¿Con qué podríamos quemarlos?

—Con fuego —dijo Clarice.

—Pero ¿y cómo encenderíamos el fuego, *lady* Clarice? —dijo Pirañavelo fingiendo perplejidad.

—Con paja —dijo Cora.

—Es una posibilidad —dijo Pirañavelo, acariciándose la barbilla—. Me pregunto si el plan sería suficientemente rápido. ¿Usted qué cree?

—¡Sí, sí! —exclamó Clarice—. ¡Es tan bonito ver arder la paja!

—¿Pero bastaría para prender fuego a los libros? —insistió Pirañavelo—. Se necesitaría mucha paja, y ¿sería lo suficientemente rápido?

—¿Qué prisa tenemos? —dijo Cora.

—Hay que actuar con rapidez —dijo Pirañavelo—, pues si no algún entrometido podría apagar las llamas.

—Me encantan los fuegos —dijo Clarice.

—Pero estaría mal quemar la biblioteca de Sepulcravo, ¿verdad que sí?

Pirañavelo había previsto que, tarde o temprano, una de las hermanas podría llegar a arrepentirse, y se había reservado una carta en la manga.

—*Lady* Cora —dijo—, hay momentos en que uno tiene que hacer cosas poco apetecibles. Cuando están en juego asuntos tan importantes, uno no puede manejar la situación con guantes de seda. No. Estamos escribiendo una página de la historia, y hemos de mantenernos firmes. ¿Recuerdan que dije antes que he recibido información? ¿Lo recuerdan? Pues bien, ahora les revelaré lo que ha llegado a mis oídos. No pierdan la calma: recuerden quiénes son. Yo me ocuparé de defender los intereses de ustedes, no teman, pero ahora siéntense, por favor, y escuchen.

»Ustedes me han dicho que no las tratan bien por eso y por lo otro, pero esperen a oír el último escándalo que se comenta por ahí abajo: «A *ellas* no las invitan», se oye en todos los corrillos, «A *ellas* no las invitan».

—¿Invitan a qué? —dijo Clarice.

—¿Invitan adónde? —dijo Cora.

—A la Gran Reunión que el hermano de ustedes ha convocado. En esa Gran Reunión se discutirán los detalles de la fiesta en honor de Titus, el Nuevo Heredero de Gormenghast. Irán todas las gentes importantes, incluso los Prunescualo. Es la primera vez en muchos años que el conde se muestra tan mundano como para reunir a todos los miembros de su familia. Hay muchas cosas, se dice, de las que desea hablar, en relación con Titus, y pienso que esta Gran Reunión que se celebrará la semana próxima es de suma importancia. Nadie sabe con exactitud lo que lord Sepulcravo está planeando, pero parece ser que quiere que los preparativos de la fiesta del primer aniversario de su hijo empiecen enseguida.

»En cuanto a si las invitarán a la Fiesta, no podría asegurarlo, pero a juzgar por lo que he oído sobre cómo las han arrinconado y olvidado, como si fueran un par de zapatos viejos, me atrevería a decir que es muy improbable.

»Como verán —continuó Pirañavelo—, no he perdido el tiempo. He estado escuchando e informándome, y un día mis esfuerzos se verán justificados: cuando las vea, mis estimadas señorías, sentadas a los extremos de una mesa con distinguidos comensales, y cuando oiga el tintineo de copas y las ovaciones que despiertan cada uno de los comentarios de ustedes, entonces me felicitaré por haber tenido desde un principio imaginación y tenacidad para entregarme a la peligrosa tarea de rehabilitarlas como corresponde.

»¿Por qué no las han invitado a la fiesta? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué han de soportar el desdén y la

mofa de la chusma de la cocina de Vulturno?

Pirañavelo calló un momento, y comprobó que había impresionado a las hermanas. Clarice se había ido a la silla de Cora, y las dos estaban sentadas allí muy juntas y erguidas.

—Cuando hace un rato me sugirieron ustedes con gran perspicacia que la solución a este inaguantable estado de cosas era la destrucción de esa molesta biblioteca, he comprendido que tenían razón, y que únicamente con una hazaña de este tipo podrían volver a levantar cabeza y borrar la mancha que las mancilla. La idea es genial. Les ruego, señorías, que actúen de acuerdo con el honor y el orgullo de ustedes. No son ustedes viejas, mis señorías, oh no, no son viejas. Pero ¿son jóvenes? Me gustaría saber que los años que les quedan de vida estarán repletos de días encantadores y de noches románticas. ¿Será así realmente? ¿Daremos el primer paso para que se haga justicia? ¿Sí o no, mis queridas damas, sí o no?

Las hermanas se incorporaron juntas.

—Sí —dijeron—. Queremos recuperar el Poder.

—Queremos recuperar a nuestros criados, queremos recuperar la justicia, y queremos recuperarlo todo —dijo lentamente Cora con una voz inexpresiva en la que se tejía sin embargo el contrapunto de una extrema excitación.

—Y noches románticas —dijo Clarice—. Eso me encantaría. Sí, sí. ¡Que se queme! ¡Que se queme! —continuó en voz alta, como si le palpitara un motor en el pecho plano—. ¡Que se queme, se queme, se queme!

—¿Cuándo? —interrumpió Cora—. ¿Cuándo podremos quemarla?

Pirañavelo alzó una mano tranquilizadora. Pero ellas no le hicieron caso; se inclinaron hacia adelante tomadas de la mano y gritaron con aquellas horribles voces imperturbables:

—¡Que se queme, se queme, se queme, se queme, se queme! —hasta que quedaron agotadas.

Pirañavelo pasó por esta prueba sin amedrentarse. Ahora comprendía mejor por qué se excluía a las dos mellizas de las actividades normales del castillo. Siempre había sabido que eran bobas, pero no que pudieran comportarse de esta manera.

Decidió cambiar de tono.

—¡Siéntense! —espetó—. Las dos. ¡Siéntense!

Las dos obedecieron al instante, y aunque les sorprendió el tono perentorio de la orden, Pirañavelo vio que ahora las tenía completamente dominadas; hubiera querido mostrar su autoridad y saborear por primera vez los siniestros deleites del poder, pero les habló amablemente, ya que por razones que sólo él conocía, lo más perentorio era quemar la biblioteca. Después de esto, ayudado por el temible poder que tendría sobre las hermanas, podría descansar un poco y disfrutar de una deliciosa dictadura en el ala sur.

—Señorías, dentro de seis días —dijo jugueteando con la cadena de oro—, en la víspera de la Gran Reunión a la que no han sido invitadas, la biblioteca estará desierta y entonces podrán quemarla hasta los cimientos. Yo prepararé la mecha y les explicaré más tarde todos los detalles. Pero cuando llegue la gran noche, y vean que hago la señal, ustedes prenderán fuego al combustible, y luego regresarán inmediatamente a esta habitación.

—¿No podremos ver cómo arde? —preguntó Cora.

—Eso —dijo Clarice—, ¿no podremos verlo?

—Desde el Árbol. ¿No querrán que las descubran?

—¡No! ¡No! ¡No!

—Pues lo verán desde el Árbol y así estarán seguras. Yo me quedaré en el bosque para comprobar que nada salga mal. ¿Me han comprendido?

—Sí —respondieron—. Sí, y entonces tendremos Poder, ¿no es cierto?

La ironía inconsciente de este comentario hizo que el labio de Pirañavelo se levantara un poco, pero se limitó a decir:

—Sí, señorías, entonces tendrán Poder.

Acercándose a ellas, les besó las puntas de los dedos. Recogió de la mesa el bastón-espada, fue rápidamente hacia la puerta y saludó con una reverencia.

Antes de abrir, dijo:

—Ningún otro lo sabrá, nunca. Sólo nosotros lo sabremos, ¿no es así?

—Sí —dijeron—, sólo nosotros.

—Volveré dentro de un día o dos —añadió Pirañavelo—, para ultimar los detalles. El honor de ustedes ha de quedar a salvo.

Sin decir buenas noches, abrió la puerta y desapareció en la oscuridad.

PREPARATIVOS PARA EL INCENDIO

PRETEXTANDO UNA EXCUSA u otra, Pirañavelo se ausentó de casa de los Prunescualo durante la mayor parte de los dos días siguientes. Aunque llevó a cabo muchas cosas durante este breve período, lo más importante fueron las tres cautelosas expediciones que hizo a la biblioteca. La mayor dificultad consistía en atravesar sin ser visto el espacio abierto que limitaba el bosque de coníferas. Una vez en el bosque y entre los pinos el peligro era menor. Comprendía que sería fatal que lo vieran en las proximidades de la biblioteca tan poco antes del incendio. En la primera visita de reconocimiento, después de aguardar en las sombras del ala sur y deslizarse rápidamente a través de los espesos jardines hasta los campos que bordeaban las coníferas, reunió toda la información que necesitaba. Tras una hora de paciente concentración, consiguió abrir el cerrojo de la puerta con un trozo de alambre y entró en la sala silenciosa a investigar la estructura del edificio. La biblioteca desierta tenía un aire remoto. Aunque de noche era tenebrosa y siniestra, no se notaba el vacío que la dominaba en las horas del día. Pirañavelo sentía el insistente silencio del lugar mientras iba de un lado a otro, mirando más de una vez por encima del hombro alto mientras tomaba nota de las posibilidades de conflagración.

Hizo un examen exhaustivo, y cuando por fin abandonó el edificio, conocía a fondo la naturaleza del problema. Necesitaría tiras de tela empapadas de petróleo, y ponerlas detrás de los libros y extenderlas así sin que se vieran de un extremo a otro de la sala. Después de dar la vuelta a la biblioteca, las haría subir por las escaleras hasta la galería. El mejor tiempo para colocar las tiras de tela retorcida (que no sería fácil conseguir sin despertar especulaciones) era las primeras horas de la mañana, cuando lord Sepulcravo ya estaba de vuelta en el castillo. En la segunda visita llegó a medianoche al bosque de pinos, tambaleándose bajo un enorme fardo de trapos y una lata de petróleo, y mientras esperaba a que lord Sepulcravo abandonara la biblioteca, se entretuvo allí unas cuantas horas anudando los diferentes trozos de tela que había robado hasta confeccionar una cuerda de no menos de cuarenta pies.

Cuando al fin vio que su señoría salía por la puerta lateral, y oyó que el ruido de sus pasos lentos y melancólicos se apagaban en el camino de la Torre de los Pedernales, se levantó y se desperezó.

Descubrió irritado que forzar el cerrojo le llevaba más tiempo que la vez anterior, y cuando al fin consiguió abrir la puerta, eran ya las cuatro de la mañana.

Por suerte, las oscuras madrugadas otoñales lo favorecían y le quedaban tres buenas horas por delante. Habiendo observado que desde fuera no se veía ninguna luz, encendió la lámpara del centro de la sala.

Pirañavelo era ante todo metódico, y dos horas más tarde, recorría la biblioteca con aire plenamente satisfecho. No se podía ver ni rastro de su trabajo, a excepción de los cuatro extremos de tela que colgaban junto a la puerta principal del edificio, que jamás se utilizaba. Esas tiras eran los cabos de las cuatro cuerdas que corrían a lo largo de la biblioteca y la galería, y ya se ocuparía de ellas más adelante.

Sólo titubeó un momento cuando advirtió el ligero olor del petróleo con el que había empapado la tela retorcida.

Se puso a trabajar en los cuatro cabos sueltos: los trenzó en una sola cuerda y le hizo un nudo. De una manera u otra, esta mecha tenía que salir por la puerta hasta el mundo exterior. Durante su última visita había dado eventualmente con la única solución. Perforar el muro macizo y los paneles de roble de las estanterías hubiera sido obviamente demasiado laborioso. La alternativa, por la que se decidió, era hacer un discreto agujero en la puerta exactamente debajo del enorme pomo, cuya sombra lo haría invisible si no lo examinaban de cerca. Por fortuna, había un atril delante de la puerta principal. Tenía tres patas cortas y bulbosas y un montante de madera tallada que sostenía una superficie inclinada del tamaño de una mesa pequeña. Si lo movía un poco hacia la derecha, la cuerda de tela trenzada se perdía en la oscuridad. No era del todo imposible descubrirla, pero había que correr este riesgo, lo mismo que el del tenue olor del petróleo.

Había traído las herramientas necesarias, y aunque el roble era duro, consiguió perforarlo en menos de media hora. Metió la cuerda en el agujero y retiró el serrín que se había acumulado en el suelo.

Para entonces estaba realmente agotado, pero aún dio otra vuelta por la biblioteca antes de apagar la lámpara y salir por la puerta lateral. Una vez al aire libre, dobló a la derecha, y bordeando la pared adyacente llegó a la entrada principal del edificio. Nadie la utilizaba desde hacía muchos años, y los escalones habían desaparecido bajo un mar helado de ortigas y cizañas gigantes. Se abrió camino a través de las hierbas y vio el cabo de la cuerda colgando del agujero que él había perforado. Tenía un tenue brillo blanquecino y estaba encorvado como un dedo muerto. Abriendo una pequeña y afilada navaja, cortó el cordón retorcido de modo que sólo sobresaliera unas dos pulgadas, y con el mango de la navaja clavó un pequeño clavo en la tela para evitar que se deslizara hacia adentro.

Habiendo concluido la tarea de esa noche, escondió la lata de petróleo en el bosque y volvió a casa de los Prunescualo. Subió inmediatamente a su habitación, se echó vestido en la cama, y se durmió enseguida.

La tercera expedición a la biblioteca, la segunda a pleno día, tenía otro propósito. Como podía suponerse, la chiquillada de incendiar el sanctum de lord Sepulcravo no lo entusiasmaba. En cierto sentido lo horrorizaba. No porque tuviera remordimientos de conciencia, sino porque le molestaba cualquier tipo de destrucción. Por lo menos la destrucción de cualquier objeto inanimado que estuviera bien construido. Las criaturas vivas no le preocupaban tanto, pero todo objeto bien hecho, ya se tratara de una espada, un reloj o un libro, despertaba en él un excitado interés. Le gustaba todo lo que estuviera bien concebido y trabajado con destreza, y la idea de destruir tantos volúmenes hermosamente impresos y encuadernados, lo había enfadado consigo mismo. Sólo cuando el plan estaba tan avanzado que no podía ni retractarse ni resistirlo, se entregó enteramente a él. Que fueran las mellizas quienes prendieran fuego al edificio, era evidentemente el punto delicado de la maniobra. Las ventajas que le reportaría ser el único testigo le parecieron demasiado absorbentes para considerarlas en esos momentos.

Naturalmente, las tías no se darían cuenta de que estaban prendiendo fuego a una biblioteca colmada de gente, ni que ésa era la noche de la Gran Reunión a la que, como Pirañavelo les había dicho, no estaban invitadas. El joven había detenido a Tata Ganga, que se encaminaba a las habitaciones de las tías, y se había ofrecido a ahorrarle una caminata transmitiendo él mismo el mensaje. Al principio la mujer se había mostrado reacia a divulgar la naturaleza de su misión, pero cuando por fin le dijo lo que él ya sospechaba, el joven prometió que informaría inmediatamente a las mellizas, y después de fingir que iba enseguida a verlas, regresó a casa de los Prunescualo justo a tiempo para el almuerzo. Fue a la mañana siguiente cuando contó a las gemelas que *no* habían sido invitadas.

Una vez que Cora y Clarice hubieran encendido la mecha en la puerta principal de la biblioteca, y el fuego empezara a florecer, le correspondería a él mostrarse muy activo, como una anguila en un anzuelo.

Le parecía a Pirañavelo que salvar a dos generaciones de la casa Groan de una muerte por combustión, iba a serle muy provechoso, y por otra parte lo ayudaría a instalarse en el ala sur con sus señorías Cora y Clarice, quienes después de este episodio, comerían de la mano de él, al menos por miedo a que se descubriese que eran culpables.

La pregunta de cómo había empezado el incendio, seguiría inmediatamente al rescate. Sobre este punto, él sabría tan poco como los demás, ya que sólo habría visto un resplandor en el cielo cuando daba una vuelta por los alrededores del ala sur. Los Prunescualo confirmarían que tenía por costumbre salir de paseo a la caída de la noche. Las mellizas habrían regresado a sus habitaciones antes de que la noticia del incendio pudiera llegar al castillo.

La tercera visita de Pirañavelo a la biblioteca tenía como objeto planear las operaciones de rescate. Ante todo, entre otras precauciones, tendría que cerrar la puerta y hacer desaparecer la llave en cuanto los invitados hubieran entrado en el edificio; y puesto que lord Sepulcravo tenía la afortunada costumbre de dejar la llave en el cerrojo hasta que se marchaba al amanecer, esto no sería difícil. Más tarde, preguntas como «¿Quién cerró con llave?» y «¿Cómo desapareció la llave?» surgirían inevitablemente, pero si contaba con una coartada bien ensayada para él y las mellizas, y si anunciaba con antelación a los Prunescualo que daría un paseo ese atardecer, estaba seguro de que las sospechas no recaerían en él más que en cualquier otro. En cuanto a las pequeñas dificultades que pudieran asomar en el futuro, ya las iría solucionando en el futuro.

El problema más inmediato era: ¿cómo rescatar a la familia Groan de una forma razonablemente libre de peligro para él y sin embargo bastante dramática como para despertar el máximo de admiración y de gratitud?

La inspección del edificio le había mostrado que no había mucho para elegir. En verdad, aparte de forzar una de las dos puertas en el último instante, lo que requeriría un esfuerzo en apariencia sobrehumano, o de

romper la enorme claraboya, por la que sería demasiado difícil y peligroso rescatar a los prisioneros, no quedaba otra posibilidad que la única ventana, a quince pies del suelo.

Una vez que se decidió por la ventana, examinó mentalmente otros métodos de rescate. Ante todo, tenía que parecer que la liberación era resultado de una inspiración repentina, traducida de inmediato en acción. Importaba poco que despertara sospechas, aunque parecía improbable que eso ocurriese; lo esencial era que después nada pareciera *premeditado*.

La ventana, de unos seis palmos cuadrados, estaba encima de la puerta principal y tenía cristales muy gruesos. Naturalmente, lo más difícil era que los prisioneros consiguieran alcanzar la ventana desde dentro, y que Pirañavelo pudiese escalar la pared exterior para romper el cristal y mostrarse a los otros.

Era obvio que no podía ir armado con ningún objeto que no llevara comúnmente. Cualquier cosa que utilizara para forzar la entrada, tendría que ser algo que pudiera encontrar por casualidad cerca de la biblioteca o entre los pinos. Una escalera de mano, por ejemplo, sería inmediatamente sospechosa, y sin embargo, se necesitaba algo por el estilo. De pronto se le ocurrió que la solución obvia sería un árbol pequeño, y se puso a buscar uno del tamaño apropiado, ya talado, pues muchos de los pinos abatidos para la construcción de la biblioteca y los edificios adyacentes podían verse aún medio enterrados en la espesa capa de agujas. Pirañavelo no tardó mucho en dar con un ejemplar casi perfecto de lo que quería. Medía de doce a quince pies de largo, con la mayor parte de las ramas laterales quebradas cerca del tronco, y muñones de variada longitud; de tres pulgadas a un palmo. Eso —se dijo Pirañavelo— es exactamente lo que necesito.

Le costó más trabajo encontrar otro árbol, pero eventualmente lo descubrió a cierta distancia de la biblioteca. Estaba tumbado en una húmeda hondonada de helechos. Lo arrastró hasta la pared de la biblioteca y apoyó los dos pinos contra la puerta principal y bajo la única ventana. Tras secarse el sudor que le empapaba la abultada frente, empezó a escalar, arrancando las ramas que serían demasiado frágiles para aguantar el peso de *lady* Groan, sin duda la más pesada de los prisioneros. En cuanto acabó estos pequeños ajustes, miró con satisfacción las «escaleras», útiles a la vez que *naturales*, y las arrastró hasta el linde del bosque. Las dejó allí junto a otros troncos talados, y fue a buscar algo con que romper el cristal de la ventana. Al pie del edificio contiguo, unos trozos de mampostería cubiertos de musgo se habían desprendido de las paredes. Transportó algunos a pocos metros de las «escaleras». Si más tarde sospechaban de él y surgían preguntas acerca de cómo había conseguido las oportunas escaleras y la piedra de mampostería, podría señalar el montón de piedras medio ocultas y los troncos talados. Pirañavelo cerró los ojos e intentó imaginar la escena. Se vio haciendo esfuerzos desesperados para abrir las puertas, moviendo frenéticamente los pomos y golpeando los paneles. Se oyó gritando «¿Hay alguien ahí?» y escuchando los gritos ahogados de dentro. Quizás chillaría «¿Dónde está la llave? ¿Dónde está la llave?» o intentaría animarlos diciendo por ejemplo gallardamente «Voy a sacarles de aquí de alguna manera». Luego saltaría hacia la puerta principal, la golpearía varias veces y gritaría de nuevo antes de ir a buscar las «escaleras», pues para entonces el fuego estaría ya muy extendido. O tal vez no haría nada de eso, y simplemente aparecería en el momento oportuno, como una respuesta a una plegaria. Pirañavelo sonrió.

Ahorraría tiempo y energías si apoyaba las escaleras contra la pared en cuanto el último invitado hubiera entrado en la biblioteca, pero eso no era posible puesto que las mellizas las descubrirían mientras hacían su trabajo. Era imperativo que no sospecharan que había gente en la biblioteca, y sobre todo que no tuvieran la menor idea acerca de los preparativos de Pirañavelo.

En esta ocasión, la última de sus tres visitas a la biblioteca, forzó una vez más el cerrojo de la puerta lateral, y revisó su obra. Lord Sepulcravo había estado allí la noche anterior como de costumbre, pero aparentemente no había sospechado nada. El alto atril se alzaba donde lo había dejado, como un biombo, y proyectaba una profunda sombra disimulando el pomo de la puerta principal. Debajo asomaba la tela trenzada, como una cuerda tirante de dos pies de largo, hasta el borde de las estanterías de libros. Ya no se sentía el olor del petróleo, y aunque eso significaba que el combustible se estaba evaporando, sabía que al menos sería más inflamable que la tela seca.

Antes de marcharse, sacó media docena de libros de las estanterías menos visibles. Los escondió en el bosque de pinos, en el tronco podrido de un alerce muerto y dentro de un impermeable nido de agujas, y fue a buscarlos a la noche siguiente. Tres de los volúmenes tenían encuadernaciones de pergamino y estaban exquisitamente engastados con oro. Los otros eran también extraordinarias obras de arte, por lo que Pirañavelo se sintió irritado cuando al llegar a casa de los Prunescualo aquella noche, se vio obligado a forrar los libros con papel marrón y a borrar el blasón de los Groan en las guardas.

Sólo cuando hubo completado esta nefaria tarea, visitó a las tías por segunda vez y las instruyó en sus sencillos papeles de incendiarias. Había decidido que en lugar de anunciar a los Prunescualo que salía a dar

un paseo, les diría que iba a visitar a las tías, que de esta manera podrían confirmar su coartada (aunque de una u otra manera era necesario que ellas fueran a la biblioteca y regresaran sin que se enterara la criada paticorta) y así la versión de ellas coincidiría con la del doctor.

Les había hecho repetir por lo menos una docena de veces: «Hemos estado *aquí* todo el rato. Hemos estado *aquí* todo el rato» hasta que ellas mismas quedaron convencidas de que así era, ¡como si estuvieran reviviendo el Futuro!

LA GRUTA

SUCEDIÓ EL DÍA de la segunda visita diurna de Pirañavelo a la biblioteca. En el camino de regreso, había llegado al linde del bosque de pinos y esperaba una oportunidad para atravesar discretamente el espacio abierto, cuando vio a su izquierda una lejana figura que se encaminaba hacia la montaña de Gormenghast.

El aire vigorizador, unido al reconocimiento de la distante figura, hizo que cambiase enseguida de rumbo, y con vivaces pasos de pájaro se movió rápidamente por el borde del bosque. En el paisaje escabroso de la izquierda, la diminuta figura de escarlata se destacaba sobre el fondo sombrío como un rubí en una pizarra. Ni el sol de verano, ni mucho menos aún esa luz otoñal, tenían poder para mitigar el lúgubre carácter de los terrenos de Gormenghast. Eran como una prolongación del castillo, escabrosos y umbrosos, y a pesar de sus vastas proporciones a menudo barridas por el viento, también opresivos, con una especie de peso.

En el horizonte se elevaba la montaña de Gormenghast, eterna y siniestra, extraída de la tierra por un acto de brujería, como una maldición para todos los que la miraban. Aunque la base parecía emerger penosamente de un manto de árboles a unas pocas millas del castillo, en realidad estaba a un día entero de marcha a caballo. Las nubes solían arracimarse alrededor de la cima aun en los días más hermosos, cuando el resto del cielo estaba vacío, y era común ver las alturas azotadas por tempestades, y las láminas de lluvia negra y oblicua sobre la cumbre borrosa, envolviendo la mitad superior del horrible cuerpo de la montaña, mientras la luz del sol se deslizaba por el paisaje de los alrededores e incluso por las pendientes de más abajo. Hoy, sin embargo, ni una sola nube colgaba sobre el pico, y cuando después del almuerzo Fucsia se asomó a la ventana de su alcoba, se quedó mirando fijamente la montaña y exclamó:

—¿Dónde están las nubes?

—¿Qué nubes? —preguntó la anciana niñera, de pie detrás de ella, meciendo en brazos a Titus—. ¿Qué sucede, tormento mío?

—Casi siempre hay nubes por encima de la montaña —dijo Fucsia.

—¿No hay ninguna nube, querida?

—No —dijo Fucsia—. ¿Por qué no?

Fucsia comprendía que la señora Ganga no sabía virtualmente nada, pero le costaba romper con la arraigada costumbre de hacerle preguntas. Le costaba aceptar que los adultos no sabían necesariamente mucho más que los niños. Ella quería que Tata Ganga continuase siendo el sabio recipiente de todas sus inquietudes, y que la consolara siempre como hasta ahora. Pero Fucsia estaba creciendo, y empezaba a darse cuenta de cuán débil e ineficaz era la vieja niñera. No es que se sintiera menos leal o menos afectuosa. De ser necesario, hubiera defendido a esa diminuta y arrugada anciana hasta el último suspiro; pero se sentía aislada dentro de ella misma, sin nadie a quien acudir corriendo con una confianza incondicional, sin nadie en quien desahogar sus últimos entusiasmos, sus temores repentinos, sus proyectos, sus historias.

—Me parece que voy a salir —dijo—, a dar un paseo.

—¿Otra vez? —dijo Tata Ganga, interrumpiendo un momento el balanceo de los brazos—. Ahora sales continuamente. ¿Por qué siempre escapas de mí?

—No escapo de ti —dijo Fucsia—. Es que tengo ganas de pasear y pensar. Eso no es escapar de *ti*. Ya sabes que no.

—Yo no sé nada —dijo Tata, arrugando la cara—. Lo único que sé es que no saliste en todo el verano, ¿verdad? Y ahora que está caprichoso y frío no haces más que salir al mal tiempo, a mojarte y helarte cada día. Oh, mi pobre corazón. ¿Por qué? ¿Por qué *cada* día?

Fucsia hundió las manos en los enormes bolsillos de su vestido rojo.

Era cierto que había abandonado el desván y prefería ahora los lúgubres páramos y los caminos pedregosos de los alrededores de Gormenghast. ¿Por qué razón? El desván, que en otro tiempo había sido

todo para ella, ¿le había quedado de pronto demasiado pequeño? Oh no, de ningún modo, pero algo había cambiado desde aquella horrible noche en que descubriera a Pirañavelo tumbado en la oscuridad, junto a la ventana. Había dejado de ser un lugar inviolado, secreto, misterioso. Ya no era otro mundo, sino parte del castillo. Su magnetismo se había debilitado, el silencioso teatro de sombras había muerto, y ya no podía soportar la idea de volver a visitarlo. La última vez que se había aventurado por la escalera de caracol entrando en la atmósfera rancia y familiar, sintió una punzada de nostalgia tan aguda, por todo lo que antaño había representado para ella, que dio la espalda a las oscilantes motas de polvo que llenaban el aire y a las formas borrosas de los que habían sido sus amigos: el órgano cubierto de telarañas, la alocada avenida de cien amores. Se apartó y bajó tropezando por la oscura escalera, presa de una desolación que le parecía irreparable. Los ojos se le velaron al recordarlo, y apretó los puños en el fondo de los bolsillos.

—Sí, he salido mucho. ¿Te has sentido sola? No tienes por qué sentirte sola, pues ya sabes que te quiero. Lo *sabes*, ¿no es verdad?

Adelantó el labio inferior y miró a la señora Ganga frunciendo el ceño, pero sólo para no echarse a llorar, pues últimamente se sentía tan sola que las lágrimas nunca estaban muy alejadas. Como sus padres nunca se habían mostrado ni demasiado crueles ni demasiado amables con ella, sino más bien indiferentes, no sabía que era afecto lo que echaba de menos.

Siempre había sido así y ella lo había compensado tejiendo historias sobre su propio futuro, volcando su amor en cosas tales como los objetos del desván, o, más recientemente, en lo que encontraba o veía en los bosques y en los yermos.

—Tú lo sabes, ¿verdad que sí? —repitió Fucsia.

Tata meció a Titus con un vigor excesivo, y apretó los labios para indicar que su señoría dormía y que Fucsia hablaba demasiado alto.

Entonces Fucsia se acercó a la vieja niñera y clavó los ojos en Titus. La aversión que le tenía había desaparecido, y aunque de momento la criatura de ojos lilas no despertaba en ella el más mínimo amor fraternal, se había acostumbrado a su presencia en el castillo, y de vez en cuando jugaba solemnemente con él durante toda una media hora.

Los ojos de Tata Ganga siguieron a los de Fucsia.

—Su pequeña señoría —dijo la anciana meneando la cabeza—, es su pequeña señoría.

—¿Por qué lo quieres?

—¡Por qué lo quiero! ¡Oh, mi pobre y débil corazón! ¿Por qué lo quiero, niña tonta? ¿Cómo puedes decir una cosa semejante? ¿Oyes, mi pequeña y dulce señoría? ¿Cómo *puedo* no querer a esa pobre e inocente criatura? El heredero de Gormenghast, ¿no es así mi cielo? El heredero de todo. ¿Qué ha dicho la cruel de tu hermana, eh, mi pequeño, qué ha dicho? Ahora tiene que volver a la cunita, a dormir y a soñar sueños dorados.

—¿A mí también me hablabas así cuando yo era bebé? —preguntó Fucsia.

—Claro que sí. No seas tonta. ¡Oh, qué ignorante eres! ¿Ahora vas a ordenar para mí tu habitación?

Cojeó hacia la puerta cargando el valioso bulto. Cada día le hacía la misma pregunta, aunque no esperaba respuesta, sabiendo que de cualquier modo le correspondía a *ella* poner un poco de orden en el caos.

Fucsia volvió a la ventana y observó la montaña, cuyos contornos, hasta en el más mínimo afloramiento, llevaba desde hacía tiempo grabados en la mente.

Entre el castillo y la montaña de Gormenghast la tierra era desolada, y abundaba en yermos desiertos, con grandes ciénagas donde las aves zancudas se paseaban tranquilamente entre las cañas. Los zarapitos y las avefrías enviaban al viento unos gritos agudos; las gallinas de agua criaban a sus pequeños y chapoteaban en la junquera. Al este de la montaña de Gormenghast, pero separada de los árboles de la base, se extendía la ondulante oscuridad del Bosque Retorcido. Al oeste, los terrenos baldíos aparecían cortados aquí y allá por árboles raquíticos que el viento había doblado y que parecían hombres con jorobas. Entre esta desolada región y el bosque de pinos que rodeaba el ala oeste del castillo, el declive oscuro de una altiplanicie se alzaba a una altura de cien o doscientos pies, en una irregular meseta de piedra verdinegra, desnuda y escabrosa. Más allá de esas frías escarpas, el río serpenteaba al pie de la montaña y alimentaba las ciénagas donde vivían las aves salvajes.

Desde su ventana, Fucsia veía tres breves secciones del río. Esa tarde, el reflejo de la montaña ennegrecía la porción central y la de la derecha; la otra, al oeste, más allá de la meseta rocosa, era una sombría cinta blanca que no brillaba ni refulgía ni centelleaba; reflejaba el cielo y yacía inerte e inanimada, como un brazo muerto.

Fucsia se apartó bruscamente de la ventana, y cerrando la puerta detrás de ella con un golpe, bajó

corriendo las escaleras y estuvo a punto de caer al resbalar torpemente en el último escalón, antes de atravesar el laberinto de pasillos y emerger jadeante a la helada luz del día.

Respirando el aire cortante se quedó sin aliento, y apretó los puños hasta clavarse las uñas en las palmas. Luego echó a andar. Llevaba más de una hora andando cuando oyó detrás unas pisadas, y al volverse vio a Pirañavelo. No lo había visto desde la velada en casa de los Prunescualo, y nunca tan claramente como ahora, en que se acercaba a ella a través del otoño desnudo. En cuanto descubrió que ella lo observaba, el joven se detuvo y exclamó:

—¡*Lady* Fucsia! ¿Me permite que la acompañe?

Detrás de él, y en contraste con la figura extraña e imprevisible que tenía delante, Fucsia veía algo próximo y familiar. Algo que ella entendía, que nunca podría faltarle, imprescindible para que ella pudiera seguir existiendo, pues era como parte de ella misma, como su propio cuerpo, que ella miraba ahora tendido íntimamente sobre el horizonte. Gormenghast, una silueta larga y mellada. Ahora era el telón de fondo del joven. Una cortina de muros y torres salpicados de ventanas. La figura de él se erguía sobre ese fondo, como un intruso, imponiéndose tan vívidamente, tan sólidamente sobre el mundo de ella, alzando la cabeza por encima de la más alta de las torres.

—¿Qué quieres? —dijo Fucsia.

Una brisa que se levantó por detrás del Bosque Retorcido, sopló de través y le pegó el vestido al costado derecho, mostrando la fuerza del cuerpo y los muslos jóvenes.

—¡*Lady* Fucsia! —le gritó Pirañavelo en el viento creciente—. Voy a decirle algo. —Dio unos pocos pasos rápidos y alcanzó la pendiente rocosa donde ella esperaba de pie—. Quisiera que me explicara esta región: los pantanos y la montaña de Gormenghast. Nadie me ha dicho nada. Usted conoce esta tierra, usted la comprende —se llenó de nuevo los pulmones—, y aunque yo también la amo, apenas si la conozco. —Estaba ya muy cerca de ella—. ¿Me permite que ocasionalmente la acompañe en sus paseos? ¿Querrá considerar mi proposición? —Fucsia se había apartado—. ¿Ya regresa, *lady* Fucsia? Si es así, ¿me permitirá que la acompañe en el camino de vuelta?

—No has venido a pedirme eso —dijo Fucsia lentamente, estremeciéndose en el viento frío.

—Sí, eso es justamente lo que he venido a pedirle. Y también que me hable de la Naturaleza.

—Yo no sé nada de la Naturaleza —dijo Fucsia, y bajó por la pendiente rocosa—. No la entiendo. Me limito a mirarla. ¿Quién te ha dicho que yo la conocía? ¿Quién inventa estas cosas?

—Nadie —dijo Pirañavelo—. Imaginé que debía conocer y entender lo que tanto ama. La he visto muy a menudo volver al castillo cargada con las cosas que ha descubierto. Y además, tiene *aspecto* de entender.

—¿*Yo*, aspecto de entender? —exclamó Fucsia sorprendida—. No, no es cierto. Nunca he entendido las cosas complicadas.

—Su conocimiento es intuitivo —dijo el joven—. No necesita aprender en los libros y cosas parecidas. Sólo tiene que mirar una cosa para *conocerla*. El viento es cada vez más fuerte y frío, su señoría. Será mejor que regresemos.

Pirañavelo se alzó el cuello alto, y cuando Fucsia accedió a que la acompañara hasta el castillo, descendió con ella por las rocas grises. Antes que hubieran bajado la mitad de la pendiente, la lluvia empezó a caer y el sol otoñal dio paso a un cielo rápido y hecho jirones.

—Ande con cuidado, *lady* Fucsia —dijo Pirañavelo de pronto; Fucsia se detuvo y le echó una rápida mirada por encima del hombro, como si hubiera olvidado que él estaba allí. Abrió la boca para hablar cuando el estruendo de un trueno lejano reverberó entre las rocas. Fucsia levantó la cabeza al cielo. Una nube negra se acercaba, y de su cuerpo pendular la lluvia caía en una masa oscura.

Pronto estaría sobre ellos, y los pensamientos de Fucsia saltaron hacia atrás a través de los años hasta cierta tarde en que, como hoy, fuera sorprendida por una tormenta repentina. Estaba con su madre, en una de esas ocasiones excepcionales, menos frecuentes aún ahora, en que por una u otra razón, la condesa había llevado a su hija a pasear. Esas salidas ocasionales eran siempre silenciosas, y Fucsia se acordaba de cómo había deseado librarse de la presencia que se movía junto a ella y sobre ella, y al mismo tiempo cómo había envidiado a su enorme madre cuando los pájaros salvajes acudían a su prolongado y dulce silbido y se le posaban sobre los hombros y los brazos. Pero lo que más recordaba de ese día era cómo, al desencadenarse la tormenta, su madre, en lugar de regresar al castillo, siguió avanzando hacia estas mismas terrazas de piedra oscura por las que ahora ella descendía junto con Pirañavelo. Su madre se había introducido en un áspero y estrecho barranco y había desaparecido detrás de una alta losa caída de la terraza y apoyada contra una pared de piedra. Fucsia la había seguido. Pero en lugar de encontrar a su madre al abrigo del aguacero bajo la losa, descubrió, sorprendida, la entrada de una gruta. Miró dentro, y allí, en el fondo de la helada garganta, estaba su madre sentada en el suelo y apoyada contra la pared inclinada, muy inmóvil y

silenciosa y enorme.

Esperaron a que la tormenta se cansara de su propia cólera y una lluvia lenta descendiera del cielo como un remordimiento. No habían cruzado una sola palabra; y ahora Fucsia, al recordar la gruta, sintió que un temblor le recorría el cuerpo. Pero se volvió a Pirañavelo:

—Sígueme si quieres —dijo—. Conozco una cueva.

La lluvia caía ahora en torrentes sobre la escarpa, y Fucsia echó a correr sobre las resbaladizas rocas grises con Pirañavelo a sus talones.

Al iniciar el corto y abrupto descenso, se volvió un instante a ver si Pirañavelo la seguía, y en ese momento el pie le resbaló sobre la superficie mojada de una losa. Cayó al suelo, golpeándose la cara, el hombro y la espinilla con una fuerza que por un momento la aturdió. Sólo por un momento. Al intentar incorporarse, sintió que el dolor le aumentaba en la mejilla, y vio a Pirañavelo. Había estado a unos doce metros cuando ella había caído, pero se deslizó como una serpiente por las rocas y en un abrir y cerrar de ojos se arrodilló junto a ella. Advirtió enseguida que la herida de la cara era superficial. Le palpó el hombro y la espinilla con sus dedos delgados y comprobó que no había ninguna fractura. Se quitó la capa, cubrió con ella a Fucsia y escudriñó el barranco. La lluvia le corría por la cara y azotaba las rocas. Al pie de la abrupta pendiente alcanzaba a ver, alzándose borrosamente en el aguacero, una losa grande apoyada en la pared, e imaginó que era ahí donde Fucsia había querido cobijarse, pues el barranco acababa a unos cuarenta pies en una elevada e infranqueable pared de granito.

Fucsia intentó sentarse, pero el dolor en el hombro la había dejado sin fuerzas.

—¡Quédese tumbada! —chilló Pirañavelo a través de la cortina de lluvia. Luego señaló la losa apoyada en la pared.

—¿Es ahí adónde íbamos? —preguntó.

—Detrás hay una cueva —susurró Fucsia—. Ayúdame a levantarme. Puedo llegar hasta ahí.

—Oh, no —dijo Pirañavelo. Se arrodilló otra vez junto a ella, y luego, con mucho cuidado, la levantó de las rocas pulgada a pulgada. Los músculos nervudos se le endurecieron en los brazos delgados y a lo largo del espinazo, y poco a poco consiguió alzarla mientras él mismo se incorporaba. Luego, tanteando paso a paso sobre los embarrados pedruscos, llegó hasta la cueva. Entre las rocas había un centenar de charcos azotados por la lluvia.

Fucsia no protestó, sabiendo que ella nunca hubiera podido llevar a cabo este difícil descenso; pero sintiendo los brazos que la rodeaban y la proximidad del cuerpo de Pirañavelo, algo muy dentro de ella intentó esconderse. A través de las mechas espesas y desordenadas de la empapada cabellera, alcanzaba a ver el rostro afilado, pálido y astuto, los ojos oscuros y penetrantes, vueltos hacia las rocas del suelo, la frente abultada, los pómulos relucientes, la impasible línea de la boca.

Era Pirañavelo. Él la sostenía; ella estaba en sus brazos; en poder de él. Unos brazos y unos dedos duros la sujetaban por los muslos y los hombros. Podía sentirle los músculos, como barras de metal. Era la figura que había sorprendido en la buhardilla, y que había escalado el escarpado paredón. Le había dicho que había encontrado un campo de piedra a la altura del cielo. Le había dicho que ella entendía la naturaleza. Quería que ella le enseñara. ¿Pero cómo podía él con esas maravillosas frases largas aprender nada de ella? Tendría que cuidarse. Él era inteligente. Aunque no había nada de malo en ser inteligente. El doctor Prune era inteligente y sin embargo a ella le gustaba. Deseó ser inteligente ella también.

Pirañavelo se escurrió entre la pared de roca y la losa inclinada, y de repente estuvieron en la tenue luz de la gruta. El suelo estaba seco y el estruendo de la lluvia de fuera parecía venir de otro mundo.

Pirañavelo la depositó con cuidado en el suelo y la apoyó contra una parte inclinada y lisa de la pared. Luego se quitó la camisa, y después de retorcerla exprimiéndola todo lo posible, la rasgó en tiras largas y estrechas. A pesar del dolor, Fucsia lo observaba fascinada. Era como observar a un ser de otro mundo que trabajara movido por otra clase de maquinaria, por algo más suave, más frío, más duro, más rápido. El corazón se le rebeló contra la impasibilidad de esta precisión, pero había empezado a observarlo con una admiración reticente por esa cualidad tan ajena a su propio temperamento.

La gruta tenía unos quince pies de profundidad, y el techo descendía hacia el suelo, de modo que sólo se podía estar de pie en las inmediaciones de la entrada. Cerca del techo abovedado, la pared rocosa estaba corroída y quebrada en oscuros repliegues, y un ojo imaginativo podía con poco esfuerzo entretenerse un buen rato descubriendo entre los complicados diseños un inacabable ejército de cabezas demoníacas o seráficas, según el humor del momento.

Los rincones de la gruta estaban en tinieblas, pero Fucsia y Pirañavelo se veían con bastante facilidad a la débil luz de la protegida abertura.

Pirañavelo había desgarrado la camisa en tiras regulares y se había arrodillado junto a la muchacha, y le

vendó la cabeza y le restañó la sangre de la pierna, donde la herida no era tan profunda, pero no dejaba de sangrar. El brazo fue menos fácil, y Fucsia tuvo que permitir que Pirañavelo le desnudara el hombro antes de lavárselo.

La muchacha observaba mientras él le restañaba con cuidado la herida. El dolor repentino se había transformado en una punzada persistente, y se mordió el labio para contener las lágrimas. En la penumbra, vio cómo los ojos de Pirañavelo le ardían en la sombría palidez del rostro. Estaba desnudo de cintura para arriba. ¿Por qué sus hombros daban una impresión de deformidad? Eran altos y fuertes, pero como el resto del cuerpo, parecían extrañamente tensos y contraídos. El pecho era angosto y firme.

Retiró lentamente el trozo de tela del hombro de Fucsia y miró si la sangre seguía brotando.

—Manténgase inmóvil —le dijo—. Mantenga el brazo tan quieto como pueda. ¿Cómo va el dolor?

—Estoy bien —dijo Fucsia.

—No sea heroica —dijo Pirañavelo, sentándose sobre los talones—. Esto no es un juego. Quiero saber *exactamente* cuánto le duele, no si es valiente o no. Eso ya lo sé. ¿Qué le duele más?

—La pierna. El dolor me da náuseas. Además tengo frío. Ahora ya lo sabes.

Se miraron a la media luz.

Pirañavelo se incorporó.

—Voy a dejarla. Si no el frío le roerá los huesos. No puedo llevarla al castillo yo solo. Buscaré al viejo Prune y una camilla. Aquí estará bien. Me marcho ahora mismo. Estaremos de vuelta en una media hora. Puedo ir rápido cuando quiero.

—Pirañavelo —dijo Fucsia.

El joven se arrodilló inmediatamente.

—¿Qué sucede? —preguntó en voz muy baja.

—Me has ayudado mucho.

—No mucho —replicó él. Tenía la mano cerca de la de Fucsia.

El silencio que siguió se hizo ridículo, y Pirañavelo se enderezó.

—Tengo que marcharme. —Había sentido los primeros albores de algo menos frígido. Decidió dejar las cosas como estaban—. Empezará a temblar como una hoja si no me doy prisa. Quédese muy quieta.

La cubrió con el abrigo y dio unos pocos pasos hasta la abertura.

Fucsia vio la silueta encorvada y delgada que se detenía un momento antes de precipitarse a la lluvia torrencial del barranco. Al fin desapareció, y ella se quedó muy quieta, como él le había ordenado, y escuchó el martilleo de la lluvia.

Lo que Pirañavelo había dicho de él mismo no era un alarde ocioso. Con una agilidad inverosímil saltó de piedra en piedra hasta alcanzar la cima del barranco, y desde allí bajó por las escarpadas pendientes, rápido como un derviche. Pero no era imprudente. Cada uno de sus pasos era el resultado de una calculada decisión tomada a una velocidad mayor que la de sus pies.

Por fin dejó atrás las rocas, y el castillo emergió a través de una cortina gris.

La entrada en casa de los Prunescualo fue dramática. Irma, que no había visto nunca más anatomía masculina que la que sobresale del cuello y los puños, dio un grito estridente y cayó en brazos de su hermano, aunque se recobró enseguida y escapó de la habitación en un torbellino de seda negra. Prunescualo y Pirañavelo oyeron crujir la baranda mientras se precipitaba escaleras arriba, y el portazo que dio al encerrarse en la alcoba hizo que los cuadros bailaran en las paredes de todas las habitaciones de abajo.

Prunescualo daba vueltas alrededor de Pirañavelo, con la cabeza echada hacia atrás de modo que las vértebras cervicales le descansaban sobre el borde posterior del cuello duro, abriendo un abismo insondable entre la nuez de la garganta y el botón de nácar de la camisa. Con la cabeza así levantada, en una actitud que recordaba a una cobra dispuesta a atacar, y las cejas enarcadas con aire interrogativo, se permitía a la vez sonreír a Pirañavelo, mostrándole dos hileras de dientes brillantes que reflejaban la luz de las lámparas con un resplandor artificial.

Estaba en un éxtasis de asombro. La imagen de Pirañavelo, empapado y medio desnudo, lo repelía y deleitaba al mismo tiempo. De vez en cuando, Pirañavelo y el doctor oían un gemido extraordinario que venía del piso de arriba.

No obstante, cuando el doctor se enteró del motivo de la irrupción del joven, se puso enseguida en movimiento. Pirañavelo no tardó en explicar lo que había ocurrido. En unos instantes el doctor había preparado el maletín y había avisado al cocinero que mandara una camilla y un par de hombres jóvenes para transportarla.

Mientras tanto, Pirañavelo se había metido en otro traje y corrió al castillo a avisar a la señora Ganga

que alumbrara el fuego, preparara la cama de Fucsia y alguna infusión caliente; al fin la dejó en un estado de postración quejumbrosa del que no pudo sacarla ni siquiera haciéndole unas rudas cosquillas en los costados cuando pasó junto a ella camino de la puerta.

Al llegar al patio, vio que el doctor salía por la puerta del jardín acompañado de los dos hombres y la camilla. Prunescualo sostenía el paraguas sobre un fardo de mantas bajo el que había metido su maletín de médico.

En cuanto los alcanzó, les indicó el camino, diciendo que él se adelantaría corriendo, pero que reaparecería en la escarpa para conducirlos en la última etapa del viaje. Metiéndose una manta bajo la capa, desapareció en la lluvia, que empezaba a amainar. Mientras corría, daba saltos en el aire. La vida era divertida. *Tan* divertida. Incluso la lluvia lo había favorecido, haciendo resbaladiza la roca. Todo puede ser útil, se dijo. Todo. Y chasqueó los dedos mientras corría sonriendo bajo la lluvia.

Cuando Fucsia despertó en su cama y vio los reflejos del fuego bailando en el techo, y a Tata Ganga sentada a su lado, exclamó:

—¿Dónde está Pirañavelo?

—¿Quién, preciosa mía? ¡Oh, mi pobre niña bonita! —Tata jugueteó con la mano de Fucsia, que sostenía desde hacía más de una hora—. ¿Qué necesitas, mi niña? ¿Qué es, mi temible querida? Oh, mi pobre corazón, casi me has matado, querida. Casi, casi. Ea, ea, estate quieta, y el doctor volverá enseguida. ¡Oh, mi pobre y débil corazón!

Las lágrimas le corrían por la carita vieja y atemorizada.

—Tata —dijo Fucsia—, ¿dónde está Pirañavelo?

—¿El horrible muchacho? —preguntó Tata—. ¿Qué quieres de él, preciosa? ¿Verdad que no quieres verlo? Oh, no, no puede ser que quieras ver a ese muchacho. ¿Qué pasa, mi cielo? ¿Quieres verlo?

—¡Oh, no, no! —dijo Fucsia—. No quiero. Me siento tan cansada. ¿Estás ahí?

—¿Qué sucede, mi cielo?

—Nada, nada. Me pregunto dónde estará.

CUCHILLOS BAJO LA LUNA

LA LUNA se deslizaba inexorablemente hacia el cenit, y las sombras se encogían a los pies de las cosas que las proyectaban, y cuando Rantel se acercó a la hondonada en el linde del Bosque Retorcido estaba andando por el charco de su propia medianoche.

El techo del Bosque Retorcido reflejaba el disco de mirada fija en una red fosforescente de ramas que descendían ondulando hasta las laderas más bajas de la montaña de Gormenghast. Elevándose desde el suelo y rodeando ese siniestro dosel, el bosque estaba cercado por sombras impenetrables. Nada alcanzaba a verse de lo que sostenía la bruma glacial de las ramas superiores; sólo una sinuosa fachada de oscuridad.

Los riscos de la montaña eran escarpados a la luz de la luna; fríos, letales, y resplandecientes. La distancia no tenía significado. El enmarañado resplandor del techo del bosque se alejaba en oleadas, pero los tramos más apartados parecían haberse acercado bruscamente de un salto a causa de la aterradora proximidad de la mole de piedra. La montaña no estaba ni cerca ni lejos. Se elevaba, enorme y severa, cubriendo el lente del ojo. La propia hondonada era una taza de luz. Cada brizna de hierba era una entidad definida, y las escasas piedras tenían una autoridad que inscribía en el cerebro todas las marcas sólidas e irrepetibles, cada una con su forma propia y peculiar, cada una alzándose brillantemente de la tinta que ellas mismas derramaban.

Al llegar al borde de la hondonada elegida, Rantel se detuvo. Parecía un mosaico de plata negra y fantasmal mientras contemplaba la cuenca de hierba. Llevaba la capa ceñida al cuerpo, y los rítmicos pliegues de la tela recogían la luz de la luna a lo largo de los bordes superiores. Parecía una figura esculpida, pero un ruido repentino hizo que se moviera, y levantando los ojos vio asomar a Braigon al otro lado de la hondonada.

Descendieron juntos, y al llegar al terreno llano se desabrocharon las capas, se quitaron los pesados zapatos y se desnudaron. Rantel arrojó sus ropas a la pendiente de hierba. Braigon dobló las suyas y las puso sobre una roca. Vio que Rantel pasaba un dedo por el filo del cuchillo que bailaba a la luz de la luna como una astilla de cristal.

No se dijeron nada. Probaron la hierba resbaladiza con los pies desnudos. Luego se volvieron y se miraron. Braigon aflojó los dedos en la corta empuñadura de hueso. Ninguno de los dos podía ver la expresión del otro, ya que las facciones se les perdían en las sombras de las frentes y sólo los cabellos desordenados recogían la luz. Se agacharon y empezaron a moverse, acortando la distancia entre ambos, los músculos contraídos en la espalda.

Con Keda como estímulo de sus corazones, dieron vueltas, se acercaron, haciendo fintas, y las hojas paraban los golpes con bruscos movimientos de los antebrazos.

Para Rantel, tallar era una forma de ataque, como si la madera fuera un enemigo. La atacaba con el escoplo y el cincel, acuchillándola hasta que la forma que tenía en la mente empezaba a ceder a esta violencia. Así era también como luchaba. Cuerpo y cerebro se unían en un solo impulso: matar al hombre que se agazapaba ante él. Ahora ni siquiera pensaba en Keda.

Los ojos de Rantel seguían los más mínimos movimientos de su adversario, los pies ágiles, el cuchillo que se adelantaba. Vio que un hilo de sangre se retorcía alrededor del brazo izquierdo de Braigon desde una herida en el hombro. Las cuchilladas de Rantel eran más largas, pero con la misma rapidez de la hoja lanzada contra la garganta o el pecho, el antebrazo de Braigon lo golpeaba de costado desviando el golpe. El impacto hacía que Rantel se tambaleara alejándose de Braigon, y una vez más volvían a acercarse dando vueltas, con las espaldas y los brazos reluciendo con un brillo ultraterreno.

Mientras luchaba, Braigon se preguntaba dónde estaría Keda. Se preguntaba si ella podría ser feliz después de que él o Rantel hubieran muerto, si podría olvidar que era la mujer de un asesino, si esta pelea no era un modo de escapar a una clara verdad. Keda apareció vívidamente ante sus ojos, pero él movió el

cuerpo con una mecánica brillantez, esquivando la hoja salvaje y atacando a su rival con una serie de puñaladas rápidas, haciendo sangrar el costado de Rantel.

Seguía con los ojos el tejido de músculos bajo la piel del hombre que se movía delante. No sólo luchaba con un enemigo que esperaba un segundo de descuido para asestarle el golpe mortal, sino que acuchillaba una obra de arte, una escultura viviente que brincaba y palpitaba, una maravilla de luz plateada y sombras de tinta. Sintió una oleada de náuseas y le pareció que el cuchillo se le pudría en la mano. Su cuerpo siguió combatiendo.

La hierba estaba manchada con huellas de pies. Habían esparcido y aplastado el rocío, y una mancha oscura e irregular ocupaba el centro de la hondonada señalando el escenario de aquel juego con la muerte. Aun esa magullada oscuridad de hierba pisoteada era pálida en comparación con la intensidad de sus sombras, que moviéndose cuando ellos se movían, deslizándose detrás de ellos, saltando cuando ellos saltaban, nunca estaban quietas.

El pelo se les pegaba al sudor de la frente. Las heridas estaban debilitándolos, pero no podían permitirse una pausa.

Alrededor, la quietud de la noche pálida era completa. La luz de la luna se posaba como una escarcha en las crestas del lejano castillo. Hacia el este, las cañas de los pantanos estaban inmóviles: era una región de gasa. Los cuerpos de los dos hombres se habían teñido con la sangre de numerosas heridas. La despiadada luz brillaba en las corrientes cálidas y húmedas que se les deslizaban por las carnes cansadas. Una neblina de debilidad espectral les envolvía los cuerpos desnudos, y luchaban como personajes de un sueño.

Keda salió brutal y repentinamente de su trance y echó a correr hacia el Bosque Retorcido. A través de la gran noche fosforescente, sin capa, con el pelo soltándosele a medida que ascendía, llegó por fin a la pendiente del borde de la hondonada. El dolor le aumentaba con cada paso. Aquella fuerza extraña y sobrenatural había muerto en ella; la gloria había desaparecido; sólo le quedaba un miedo agónico.

Al acercarse al borde de la hondonada oyó —un sonido tan débil en la inmensidad de la noche— el jadeo de los hombres, y por un momento sintió un alivio en el corazón: todavía estaban vivos.

De un salto llegó a la cima y los descubrió allí abajo, agachados y dando vueltas al claro de luna. El grito se le ahogó en la garganta al verles los cuerpos ensangrentados, y cayó de rodillas.

Braigon la vio y los brazos cansados se le reanimaron. Con un velocísimo movimiento del brazo izquierdo, apartó la mano armada de Rantel, y echándosele rápidamente encima, como si fuera la sombra de su enemigo, clavó el cuchillo en el pecho oscuro.

Enseguida de golpear, retiró el puñal. Cuando Rantel se desplomó, Braigon arrojó lejos el arma.

No se volvió hacia Keda. Permaneció inmóvil, con las manos en la cabeza. Keda no podía sentir dolor. Las comisuras de la boca se le levantaron. El momento del horror no había llegado todavía. Esto no era *real*, todavía no. Vio a Rantel que se incorporaba sobre el brazo izquierdo. Rantel buscó a tientas el puñal y lo encontró junto a él, en el rocío. La vida se le escapaba por la herida del pecho. Keda vio cómo juntaba en el brazo derecho las pocas fuerzas que aún le quedaban, y lanzaba el puñal con un movimiento repentino y extraño. Fue a clavarse en la garganta de una estatua. Los brazos de Braigon le cayeron a los lados como pesos muertos. Se tambaleó hacia adelante, se balanceó un momento, con la empuñadura de hueso en el esófago, y se desplomó sin vida sobre el cuerpo de su destructor.

EL SOL SE PONE DE NUEVO

—LA IGUALDAD —dijo Pirañavelo— es lo que cuenta. Es la única premisa central y verdadera; a partir de la igualdad las ideas constructivas pueden irradiar libremente, y ser ejecutadas sin prejuicio. Absoluta igualdad de rango. Igualdad de riqueza. Igualdad de poder.

Con el bastón-espada golpeó una piedra entre las hojas húmedas y la mandó rodando por la maleza.

Mostrando una gran sorpresa, había interceptado a Fucsia en el bosque de pinos, cuando ella volvía de pasar el atardecer entre los árboles. Era la víspera del fatídico día del incendio. Mañana no habría tiempo para este tipo de cosas. Los planes estaban listos y los detalles ultimados. Las mellizas habían ensayado sus papeles y Pirañavelo estaba razonablemente satisfecho pensando que podía confiar en ellas. Esta noche, después de haber disfrutado de un largo baño en casa de los Prunescualo, había dedicado más tiempo de lo habitual a vestirse. Se había aplastado con inusitado esmero los escasos cabellos de color estopa sobre la frente prominente, mirándose mientras tanto desde todos los ángulos en los tres espejos que había instalado sobre una mesa junto a la ventana.

Al salir de la casa, hizo girar el delgado bastón-espada entre los dedos. Le rodaba alrededor de la mano como los radios de una rueda. ¿Tendría o no que hacer una rápida visita a las mellizas? Por una parte no debía excitarlas, pues estaban como en la víspera de un examen y podían olvidar de repente todo lo que habían hablado. Pero por otra parte, si no hacía ninguna alusión directa a la empresa del día siguiente, y se limitaba a animarlas de un modo indirecto, podía ayudarlas a tener una buena noche. Era esencial que durmieran bien. No quería que se pasaran toda la noche sentadas muy tiesas en el borde de las camas, mirándose fijamente con los ojos y la boca muy abiertos.

Decidió hacerles una visita relámpago y luego dar un paseo por el bosque, donde quizás encontraría a Fucsia, que últimamente tenía por costumbre pasarse las horas tumbada debajo de un pino, imaginando dichosamente que estaba en un claro secreto.

Una vez tomada la decisión de visitar a las hermanas unos instantes, Pirañavelo cruzó deprisa el patio. Una luz espasmódica se filtraba entre las nubes, y las arcadas que circunscribían el patio echaban unas sombras tenues que decrecían o aumentaban a medida que las nubes se desplazaban bajo el sol. Pirañavelo se estremeció cuando entró en la penumbra del castillo.

Al llegar a la puerta de las habitaciones de las tías, llamó y entró inmediatamente. Fue hacia el fuego que ardía en la chimenea, y vio las cabezas gemelas de Cora y Clarice torcidas sobre los cuellos largos y empolvados. Lo estaban mirando fijamente por encima del respaldo bordado del sofá, que había sido arrimado al fuego. Lo siguieron con sus cabezas, desenrollando los cuellos, a medida que él se ponía delante de ellas, de espaldas a las llamas, con las piernas abiertas y las manos detrás.

—Mis queridas señoras —dijo, clavando unos ojos magnéticos en una y en otra—. *Queridísimas*, ¿cómo están? ¿Pero por qué lo pregunto? Las dos están radiantes. *Lady* Clarice, pocas veces la he visto más encantadora, aunque la verdad es que su hermana se niega a que usted se reserve todo el encanto. ¿Verdad que se niega rotundamente, *lady* Cora? Está usted más nupcial que nunca. Estoy encantado de volverlas a ver.

Las mellizas lo miraron y se menearon, pero no mostraron ninguna expresión.

Tras un prolongado silencio, durante el cual Pirañavelo había estado calentándose las manos en las llamas, Cora preguntó:

—¿Quiere decir que soy gloriosa?

—Eso no es lo que dijo —interrumpió la voz de Clarice.

—Gloriosa —dijo Pirañavelo— es una palabra de diccionario. Todos somos prisioneros del diccionario. En esa inmensa prisión de paredes de papel elegimos a nuestros convictos, las palabritas impresas en negro, cuando en realidad necesitamos emitir sonidos nuevos, ruidos emancipados e insólitos que producirían

efectos también insólitos. En el lenguaje encadenado y muerto, ustedes, queridas mías, *son* gloriosas, pero ¡oh, si yo pudiera acuñar un sonido nuevo y flamante para convencerlas de lo que realmente pienso de ustedes, cuando las veo ahí sentadas y juntas en todo ese purpúreo esplendor! Pero por desgracia, es imposible. La vida es demasiado breve para onomatopeyas. Las palabras muertas no me sirven. No consigo encontrar un sonido, queridas señoras, que sea apropiado.

—Inténtalo —dijo Clarice—. No hay prisa. No tenemos nada que hacer.

Se alisó la tela brillante del vestido con unos dedos largos y sin vida.

—Imposible —respondió el joven, frotándose la barbilla—. Totalmente imposible. Confórmense con creer en mi admiración por la belleza de ustedes, belleza que un día será reconocida en todo el castillo. Entretanto, conserven la dignidad y el poder silencioso en esos pechos gemelos.

—Sí, sí —dijo Cora—, los conservaremos. En nuestros pechos, ¿verdad que sí, Clarice? Nuestro poder silencioso.

—Sí, el poder que tenemos —dijo Clarice—. Aunque no es mucho.

—Lo será —dijo Pirañavelo—. Está en camino. La herencia les pertenece por sangre; ¿quiénes sino ustedes han de empuñar el cetro? Pero, solas no podrán triunfar. Han tenido que soportar insultos durante años. ¡Ah, qué pacientemente los han soportado! ¡Qué pacientemente! Eso se acabó. ¿Quién puede ayudarlas? —Se adelantó y se inclinó hacia adelante—. ¿Quién puede devolverlas a su verdadero rango? ¿Quién las instalará en tronos resplandecientes?

Las tías enlazaron los brazos hasta quedar mejilla contra mejilla, y desde este rostro bicéfalo clavaron en Pirañavelo una hilera de cuatro ojos equidistantes. Aunque hubieran podido ser cuarenta, o cuatrocientos. Pero sólo había cuatro ahora, sacados de un inacabable friso petrificado cuyo tema reiteradamente obsesivo era ojos, ojos, ojos.

—En pie —dijo Pirañavelo. Había levantado la voz.

Las hermanas se incorporaron torpemente y se quedaron de pie, mirándolo. Pirañavelo disfrutó un momento de una placentera sensación de poder.

—Den un paso adelante —dijo.

Así lo hicieron, siempre abrazadas.

Pirañavelo las observó unos instantes, con los encorvados hombros apoyados en la repisa de la chimenea.

—Ya me han oído. Han oído mi pregunta. ¿Quién va a sentarlas en sus tronos?

—Tronos —susurró Cora—. Nuestros tronos.

—Tronos dorados —dijo Clarice—. Eso queremos.

—Eso tendrán. Tronos dorados para *lady* Cora y *lady* Clarice. ¿Quién se los va a dar?

Alargando las manos, Pirañavelo las aferró firmemente por los codos y las atrajo hacia él como si fueran de una sola pieza. Nunca se había atrevido a ir tan lejos, pero notó que eran como arcilla en sus manos y podía permitirse esa familiaridad. La horrible proximidad de los dos rostros idénticos hizo que echase atrás la cabeza.

—¿Quién les dará los tronos, y también la gloria y el poder? —dijo—. ¿Quién?

Las dos bocas se abrieron juntas:

—Tú, tú nos los darás. Pirañavelo nos los dará.

Entonces Clarice separó la cabeza de la de su hermana, alargó el cuello hacia adelante, y como si confiara a Pirañavelo un gran secreto, susurró:

—Vamos a quemar los libros de Sepulcravo. Toda su estúpida biblioteca. Nosotras lo haremos, Cora y yo. Todo está listo.

—Sí —dijo Pirañavelo—. Todo está listo.

La cabeza de Clarice recuperó su posición normal directamente sobre el cuello, y allí se bamboleó como una cosa muerta sobre una columna; y entonces Cora avanzó como para ocupar el lugar de su contraparte y evitar que la maquinaria se detuviese. Con la misma voz inexpresiva, continuó el discurso de su hermana:

—Todo lo que hacemos es lo que nos dijeron que hiciésemos. —Alargó el cuello otras dos pulgadas—. No es nada difícil. Al contrario. Vamos a la puerta grande, encontramos dos trocitos de tela que salen de dentro, y entonces…

—¡Les prendemos fuego! —interrumpió Clarice con una voz tan alta que Pirañavelo cerró los ojos. Enseguida añadió con una profunda vacuidad—: Lo haremos ahora mismo. Es muy fácil.

—¿Ahora? —dijo Pirañavelo—. Oh no, ahora no. Decidimos que sería mañana, ¿verdad? Mañana por la noche.

—Yo quiero hacerlo ahora mismo —insistió Clarice—. ¿Tú no, Cora? —No.

Clarice se mordió solemnemente los nudillos.

—Tienes miedo —dijo—. Tienes miedo de un poco de fuego. Te falta orgullo, Cora. Yo lo tengo, a pesar de mis habitáculos tranquilos.

—Hábitos, querrás decir —rectificó Cora—. ¡Mira que eres estúpida e ignorante! ¡Pensar que tienes mi misma sangre! Me avergüenzo de nuestro parecido, y siempre me avergonzaré. *¡Ea!*

Pirañavelo empujó con el codo un elegante jarrón verde de la chimenea y obtuvo el efecto esperado: los cuatro ojos se desplazaron hacia los fragmentos esparcidos por el suelo y el hilo del diálogo se quebró como el jarrón.

—¡Es una señal! —murmuró Pirañavelo en voz baja y vibrante—. ¡Un presagio! ¡Un símbolo! El círculo se ha cerrado. Ha hablado un ángel.

Las mellizas lo miraron boquiabiertas.

—¿Ven ese jarrón hecho añicos, mis estimadas señoras? —dijo—. ¿Lo *ven*?

Las dos asintieron con la cabeza.

—No es ni más ni menos que el *Régime*, quebrado para siempre…, la tiranía de Gertrude, el corazón de piedra de Sepulcravo, la ignorancia, la malicia y la brutalidad de la actual Casa de Groan destruidos para siempre. Es la señal de que la hora ha llegado. Canten victoria, queridas señoras, ha llegado la hora del esplendor.

—¿Cuándo? —dijo Cora—. ¿Será pronto?

—¿Por qué no esta noche? —dijo Clarice. La voz chata subió a la segunda planta, más ventilada—. ¿Por qué no esta noche?

—Primero hay que resolver un pequeño asunto —dijo Pirañavelo—. Hay que hacer un pequeño trabajo. Es algo muy simple, muy, muy simple, pero para llevarlo a cabo se necesita gente inteligente.

Encendió una cerilla.

En las cuatro pupilas de los cuatro ojos planos, los cuatro reflejos de una única llama se pusieron a danzar, danzar.

—¡El fuego! —exclamaron—. Sabemos muy bien lo que hay que hacer. Lo sabemos todo, todo, todo.

—Oh, entonces, a la cama —dijo de prisa el joven—. A la cama, a la cama, a la cama.

Clarice se llevó al pecho una mano fláccida como un pedazo de masilla y se rascó abstraídamente.

—Está bien —dijo—. Buenas noches. —Y yendo hacia la puerta del dormitorio, empezó a desabrocharse el vestido.

—Yo también me voy. Buenas noches —dijo Cora, y al igual que su hermana, se marchó desabotonándose el vestido. Antes de cerrar la puerta ya se había desembarazado a medias de su púrpura imperial.

Pirañavelo sacó un puñado de nueces de un cuenco de porcelana, se las metió en el bolsillo, y saliendo de la habitación descendió hacia el patio. No había tenido intención de abordar el tema del incendio, pero por fortuna las tías parecían estar menos excitadas de lo que él había previsto, y ahora tenía la convicción de que a la noche siguiente desempeñarían con eficacia sus elementales papeles.

Mientras descendía la escalera de piedra, cargó la pipa, y al salir a la suave luz del crepúsculo, con el tabaco ardiendo en la cazoleta, se sintió de un humor inmejorable. Blandiendo alegremente el bastón-espada se encaminó hacia el bosque de pinos canturreando entre dientes.

Se había topado con Fucsia, y había entablado cierta especie de conversación, aunque siempre le costaba más trabajo hablar con ella que con cualquier otra persona. En primer lugar, le preguntó con bastante sinceridad si se había recuperado de la caída. Tenía la mejilla inflamada y cojeaba notoriamente a causa del dolor de la pierna. El doctor se la había vendado cuidadosamente y le había aconsejado a Tata que no le permitiera salir durante varios días, pero en cuanto la niñera dejó la habitación, Fucsia se había escapado, garabateando en la pared que la quería mucho; sin embargo, como la anciana nunca miraba la pared, el mensaje fue ineficaz.

Cuando llegaron al linde del bosque, Pirañavelo hablaba confiadamente de cualquier tema que le venía a la cabeza, no sólo para poner en la mente de Fucsia la imagen de alguien profundamente brillante, sino también por el simple placer de hablar por hablar, pues se encontraba de excelente ánimo.

Con Fucsia cojeando junto a él, pasaron bajo los últimos árboles y salieron a la luz del sol poniente. Pirañavelo se detuvo a atrapar un ciervo volante aferrado a la corteza blanda de un pino.

Fucsia siguió andando despacio, deseando estar sola.

—No tendría que haber ni ricos ni pobres, ni fuertes ni débiles —dijo Pirañavelo, arrancando metódicamente las patas del ciervo volante, una a una, mientras hablaba—. La igualdad es lo principal. La igualdad es *todo*. —Arrojó lejos el insecto mutilado—. ¿Está usted de acuerdo, *lady* Fucsia?

—No sé nada de eso, y no me importa —dijo Fucsia.

—¿Pero no cree que es injusto que alguna gente no tenga nada que comer mientras que otras tienen tanto que lo despilfarran? ¿No cree que es injusto que unos tengan que trabajar toda la vida para ganarse el sustento, mientras que otros no trabajan y viven en la abundancia? ¿No cree que los hombres valientes deberían ser apreciados y recompensados, en lugar de tratarlos como a cobardes? Los hombres que escalan las montañas, o bucean en el fondo de los mares, que exploran junglas llenas de fiebres, o que rescatan a la gente de los incendios.

—No sé —dijo Fucsia otra vez—. Las cosas *tendrían* que ser justas, supongo. Pero no sé nada de eso.

—Sí que sabe —dijo Pirañavelo—. Cuando dice «Las cosas tendrían que ser justas» indica exactamente lo que yo quiero decir. Las cosas tendrían que ser justas. ¿Por qué no lo son? A causa de la ambición y la crueldad y las ansias de poder. Hay que parar todo eso.

—Pues bien, ¿por qué no lo paras? —dijo Fucsia con voz distante. Estaba observando la sangre del sol sobre la Torre de los Pedernales y una nube como un trapo empapado que descendía pulgada a pulgada por detrás de la torre ennegrecida.

—Pienso hacerlo —dijo Pirañavelo en un tono tan confiado que Fucsia se volvió hacia él.

—¿Piensas acabar con la crueldad, y la ambición, y todas esas cosas? No creo que puedas. Oh no, eres muy listo, pero eso no lo conseguirás.

La réplica desconcertó a Pirañavelo. Había imaginado que su comentario se quedaría ahí, sin más, como la límpida afirmación de un hecho, algo en lo que Fucsia hubiera podido pensar largamente, una y otra vez.

—Ya casi se ha ido —dijo Fucsia mientras Pirañavelo se preguntaba cómo reafirmarse—. Casi se ha ido.

—¿Qué es lo que casi se ha ido? —Siguió la mirada de Fucsia y vio el círculo del sol mellado por las torres—. Oh, se refiere al viejo bollo de melaza —dijo—. Sí, va a hacer frío muy deprisa, ahora.

—¿Bollo de melaza? —dijo Fucsia—. ¿Es así como lo llamas? —Se detuvo un momento—. No está bien. No me parece respetuoso. —Observó con ojos perplejos y grandes cómo las agonías de la muerte se debilitaban en el cielo. Luego sonrió por primera vez—. ¿También pones motes a otras cosas?

—A veces —dijo Pirañavelo—. Soy irrespetuoso por naturaleza.

—¿Pones motes a la gente?

—Lo he hecho.

—¿Me has puesto alguno a mí?

Pirañavelo mordisqueó el extremo de su bastón-espada y enarcó las cejas pajizas.

—No lo creo. Siempre pienso en usted como *lady* Fucsia.

—¿Y a mi madre? ¿Le has puesto algún nombre?

—¿A la madre de usted? Sí.

—¿Cómo la llamas?

—El viejo Montón de Andrajos —dijo Pirañavelo.

Fucsia abrió mucho los ojos y se detuvo otra vez.

—Vete de aquí —dijo.

—Eso no es muy justo —dijo Pirañavelo—. Después de todo, *usted* me lo preguntó.

—¿Cómo llamas a mi padre, entonces? No, prefiero no saberlo. Pienso que eres cruel —dijo con voz jadeante—, tú, que dijiste que acabarías para siempre con la crueldad. Dime más motes. ¿Son *todos* insolentes… y divertidos?

—En otra ocasión —dijo Pirañavelo, que empezaba a sentirse helado—. El frío no conviene a sus heridas. Ni siquiera debería haber salido. Prunescualo la cree en cama. Parecía muy preocupado por usted.

Continuaron andando en silencio, y cuando llegaron al castillo, la noche había caído.

ENTRETANTO

EL DÍA SIGUIENTE amaneció lúgubre; el sol asomaba de vez en cuando después de prolongados períodos de media luz, y entonces sólo como un pálido disco de papel, más parecido a la luna que a él mismo, cuando por unos pocos momentos flotaba en algún pasillo de nubes. Lentos velos deslustrados descendían con movimientos casi imperceptibles sobre Gormenghast, empañando las innumerables ventanas con una especie de vapor condensado. La montaña desapareció y reapareció una veintena de veces durante la mañana, detrás de las brumas que se deslizaban por las laderas. Pero a medida que el día avanzaba, los velos se levantaron, y en las últimas horas de la tarde se dispersaron las nubes, dejando en su lugar una extensión translúcida, ese tinte helado y secreto escondido en la garganta de un lirio, un cielo tan incomparable que cuando miró sus glaciales profundidades, Fucsia se puso distraídamente a quebrar y volver a quebrar el tallo de la flor que tenía en las manos.

Cuando apartó la cabeza, descubrió a la señora Ganga, que la miraba con una expresión tan patética que Fucsia se le echó al cuello y la abrazó con una falta de delicadeza que no había pretendido, estrujando y lastimando a la enana arrugada.

Tata jadeó tratando de recuperar el aliento, el cuerpo magullado por el estallido de afecto de Fucsia, y en un arranque de cólera se encaramó nerviosamente a un sillón.

—¡Cómo te *atreves*! ¡Pero cómo te *atreves*! —jadeó al fin después de sacudir el puño minúsculo y tembloroso alrededor de la sorprendida cara de Fucsia—. ¡Cómo te *atreves* a tiranizarme y lastimarme y aplastarme tan terriblemente, criatura perversa y cruel! *Tú*, a la que me he dedicado en cuerpo y alma. *Tú*, a quien he lavado y vestido y peinado y alimentado y mimado desde que eras del tamaño de una zapatilla. Tú…, tú…

La anciana rompió a llorar, el cuerpo temblando espasmódicamente bajo el vestido negro como un juguete de cuerda. De pronto soltó el brazo del sillón, estrujó los puños en los ojos enrojecidos y lacrimosos, y olvidando dónde estaba iba a correr hacia la puerta cuando Fucsia dio un salto hacia adelante y la sostuvo antes que la anciana rodara por el suelo. Luego la levantó en brazos y la depositó sobre la cama.

—¿Te he hecho mucho daño?

Tendida sobre la colcha como una vieja muñeca de satén negro, Tata frunció los labios y esperó a que Fucsia, sentándose en el borde de la cama, acercara una mano. Entonces deslizó los dedos pulgada a pulgada por el edredón, y con una súbita mueca de concentrada malicia golpeó la mano de Fucsia con toda la fuerza de que era capaz. Recostándose en la almohada después de esta pequeña venganza, espió a Fucsia con un brillo triunfal en los ojos húmedos.

Fucsia, que apenas había notado el malicioso golpecito, se inclinó hacia la anciana y se dejó abrazar durante un rato.

—Ahora tienes que empezar a vestirte —dijo la señora Ganga—. No sea que llegues tarde a la Reunión de tu padre, ¿no es cierto? Siempre igual, si no es una cosa es otra. «Haz esto, haz aquello». Y este corazón mío, que no me deja tranquila, ¿adónde iremos a parar? ¿Y qué piensas ponerte hoy? ¿Qué vestido será más distinguido para una criatura traviesa y tempestuosa?

—Tú también vienes, ¿verdad?

—¡Cómo que si voy! ¡Pero qué *cosa* eres! —chilló Tata Ganga, bajando por el borde de la cama—. ¡Vaya pregunta de ignorante! ¡Yo tengo que llevar al pequeño CONDE, cabeza de chorlito!

—¡Cómo! ¿Titus también va?

—¡Oh, qué ignorancia! ¿Qué es eso de «Titus también va»? —Tata sonrió con cara de lástima—. Mi pobre y retorcida criatura, ¡qué quejumbre! —La anciana emitió una serie de risitas patéticamente falsas y luego, excitada, puso las manos sobre las rodillas de Fucsia—. *Naturalmente* que viene. La Reunión *es* por él. El Almuerzo de Cumpleaños.

—¿Quién más irá, Tata?

La anciana niñera empezó a contar con los dedos.

—Bien, estará tu padre —comenzó, juntando las puntas de los índices y levantando los ojos al techo—. En primer lugar estará él, tu padre…

Mientras Tata hablaba, lord Sepulcravo volvía a su habitación después de haber cumplido el rito bianual de abrir el armario de hierro en la armería, y con la daga tradicional que Agrimoho traía para la ocasión había inscrito otra media luna, que en la larga hilera de similares medias lunas grabadas en la tapa posterior de hierro era la número setecientos treinta y siete. De acuerdo con el temperamento de los difuntos condes de Gormenghast, las medias lunas habían sido grabadas con precisión o con negligencia. No se sabía con certeza el significado de la ceremonia, ya que por desgracia los archivos se habían perdido, pero la formalidad no era menos sagrada porque pareciese ininteligible.

El viejo Agrimoho había echado llave cuidadosamente a la puerta de hierro del armario vacío y feo, y si no fuera porque junto con la llave unos pocos pelos de la barba se le metieron dentro y quedaron enredados en la cerradura, hubiera tenido el intenso placer profesional que le daba siempre el cumplimiento de todo ritual. De nada le sirvió tirar de la barba, pues estaba enganchada con fuerza y el dolor en el mentón lo hacía lagrimear. Sacar la llave, y con ella los pelos de la barba, arruinaría la ceremonia, pues estaba escrito que la llave permanecería en el cerrojo veintitrés horas, y que durante este período un criado vestido de amarillo guardaría el armario. La única solución era cortar los pelos con el cuchillo, y eso es lo que el anciano hizo eventualmente; por último prendió fuego a la mata gris de pelos enajenados que sobresalían de la cerradura como una orla alrededor de la llave. Los pelos llamearon un poco, y cuando dejaron de crepitar, Agrimoho se volvió con aire de disculpa, y advirtió que su señoría ya se había marchado.

Cuando lord Sepulcravo entró en el dormitorio, encontró a Excorio preparando el traje negro que llevaba habitualmente. El conde tenía intención de vestir con mayor esmero esta noche. Desde que concibiera el Almuerzo en honor de su hijo, había notado una ligera pero perceptible exaltación de ánimo. Había empezado a sentir un cierto placer en el hecho de tener un hijo. Titus había nacido en una de sus épocas más negras, y aunque la melancolía lo envolvía aún como una capa, durante los últimos días el modo introspectivo se le había mitigado. El heredero le interesaba cada vez más, no como persona, sino como símbolo del Futuro. Presentía vagamente que su mandato estaba concluyendo, y se sentía complacido cuando recordaba a su hijo y tenía la impresión de algo estable en medio de la miasma de sus ensoñaciones.

Ahora que sabía que tenía un hijo, se daba cuenta de la enormidad de esa muda pesadilla que había llevado oculta. El terror de que con *él* se extinguiera la dinastía de los Groan. El terror de haber faltado a las obligaciones que tenía en el castillo, y de que cuando estuviera pudriéndose en la tumba, las generaciones futuras lo señalarían, último de una larga hilera de monumentos descoloridos, y susurrarían: «Fue el último. No tuvo hijos varones».

Lord Sepulcravo pensaba todo esto mientras Excorio lo ayudaba en silencio a vestirse; y prendiéndose un alfiler enjoyado en el cuello de la camisa, dio un suspiro, y dentro del murmullo de mar de este suspiro, fatídico y oscuro, se oyó el sonido de una ola menos lastimera. Luego, mientras miraba distraídamente la imagen de Excorio reflejada en el espejo, otra oleada de placer siguió a la primera, pues de repente creyó ver delante de él todos sus libros, hilera tras hilera de volúmenes, hilera tras inapreciable hilera de Pensamiento forrado en cuero, de filosofía y ficción, de viajes y fantasías; lo austero y lo barroco; emociones en oro, verde, sepia, rosa o negro; lo picaresco, lo arabesco, lo científico…, ensayos, poesía y teatro.

El conde pensó que ahora podría reencontrarse con todo eso. Podría habitar el mundo de las palabras, y allí, en el fondo de su melancolía, encontraría un consuelo que no había conocido antes.

—En segundo lugar —dijo la señora Ganga, contando con los dedos—, estará tu madre, naturalmente. Tu padre y tu madre. Eso hace dos.

Lady Gertrude no había pensado en cambiarse de vestido. Ni tampoco se le había ocurrido prepararse para la reunión.

Estaba sentada en su alcoba, con los pies muy separados, como anclados al suelo para siempre. Apoyaba los codos sobre las rodillas, entre las que colgaba la tela de la falda en pesados pliegues en forma de U. En

las manos sostenía un libro en rústica, con una mancha de café en la cubierta y con tantas puntas dobladas como páginas. Leía en una voz profunda que se alzaba por encima del constante ronroneo de un centenar de gatos. Llenaban la habitación. Más blancos que el sebo que goteaba de los candelabros o que se había derramado sobre la mesa del alpiste. Más blancos que las almohadas de la cama. Estaban por todas partes: ocultando prácticamente la colcha. Recostados en la mesa, los armarios, el sofá, lo cubrían todo con cosechas exuberantes, blancas como la muerte. Pero la gavilla más copiosa se apretaba alrededor de los pies de la condesa: un haz de caras blancas mirando hacia arriba. Cada una de las hendidas y luminosas pupilas estaba clavada en la condesa. No había otro movimiento que la vibración de sus gargantas. La voz de la condesa surcaba la ronroneante marea como un pesado navío.

Cada vez que llegaba al final de la página derecha, y mientras la volvía, miraba alrededor con una expresión de ternura infinita, y sus pupilas reflejaban las diminutas imágenes blancas de los gatos.

Luego volvía otra vez los ojos a la página impresa. Mientras leía, tenía en la enorme cara una expresión de asombro infantil. Estaba reviviendo la historia, la vieja historia que les había leído tantas veces.

—«Entonces se cerró la puerta y cayó el picaporte, pero al príncipe con ojos de estrellas y boca de luna nueva no le importo, pues era joven y fuerte, y aunque no era hermoso ya había oído muchas puertas que se cerraban y muchos picaportes que caían, y no tuvo miedo. Pero no sabía quién había cerrado la puerta. Era el Enano con dientes de latón, la más terrible de las criaturas moteadas, y que tenía las orejas puestas al revés…

»Pues bien, cuando el príncipe acabó de cepillarse el pelo…».

Mientras la condesa volvía la página, Tata Ganga levantaba los dedos tercero y cuarto de la mano izquierda.

—El doctor Prunescualo y la señorita Irma también vendrán, querida. Siempre asisten a casi todo, ¿no es cierto? Aunque no entiendo *por qué*, pues no son ancestrales. Pero siempre van. ¡Oh, pobre de mí! *Siempre* me toca a mí soportarlos, siempre tengo que hacerlo todo, y ya pronto tendré que marcharme, tormento mío, a avisar a tu madre, que me va a chillar y a ponerme tan nerviosa. Pero tengo que ir, pues si no, no se acordará. Siempre pasa lo mismo. Y el doctor y la señorita Irma hacen dos personas más, y dos y dos hacen cuatro. —Tata Ganga recobró el aliento—. El doctor Prunescualo no me gusta, mi niña; no me gustan sus modales orgullosos. Me hace sentir tonta y poca cosa, cuando no lo soy. Pero siempre lo invitan, incluso cuando no invitan a la fea y vanidosa de su hermana; aunque esta vez la han invitado y por tanto vendrán los dos, y tú te quedarás conmigo, ¿verdad que sí? Dime que sí, porque yo tendré que ocuparme del pequeño conde. ¡Oh, mi pobre corazón! No me encuentro bien, nada, nada bien. Y a nadie le importa, ni siquiera a ti. —La mano arrugada se agarró a la de Fucsia—. ¿Te ocuparás de mí?

—Sí —dijo Fucsia—. Pero me gusta el doctor.

Fucsia levantó el extremo del colchón y rebuscó por debajo del peso de plumas hasta dar con una cajita. Se puso de espaldas a la niñera unos instantes y se colgó algo alrededor del cuello. Cuando se volvió, la señora Ganga vio el fuego sólido de un gran rubí que colgaba de la garganta de Fucsia.

—¡Oh, sí, tienes que lucirlo *hoy*! —casi gritó la señora Ganga—. Hoy, hoy, que estará todo el mundo. Estarás más bonita que un cordero en flor, muchachona desaliñada.

—No, Tata. No es así como pienso lucirlo. No en un día como hoy. Me lo pondré únicamente cuando esté sola o cuando encuentre al hombre que me reverencie.

El doctor, entretanto, yacía en un estado de completa satisfacción, en un baño caliente lleno de cristales azules. La bañera era de mármol veteado, y suficientemente grande como para que el doctor pudiera tenderse cuán largo era. Sólo la afilada cabeza le emergía por encima de la perfumada superficie del agua. Tenía el cabello cubierto de titilantes pompas de jabón, y los ojos indescriptiblemente irritados. La cara y el cuello eran de un rosa brillante, como si acabaran de salir de una fábrica de celuloide.

En un extremo de la bañera, un pie emergió de las profundidades. Prunescualo lo observó burlonamente, con la cabeza tan inclinada que la oreja izquierda se le llenó de agua.

—Dulce pie —exclamó—. ¡Cinco dedos tiene mi bota, y poco menos una bellota! —Se incorporó, y se sacudió el agua caliente de la oreja, y empezó a batir el agua a ambos lados del cuerpo, con los ojos cerrados y la boca abierta, los dientes centelleando a través del vapor.

Tomó aliento, una pequeña bocanada, pues tenía el pecho demasiado estrecho para una grande, y con una siniestra sonrisa de éxtasis irradiándole de la cara rosada, emitió un relincho tan agudo que Irma,

sentada en su tocador, se puso en pie de un salto, esparciendo por la alfombra una colección de hebillas para el pelo. Se había estado arreglando durante las últimas tres horas, sin contar la hora y media preliminar que había pasado en el baño. Ahora, al precipitarse hacia la puerta, con una arruga perturbándole la empolvada frente, tenía, en común con su hermano, más la apariencia de haber sido desplumada o pelada que lavada, aunque estaba realmente *limpia*, escrupulosamente limpia, como una lonja de tocino.

—¿Qué demonios te pasa? He dicho qué demonios te pasa, Bernard —chilló por la cerradura del baño.

—¿Eres tú, mi amor? ¿Eres tú? —La voz de su hermano le llegó débilmente desde el otro lado de la puerta.

—¿Quién más podría ser? He dicho que quién más podría ser —le gritó Irma, doblándose en un rígido ángulo recto de satén para pegar la boca a la cerradura.

—Ja, ja, ja, ja, ja —respondió la risita chillona e insoportable de su hermano—. En efecto, ¿quién más podría ser? Pues bien, pensemos, pensemos un poco. Podría ser la diosa luna, aunque es improbable, ja, ja, ja; o podría ser un tragador de sables que necesitara de mi capacidad profesional, ja, ja, ja, esto es *menos* improbable… Veamos, mi querida estaca, por casualidad, ¿has estado tragando sables durante años y años sin que yo me enterara? ¿Sí o no? Ja, ja. —Elevó la voz—. Año tras año, sable tras sable, ¿cuándo terminará, si desplegamos las orejas que gastaré en un amigo arrugado con piernas de luz despareja?

Cansada de forzar el oído, Irma chilló finalmente con irritación:

—Supongo que sabes que vas a llegar tarde. He dicho: Supongo que…

—¡Que una plaga bienaventurada caiga sobre ti, oh sangre de mi sangre! —irrumpió la voz estridente—. ¿Qué es el Tiempo, oh hermana de facciones similares, que hablas de él tan servilmente? ¿Es que vamos a ser esclavos del sol, ese botón de segunda mano, esa sobrevalorada y dorada pacotilla, o aun de su hermana, ese fatuo disco de papel de plata? ¡Malditas sean sus ridículas dictaduras! ¿Qué me dices, Irma, mi Irma, toda envuelta en rumor, Irma, del incandescente tumor? —trinó alegremente. Irma se incorporó en medio de un frufrú de satén, y arqueó la nariz, como si sintiera una picazón genealógica. Su hermano la aburría, y cuando volvió a sentarse delante del espejo del tocador, bufó como una dama mientras se aplicaba por centésima vez la borla de polvos al largo cuello inmaculado.

—Agrimoho también estará, preciosa mía —dijo la señora Ganga—, porque sabe de todo. Sabe en qué orden hay que hacer las cosas, sabe cuándo hay que *empezar* a hacerlas, y cuándo hay que *concluir*.

—¿No habrá nadie más? —preguntó Fucsia.

—No me atosigues —respondió la anciana niñera, frunciendo los labios como una ciruela arrugada—. ¿No puedes esperar un momento? Sí, ya van cinco, y contigo seis, y el pequeño conde hace siete…

—Y tú haces ocho —dijo Fucsia—. O sea que tú eres la principal.

—¿La principal de qué, tormento mío?

—Nada, no importa —dijo Fucsia.

Mientras que en varias partes del castillo esas ocho personas se estaban preparando para la Reunión, las mellizas estaban sentadas muy tiesas en el sofá, esperando a que Pirañavelo descorchara una delgada y polvorienta botella. La tenía sujeta entre los pies, y doblado sobre el firmemente hundido sacacorchos, sacaba el corcho de la larga y oscura garganta de cormorán.

Quitó el sacacorchos y puso el corcho intacto en la chimenea, se sirvió un poco de vino en una copa y lo saboreó con una expresión crítica en la cara pálida.

Inclinadas hacia adelante, las manos en las rodillas, las tías observaban todos sus movimientos.

Pirañavelo sacó del bolsillo uno de los pañuelos de seda del doctor y se secó la boca. Luego levantó la copa de vino hacia la luz y estudió largamente su transparencia.

—¿Qué tiene de malo? —dijo Clarice lentamente.

—¿Está envenenado? —dijo Cora.

—¿Quién lo ha envenenado? —añadió Clarice.

—Gertrude —dijo Cora—. Si pudiera nos mataría.

—Pero no puede —dijo Clarice.

—Y por eso seremos fuertes.

—Y soberbias —añadió Clarice.

—Sí, por lo de hoy.

—Sí, de *hoy*.

Se cogieron las manos.

—Es un vino excelente, señorías. Una magnífica cosecha. Yo mismo lo he elegido. Sé que lo apreciarán como se merece. No está envenenado, mis queridas señoras. Gertrude ha envenenado sus vidas, pero no precisamente esta botella de vino. ¿Me permiten que les sirva una copa a cada una y brindaremos por el asunto del día?

—Sí, sí —dijo Cora—. Ahora mismo.

Pirañavelo les llenó las copas.

—De pie —dijo.

Las mellizas purpúreas se levantaron al mismo tiempo, y cuando Pirañavelo se disponía a proponer el brindis, la mano derecha sosteniendo la copa a la altura de la barbilla y la mano izquierda en el bolsillo, se oyó la voz inexpresiva de Cora:

—Bebamos en nuestro Árbol. Se está muy bien fuera. En nuestro Árbol.

Clarice se volvió hacia su hermana con la boca abierta, los ojos inexpresivos como hongos.

—Sí, eso es lo que haremos —dijo.

Pirañavelo, en lugar de enfadarse, encontró divertida la idea. Después de todo, éste era un día importante para él. Había trabajado duro para que todo estuviera listo, y sabía que su futuro dependía de que el plan no fallara en ningún momento. Aunque no era cuestión de felicitarse antes de que la biblioteca fuera sólo un montón de cenizas, consideró que tanto las tías como él merecían relajarse unos minutos y prepararse así para el trabajo que les esperaba.

Brindar por el Día sobre las ramas del árbol muerto satisfacía a la vez su sentido de lo dramático, de lo oportuno y de lo ridículo.

Unos minutos más tarde, los tres habían atravesado la Habitación de las Raíces, habían desfilado sobre el tronco horizontal y se habían sentado a la mesa.

Cuando se sentaron, Pirañavelo en medio y las gemelas a ambos lados, el aire vespertino estaba en calma debajo de ellos y alrededor. Aparentemente, las tías no tenían miedo del vertiginoso precipicio. Lo ignoraban totalmente. Pirañavelo disfrutaba al máximo de la situación, pero al mismo tiempo apartaba los ojos todo lo posible de aquel abismo horroroso. Decidió no abusar de la botella. Sobre la mesa de madera las tres copas brillaban en la cálida luz. La soleada pared meridional se elevaba a unos treinta pies por encima de ellos y se extendía sin accidentes desde la base a la cima, excepto el tronco lateral de este árbol muerto que la atravesaba a medio camino, donde estaban sentados, y las sombras exquisitamente dibujadas de las ramas.

—Antes que nada, estimadas señorías —dijo Pirañavelo, incorporándose y clavando los ojos en la sombra de una rama enroscada—, antes que nada les propongo que brindemos por la salud de ustedes. Por la resolución que las anima y por la fe que tienen en sus propios destinos. Por la valentía, la inteligencia y la belleza de ustedes. —Alzó su copa—. Bebo por todo eso —dijo, y tomó un sorbo.

Clarice también empezó a beber, pero Cora le dio un codazo.

—Todavía no —dijo.

—A continuación, propongo un brindis por el futuro. Especialmente por el futuro inmediato. Por la tarea que nos hemos propuesto llevar a cabo hoy. Por su éxito. Y también por los Grandiosos Días que seguirán. Los días de la rehabilitación de ustedes. Los días del Poder y de la Gloria. Damas, ¡por el Futuro!

Cora, Clarice y Pirañavelo alzaron los codos para beber. El aire cálido flotaba alrededor, y cuando el codo levantado de Cora chocó con el de su hermana, ella soltó la copa de vino, que rodó de la mesa al árbol y del árbol al aire hueco; la luz del sol poniente la alcanzó mientras caía, centelleando, a través del vacío.

EL INCENDIO

AUNQUE LORD SEPULCRAVO era quien había convocado la Reunión, cuando los invitados llegaron a la biblioteca todos miraron a Agrimoho, ya que su conocimiento enciclopédico del ritual daba autoridad a cualquier procedimiento que fuese necesario. Como el más viejo, y en su opinión el más enterado de todos los presentes, estaba de pie junto a la mesa de mármol con un comprensible aire de importancia. Las suntuosas y favorecedoras vestimentas engendran sin duda un sentimiento de bienestar en quien las viste, pero ir cubierto, como Agrimoho, con unos harapos sacrosantos de color grana, era estar en un mundo por encima de consideraciones tales como el precio y la hechura de las ropas, y dar a la vez una impresión de decoro que ninguna riqueza puede comprar. Agrimoho sabía que si lo pidiera, los guardarropas de Gormenghast se abrirían enseguida para él. Pero no quería. Se había anudado recientemente la abigarrada barba de pelos alternados, blancos y negros. El arrugado pergamino de su rostro ancestral brillaba a la luz del atardecer que se derramaba por la ventana alta.

Excorio había conseguido encontrar cinco butacas, que alineó frente a la mesa. La señora Ganga, con Titus en el regazo, ocupó la posición central. Lord Sepulcravo se sentó a su derecha y la condesa Gertrude a la izquierda, en actitudes que les eran peculiares: el conde con el codo derecho apoyado en el brazo de la butaca y la barbilla hundida en la palma de la mano, y la condesa obliterando la butaca en que estaba sentada. A su derecha se sentó el doctor, con las largas piernas cruzadas, y una trivial sonrisa de anticipación en la cara. Al otro extremo de la hilera, la pelvis de Irma estaba por lo menos un palmo más atrás de la temblorosa perpendicular del tórax, el cuello y la cabeza. Fucsia, que se alegró de que no hubiera asiento para ella, se quedó de pie detrás de los otros, con las manos en la espalda. Retorcía entre los dedos un pequeño pañuelo verde. Al ver que Agrimoho daba un paso hacia adelante, se preguntó cómo se sentiría una persona tan vieja y arrugada. «Me pregunto si alguna vez seré tan vieja como él», pensó, «una anciana arrugada, más vieja que mi madre, más vieja incluso que Tata Ganga». Miró la masa negra de la espalda de su madre. «De todos modos, ¿quién hay aquí que no sea viejo? Ninguno. Sólo ese chico sin linaje. Mucho no me importa, pero es diferente, y demasiado listo para mí. Y ni siquiera él es joven. No como yo quisiera que fueran mis amigos».

Recorrió con la mirada la fila de cabezas. Unas tras otra: cabezas viejas que no comprendían.

Por último, clavó la mirada en Irma.

«Ella tampoco es de linaje», se dijo Fucsia, «y tiene un cuello demasiado limpio, y además es el más largo y delgado y divertido que yo haya visto jamás. Me pregunto si no es una jirafa blanca, y finge todo el tiempo que no lo es». La mente de Fucsia voló hacia la pata disecada de jirafa en el desván. «Quizá es *suya*», pensó. La idea le pareció tan divertida, que no pudo contenerse y estalló en una risa ahogada.

Agrimoho, que iba a empezar y había levantado la vieja mano con este propósito, se sobresaltó y la miró de soslayo. La señora Ganga apretó a Titus contra ella y se dispuso a escuchar con atención. Lord Sepulcravo no se movió ni una pulgada, pero abrió un ojo lentamente. *Lady* Gertrude, como si la risa sofocada de Fucsia hubiera sido una señal, le chilló a Excorio, que estaba detrás de la puerta de la biblioteca:

—¡Abra la puerta y deje entrar a ese pájaro! ¿A qué espera, buen hombre? —y emitió un curioso silbido de ventrílocuo; y una curruca del bosque entró ondulando por el largo y oscuro hueco de la biblioteca y se le posó en el dedo.

Irma se estremeció, pero era demasiado refinada para volverse, y fue el doctor quien entró en contacto con Fucsia por medio de un exquisitamente oportuno guiño del ojo izquierdo detrás de un lente convexo, como una ostra que se abre y se cierra en un remanso de agua.

Agrimoho, azorado por la indecorosa llamada y también por la presencia de la curruca, que lo distraía paseándose de arriba abajo por el brazo de *lady* Gertrude, alzó de nuevo la cabeza acariciándose un nudo

corredizo en la barba.

La voz ronca y temblorosa erró por la biblioteca como si se hubiera perdido.

Las largas estanterías se levantaban alrededor, hilera sobre hilera, circunscribiendo el mundo de las gentes de Gormenghast con una muralla de otros mundos, prisioneros aunque vivos entre la red de millones de comas, puntos y comas, puntos finales, guiones y otros símbolos impresos.

—Nos hemos reunido en esta antigua biblioteca —declamó Agrimoho— a instigación de Sepulcravo, septuagésimo sexto conde de la casa de Gormenghast y señor de las tierras que se extienden en todas direcciones, al norte hacia los yermos, al sur hacia las grises marismas de sal, al este hacia las tierras movedizas y el mar sin mareas, y al oeste hacia las rocas abruptas e interminables.

Esto fue comunicado en una sola tirada, con voz débil y monótona. Agrimoho tosió un rato y luego, recobrando el aliento, prosiguió mecánicamente:

—Nos hemos reunido en este decimoséptimo día de octubre para prestar oídos a su señoría. Estas noches la luna está en el ascendente y el río repleto de peces. Los búhos de la Torre de los Pedernales buscan sus presas como antaño y es oportuno que en el decimoséptimo día de un mes de otoño, su señoría dé a conocer el tema que le preocupa. Los deberes sagrados que nunca ha vacilado en cumplir concluyen a esta hora. Es apropiado que sea ahora, la sexta hora del día.

»Yo, Agrimoho, en tanto que Maestro del Ritual, Guardián de los Documentos y Confidente de la Familia, puedo afirmar que el hecho de que su señoría les hable no contraviene en ningún sentido los principios de Gormenghast.

»Pero, su señoría el conde y su señoría la condesa —continuó salmodiando Agrimoho—, no es ningún secreto para los que aquí están reunidos que es en la criatura que ocupa el lugar de honor, que es en lord Titus donde convergerán nuestros pensamientos esta tarde. No es ningún secreto.

Agrimoho descargó una horrible tos de pecho.

—Es en lord Titus —dijo, echando una mirada empañada a la criatura, y luego, alzando la voz—, es en lord Titus —repitió con irritación.

Tata advirtió de repente que el anciano le hacía señas y comprendió que tenía que levantar al bebé en el aire como si se tratara de una pieza de subasta. Lo levantó, pero nadie miró la pieza exhibida, excepto Prunescualo, que casi se tragó a Tata y el bebé con una sonrisa tan devoradora, tan dental, que Tata alzó el hombro defendiéndose y volvió a apretar a Titus contra el pecho plano.

—Voy a darles la espalda y a golpear la mesa cuatro veces —dijo Agrimoho—, Ganga pondrá a la criatura sobre la mesa y lord Sepulcravo… —en este momento tuvo un acceso de tos más violento que nunca, y el cuello de Irma tembló a la vez un poco, y enseguida ella retomó el hilo a su manera tosiendo recatadamente cinco veces. Se volvió a la condesa con aire de disculpa, y arrugó la frente reconociéndose culpable. Pudo ver que la condesa no había advertido la silenciosa disculpa. Arqueó la nariz. No había tenido conciencia de que hubiese en la sala otro olor, además del olor dominante a cuero rancio, pero ocurría que las terminaciones nerviosas de su hipersensible membrana pituitaria estaban actuando por su cuenta.

Agrimoho tardó un rato en recuperarse de su acceso de tos, pero al fin se enderezó y repitió:

—Ganga pondrá a la criatura sobre la mesa y lord Sepulcravo avanzará, precedido de su criado, y cuando esté justo detrás de mí, me tocará la nuca con el dedo índice de la mano izquierda.

»A esta señal, tanto yo como Ganga nos retiraremos, y lord Sepulcravo dará la vuelta a la mesa, sobre la que Ganga habrá depositado al bebé, y se pondrá al otro lado, de cara a nosotros.

—¿Tienes hambre, amorcito mío? ¿No has encontrado grano? ¿Es eso lo que te pasa?

La voz estalló tan repentina y pesadamente, y tan a continuación de los trémulos acentos de Agrimoho, que en un primer momento todos creyeron que la observación iba dirigida a ellos personalmente; pero al volver la cabeza, vieron que la condesa sólo le hablaba a la curruca. En cuanto a si el pájaro dio alguna respuesta, eso nunca se supo, pues Irma tuvo otro ataque menos recatado de tos seca, y fue pronto imitada por su hermano y Tata Ganga, que llenaron la sala de ruido.

Asustada, la curruca salió volando, y lord Sepulcravo, que se encaminaba hacia la mesa, se detuvo y miró con irritación la hilera de ruidosas figuras; pero en ese instante, un ligero olor a humo empezó a hacerse perceptible, y el conde alzó la cabeza y husmeó el aire de un modo lento y melancólico. Al mismo tiempo, Fucsia notó una aspereza en la garganta. Miró alrededor y arrugó la nariz, pues el humo, aunque todavía invisible, se estaba infiltrando ininterrumpidamente en la biblioteca.

Prunescualo se había levantado de la butaca que ocupaba junto a la condesa; torciendo la boca con una mueca burlona, y enlazando las manos blancas, dejó que sus ojos recorrieran rápidamente el salón. Tenía la cabeza inclinada de costado.

—¿Qué pasa, buen hombre? —preguntó la voz profunda de la condesa, que seguía sentada en la butaca.

—¿Que qué pasa? —dijo el doctor, sonriendo más enfáticamente pero moviendo siempre los ojos—. Es una cuestión de atmósfera; por lo que puedo juzgar, así, con tan, pero tan escasa información, su señoría, por lo que apenas me atrevo a juzgar, ja, ja, ja. Es una cuestión de espesamiento de la atmósfera, ja, ja.

—Humo —replicó la condesa brusca y pesadamente—. ¿Qué pasa con el humo? ¿Es que nunca lo ha olido antes?

—En muchas y repetidas ocasiones, su señoría —respondió el doctor—. Pero nunca, si me permite, nunca *aquí*.

La condesa gruñó entre dientes y se apoltronó aún más en la butaca.

—Aquí nunca *hay humo* —comentó lord Sepulcravo. Enseguida volvió la cabeza hacia la puerta y elevó un poco la voz—: Excorio.

El larguirucho criado emergió de las sombras como una araña.

—Abra la puerta —dijo el conde severamente; y mientras la araña se volvía y emprendía el viaje de regreso, lord Sepulcravo dio un paso hacia el viejo Agrimoho, ahora doblado sobre la mesa en un paroxismo de tos. Su señoría lo sujetó por el codo e hizo un signo a Fucsia para que se acercara y sostuviera al anciano por el otro lado. Los tres se encaminaron hacia la puerta siguiendo a Excorio.

Lady Groan seguía sentada como una montaña y observaba al pájaro.

El doctor Prunescualo estaba frotándose los ojos y tenía las gruesas gafas momentáneamente levantadas por encima de las cejas. Pero estaba muy atento, y en cuanto se reajustó las gafas, dedicó una sonrisa a cada uno de los presentes. Detuvo unos instantes la mirada en su hermana Irma, que estaba rasgando sistemáticamente un carísimo pañuelo de seda de color crema y delicado bordado. Los cristales oscuros de las gafas le ocultaban los ojos, pero a juzgar por el surco fino, húmedo y caído de los labios y el temblor de la puntiaguda nariz, era de suponer que estaban en contacto con la humedad que el humo había depositado en las gafas y que empañaba la cara interior de los cristales.

El doctor juntó las yemas de los dedos, y luego, separando las afiladas extremidades de los índices, observó un momento cómo giraban uno alrededor del otro. Enseguida volvió los ojos hacia el fondo de la sala y vio que el conde y su hija iban hacia la puerta, sosteniendo al anciano. Alguien, probablemente Excorio, hacía mucho ruido forcejeando con el pesado pomo de la puerta.

La humareda se estaba extendiendo. Preguntándose por qué demonios la puerta no estaba abierta, el doctor empezó a escudriñar la sala buscando la fuente de las cada vez más espesas espirales. Al pasar por delante de Tata Ganga, vio que había sacado a Titus de la mesa de mármol. Lo apretaba contra ella envuelto en unas capas de tela que lo ocultaban por completo. Del bulto se escapaban unos sollozos ahogados. La arrugada boquita de Tata colgaba entreabierta, y sus lacrimosos ojos parecían más enrojecidos que de costumbre a causa del humo punzante; pero la anciana no se movía.

—Mi queridísima buena mujer —dijo Prunescualo, y giró bruscamente cuando ya iba a pasar flotando junto a ella—, mi queridísima Ganga, lleve a su minúscula señoría hacia la puerta, que por alguna sutil razón que a mí se me escapa permanece cerrada. ¿Por qué? En nombre de la ventilación, no me lo explico. Pero es así. Permanece cerrada. De cualquier manera, llévelo, mi querida Ganga, a la susodicha puerta y póngale la cabeza infinitesimal junto al ojo de la cerradura (¡seguramente *eso* está todavía abierto!), y aunque no pueda introducir al bebé por el agujero, por lo menos dará a los pulmones de su señoría algo para ir tirando.

Tata Ganga no había sabido nunca interpretar las frases largas del doctor, especialmente cuando le llegaban a través de un velo de humo, y todo lo que consiguió entender fue que tenía que tratar de introducir a su pequeña señoría por la cerradura. Estrechando al bebé contra el pecho, se apartó del doctor, gritando:

—¡No! ¡No! ¡No!

El doctor Prunescualo volvió los ojos en blanco hacia la condesa. Parecía que ella se había dado cuenta al fin de lo que ocurría en la sala, y estaba recogiendo grandes pliegues de tela de un modo lento y deliberado, como preparándose para ponerse de pie.

El golpeteo en la puerta era cada vez más violento, pero el humo y la penumbra natural del lugar impedían ver alrededor.

—¡Ganga! —dijo Prunescualo, avanzando hacia ella—, ¡vaya de prisa a la puerta, como mujer inteligente que es!

—¡No!, ¡no! —chilló la enana con una voz tan ridícula que el doctor, después de sacar un pañuelo del bolsillo, la levantó del suelo y se la puso debajo del brazo. Envolviendo la cintura de Tata Ganga, el pañuelo impedía que las ropas de la niñera estuvieran en contacto con las del doctor. Las piernas de Tata, como

ramitas negras al viento, se sacudieron unos instantes y luego se quedaron quietas.

Pero antes de que llegaran a la puerta vieron a lord Sepulcravo, que misteriosamente emergía del humo.

—La puerta está cerrada con llave desde fuera —susurró entre ataques de tos.

—¿Cerrada con llave? —preguntó Prunescualo—. ¿Con llave, su señoría? ¡En nombre de la perfidia, esto se está poniendo intrigante! Muy intrigante. Tal vez demasiado intrigante. ¿Qué te parece a ti, Fucsia, mi querida damisela? ¿Eh?, ja, ja. Bueno, bueno, tenemos que ponernos muy cerebrales, ¿no es cierto? En nombre del raciocinio, ¡no nos queda más remedio! ¿Puede romperse? —Se volvió hacia lord Sepulcravo—. Su señoría, ¿podremos abrir una brecha, ya sabe, embestirla con un ariete y todas esas cosas deliciosas?

—Demasiado gruesa, Prunescualo —le respondió el conde—, roble de cuatro pulgadas.

Habló lentamente, en extraño contraste con el gorjeo rápido e interjectivo de Prunescualo.

A Agrimoho lo habían dejado sentado junto a la puerta, y tosía como si estuviese destrozándose el viejo cuerpo.

—No hay llave para la otra puerta —prosiguió lord Sepulcravo lentamente—. Nunca se utiliza. ¿Y qué me dicen de la ventana? —Por primera vez una mirada de alarma apareció en su rostro ascético. Fue rápidamente hacia las estanterías más próximas y pasó los dedos por los lomos encuadernados. Luego se volvió con una rapidez insólita en él—. ¿Dónde es más denso el humo?

La voz de Prunescualo salió de la humareda.

—He estado buscando el origen, su señoría, pero es tan denso en todas partes que es difícil saberlo. En nombre de los abismos tenebrosos, es condenadamente difícil. Pero sigo indagando, ja, ja, sigo indagando. —Gorjeó un rato como un pájaro, y luego volvió a recuperar el habla—. ¡Fucsia, querida! —exclamó—. ¿Estás bien?

—¡Sí, sí! —Fucsia tragó saliva antes de poder contestar, pues estaba muy asustada—. Sí, doctor Prune.

—¡Ganga! —chilló el doctor—. Mantenga a Titus cerca de la cerradura. Vigila que lo haga, Fucsia.

—Sí —susurró Fucsia, y fue en busca de Tata Ganga.

En aquel momento, un grito incontrolado resonó en la biblioteca.

Irma había desgarrado el pañuelo color crema en tiras tan diminutas que ya no le quedaba nada que rasgar, y con las manos forzosamente ociosas no pudo dominarse por más tiempo. Llevándose los nudillos a la boca, había intentado ahogar el grito, pero su terror era ahora demasiado fuerte para tales recursos, y a último momento olvidó todo lo que había aprendido sobre el decoro y el comportamiento de las damas, y con las manos clavadas en los muslos se levantó de puntillas y su garganta de cisne dejó escapar un grito que hubiera helado la sangre de un guacamayo.

Una enorme figura surgió de la humareda a unos pocos pies de lord Sepulcravo, y mientras él observaba la borrosa mitad superior, y la identificaba como la cabeza de su esposa, se le paralizaron los miembros, pues el grito de Irma había resonado en el momento en que apareciera la cabeza, cuya amenazadora proximidad se juntó con el grito dando un horror de ventrílocuo al momento. Al espanto de una cabeza y una voz que le atacaban el oído y el ojo simultáneamente, aunque desde distintas direcciones, se sumaba la horrible idea de que Gertrude había perdido el juicio hasta el punto de emitir un grito de un tono estridente, incompatible con la grave cuerda floja de violonchelo que le reverberaba en la garganta. Comprendió enseguida que *no* era Gertrude quien había chillado, pero la sola idea de que hubiera podido ser ella, hizo que se sintiera enfermo, y se le cruzó el pensamiento de que a pesar del peso intransigente y severo del carácter de su mujer, sería algo horrendo y maligno que ahora fuera a cambiar.

La forma borrosa de la cabeza de Gertrude se volvió hacia el grito sobre un cuello borroso, y el conde vio que el enorme y vacilante perfil se alejaba poco a poco, abriéndose paso a través de la espesura, guiado por la estridente estrella fugaz del grito de Irma.

Lord Sepulcravo se estrujó las manos convulsivamente, hasta que los nudillos se le pusieron blancos, y sus diez pronunciadas crestas temblaron a través del humo que tenía entre las manos y la cabeza.

La sangre empezó a martillearle las sienes, y la amplia frente blanca se le perló de gruesas gotas.

Se mordió el labio inferior y arrugó las cejas como si estuviera meditando algún problema académico. Sabía que nadie podía verlo ahora, pues el humo era casi opaco, pero se observó minuciosamente. Notó que la posición de los brazos y la actitud de todo su cuerpo eran exageradas y rígidas. Descubrió que tenía los dedos extendidos en un histriónico gesto de pánico. Tendría que dominar sus miembros antes de poder organizar las actividades de la sala llena de humo. Y así observaba, esperando poder recuperarse, y mientras observaba comprendió que estaba librando una batalla. Tenía sangre en la lengua y se había mordido la muñeca. Ahora entrelazaba las manos, y le pareció que pasaba una eternidad antes de que los dedos abandonaran aquella pugna mortal y fratricida. No obstante, su pánico no podía haber durado más que unos pocos instantes, pues el eco del grito de Irma aún le resonaba en los oídos cuando empezó a

aflojar las manos.

Entretanto, Prunescualo había llegado junto a su hermana y la había encontrado con el cuerpo erguido como preparándose para volver a gritar. Prunescualo, aunque cortés como siempre, tenía en sus ojos de pez algo que casi podría llamarse determinación. Una ojeada a su hermana le bastó para comprender que tratar de razonar con ella sería tan inútil como intentar cristianizar a un buitre. Irma estaba de puntillas, con los pulmones dilatados. Con la larga mano blanca el doctor le abofeteó la larga cara blanca, haciéndole expulsar el aire de los pulmones por la boca, las orejas y la nariz. Hubo un ruido como de guijarros, de guijarros arrastrados hacia el mar en una noche oscura.

La llevó rápidamente a través de la sala, con los talones rascando el suelo, y después de palpar en la humareda con un pie delicado, descubrió una silla y acomodó allí a su hermana.

—¡Irma! —le chilló en la oreja—, mi humillante y calamitoso viejo cordel enjalbegado, ¡quédate sentada! Alfred se ocupará del resto. ¿Puedes oírme? ¡Ahora sé buena! Sangre de mi sangre, compórtate ya, ¡maldita sea!

Irma estaba quieta como una muerta, salvo por una mirada de profundo asombro en los ojos.

Prunescualo iba a hacer un nuevo intento por descubrir el origen del humo, cuando oyó la voz de Fucsia imponiéndose por encima de las toses, que eran entonces el constante ruido de fondo de la biblioteca.

—¡Doctor Prune! ¡Doctor Prune! ¡Rápido! ¡Rápido, rápido, doctor Prune!

El doctor se estiró elegantemente los puños de la camisa, trató de cuadrar los hombros, aunque sin éxito, y fue medio corriendo y medio andando hacia la puerta donde Fucsia, la señora Ganga y Titus habían sido vistos por última vez. Cuando estimó que estaba a mitad de camino y que ya no quedaba ningún mueble como obstáculo, aceleró la marcha. Lo hizo aumentando no sólo el largo sino también la altura de sus pasos, de modo que corría como haciendo cabriolas en el aire. De pronto, chocó brutalmente contra algo que le pareció un enorme travesaño puesto de punta.

Después de apartar la cara de los ropajes con olor a sebo que parecían colgarle alrededor como cortinas, alargó la mano tentativamente y se estremeció al notar que estaba tocando unos dedos largos.

—¿Prune? —dijo la enorme voz—. ¿Es usted Prune?

La boca de la condesa se abría y cerraba a una pulgada de la oreja izquierda de Prunescualo.

El doctor gesticuló con elocuencia, pero su artística demostración se perdió en el humo.

—Lo *es*. O mejor dicho —puntualizó, hablando aún más rápido que de costumbre—, *es* Prunescualo, lo cual, si me permite decirlo, es más estrictamente correcto, ja, ja, ja, incluso en la oscuridad.

—¿Dónde está Fucsia? —dijo la condesa. Prunescualo sintió que lo agarraban por el hombro.

—Junto a la puerta —dijo el doctor, deseando librarse del peso de la mano, y preguntándose, incluso en medio de las toses y de la oscuridad, en qué estado quedaría la tela que se le ajustaba a los hombros tan elegantemente cuando la condesa hubiera acabado con ella—. Iba a buscarla, y de pronto nos encontramos, ja, ja, nos encontramos, por así decir, tan palpablemente, tan inevitablemente.

—¡Calma, buen hombre! ¡Calma! —dijo *lady* Gertrude, aflojando la mano—. Vaya a buscármela y tráigala aquí… y rompa el cristal de una ventana. Prune, rompa un cristal.

El doctor se alejó como un relámpago, y cuando le pareció que se encontraba a unos pocos palmos de la puerta, preguntó gorjeando:

—¿Estás ahí, Fucsia?

Fucsia estaba justo debajo de él, y el doctor se sorprendió al oír la voz de la muchacha subiendo a borbotones a través del humo.

—Está enferma. Muy enferma. ¡Rápido, doctor Prune, rápido! Haga algo por ella. —El doctor notó que le aferraban las rodillas—. Está ahí abajo, doctor Prune. La estoy sosteniendo.

Prunescualo se subió los pantalones y se arrodilló rápidamente.

La atmósfera parecía más vibrante en esta parte de la sala, más de lo que pudiera atribuirse a cualquier cantidad de aire que hubiese entrado por la cerradura. Las toses eran horribles: la de Fucsia profunda y jadeante, y la de Tata débil y continua, y la que más alarmó al doctor. Buscó a tientas a la vieja niñera y la encontró en el regazo de Fucsia. Deslizando la mano sobre el diminuto pecho de polluelo, notó que el corazón le latía apenas. Había un olor rancio en la oscuridad, a la izquierda, y enseguida oyó los accesos de tos más secos que hubiera conocido jamás; le recordaron el polvo de ladrillo, y le revelaron la proximidad de Excorio, que abanicaba el aire mecánicamente con un voluminoso libro que había arrancado de una estantería próxima. El hueco dejado en la hilera de libros ocultos se había llenado inmediatamente de volutas de humo —un nicho alto y estrecho de sofocante oscuridad, un hueco fantasmal en una hilera de coriáceas muelas del juicio.

—Excorio —llamó Prunescualo—, ¿puede oírme, Excorio? ¿Cuál es la ventana más grande de la sala?

Rápido, amigo mío, ¿cuál es?

—Pared norte —dijo Excorio—. Muy alta.

—Vaya y rómpala enseguida. Vamos, enseguida.

—No hay galería allí. Imposible alcanzarla.

—¡No discuta! Utilice la cabeza. Usted conoce la sala. Encuentre un proyectil, mi buen Excorio, encuentre un proyectil, y rompa el cristal. Oxígeno para la señora Ganga, ¿no le parece? ¡En nombre de todos los céfiros, sí! Ve a ayudarlo, Fucsia. Encontrad la ventana y romped el cristal, incluso si tenéis que lanzar a Irma como proyectil, ja, ja, ja. Y no tengas miedo, Fucsia. Después de todo, el humo no es más que humo: no está compuesto de cocodrilos, oh no, no es tan tropical. Ahora daos prisa. Romped el cristal como sea y dejad que la noche entre a raudales, y entretanto yo me ocuparé de la querida Tata y de Titus, ja, ja, ja, ¡oh, sí!, ¡claro que sí!

Excorio agarró el brazo de Fucsia y los dos se alejaron en la oscuridad.

Prunescualo atendió ante todo a la señora Ganga, asegurándole que el problema se resolvería en un santiamén sin necesidad de intervenciones científicas. Luego, después de comprobar que, aunque prietamente envuelto, Titus era capaz de respirar, se sentó sobre los talones. De repente, volvió la cabeza, pues se le acababa de ocurrir una idea.

—¡Fucsia! —gritó—, encuentra a tu padre y pídele que arroje su bastón de jade contra la ventana.

Lord Sepulcravo, que acababa de superar otro momento de pánico, y que casi se había partido en dos el labio inferior, habló con una voz maravillosamente tranquila en cuanto el doctor acabó de gorjear su mensaje.

—¿Dónde está Excorio? —dijo.

—Estoy aquí —respondió Excorio, unos pasos más atrás del conde.

—Venga a la mesa.

Excorio y Fucsia avanzaron hacia la mesa, buscándola a tientas con las manos.

—¿Ya ha llegado?

—Sí, padre —dijo Fucsia—, estamos los dos aquí.

—¿Eres tú, Fucsia? —dijo una voz nueva. Era la condesa.

—Sí —contestó Fucsia—. ¿Estás bien?

—¿Has visto a la curruca? —dijo la condesa—. ¿La has visto?

—No —dijo Fucsia. El humo le irritaba los ojos y la oscuridad la aterraba. Como su padre, había sofocado ya una veintena de gritos.

La voz de Prunescualo sonó de nuevo desde el fondo de la sala:

—¡Al diablo la curruca y todos sus amigos emplumados! ¿Ha encontrado los proyectiles, Excorio?

—Venga usted aquí, Escualo… —empezó la condesa, pero no pudo continuar pues los pulmones se le llenaron de penachos negros.

Durante unos instantes no hubo nadie en la sala que pudiera hablar, y respiraban cada vez con más trabajo. Por fin, se oyó la voz del conde.

—Sobre la mesa —susurró—, pisapapeles… de latón…, sobre la mesa. Rápido… Excorio… Fucsia…, buscadlo. ¿Lo habéis encontrado?… Pisapapeles… de latón.

Las manos de Fucsia toparon pronto con el pesado pisapapeles, y en ese preciso momento la sala se iluminó con una lengua de fuego que subió entre los libros, a la derecha de la puerta inutilizada. Se extinguió casi inmediatamente, retirándose como una lengua de víbora, pero un instante después se alzó de nuevo en una espiral escarlata, retorciéndose de izquierda a derecha mientras lamía los lomos dorados y tachonados de los libros de lord Sepulcravo. Esta vez no se extinguió, y una miríada de tentáculos vacilantes se aferraron al cuero mientras los títulos de los libros brillaban con una gloria efímera. Fucsia no los olvidaría nunca, esos primeros títulos refulgentes que parecían estar anunciando la muerte de todos ellos.

Durante un rato hubo un silencio absoluto; luego, con un grito ronco, Excorio se precipitó hacia las estanterías a la izquierda de la puerta principal. Las llamas habían prendido en un bulto caído en el suelo, y sólo cuando Excorio lo levantó y lo transportó a la mesa, se acordaron los demás del octogenario; pues el bulto olvidado era Agrimoho. Al doctor le costó tiempo determinar si estaba vivo o no.

Mientras Prunescualo intentaba reanimar al anciano, tendido sobre la mesa de mármol en sus harapos de color granate, Sepulcravo, Fucsia y Excorio se pusieron debajo de la ventana, que cada vez se distinguía con mayor claridad. Sepulcravo, el primero en arrojar el pisapapeles de latón, fracasó de un modo lamentable, prueba definitiva (pero quizás innecesaria) de que no era hombre de acción, y de que no había malgastado su vida consagrándola a los libros. Excorio fue el siguiente en probar su habilidad. Aunque

contaba con la ventaja de una mayor estatura, no fue más afortunado que su señoría, a causa de una superabundancia de calcio en las articulaciones de los codos.

Entretanto, Fucsia había empezado a escalar las estanterías, que llegaban hasta unos cinco pies de la ventana. Mientras subía con dificultad, los ojos inundados de lágrimas y el corazón latiéndole desaforadamente, echaba los libros al suelo buscando puntos de apoyo para las manos y los pies. Era un difícil ascenso, pues la pared caía a plomo y los pulimentados estantes estaban demasiado resbaladizos para agarrarse a ellos con mano firme.

La condesa había subido a la galería, donde había encontrado a la curruca revoloteando alocadamente en un rincón oscuro. Arrancándose una mecha de cabellos rojizos, le había atado cuidadosamente las alas, y después de apretarle el pecho palpitante contra su mejilla, se había metido la curruca entre su propio cuello y el escote del vestido, dejando que se deslizara hasta las espaciosas regiones nocturnas de los pechos, donde se quedó quieta, pensando, sin duda una vez olvidado el terror de las llamas, que había dado con el nido de los nidos, más suave que el musgo, inviolado, y caldeado con sangre somnolienta.

Cuando Prunescualo comprobó más allá de toda duda que Agrimoho estaba muerto, alzó un cabo suelto de la arpillera grana que se desplegaba sobre la mesa de mármol desde los hombros del anciano, y le cubrió los ojos.

Después miró de soslayo las llamas. Se habían extendido y ardían en una cuarta parte de la pared este. El calor estaba haciéndose insoportable. Echó una segunda mirada a la puerta que tan misteriosamente había quedado cerrada, y vio a Tata Ganga, con Titus en brazos, agachada junto a la cerradura, el único sitio posible para ellos. Si pudieran romper la ventana y montar debajo algún tipo de andamio, tal vez aún podrían escapar a tiempo, aunque cómo diablos se las arreglarían para descender por la parte de afuera, era harina de otro costal. Una cuerda, quizá. ¿Pero de dónde iban a sacar una cuerda? Y además, ¿con qué iban a construir el andamio?

Prunescualo miró alrededor, buscando algo que pudiera utilizarse. Descubrió a Irma tendida en el suelo, contorsionándose como un trozo de anguila que acaban de seccionar, pero que todavía conserva ideas propias. Tenía la hermosa y ajustada falda toda arrugada alrededor de los muslos. Las elegantes uñas pintadas arañaban convulsivamente el suelo de madera. «Dejemos que se retuerza un rato», se dijo rápidamente. «Ya nos ocuparemos de ella más tarde, pobre desdichada». Volvió a mirar a Fucsia, que ya casi había llegado al último estante de libros y alargaba una mano temblorosa hacia el bastón con pomo de jade negro.

—¡Ánimo, Fucsia, mi niña!

Fucsia oyó vagamente la voz del doctor que le llegaba de abajo. Durante un momento, todo osciló ante ella, y la mano derecha le tembló agarrada a la resbaladiza estantería. Lentamente, se le aclararon los ojos. No le era fácil blandir el bastón en la mano izquierda, y estiró tiesamente el brazo hacia atrás, preparándose para golpear la ventana con un único y rígido movimiento.

La condesa, apoyada en la baranda de la galería, la observaba tosiendo ruidosamente, y entre seísmo y seísmo de tos, bajaba los ojos, y abriendo con el dedo índice el escote del vestido, silbaba entre dientes al pájaro acurrucado entre sus pechos.

Sepulcravo miraba a su hija a medio camino de la pared, rodeada de libros que bailaban en la luz escarlata. Las manos del conde estaban librando otra lucha, pero adelantaba la delicada barbilla, y en los ojos melancólicos no tenía más pánico que el razonable en un hombre normal en esas condiciones. El hogar de libros estaba en llamas. Toda una vida amenazada, y él ni siquiera se movía. La mente sensible ya no le funcionaba como antes; había trabajado tanto tiempo en un mundo de abstracciones filosóficas que este otro mundo de acciones prácticas y rápidas la habían trastornado. El ritual que su cuerpo había tenido que desempeñar durante cincuenta años, no lo había preparado para los accidentes fortuitos. Observaba a Fucsia con una fascinación ensoñadora, mientras sus manos entrelazadas continuaban luchando.

Excorio y Prunescualo se colocaron justo debajo de Fucsia, que se tambaleaba. En cuanto la muchacha estiró el brazo, ambos se apartaron un poco a la derecha para evitar los trozos de cristal que pudieran caer dentro.

Fucsia balanceó el brazo con los ojos clavados en el ventanal, y de pronto se encontró mirando una cara, una cara encuadrada en un marco de oscuridad, a unos pocos palmos de la suya. Sudaba llamaradas, y unas sombras carmesíes le pasaban por encima mientras las llamas brincaban en la sala de abajo. Sólo los ojos repelían el aire lúcido. Juntos como las ventanas de una nariz, no eran tanto ojos como túneles estrechos por los que se derramaba la Noche.

Y REGRESARON A CABALLO

EN CUANTO FUCSIA reconoció la cabeza de Pirañavelo, el bastón se le cayó del brazo estirado, la mano agarrotada se soltó de la estantería, y ella se precipitó de espaldas en el vacío, con la negra cabellera por debajo y el cuerpo arqueado hacia atrás como si hubiera recibido un golpe.

El doctor y Excorio, saltando hacia adelante, alcanzaron a evitar que Fucsia diera contra el suelo. Un instante después, el cristal de arriba entró en pedazos en la sala y la voz de Pirañavelo gritó desde lo alto:

—¡Tranquilos! Les bajaré una escalera. ¡No pierdan la calma! ¡No pierdan la calma!

Todos los ojos pasaron de Fucsia a la ventana, pero Prunescualo, al oír que el cristal estallaba por encima de él, había protegido a la muchacha poniéndose delante. Los trozos de cristal habían caído alrededor, y un pedazo grande había rozado la cabeza de Prunescualo, haciéndose añicos en el suelo. La única persona herida fue Excorio, a quien un trozo le había mellado la muñeca.

—¡Aguarden un momento! —continuó Pirañavelo con una voz animada y que parecía singularmente espontánea—. No se queden tan cerca, romperé un poco más de cristal.

El grupo de debajo retrocedió y lo observó mientras rompía los dentados bordes de la ventana con un trozo de sílex. Por detrás de ellos la sala estaba ya ardiendo, y el sudor les corría por las caras levantadas, se les chamuscaban las ropas, y la carne les escocía a causa del calor.

En la pared exterior, Pirañavelo, de pie sobre las cortas ramas laterales de la escala de pino, luchaba con el otro tronco que había apoyado cerca. No era tarea fácil, y los músculos de los brazos y la espalda se le tendieron casi hasta el límite cuando alzó el largo tronco por encima del hombro, lentamente, manteniéndose con dificultad en equilibrio. Por lo que veía, la biblioteca estaba ahora en perfectas condiciones para un trabajo de rescate verdaderamente teatral. Despacio pero con firmeza, deslizó el tronco sobre el hombro y por la ventana rota. No sólo era una hazaña peligrosa y dura, subido como estaba en precario equilibrio sobre unos muñones de ramas de no más de seis pulgadas y tirando del pesado tronco resinoso por encima del hombro, sino además difícil, ya que las ramas laterales se le enganchaban en las ropas y en el alféizar de la ventana cada vez que intentaba deslizar el largo monstruo dentro de la brillante biblioteca.

Por fin consiguió vencer ambas dificultades, y el grupo reunido debajo de la ventana vio un tronco de pino, de quince pies de longitud, que se abría paso entre la humareda, balanceándose sobre ellos y aterrizando por fin estrepitosamente. Pirañavelo sujetaba con fuerza el extremo superior del tronco, de modo que los miembros más ligeros del grupo hubieran podido escalarlo enseguida, pero Prunescualo desplazó la base del árbol un poco a la izquierda y lo hizo girar hasta que los «escalones» laterales más sólidos quedaron convenientemente situados.

La cabeza y los hombros de Pirañavelo aparecieron ahora visiblemente a través del hueco de la ventana. Echó una ojeada a la humareda rojiza. «Un buen trabajo», sé dijo, y luego gritó:

—¡Qué suerte haberlos encontrado! ¡Ya voy!

Nada podía haber estado más deliciosamente de acuerdo con lo que había planeado. Pero no había tiempo que perder. Aún no era momento de cantar victoria. Advirtió que el fuego había prendido en las planchas del suelo y que una serpiente de llamas se deslizaba bajo la mesa.

Pirañavelo alzó la voz:

—¡El Heredero de Gormenghast! ¿Dónde está lord Titus? ¿Dónde está lord Titus?

Prunescualo ya estaba junto a la señora Ganga, que se había desplomado sobre la criatura, y cogiendo a ambos en brazos, corrió otra vez hacia la escala. La condesa estaba allí; todos estaban allí, al pie del tronco. Todos excepto Agrimoho, cuya arpillera había empezado a arder lentamente. Fucsia había agarrado a Irma por los talones y la había arrastrado por el suelo, donde yacía aún, como si alguna tempestad la estuviese empujando a la orilla. Pirañavelo, que se había metido en la biblioteca, había descendido ya un tercio de la

escala. Cuando Prunescualo trepó al tercer escalón y consiguió pasarle a Titus, el joven volvió a subir de espaldas y bajó por la escala de fuera en un relámpago.

Depositó el bebé entre los helechos al pie de la pared, y se precipitó de nuevo escalera arriba en busca de la anciana niñera. El cuerpo diminuto de la desmayada Tata era casi tan fácil de llevar como el de Titus, y Prunescualo la hizo pasar a través de la ventana como si se tratara de una muñeca.

Pirañavelo la tendió junto a Titus, y volvió rápidamente a la ventana. Irma era obviamente la siguiente de la lista, y con ella empezaron las dificultades. En cuanto la tocaron, empezó a golpear alrededor con brazos y piernas. Estaba desahogándose de treinta años de represión. Había dejado de ser una dama. Nunca más podría serlo. Los pies, blancos como la nieve, eran en realidad de arcilla. Ahora, con todas las ventajas de una larguísima garganta, reanudó sus chillidos, aunque más débilmente que antes, pues las espirales de humo habían quitado aspereza a sus cuerdas vocales, y ahora parecían más de lana que de tripa. Algo había que hacer con ella, y rápido. Bajando precipitadamente hasta la mitad del tronco, Pirañavelo se dejó caer al suelo de la biblioteca. Luego le sugirió al doctor que la ataran, y ambos empezaron a arrancarle tiras del vestido, con las que le sujetaron brazos y piernas, metiéndole el resto en la boca. Ayudados por Excorio y Fucsia, subieron a la contorsionada Irma poco a poco por la escala, hasta que Pirañavelo atravesó la ventana y la sacó al aire vespertino. Una vez fuera, fue tratada con menos decoro aún, y el descenso pareció ciertamente abrupto, pues el joven alto de hombros procuró simplemente que no se fracturara más huesos de los necesarios. De hecho, no se fracturó ninguno, y sólo algunos moretones le mancharon las incomparables carnes blancas.

Pirañavelo tenía ahora tres figuras alineadas entre los helechos fríos. Al precipitarse otra vez escalera arriba, oyó la voz de Fucsia diciendo:

—No, no, no quiero. Ahora te toca a *ti*. Por favor, ahora te toca a *ti*.

—Silencio, niña —le replicó la condesa—. No pierdas tiempo. ¡Haz como te digo! ¡Como te digo! ¡De prisa!

—No, madre, no…

—Mi querida Fucsia —dijo Prunescualo—, estarás fuera en un abrir y cerrar de ojos, ja, ja, ja. ¡Eso ahorrará tiempo, gitana mía! ¡Rápido!

—¡No te quedes ahí embobada, muchacha!

Fucsia echó una ojeada al doctor. Qué distinto estaba ahora, con el sudor que le chorreaba por la frente y entre los ojos.

—¡Venga, sube! ¡Sube! —la animó Prunescualo.

Fucsia se volvió hacia la escala, y después de uno o dos pasos en falso, desapareció por encima de ellos.

—¡Así se hace, niña! —gritó el doctor—. ¡Ve en busca de tu Tata Ganga! Y bien, ahora, ahora, le toca a usted, señora.

La condesa empezó a trepar, y aunque acompañada por el sonido de los muñones de ramas que se quebraban debajo de ella, a ambos lados del tronco, su ascenso hacia la ventana pareció prodigiosamente inevitable, en cada uno de sus pasos y en cada impulso del cuerpo. Como algo mucho más grande que la vida, el vestido negro tornasolado con los reflejos del fuego trepaba arduamente hacia la ventana. No había nadie al otro lado para ayudarla, pues Pirañavelo estaba en la biblioteca. No obstante, a pesar de todas las contorsiones de la enorme figura y la torpeza de su salida, había en ella una lenta dignidad que incluso dio a la penúltima visión que tuvieron de ella —el enorme trasero desapareciendo interminablemente en la noche— un carácter de temeroso respeto más que de ridículo.

Ya no quedaban más que lord Sepulcravo, Prunescualo, Excorio y Pirañavelo.

Prunescualo y Pirañavelo se volvieron rápidamente hacia Sepulcravo para indicarle que siguiera a su esposa, pero el conde había desaparecido. No había un momento que perder. Las llamas crepitaban alrededor. El olor del cuero quemado se mezclaba con el olor de la humareda. El conde no podía estar lejos, a menos que se hubiera metido entre las llamas. Lo encontraron a unos pocos pies de la escalera, en un hueco aún a resguardo del calor. Estaba acariciando los lomos de las obras completas de los dramaturgos martrovianos, encuadernadas en fibra de oro, con una sonrisa que provocó una punzada de desasosiego en el cuerpo de los tres que lo encontraron. Incluso Pirañavelo observó esta sonrisa con inquietud, frunciendo las cejas de color arena. Unos hilos de saliva empezaban a acumularse en las comisuras de la sensible boca de su señoría, a medida que contraía los labios, revelando los dientes. Era el rictus de un animal muerto, con el hocico entreabierto y los dientes curvados hacia las orejas.

—¡Tómelos, tome sus libros, su señoría, y venga, venga rápido! —le dijo Pirañavelo con vehemencia—. ¿Cuáles quiere?

Sepulcravo se volvió bruscamente, y con un esfuerzo sobrehumano puso las manos rígidas a ambos

costados del cuerpo, y fue enseguida hacia la escala.

—Lamento haberlos hecho esperar —dijo, y empezó a trepar ágilmente. Mientras descendía al otro lado de la ventana, le oyeron repetir, como para sí mismo—: Lamento haberlos hecho esperar. —Luego siguió una risita débil, como la risa de un fantasma.

Ya no quedaba tiempo para decidir a quién tocaba subir primero; no quedaba tiempo para la caballerosidad. El ardiente aliento del fuego estaba sobre ellos y la sala se les echaba encima. No obstante, Pirañavelo se las arregló para ser el último.

En cuanto Excorio y el doctor desaparecieron, trepó por el tronco de pino como un gato y se sentó a horcajadas en el alféizar de la ventana unos instantes antes de descender por el otro lado. La negra noche otoñal se alzaba detrás de él; se quedó agazapado, como una pálida estatua; sus ojos no eran ya agujeros negros en la cabeza, y a la luz color sangre refulgían como granates.

—Un buen trabajo —se dijo por segunda vez en la noche—. Un trabajo excelente. —Luego alzó la otra pierna sobre el alféizar alto.

—Ya no queda nadie —gritó a la oscuridad.

—Agrimoho —dijo la aflautada voz de Prunescualo, curiosamente inexpresiva—. Hemos dejado a Agrimoho.

Pirañavelo se deslizó tronco abajo.

—¿Muerto? —preguntó.

—Sí, muerto —dijo Prunescualo.

Nadie habló.

Cuando los ojos de Pirañavelo se acostumbraron a la oscuridad, observó que el suelo alrededor de la condesa era de un color blanco polvoriento, y que se movía; necesitó un rato antes de comprender que unos gatos blancos se entrelazaban a los pies de *lady* Groan.

Inmediatamente después de que su madre bajara por el tronco, Fucsia había echado a correr hacia el castillo, tropezando y cayendo entre las raíces del bosque, gimiendo de agotamiento mientras se adelantaba tambaleándose. Cuando, después de una eternidad, llegó al cuerpo central del castillo, se encaminó a los establos, encontró allí a tres mozos y les ordenó que ensillaran los caballos y los llevaran a la biblioteca. Cada mozo tiraba de las riendas de un caballo además del que montaba. Habían sentado a Fucsia con el cuerpo doblado hacia adelante, quebrada por lo que había ocurrido; estaba llorando, y las lágrimas trazaban surcos salobres en las ásperas crines de la montura.

Para cuando llegaron a la biblioteca, el grupo ya había emprendido el camino de regreso. Excorio cargaba a Irma sobre el hombro. Prunescualo llevaba a la señora Ganga en brazos, y Titus compartía el nido de la curruca en el seno de la condesa. Pirañavelo, observando atentamente a lord Sepulcravo, que cerraba la marcha, lo guiaba sosteniéndolo respetuosamente por el codo.

Cuando llegaron los caballos, la procesión estaba prácticamente detenida. Todos montaron, y los mozos que tiraban de las bridas caminando junto a ellos, miraban por encima del hombro con ojos muy desorbitados la gran mancha de luz que danzaba en la oscuridad como una herida palpitante entre los huesos rectos y negros de los pinos.

Durante la lenta marcha, les salió al encuentro una multitud anónima de criados que se apiñaron al borde del sendero, mudos de horror. El incendio no había sido visible desde el castillo, ya que el techo de la biblioteca no llegó a hundirse, y la única ventana quedaba oculta por los árboles, pero la noticia había corrido como la pólvora con la llegada de Fucsia. La noche, que había tenido un comienzo tan funesto, continuó en jadeos y sudores hasta que el lento amanecer se abrió como una flor helada en el este y reveló el armazón humeante del único hogar de Sepulcravo. Los estantes que aún se mantenían en pie eran carbón arrugado, y los libros que se alineaban sobre ellos negros, grises y blancos como cenizas, cadáveres de pensamientos. En el centro de la sala, la descolorida mesa de mármol seguía en pie en medio de un montón de madera carbonizada y cenizas, y sobre el mármol estaba el esqueleto de Agrimoho. La carne había desaparecido, con todas sus arrugas. La tos se había apagado para siempre.

VULTURNO DEJA SU TARJETA DE VISITA

LOS VIENTOS del monótono ínterin que va desde el final del otoño al comienzo del invierno habían arrancado las pocas hojas que aún quedaban incluso en las ramas más resguardadas del Bosque Retorcido. En todos los demás lugares, los árboles eran esqueletos desde hacía semanas. La melancolía del deterioro había dado paso a un humor menos lúgubre. Al morir, la estación fría había dejado de llorar, y elevándose de la pira de hojas de colores, había gritado con una voz ajena a las lágrimas. Algo violento movió el aire y se propagó por todos los rincones de Gormenghast. De la muerte de la savia, del canto de los pájaros, del sol, esta otra vida-en-la muerte se alzó para llenar el vacío de la Naturaleza.

El quejido estaba aún en el viento; el quejido de noviembre. Pero a medida que las noches sucedían a las noches, la larga nota arrastrada desaparecía poco a poco de la música creciente que era ahora entre las almenas casi un fondo nocturno que arrullaba a los que dormían, o intentaban dormir, en el castillo de los Groan. En las tinieblas resonaban cada vez más las notas de las más crueles pasiones. Odio y cólera y dolor y las acosantes voces de la venganza.

Una noche, varias semanas después del incendio, una hora antes de la medianoche, Excorio se tumbó ante la puerta de lord Sepulcravo. Aunque habituado a las frías tablas del suelo, su única cama desde hacía muchos años, esa noche de noviembre notó un escalofrío en los huesos pétreos y las cañas de las piernas le empezaron a doler. El viento soplaba y aullaba por el castillo y unas heladas corrientes de aire se escurrían en el rellano; Excorio oía el ruido de las puertas que se abrían y cerraban a diferentes distancias. Era capaz de seguir el trayecto de una corriente que venía de las almenas del norte, pues reconocía el sonido particular de las puertas que crujían y golpeaban a lo lejos, ruidos que se hacían más y más fuertes, hasta que las pesadas y mohosas cortinas que colgaban al final del pasillo, a cuarenta pies, se levantaban y murmuraban, y la puerta que estaba justo detrás rechinaba colgada de un único gozne; Excorio sabía entonces que la helada punta de lanza de una nueva corriente se acercaba e iba a atravesarlo.

«Me hago viejo», se dijo a sí mismo, frotándose los muslos y encogiéndose al pie de la puerta como una langosta.

Había dormido bien el último invierno, cuando una espesa capa de nieve cubrió Gormenghast. Recordó con desagrado cómo la nieve había tapizado las ventanas, adhiriéndose a los cristales, y cómo, cuando el sol se ponía por la montaña, parecía que la nieve iba a combar los cristales e invadir el castillo con una espuma sanguinolenta.

Este recuerdo lo inquietó, y comprendió confusamente que la razón por la que el frío lo afectaba cada vez más en estas noches desoladas no tenía ninguna relación con la edad. El cuerpo se le había endurecido hasta el punto de parecer más una substancia inanimada que carne y sangre. Ciertamente, la noche era cruda, glacial y ruidosa, pero se acordó de que cuatro noches antes no había habido viento, y sin embargo él había temblado como temblaba ahora.

«Me hago viejo», murmuró ásperamente entre los largos dientes descoloridos; pero sabía que estaba mintiendo. Ningún frío de este mundo podía erizarle los pelos como si fueran pequeños alambres, tiesamente, casi dolorosamente a lo largo de los muslos y los antebrazos, y en la nuca. ¿Estaba asustado? Sí, como cualquier hombre razonable lo habría estado en esas circunstancias. Estaba muy asustado, aunque la sensación era en él bastante diferente de la que hubieran podido experimentar otros hombres. No estaba asustado de la oscuridad, ni de las puertas que se abrían y cerraban en la lejanía, ni de los aullidos del viento. Había vivido toda su vida en un atroz mundo de penumbras.

Excorio se volvió para ver mejor el rellano, aunque estaba demasiado oscuro. Hizo crujir uno tras otro los cinco nudillos de la mano izquierda, pero apenas oyó el ruido seco, pues una nueva ráfaga de vendaval

sacudió ruidosamente todas las ventanas y las tinieblas se animaron con portazos. Estaba asustado; estaba asustado desde hacía semanas. Pero Excorio no era un cobarde; había en él algo duro y tenaz, una especie de obstinación que excluía el pánico.

De pronto, pareció que el vendaval se precipitaba a su propio clímax, y enseguida se calmó totalmente; pero el intervalo de silencio de muerte concluyó cuando apenas había comenzado, pues unos segundos más tarde, como si viniera de un sitio diferente, la tempestad soltó otro de sus ejércitos de lluvia sólida y granizo, derramando los flancos sobre el castillo desde el vientre de una tempestad todavía más desenfrenada.

Durante los pocos momentos de lo que pareció un silencio absoluto entre las dos tormentas, Excorio se había incorporado bruscamente, sentándose muy erguido, con el cuerpo tenso. Se había metido un nudillo entre los dientes, para que no le castañetearan, y con los ojos fijos en el oscuro rellano de la escalera, había oído, con toda claridad, un sonido a la vez próximo y lejano, un sonido aterradoramente único. En esta laguna de calma, los esporádicos ruidos del castillo se habían hecho erráticos, ilocalizables. Un ratón mordisqueando bajo el suelo de madera podía encontrarse tanto a unos pasos como a varias salas de distancia.

El sonido que Excorio oyó era el de un cuchillo que alguien afilaba con mucho cuidado. A qué distancia, no podía saberlo. Era un sonido en el vacío, algo abstracto, y sin embargo chirriaba tan enormemente que muy bien hubiera podido estar a una pulgada de su estirada oreja.

El número de veces que la hoja se deslizó por la muela no tenía relación con el tiempo que pasó para Excorio mientras escuchaba. Para él, el vaivén mecánico del acero sobre la piedra duró toda la noche. Si hubiese amanecido mientras escuchaba, no se habría sorprendido. En realidad el sonido no duró más que unos instantes, y cuando la segunda tempestad arremetió rugiendo contra las paredes del castillo, Excorio estaba agachado sobre manos y rodillas, con la cabeza apuntando hacia el chirrido y con los labios estirados, mostrando los dientes.

La tempestad continuó todo el resto de la noche. Excorio se pasó las horas acurrucado a la puerta de su señor, pero no volvió a oír aquel horrible chirrido.

El alba, cuando llegó, espolvoreando semillas grises con una determinación lenta pero inexorable sobre la oscuridad terrenal, sorprendió al criado con los ojos muy abiertos, las manos colgando como pesos muertos sobre las rodillas levantadas y el mentón desafiante entre las muñecas. Lentamente, el aire se aclaró, y estirando uno tras otro los miembros entumecidos, Excorio se incorporó rígidamente y se encogió de hombros hasta las orejas. Luego cogió la llave de hierro que tenía entre los dientes y la dejó caer en el bolsillo de la chaqueta.

Con siete lentas zancadas, había llegado a la escalera y estaba mirando allá abajo un pozo de frío. Los escalones parecían descender interminablemente. Al mover los ojos de escalón en escalón, vio algo pequeño en el centro de un rellano de debajo, a unos cuarenta pies. Tenía una forma aproximadamente ovalada. Excorio volvió la cabeza hacia la puerta de lord Sepulcravo.

El cielo había agotado su furia y todo estaba en silencio.

Descendió, con la mano en la barandilla. Cada una de sus pisadas despertaba ecos por debajo de él, y otros ecos más débiles por encima, a lo lejos, hacia el este.

Cuando alcanzó el rellano, un rayo de luz atravesaba como una fina lanza una ventana de levante y se estremecía en una pequeña mancha sobre la pared, a unos pocos pasos de donde él estaba. Este hilo de luz acentuaba las sombras de arriba y abajo, y Excorio tuvo que tantear un rato el piso de madera, antes de dar con lo que buscaba. Al tomarlo en las manos callosas, le pareció desagradablemente blando. Se lo acercó a los ojos y notó un penetrante y nauseabundo olor; pero aún no podía distinguir qué era aquello. Entonces levantándolo hacia el rayo de sol, de modo que la mano echara una sombra sobre el rombo claro de la pared, vio, como iluminado por una luz sobrenatural, un diminuto pastel exquisitamente moldeado. En el perímetro de la golosina, una frágil sustancia parecida al coral imitaba los eslabones de una cadena, dejando en el centro una minúscula arena de azúcar de color verde jade, con la letra «V» retorcida en la superficie glaseada como un gusano de crema.

EL DESENTERRAMIENTO DE BERGANTÍN

EL CONDE, agotado tras una jornada de ritual (en la que, entre otras cosas, había tenido que subir y bajar tres veces la escalera de piedra en la Torre de los Pedernales, poniendo en cada ocasión un vaso de vino encima de una caja de ajenjo, instalada allí para ese propósito sobre una torreta azul), se retiró a su cuarto en cuanto se libró del último deber del día, y tomó una dosis de láudano más fuerte de lo que había necesitado hasta entonces. Era evidente que ahora desempeñaba el trabajo del día con un fervor insólito. Atendía a todos los detalles, y llevaba a cabo y entendía las minucias ceremoniales con una concentración que era prueba de que había entrado en una nueva época.

La pérdida de la biblioteca había sido un golpe tan demoledor, que todavía no había empezado a sufrir el tormento que conocería más tarde. Aún estaba perplejo y aturdido, pero sentía de un modo instintivo que no había para él ninguna esperanza si no apartaba de la mente el recuerdo de la tragedia y se entregaba en cuerpo y alma a la rutina cotidiana. Sin embargo, a medida que las semanas transcurrían, le era más y más difícil olvidar el horror de aquella noche. Los libros que amaba, no sólo por su contenido sino, intrínsecamente, por las diversas calidades de papel y tipografía, se le aparecían delante recordándole que ya no podría hojearlos ni leerlos. No sólo los libros se habían perdido, y los pensamientos en los libros; la pérdida quizás para él más irreparable eran las horas de meditación que lo habían levantado más allá de sí mismo, transportándolo con sus silenciosas y enormes alas. No pasaba ni un día en que no se acordara de un volumen concreto, o de una serie de obras, cuya posición exacta sobre las paredes tenía tan indeleblemente grabada en la memoria. Para escapar de esa cruda vacuidad, hizo un esfuerzo sobrehumano atendiendo exclusivamente a la retahíla de ceremonias que tenía que desempeñar todos los días. No había intentado rescatar ni un solo volumen, pues incluso cuando las llamas brincaban alrededor de él, en la biblioteca, sabía que cada frase que escapara del fuego sería después ilegible y amarga como la hiel, algo que lo torturaría cada vez más. Era mejor sentir esa cavidad abierta y vacía en el corazón, antes que la mofa de un solo volumen. Sin embargo, cada día que pasaba, sentía que perdía fuerzas.

Poco después de la muerte de Agrimoho, alguien recordó que el viejo bibliotecario había tenido un hijo, y la búsqueda empezó enseguida. Pasó mucho tiempo antes de que lo descubrieran dormido en el rincón de un cuarto de techo muy bajo. Había que encorvarse para atravesar la sucia puerta de nogal. Después de agacharse bajo el podrido dintel, no había posibilidad de abandonar esa incómoda posición, ni de enderezar la espalda, pues el techo se combaba a la altura del vano de la puerta, y en el centro de la habitación se hinchaba todavía más, hacia abajo, como una enmohecida barriga negra de moscas. La escasa luz del cuarto venía de un tragaluz horizontal cerca del suelo, y los criados a quienes se había encomendado la misión fueron incapaces en un principio de distinguir si había alguien allí. Al topar cerca del centro con una mesa que tenía las patas aserradas por la mitad, se dieron cuenta de que había estado ocultándoles a Bergantín, el hijo del anciano Agrimoho. Estaba tendido en un colchón de paja. En un primer instante, la similitud del hijo con su difunto padre horrorizó a los criados, pero cuando vieron que el viejo tumbado de espaldas con los ojos cerrados no tenía más que una pierna, y además atrofiada, sintieron tal alivio que se enderezaron, y el golpe de las cabezas contra el techo los dejó aturdidos.

Al recuperarse, se encontraron todos juntos a gatas en el suelo. Bergantín los observaba. Irritado, alzó el muñón de la pierna y lo golpeó sobre el colchón, esparciendo una nube de polvo.

—¿Qué queréis? —dijo. Su voz era tan seca como la de su padre, pero más potente de lo que cupiera esperar, teniendo en cuenta que la diferencia de edad entre ellos había sido de sólo veinte años. Bergantín tenía setenta y cuatro años. El criado más próximo a él se incorporó hasta una posición encorvada, se frotó los omoplatos contra el techo, y con la cabeza doblada a la fuerza al nivel de los pezones contempló a Bergantín entreabriendo una boca fláccida. El compañero, una criatura achaparrada y dura de mollera, respondió obtusamente desde las sombras detrás de su boquiabierto amigo:

—Está muerto.

—¿De quién estás hablando, zoquete? —dijo irritado el septuagenario, incorporándose sobre un codo y levantando otra nube de polvo con el muñón.

—Del padre de usted —dijo el hombre de labios fláccidos en el tono apremiante de quien trae buenas noticias.

—¿Cómo? —gritó Bergantín, cada vez más irritado—. ¿Cómo? ¿Cuándo? No os quedéis ahí mirándome como mulas pestilentes.

—Ayer —respondieron—. Abrasado en la biblioteca. No quedan más que huesos.

—¡Detalles! —aulló Bergantín, dando golpes por todos lados con el muñón y anudándose furiosamente la barba como lo hiciera su padre—. ¡Detalles, cabezas de vejiga! ¡Fuera! ¡Fuera de mi vista, malditos!

Rebuscando en la oscuridad, encontró su muleta y con grandes esfuerzos se levantó sobre la pierna atrofiada. Era tan corta que cuando Bergantín estaba de pie podía moverse grotescamente hacia la puerta sin tener que bajar la cabeza para evitar el techo. Tenía más o menos la mitad de altura que los agachados sirvientes, pero pasó entre los dos bultos como una enfurecida nube de tela, deshilachada hasta parecer una filigrana, y los barrió a ambos lados.

Se deslizó bajo la puerta baja como los niños que pasan por debajo de una mesa con la cabeza erguida y emergen triunfalmente por el otro lado.

Los criados oyeron el ruido de la muleta contra el suelo del pasillo, alternando con el golpe de la pierna atrofiada.

Entre las muchas cosas que Bergantín tenía que hacer en las próximas horas, las más inmediatas eran tomar posesión de las habitaciones paternas, conseguir las innumerables llaves, encontrar y vestir la arpillera grana que tenía preparada desde hacía mucho tiempo para el día en que su padre muriera, y advertir al conde que estaba al corriente de sus deberes, pues los había estudiado, con su padre y sin él, durante los últimos cincuenta y cuatro años, entre descansos alternados, durmiendo o mirando una mancha de moho en la combada barriga del techo.

Desde un principio probó que era de una intransigente eficacia. El sonido de la muleta que se acercaba fue signo de una trepidante actividad febril. Era como si se acercara la letra dura e inflexible de la ley de Gormenghast, la férrea letra de la tradición.

Esto fue, para el conde, de gran beneficio, pues con un hombre de disciplina tan recta y estricta era imposible cumplir el trabajo del día sin ensayarlo escrupulosamente cada mañana. Bergantín trataba de que su señoría se aprendiera de memoria los discursos que tenía que pronunciar durante el día, y todos los detalles de las distintas ceremonias.

Eso ocupaba al conde la mayor parte del tiempo, y evitaba, hasta cierto punto, que cayera en un humor introspectivo. No obstante, a medida que pasaban las semanas, el golpe que había recibido empezó a manifestarse. El insomnio era un infierno cada noche más terrible.

Los narcóticos ya no podían ayudarlo, pues cuando después de una prodigiosa dosis, se hundía en un sueño gris, veía formas que lo perseguían al despertar, batiendo enormes y hediondas alas por encima de su cabeza, e infectando la habitación con el aliento caliente de unas plumas putrefactas. La melancolía habitual se le estaba transformando día a día en algo más siniestro. Había momentos en que parecía profanar la máscara fúnebre y descompuesta de su rostro con una sonrisa más aterradora que la más sombría mueca de dolor.

Una extraña luz le aparecía por un instante en la mirada pétrea, como si la luna se reflejara en el cartílago, y entonces los labios se le entreabrían y la hendidura de la boca se le prolongaba en una curva ascendente y muerta.

Pirañavelo había previsto que tarde o temprano la locura atacaría al conde, y se sintió desagradablemente sorprendido ante la aparición de Bergantín y su implacable eficacia. Entre sus planes estaba el de sustituir al viejo Agrimoho en sus funciones, pues se consideraba el único en el castillo capaz de dominar los múltiples detalles del complicado trabajo. Sabía que la autoridad, que difícilmente le hubieran negado si no hubiera habido ya alguien versado en las leyes del castillo, no sólo le habría permitido estar en contacto directo e influyente con Sepulcravo, sino que además se hubieran abierto para él, poco a poco, los secretos más íntimos de Gormenghast. Su poder se hubiera multiplicado cien veces. Pero no había contado con los ancestrales principios que sostenía en pie la anatomía del lugar. Para cada puesto clave en el castillo había un sucesor, un hijo o simplemente un estudiante, cuyo aprendizaje se llevaba en él más riguroso secreto. Siglos de experiencia habían velado para que no hubiera ninguna brecha en la intrincada e ininterrumpida cadena de las costumbres inmemoriales.

Nadie había pensado en Bergantín, ni oído hablar de él desde hacía más de sesenta años; pero al morir

el viejo Agrimoho, Bergantín apareció en el polvoriento escenario como un experimentado actor, y el lento drama de Gormenghast siguió representándose entre sombras.

A pesar de ese revés, las operaciones de rescate habían beneficiado a Pirañavelo más de lo que había previsto. Excorio empezaba a tratarlo con una especie de respeto taciturno. Nunca había sabido qué hacer con Pirañavelo. Cuando un mes antes ambos coincidieron ante la verja del jardín de los Prunescualo, Excorio se apartó de él como de un fantasma, mirando hoscamente por encima del hombro a aquel bien vestido enigma, y echando a perder la oportunidad de decirle unas cuantas verdades. A los ojos de Excorio, el joven Pirañavelo era algo así como una aparición. De la manera más incomprensible, las vidas del conde, de la condesa, de Titus y de Fucsia habían sido salvadas por la intervención de ese cachorro, y mezclados con el desagrado de Excorio había una especie de temor, y también, por qué no, cierta admiración.

Y no es que Excorio se mostrara afable con el muchacho, pues le repugnaba tener que tratar como igual a alguien que procedía de la cocina de Vulturno.

Bergantín era otra píldora amarga, pero Excorio se dio cuenta enseguida de la integridad del anciano y de sus derechos tradicionales.

Fucsia, para quien el arte refinado de las ceremonias rituales tenía pocos alicientes, consideraba al viejo Bergantín como una persona de quien tenía que ocultarse y a quien tenía que odiar, sin más razón específica que el odio de la juventud por la autoridad que dan los años.

Advirtió que a medida que pasaban los días empezaba a oír el sonido de la muleta golpeando el suelo como si fuera las detonaciones de un arma.

PRIMERAS REPERCUSIONES

INCAPAZ DE RECONCILIAR el heroísmo de Pirañavelo durante el rescate con su rostro, tal como lo viera al otro lado de la ventana antes de caer, Fucsia empezó a tratar al joven con creciente desconfianza. Admiraba su ingenio, su temeridad, su facilidad de palabra, algo para ella tan difícil, y tan simple para él. Admiraba su fría eficiencia y la odiaba al mismo tiempo. La maravillaban la prontitud con que actuaba, la seguridad que tenía en sí mismo. Cuanto más lo veía, más se sentía inclinada a reconocer en él una personalidad más astuta y ágil que la suya. De noche, la cara pálida de ojos juntos se le aparecía una y otra vez, y al despertarse, recordaba con un sobresalto que les había salvado la vida.

Fucsia no llegaba a entenderlo. Lo observaba con atención. De alguna manera, Pirañavelo se había convertido en un personaje importante, una figura central en la vida del castillo. Había estado insinuando su presencia ante las personas más relevantes con tal sutileza, que cuando irrumpió dramáticamente en la escena para rescatar a la familia de la biblioteca en llamas, esta valiente hazaña fue suficiente para empujarlo a un primer plano.

Seguía viviendo en casa de los Prunescualo, pero secretamente planeaba instalarse en una larga y espaciosa habitación, con una ventana que dejaba entrar el sol de la mañana. Estaba en el ala sur, en la misma planta que las habitaciones de las tías. Realmente, tenía pocos motivos para quedarse con el doctor, que no parecía darse suficiente cuenta de la nueva posición social de Pirañavelo, y que insistía en hacerle preguntas sobre cómo había encontrado el pino, ya abatido y desmochado para el Rescate, y sobre otros varios detalles; y aunque a él no le costaba mucho contestar (pues había preparado respuestas para todo) estas preguntas no dejaban de ser pertinentes. El doctor había cumplido un valioso papel. Le había servido de trampolín, pero ahora había llegado el momento de instalarse en una habitación, o incluso una suite de habitaciones, en el propio castillo, donde le sería más fácil enterarse de lo que estaba sucediendo.

Desde el incendio, Prunescualo se había vuelto para él extrañamente silencioso. Cuando hablaba, la voz era la de siempre: alta, rápida y aflautada, pero se pasaba la mayor parte del día recostado en un sillón de la sala, sonriendo de continuo a todo el que veía, los dientes desplegados en una sonrisa inmóvil, pero con algo más reflexivo en los agrandados ojos que nadaban detrás de los gruesos cristales de las gafas. Irma, que desde el incendio había estado atada a la cama, y a quien extraían un cuarto de litro de sangre en martes alternos, tenía ahora permiso para bajar por las tardes. Allí se quedaba sentada con aire abatido, desgarrando sábanas de calicó que dejaban junto a su sillón todas las mañanas. Durante horas y horas continuaba con este ruidoso, derrochador y monótono soporífero, mientras meditaba sobre el hecho de que ya no era una dama.

La señora Ganga estaba todavía muy enferma. Fucsia hacía por ella todo lo que podía. Había trasladado la cama de la niñera a su propio cuarto, pues la anciana tenía ahora mucho miedo a la oscuridad, que asociaba con el humo.

Titus parecía ser el menos afectado por el incendio. Tuvo los ojos inyectados de sangre durante un tiempo, pero la única otra secuela fue un severo resfriado, y mientras duró, Prunescualo cuidó del bebé en su propia casa.

Los huesos del viejo Agrimoho fueron sacados de la mesa de mármol entre los restos calcinados de madera y libros.

Excorio, a quien habían encomendado la misión de recoger los restos del fallecido bibliotecario y transportarlos al patio de los criados, donde se estaba construyendo un ataúd con cajas viejas, tuvo dificultades en manejar el calcinado esqueleto. La cabeza había quedado un poco suelta, y después de rascarse largamente el cráneo, Excorio decidió por fin que la única solución era llevar en brazos las traqueteantes reliquias, como si se tratara de un bebé. No sólo era la forma más respetuosa; también eliminaba el riesgo de desarticulación o rotura.

Ese anochecer, mientras regresaba a través del bosque, la lluvia empezó a caer intensamente antes de que llegara al linde de los árboles, y a medio camino del yermo que separaba los pinos de Gormenghast, corría ya a raudales por los huesos y el cráneo que llevaba en brazos y burbujeaba en las cuencas de los ojos. Excorio tenía las ropas empapadas y el agua le había entrado en las botas. Al aproximarse al castillo, el aire era tan oscuro a causa del aguacero que no veía más que unos pocos pasos delante de él. De pronto, lo sobresaltó un ruido justo detrás, pero antes de que pudiera volverse, sintió un dolor agudo en la nuca, y cayendo de rodillas, soltó el esqueleto y se desmayó en el suelo burbujeante. No supo si había estado allí tendido varias horas o algunos minutos, pero cuando recobró el conocimiento, la lluvia seguía cayendo torrencialmente. Se llevó a la nuca la mano grande y callosa y descubrió allí un bulto del tamaño de un huevo de pata. Rápidas punzadas de dolor le atravesaban el cerebro de lado a lado.

De pronto, se acordó del esqueleto, y se puso de rodillas, tambaleándose. Con los ojos todavía empañados, alcanzó a distinguir la silueta borrosa de los huesos; pero cuando un momento más tarde se le aclararon los ojos, descubrió que faltaba la cabeza.

EL ENTIERRO DE AGRIMOHO

BERGANTÍN OFICIÓ en el funeral de su padre. Según él, era imposible enterrar los huesos sin un cráneo. Lamentaba ciertamente que el cráneo no pudiera ser el auténtico, pero parecía imperativo dar algún tipo de acabado al cuerpo antes de entregarlo a la tierra. Excorio había contado la historia del golpe, y la contusión detrás de la oreja izquierda era un veraz testimonio. No parecía haber ninguna pista sobre la identidad del cobarde agresor, ni nadie que explicara tampoco el motivo que había incitado a un acto tan cruel y gratuito. Se dedicaron dos días a la búsqueda infructuosa del desaparecido ornamento, y Pirañavelo encabezó una expedición de mozos de cuadra a las cavas de vino, pues según su teoría, los múltiples huecos y recovecos que había allí eran un escondite ideal para el cráneo. Siempre había deseado descubrir la extensión de esas cavas. La búsqueda a la luz de unas velas y a través del húmedo laberinto de sótanos y corredores abarrotados de polvorientas botellas de vino, refutó su teoría, y cuando de noche todas las patrullas informaron que la búsqueda no había llevado a nada, se decidió que los huesos serían enterrados al día siguiente, tanto si se encontraba la cabeza como si no.

Puesto que desenterrar un cuerpo del cementerio de los criados se consideraba una profanación, Bergantín decidió que el cráneo de un ternero pequeño serviría igualmente. Vulturno proporcionó un ejemplar, y después de hervirlo y quitarle los últimos vestigios de carne, lo secaron y barnizaron. Al ver que se acercaba la hora del entierro y el cráneo original seguía sin aparecer, Bergantín mandó a Excorio a la habitación de la señora Ganga en busca de unas cintas de color azul. El cráneo del ternero era casi perfecto, pues pequeño de tamaño, no desentonaba con las reducidas proporciones del esqueleto, como habían temido. En todo caso, el anciano estaría, si no homogéneo, por lo menos completo. Ya no estaría descabezado, y el funeral no sería un asunto descuidado y de entiérrenlo-como-sea.

Bergantín esperó a que acercaran el ataúd a la tumba en el Cementerio de los Estimados, y sólo cuando la multitud se congregó en silencio junto a la pequeña zanja rectangular, indicó a Sepulcravo que avanzara y atara el cráneo de ternero a la última vértebra del viejo Agrimoho, y le dio la cinta azul que la señora Ganga había encontrado en el fondo de una de sus abigarradas canastas de telas. Se honraba así al anciano. Bergantín estaba satisfecho y se anudaba la barba con aire meditabundo. En cuanto a si observaba rigurosamente algún oscuro principio de la ley de los Groan, o si simplemente encontraba consuelo en algún tipo de cintas, era imposible saberlo, pero cualquiera que fuese la razón, había conseguido en algún otro sitio varios retales de diferentes colores, y el esqueleto de su padre lucía una serie de lazos de seda, pulcramente atados alrededor de unos huesos que parecían prestarse a ese decorativo tratamiento.

Cuando el conde acabó con el cráneo de ternero, Bergantín se dobló sobre el ataúd, examinándolo. En general, se sentía satisfecho. La cabeza de ternero era quizá demasiado grande, pero apropiada. La luz del crepúsculo la iluminaba de manera admirable, y la textura del hueso era particularmente efectiva.

El conde estaba de pie, en silencio, delante de la multitud, y Bergantín, hundiendo la muleta en el suelo, dio unos brincos alrededor hasta quedar de cara a los hombres que habían transportado el ataúd. Una luz le brilló en los ojos fríos y los hombres se acercaron a la tumba.

—Clavad la tapa —chilló Bergantín, y brincó de nuevo alrededor de la muleta, sobre la pierna atrofiada, y la contera de la muleta giró en el suelo blando, levantándolo en cuñas gorgoteantes.

Fucsia, de pie junto al montañoso costado de su madre, lo odiaba con todo el cuerpo. Estaba empezando a aborrecer las cosas viejas. ¿Qué palabra criticaba Pirañavelo cada vez que la veía? Siempre decía que era horrible. «Autoridad», sí. Apartó los ojos del hombre de una sola pierna y observó distraídamente la hilera de rostros boquiabiertos. Miraban cómo los sepultureros clavaban la tapa. Todos le parecían horribles a Fucsia. Su madre observaba por encima de las cabezas de la multitud con su característica mirada perdida. En el rostro de su padre empezaba a asomar una sonrisa, como si fuera algo inevitable, automático, algo que Fucsia nunca le había visto antes. Se cubrió los ojos con las manos y se sintió invadida por una oleada

de irrealidad. Quizá todo aquello no era más que un sueño. Quizá todos eran en realidad amables y hermosos, y ella los veía sólo a través del velo negro de un mal sueño. Bajó las manos y se encontró mirando a los ojos de Pirañavelo. Estaba al otro lado de la tumba, con los brazos cruzados. Mientras la contemplaba, ladeando ligeramente la cabeza, como un pájaro, alzó las cejas con aire burlón y torció un lado de la boca. Involuntariamente, Fucsia hizo una pequeña señal con la mano, una señal de reconocimiento, de amistad, en la que había algo tan tierno, tan sutil, que era indescriptible. Ella misma no sabía que había movido la mano; sólo sabía que la figura al otro lado de la tumba era joven.

Pirañavelo era extraño y poco atrayente, alto de hombros y de frente grande y abombada, aunque esbelto, y joven. ¡Oh, sí, eso era! No pertenecía al mundo viejo, aburrido e intolerante de Bergantín: pertenecía al lado alegre de la vida. No había nada en él que la atrajese, nada que le gustara, excepto juventud y coraje. Había salvado a Tata Ganga del fuego. Había salvado al doctor Prune del fuego… y sí, la había salvado a ella, también. ¿Dónde estaba el bastón-espada? ¿Dónde lo había dejado? Estaba tan encaprichado con él, llevándolo adondequiera que fuese.

Ahora echaban tierra en la tumba, pues ya habían bajado el desvencijado ataúd. Cuando la fosa estuvo llena, Bergantín inspeccionó el rectángulo de tierra removida. Habían puesto mal la tierra, pues el barro se adhería a las palas, y Bergantín había chillado a los sepultureros, irritado. Ahora, manteniéndose en equilibrio sobre la muleta, intentaba nivelar el terreno empujando y aplastando terrones de barro con el pie. La multitud se dispersó, y Fucsia, alejándose de sus padres con paso arrastrado, se encontró en el extremo derecho del grupo que regresaba al castillo.

—¿Me permite que camine junto a usted? —dijo Pirañavelo, acercándose sigilosamente.

—Sí —dijo Fucsia—. Oh, claro, ¿por qué no? —Nunca había deseado la compañía de Pirañavelo, y estaba sorprendida por lo que ella misma había dicho.

Pirañavelo le echó una ojeada mientras sacaba su pequeña pipa. Después de encenderla, dijo:

—No es precisamente mi estilo, *lady* Fucsia.

—¿El qué?

—La tierra a la tierra, las cenizas a las cenizas, y todo ese alboroto.

—No creo que sea el estilo de nadie —respondió ella—. No me gusta la idea de morir.

—No cuando se es joven, por lo menos —dijo Pirañavelo—. Está muy bien para nuestro amigo, la carraca de huesos… De todos modos, no le quedaba mucha vida por delante.

—Me gusta que seas irrespetuoso, a veces —dijo Fucsia precipitadamente—. ¿Por qué tenemos que esforzarnos en ser respetuosos con los viejos, cuando ellos no nos tienen ninguna consideración?

—Ellos mismos lo han inventado —dijo Pirañavelo—. Les interesa que se siga aplicando el asunto ese de la reverencia. ¿Dónde estarían sin él? Hundidos. Olvidados. Apartados. No les queda nada más que su edad, y están celosos de nuestra juventud.

—¿Es eso lo que pasa? —preguntó Fucsia, abriendo más los ojos—. ¿Es porque están celosos? ¿Crees realmente que es por eso?

—No le quepa la menor duda —dijo Pirañavelo—. Quieren esclavizarnos, y utilizarnos para sus intrigas, y mofarse de nosotros, y que trabajemos para ellos. Todos los viejos son así.

—Tata Ganga no es así —dijo Fucsia.

—Ella es la excepción —dijo Pirañavelo, tosiendo de una manera extraña, con la mano sobre la boca—. Ella es la excepción que confirma la regla.

Dieron varios pasos en silencio. El castillo se alzaba por encima de ellos mientras pisaban la sombra de una torre.

—¿Dónde está tu bastón-espada? —le dijo Fucsia—. ¿Cómo no lo llevas? No sabes qué hacer con las manos.

Pirañavelo sonrió. Ésta era una nueva Fucsia. Más animada… aunque, ¿era realmente animación o agotamiento nervioso lo que daba a su voz esa exaltación insólita?

—Mi bastón —dijo Pirañavelo, frotándose la barbilla—. Mi querido bastón-espada. Tuve que dejarlo en el armero.

—¿Por qué? —preguntó Fucsia—. ¿Ya no lo adoras?

—¡Oh, sí! ¡Naturalmente que sí! —respondió Pirañavelo con un énfasis cómico—. Le tengo la misma adoración de siempre, pero pensé que sería más prudente no traerlo conmigo, porque, ¿sabe lo que probablemente hubiera *hecho*?

—¿Qué hubieras hecho? —preguntó Fucsia.

—Hubiera agujereado las tripas de Bergantín. Con la mayor delicadeza, ahora aquí, ahora allá, hasta que el viejo espantapájaros chillara como un gato; y cuando hubiera soltado todo el aire de sus negros

pulmones, lo hubiera colgado por esa única pata de algún árbol, y le hubiera quemado la barba. ¿Ve ahora qué bueno es que no haya traído mi bastón?

Pero cuando se volvió, Fucsia había desaparecido.

La vio corriendo a través del aire brumoso, dando unos extraños saltos; pero no pudo saber si corría por placer, o para librarse de él.

LAS MELLIZAS ESTÁN INQUIETAS

APROXIMADAMENTE una semana después del entierro de Agrimoho, o para ser precisos, aproximadamente una semana después del entierro de lo que quedaba de Agrimoho, junto con la cabeza de ternero y algunos metros de cintas, Pirañavelo volvió a visitar a las tías con el propósito de elegir varias habitaciones en el ala sur, en la misma planta que ellas. Desde el incendio, no sólo se habían vuelto muy vanidosas, sino además inoportunas. Deseaban saber, ahora que habían llevado a cabo la tarea de acuerdo con el plan, cuándo tendrían lo que era de ellas. ¿Por qué el ala sur no bullía ya con fausto y esplendor? ¿Por qué los pasillos estaban todavía tan polvorientos y desiertos? ¿Acaso habían prendido fuego a la biblioteca para nada? ¿Dónde estaban los tronos que les habían prometido? ¿Y las coronas de oro? Esas preguntas se repetían cada vez que Pirañavelo aparecía por sus habitaciones, y en cada ocasión le era más difícil apaciguarlas y convencerlas de que sus días de agravio estaban terminando.

Exteriormente, parecían tan impasibles como siempre. Los rostros no mostraban el menor indicio de lo que pasaba dentro de los cuerpos idénticos, pero en los movimientos casi imperceptibles de los dedos fláccidos, Pirañavelo había aprendido a descifrar un indicio de lo que tenían en las mentes, así como el grado de exaltación de sus emociones. Había algo inquietante en esos dedos blancos que se movían simultáneamente, indicando que en ese preciso instante los dos cerebros estaban viajando por la misma franja estrecha de pensamiento, con el mismo paso, con la misma andadura.

Las brillantes promesas con las que Pirañavelo había cebado el cruel anzuelo habían tenido un efecto más profundo que el esperado. La imagen de ellas mismas como dueñas y señoras del ala sur ocupaba de tal modo sus mentes que no quedaba espacio para ninguna otra cosa. Esto se manifestaba exteriormente cuando hablaban, pues no tenían otro tema. Con el rubor del triunfo inminente, se les habían aflojado los dedos, aunque los rostros continuaron siendo tan inexpresivos como losas empolvadas. Pirañavelo cosechaba ahora las consecuencias de haberlas convencido de que eran ingeniosas y audaces, y de la maestría con que ellas, y sólo ellas, serían capaces de prender fuego a los libros. Entonces había tenido que inflarlas hasta convertirlas en tumores de presunción y autoconfianza, pero ahora que ya no le eran útiles por el momento, se hacía cada vez más difícil hacer frente a tanta hinchazón. No obstante, con una excusa u otra, Pirañavelo consiguió persuadirlas de lo desaconsejable que era precipitar un asunto de tal magnitud como el de elevarlas a sus cumbres gemelas. Esas cosas requerían reflexión, prudencia y astucia. Convenía que ascendieran poco a poco, mediante una serie de victorias parciales que aunque por separado no atraerían la atención, crecerían subrepticiamente, y así antes de que el castillo se diera cuenta, el ala sur proclamaría su gloria legítima. Las mellizas, que habían esperado que el cambio de rango se llevara a cabo de la noche a la mañana, se sintieron amargamente decepcionadas, y si bien Pirañavelo las convencía mientras hablaba de que el poder, cuando les llegase, tenía que estar sólidamente asentado, en cuanto se quedaban solas volvían enseguida a sentirse desazonadas, e interpretaban cada visita de Pirañavelo como una señal para airear de nuevo sus quejas.

Esa tarde en particular, en cuanto entró en la habitación y se inició el pueril clamoreo, Pirañavelo las cortó en seco exclamando:

—¡Manos a la obra!

Había levantado la mano izquierda para que se callaran, mientras blandía un rollo de papel en la otra mano. Las hermanas estaban de pie, pegadas una a otra por las caderas y los hombros, las cabezas algo adelantadas. En cuanto cesaron las voces, monótonas y chillonas, Pirañavelo prosiguió:

—Ya he encargado los tronos. Los están construyendo en secreto, pero como he insistido en que sean del oro más puro, llevará tiempo completarlos. El orfebre, un artista incomparable, me ha enviado estos diseños. A ustedes, sus señorías, les toca escoger. No tengo dudas sobre cuál van a elegir, pues aunque los tres son muy consumadas obras de arte, estoy seguro de que, con el gusto de ustedes, su sentido de la

proporción, su comprensión de los más mínimos detalles, se decidirán por el que a mi parecer no tiene rival entre todos los tronos del mundo.

Naturalmente, el propio Pirañavelo había hecho los dibujos, dedicándoles más horas de lo que había previsto, pues en cuanto empezó a trabajar, se sintió cada vez más interesado. Si ese mismo día el doctor o su hermana hubieran abierto la puerta de Pirañavelo a altas horas de la madrugada, habrían visto al muchacho alto de hombros doblado sobre la mesa, absorto; el compás, el transportador y la escuadra alineados pulcramente en un extremo de la mesa, y el maravillosamente afilado lápiz deslizándose a lo largo de la regla con fría precisión.

Ahora, al desenrollar los dibujos ante los desencajados ojos de las tías, los manejaba con destreza, pues le complacía cuidar del fruto de sus esfuerzos. Tenía las manos limpias, los dedos curiosamente afilados, y las uñas algo más largas de lo normal.

Cora y Clarice se pusieron a su lado en un instante. En sus rostros no había ninguna expresión. Todo lo que se podía encontrar allí era de índole anatómica. Los tronos contemplaban a las tías, y las tías contemplaban los tronos.

—Estoy seguro de cuál van a preferir, pues es único en la historia de los tronos dorados. ¡Elijan, sus señorías, elijan! —dijo Pirañavelo.

Cora y Clarice señalaron simultáneamente el mayor de los tres dibujos. Ocupaba casi toda la página.

—¡Qué *acertadas* han estado! —dijo Pirañavelo—. ¡Qué *acertadas*! No había otra elección. Mañana mismo iré a ver al orfebre y le diré lo que han decidido.

—Quiero el mío pronto —dijo Clarice.

—Yo también —dijo Cora—. Muy pronto.

—Creía haberles explicado —dijo Pirañavelo, tomándolas por el codo y atrayéndolas hacia él—, creía haberles explicado que un trono de oro labrado no es algo que se hace en un día. Este hombre es un artesano, un artista. ¿Quieren ver toda esa gloria arruinada con un par de improvisados y ridículos asientos de color amarillo brillante? ¿Quieren convertirse en el hazmerreír del castillo, una vez más, por ser demasiado impacientes? ¿O desean que Gertrude y los demás las contemplen, boquiabiertos de celos, cuando se sienten en lo alto como las dos reinas purpúreas que indudablemente son?… Todo ha de ser excepcional. Me han encargado que las levante al rango al que tienen derecho. Déjenlo en mis manos. Cuando llegue la hora, atacaremos. Entretanto, hemos de convertir estos aposentos en algo desconocido en Gormenghast.

—Sí —dijo Cora—. Pienso lo mismo. Tienen que ser maravillosas. Las habitaciones tienen que ser maravillosas.

—Sí —dijo Clarice—. Porque *nosotras* lo somos. Las habitaciones tienen que ser como nosotras. —La boca le quedó abierta como si se le hubiera paralizado la mandíbula inferior—. Porque nosotras somos las únicas que valemos. Nadie debe olvidarlo, ¿verdad que no, Cora?

—Nadie —dijo Cora—. Absolutamente nadie.

—Exactamente —dijo Pirañavelo—, y su primera tarea va a ser recomponer la Habitación de las Raíces. —Les echó una mirada sagaz—. Hay que repintar las raíces. Todas, hasta las más pequeñas han de ser repintadas, pues en todo Gormenghast no hay una habitación que esté tan maravillosamente llena de raíces. Las raíces de ustedes. Las raíces del árbol de ustedes.

Comprobó con sorpresa que las mellizas no estaban escuchando. Estaban juntas, abrazándose los largos cilindros de los torsos.

—Él nos obligó a hacerlo —decían—. Nos obligó a quemar los libros de nuestro querido Sepulcravo. Los libros de nuestro querido Sepulcravo.

MEDIA LUZ

ENTRETANTO, EL CONDE y Fucsia estaban sentados doscientos pies más abajo y a más de una milla de distancia de Pirañavelo y las tías. Lord Sepulcravo tenía la espalda apoyada contra un pino y las rodillas levantadas hasta el mentón, y miraba a su hija con una sonrisa torcida en esa boca que antaño fuera de contornos tan delicados. Cubriéndolo hasta los pies, y amontonado encima de su cuerpo enjuto, había un jergón oscuro, frío y ondulante de agujas de pino, roto aquí y allá por pesados helechos de cabeza doblada, y salpicado de hongos grises cuya superficie cenicienta exudaba un sudor invernal.

Una especie de oscuridad esplendente llenaba el valle. El techo era a prueba de cielo, pues las ramas se entrelazaban tan espesamente que ni siquiera el aguacero más fuerte podía atravesarlo; el metódico y repetido goteo de la lluvia capturada por las ramas no caía a la alfombra de agujas hasta varias horas después de desencadenarse la más violenta tormenta. No obstante, una pequeña cantidad de luz diurna se filtraba en el claro, sobre todo por el lado este, donde se encontraba el esqueleto de la biblioteca. Entre el claro y el sendero que se extendía por delante de la ruina, la cortina de árboles, aunque también espesa, no tenía más que treinta o cuarenta metros de profundidad.

—¿Cuántas estanterías has construido para tu padre? —preguntó el conde con una sonrisa siniestra.

—Siete estanterías, padre.

Fucsia tenía los ojos muy abiertos y las manos le temblaban colgándole a los lados.

—Tres más, hija mía…, tres estanterías más, y ya podremos colocar otra vez los libros.

—Sí, padre.

Fucsia cogió una ramita y añadió tres líneas largas a las siete ya marcadas en el suelo de agujas, entre su padre y ella.

—Eso es, eso es —dijo la voz melancólica—. Ahora ya hay sitio para los poetas sonianos. ¿Tienes los libros preparados…, hijita?

Fucsia alzó la cabeza y clavó los ojos en su padre. Nunca le había hablado de esa manera…, nunca le había oído esa voz afectuosa. Aunque helada de horror por la creciente demencia de su padre, una compasión hasta entonces desconocida había despertado en ella. Ahora sintió algo más que compasión, se sintió inundada por una súbita y cálida corriente de amor hacia la figura acurrucada que apoyaba una larga y pálida mano sobre las piernas, y cuya voz sonaba tan serena y pensativa.

—Sí, padre, tengo los libros preparados —respondió—; ¿quieres que los ponga en los estantes?

Se volvió a un montón de piñas que habían recogido.

—Sí, estoy listo —contestó el conde después de una pausa que se llenó con el silencio del bosque—. Pero uno a uno. Uno a uno. Esta noche llenaremos tres estanterías. Tres de mis estanterías más largas y excepcionales.

—Sí, padre.

El silencio de los pinos altos intoxicaba el aire.

—Fucsia.

—¿Qué, padre?

—Tú eres mi hija.

—Sí.

—Y está Titus. Él será conde de Gormenghast, ¿no?

—Sí, padre.

—Cuando yo esté muerto. Pero ¿te conozco, Fucsia? ¿Te conozco?

—No lo sé… muy bien —contestó ella; pero al advertir la debilidad de su padre habló con voz más segura—. Supongo que no nos conocemos muy bien.

Un arrebato de amor volvió a conmoverla. La sonrisa demente del conde, que hacía incongruentes todos

sus comentarios, pues hablaba con ternura y moderación, había dejado de aterrorizarla. En su corta existencia había tenido que enfrentarse con tantas manifestaciones raras que aunque el misterioso horror de esa sonrisa evasiva la entristecía, la súbita rotura de las barreras que siempre los habían separado era más fuerte que el miedo. Por primera vez en su vida sentía que era una hija, sentía que tenía un padre, su propio padre. Poco le importaba que estuviese volviéndose loco, aunque lo sentía por él. Era su padre. El padre de ella.

—Mis libros… —dijo el conde.

—Los tengo aquí, padre. ¿Quieres que llene el primer estante?

—Con los poetas sonianos, Fucsia.

—Sí.

Fucsia escogió una piña del montón que tenía al lado y la puso en el extremo de la línea que había trazado en el suelo. El conde la observaba con atención.

—Ése es Andrema, el poeta lírico…, el enamorado…, de pluma palpitante cuando escribía, y que se teñía de azul como una uña magullada. Los versos de Andrema, Fucsia, se abren como flores de cristal, y en el centro, entre los pétalos frágiles hay un estanque de añil, translúcido e inmenso como el destino. La voz diáfana de Andrema es como una campana clara en la noche de nuestra confusión; pero esa claridad es la claridad de un abismo insondable… y de ese abismo manan continuamente sus estrofas, Fucsia, continuamente. Ése es Andrema… Andrema.

El conde, con los ojos fijos en la piña que Fucsia había colocado en un extremo de la primera línea, abrió más la boca, y de pronto los pinos vibraron con los ecos de un grito horripilante, mitad sollozo, mitad risa.

Fucsia se endureció, muy pálida. Su padre, con la boca todavía abierta, aun después de que el grito se desvaneciera en el bosque, estaba con las manos y las rodillas en el suelo. Fucsia intentó hablar, pero tenía reseca la garganta. Mientras, el conde la miraba con fijeza, hasta que por fin cerró los labios y sus ojos recobraron la melancólica dulzura que Fucsia había descubierto tan recientemente. Entonces la muchacha escogió otra piña y haciendo como si fuera a ponerla al lado de «Andrema», consiguió decir:

—¿Quieres que siga con la biblioteca, padre?

Pero el conde no la oía. Miraba con ojos desenfocados. Fucsia dejó caer la piña y se le acercó:

—¿Qué te pasa? —dijo—. ¡Oh, padre! ¡Padre! ¿Qué te pasa?

—Yo no soy tu padre —respondió él—. ¿Acaso no sabes quién soy? —Y cuando sonrió mostrando los dientes, se le agrandaron los ojos negros y en cada pupila le ardía una estrella, y a medida que las estrellas se agrandaban se le iban curvando los dedos—. Vivo en la Torre de los Pedernales —gritó—. Soy el búho de la muerte.

UN TECHO DE JUNCOS

A SU IZQUIERDA, mientras andaba lentamente por el sendero herboso y quebrado, Keda era consciente en todo momento del blasfemo dedo de piedra que había dominado el horizonte occidental durante siete fatigosos días. Había sido como una presencia, algo que tanto a la luz del sol como de la luna parecía siempre siniestro, de esencia maligna.

Entre el sendero por el que avanzaba y la cadena de montañas había una región de pantanos que reflejaban el cielo voluptuoso en charcas cristalinas, o bien con un brillo más apagado allí donde las ciénagas estancadas absorbían el color y lo exhalaban de nuevo en vapores perezosos. Una hilera de juncos centelleaba; las largas hojas lanceoladas tenían un borde de hilo carmesí. La lisa superficie de una de las charcas mayores reflejaba no sólo el cielo ardiente, sino también el macabro índice de roca, que se hundía en el agua inanimada.

A la derecha, el terreno subía en una pendiente de árboles deformes. Aunque estaban aún iluminados, la violencia del sol poniente decrecía, y por momentos la luz caía en trozos de las ramas.

La sombra de Keda se extendía a la derecha, alargándose mientras ella avanzaba, y menos y menos oscura a medida que el tinte rojizo de la tierra almagrada se apagaba en un ocre inclasificable, y luego en un gris cada vez más frío, hasta que Keda se encontró descendiendo por un camino de luz cenicienta.

Durante los dos últimos días el gran lomo de la montaña, cubierto de árboles achaparrados y fibrosos de una horrible monotonía, había estado a la derecha de Keda, y ella casi podía sentir la presencia de la montaña que respiraba detrás y pretendía agarrarla con brazos deformes. Le pareció que estos árboles opresivos la habían acompañado toda la vida, árboles estultos que la miraban maliciosamente, respirando sobre su hombro derecho, gesticulando cada uno de ellos con manos peludas, cada uno con una amenaza propia, y sin embargo, cada uno monótonamente igual a todos los otros a lo largo del interminable viaje.

Esa monotonía empezaba a parecerse a un sueño, sin grandes incidentes pero sin embargo aterrador. Tenía la impresión de que un muro de vegetación interminable le flanqueaba el cuerpo y el cerebro. Pero los dos últimos días le habían revelado una llanura glacial a la izquierda, donde un cañón de roca pelada le había detenido y fatigado los ojos durante largo rato, y en cuya superficie gris el único signo de vida había sido algún ave de carroña posada sobre un saliente ocasional. Pero Keda, entrando en la cañada, agotada, tropezando, ignoraba a las aves que la vigilaban y seguían con la mirada, los cuellos desnudos alzándose sobre los vientres descamados, las espaldas encorvadas por encima de las cabezas, las mortíferas garras enroscadas en las perchas precarias.

La nieve se había extendido ante ella como una larga alfombra gris, pues el sol de invierno no entraba jamás en el fondo del cañón, y cuando por fin el camino dobló otra vez y una ráfaga de luz se precipitó sobre ella, Keda dio unos cuantos pasos tambaleantes y cayó de rodillas en una especie de acción de gracias. Al levantar la cabeza, la luz rubia había sido como una bendición.

Pero estaba agotada, y caminaba dejando caer delante de ella los pies doloridos, mecánicamente. Tenía el pelo caído en desorden sobre la cara; la pesada capa estaba moteada de barro y cubierta de zarzas y brezos.

Llevaba la mano derecha aferrada mecánicamente a la correa del zurrón que le colgaba del hombro, vacío ya de comida, pero con el peso de un cargamento extraño.

Antes de abandonar las casas de barro, la noche en que sus amantes se mataran bajo el círculo de aquella luna inolvidable que lo veía todo, Keda había descubierto en una especie de trance el camino de regreso, había recogido toda la comida que pudo encontrar, y enseguida, como una sonámbula, se encaminó primero al taller de Braigon y después al de Rantel, llevándose de cada uno una talla pequeña. Después salió al vacío de la mañana, tres horas antes del alba, y echó a andar, sintiendo que el cerebro se le dilataba con un dolor sordo e ilocalizable, hasta que el alba, como una herida en el cielo, se abrió paso en

su conciencia, y ella se desplomó sobre la hierba salobre al borde de una charca, y con las tallas entre los brazos, durmió sin ser vista todo un día de sol. De eso hacía mucho tiempo. ¿Cuánto? Keda había perdido la noción del tiempo. Había viajado a través de muchas regiones, había recibido comida de muchas manos a cambio de muchos tipos de tareas. Durante una larga temporada, había apacentado los rebaños de alguien cuyo pastor había enfermado de peste ovina y había muerto con una oveja en los brazos. Había trabajado en una larga barcaza con una mujer que de noche gritaba como una nutria mientras nadaba entre los juncos. Había tejido zarzos de avellano y grandes redes para los peces de agua dulce. Había viajado de comarca en comarca.

A la salida del sol, se había sentido abatida, y con náuseas, y no obstante, tenía que seguir andando continuamente. Pero llevaba siempre con ella sus ardientes trofeos: el águila blanca y el ciervo amarillo.

Y ahora ya no tenía fuerzas para trabajar, y un poder que ella no cuestionaba la empujaba inexorablemente hacia las chozas de los Moradores.

Bajo el alto, horrible y escabroso flanco de la montaña, Keda caminaba tropezando. El cielo había perdido todo color, y el profano dedo de roca ya no era visible más que como una estrecha banda de oscuridad sobre la oscuridad. La puesta de sol había llameado y se había apagado —y cada momento había parecido permanente—, aunque el derrumbe del fuego en cenizas no había durado más que unos pocos instantes demoníacos.

Keda andaba ahora entre tinieblas; todo, excepto unos pocos metros delante de ella, se había oscurecido. Sabía que necesitaba dormir, que las pocas fuerzas que aún le quedaban se le acabarían pronto, y que no era la falta de costumbre de pasar la noche sola entre formas hostiles lo que le impedía acurrucarse al pie de la montaña. Las últimas noches habían sido dolorosas, pues no había piedad en el aire que le apretaba las manos heladas contra el cuerpo; pero no era ésta la razón por la que seguía arrastrando los pies pesadamente, uno tras otro, el cuerpo inclinado hacia adelante, obligándolos a proseguir.

Tampoco era una razón que aquellos árboles terroríficos jadearan sobre su hombro derecho, pues estaba ahora demasiado cansada como para que la imaginación le poblase la mente con lo macabro. Seguía adelante porque esa mañana había oído una voz mientras andaba. No se había dado cuenta de que era su propia voz, que le gritaba a ella; exhausta, no sabía que sus labios aireaban lo oculto.

Se había vuelto, creyendo que la voz hablaba a su lado. «No te detengas», decía, «no esta noche, pues tendrás un techo de juncos». Sorprendida, apenas dio unos pocos pasos cuando la voz de dentro dijo: «El anciano, Keda, el anciano moreno. Es preciso que tus pies no se detengan».

No se había asustado, pues la realidad de lo sobrenatural era aceptada por los Moradores. Diez horas más tarde, mientras se tambaleaba en la oscuridad, las palabras le danzaban en la mente, y cuando una antorcha osciló de pronto en el camino delante de ella, desprendiendo brasas rojas, Keda gimió de agotamiento y de alivio por haber sido encontrada, y se desplomó en los brazos del padre moreno.

Qué le pasó después de este momento, Keda no lo supo; pero cuando despertó, estaba tendida sobre un colchón de agujas de pino, de una fragancia cálida y seca, y entre las paredes de madera de una cabaña. Se quedó así un rato, sin levantar los ojos; las palabras que había oído en el camino le resonaban aún en los oídos y sabía lo que iba a ver. Cuando por fin alzó la cabeza hacia el techo de juncos, se acordó del anciano, y miró hacia una puerta en la pared de madera. Se abrió lentamente, mientras ella yacía medio amodorrada por el perfume de pino, y una figura apareció en el umbral. Era como si el otoño estuviera junto a ella, o un roble, cargado de hojas rizadas y tenaces. El viejo era moreno pero brillante, como un cristal de color sepia oscuro a la luz del fuego. Llevaba el cabello y la barba desordenados, como hierbas de la pampa; la tez tenía el color de la arena, y las ropas le colgaban alrededor como el follaje que cuelga de una rama. Todo era moreno, una sinfonía de morenos: un árbol moreno, un paisaje moreno, un hombre moreno.

Se acercó a ella; los pies desnudos no hacían ningún ruido en la tierra del suelo de la cabaña, invadido por plantas trepadoras con tributarios verdes e inquisitivos.

Keda se incorporó sobre el codo.

La cima rugosa del roble se movió, y una de las ramas le indicó que se tumbara otra vez sobre las agujas de pino. Con la mirada clavada en el anciano, la envolvió una paz, como una nube, y comprendió que estaba en presencia de un extraño desapego.

El anciano se apartó, y moviéndose por el suelo de tierra con paso lento y arrastrado, abrió unas persianas y la pálida luz del norte entró por una ventana cuadrada. Dejó la habitación, y ella se quedó allí tranquilamente tendida, con la mente más clara a medida que pasaban los minutos. La cama en la que reposaba era amplia y baja; dos gruesos troncos sostenían las largas planchas de madera a tan sólo un palmo del suelo. El fatigado cuerpo de Keda parecía flotar, con todos los músculos distendidos, en un mar de agujas ondulantes. Incluso el dolor de los pies, los golpes que había soportado en sus idas y venidas,

estaban flotando; eran una especie de dolor flotante, impersonal, casi agradable. El anciano moreno la había tapado con tres mantas ásperas, y la mano derecha se le deslizó por debajo de las mantas, como probando el placer de moverse con independencia de la fatigada masa del cuerpo, y de pronto topó con algo duro. Keda estaba demasiado cansada para preguntarse qué era, pero poco después lo sacó: era el águila blanca. «Braigon», murmuró, y con ese nombre retornaron cien pensamientos obsesionantes. Palpó de nuevo y encontró el ciervo de madera. Apretó las dos tallas contra sus tibios costados, y después del dolor del recuerdo, la invadió una nueva emoción, parecida a la que había sentido la noche en que se acostó con Rantel, y su corazón, débilmente al principio, y luego más y más fuerte, empezó a cantar como un pájaro salvaje, y aunque una náusea repentina le sacudió el cuerpo, el pájaro salvaje seguía cantando.

FIEBRE

AUNQUE LA LUZ de la ventana norte era fría y blanca, Keda sabía que el sol estaba solo en el cielo y que el día invernal era despejado y templado. No tenía idea de la hora, ni si era de mañana o de tarde. El anciano le dejó un cuenco de sopa junto a la cama. Ella quería hablarle, pero aún no, pues el hechizo del silencio era tan fuerte alrededor y tan elocuente que ella sabía que no necesitaba decir nada. El cuerpo flotante le parecía extraño, ligero y dulce, tendido como un lirio lastimado.

Ahora yacía con las tallas apretadas al costado, los dedos extendidos sobre los lisos contornos de la madera, mientras sentía que la lenta marea de la fatiga se le retiraba de los miembros. Transcurrían los minutos, la luz imperturbable llenaba la habitación de blancura. De vez en cuando, Keda se incorporaba y hundía la cuchara de loza en el potaje, y a medida que bebía recuperaba fuerzas, a saltos, pequeños y torpes. Cuando al fin vació el cuenco, se tumbó de costado, y un hormigueo de vitalidad despertó poco a poco en ella.

Era otra vez consciente de que tenía el cuerpo limpio. Durante un buen rato, el esfuerzo fue excesivo, pero cuando al fin consiguió apartar las mantas, vio que le habían quitado todo el polvo de sus últimos días de peregrinación. La suciedad había desaparecido, y no había en ella otras huellas de la pesadilla que los borrosos moretones y los largos rasguños causados por las espinas.

Intentó levantarse, y casi se cayó; pero tomando aliento, consiguió mantenerse en pie y se movió lentamente hasta la ventana. Ante ella se extendía un claro cubierto de espesa hierba gris sobre la que caía la sombra de un árbol. Hundida a medias en la sombra, una cabra blanca movía de un lado a otro la estrecha y sensible cabeza. Un poco más lejos, a la izquierda, se veía la boca de un pozo. El claro acababa donde un edificio de piedra en ruinas, sin techo y negro de musgo, detenía un bosquecillo de olmos, en el que murmuraba una bandada de estorninos. Más allá de los árboles, Keda distinguió un campo pedregoso, y más allá del campo un bosque que se encaramaba a una cima coronada de peñas. Volvió otra vez los ojos. Allí estaba la cabra blanca. Había salido de la sombra, y parecía un exquisito juguete, tan blanca era, con aquellos bucles de pelo, aquella barba de nieve, aquellos cuernos, aquellos ojos grandes y amarillos.

Keda se quedó un buen rato contemplando la escena, y aunque veía claramente la casa sin techo, la sombra del pino, las colinas, las vides, todo eso no era parte de su conciencia inmediata, sino sólo quimeras, nacidas de la languidez soñolienta del despertar. Le parecía más real el canto del pájaro en su pecho, desafiando el recuerdo de sus amantes y el peso en sus entrañas.

La vejez que era su herencia y el inexorable destino de los Moradores, ya había empezado a estragarle el rostro, un deterioro que se había iniciado antes de que naciese su primer hijo, enterrado al otro lado de la gran muralla; en la cara no le quedaba ahora más que la sombra de su belleza.

Keda se apartó de la ventana y envolviéndose en una manta abrió la puerta de la habitación. Se encontró mirando otra habitación de casi el mismo tamaño, pero con una gran mesa que monopolizaba el centro, una mesa cubierta con un mantel rojo oscuro. Más allá de la mesa, el suelo de tierra descendía en tres escalones, y en la parte más baja y alejada estaban los utensilios de jardinería del anciano, macetas y trozos de madera pintados y sin pintar. No había nadie en la habitación. Keda cruzó el umbral lentamente y salió al claro soleado.

La cabra blanca la miró mientras Keda se acercaba, y dio unos pocos pasos hacia ella, sacudiendo las patas delgadas, alzando la cabeza. Keda siguió andando y oyó un ruido de agua. El sol estaba a medio camino entre el cenit y el horizonte, pero Keda no supo decir al principio si era la mañana o la tarde, pues no había modo de saber si el sol subía por el cielo del este o se hundía por el cielo del oeste. Todo estaba en calma; el sol parecía estar clavado para siempre, como si fuese un disco de papel amarillo, pegado en el invernal cielo azulado.

Avanzó lentamente, en aquella hora desconocida, hacia el sonido del agua. Cruzó la sombra del edificio

sin techo y durante un momento sintió que se le helaba la sangre.

Descendiendo por una empinada loma de helechos, llegó casi de inmediato al arroyo, que corría entre zarzas peladas y oscuras. Un poco a la izquierda de Keda, entre las matas espinosas de la orilla del agua, había un vado de piedras gastadas y lisas, ahuecadas como cuencas en la superficie por el tránsito de lo que debieron de haber sido siglos de pisadas. Más allá del vado, una yegua gris bebía en la corriente. La crin le caía sobre los ojos y flotaba en la superficie del agua mientras bebía. Más lejos, había otra yegua de pelaje moteado, y más lejos aún, en el lugar donde el riachuelo doblaba hacia la derecha y se hundía bajo una pared de matorrales, había un tercer animal, un caballo cuya piel parecía de terciopelo negro. Los tres estaban inmóviles y absortos, con las crines moviéndose en el agua, y las patas sumergidas hasta las rodillas en la sonora corriente. Keda sabía que si avanzaba unos pasos por la orilla hasta distinguir el próximo tramo del río, vería que los caballos se alejaban uno tras otro a lo largo del llano, cada uno un eco del anterior, ecos de color cambiante, pero todos con el agua hasta las rodillas, todos con las crines colgando, las gargantas sedientas.

De repente, empezó a sentir frío. Los caballos alzaron la cabeza y la miraron fijamente. La corriente pareció quedarse quieta; y luego Keda se oyó a sí misma, hablando.

—Keda —decía—, tu vida ha concluido. Tus amantes están muertos. Tu hijo y su padre están enterrados. Y tú también estás muerta. Sólo tu pájaro sigue cantando. ¿Qué dice el pájaro brillante? ¿Que todo ha concluido? La belleza morirá de repente y en cualquier momento. Desde ahora, en cualquier momento desaparecerá del cielo y de la tierra y de los miembros y los ojos y el pecho y la fuerza de los hombres y de las semillas y la savia y el capullo y la espuma y la flor…

Todo se derrumbará para ti, Keda, pues todo ha acabado; sólo te queda esa criatura que un día nacerá, y luego ya sabrás qué hacer.

De pie sobre las piedras del vado, se vio reflejada en el agua cristalina. Había envejecido mucho; la maldición de los Moradores la había alcanzado; sólo los ojos, como los ojos de una gacela, desafiaban la calamidad que le arruinaba la cara. Miró la imagen un rato; luego se llevó las manos al corazón, donde el pájaro lloraba, lloraba de alegría. «¡Se ha acabado!», chillaba la voz picuda. «Estás esperando, pero sólo por el niño. Todo lo demás se ha cumplido, ya no necesitas nada más».

Keda levantó la cabeza, abrió los ojos y vio el cielo, donde colgaba un cernícalo. El corazón le latía y le latía, y el aire se espesó hasta que la oscuridad le embozó los ojos, mientras el alegre grito del pájaro seguía repitiendo: *«¡Se ha acabado! ¡Se ha acabado! ¡Se ha acabado!»*.

El cielo se aclaró delante de ella. A su lado estaba el padre moreno. Cuando Keda se volvió hacia él, el padre moreno alzó la cabeza y la llevó de nuevo a la cabaña de madera, donde ella se tendió exhausta en la cama.

El sol y la luna se le habían metido bajo los párpados y le llenaban la cabeza con un torbellino de imágenes. Los cactos gigantes de las casas de barro giraban alrededor de las torres de Gormenghast, que flotaban alrededor de la luna. Unas cabezas se precipitaban hacia ella, al principio meras puntas de aguja en un horizonte infinitamente lejano, pero creciendo de un modo insoportable a medida que se aproximaban y estallaban sobre su cara: los rostros de su difunto marido, de la señora Ganga, de Fucsia, de Braigon, de Excorio, de la condesa, de Rantel y la del doctor, de devoradora sonrisa. Le ponían algo en la boca. Era el borde de una taza. Le estaban diciendo que bebiera.

—¡Oh, padre! —exclamó.

El anciano la empujó gentilmente contra la almohada.

—Hay un pájaro gritando —dijo Keda.

—¿Qué grita? —preguntó el viejo.

—Grita de alegría, por mí. Está feliz por mí, pues pronto habrá acabado todo; cuando me libre de mi carga y pueda hacerlo, oh, padre, cuando me libre de mi carga.

—¿Qué vas a hacer?

Keda miró fijamente el techo de juncos.

—Eso pasará entonces —murmuró—, con una cuerda, o con agua profunda, o con un cuchillo…, o con un cuchillo.

DESPEDIDA

PASÓ MUCHO TIEMPO antes de que Keda tuviera fuerzas como para partir a caballo hacia las casas de barro. La fiebre había hecho estragos en ella, y si no hubiera sido por los cuidados del viejo sin duda habría muerto. Durante interminables noches de desvarío, se desembarazó de un torrente de palabras, su reticencia natural quebrada por la fuerza de aquellas desbocadas imaginaciones.

El anciano se sentaba a su lado, con la velluda barbilla apoyada en el puño nudoso y los ojos pardos clavados en el rostro vibrante de la muchacha. La escuchaba y recomponía la historia de los amores y los miedos de Keda salvando piezas del efusivo naufragio. Le retiraba una gran hoja empapada de la frente y la reemplazaba con otra, helada y de forma de zapato, del montón que había recogido para ella. A los pocos minutos, la hoja ya estaba caliente sobre la frente ardorosa. Cuando podía dejar a Keda un rato, el anciano iba a preparar las hierbas con las que la alimentaba, y a confeccionar las pócimas que eventualmente le acallaron la pesadilla del cerebro, y le calmaron la sangre.

Con el paso de los días, empezó a conocerla mejor, a la manera grande y silenciosa de los árboles tutelares. No hablaban. Todo lo que pasaba entre ellos de importancia, se movía en silencio. Tumbada en la cama, Keda le tomaba la mano y sentía una gran alegría mirándole la augusta y pesada cabeza, la barba, los ojos pardos, y la rústica mole de su cuerpo junto a ella.

Pero, a pesar de la paz que la colmaba en presencia de él, la sensación de que tendría que estar entre su propia gente era cada día más poderosa.

El anciano veía a Keda consumirse de inquietud, pero no le permitió que se levantase hasta mucho después de que le bajara la fiebre. Al fin Keda tuvo fuerzas suficientes para dar cortos paseos por el cercado, y él la guiaba, sosteniéndola con el brazo, hacia las colinas de pelo verde, o hacia el bosquecillo de olmos.

Desde el principio, el silencio había bautizado esta relación, e incluso ahora, varios meses después de aquella primera tarde en que Keda despertara bajo el techo de juncos, sólo hablaban para facilitar alguna tarea doméstica. Esa comunión en el silencio, que reconocieron desde el principio como lenguaje común, florecía día a día en una especie de confianza absoluta en la receptividad del otro.

Keda sabía que el padre moreno comprendía que ella tenía que irse, y el anciano sabía que Keda comprendía por qué él no permitía que se fuese, pues estaba aún demasiado débil, y así pasaron juntos los días de primavera. Keda lo observaba cuando él ordeñaba la cabra blanca, y el padre moreno se apoyaba como un roble contra la pared de la cabaña mientras Keda removía la sopa encima del fogón de piedra, o rascaba la marga adherida a la pala, antes de ponerla junto a los otros utensilios de jardinería al decaer la luz.

Un anochecer, al regresar del paseo más largo que Keda diera hasta entonces, se detuvieron un momento en la cima de una loma, y miraron hacia el oeste antes de descender hacia las sombras que envolvían la cabaña.

En el cielo había una luz verdosa y la superficie era como de alabastro. Mientras lo contemplaban, la estrella de la noche cantó en un súbito punto de luz.

El escabroso horizonte de árboles le recordó a Keda el largo y agonizante viaje que la había traído a ese refugio, a la cabaña del ermitaño, a ese paseo al anochecer, a ese instante de luz, y le recordó también las ramas que intentaban agarrarla por el hombro derecho, y cómo, a la izquierda, se alzaba el blasfemo dedo de roca. Miró sin ver la línea de árboles oscuros hasta que los ojos se le detuvieron en una diminuta área de cielo, enmarcada por el negro y distante follaje. Era un pedazo de cielo tan pequeño, que si Keda hubiera apartado los ojos un segundo, habría sido incapaz de señalarlo o volverlo a encontrar.

El horizonte de árboles estaba perforado por una miríada de microscópicas chispas de luz, y no fue por azar que los ojos de Keda se sintieron atraídos precisamente hacia ésa abertura en el follaje, dividida en dos partes iguales por un espigón vertical de fuego verde. Aun a esa distancia, enmarcado y aprisionado por la

oscuridad, Keda reconoció instantáneamente el dedo de roca.

—¿Qué significa, padre, ese delgado y horrible peñasco?

—Si a ti te parece horrible, Keda, significa que tu muerte está próxima, como tú misma deseas y ya has previsto. A mí todavía no me parece horrible, aunque ha cambiado. En mi juventud, era el pináculo de todo amor. A medida que los días mueren, se transforma.

—Pero yo no tengo miedo —dijo Keda.

Dieron media vuelta y empezaron a bajar por entre los cerros hacia la cabaña. La oscuridad había caído antes de que abrieran la puerta. Cuando Keda encendió la lámpara se sentaron a la mesa, uno frente al otro, hasta que los labios de Keda se movieron y empezó a hablar:

—No, no tengo miedo —dijo—. Soy yo quien decide lo que he de hacer.

El anciano levantó la encrespada cabeza. A la luz de la lámpara sus ojos parecían pozos de luz parda.

—La criatura vendrá a verme cuando llegue el momento —dijo—. Siempre estaré aquí.

—Son los Moradores —dijo Keda—. Son ellos. —Se llevó involuntariamente la mano izquierda al corazón, y los dedos le temblaron un instante, como perdidos—. Dos hombres han muerto por mí, y yo devolveré su sangre a los Tallistas Brillantes, en mis manos, y también en la criatura ilegítima. Me rechazarán… pero no me importa. Porque mi pájaro sigue cantando…, cantando…, y encontraré mi recompensa en el Cementerio de los Proscritos…, oh padre…, mi recompensa, el profundo, profundo silencio que nadie podrá romper.

La lámpara vaciló y las sombras danzaron por el cuarto, regresando sigilosamente cuando la llama se enderezó.

—Ya falta poco tiempo —dijo el anciano—. Dentro de unos días emprenderás tu viaje.

—La yegua gris —dijo Keda—, ¿cómo se la devolveré, padre?

—Regresará sola. Cuando estés cerca de las casas, suéltala y ella dará media vuelta y se alejará de ti.

Keda apartó la mano del brazo del anciano y fue a su habitación. Toda la noche, la voz de un viento ligero gritó entre los juncos: *«Pronto, pronto, pronto»*.

En el quinto día él la ayudó a montar sobre la manta áspera de la silla. Del ancho lomo de la yegua colgaban dos cestas con pan y otras provisiones. Keda tomó el camino del norte de la cabaña, pero antes que la yegua se alejase, se volvió un instante a contemplar la escena por última vez. El campo pedregoso más allá de los grandes árboles. La casa sin techo, y al oeste las colinas de hierbas pálidas, y más allá de las colinas los bosques lejanos. Miró por última vez el cercado de hierba áspera; el pozo, y el árbol de sombra alargada. Miró por última vez la cabra blanca de cabeza de nieve, sentada, con la delicada pata delantera doblada contra el corazón.

—Ya no sufrirás más, pues estás más allá del poder del daño. No oirás más voces. Darás a luz la criatura, y cuando llegue el momento, pondrás fin a todo.

Keda miró al anciano.

—Soy feliz, padre. Soy feliz. Sé lo que tengo que hacer.

La yegua gris se internó en la oscuridad de debajo de los árboles, y avanzando con extraña deliberación, dobló hacia el este enfilando un sendero verde bordeado de helechos. Con las manos en el regazo, Keda estaba muy quieta y erguida mientras cada paso de la yegua la acercaba a Gormenghast y al hogar de los Tallistas Brillantes.

UNA MAÑANA TEMPRANO

LA PRIMAVERA ha venido y se ha ido, y es pleno verano.

Es la mañana del Almuerzo, del Almuerzo ceremonial. Preparado en honor de Titus, que hoy cumple un año, está magníficamente apilado sobre una mesa en el extremo norte del refectorio. Se han retirado las mesas y bancos de los criados, con lo que un desierto de losas frías se extiende hacia el sur, interrumpido sólo por una hilera de pilares que se alejan en perspectiva decreciente a ambos lados. Es el mismo comedor donde el conde mordisquea una frágil tostada cada mañana a las ocho, la sala en cuyo techo pulula una amalgama de desconchados querubines, trompetas y nubes, cuyas altas paredes gotean de humedad, cuyas losas de piedra suspiran a cada paso.

En el extremo norte de esta provincia glacial, la vajilla de oro de los Groan, dispuesta sobre la brillante negrura de la larga mesa, arde como si contuviera fuego; la cubertería refulge con reflejos azules; la blancura de las servilletas, dobladas en forma de palomas, las destaca en las sombras de alrededor, y parece que flotan en el aire. La gran sala está vacía, y no se oye otro sonido que el de las gotas de lluvia cayendo una a una desde una oscura mancha en el cielo cavernoso. Ha estado lloviendo desde las primeras horas del día, y en estos momentos hay un pequeño lago en medio de la larga avenida de piedra bordeada de pilares, donde se refleja confusamente una sección irregular del firmamento; un descolorido grupo de querubines duerme allí apoyado en una nube mohosa. Es en esa nube pintada, oscurecida por la lluvia *real*, donde las gotas se adhieren perezosamente antes de caer a intervalos regulares por el aire mal iluminado al vidriado charco del suelo.

Vulturno acaba de retirarse a sus húmedos y fríos cuartos después de echar una última mirada profesional a la mesa del almuerzo. Está complacido con su trabajo y al llegar a la cocina hay una cierta satisfacción en la mueca de sus labios abotagados. Faltan aún dos horas para que amanezca.

Antes de empujar la puerta de la Gran Cocina, se detiene y escucha con la oreja pegada al tabique. Espera oír la voz de uno de sus aprendices, de *cualquiera* de sus aprendices, no importa cuál, pues ha ordenado silencio hasta que él regrese. Las pequeñas criaturas uniformadas están alineadas en dos filas. Hay dos que están peleando, con susurros altos y agudos.

Vulturno luce su mejor uniforme, una vestimenta de esplendor excepcional, con gorro y túnica de seda virgen. Doblando el cuerpo, abre la puerta unos milímetros y pega el ojo a la rendija. Al inclinarse, los relucientes pliegues de seda que le envuelven la barriga silban y susurran como la voz de unas aguas lejanas y siniestras, o como un gato enorme y sobrenatural que sorbe su propio aliento. El ojo que se mueve alrededor del tabique parece algo independiente, autónomo, como si no tuviera necesidad de la voluminosa cabeza contigua, ni de las masas de grasa que ondulan hasta la horcajadura, ni de las blandas piernas, gruesas como troncos. Tan animado es este ojo, rápido como una víbora, y veteado de sangre. ¿Qué necesidad tiene de todo ese insípido y envolvente cúmulo de arcilla, de ese pálido y lento territorio que le pesa detrás mientras él se vuelve como una canica de hielo entre la circundante masa pastosa? Al doblar la esquina de la puerta, el ojo devora la doble hilera de esqueléticos aprendices como un calamar que se tragara y devorara a alguna larga criatura de las profundidades. Al absorber la hilera de muchachos a través de la pupila, la conciencia del poder que tiene sobre ellos se le extiende sensualmente por el cuerpo como una deliciosa piel de gallina. Ha visto y oído a los dos jóvenes de estridentes susurros, que ahora se están amenazando uno al otro con los puños pequeños y toscos. Le han desobedecido. Vulturno se frota las manos y se pasa la lengua por los labios. El ojo los observa, a Verderón y a Pardillo. Justo lo que necesita. ¿O sea que esas dos mosquitas de estercolero se estaban peleando, eh? ¡Estupendo! ¡Qué oportunos! Eso le ahorrará el trabajo de inventar algún motivo para castigar a una ristra de ridículos compinches.

El chef abre la puerta y la doble fila se queda helada.

Se acerca a ellos, secándose las manos en las nalgas sedosas. Pende sobre ellos como una bóveda de

nubes.

—Verderón —dice, y la palabra le sale de los labios como si se filtrara por un cañaveral—, hay sitio para ti, Verderón, en la sombra de mi panza, y trae a tu amigo peludo contigo, no me sorprendería que también hubiese sitio para él.

Los dos muchachos avanzan con cautela, castañeteando los dientes y con los ojos muy abiertos.

—Estabais hablando, ¿no es cierto? Estabais más parlanchines entonces que vuestros dientes ahora. ¿Me equivoco? ¿No? Acercaos pues un poco más; me disgustaría tener dificultades para alcanzaros. No os gustaría que yo tuviese dificultades, ¿verdad? ¿Qué dice, maestro Verderón? ¿Y usted, maestro Pardillo? ¿Verdad que no desean que tenga dificultades?

No espera una respuesta, sino que se pone a bostezar, abriendo la boca obscenamente y descubriendo regiones secretas, en comparación con las cuales la desnudez parecería menos impúdica que la obra de algún sombrerero. Al acabar el bostezo, y sin ninguna advertencia previa, adelanta las manos bruscamente, agarra a los dos infelices por las orejas y los alza en vilo. Lo que hubiera hecho con ellos nunca se sabrá, pues en el preciso momento en que los dos aprendices suspendidos se balancean a la altura de la garganta de Vulturno, una campana empieza a tañer discordante en el aire cargado de vapor. Esa campana se oye muy pocas veces, pues la cuerda de la que pende desaparece por un agujero del techo de la Gran Cocina, viajando en secreto entre las vigas de madera, serpenteando por esas oscuras regiones que huelen a polvo y dormitan entre el techo de la planta baja y el suelo del primer piso. Después de muchos nudos, emerge finalmente en una pared de la habitación de lord Sepulcravo. Son rarísimas las ocasiones en que su señoría tiene que entrevistar al chef, y del cuerpo de hierro que se sacude violentamente sobre la cabeza de los aprendices se desprende el polvo de cuatro estaciones.

La cara de Vulturno cambia con el primer tañido metálico de la olvidada campana. Los complacidos pliegues de grasa se le redistribuyen, y rezuma servilismo por todos los poros. Aunque sólo un instante, el tiempo en que sus oídos absorben el sonido de hierro, ya que inmediatamente deja caer a Verderón y a Pardillo sobre las losas de piedra y sale a toda prisa de la habitación, con los pies planos sorbiendo las losas del suelo como platos de gachas.

Sin reducir la velocidad de sus suculentos pasos, y barriendo con las manos a quienquiera que se le cruce en el camino, como si estuviera nadando, se encamina a la habitación de lord Sepulcravo, y el sudor se le acumula más y más sobre la frente y las mejillas a medida que se acerca a la puerta sagrada.

Antes de llamar, se seca con la manga el sudor de la cara y escucha, la oreja pegada a la puerta. No oye nada. Alza la mano y doblando los dedos golpea la puerta con gran fuerza, pues sabe por experiencia que es muy difícil que sus nudillos hagan algún ruido ya que los huesos están profundamente empotrados en el acolchado de pulpa. Tal como temía, no oye más que un suave *plop*, y extrae de mala gana una moneda del bolsillo, con la que golpea tímidamente el panel de la puerta. Horrorizado, en lugar de la voz lenta, triste y autoritaria de su amo ordenándole que entre, lo que oye es el grito de un búho. Después de unos instantes en que tiene que abofetearse la cara, acobardado por el grito melancólico, golpea de nuevo con la moneda. Esta vez no hay duda de que la voz ululante que responde a su llamada le ordena que entre.

Vulturno mira alarmado alrededor, y en el momento en que decide largarse, pues el miedo le ha dejado el cuerpo frío como gelatina, oye el cric, cric, cric, cric, cric regular de las rodillas de Excorio que se aproxima desde las sombras de detrás. Enseguida oye otro sonido. Alguien corre pesada, impetuosamente. A medida que el sonido se acerca, ahoga el *stacatto* de las articulaciones de Excorio. Al cabo de un momento, cuando Vulturno vuelve la cabeza, el rojo incendiario del vestido de Fucsia quiebra e inflama la penumbra. La mano de la muchacha agarra el pomo y abre la puerta sin vacilar un momento. Fucsia ni siquiera mira a Vulturno. El chef, debatiéndose en un mar de emociones contrapuestas, que pugnan por imponer su soberanía como un ejército de gusanos en la barriga de un buey, observa por encima del hombro de Fucsia. Hasta que no consigue quitar los ojos del horrible espectáculo que tiene delante no puede satisfacer la secundaria aunque compulsiva necesidad de vigilar la aproximación de Excorio. Al apartar los ojos, tiene tiempo para mover ligeramente la masa del cuerpo a la derecha y obstaculizar el paso del esquelético criado, que está ya justo detrás de él. El odio que Vulturno siente por el criado de lord Sepulcravo ha ido madurando como una úlcera, y su único deseo es acabar para siempre con ese ser tan descarnado, ese que le dejó unos dolorosos costurones en la cara el día del bautizo.

Excorio, enfrentado a la combada espalda y el colosal trasero del chef, está impaciente por ver a su amo y saber por qué lo ha llamado tocando la campana, y no está de humor para que le cierren el paso ni para atemorizarse ante la mole blanca del chef. Aunque ha pasado inacabables noches en vela (pues sabe con certeza que el chef ha decidido matarlo mientras duerme), ahora, al tropezarse con la materialización de su horror nocturno, se siente fuerte como un hierro, y alargando el cuello de tortuga, lanza la huesuda, oscura

y desabrida cabeza hacia adelante, y sisea entre los dientes de color arena.

Los ojos de Vulturno encuentran los de su enemigo, y jamás hubo entre cuatro esferas cartilaginosas un infierno de odio tan siniestro. Si un conjuro hubiera hecho desaparecer la carne, las fibras y los huesos del chef y de Excorio pasillo abajo, dejando los cuatro ojos suspendidos en el aire delante de la puerta del conde, con toda seguridad habrían enrojecido como el planeta Marte, habrían enrojecido y humeado, y finalmente habrían estallado en llamas, tan intenso era el odio que se tenían. Habrían estallado en llamas, mirándose y girando en órbitas cada vez más rápidas y cada vez más estrechas, fundiéndose al fin en un solo globo crepitante de cólera, y habrían escapado, los cuatro en uno, dejando un rastro de sangre en el frío aire gris del pasillo, hasta que rugiendo y volando bajo las innumerables arcadas y los interminables pasadizos de Gormenghast, reencontraran los dos cuerpos sin ojos y volvieran a atrincherarse en las sorprendidas cuencas.

Por un instante, los dos hombres permanecen completamente inmóviles. Excorio ha dejado de sisear entre dientes pero aún no ha tomado aliento. Enseguida, impaciente por ver a su amo, levanta una rodilla afilada como una astilla y la clava en el voladizo y globoso abdomen del chef. Vulturno, contrayendo la cara de dolor y palideciendo tanto que el uniforme descolorido parece gris contra el cuello, dobla el cuerpo involuntariamente en busca de alivio y levanta los enormes brazos por delante como si fueran garras. En el momento en que empieza a enderezarse, y Excorio se dispone a pasar por delante y llegar a la puerta, apartando a Vulturno con un golpe de hombro, ambos se quedan paralizados allí mismo por un grito más horroroso que el anterior, el prolongado y doloroso grito del búho de la muerte, y la voz de Fucsia, una voz que parece debatirse entre lágrimas y terror, chilla:

—¡Padre! ¡Padre! Calla, y todo estará mejor, y yo te cuidaré. ¡Mírame, padre! ¡Oh, mírame! Yo sé lo que quieres, padre, *yo lo sé*, y te llevaré allí cuando oscurezca, y entonces te sentirás mejor. Pero mírame, padre, por favor, mírame. Pero el conde no la mira. Está acurrucado en el centro de la marmórea repisa de la chimenea, con la cabeza entre los hombros. Fucsia lo observa, de pie debajo de la repisa, con las manos temblorosas agarradas al borde. Tiene la cabeza echada hacia atrás y el cuello tieso. Sin embargo, no se atreve a tocarlo. Los muchos años de austeridad y la fría reserva que siempre se han mostrado se alzan incluso ahora como un muro entre ellos. Últimamente parecía que el muro se resquebrajaba y que ese amor helado empezaba a derretirse y a filtrarse a través de las grietas, pero ahora, en el momento en que más falta hace y más se siente, el muro se ha vuelto a cerrar y Fucsia no se atreve a tocarlo. Ni tampoco se atreve a admitir que su padre es ahora un poseso.

El conde no responde, y Fucsia, cayendo de rodillas, rompe a llorar, aunque sin lágrimas. Agachada al pie de la chimenea donde lord Sepulcravo sigue en cuclillas, los sollozos le sacuden el cuerpo, y emite unos extraños gruñidos, pero ninguna lágrima la alivia. La suya es una angustia seca, y durante estos interminables segundos, Fucsia envejece, envejece tanto que muchos hombres y mujeres no hubieran podido entenderlo.

Excorio entra en la habitación, con los puños crispados y los pelos erizados como pequeños alambres. Algo se ha derrumbado dentro de él. Su inquebrantable lealtad al conde y la Casa de los Groan se debate con el horror de lo que está presenciando. Vulturno parece experimentar un sentimiento parecido, pues cuando él y Excorio observan al conde, sus rostros muestran la misma emoción, traducida, por así decirlo, en dos lenguajes muy diferentes.

El conde viste de negro. Tiene las rodillas levantadas casi hasta el mentón. Las largas y delicadas manos blancas, ligeramente curvadas hacia adentro, cuelgan de las rodillas. Ha metido en medio las muñecas, y apoya el mentón en esa cuña. Pero son sus ojos lo que estremece de escalofrío a quienes lo miran, pues se han vuelto circulares. La sonrisa que le flotaba en los labios cuando Fucsia estaba con él en el bosque de pinos, ha desaparecido para siempre. Ahora la boca es totalmente inexpresiva.

De pronto, una voz sale de esa boca, una voz muy tranquila:

—Chef.

—¿Su señoría? —responde Vulturno, temblando de pies a cabeza.

—¿Cuántas ratoneras tiene en la Gran Cocina?

Los ojos de Vulturno se mueven a derecha e izquierda, y se le abre la boca, pero no le sale ningún sonido.

—Vamos, chef, tiene que saber cuántas trampas ponen cada noche…, ¿o es que se ha vuelto negligente?

Vulturno junta las manos gordinflonas. Le tiemblan delante de él y se frota maquinalmente los dedos.

—Señor —dice—, habrá unas cuarenta trampas en la Gran Cocina…, cuarenta ratoneras, su señoría.

—¿Cuántas se han cazado a las cinco de la mañana? Respóndame.

—Estaban todas llenas, su señoría…, todas excepto una, señor.

—¿Se las han dado a los gatos?

—¿Los… los gatos? Su…

—He dicho que si se las han dado a los gatos —repite lord Sepulcravo tristemente.

—Todavía no —dice el chef—. Todavía no.

—Entonces tráigame una… Tráigame una bien llenita… ¡Inmediatamente! ¿A qué espera, chef? ¿A qué espera?

Vulturno traga saliva con dificultad.

—Una llenita. Sí, mi señor…, una… bien llenita.

En cuanto Vulturno sale de la habitación, la voz prosigue:

—Ramitas, Excorio, enseguida. Ramitas de todos los tamaños, ¿me has comprendido? Arráncalas de ramas cada vez más pequeñas… y de todo tipo, Excorio, de todo tipo, pues tengo que estudiarlas y comprenderlas bien para ser tan listo como los demás con las ramitas, a pesar de que somos trabajadores descuidados. ¿A qué esperas, Excorio?…

Excorio mira hacia arriba. Ha sido incapaz de mantener los ojos fijos en el transformado aspecto de su señor, pero ahora los alza de nuevo. No reconoce ninguna expresión. La boca podría muy bien no estar ahí. La elegante nariz aguileña se ha encorvado más, y los ojos redondos como platos tienen en cada cielo una luna vacante.

Con un repentino y brusco movimiento, Excorio recoge a Fucsia del suelo, se la echa al hombro, y volviéndose, se tambalea hacia la puerta y pronto desaparece en los pasillos.

—¡Tengo que volver, tengo que volver con él! —jadea Fucsia.

Excorio se limita a hacer un ruido en la garganta y sigue andando a grandes zancadas.

Al principio, Fucsia intenta luchar, pero la terrible escena la ha aturdido tanto que ya no le quedan fuerzas, y se deja caer sobre el hombro del criado, sin saber adónde van. Ni siquiera el propio Excorio sabe adónde van. Acaban de salir a la luz de la temprana mañana, y están en el patio este. Fucsia levanta la cabeza.

—Excorio —dice—, tenemos que encontrar inmediatamente al doctor Prune. Por favor, ahora ya puedo andar. Gracias, Excorio, pero date prisa, venga. Venga, rápido, bájame.

Excorio la suelta con cuidado y ella se deja caer al suelo. Fucsia ha visto la casa del doctor en una esquina del patio y no entiende por qué no se le ha ocurrido antes pensar en él. Echa a correr, y en cuanto alcanza la puerta, llama violentamente con la aldaba. El sol empieza a salir por encima de los pantanos e ilumina un canalón y una comisa de la casa del doctor, y tras varios aldabonazos más de Fucsia ilumina también la extraordinaria testa del propio Prunescualo, que aparece somnoliento en una alta ventana. El doctor no puede distinguir nada en las sombras de abajo, pero grita:

—¡En nombre de la discreción y de todos los que duermen profundamente, traten con menos rigor esa aldaba! ¿Qué demonios sucede?… Respóndanme. He preguntado qué sucede… ¿Acaso la peste está asolando Gormenghast… o se trata de un caso de fórceps? ¿Ha habido un recrudecimiento masivo de sarna nocturna, o es simplemente un cáncer de piel? ¿Es que el paciente delira?… ¿Está gordo o delgado?… ¿Está borracho o loco?… Es…

El doctor bosteza, y Fucsia aprovecha esa primera oportunidad:

—¡Sí, oh sí! ¡Venga enseguida, doctor Prune! Déjeme hablar. ¡Oh, por favor, deje que se lo cuente!

—¡Fucsia! —exclama la voz aguda del alféizar, como si se hablara a sí misma—. ¡Fucsia! —Y la ventana baja con estruendo.

Excorio se aproxima a la muchacha, pero antes que la alcance, la puerta principal se abre bruscamente y ante ellos está el doctor vestido con un pijama floreado.

Tomando a Fucsia de la mano, e indicando a Excorio que lo siga, se encamina con pasos menudos hacia la sala.

—¡Siéntate, siéntate, mi niña frenética! —grita Prunescualo—. ¿Qué demonios sucede? Cuéntaselo todo a tu viejo Prune.

—Es padre —dice Fucsia, brotándole por fin las lágrimas—. Padre está raro, doctor Prune, está muy raro… Oh, doctor Prune, mi padre es un búho negro ahora… ¡Ayúdelo, doctor, ayúdelo!

Prunescualo no dice nada. Vuelve bruscamente hacia Excorio la cabeza rosada, inteligente e hipersensible, Excorio asiente y da un paso adelante, con un crujido de la rodilla. Luego vuelve a asentir inclinando la cabeza, y abre la mandíbula.

—Búho —dice—. ¡Quiere ratones!… ¡Quiere ramitas! ¡En la repisa de la chimenea! ¡Ululando! Su señoría está loco.

—¡No! —grita Fucsia—. Está enfermo, doctor Prune. Nada más. Su biblioteca se ha quemado. Su

hermosa biblioteca, y ha caído enfermo. Pero no está loco. Habla tan tranquilamente. Oh, doctor Prune, ¿qué va a hacer usted?

—¿Lo has dejado en su habitación? —pregunta el doctor, y no parece que hablara el mismo hombre.

Fucsia asiente con la cara inundada de lágrimas.

—Quédate aquí —dice el doctor tranquilamente, y sale del cuarto mientras habla, y unos segundos más tarde reaparece con un conjunto de bata y zapatillas verde lima, y un maletín en la mano.

—Fucsia, querida, envíame a Pirañavelo a la habitación de tu padre. Es un muchacho despierto y puede ser de utilidad. Excorio, prosiga con sus obligaciones. El Almuerzo ha de celebrarse, como ya sabe. Ahora, gitana mía, ¡o muerte o gloria!

Y con el más estridente e irresponsable de sus trinos, desaparece a través de la puerta.

CAMBIO DE COLOR

LA LUZ DE LA MAÑANA se hace más viva, y se acerca la hora del Gran Almuerzo. Excorio, completamente trastornado, deambula arriba y abajo a la luz de los cirios por los pasadizos de piedra, donde sabe que podrá estar a solas. Ha recogido las ramitas, y después de arrojarlas lejos con repugnancia, ha vuelto a recogerlas, pues la sola idea de desobedecer a su amo es para él casi tan horrible como el recuerdo de la criatura que ha visto en la repisa de la chimenea. Desesperado, ha acabado por quebrar las ramitas entre los dedos que parecen palitroques, y el crujido simultáneo de las ramitas y los nudillos desencadenó por un momento una diminuta tormenta de frágiles truenos a la sombra de los árboles. Luego, regresando al castillo a grandes zancadas, inquieto, ha venido a pasearse por los Pasadizos de Piedra. Hace mucho frío, pero tiene sobre la cabeza unas grandes perlas, y en cada perla se refleja la llama de un cirio.

La señora Ganga está en la habitación de la condesa, que en este momento apila sobre su cabeza una cabellera color de orín, como si estuviera construyendo un castillo. De vez en cuando, Tata mira furtivamente a la mole sentada frente al espejo, pero lo que más le importa es un objeto que hay sobre la cama. Está envuelto en un mantón de terciopelo de color lavanda y tiene unas campanitas de porcelana prendidas con alfileres aquí y allá. El extremo de una cadena dorada está sujeto al terciopelo, cerca del centro de lo que ha llegado a convertirse, después de haber sido enrollado una y otra vez, en un pequeño cilindro de terciopelo, o una momia, de una longitud de unos tres pies y medio y un diámetro de unas dieciocho pulgadas. En el otro extremo de la cadena, y puesta sobre la cama junto al rollo de color hay una espada de hoja de acero negro azulado y con la letra «G» grabada en relieve sobre la empuñadura. La espada está sujeta a la cadena con un trozo de bramante.

La señora Ganga espolvorea un poco de talco sobre alguna cosa que se mueve en la sombra en un extremo del rollo y luego mira alrededor; apenas ve lo que está haciendo ya que las sombras de la habitación de la condesa son de un tipo oscuro. Los ojitos, bordeados de círculos rojos, vagan de aquí para allá, antes de que ella se pellizque el labio inferior y se incline sobre Titus. Luego vuelve a mirar a la condesa, que parece haberse cansado de sus cabellos, y ha abandonado el edificio a medio hacer, como si un arquitecto caprichoso hubiera muerto antes de finalizar un proyecto estrafalario que nadie supo completar. La señora Ganga se aleja de la cama con pasitos apresurados, y de la mesa que hay debajo del candelabro arranca una vela que está pegada a la madera en medio del alpiste; la enciende en un torso de sebo goteante que tiene al lado, y vuelve hacia el cilindro de lavanda, que ha empezado a retorcerse y dar vueltas.

Cuando con mano insegura sostiene la cera por encima de la cabeza de Titus, la llama vacilante la sobresalta. El bebé tiene los ojos muy abiertos. Al ver la luz, se le frunce la boca y empieza a temblar, y el corazón de la tierra se contrae de amor mientras la criatura se tambalea al borde de un manantial de lágrimas. El cuerpecito se le retuerce en la horrible envoltura, y una de las campanitas de porcelana tintinea dulcemente.

—Ganga —dice la condesa con voz de cáscara. El repentino sonido hace que Tata, ligera como una pluma, dé un brinco de una o dos pulgadas por los aires, para volver a caer dolorosamente sobre los pequeños y áridos tobillos. Pero no grita; se muerde el labio inferior y se le enturbian los ojos. No sabe qué habrá hecho mal y no ha hecho nada malo, pero cuando está en la misma habitación que *lady* Gertrude, tiene siempre un sentimiento de culpabilidad. Esto se debe en parte al hecho de que irrita a la condesa, algo que la niñera tiene en cuenta en todo momento. Por eso balbucea con una vocecita delgada y temblorosa:

—Sí, oh sí, señoría. Sí…, sí, ¿su señoría?

La condesa no vuelve la cabeza para hablar, y mira más allá de la imagen de ella misma en el espejo

cascado, con los codos sobre la mesa de tocador y la cabeza apoyada en las manos ahuecadas.

—¿Está lista la criatura?

—Sí, sí, enseguida, enseguida. Ya está listo, su señoría…, bendito sea el chiquitín…, sí…, sí.

—¿Está sujeta la espada?

—Sí, sí, la espada, la…

Está a punto de decir «la horrible espada negra», pero se detiene nerviosamente, pues ¿quién es ella para opinar sobre asuntos del ritual?

—Pero hace tanto *calor* para él —prosigue precipitadamente—, tanto calor para su cuerpecito con todo ese terciopelo… Aunque, por supuesto —añade con una intermitente sonrisita boba en las arrugas de los labios—, es un terciopelo muy bonito.

La condesa se vuelve lentamente en su silla.

—Ganga —dice—. Venga aquí, Ganga.

La anciana, con el corazón latiéndole desaforadamente, trota alrededor de la cama y se para junto al tocador. Tiene las manos apretadas sobre el pecho plano y los ojos muy abiertos.

—¿Es que aún no sabe cómo contestar las preguntas más simples? —dice muy despacio la condesa.

Tata sacude la cabeza, pero una mancha roja le aparece de pronto en cada mejilla.

—¡*Sé* contestar preguntas, claro que *sé*! —grita, sorprendiéndose a sí misma con una inútil vehemencia.

La condesa no parece haberla oído.

—Entonces, intente responder —murmura.

La señora Ganga inclina la cabeza hacia un lado y escucha como un pájaro gris.

—¿Me está atendiendo, Ganga?

Tata inclina rígidamente la cabeza, como si estuviera paralítica.

—¿Dónde ha conocido a ese joven?

Un instante de silencio.

—Ese Pirañavelo —añade la condesa.

—Hace ya mucho tiempo —le dice Tata, y entorna los ojos como si esperara otra pregunta. Está encantada consigo misma.

—*Dónde* es lo que le he preguntado: *dónde*, y no *cuándo* —truena la voz.

Tata intenta ordenar sus pensamientos. ¿Dónde? Oh, ¿dónde fue?, se pregunta. Fue hace mucho… Y entonces recuerda cómo apareció de pronto con Fucsia en la puerta del cuarto de la muchacha.

—Con Fucsia… Oh, sí, sí, fue con mi Fucsia, su señoría.

—¿De dónde ha salido? Contésteme, Ganga, y luego acabe de peinarme.

—Nunca supe… No, nunca… Nunca me lo han dicho. Oh, mi pobre corazón, no. ¿De dónde *puede* haber salido ese muchacho?

Tata espía la oscura mole que tiene encima.

Lady Gertrude se acaricia la frente con la palma de una mano.

—Sigue siendo la Ganga de siempre —dice—, la *búllante* Ganga de siempre.

Tata rompe a llorar, deseando desesperadamente ser un poco más lista.

—Es inútil llorar —dice la condesa—. Inútil. Mis pájaros no lloran. Bueno, casi nunca. ¿Estuvo usted en el incendio?

La palabra «incendio» es algo terrible para la señora Ganga. Empieza a estrujarse las manos. Se le desorbitan los ojos legañosos. Le tiemblan los labios, pues en su imaginación ve ya las grandes llamas alzándose alrededor.

—Acabe de peinarme, Tata Ganga. Súbase a una silla y péineme.

Tata se vuelve a buscar una silla. La habitación parece un naufragio. Las paredes rojas se arrebolan a la luz de las velas. La anciana corre con pasitos cortos entre estalactitas de sebo, cajas y sillones viejos. La condesa silba y al momento la habitación se llena de alas. Cuando la señora Ganga ha arrastrado una silla hasta el tocador y ha conseguido trepar encima, la condesa ya está enfrascada en una conversación con una urraca. A Tata le desagradan profundamente los pájaros y no puede conciliar los hábitos de la condesa con la Casa de los Groan, pero ya está acostumbrada, no en vano ha vivido más de setenta años. Ligeramente doblada sobre los bucles de su señoría, trabaja con dificultad en completar la hirsuta cornisa, pues no hay bastante luz.

—Vamos, cariño, vamos —dice la voz grave debajo de ella, y el cuerpo viejo de Tata se estremece. Nunca había oído a la condesa hablarle de este modo; pero echando una ojeada por encima de la montañosa espalda, se da cuenta de que la condesa le habla a un maltrecho pinzón, y se siente desolada.

—O sea que Fucsia fue la primera en encontrarlo, ¿no es así? —dice la condesa, frotándose un dedo en

la garganta del pinzón.

Sobresaltada, como cada vez que alguien habla, Tata toquetea la guedeja roja que tiene entre los dedos.

—¿Quién? Oh. ¿A quién se refiere…, su señoría?… Oh, se porta siempre muy bien, Fucsia. Sí, *sí*, *siempre*.

La condesa se endereza como un monumento, pasando el codo por el tocador y echando al suelo varias cosas. Mientras se incorpora oye un sollozo y vuelve la cabeza hacia el rollo color lavanda.

—Márchese, Ganga. Márchese y lléveselo. ¿Está Fucsia vestida?

—Sí…, oh, mi pobre corazón, sí… Fucsia está preparada, sí, preparada del todo, y está esperando en su habitación. Oh, sí, está…

—*Su* Almuerzo ya pronto empezará —dice la condesa, apartando los ojos de un reloj de latón y mirando a su hijo—. Muy pronto.

Tata, que ha rescatado a Titus de la plaza fuerte de la cama, se detiene en la puerta antes de salir trotando al pasillo iluminado por la luz del amanecer. Mira hacia atrás con aire casi triunfal y una pequeña sonrisa patética se le dibuja en las arrugadas comisuras de la boca.

—Su Almuerzo —susurra—. Oh, mi débil corazón, su *primer* Almuerzo.

Por fin han encontrado a Pirañavelo. Fucsia ha topado con él cuando el muchacho doblaba una esquina de la escalera, de vuelta de visitar a las tías. Va pulcramente vestido: sin una mota de polvo en los hombros altos, las uñas cortadas, y el pelo alisado sobre la pálida frente. Le sorprende ver a Fucsia, pero no lo demuestra, alzando simplemente las cejas con una expresión a la vez inquisitiva y respetuosa.

—Es usted muy madrugadora, *lady* Fucsia. —Fucsia, con el pecho palpitante tras subir las escaleras corriendo, no puede hablar durante unos segundos; luego dice—: El doctor Prune te busca.

«¿Por qué a mí?», se pregunta el joven, pero en voz alta dice:

—¿Dónde está?

—En la habitación de mi padre. —Pirañavelo se lame los labios lentamente—. ¿Está enfermo su padre? —Sí, oh sí, muy enfermo.

Pirañavelo gira la cabeza; necesita aflojar los músculos de la cara. Les suelta las riendas unos instantes, y ya con la cara recompuesta se vuelve hacia Fucsia y dice:

—Haré todo lo que sea humanamente posible. —De pronto, con la mayor agilidad, se aparta de ella, desciende los cuatro primeros escalones de un salto, y desaparece por la escalera de piedra que conduce a la habitación del conde.

No ha visto a Prunescualo desde hace algún tiempo. Las relaciones entre ellos son un poco tirantes desde que ha dejado de servir al doctor, pero al entrar en la habitación del conde esta mañana, comprende que no es el momento ni el lugar propicio para reminiscencias, por parte de él o de Prunescualo.

Prunescualo, enfundado en la bata verde lima, se pasea de arriba abajo por delante de la chimenea con el sigilo de alguna especie de gato vertical. En ningún momento deja de mirar al conde, que aún está sobre la repisa y observa al médico con grandes ojos.

Al oír a Pirañavelo en la puerta, los ojos circulares se vuelven un momento, y miran fijamente por encima de la espalda del doctor. Pero Prunescualo no ha movido la mirada fija y magnificada. No tiene ya una expresión de picardía en la cara alargada y curiosa.

El doctor ha estado esperando este momento. Dando un saltito hacia adelante con las blancas manos en alto, sujeta los brazos del conde a ambos costados y hace que baje de la percha. Pirañavelo se planta inmediatamente junto al doctor, y ambos transportan el cuerpo sacrosanto a la cama, y lo tumban boca abajo. Sepulcravo no se ha resistido, se ha limitado a emitir un grito ahogado y breve.

Pirañavelo sujeta con una mano la oscura figura, que no intenta escapar, y el doctor clava hábilmente una delgada aguja en la muñeca de su señoría, inyectándole una droga de tan extraña potencia que cuando dan la vuelta al paciente, Pirañavelo se sorprende al ver que el rostro del conde tiene ahora un color verde terroso. Pero también los ojos han cambiado y son otra vez los ojos humanos, sobrios y pensativos que el castillo conoce tan bien. Los dedos ya no están encorvados; las garras han desaparecido.

—Ten la bondad de correr la cortina —dice el doctor, incorporándose junto a la cama y poniendo otra vez la jeringa en la cajita de plata. Luego junta las manos y entrechoca pensativamente las yemas de los afilados dedos blancos. Las cortinas cerradas al amanecer modifican con una luz misericordiosa el color del rostro del conde.

—Eso sí que ha sido un trabajo rápido, doctor. —Pirañavelo se balancea sobre los talones—. ¿Y ahora qué va a pasar? —Chasquea la lengua con aire meditabundo, mientras espera la respuesta de Prunescualo —. ¿Qué droga era ésa, doctor?

—No estoy de humor para preguntas, querido muchacho —responde Prunescualo mostrando a Pirañavelo todos sus dientes, pero sin ninguna alegría—. No estoy de humor en absoluto.

—¿Y qué hay del Almuerzo? —dice Pirañavelo, sin descorazonarse.

—Su señoría *asistirá* al Almuerzo.

—¿Podrá hacerlo? —dice el joven, examinando la cara del conde—. ¿Y qué me dice de ese color?

—Dentro de media hora la piel será otra vez normal. El conde estará allí… Ahora, ve a buscar a Excorio y un poco de agua hirviendo y una toalla. Hay que lavarlo y vestirlo. Date prisa.

Antes de abandonar la habitación, Pirañavelo se inclina sobre lord Sepulcravo y silba entre dientes una nota desafinada. El conde ha cerrado los ojos y tiene en la cara una calma que había estado ausente durante muchos años.

UN PÓMULO SANGRANTE

PIRAÑAVELO TIENE DIFICULTADES para encontrar a Excorio, pero al fin da con él en la Habitación de los Gatos, cuya iluminada alfombra azul pisaron juntos en circunstancias muy diferentes, hace un año ahora. Excorio acaba de salir de los Pasadizos de Piedra, y tiene un aspecto deplorable, con una larga madeja de telarañas sucias colgándole del hombro. Al ver a Pirañavelo, los labios se le curvan hacia atrás, como un lobo.

—¿Qué quieres? —dice.

—¿Cómo está, Excorio? —dice Pirañavelo.

Los gatos descansan en montón sobre una otomana de cabecera y pies labrados que se elevan en una intrincada maraña de tracería dorada, como si dos tambaleantes olas hubieran quedado suspendidas en el aire del atardecer y el hueco entre ellas se hubiera llenado de espuma. Los gatos no emiten ningún sonido, ni tampoco se mueven.

—El conde lo necesita —prosigue Pirañavelo, disfrutando ante la inquietud de Excorio. No sabe si el criado se ha enterado de la enfermedad del conde.

Excorio lanza involuntariamente el desgarbado cuerpo hacia adelante al oír que su señoría lo necesita, pero se endereza después de una primera zancada hacia la puerta y mira con aún más sospecha y acritud al joven de inmaculado traje negro.

De súbito, sin medir las posibles consecuencias y olvidando su meticulosidad característica, Pirañavelo se abre los ojos con el índice y el pulgar de cada mano. Desea comprobar si la delgada figura que tiene delante ha visto al conde en sus momentos de locura. Cuenta realmente con que Excorio no lo haya visto, en cuyo caso el hecho de poner los ojos redondos como un búho no significaría nada para el criado. Pero en esta temprana mañana ha cometido uno de sus pocos errores.

Con la cara roja de cólera ante este insulto al conde, Excorio lanza un grito ronco y entrecortado mientras se tambalea hasta el diván, alarga una mano huesuda, agarra por la cabeza a un gato de la cumbre nevada, y lo lanza contra su verdugo. Mientras tanto, una figura femenina corpulenta y embozada entra en la habitación. El proyectil viviente, arrojado contra la cara de Pirañavelo, estira una pata blanca, y cuando el joven aparta la cabeza, cinco uñas le abren en el pómulo unos triangulares surcos rojos, justo debajo del ojo derecho.

El aire se llena al momento con el griterío de un centenar de gatos que trepan por las paredes y los muebles, brincando y corriendo por la alfombra azul a la velocidad de la luz, y dando al cuarto el aspecto de un remolino blanco. La sangre que le baja a borbotones por el cuello le parece a Pirañavelo caliente como el té cuando le resbala por el estómago. La mano que se ha llevado automáticamente a la cara en un vano intento de parar el golpe, palpa la mejilla al tiempo que da un paso atrás, y se empapa en sangre las puntas de los dedos.

El gato ha acabado su vuelo contra la pared, cerca de la puerta por la que acaba de entrar la tercera figura. Al caer al suelo hecho un ovillo y medio aturdido, con los triángulos de piel cetrina de Pirañavelo en las garras de la pata delantera izquierda, ve la figura que se yergue encima de él; se arrastra con un gemido a un paso de la visitante, y con un esfuerzo superfelino salta a la altura de los enormes pechos, donde se queda enroscado; los ojos asoman como lunas amarillas sobre la blancura de las ancas.

Excorio aparta los ojos de Pirañavelo. Le ha gustado ver la sangre roja borbotando en la mejilla del advenedizo, pero ahora la satisfacción se le ha acabado, y mira estupefacto los ojos severos de la condesa de Groan.

La gran cabeza se le ha puesto de un horrible color granza pálido. Los ojos son implacables. No tiene el menor interés en conocer el motivo de la pelea entre Excorio y ese joven Pirañavelo. Lo único que sabe es que uno de sus gatos blancos ha sido estrellado contra la pared.

Excorio espera a que ella se acerque. La huesuda cabeza está totalmente quieta. Las manos flojas le cuelgan a los lados desmañadamente. Se da cuenta del delito que ha cometido, y mientras espera, su mundo de Gormenghast —su seguridad, su amor, su fe en la Casa, su lealtad— se cae en pedazos.

La condesa está a un palmo de Excorio y el aire parece ahora más pesado.

Habla con una voz muy ronca:

—Había decidido tumbarlo de un golpe —dice lentamente—. Eso es lo que pensaba hacer con él. Romperle los huesos.

Excorio alza los ojos y ve al gato blanco, a unas pocas pulgadas. Le mira los pelos del lomo; los pelos se han convertido en cerdas y el lomo es un montecillo de afilada hierba blanca.

La condesa vuelve a hablar en voz más alta, pero tan ahogada que Excorio no entiende lo que dice. Al fin consigue oír:

—Ya no existes, para nada. Estás acabado.

La condesa acaricia suavemente el cuerpo del gato blanco y la mano le tiembla involuntariamente.

—He acabado contigo —dice—. Gormenghast ha acabado contigo. —Le cuesta hacer salir las palabras de la enorme garganta—. Estás acabado…, acabado. —De repente se le desata la voz—. ¡Pedazo de bruto! —grita—. ¡Cretino, inconsciente y cruel! ¡Fuera! ¡Fuera! El Castillo te expulsa. *¡Lárgate!* —ruge, con las manos en el pecho del gato—. Tus largos huesos me ponen enferma.

Excorio levanta más la pequeña y huesuda cabeza. No logra explicarse qué ha pasado. Sólo sabe que es algo espantoso que en estos momentos no alcanza a sentir, pues su propio horror está envuelto en una especie de parálisis, como bajo una almohadilla. La luz de la mañana se ha puesto a bailar de pronto en el ventanal, y un reflejo verdoso brilla en los hombros de la grasienta chaqueta negra de Excorio. Con un pañuelo empapado de sangre en la cara, Pirañavelo lo observa golpeando las uñas sobre una mesa. No puede dejar de advertir una cierta nobleza en la cabeza del viejo criado. Además, ha demostrado ser muy rápido. Realmente rápido. He aquí algo que ha de tener en cuenta: gatos como proyectiles.

Los ojitos de Excorio inspeccionan la habitación. Por detrás de la condesa el suelo está vibrante y blanco, y la espuma serena de una marea tropical se acumula alrededor de sus pies dejando al descubierto aquí y allá pedazos de alfombra azul. Presintiendo que mira esta escena por última vez, se vuelve para marcharse, pero entonces recuerda el Almuerzo. Se sorprende al oír su propia voz triste que dice:

—El Almuerzo.

La condesa sabe que el criado personal de Sepulcravo tiene que asistir al Almuerzo. Aunque hubiera matado a todos los gatos blancos del mundo, tendría que asistir al Almuerzo en honor de Titus, el futuro septuagésimo séptimo conde de Gormenghast. Esas cosas son irrefutables.

La condesa da media vuelta y se encamina hacia la ventana, después de recorrer lentamente la habitación y recoger un pesado atizador de hierro junto a la chimenea. Allí balancea pausadamente el brazo derecho hacia adelante y hacia atrás, con la misma deliberación con que la peluda pezuña de una yegua de tiro penetra en una charca de agua de lluvia. De pronto algo se quiebra y estalla al otro lado de la ventana; una ruidosa cascada de cristales cae sobre las losas de piedra, y luego silencio.

De espaldas al cuarto, la condesa mira a través del hueco estrellado del cristal. Ante ella se extiende el prado verde. Está contemplando el sol que se filtra entre los cedros lejanos. Es el día del Almuerzo de su hijo. Vuelve la cabeza.

—Tienes una semana —dice—, y después abandonarás estas paredes. Se encontrará un criado para el conde.

Pirañavelo alza los ojos y deja de tamborilear sobre la mesa. Cuando golpea otra vez un cernícalo atraviesa la estrella del cristal destrozado y se posa en el hombro de la condesa, que se sobresalta y tuerce la boca, aunque la mirada se le ha dulcificado.

Excorio se desliza hasta la puerta con tres lentos pasos de araña. Es la puerta que da a los Pasadizos de Piedra. Revuelve en los bolsillos buscando la llave, y la hace girar en el cerrojo. Necesita descansar en su propio terreno antes de regresar junto al conde, y se interna en la larga oscuridad.

La condesa se acuerda entonces de Pirañavelo. Vuelve lentamente los ojos hacia el sitio donde lo ha visto por última vez, pero ya no está allí, ni en ninguna otra parte de la habitación.

Una campana suena en el pasillo, más allá del Cuarto de los Gatos, y la condesa sabe que falta muy poco tiempo para el Almuerzo.

Advierte que unas gotas de agua le salpican la mano y ve que el cielo de la ventana se ha cubierto de nubes rosáceas y amenazadoras. De pronto, la luz se desvanece en el prado y en los cedros.

Pirañavelo, que se encamina a la habitación del conde, se detiene un momento en una ventana de la escalera y mira la lluvia que empieza a caer. Desciende del cielo en largas, rectas y aparentemente

inmóviles líneas de plata rosada, rígidas en el aire, como si fueran un millón de cuerdas de arpa estiradas entre la solidez de la tierra y el cielo. Al apartarse de la ventana, oye el primer rugido de un trueno de verano.

La condesa lo oye mientras mira por la estrella dentada del ventanal. Prunescualo lo oye mientras ayuda al conde a ponerse de pie junto a la cama. También el conde ha de haberlo oído, pues por su propia cuenta avanza un paso hacia el centro de la habitación. Tiene la cara de siempre.

—¿Ha sido un trueno, doctor? —dice.

El doctor lo observa con atención, observa todos los movimientos del conde, aunque viendo cómo se le abre la boca con la jovialidad de costumbre, nadie sospecharía que está examinándolo muy cuidadosamente.

—Ni más ni menos que un trueno, su señoría. Un estruendo verdaderamente prodigioso. Estoy esperando los acordes marciales que sin duda vendrán después de semejante obertura, ¿eh? ¡Ja, ja, ja, ja!

—¿Qué lo ha traído a esta habitación, doctor? No recuerdo haberlo hecho venir.

—Eso no tiene nada de extraordinario, su señoría. Usted no me ha mandado venir. Me han llamado hace unos minutos, y lo he encontrado desmayado, algo sin duda lamentable pero que puede ocurrirle a cualquiera. Ahora bien, me pregunto por qué se habrá desmayado. —El doctor se acaricia la barbilla—. ¿Por qué? ¿Acaso hacía mucho calor en la habitación?

El conde se aproxima al doctor.

—Prunescualo —dice—, yo no me desmayo.

—Su señoría, cuando llegué a esta habitación usted estaba sin conocimiento.

—¿Por qué me habré desmayado? Yo nunca me desmayo, Prunescualo.

—¿Puede recordar lo que estaba haciendo antes de perder el conocimiento?

El conde aparta los ojos del doctor. De pronto, se siente muy cansado y se sienta en el borde de la cama.

—No me acuerdo de nada, Prunescualo. Absolutamente de nada. Lo único que sé es que deseaba algo ardientemente, pero no sé qué era. Parece que ocurrió hace un mes.

—Voy a decírselo —interrumpe Prunescualo—. Usted estaba preparándose para ir a la ceremonia del Almuerzo de su hijo. El tiempo apremia y usted se angustia porque teme llegar tarde. De todas formas, usted está hipertenso, y con la perspectiva de la ceremonia se ha sobreexcitado. Ese deseo del que se acuerda vagamente era el de estar con su hijo de un año.

—¿Cuándo es el Almuerzo de mi hijo?

—Dentro de media hora, o para ser preciso, dentro de veintiocho minutos.

—¿Quiere decir que es *esta mañana*? —Una mirada de inquietud ha aparecido en el rostro de lord Sepulcravo.

—Esta mañana como siempre fue, como siempre es, y como siempre será o no será, bendito sea ese corazón de trueno. No, no, señoría, no se levante aún. —Lord Sepulcravo ha intentado incorporarse—. Espere uno o dos segundos y andará tan bien como el reloj más caro del mundo. No habrá que retrasar el Almuerzo. Oh no, de ninguna manera. Le quedan veintisiete largos minutos, de sesenta segundos cada uno, y Excorio ya ha de estar en camino para prepararle la ropa, naturalmente que sí.

Excorio no sólo está en camino, sino que ya ha llegado a la puerta, pues no ha querido demorarse en los Pasadizos de Piedra y se ha metido muy deprisa por un pasadizo oculto que sólo él conoce, y ha subido a la habitación de su amo. Sin embargo, ha llegado sólo un momento antes que Pirañavelo, que se escurre por debajo del brazo de Excorio y entra en la habitación.

Pirañavelo y el criado se sorprenden al ver que lord Sepulcravo parece ser el hombre melancólico de siempre, y Excorio se acerca al conde con paso arrastrado y cae de rodillas delante de él con un movimiento repentino, irresistible y torpe, golpeando con estrépito el suelo. La mano pálida y sensible del conde se posa un momento en los hombros del espantapájaros, pero dice simplemente:

—Mi traje ceremonial de terciopelo, Excorio. Tan rápido como puedas. Mi terciopelo y el broche del pájaro de ópalos.

Excorio se incorpora rápidamente. Es el criado personal de lord Sepulcravo. A él le corresponde sacar las ropas del conde y prepararlo para el Gran Almuerzo en honor de su único hijo. Este no es momento para que ese despreciable joven esté en la habitación de su señoría. Ni tampoco el doctor tiene por qué quedarse.

Apoya la mano en la puerta del armario y vuelve la cabeza con un crujido.

—Puedo hacerlo *yo* solo, doctor —dice.

Los ojos de Excorio van de Prunescualo a Pirañavelo, y estira los labios hacia atrás con una expresión de desprecio y disgusto.

El doctor advierte esta expresión.

—Muy bien. ¡Muy, muy bien! Su señoría mejorará minuto a minuto, y ya no es necesario que nos quedemos más tiempo. Es absolutamente innecesario. En nombre de la discreción, yo diría que somos totalmente prescindibles, ¡ja, ja, ja! Oh, claro que sí. Vamos, Pirañavelo, vamos. Y a propósito, ¿qué es toda esa sangre? ¿Está jugando a ser pirata, o se ha llevado un tigre a la cama? ¡Ja, ja, ja! Ya me lo contará después, querido muchacho, ya me lo contará después.

El doctor empieza a guiar a Pirañavelo fuera de la habitación. Pero Pirañavelo detesta que lo guíen.

—Después de usted, doctor —dice, e insiste para que Prunescualo salga por la puerta antes que él.

Antes de cerrar, se vuelve y habla al conde en tono confidencial:

—Me ocuparé de que todo esté listo —dice—. Déjelo en mis manos, su señoría. Le veré más tarde, Excorio. Bien, doctor, en marcha.

La puerta se cierra.

LAS MELLIZAS DE NUEVO

LAS TÍAS HAN ESTADO SENTADAS una frente a otra durante más de una hora, sin apenas moverse. Sólo la vanidad puede explicar un escrutinio tan prolongado de una cara humana, y de hecho *es* Vanidad y nada más que Vanidad, porque sabiendo que tienen facciones idénticas, que se han aplicado idéntica cantidad de maquillaje, y que han dedicado idéntico tiempo a cepillarse el pelo, no les cabe la menor duda de que al escudriñarse mutuamente están en verdad mirándose a sí mismas. Lucen trajes de la mejor púrpura, de un tono tan violento que lastima a cualquier ojo normalmente sensible.

—Clarice —dice Cora finalmente—, gira tu bonita cabeza a la derecha, para que vea qué aspecto tengo *de perfil*.

—¿Por qué? —dice Clarice—. ¿Por qué he de hacerlo?

—¿Y por qué no? Tengo el derecho de *saber*.

—Yo también, si de eso se trata.

—¿Pues de qué va a tratarse? ¡Estúpida!

—Sí, pero…

—Haz lo que te digo y luego yo haré lo mismo por ti.

—Así veré el aspecto que tiene mi perfil, ¿verdad?

—Lo veremos las dos, no únicamente tú.

—Eso es lo que he dicho: las dos lo veremos.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Ninguno.

—Y bien ¿qué pasa?

—Nada.

—¿Y bien?

—¿Y bien, qué?

—Bien, venga ya, gira tu bonita cabeza.

—¿Ahora mismo?

—Sí, no hay nada que esperar, ¿verdad?

—Sólo el Almuerzo. Pero aún no es la hora.

—¿Por qué no?

—Porque acabo de oír la campana en el pasillo.

—Yo también. Eso significa que aún hay tiempo.

—Quiero ver mi perfil, Cora. Gira la cabeza.

—Está bien. ¿Durante cuánto tiempo, Clarice?

—Mucho tiempo.

—Sólo si yo también tengo mucho tiempo.

—Qué tonta eres, las dos juntas no podemos tener mucho tiempo.

—¿Por qué no?

—Porque no lo hay.

—¿No hay qué, querida?

—No hay mucho tiempo, ¿no?

—No. Al contrario, hay montones de tiempo.

—Sí, muchos y muy hermosos montones de tiempo.

—¿Quieres decir delante de nosotras, Clarice?

—Sí, delante de nosotras.

—Cuando estemos sentadas en los tronos, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Bien, eso es lo que pensabas. ¿Por qué intentas engañarme?

—No lo intento. Simplemente quería saberlo.

—Pues bien, ahora ya lo sabes.

—¿Sé qué?

—Lo sabes, eso es todo. No iré más allá contigo.

—¿Por qué no?

—Porque tú no puedes ir tan lejos como yo. Nunca has podido.

—Supongo que porque nunca lo he *intentado*. No vale la pena, creo. Yo sé cuándo las cosas valen la pena.

—¿Cuándo, si se puede saber?

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo valen la pena?

—Cuando te compras algo maravilloso con tu propio dinero, entonces siempre vale la pena.

—A menos que no lo *quieras*, Clarice, siempre lo olvidas. ¿Cuándo dejarás de ser tan olvidadiza?

Hay un largo silencio, mientras se estudian las caras.

—Nos van a mirar, ¿sabes? —dice Cora con una voz inexpresiva—. Nos mirarán durante el Almuerzo.

—Porque tenemos sangre genuina —dice Clarice—. Por ese motivo.

—Y por ese mismo motivo somos importantes.

—¿Para quién?

—Para todo el mundo, por supuesto.

—Bueno, todavía no, no para todos.

—Pronto lo seremos.

—Cuando el chico listo nos haga importantes. Él todo lo puede.

—Todo. Absolutamente todo. Me lo ha dicho.

—A mí también. No creas que sólo te lo cuenta a ti, porque no es verdad.

—Yo no he dicho eso.

—Pero estabas a punto.

—¿Qué punto?

—A punto de ensalzarte.

—Oh, sí, sí. Seremos ensalzadas en el momento propicio.

—Propicio y oportuno.

—Sí, claro.

Hay otro silencio. Las voces son tan débiles e inexpresivas que cuando dejan de hablar el silencio no parece algo nuevo en la habitación, sino más bien una continuación de la inexpresividad, en otro tono.

—Gira la cabeza, ahora, Cora. Cuando me miren en el Almuerzo, quiero saber exactamente qué es lo que ven de costado; o sea que gira la cabeza y yo haré lo mismo por ti.

Cora tuerce el cuello blanco hacia la izquierda.

—Más —dice Clarice.

—¿Más qué?

—Todavía te veo el otro ojo.

Cora tuerce la cabeza una fracción más y unos polvos blancos le caen del cuello.

—Así está bien, Cora. Quédate como estás. Exactamente así. ¡Oh, Cora! —la voz sigue siendo inexpresiva —. Soy *perfecta*.

Aplaude sin alegría; aun las palmas baten con un sonido mortecino.

Como si este ruido fuera una llamada, la puerta se abre y Pirañavelo entra rápidamente en la habitación. Lleva un emplasto limpio en la mejilla. Las mellizas se levantan y se deslizan hacia él; avanzan hombro con hombro.

Él las mira de pies a cabeza, extrae la pipa del bolsillo y enciende una cerilla. La llama arde un instante. Sólo un instante, porque Cora ha levantado un brazo lentamente, como una sonámbula, y lo ha dejado caer sobre la llama, extinguiéndola.

—Pero ¿qué diablos se propone? —chilla Pirañavelo, perdiendo por una vez el dominio de sí mismo. Ver a un conde convertido en búho encima de la chimenea, y tener parte de la cara arrancada por un gato, todo en una misma mañana, puede socavar temporalmente el autodominio de cualquier hombre.

—Nada de fuegos —le dice Cora—. Ya no queremos más fuegos.

—Ya no nos gustan. No, ya no.

—No desde que…

Pirañavelo interviene, pues sabe lo que está pasando por las mentes de las hermanas, y no es momento, justo antes del Almuerzo, para que empiecen a recordar.

—¡Las están esperando! Tienen a toda la mesa impaciente por verlas. Todos se preguntan dónde se han metido. Acompáñenme, mi par de encantadoras damas. Déjenme escoltarlas por lo menos en una parte del trayecto. Tienen un aspecto verdaderamente seductor… pero ¿a qué se debe ese retraso? ¿Están listas?

Las mellizas asienten con la cabeza.

—¿Puedo aspirar al honor de ofrecerle mi brazo derecho, *lady* Cora? Y usted, *lady* Clarice, querida, ¿quiere tomar el brazo…?

Pirañavelo espera, con los codos doblados, a que las tías se separen y lo tomen por los brazos.

—El derecho es más importante que el izquierdo —dice Clarice—. ¿Por qué tienes que tomarlo tú?

—¿Y por qué no?

—Porque soy tan hermosa como tú.

—Pero no tan inteligente, ¿no es cierto, querida?

—Sí que lo soy, pero ocurre que tú eres la favorita.

—Es porque soy seductora. Lo acaba de decir.

—Ha hablado de las dos.

—Sólo para no herirte. ¿No te has dado cuenta?

—Mis queridas damas —interrumpe Pirañavelo—. ¡Hagan el favor de callarse! ¿Quién tiene la clave de los destinos de ustedes? ¿A quién prometieron confianza y obediencia?

—A ti —dicen a dúo.

—Yo las considero a ambas co-iguales, y quiero que ustedes se consideren también del mismo rango, ya que cuando los tronos lleguen, los dos serán igualmente gloriosos. Ahora, ¿quieren tomarme el brazo, por favor?

Cora y Clarice toman un brazo cada una. La puerta de la habitación ha quedado abierta, y salen los tres con la delgada figura negra entre los rígidos cuerpos purpúreos de las tías, que se miran fijamente por encima de la cabeza del joven, de manera que al moverse por el mal iluminado pasillo y disminuir de tamaño en esa larga perspectiva, lo último que se ve, mucho después de que las profundidades engullan el negro de Pirañavelo y el púrpura de las mellizas, son los dos diminutos y pálidos contornos de los perfiles idénticos, que flotan, por decirlo así, entre las sombras del aire, decreciendo y decreciendo a medida que se alejan, hasta que la última mota de luz cae de ellos y se deshace.

EL ALMUERZO SOMBRÍO

BERGANTÍN IGNORA que en esta histórica mañana ha habido en el castillo graves y siniestros acontecimientos. Sabe, naturalmente, que desde el incendio de la biblioteca el conde tiene mala salud, pero no está enterado de su espantosa transformación sobre la chimenea. Desde las primeras horas del día ha estado estudiando los puntos más delicados del ritual del Almuerzo. Ahora, mientras cojea hacia el comedor, con la muleta resonando ominosamente sobre las losas, se chupa una guedeja de la barba, que tras muchos años de práctica se curva hacia arriba y le entra en la boca, y murmura con aire irritado.

Sigue viviendo en la polvorienta habitación de techo bajo que ocupa desde hace más de siete décadas. Aunque sus nuevas responsabilidades lo obligan a entrevistar a numerosos criados y oficiales, no ha pensado en instalarse en alguna de las muchas habitaciones de las que podría disponer, si lo deseara. El hecho de que quienes vienen a verlo, ya sea por una consulta o en busca de instrucciones, tengan que contorsionarse dolorosamente para franquear el umbral de su madriguera, y una vez dentro tengan que moverse doblados por la mitad, no lo afecta en lo más mínimo. A Bergantín no le interesa la comodidad de los demás.

Fucsia, de camino hacia el comedor, en compañía de la señora Ganga, que lleva a Titus en brazos, oye el golpeteo de la muleta de Bergantín pasillo abajo. En circunstancias normales, ese sonido le hubiera parecido terrible, pero tras los trágicos y aterradores minutos que acaba de pasar con su padre, se siente invadida por una angustia violenta y unos pensamientos nefastos que no dejan lugar para ningún otro temor. Viste el inmemorial escarlata que corresponde a la hija primogénita de la Casa Groan en el bautizo de un hermano, y alrededor del cuello luce lo que llaman las Palomas de la Primogénita, un collar de palomas de arenisca blanca, esculpidas por el decimoséptimo conde de Gormenghast, y ensartadas en un cordón de hierba.

Envuelto en el rollo de terciopelo lila, Titus no hace ningún ruido. Fucsia sostiene a un lado la espada negra, aunque la cadena dorada sigue sujeta al bebé. Tata Ganga, más turbada y excitada que nunca, se chupa los labios arrugados y mira ya al bulto ya a Fucsia, mientas arrastra los pies pequeños por debajo de su mejor falda color sepia.

—¿Verdad que no llegaremos tarde, tormento mío? Oh no, eso no estaría bien, ¿verdad que no? —Echa una ojeada a un extremo del rollo lila—. Bendito sea, qué bien se comporta a pesar de esos truenos horribles. Ay, es más bueno que un ángel.

Fucsia no oye; está moviéndose en su propio mundo de pesadilla. ¿A quién puede recurrir? ¿A quién puede preguntar? «El doctor Prune, el doctor Prune», se dice a sí misma, «él me lo dirá. Él sabrá que yo puedo curarlo. Sólo yo puedo curarlo».

Delante de ella, al doblar un recodo, ve la puerta del comedor, y ocultándola casi del todo, con la mano en el pomo de latón, está Vulturno. El chef empuja enseguida la puerta para ellos, y entran en el refectorio. Son los últimos en llegar, y aunque esto ha ocurrido de manera más casual que deliberada, así tiene que ser, ya que Titus es no sólo invitado de honor, sino también *huésped* de honor, pues hoy accede al reino como Heredero de Gormenghast, después de haber arrostrado el ciclo de las cuatro estaciones.

Fucsia sube los siete escalones de madera que conducen al estrado y a la mesa larga. A la derecha se extiende la sala fría y resonante, con un charco de agua de lluvia extendiéndose por el suelo de piedra. El tamborileo de la espesa lluvia vertical sobre el techo es el ruido de fondo de todo lo que ocurre. Extendiendo la mano derecha, Fucsia ayuda a la señora Ganga a subir los dos últimos escalones. La asamblea, sentada en silencio alrededor de la mesa larga, ha vuelto la cabeza hacia Tata y el preciado bulto, y en el momento en que la anciana pone los pies sobre el estrado, todos se incorporan y se oye el ruido de las patas de las sillas que raspan la madera. A Fucsia le parece que unos bosques altos e impenetrables se han alzado delante, formas enormes y borrosas que no reconoce, como si pertenecieran a otro mundo. Pero aunque lo piensa un momento, no llega a sentirlo, pues está abrumada bajo el peso del miedo que tiene por

su padre.

Cuando levanta la cabeza y lo ve, la asalta una emoción indefinible. No había imaginado que pudiera asistir al Almuerzo y había creído que se quedaría en su habitación con el doctor. La imagen de la última vez que ha visto a su padre es aún tan vivida para ella que al encontrarlo ahora en esa atmósfera tan distinta, siente por un momento un hálito de esperanza, la esperanza de que todo ha sido un sueño, de que no ha estado en la habitación de su padre, de que él no ha estado encima de la chimenea con esos ojos redondos, despiadados. Porque ahora lo mira y le parece tan dulce, tan triste, tan delgado, y ve que en los labios de él hay una débil sonrisa de bienvenida.

Vulturno, que ha entrado detrás de ella, conduce a la señora Ganga hacia una silla en cuyo respaldo están pintadas las palabras: PARA UN CRIADO. Enfrente, en la mesa, hay un espacio libre, un semicírculo en el que han puesto un cojín alargado. Al sentarse, Tata advierte que la barbilla le queda al nivel del canto de la mesa, y tiene que esforzarse para levantar el bulto lila y depositarlo encima del cojín. A su izquierda está Gertrude Groan. La señora Ganga le echa una mirada temerosa y no ve más que una enorme extensión de oscuridad, pues las ropas negras de la condesa parecen no tener fin. Alza un poco los ojos, y la oscuridad continúa subiendo. Los alza un poco más, y la oscuridad persiste. Levantando toda la cabeza y mirando casi verticalmente hacia arriba, cree distinguir, cerca del cenit, un avivamiento de color en la noche. ¡Y pensar que una hora antes ha estado ayudando a trenzar esos bucles que ahora parecen estar rozando los desconchados querubines del techo!

A la derecha está el conde, apoyado en el respaldo de la silla, con aire indiferente y cansado. No obstante, todavía sonríe tristemente a su hija, que está al otro lado de la mesa, frente a Gertrude. A derecha e izquierda de Fucsia están sentados Irma Prunescualo y el doctor. El doctor y Fucsia tienen los dedos meñiques entrelazados debajo de la mesa. Cora está sentada frente a su hermano, el conde, y a la izquierda de la condesa; y delante de Irma, está Clarice. Un delicado y suculento jamón, iluminado por una vela, ocupa casi todo el espacio entre el conde y Cora, en el extremo de la mesa presidida por Vulturno, que ahora inicia sus tareas oficiales armado con un trinchante y un cuchillo de acero. En el otro extremo de la mesa, en una silla alta, arde sin llama la figura de Bergantín.

Los comensales comen espasmódicamente cada vez que encuentran un momento de respiro entre las interminables formalidades y los complicados procedimientos que Bergantín pone en marcha en los momentos exactos. Si esos trámites son molestos en extremo para todos los presentes, no sería menos tedioso para el lector tener que soportar el largo catálogo del ritual del Almuerzo, empezando por la rotura del Jarrón central, cuyos fragmentos se recogen en dos montones, uno a la cabeza y el otro a los pies de Titus, y finalizando con el extraordinario espectáculo de Bergantín, que pisotea (en apariencia como símbolo del poder de quien cuida de las inquebrantables leyes de Gormenghast) arriba y abajo toda la mesa del Almuerzo siete veces consecutivas, en medio de los restos de comida y con la pata de madera golpeando la oscura superficie de roble.

Nadie de los que están sentados a la mesa sabe que no hay nueve personas en el estrado, sino diez. Durante toda la comida ha habido diez.

La décima es Pirañavelo. El día anterior, al caer la tarde, cuando el comedor estaba invadido por una cálida nube de motas de polvo y todo movimiento había engendrado un eco vacío en el silencio, se había acercado deprisa a la plataforma llevando bajo el brazo un rollo de tela negra y un bulto que parecía una red. Después de cerciorarse de que estaba completamente solo, había desenrollado parte de la tela y había subido los escalones de madera del estrado deslizándose como un rayo bajo la mesa.

Durante un rato sólo se oyeron unos rápidos sonidos y algún ocasional repiqueteo metálico, pero el ruido aumentó de pronto, y siguieron dos minutos de intensa actividad. Pirañavelo era partidario de trabajar con rapidez, sobre todo si se trataba de asuntos sucios. Cuando por fin reapareció, se sacudió el polvo con cuidado, y era aparente, en caso de que hubiera habido alguien allí para verlo, que aunque todavía llevaba el rollo de tela, no ocurría lo mismo con la red. Si este mismo hipotético observador hubiera echado una ojeada debajo de la mesa desde cualquier parte de la sala, no hubiera advertido nada extraordinario, pues nada se veía; pero si se hubiera tomado la molestia de gatear entre las patas de la mesa y mirar hacia arriba, hubiera descubierto que, extendida en el centro del bajo «techo» de roble, había una comodísima hamaca.

Es en esta hamaca donde Pirañavelo está tumbado en la penumbra, cercado por un panorama de diecisiete piernas, y una pata de palo, o, más exactamente, dieciséis piernas, ya que Fucsia tiene una doblada debajo del cuerpo. Pirañavelo se había separado bruscamente de las gemelas cuando bajaban hacia

el comedor y había conseguido deslizarse en la sala antes que nadie. Tiene la superficie de roble de la mesa a unas pocas pulgadas de la cara. Hasta ahora ha obtenido muy pocas satisfacciones, ya que la mayor parte de la ceremonia ha consistido en una serie de fantásticas pantomimas que se han llevado a cabo encima de él, y que en consecuencia no ha podido observar. De hecho, no hay conversación, y lo único que oye durante la interminable comida es la voz desabrida y didáctica de Bergantín que recita las ancestrales frases legendarias, los irritantes y apologéticos accesos de tos de Irma, y el ligero crujido de la silla de Fucsia cada vez que se mueve. De cuando en cuando la condesa murmura algo que nadie oye, pero una y otra vez hace que Tata se frote nerviosamente los tobillos. Los piececitos le cuelgan a casi tres palmos del suelo del estrado, y Pirañavelo tiene muchas ganas de retorcérselos.

Comprendiendo que no va a sacar ninguna ventaja de haberse ocultado con tanta astucia, pero viendo también que ahora no puede dejar su escondite, empieza a pensar como una máquina, repasando mentalmente la posición que ha alcanzado en el castillo.

A excepción de Sepulcravo y de Titus, cuyos intereses cardinales están por el momento restringidos al mundo de lo blanco y lo negro —la leche y el sueño—, el resto de los comensales no tiene apenas otra alternativa que la de ponerse a meditar, pues no hay ninguna conversación, y las oportunidades de comer el almuerzo tan suntuosamente dispuesto sobre la mesa son casi nulas, pues nadie hace circular las fuentes. Así pues, todos se dedican a soñar despiertos durante el malogrado ágape. La vieja voz seca del extremo de la mesa tiene un efecto casi hipnótico, aun a una hora tan temprana, y mientras las mentes vagan de aquí para allá, la lluvia sigue martilleando contra el techo y gotea en el lejano charco del alargado comedor.

Nadie escucha a Bergantín. La lluvia ha estado tamborileando sin parar. La voz de Bergantín está en la oscuridad, y en la oscuridad está la voz, y nada tiene fin.

LAS ENSOÑACIONES

ENSOÑACIÓN DE CORA

… hace tanto frío, las manos y los pies fríos pero las manos bonitas las mías más bonitas que las de Clarice que se las pincha cuando borda la muy torpe y espero que ella también las tenga frías pero me gustaría que las de Gertrude estuvieran más frías que el hielo de los sitios más espantosos ella es un montón de grasa y de orgullo y demasiado grande me encantaría que ese estúpido pecho se le helara y cuando tengamos todo el poder se lo diremos Clarice y yo cuando él nos eleve con su inteligencia que es mucho más inteligente que todo el castillo y nuestros tronos serán dignos de reinas pero yo me sentaré más alto que Clarice y dónde estará ahora ese chico Gertrude es estúpida cree que le tengo miedo y es verdad pero ella no lo sabe y me gustaría que se muriera para ver ese horrible corpachón en un ataúd porque yo sí soy de la sangre y el pobre Sepulcravo está tan diferente por culpa de esta horrible mujer de pechos gordos y pelo de zanahoria que parece una cosa vegetal qué frío hace aquí frío de manos y pies igual que Clarice me imagino pero ella es tan lenta comparada conmigo parece tan tonta con la boca abierta no como yo mi boca no está abierta sí que lo está la he dejado así pero ahora la he cerrado mi cara ha de ser perfecta cuando tenga poder y el ala oeste resplandezca de gloria por qué fue tan grande el incendio no lo entiendo y nosotras tenemos que estar a oscuras y un día quizá desterraré a Pirañavelo cuando lo haya hecho todo por nosotras y quizá no pues todavía no puedo saberlo y he de ver porque él no es de buena familia como nosotras y en realidad tendría que ser un criado pero es tan listo y a veces me trata con reverencia y es normal porque yo soy *lady* Cora de Gormenghast ésta soy yo y sólo yo y mi hermana somos así de importantes pero ella no tiene una personalidad como la mía y tiene que pedirme consejos qué frío hace y Bergantín no acaba nunca y es tan desagradable pero voy a inclinarle un poco la cabeza no mucho sólo una pulgada para indicarle que ha hecho su trabajo adecuadamente no bien pero adecuadamente con su voz y su muleta qué estúpido tener un trozo de madera en lugar de una pierna quizá se la miraré un momento para demostrarle quién soy y que no tiene que olvidarse de mi linaje y por qué está así el pobre Sepulcravo con la boca que le cuelga a un lado y al otro mientras mira a esa niña pobre Fucsia parece tan asustada y es demasiado joven y tonta para comprender nada pero nunca viene a visitarnos y eso que podríamos enseñarle pero esa madre cruel que tiene la ha predispuesto contra nosotras con toda su maldad tengo hambre pero nadie me pasa nada porque ese chillón y delgaducho doctor se ha quedado dormido o casi y Vulturno nunca me hace caso ni tampoco los demás excepto el muchacho listo…

Se oye un golpe sordo sobre la mesa, más allá del doctor, a la derecha de Cora.

ENSOÑACIÓN DE ALFRED PRUNESCUALO

… y aunque es evidente que no le queda mucho tiempo no puedo seguir inyectándole hydrophondoramischromatica de fresno cada cinco horas más o menos y va a necesitarlo aún con mayor frecuencia la boca ya empieza a colgarle diablos es una verdad como un templo en nombre de todo lo macabro la droga va a acabar con él si no ando con cuidado y sólo dios sabe qué pasará si el búho sale otra vez tendremos que estar preparados o mejor dicho yo tendré que estar preparado para cualquier contingencia pues los otros no tienen responsabilidades excepto las del ritual y nunca se han enfrentado a un caso de transferencia de este tipo tan desagradable y verdadera pues aunque la despersonalización es definitiva eso es menos importante ya que el grito de búho está más allá de las fronteras de la ciencia y todo empezó con el incendio sin duda oh sí no me cabe la menor duda pues hasta entonces sólo se trataba de un caso de melancolía gracias y mil gracias a los dioses de los alambiques y a los príncipes de las ampollas yo tenía las drogas necesarias y acerté con la dosis exacta para salir del paso pero tiene que volver enseguida a la cama después del almuerzo y que se quede alguien con él siempre que yo tenga que ausentarme para las comidas aunque también me las podrían llevar a su habitación es una idea mejor y quizás Fucsia podría hacerlo aunque el espectáculo de su padre podría ser demasiado para ella mi pobre y querida niña todavía no se sabe y hay que actuar con prudencia bendito sea su pobre corazón se la ve tan apesadumbrada y me coge tan tristemente el dedo preferiría que me lo agarrara desesperadamente sería más sintomático de un estado de pánico. Tengo que procurar consolarla pero en nombre del tacto qué puedo decir para calmar a una niña inteligente y sensible que ha visto a su padre ulular como un búho sobre la chimenea pero hay que actuar con cautela con mucha cautela quizás Irma podría prepararle una habitación en casa pero ya veremos en las próximas horas hay que estar alerta porque la condesa no va a ser de ninguna ayuda con esa mente siempre en las nubes y en cuanto a Irma naturalmente Irma es y será siempre la inefable Irma y es mejor dejarla donde está y queda Pirañavelo que sigue siendo un enigma para mí aunque empiezo a dudar y su presencia me divierte cada vez menos pues hay en él algo maléfico aunque no tenga argumento racional en qué basarme excepto que no piensa más que en sí mismo aunque ¿quién no lo hace?, andaré con tiento y prescindiré de él si puedo aunque un cerebro es un cerebro y es indudable que él lo tiene y es posible que tenga que pedírselo prestado muy pronto pero no, no y no en nombre de la institución no voy a hacerlo ya está decidido yo mismo me ocuparé de todo lo necesario bien bien no recuerdo haber tenido un presentimiento tan fuerte en mi viejo esqueleto desde hace muchos años habrá que esperar y ver cómo viene todo la espera no será muy larga y ojalá que lo que venga no dure tampoco mucho pues hay algo sumamente malsano en todo eso en nombre de todo lo que florece en un valle de abril sí que lo hay y mis días de languidez parecen haberse acabado por el momento pero qué pasa mi pequeña gitana me aprieta con más fuerza qué diablos mira en la boca que le cuelga al conde y ya viene de nuevo…

Se oye un golpe sordo en la mesa, junto a él…

ENSOÑACIÓN DE FUCSIA

… qué puedo hacer oh qué puedo hacer está tan enfermo y pálido como esa cara delgada y descompuesta que tiene ahora pero está mejor mejor que antes oh no qué mal me encuentro no tengo que pensar en los ojos oh quién me ayudará quién míralo ahora Fucsia sé valiente tienes que mirarlo Fucsia mira ya verás cómo está mejor aquí en la mesa está tan cerca mi padre y tan triste por qué sonríe sonríe oh quién lo salvará quién me salvará quién tendrá poder para ayudarnos padre quién no me dejará estar cerca pues yo puedo entenderlo ahora está mejor que oh Fucsia sé valiente porque la redondez de sus ojos ha desaparecido se ha acabado pero oh no no tengo que pensar por qué estaban redondos redondos y amarillos no lo entiendo oh que me lo digan mis árboles que me lo digan mis rocas pues Tata no lo sabrá oh querido doctor tiene que decírmelo se lo preguntaré cuando estemos solos oh rápido rápido que ese horrible almuerzo se acabe rápido y yo me ocuparé de él porque yo he comprendido la torre estaba allí la torre estaba por encima de las largas hileras de libros y por la mañana la sombra caía sobre la biblioteca siempre siempre padre querido la Torre de los Pedernales donde viven los búhos oh no no entiendo pero sé querido padre déjame consolarte y no tienes que estar así nunca más nunca nunca y yo seré tu centinela para siempre siempre tu centinela y no hablaré nunca con los demás nunca sólo contigo querido hombre pálido y nadie se acercará a ti excepto quizás el doctor cuando tú quieras verlo pero sólo cuando tú quieras y te traeré flores de todos los colores y formas y piedras moteadas y con manchas que parecen ranas y helechos y todas las cosas hermosas que pueda encontrar y te conseguiré libros y te leeré todo el día y toda la noche y nunca te diré que estoy cansada e iremos a pasear cuando estés mejor y te pondrás feliz feliz oh si pudiera ser verdad cara triste y descompuesta y tan pálida no habría nadie más allí ni mi madre ni nadie ni Pirañavelo no no él no, es demasiado duro y listo no como tú que eres más listo pero con bondad no listo con palabras complicadas. Le veo la boca la boca oh doctor Prune rápido rápido la oscuridad se va muy lejos y la voz doctor Prune rápido la voz la voz de Bergantín se va muy lejos no puedo ver no oh que negro está todo mi doctor Prune todo está negro y da vueltas… y vueltas…

Una oscuridad corre sus cortinas de medianoche por la mente de Fucsia y las formas de su madre, de Tata, de Clarice y del conde se alejan como fragmentos flotantes, mientas que la voz de Bergantín, como el eco de un eco, balbucea y balbucea. Fucsia ya apenas nota el dedo del doctor en la palma de la mano, sólo como una sensación infinitamente lejana, como si agarrara un delgado tubo de aire. Una última oleada de oscuridad desciende definitivamente, y su oscura cabeza, cayendo hacia adelante, golpea la mesa con un ruido sordo.

ENSOÑACIÓN DE IRMA PRUNESCUALO

… me gustaría mucho saber para qué he pasado tanto tiempo en el baño preparándome para ellos tan exquisitamente pues mi garganta de cisne blanco es la más perfecta de Gormenghast aunque preferiría que mi nariz no fuera tan afilada pero es de terciopelo blanco como el resto de mi piel y supongo que también es una pena que tenga que llevar gafas con cristales negros pero estoy convencida mi piel es blanca como la nieve no sólo porque alcanzo a verla en el espejo cuando me quito las gafas aunque me duelan los ojos sino también porque mi papel de cartas es perfectamente blanco y cuando me pongo las gafas para mirarme la cara y la garganta en el espejo y sostengo una hoja blanca junto a mi cara veo que mi piel y el papel son exactamente del mismo tono gris mientras que todo lo demás en el espejo y a mi alrededor es más oscuro y muy a menudo negro pero para qué me sirve tener papel de carta con los bordes ondulados si nadie nos escribe antes sí recibía cartas cuando era más joven no porque entonces fuera más atractiva pues al fin y al cabo todavía soy virgen pero ahí está Espofago que había vivido tantas aventuras amorosas salvando a las gentes del pecado y él sí sabía valorarme y me escribió tres cartas en papel de seda es una pena que lo rasgara tantas veces con la pluma pues me costaba mucho leer las frases apasionadas donde me confesaba su amor en realidad eran completamente ilegibles y cuando le escribí pidiéndole que intentara recordarlas y que me escribiera una cuarta carta poniendo sólo las frases apasionadas que yo no había conseguido leer en sus tres primeras bonitas cartas no me respondió y me parece que porque en mi último mensaje yo le decía que o bien escribiera con más cuidado sobre el papel de seda o que utilizara papel de carta normal y él tuvo mucha vergüenza el pobre Espofago era bobo y fascinante siempre lo recordaré nunca más se ha sabido de él y todavía soy virgen y dónde puedo encontrar a alguien que me corteje tiernamente que toque la punta de mis manos níveas e incluso que me roce la cadera que me sobresale tan magníficamente Pirañavelo lo dijo la noche que llamaron a Alfred para que fuera a sacar una mosca del ojo de esa Tata Ganga pues Pirañavelo bendito sea ese muchacho ha sido siempre muy atento y se me partió el corazón al verlo tan triste el día que nos dejó ahora nunca lo veo y es una pena que no sea un poco mayor y más alto cada vez que me habla me clava los ojos pero de una manera respetuosa porque está admirando la belleza de mi piel y de mi cabello y la curva tan excitante de mi cadera y entonces no deseo que sea diferente pero me siento un poco violenta y me doy cuenta de lo incitante que es porque en definitiva la edad no es más que años y los años no son nada la edad no es más que una cosa tonta y ridícula inventada por los hombres que no comprenden a las mujeres delicadas cuando los años se vienen encima tan cruelmente no es posible que ya hayan pasado cuarenta sin haberlos aprovechado y sin haberme casado no entiendo por qué cuando tanto cuido de mi aspecto personal pero no hay nadie nadie estoy tan sola en este vacío con Alfred que puede ser tan tonto a veces aunque es realmente inteligente pero no me escucha y se duerme como lo está haciendo ahora y ojalá no siga mirando al conde pues al fin y al cabo no es alguien que valga la pena mirar aunque la verdad es que hoy tiene un aspecto muy extraño oh qué frío hace en esta horrible sala grande y vacía no sé de qué sirve que sea famosa si nadie habla con nadie y no hay ni un solo hombre que pueda contemplar los exquisitos movimientos de mi garganta tengo ganas de volver a casa para seguir leyendo mi libro y allí no hará tanto frío y quizá le escribiré una nota a Pirañavelo invitándolo a cenar sí eso es lo que haré Alfred ha dicho que no estará mañana por la noche y…

Sus pensamientos son interrumpidos por un golpe a su izquierda.

ENSOÑACIÓN DE *LADY* CLARICE

Sus pensamientos han sido idénticos a los de su hermana en todo menos en un detalle, y para apreciar esa discrepancia basta con substituir el nombre de Cora por el suyo cada vez que aparece en la «Ensoñación de Cora».

ENSOÑACIÓN DE GERTRUDE, CONDESA DE GORMENGHAST

… en cualquier caso el viejo Agrimoho hubiera alargado más el asunto y ya no falta mucho para que pueda ir con mi gato blanco tengo sus gritos clavados en el corazón que mil demonios trituren los huesos de ese larguirucho criado he dejado agua en la jofaina para el baño de los cuervos y voy a curar el ala de la gallineta en cuanto salga de aquí y haya consolado a mi gato blanco pero a ese estúpido viejo todavía le quedan unas catorce páginas por suerte no tengo que asistir a muchos de estos embrollos y ya no habrá más hijos de eso estoy segura el castillo necesitaba un heredero para Gormenghast pues ahí está y cuando sea mayor le enseñaré a vivir su vida en la medida de lo posible para alguien cuyo corazón se endurecerá día a día con las piedras grises y el secreto está en prescindir por completo de las apariencias y vivir dentro de ti que es lo que Sepulcravo hace pero erróneamente pues de qué le sirven a uno tantos libros si los días son como un nido de grajos en el que cada ramita es una obligación y le enseñaré al muchacho a silbar para que los pájaros del cielo se le posen en la muñeca que es algo que nunca he enseñado a Fucsia porque quería guardar el secreto para el muchacho y si tengo tiempo antes de que cumpla los doce años y si hace una noche agradable puede que lo lleve al estanque verde como mi anillo de malaquita montado en, plata para que contemple cómo las papa-moscas-caudatrémulas construyen unos nidos grises y blandos con alas de mariposas nocturnas y hebras de rocío pero cómo sé si será observador y cuidadoso con las aves pues la torpeza de Fucsia me decepcionó antes que cumpliera los cinco años y aunque amaba las flores las estrujaba en los jarrones y estropeaba los tallos pero es a mi hijo a quien quiero enseñar porque no vale la pena revelar mis secretos a una chica pero él no me servirá de nada en mucho tiempo y no lo quiero en mi habitación hasta que tenga cinco años por lo menos cuando pueda asimilar lo que le cuente sobre los pájaros del cielo y cómo liberar la mente de las obligaciones que tendrá que cumplir día tras día hasta que muera aquí como sus antepasados y lo entierren en el sepulcro de los Groan y le enseñaré el secreto del silencio y a vivir entre los pájaros y los gatos blancos y todos los animales sin ocuparse de los hombres pero cumplirá fielmente sus obligaciones legendarias como ha hecho siempre su padre cuya biblioteca se quemó con el viejo Agrimoho no tengo ni idea de cómo prendió el fuego excepto que ese joven Pirañavelo llegó muy rápido al lugar y aunque nos salvó no me gusta ni nunca me gustará con su ridículo cuerpecito y modales relamidos hay que alejarlo pues tengo el presentimiento de que hará daño y Fucsia no tiene que verlo pues no hay por qué mezclarse con gentuza tan vulgar e innoble como ese astuto joven ella conversa demasiado con Prunescualo los vi hablando dos veces el mes anterior y él no tiene sangre de la Casa y en cuanto a ese asesino y diabólico Excorio que tanto daño ha hecho a mi pobre gato indefenso tanto que las otras glorias blancas estarán inquietas durante las horas negras de la noche y sentirán los dolores que él sienta cuando lo arrulle en mis brazos Excorio se ha perdido con su espantosa locura y será desterrado a pesar de lo que diga Sepulcravo cuyo rostro está cambiando esta noche y ya había cambiado las tres veces en que lo vi después del incendio de los libros voy a decirle al doctor que lo atienda constantemente pues tengo el presentimiento de que va a morir es una suerte que Titus haya nacido porque la sucesión de los Groan no ha de interrumpirse por mi culpa no tiene que acabarse jamás y yo le hablaré de su herencia y del honor y le enseñaré a mantener la cabeza por encima del borde de los nidos y a observar cómo pasan las estaciones y a comprender los ruidos de las gargantas de plumas…

Un golpe sordo sobre la mesa, justo enfrente de ella, hace que la condesa de Gormenghast levante lentamente los ojos del mantel.

ENSOÑACIÓN DE TATA GANGA

… síi síi todo tan grande y tan maravilloso supongo oh mi pobre corazón todo ese bonito y sabroso almuerzo que nadie come y mi precioso niñito en medio de la cubertería bendito sea pues no ha llorado ni una sola vez ni una ese pedacito con todo el mundo alrededor pensando en él pues es el almuerzo de mi bonita preciosidad y Tata te lo contará todo cuando seas un chico mayor oh mi pobre corazón qué vieja seré entonces y qué frío hace aquí menos mal que he envuelto a la criatura con el mantón por debajo de toda esa envoltura lila sí sí y no tiene que ponerse a estornudar oh no tiene que estarse quieto aunque yo pase tanto frío y su madre a mi lado es tan grande y pesada que parece que yo no cuento y supongo que es verdad nadie se fija en mí y nadie me quiere excepto mi querido tormento pero incluso ella me olvida a veces y los otros no piensan en mí más que cuando esperan que haga algo por ellos porque yo tengo que hacerlo todo oh mi pobre corazón ya no soy joven y fuerte y me canso incluso Fucsia no se acuerda de que me canso ahora mismo estoy cansada de estar sentada tanto rato en el frío tan por debajo de la enorme condesa que ni siquiera mira a su niñito que se está portando tan bien y no creo que pueda quererlo como yo lo quiero oh mi pobre corazón es una suerte que la condesa no pueda oírme pensando eso de ella aunque creo que a veces adivina cuando pienso mal de ella porque está tan silenciosa y cuando me mira no sé qué hacer o adónde ir me siento tan pequeña y débil como en este momento pero qué frío hace preferiría tomar mi sencillo almuerzo junto al fuego en mi propia habitación antes que ver toda esa comida de la mesa enfriándose aunque todo eso es para mi querido niño bendito sea me ocuparé de él mientras queden fuerzas en mis pobres huesos para que sea un buen chico y le enseñaré a Fucsia cómo cuidarlo cada día lo quiere un poco más que antes aunque no le gusta alzarlo en brazos como yo y me alegro porque podría dejarlo caer esa niña torpe oh mi pobre corazón si alguna vez se cayera y se matara oh no no hay que permitírselo no sabe cómo cuidar a un bebé ni siquiera lo mira ahora en medio de la mesa hace como su madre y los demás no hace más que mirar fijamente a su padre con cara triste tiene que contármelo todo todo sin ocultarme nada por qué estará tan apenada esa niña boba que no puede tener problemas a su edad y no tiene que hacer todo el trabajo que yo cargo sobre mis viejas espaldas y es una tontería estar tan triste cuando no es más que una niña y no sabe nada bendita sea.

Tata se sobresalta al oír un golpe sordo casi en el extremo opuesto de la mesa.

ENSOÑACIÓN DE SEPULCRAVO, SEPTUAGÉSIMOSEXTO CONDE DE GORMENGHAST

… y habrá oscuridad siempre y ningún otro color y las luces se apagarán y los ruidos de mi mente se sofocarán en el espeso y suave plumaje que envuelve todos mis pensamientos con un sudario de innumerables plumas pues han estado allí mucho tiempo mucho tiempo en la garganta fría y hueca de la Torre y seguirán eternamente pues no pueden acabarse los búhos que me acogerán como hijo yo seré el joven discípulo de los grandes búhos me olvidaré de todas las cosas y seré transportado muy lejos a la oscuridad inmemorial donde me reuniré con las sombras de los Groan y el dolor de mi corazón desaparecerá y mis sueños y mis pensamientos e incluso mi memoria y también mis libros dejarán de existir y los poetas se irán para siempre de la enorme torre que se alzaba de día y de noche a todas horas por encima de mis meditaciones se irán todos los grandes escritores que durante siglos han vivido entre las manoseadas cubiertas y cuyas palabras dormían o circulaban por las páginas de pergamino que ya no existen y mi remordimiento se ha acabado por ahora y para siempre pues ya no me quedan ni el deseo ni el sueño y estoy acabado y no deseo más que las garras de la torre y el repentino clamor de las plumas el fin y la muerte y el dulce olvido pues las últimas mareas suben por momentos y mi garganta se pone tensa y redonda redonda como la Torre de los Pedernales y mis dedos se encorvan y anhelo las tinieblas y la roca afilada como una aguja en terciopelo y seré requerido por los poderes y mis inquietudes se acabarán… acabarán… y mi aniquilación será también una consumación porque él ha entrado en la larga estirpe y la hace avanzar y la larga rama muerta de los Groan ha dado paso a la hoja brillante de Titus un vástago mío y no habrá fin y las piedras grises permanecerán para siempre y también las altas torres donde se entretejen las ráfagas de lluvia y las leyes de mi pueblo perdurarán eternamente mientras que mi espectro vagará en la torre con mis grandes compañeros de la oscuridad y mi corriente sanguínea cesará para siempre así como la fiebre que anda a zancadas quiénes son éstos quiénes son tan lejos de mí pero tan enormes tan remotos y enormes Fucsia mi sombría hija tráeme ramas y un ratón de los pastos grises…

AQUÍ Y ALLÁ

LOS PENSAMIENTOS de Vulturno se apretaban alrededor de una sola idea: matar a Excorio con sus propias manos. El momento era propicio. Durante los últimos quince días había estado practicando el arte del movimiento furtivo y silencioso hasta que ni siquiera pudo oír el siseo de sus propias pisadas. Ahora desplazaba la mole del cuerpo por el suelo tan en silencio como una nube que atraviesa el crepúsculo. El machete de doble mango tenía un filo que zumbaba como un mosquito cuando se lo acercaba a la oreja de hongo. Esta noche dejaría una galletita rosa sobre el último tramo de escaleras, a menos de veinte pies de su flaco enemigo. Iba a ser una noche oscura. Escuchó el golpeteo de la lluvia y volvió la mirada hacia el lago distante en el frío suelo de piedra del refectorio. Miró pero no vio el reflejo legañoso de las hileras de querubines a cien pies por encima de la capa acerada del agua. Tenía la mirada perdida. Mañana por la noche haría el trabajo que tenía que hacer. Mañana por la noche. La lengua le asomó entre los labios como una zanahoria y empezó a moverla a los lados. Mientras, apartando la mirada del charco, se volvió a Excorio, y la expresión de vaguedad que tenía en los ojos se le desvaneció. En su mirada estaba toda la historia; Excorio, alzando los ojos por encima de la cabeza del conde, interpretó la maléfica expresión.

Sabía que el ataque contra su vida era inminente. Los tres pastelitos coloreados que había encontrado en precedentes ocasiones habían estado cada vez más cerca. Vulturno intentaba destruirlo torturándole la mente y retorciéndole los nervios, y ya hacía muchas noches que Excorio no dormía, pero estaba preparado. Acordándose del machete de doble mango a la luz verde, había dado con una vieja espada en la armería, a la que había quitado la herrumbre afilándole cuidadosamente la punta y la hoja en los Pasadizos de Piedra. Comparada con el machete, la espada parecía roma, pero aun así era una arma mortífera. Excorio podía leer en la expresión del chef la proximidad del encuentro nocturno. Sería esta semana. Era imposible saber el día. Podía ser esta misma noche. Podía ser cualquiera de las siete noches próximas.

Sabía que Vulturno no podría verlo hasta que estuviera prácticamente encima de él, delante de la puerta del conde. Sabía que el chef no podía haberse dado cuenta de que le había leído los ojos tan claramente. Sabía también que lo habían desterrado del recinto del castillo. Era esencial que Vulturno no se enterara. Gertrude se ocuparía de que él, Excorio, no estuviera ante la puerta de lord Sepulcravo a partir de ahora, pero podría volver por la noche y seguir al monstruo cuando trepara sigilosamente hacia el pasillo en su mortífera misión.

Eso es lo que iba a hacer. Esperaría cada noche en el claustro hasta que la enorme mole se deslizara junto a él y empezara a subir las escaleras. Hasta entonces no iba a decidir dónde y cómo atacar. Por ahora sólo sabía que tenía que alejar a su enemigo de la puerta del amo enfermo, y que el combate mortal ocurriría en alguna parte remota del castillo, quizás en la habitación de las arañas… o bajo las arcadas del desván, o incluso en las mismas almenas. El golpe sordo de Fucsia, que en ese momento caía hacia adelante, interrumpió estos pensamientos, y Excorio vio cómo el doctor se incorporaba y se estiraba sobre la mesa para alcanzar un vaso, mientras frotaba con la mano izquierda la espalda de Fucsia.

Sobre la misma mesa el joven Titus se pone a patalear y a retorcerse, y dando un gritito agudo, la pobre señora Ganga mira cómo vuelca de un puntapié el jarrón de flores y desgarra con las manos el terciopelo lila.

Pirañavelo oye el golpe sordo encima de él, y guiándose por las variadas contorsiones de las piernas de alrededor logra adivinar con bastante exactitud lo que está sucediendo. Sólo hay dos piernas que no se mueven en absoluto y las dos pertenecen a Gertrude. La única pierna visible de Fucsia (pues sigue teniendo la derecha doblaba debajo del cuerpo) ha resbalado de costado cuando la muchacha se ha desplomado hacia adelante. Las de Tata tratan desesperadamente de alcanzar el suelo. Las de lord Sepulcravo se

balancean ociosamente de aquí para allá, muy juntas, como un solo péndulo. Las de Cora y Clarice se mueven como chapoteando en el agua. Las del doctor están tiesas como postes y las de su hermana han entrado en la última fase de un pacto suicida: cada una estrangula a la otra en un abrazo de yedra.

Vulturno desliza las blandas carpas de los pies hacia adelante y hacia atrás con un deliberado movimiento acariciador, como si estuviera secando algo muy suculento en una alfombra.

Excorio se frota enérgicamente la espinilla, justo por encima del tobillo, con la agrietada puntera de una bota, y Pirañavelo advierte que las piernas del criado empiezan a llevarlo a lo largo de la mesa hacia la silla de Fucsia, detonando a cada paso.

Durante el breve tiempo en que los chillidos de Titus ahogan los ladridos de Bergantín, Prunescualo ha mojado la cara de Fucsia con una servilleta empapada en agua y doblándole el cuerpo le ha puesto tiernamente la cabeza entre las rodillas.

Bergantín no ha interrumpido ni un instante el ejercicio de sus deberes, como atestiguan las ocasionales treguas en los berridos de Titus, ya que en esos cortos intervalos, en lugar del lluvioso silencio, la voz agria y seca del bibliotecario farfulla incesantemente.

Pero ya casi ha concluido. Está apartando los tomos a un lado. La pierna atrofiada que desde el desvanecimiento de Fucsia y los berridos de Titus ha rascado irritablemente el suelo como si el horrible extremo tuviera dientes en lugar de dedos e intentara roer el piso de roble, se está preparando ahora para otro asunto, el de izarse a sí mismo y al resto de Bergantín sobre el asiento de la silla.

Una vez a bordo de la larga y estrecha mesa, tiene que recorrerla siete veces de extremo a extremo, sin preocuparse por la porcelana y la cubertería dorada, ni por la cristalería, el vino y los manjares en general; en verdad sin preocuparse por nada excepto que no tiene que preocuparse. La señora Ganga alcanza a arrancar al bebé de la muleta y la pierna atrofiada que se le acercan, pues Bergantín no ha perdido tiempo en el cumplimiento de la tradición, y la puntera de la muleta golpea desapaciblemente la pulimentada madera, o hace trizas la porcelana y el cristal tallado. Un apagado glu-glú, seguido de un chapoteo, indica que la pierna se ha hundido hasta el tobillo en una sopera de gachas tibias, pero nada puede detenerlo en la promulgación de su deber.

El doctor Prunescualo se ha marchado tambaleándose con Fucsia en brazos, después de dar instrucciones a Excorio para que escolte a lord Sepulcravo a sus habitaciones. La condesa, por extraño que parezca, ha cogido a Titus de brazos de Tata Ganga, y después de bajar del estrado, camina pesadamente por las losas de piedra con la criatura echada sobre el hombro.

—Vamos, vamos —dice—, de nada sirve llorar; de nada te sirve ahora, no a los dos años, espera a tener tres. Vamos, vamos, espera a ser mayor y te enseñaré dónde viven los pájaros, vamos, sé un buen chico, sé… ¡Ganga!… ¡Ganga! —ruge de repente, interrumpiéndose—. Llévatelo.

El conde y Excorio se han marchado, y también Vulturno después de echar una mirada desconcertada a la mesa y al arrugado Bergantín, que pisotea el exquisitamente preparado y malogrado almuerzo.

Cora y Clarice se quedan contemplando a Bergantín, con las bocas tan abiertas y las pupilas tan dilatadas que estas cavernas dominan los dos rostros hasta el punto de que parecen hechos de oscuridad o ausencia. Continúan sentadas, y tienen los cuerpos muy tiesos por debajo de los rígidos vestidos mientras siguen todos los movimientos del anciano con los ojos, apartándolos sólo cuando un sonido más alto las obliga a mirar a la mesa para ver qué último adorno acaba de romperse.

Desafiando al sol ascendente, la oscuridad de la sala se hace cada vez más profunda. Este desafío es posible gracias al sudario de nubes negras que se extiende por encima del castillo, por encima de los cariados dientes de la montaña, por encima de las empapadas tierras de Gormenghast, de horizonte a horizonte.

Bergantín y las mellizas, atrapados en las sombras del refectorio, a su vez atrapado en las sombras de las nubes que pasan, están iluminados por una sola vela, pues todas las otras se han extinguido. En esta inmensa sala de pórticos, los tres (el títere vitriólico con harapos de color grana y las dos rígidas marionetas de color púrpura, una a cada extremo de la mesa) parecen increíblemente diminutos. La vacilante llama de la vela hace bailar pequeñas varillas de color en las ropas de las hermanas, y de vez en cuando arranca centelleos de diamante a los trozos de cristal de la mesa. Desde la puerta de servicio que hay al fondo de la sala, más allá de la oscura perspectiva de columnas de piedra, el espectáculo de los tres a la mesa parece desarrollarse en un escenario del tamaño de una ficha de dominó.

Cuando Bergantín finaliza su séptimo viaje, la llama de la última vela titubea, se recupera, y de pronto se ahoga en un pantano de sebo, y la sala se hunde en una completa oscuridad, salvo en el lago del centro, donde hay una mancha de sombra rodeada de profundidades de otra naturaleza. Cerca del borde de esta oscura lluvia interior, una hormiga nada intentando salvarse, pero las fuerzas se le debilitan por momentos

en esas dos despiadadas pulgadas de agua. Un grito resuena a lo lejos, cerca de la mesa alta, seguido de otro, y enseguida se oye el estrépito de una silla que cae desde el estrado a las losas de piedra, siete pies más abajo, y la voz de Bergantín maldiciendo.

Pirañavelo, que ha observado cómo las piernas desaparecían por la puerta, junto con sus dueños, se ha deslizado fuera de la hamaca. Avanza a tientas hacia la puerta. Cuando llega y encuentra el pomo, da un violento portazo, como si acabara de *entrar* en la habitación, y grita:

—¡Eh, ahí! ¿Qué pasa ahí? ¿Alguien tiene dificultades?

Al oír la voz de Pirañavelo, las mellizas empiezan a gritar socorro, mientras que Bergantín vocifera:

—¡Luz! ¡Luz! Ve en busca de luz, estúpido. ¿A qué esperas? —La estridente voz se convierte en un rugido, mientras la muleta rechina sobre la mesa—. ¡Luz! ¡Gato de albañal! ¡Luz! ¡Que un rayo te parta, maldito canalla!

Pirañavelo, que acaba de pasar una hora y media muy decepcionante y aburrida en extremo, se estremece de placer al oír estos gritos.

—Enseguida, señor. Enseguida.

Sale por la puerta con un paso de baile, y se va pasillo abajo. Regresa en menos de un minuto con una linterna y ayuda a bajar de la mesa a Bergantín, quien una vez en el suelo, y sin una palabra de agradecimiento, se abre camino escalones abajo y va hacia la puerta, maldiciendo sin cesar, con los rojos harapos brillando débilmente a la luz de la linterna. Pirañavelo observa el horrible cuerpo de Bergantín que desaparece en las sombras, y luego, levantando todavía más los hombros huesudos y altos, bosteza y sonríe al mismo tiempo. Tiene a los lados a Cora y Clarice, y las dos respiran con mucho ruido y los pechos planos les suben y bajan como escotillas. Las mellizas lo miran fijamente mientras él las hace salir y las acompaña por los pasillos hasta sus aposentos, en los que entra con ellas. La lluvia chorrea en las ventanas y martillea el techo.

—Mis queridas damas —dice Pirañavelo—, me parece que un poco de café caliente será lo más indicado, ¿qué opinan ustedes?

PRESAGIO

HACIA EL ATARDECER, el cielo encapotado empezó a desintegrarse, y poco antes de la puesta del sol, un viento del oeste se llevó las nubes en densas y desordenadas masas, y la lluvia con ellas. La mayor parte del día había sido dedicada a todo tipo de prácticas ceremoniales, tanto dentro del castillo como bajo la lluvia, culminando con el peregrinaje en procesión de los cuarenta y tres jardineros encabezados por Pentecostés a la montaña de Gormenghast, ida y vuelta, tiempo en el que habían de meditar en la gloria de la casa de los Groan y muy especialmente en el hecho de que su último miembro había cumplido doce meses, tema portentoso sin ninguna duda pero que seguramente tenían que haber agotado después de la primera milla por los senderos encharcados y sembrados de piedras que los conducían a las estribaciones.

Sea como fuera, a las ocho de la noche, Bergantín, tumbado sobre el sucio colchón, agotado y tosiendo horriblemente —como su padre, que había tosido con tanta convicción antes que él—, pudo rememorar con agria satisfacción esta jornada de ritual apenas diluido. Había sido enojoso que lord Sepulcravo no pudiera asistir a las tres últimas ceremonias, pero había un artículo de ley que eximía la presencia del conde en caso de enfermedad grave. Manteniendo la achacosa pierna totalmente inmóvil, Bergantín se chupaba la barba y observaba a unos palmos por encima de su cabeza una araña que garabateaba sobre el techo. Le parecía desagradable, pero no irritante.

Fucsia se había recobrado enseguida, y junto con la señora Ganga había participado airosamente en las ceremonias, alzando a su hermanito cada vez que la anciana niñera se sentía cansada. Prunescualo la había vigilado estrechamente hasta bien entrada la noche, y al fin había dejado a su señoría al cuidado de Excorio.

Una indescriptible atmósfera de expectación colmaba Gormenghast. El aniversario de Titus no trajo consigo la esperada sensación de culminación o clímax, sino, al contrario, la impresión de que algo empezaba. Unas fuerzas oscuras estaban desencadenándose entre los habitantes del castillo. En algunos, esta impresión, aunque irreconocible, era muy acentuada, condicionada sin duda y agravada por los problemas de cada uno. Excorio y Vulturno estaban al borde de la violencia. Sepulcravo rozaba la frontera de la crisis, y Fucsia no andaba muy lejos, consumida de terror y angustia por la tragedia paterna. También ella, como los demás, estaba a la expectativa. Prunescualo no conseguía distenderse y vigilaba de continuo, y la condesa, habiéndose entrevistado con él y habiéndose enterado de todo lo que Prunescualo se atrevió a contarle, y habiendo adivinado mucho más, estaba encerrada en su habitación, donde cada hora recibía comunicados sobre el estado de su marido. Incluso Cora y Clarice notaban que la vida normal y monótona del castillo no era la de siempre, y estaban sentadas en silencio en sus cuartos, también a la expectativa. Irma se pasaba la mayor parte del día en el baño, y sus pensamientos no hacían más que volver a una noción nueva para ella, chocante, e incluso aterradora: algo había cambiado en el castillo de los Groan. Era diferente. Pero ¿cómo podía cambiar? «¡Imposible! ¡He dicho que es imposible!», se repetía en medio de las perfumadas burbujas de espuma, pero no conseguía convencerse. Esta idea suya se extendía insidiosamente por todo Gormenghast, aunque no se manifestaba más que como una sensación de malestar.

Irma era la única que había puesto el dedo en la llaga. Los demás se limitaban a contar los portentosos minutos antes de que sus nubarrones particulares se abrieran sobre ellos, pero detrás de sus problemas, esperanzas y temores, crecía esa trepidación menos inmediata, esa intangible insinuación de *cambio*, la más imperdonable de todas las herejías. Algunos minutos antes de la puesta del sol, el cielo por encima del castillo estaba inundado de luz, y como el viento había amainado y las nubes habían desaparecido, era difícil creer que una atmósfera suave y dorada concluyera un día que se había iniciado de manera tan sombría y que había continuado con una violencia tan persistente. Pero todavía era el aniversario de Titus. Los riscos escabrosos de la montaña estaban inocentemente envueltos en un velo lechoso y rosado, como un disfraz. Las tierras pantanosas se derramaban hacia el norte en tranquilas extensiones de agua punteada de

juncos. El castillo era ahora una gran escultura lívida, salpicada aquí y allá por mantos de yedra reluciente con hojas que goteaban diamantes.

Más allá de las grandes murallas de Gormenghast, las casas de barro recuperaban poco a poco el color blanquecino habitual, a medida que los rayos del sol tardío sacaban la humedad de las paredes. El humo de los viejos cactos gigantes era apenas visible, y debajo del más grande de estos árboles, iluminada por los oblicuos rayos del sol, había una mujer a caballo.

Durante mucho tiempo pareció que no se movían, ni la mujer ni el caballo. Ella era oscura de piel y el cabello le caía sobre los hombros. A la luz del crepúsculo, tenía en la cara una expresión de doloroso triunfo y de extrema soledad. Se dobló ligeramente hacia adelante y susurró algo al caballo; el caballo levantó la pata delantera y la dejó caer de nuevo sobre la tierra blanda. Enseguida, ella empezó a desmontar, no sin grandes dificultades, pero se deslizó con cuidado por el húmedo flanco gris. Después cogió la cesta que tenía atada a la cuerda de la brida y se acercó lentamente a la cabeza del caballo. Pasó los dedos por la crin enmarañada y húmeda, y acarició la dura frente del animal.

—Ahora tienes que volver —dijo pausadamente—. Vuelve con el Padre Moreno, para que sepa que estoy a salvo.

Luego apartó la larga cabeza gris y mojada con un movimiento lento y deliberado. El caballo dio media vuelta, alejándose; la lluvia burbujeaba en las huellas de sus cascos y se extendía en dorados charcos de cielo. Regresó enseguida hasta ella, después de unos pocos pasos, y levantando muy alta la cabeza, sacudió las largas crines de un lado a otro y el aire se llenó con un enjambre de perlas. De pronto, echó a andar por las huellas de sus propios cascos, y sin aminorar el paso ni desviarse del camino de vuelta, se alejó rápidamente de la mujer. Ella lo vio desaparecer y reaparecer varias veces en las ondulaciones del terreno hasta que fue un punto casi imperceptible. La última vez que lo vio, el caballo estaba a punto de alcanzar la cresta del altiplano, antes de descender hacia la llanura invisible. El corazón le latió rápidamente al ver que el animal se detenía en seco, daba media vuelta y se quedaba un momento inmóvil. Luego levantó la cabeza como había hecho antes, y empezó a retroceder paso a paso. Se miraron a través de la vasta distancia, hasta que al fin el caballo gris fue devorado por el horizonte.

La mujer se volvió hacia las casas de barro que se extendían a sus pies, en la luz rosácea. Había empezado a reunirse una multitud, y vio que la señalaban con el dedo.

Envueltas en el cálido resplandor de la luz agonizante, las casas de barro, aun míseras y apretujadas, tenían algo de etéreo, y ella sintió que el corazón se le enternecía con los cientos de recuerdos que le asaltaban la mente. Sabía que esas callejuelas estrechas albergaban la amargura, que el orgullo y los celos esperaban apoyados en las puertas de todos los tallistas, pero durante un instante fugaz sólo vio la luz vespertina que caía sobre escenas de su infancia, y fue con un sobresalto que despertó de esta momentánea ensoñación y comprobó cómo había crecido la multitud. Sabía que este momento sería así. Había previsto este atardecer de luz suave. Había previsto que habría espejos de lluvia en la tierra, y tenía la abrumadora sensación de revivir una escena que ya había representado. No tenía miedo; sin embargo, sabía que sería acogida con hostilidad, con prejuicio e incluso quizá con violencia. Hicieran lo que hicieran con ella, no importaría. Ya lo había sufrido antes. Todo esto era una triste y lejana historia, y un arcaísmo.

Se llevó la mano a la frente y apartó un mechón de cabellos negros y fríos que se le pegaban a la mejilla. «Tengo que dar a luz a mi criatura», se dijo moviendo los labios en silenció, «y luego volveré a estar completa y sola, y todo habrá acabado». Abrió muy grandes los ojos. «Serás libre. Desde el primer día no estarás sujeta a mí y yo no estaré sujeta a ti; y seguiré el camino que conozco, pronto, ah, muy pronto, y entraré en la dulce oscuridad».

Juntó las manos y fue lentamente hacia las casas. Allá en lo alto, a la derecha, la gran muralla era ahora más fría; la cara interior estaba cubierta por sombras, y en las profundidades del castillo, Titus, dando un gran grito lacrimoso, empezó a luchar con una fuerza sobrenatural en los brazos de la anciana niñera. En ese mismo momento el exuberante crepúsculo levantó un párpado y Héspero ardió sobre Gormenghast mientras la pequeña carga luchaba bajo el corazón de Keda.

PROLEGÓMENOS DE VIOLENCIA

EL CICLO DE DOCE MESES había concluido. Titus acababa de entrar en su segundo año, un año que, aunque apenas salido del cascarón, pronto iba a engendrar violencia. Había algo enfermizo en la atmósfera.

Titus nada sabía de todo este recelo y desasosiego; y no tendrá ningún recuerdo de ese entonces. No obstante, las consecuencias de todo lo que estaba ocurriendo pronto le caerían encima.

La señora Ganga observaba quejumbrosa cómo el niño se bamboleaba tratando de mantenerse en equilibrio. Titus casi había aprendido a andar.

—¿Por qué no sonríe? —lloriqueaba la señora Ganga—. ¿Por qué su pequeña señoría nunca sonríe?

El ruido de la muleta de Bergantín resonaba en los pasillos huecos. La pierna atrofiada golpeaba blandamente el suelo y los harapos de arpillera roja aleteaban en ráfagas ardientes. Bergantín profería sus edictos como si fueran juramentos.

La rueda del lúgubre ritual continuaba girando. Dentro de aquellas paredes, el fermento del corazón era burlado por sombras dormidas, largas o breves. No mayores que la llama de una vela, las pasiones titilaban en el bostezo del Tiempo, pues Gormenghast, inmenso y oscuro, todo lo aplasta. El verano estaba pesado, con un color azul grisáceo en el cielo, aunque en realidad no *en* el cielo, pues no parecía haber cielo sino sólo aire, una impalpable sustancia azul grisácea, aletargada por el peso de su propia temperatura, de su propio color. El sol, por muy brillantemente que se reflejara sobre la piedra o el campo o el agua, en el aire espeso y caliente de este verano no era más que un disco sin rayos, un círculo enfermo, abrasador y distante.

Los vientos de otoño e invierno, la azotadora lluvia y aun el frío de estas estaciones, tenían a pesar de su barbarie una melancolía que era como la voz del corazón. Las pasiones de los elementos estaban emparentadas con las pasiones humanas, sus gritos con los gritos de los hombres.

Pero no ocurría lo mismo con esta lenta pulpa de verano, este arrastrado calor, el indiferente ojo amarillo que flotaba dentro con una monotonía abrumadora, día tras día.

A orillas del río, el agua escasa apestaba, y nubes de insectos más finos que agujas pululaban sobre la espuma, entretejiendo lamentos de mundos olvidados.

Los sapos eructaban en el cieno verde. En el seno del río, el reflejo de la montaña de Gormenghast colgaba como una estalactita, y en el movimiento casi imperceptible del agua parecía desmoronarse un instante, pero la imagen no disminuía ni se desintegraba. Al otro lado del río, un largo campo de escasas hierbas verduscas y polvo gris paloma yacía como amodorrado entre bajos muros de sílex.

Un pequeño caballo moteado, montado por un hombre envuelto en una capa, levantaba con cada pisada unas nubecillas de polvo fino. A cada cinco pasos de la pata izquierda, el jinete se erguía sobre los estribos y ponía la cabeza entre las orejas del caballo. El río serpenteaba junto a ellos, los campos ondeaban y se desvanecían en un borrón de calor. El caballo moteado y el jinete embozado seguían avanzando cada vez más pequeños. En el extremo norte, la Torre de los Pedernales flotaba verticalmente en la bruma como una regla de celuloide, o como la acuarela de una torre que habían dejado al aire libre y a la que un aguacero había lavado los pigmentos.

La distancia lo dominaba todo, una sensación de lejanía, de separación. Lo que hubiera podido tocarse con el brazo extendido también parecía distante, replegado en el cuerpo azul grisáceo del aire cargado de polen, mientras arriba flotaba el círculo inhumano. El verano se había tendido sobre los tejados de Gormenghast. Inerte, como una criatura enferma, yacía con los miembros extendidos. Tomaba la forma de lo que sofocaba con su abrazo. Las piedras sudaban y estaban horriblemente silenciosas. En los castaños blancos de polvo colgaban miríadas de manazas con las muñecas destrozadas.

La poca agua que aún quedaba en el foso era como sopa. Una rata la atravesaba medio nadando, medio andando. En la insalubre costra de espuma, allí donde las patas habían quebrado la superficie verde,

quedaban unas espesas manchas de color sepia.

Los patios estaban blandos de polvo, posado también en las ramas de los árboles cercanos. Las pisadas dejaban huellas profundas hasta que volvían las ráfagas de viento seco. La diferente longitud de los pasos del doctor, de Fucsia, de la condesa, de Vulturno, todas podían medirse aquí, cruzándose y recruzándose como a un mismo tiempo, aunque horas, días y semanas las separaban.

De noche, los murciélagos, esos fabulosos ratones alados, viraban cambiando de rumbo y se deslizaban por la caliente penumbra. Titus crecía.

Habían pasado cuatro días desde el sombrío Almuerzo. Había pasado un año y cuatro días desde que naciera en la habitación de cera y de alpiste. La condesa no quería ver a nadie. Desde que rompía el día hasta el anochecer, daba vueltas a sus pensamientos como si fueran cantos rodados. Los disponía en largas hileras. Volvía a ordenarlos una y otra vez mientras pensaba en el Incendio. Desde su ventana observaba a las figuras que pasaban por debajo. Pesadamente, escudriñaba sus propias impresiones. Meditaba sobre todos los que pasaban. Pirañavelo pasaba ocasionalmente cuando ella estaba asomada a la ventana. El conde se estaba volviendo loco. Nunca lo había amado, y tampoco ahora lo amaba, pues, sólo los pájaros y los gatos blancos despertaban en ella alguna ternura. Pero aunque no lo amaba por él mismo, el irreflexivo pero arraigado respeto que tenía por la tradición, y el orgullo mudo de haber dado un heredero al castillo, se habían reforzado desde el momento en que descubriera la enfermedad del conde. Excorio se había ido, como ella había ordenado, fuera de la gran muralla. Se había ido, y aunque la idea de volverlo a llamar le hubiera parecido más disparatada que la de dejar de cuidar al gato que él había lastimado, se daba cuenta de que había arrancado una parte de Gormenghast, como si una de las torres del horizonte habitual hubiera sido derribada. Excorio se había ido… pero no del todo. Por un cierto tiempo, no completamente.

Las cinco noches que siguieron a su destierro, el día del primer aniversario de Titus, había regresado de incógnito aprovechando la oscuridad.

Se había movido como un insecto a través de la grisácea noche de verano, constelada de estrellas, y como conocía todas las bahías, ensenadas y promontorios de la gran isla de piedra de los Groan, los riscos escarpados y los ruinosos afloramientos, había recorrido sin vacilación el trayecto zigzagueante. No tenía más que apretarse contra la pared del acantilado para fundirse con ella. Había venido las últimas cinco noches, después de largos y bochornosos días de espera entre los árboles del Bosque Retorcido, introduciéndose en el ala oeste del castillo por una brecha en la muralla. Durante su destierro había experimentado la soledad de una mano segada que ya no pertenece al brazo y al cuerpo a los que estaba destinada a servir, y en la que aún late el corazón. No obstante, era todavía demasiado pronto para que sintiera todo el horror de su ostracismo. Advertía sólo la presencia de un vacío, como un cráter. Las ortigas urticantes no habían tenido tiempo de llenar el gran agujero. Era una soledad sin dolor.

Su lealtad al castillo, demasiado profunda para que él la cuestionara, era el fondo que le alimentaba el corazón, una lealtad a todo lo que implicaba el horizonte quebrado de las torres. Sentado al pie de un afloramiento de roca entre los árboles, con las rodillas levantadas hasta la barbilla, miraba absorto ese horizonte. Tenía junto a él la larga espada que había afilado. El sol descendía. Tres horas más y ya estaría en camino, por sexta vez desde su destierro, hacia el claustro que había conocido por primera vez en días juveniles. Hacia el claustro en cuyas sombras septentrionales se encontraba la escalera que bajaba a las bodegas y las cocinas. Un millar de recuerdos estaban ligados a este claustro. Acontecimientos repentinos, la gestación de ideas que habían dado fruto o que se habían marchitado enseguida, recuerdos de juventud, incluso de infancia, pues una viñeta brillantemente coloreada de rojo, oro y gris emergía a veces en el fondo de su cráneo sombrío. No recordaba quién lo llevaba de la mano, pero sí que al pasar entre dos de las arcadas meridionales, él y su protector se habían detenido…, que el aire se había llenado de sol…, que un gigante (eso le pareció entonces), un gigante vestido de oro le había dado una manzana…, el globo rojo que la mano empírica de su mente nunca había soltado, así como tampoco podía olvidar el gris de la larga cabellera que caía sobre la frente y los hombros de su primer recuerdo.

Pocos de los recuerdos de Excorio eran tan vivos. Los primeros años en el castillo habían sido duros, dolorosos y monótonos. Las imágenes del pasado estaban asociadas con miedos, problemas y privaciones. Recordaba que bajo las arcadas del claustro hacia el que pronto iba a encaminarse, había recibido, en ceñudo silencio, insultos e incluso violencia, aunque también punzadas de placer. Se había apoyado allí, en el cuarto pilar, al salir del estudio de lord Sepulcravo, aquella tarde en que lo llamaron inesperadamente para anunciarle su promoción: lo habían nombrado criado personal del conde, pues Sepulcravo había advertido y apreciado el comportamiento silencioso y taciturno de Excorio, y quería recompensarlo. Se había apoyado allí, con el corazón golpeándole el pecho, y recordaba haber pasado por un momento de debilidad, deseando tener un amigo a quien poder decirle lo feliz que era. Pero esto había ocurrido mucho

tiempo atrás. Chasqueando la lengua, alejó estos recuerdos.

Se estaba levantando una luna gibosa, y unas lentas manchas móviles, negras y nacaradas jaspeaban y rayaban la tierra y los árboles de alrededor. Como una ostra resplandeciente, la luna se desplazó por encima de él. Alzó los ojos, y al verla entre los árboles la observó con gesto ceñudo. No era una noche para que brillara la luna. La maldijo, pero con un aire un tanto infantil a pesar del torvo aspecto de sus huesos, estirando las piernas, sobre cuyas rodillas había apoyado la barbilla.

Pasó el pulgar por el filo de la espada y luego desenvolvió un paquete informe que tenía al lado. No había olvidado traer algunas provisiones del castillo, y ahora, cinco noches más tarde, hizo una comida con todo lo que quedaba. El pan estaba seco, pero después de un día de abstinencia le supo a gloria, con el queso y las zarzamoras que había recogido en el bosque. No dejó más que unas migajas sobre los pantalones negros. No había ningún motivo racional para que al acabar las zarzamoras sintiera que habría un intervalo de horror entre este último bocado y la comida siguiente, cuando quiera que fuese y como quiera que pudiese procurársela.

Quizás el motivo era la luna. En sus cinco incursiones nocturnas al castillo no había habido luz. Unos espesos nubarrones le habían proporcionado una cobertura perfecta. Acostumbrado a la adversidad, tomó la luna como un signo de que se acercaba la hora. En verdad, le parecía normal tener a la naturaleza como enemigo.

Se incorporó lentamente. De debajo de un montón de helechos, sacó a la luz de la luna unas largas tiras de tela; luego inició una peculiarísima operación. Agachándose, se enrolló la tela alrededor de las rodillas, concentrado como un niño, una y otra vez, hasta cubrirlas con unas vendas de cinco pulgadas de espesor, flojas en las articulaciones, y algo más prietas a medida que se enroscaban por arriba y por debajo, donde el vendaje se hacía más grueso. Esta tarea le llevó casi una hora, pues era tan escrupuloso que desenrolló varias veces las vendas para ajustar y facilitar la flexión de las rodillas.

Al fin pareció satisfecho y se puso de pie. En actitud de quien escucha algo, dio un paso hacia adelante, luego otro. ¿No se oía ningún ruido? Dio tres pasos más, con la cabeza inclinada hacia abajo y los músculos en tensión, detrás de las orejas. ¿Qué era eso que acababa de oír? Como si un reloj hubiera emitido tres apagados tictacs y luego se hubiera detenido. Parecía muy distante. Sonaba muy lejano. Puesto que todavía le quedaban unos trozos de tela, añadió otra media pulgada. Dio unos pasos como prueba y esta vez el silencio era absoluto.

Aún podía moverse con cierta libertad. Tenía las piernas tan largas, que se había acostumbrado a usarlas como zancos, y cualquier flexión de la rodilla sonaba como una detonación.

La luz de la luna se había posado como un velo de gasa blanca sobre el techo del Bosque Retorcido. El aire caliente era espeso y la noche estaba avanzada cuando Excorio se puso en marcha. Aunque se diera prisa, necesitaría una hora para llegar al claustro. La larga espada le destellaba en el puño. El rojo de las zarzamoras le manchaba las comisuras de la boca sin labios.

Dejó atrás los árboles y las largas pendientes donde las matas de enebro se agazapaban en la oscuridad como animales o figuras deformes. Había bordeado el agua y encontró una bruma viscosa tendida como una amante a lo largo del río, adaptándose a las curvas y abrazada a un cuerpo que no dejaba de croar, pues las ranas habían dado voz al aire de la noche. La luna flotaba por detrás de los efluvios miasmáticos, y se combaba en ese espejo deformante. El aire era nauseabundo como consecuencia del calor canicular, y estaba tan viciado como si hubiera sido respirado antes, y exhalado tres veces, ya rancio. Sólo en los pies notaba Excorio cierta frescura. Hundiéndolos hasta los tobillos en el rocío, le parecía que estaba vadeando su propio sudor.

A cada paso, crecía en él la impresión de que se acercaba a algo horrible. A cada paso, el claustro avanzaba a saltos hacia su encuentro, y el corazón le martilleaba. Fruncía la piel entre los ojos. Seguía avanzando a grandes trancos.

Tenía la muralla exterior del castillo encima. Se desmoronaba bajo la luna, y brillaba donde las colonias de lagartos se aferraban a la desmenuzada superficie.

Pasó bajo una arcada. La yedra indomable que la tapizaba se encontraba casi en el centro de la abertura; agachando la cabeza, Excorio se abrió paso a través de una fisura en el follaje. Una vez dentro, los terrenos de Gormenghast se desplegaron funestamente ante él, con una intimidad distante, como un rostro familiar que después de limitarse a mostrar durante años una veintena de expresiones habituales, presentara de pronto un aspecto por completo desconocido.

Manteniéndose todo lo posible al resguardo de las sombras, Excorio avanzó rápidamente por el suelo irregular hacia el ala de la servidumbre. Estaba pisando terreno prohibido. La condesa lo había excomunicado, y cada paso que daba era una nueva ofensa.

Durante las últimas etapas de su marcha hacia el claustro, se movió con una especie de sigilo anguloso. De vez en cuando se detenía y hacía varias genuflexiones rápidas. No se oía ningún ruido. Luego echaba a andar otra vez, blandiendo la espada. De pronto, casi sin darse cuenta, se encontró en el patio de la servidumbre junto a la pared que lo conduciría hacia el claustro. En menos de un minuto, ya era parte de la sombra de carbón del tercer pilar, donde había esperado tan pacientemente las últimas cinco noches sin luna.

SANGRE A MEDIANOCHE

ESA NOCHE, la atmósfera rebosaba de vida, una especie de vida que era aún más tangible a causa del letargo del aire, el aire pálido de los veranos de Gormenghast. De día, el calor de la luz mortecina; de noche los vómitos en el cuarto de un enfermo. No había escapatoria. La estación asediaba a Gormenghast.

Mientras Excorio esperaba, con los omoplatos apoyados contra el pilar de piedra, sus pensamientos refluyeron al día del Bautizo, cuando había azotado la cara blanda y abotagada, a la noche en que contempló cómo ensayaban matarlo, a aquel saco horrible que lo representaba, a la escena de desenfreno en la Gran Cocina, a los horrores del conde ululante, a los cientos de recuerdos que tenía de su atormentador, cuyo rostro creía ver en la oscuridad como una cosa putrefacta.

Tenía los oídos fatigados de tanto escuchar y le dolían los músculos. Durante más de una hora no se había movido excepto para girar la cabeza sobre el cuello. Entonces, de pronto, ¿qué había cambiado? Había cerrado los ojos un instante, y al abrirlos, la atmósfera era diferente. ¿El calor era aún más insoportable? Tenía la desgarrada camisa pegada al vientre y a los hombros. Pero no se trataba sólo del calor: la oscuridad era ahora omnipresente. El patio estaba tan negro como las sombras en las que se había cobijado. Unas nubes habían ocultado la luna. Ni siquiera pudo ver la espada brillante que tenía en la mano cuando la alargó hacia lo que hasta entonces había sido un claro de luna.

Entonces apareció. Una luz más brillante que la del sol, una luz como navajas. No sólo mostró hasta la más mínima cosa de la anatomía del paisaje —pilares, torres, árboles, briznas de hierba y guijarros— sino que las conjuró, las construyó a partir de la nada. Antes no existían; no había más que vacío, la simétrica ausencia de todas las cosas, y enseguida una creación imperó con un esplendor deslumbrante, mientras un torrente de fuego eléctrico cruzaba el firmamento.

A Excorio le pareció una eternidad de desnudez; pero el párpado negro y ardiente de todo el cielo volvió a cerrarse, y la sofocante atmósfera se sacudió estallando en un alarido de trueno que le puso de punta los pelos de la nuca. Del vientre de un mamut brotó y regurgitó, muriendo al fin con un largo y malhumorado gruñido. Entonces la enorme medianoche se derrumbó del todo. El cuerpo preñado de cúmulos se rajó de horizonte a horizonte, y el aire se hizo sólido con un peso tan grande de agua torrencial que Excorio oía cómo las ramas de los árboles se quebraban en medio de un rugido de espuma.

Ya no era necesario que Excorio, protegido de la lluvia bajo la bóveda del claustro, mantuviera el cuerpo en una posición tan apretada. El poco ruido que pudiese hacer sería inaudible ahora que la lluvia silbaba y tamborileaba, golpeaba el macizo dorso de Gormenghast y le chorreaba por los flancos, burbujeando y retorciéndose en las grietas de la piedra, y limpiando las hendiduras en las que durante tanto tiempo se acumulara el polvo blanco.

Ahora tendría que aguzar aún más el oído para oír las pisadas que se aproximaran, y era dudoso que pudiese distinguir el sonido de los pasos del chef del tamborileante fondo. Pero sucedió lo que nunca hubiera esperado, y el corazón empezó a latirle con un martilleo errático, pues la impalpable oscuridad de la izquierda fue perturbada por una débil luz, e inmediatamente después la fuente de esta aureola neblinosa se movió a través de la medianoche. Era un rayo de luz vertical que parecía flotar en el aire. El invisible portador de la linterna octogonal había cerrado todas las ventanillas menos una.

Mientras los dedos de Excorio apretaban con firmeza la empuñadura de la espada, la luz de la linterna llegó delante de él, y un instante más tarde ya había pasado, y en aquel preciso momento, la parte superior del voluminoso cuerpo de Vulturno se dibujó en la pálida luz amarilla. Era una silueta muy simple. Se encorvaba hacia arriba como una cúpula oscura. Parecía que le faltase la cabeza. Gacha y echada hacia adelante, así la tenía sin duda, a pesar de que esta postura parecía increíble en alguien cuyos rollos de grasa mantecosa llenaban todo el espacio entre el mentón y las clavículas.

Cuando Excorio consideró que la silueta estaba a unos doce pasos, empezó a seguirla. Así se inició el

primer episodio: la acechanza. Si alguna vez el hombre ha acechado a otro hombre, Excorio acechaba a Vulturno. Cabe preguntarse si comparado con los movimientos angulosos de Excorio, hay algún otro hombre en la tierra que pueda afirmar haber acechado alguna vez. Tendría que haberlo hecho con otra palabra.

La longitud y la forma de los miembros y articulaciones de Excorio, la particular anatomía de su cabeza, de sus manos y de sus pies, parecían haber sido hechas a propósito para esta única operación. Totalmente inconsciente de las posturas de arácnido con que movía el esqueleto, Excorio perseguía a la cúpula que se arrastraba furtivamente. Pues Vulturno estaba a punto de cazar a Excorio, o así lo creía, y aunque la presa no se encontraba donde él suponía, dos plantas más arriba, el chef avanzaba con el mayor sigilo posible. Al llegar al primer tramo de escaleras, dejaría con precaución la linterna junto a la pared, pues allí empezaba la hilera de velas, puestas en hornacinas a intervalos más o menos regulares y que proyectaban pálidos círculos de luz. Empezó a ascender.

Si Excorio acechaba, Vulturno *insinuaba*. Se insinuaba en el espacio. El cuerpo se le deslizaba, como un sabueso, de volumen de aire en volumen de aire, penetrándolos, llenándolos, y saliendo de ellos, uno a uno, con el lento e innoble vientre precediendo el avance horriblemente deliberado y potencialmente ágil de las piernas arqueadas.

Excorio no veía los pies de Vulturno, sólo la silueta de la cúpula, pero por la forma en que ascendía, comprendió que el chef se movía de escalón en escalón, el pie derecho precediendo siempre al izquierdo, que se arrastraba hasta colocarse junto a su compañero pisciforme. Trepaba con lentos y silenciosos espasmos, como los niños, los inválidos o las mujeres obesas. Excorio esperó a que doblara la curva de la escalera y estuviera en el primer rellano, y entonces subió de cinco en cinco los escalones de piedra.

Al llegar arriba del primer tramo, se asomó a la esquina de la pared, y ya no vio la silueta de su enemigo. Vio toda la mole, brillando a la luz de dos velas. En este punto, el pasillo era estrecho, y a cuarenta o cincuenta pies de allí se ensanchaba hasta tener las dimensiones de un vestíbulo, y de aquí el segundo tramo de escalera conducía al pasillo de lord Sepulcravo.

Vulturno, de pie, inmóvil, sacudía los brazos y parecía estar hablando con alguien. Excorio no alcanzaba a ver qué pasaba, pero al cabo de un rato oyó la voz del chef que decía:

—Sí, preciosidad mía, te dejaré toda roja y pegajosa. —Entonces, la confusa mole se volvió con dificultad en el reducido espacio del pasillo y Excorio vio el reflejo del acero, al que siguió enseguida una parte del mango y finalmente toda la hoja asesina del machete. Vulturno lo mecía en brazos como si estuviera amamantándolo.

—Oh sí, toda roja y pegajosa —dijo otra vez la voz blanda como musgo—, y luego te secaremos con un bonito pañuelo limpio. ¿Te gustaría que fuera de seda, preciosa mía? ¿Verdad que te gustaría? ¿Bien limpita para poder llevarte a la camita? ¿Cómo es que no contestas? Pero has aprendido lo que te ha enseñado papá, ¿verdad que sí? Claro que sí, papá te lo explica siempre todo, y lo hace porque eres una niña muy dispuesta y de inteligencia afilada, oh sí, muy afilada.

Y entonces, Excorio tuvo que oír el más repugnante ruido, como de algún vil animal con problemas gástricos. Vulturno se reía.

Excorio, aunque conocía el bajo mundo, fue incapaz de contenerse, y cayendo sobre el grueso vendaje de las rodillas, vomitó en silencio.

Secándose el sudor de la frente mientras se incorporaba, y asomándose otra vez a la esquina de la pared, vio que Vulturno había llegado al pie de la segunda escalera, donde se ensanchaba el pasillo.

Aunque menos fuerte, el sonido de la lluvia era aquí perpetuo, y en este mismo sonido, aunque distante, podía sentirse un peso poco natural. Era como si el castillo no fuera más grande que una calavera sobre la que se vaciaba rápidamente una cisterna de agua. Los terrenos de alrededor estaban ya inundados: los agujeros y las depresiones profundas como valles se habían convertido en lagos oscuros que crecían por momentos, doblándose y triplicándose a medida que confundían las desbordadas orillas.

Había ahora una mayor intimidad entre todo lo que estaba de pie, tumbado, arrodillado, apuntalado, arrinconado, escondido, expuesto, dispuesto, animado o inanimado entre las paredes del castillo. Una especie de reconocimiento desganado de la *proximidad* de una cosa con otra, de un ser humano con otro, a pesar de estar separados por gruesas paredes; de la proximidad de un reloj, una barandilla, un pilar, un libro o una manga. Excorio sentía en sí mismo esta horrible proximidad, en el hombro y en la mano. El derramamiento de un continente de cielo había encarcelado a los que estaban al abrigo de todo, salvo del ruido de la tormenta, envolviéndolos en una extraña hiperrealidad en la que no había distancias.

Pasando la noche en vela, pues era imposible poder dormir, no había nadie en este sombrío y ruidoso lugar que no hubiera meditado, aunque sólo fuera por un momento, en el hecho de que todo el castillo

estaba en vela. En todas las camas, con los ojos abiertos, yacían hombres y mujeres. Se veían unos a otros. Tenían conciencia de las presencias individuales y sólidas de todos los otros, no sólo a causa del aguacero abrumador, sino también por la creciente atmósfera de recelo, aunque nadie sabía exactamente de qué recelaba; sólo sabían que algo estaba cambiando, cambiando en un mundo en el que el cambio era un delito.

Por fortuna, Excorio no se había equivocado al confiar en el carácter reservado de *lady* Gertrude, que no había mencionado el destierro de Excorio; aunque el cuerpo del delito seguía sufriendo en el prodigioso pecho de la condesa.

Así pues, cuando Vulturno empezó a deslizar los pies de potaje por el mal iluminado pasillo de lord Sepulcravo, ignoraba que estaba acercándose a una oscuridad que ya no albergaba a Excorio, y que justo delante de la puerta no había más que sombras impenetrables. A la izquierda, una alta ventana había estallado con el viento, y por encima del rellano los pedazos de cristal brillaban tenuemente a la luz de una vela.

Excorio subió el segundo tramo de escalera, y a pesar de la tensión casi insoportable, sintió una punzada de placer irónico cuando vio el trasero de su enemigo que se bamboleaba en la oscuridad, buscando a quien lo acechaba.

Había un pequeño hueco en el pasillo, cerca de las escaleras, y Excorio lo alcanzó con dos zancadas. Desde allí podría observar la oscuridad a su izquierda. Era inútil seguir a su enemigo hasta la puerta del conde. Esperaría a que regresase. ¿Cómo podría el chef acertar el golpe en la oscuridad? Extendería el brazo a tientas hasta que el machete tocara la puerta, y retrocedería un paso. Luego levantaría el arma por encima de la cabeza, y mientras un gusanillo se le retorcía de delicia en el cerebro, dejaría caer el machete de doble mango, como una guillotina, con la gran hoja amolada hasta que el filo se había puesto a aullar. Mientras que la imagen de los movimientos de Vulturno se iluminaba en el interior del oscuro cráneo de Excorio, esos mismos movimientos ocurrían fuera. En el instante en que Excorio imaginaba la caída del machete, el machete cayó.

Las tablas del piso debajo de los pies de Excorio se levantaron de repente, y una ola de madera recorrió el pasillo de un extremo a otro y fue a morir en un acantilado de yeso. Curiosamente, fue la ondulación del suelo lo que hizo comprender a Excorio que el chef había asestado el golpe, pues en ese mismo momento el estruendo de un trueno apagó todos los otros ruidos.

Vulturno había dejado caer la hoja fría con tal concentración de entusiasmo, que la arrebatadora impresión de haber consumado al fin lo que tanto le importaba, le embotó momentáneamente el cerebro, y sólo cuando intentó desclavar el machete empezó a comprender que algo no funcionaba. Es cierto que había previsto que la hoja atravesara al «postrado» a sus pies como si éste fuera de mantequilla, a pesar de la constitución huesuda del hombre, pero no con *tanta* facilidad, *tanta* fluidez. Se preguntó si no habría afilado el machete hasta el extremo de haber hecho posible una nueva sensación, la de matar, como quien dice, sin darse cuenta, como la mortífera guadaña que siega las hierbas altas sin enterarse. No había tanteado con la punta del pie para comprobarlo, porque no se le había ocurrido pensar ni por un instante que quien se había tumbado allí noche tras noche durante más de doce años pudiera estar en otro sitio. Y de cualquier modo, esto tenía que haber despertado al larguirucho esqueleto. ¿Qué había fallado? El momento orgásmico tanto tiempo esperado se había desvanecido. Le costaba retirar el machete. Quizás se había incrustado entre las costillas. Vulturno empezó a deslizar las manos por el mango pulgada a pulgada, al tiempo que doblaba las rodillas y el tronco y forzaba a las masas de arcilla caliente y lampiña a redistribuir sus ondulaciones. Los dedos se le movieron inexorablemente hacia abajo, cada vez más impacientes por entrar en contacto con el cadáver. Sin duda ya estaban muy cerca del suelo, aunque sabía lo engañoso que puede ser el sentido de las distancias en una oscuridad cerrada. Y entonces, topó con el acero. Deslizando ávidamente las palmas por ambos lados de la hoja, emitió un repentino silbido, sonoro y mortífero, y soltando el machete, giró bruscamente como si tuviera a su enemigo pegado a los talones. Mirando a través del oscuro pasillo, escrutó el tenuemente iluminado rellano de la escalera. No parecía haber nadie, y tras unos momentos se secó las manos en las caderas, se volvió hacia el machete, y lo arrancó violentamente de las tablas.

Durante un rato se quedó tocando el arma desaprovechada, tiempo que sirvió a Excorio para concebir y poner en práctica una idea: se deslizó varios metros pasillo abajo hasta donde podía preparar una emboscada todavía más favorable, detrás de un combado tapiz. Al salir a la oscuridad (pues estaba fuera de la órbita de influencia de las velas) cayó otro relámpago y las llamas azules atravesaron la ventana rota, de manera que en el mismo preciso instante Vulturno y Excorio se sorprendieron mirándose de frente. La luz azulada los había aplanado como si fueran figuras de cartón, lo que en el caso del chef era de un efecto extraordinario. Parecía que alguna mente macabra lo hubiera recortado en una enorme hoja de papel azul

eléctrico del tamaño de una sábana. En los pocos segundos que duró el relámpago, los dedos y pulgares de Vulturno parecieron brillantes morcillas azules aferradas al mango del machete.

Excorio, que no daba la impresión de que fuera más voluminoso, produjo en Vulturno no tanto una sensación de horror como una nueva oleada de malevolencia. La idea de que había embotado el exquisito filo del machete golpeando tablas desexcoriadas, y que quien ahora tendría que estar en el suelo, partido en dos, estuviera allí en pie y de una sola pieza, insolentemente derecho bajo una especie de foco de escenario como prueba tangible de un grave error, lo afectó de un modo extremo, y un horrible sudor le brotó de los poros.

Se vieron así un momento, y la oscuridad volvió a cerrarse. Era como si hubiera caído el telón después del primer acto. Todo había cambiado. La cautela ya no bastaba. La astucia era lo más importante, y el ingenio estaba a prueba. Ambos habían creído que contaban con la iniciativa y el poder de la sorpresa, pero ahora, al menos durante unos instantes, ninguno aventajaba al otro.

Desde un principio, Excorio había planeado alejar al chef de la puerta de lord Sepulcravo, y si fuera posible atraerlo hacia el piso de arriba, donde, entre los maderos que apuntalaban el techo podrido y multitud de vigas caídas, se desmoronaba la Sala de las Arañas. Allí en un extremo se abría una ventana sobre una vasta terraza empedrada, bordeada por un parapeto de torretas. Se le había ocurrido que si arrebataba la vela que iluminaba la escalera, podría tal vez conducir allí a su enemigo. En cuanto volvió la oscuridad, se dispuso a poner esta idea en práctica, pero en ese momento se abrió la puerta de la habitación de lord Sepulcravo, y el conde, con una lámpara en la mano, salió al pasillo. Se desplazaba como si flotara. Una larga capa que le caía hasta los tobillos le ocultaba las piernas. Sin volver la cabeza a la izquierda ni a la derecha, avanzaba como el símbolo del dolor.

Vulturno, aplastándose todo lo posible contra la pared, se dio cuenta de que su señoría estaba dormido. Por un instante Excorio tuvo la ventaja de ver al conde y al chef sin que ellos lo vieran. ¿Adónde iba su amo? Durante unos instantes Vulturno no supo qué hacer, y para ese entonces el conde estaba ya casi delante de Excorio. El criado tenía ahora la oportunidad de atraer a Vulturno sin temor de que éste lo alcanzara o lo atacara por detrás, y deslizándose delante del conde, empezó a andar de espaldas por el pasillo, observando la confusa mole del chef por encima del hombro de su señoría. No olvidaba que en cualquier momento la lámpara del conde le iluminaría la cabeza, mientras que Vulturno estaría a oscuras, pero esta circunstancia no suponía ninguna ventaja para el chef. No se atrevería a tocarlo mientras temiera despertar al conde de Gormenghast.

Excorio retrocedía paso a paso y no podía, a pesar de intentarlo, mantener los ojos fijos en el enorme cocinero. La proximidad de la cara iluminada de su señoría lo obligaba a echarle de vez en cuando unas rápidas ojeadas. Los ojos redondos estaban abiertos y vidriosos. Tenía un poco de sangre en las comisuras de la boca, y una tez de palidez mortal.

Entretanto, Vulturno había acortado la distancia que lo separaba de lord Sepulcravo. Excorio y el chef se miraban fijamente por encima del hombro del conde. Los tres parecían moverse como una sola pieza. Muy distintos entre sí como individuos, eran colectivamente un todo compacto.

Lanzando un ojo por encima del hombro, como si el globo ocular fuera independiente de la cabeza que lo llevaba, Excorio vio que estaba a pocos pasos de la escalera, y la procesión inició la lenta ascensión del tercer tramo. Subiendo de espaldas, el que encabezaba la marcha se agarraba con la mano izquierda a la baranda de hierro. La espada le brillaba en la mano derecha, pues como en todas las escaleras de Gormenghast, había velas encendidas en cada rellano.

Cuando Excorio llegó al último peldaño, vio que el conde se había detenido, y por tanto también la horrible babosa que se arrastraba detrás de él.

La voz era tan suave que parecía brotar de la penumbra, una voz de indecible tristeza. En la mano apenas visible, la lámpara se estaba extinguiendo por falta de aceite. Los ojos miraban a través de Excorio, a través de la oscura pared, más y más allá, a un mundo de lluvia sin fin.

—Adiós —dijo la voz—. Todo es uno. ¿Por qué romper el corazón que nunca ha latido por amor? No lo sabemos, dulce muchacha. El tapiz cuelga; está tan lejos, tan lejos, mi hija sombría. Ah no, esta estantería no, esta tan larga no; es el trabajo de toda una vida lo que las llamas están devorando. Todo es uno. Adiós…, adiós.

El conde subió otro peldaño. Tenía ahora los ojos más redondos.

—Pero ellos me aceptarán. El hogar en que viven es frío; pero me aceptarán. Y quizá la torre esté forrada de amor, y cada sílex sea una fría estrofa azul de gozo; cada pluma, terrible; plumas, tinta y lino; cada garra, una gloria. —Con un tono infinitamente melancólico susurró—: Sangre, sangre y sangre y sangre, para vosotros, los silenciosos, toda, toda para vosotros. Vengo con vosotros y traigo mis ramas rotas.

Ella nunca fue mía. Sus cabellos, rojos como helechos. Ella nunca fue mía. Ratones, ratones; las torres se derrumban…, las llamas trepan. No hay trepador que pueda compararse con las ágiles llamas. Todo se ha acabado. Adiós…, adiós. Todo es uno, para siempre, el hielo y la fiebre. Oh, tú, el más abatido de los amantes, ya no volverás. Calla, ahora. Silencio pues, y que tu voluntad se cumpla. La luna para siempre; y los encontrarás a la entrada de las madrigueras. Vendrán grandes alas, grandes y silenciosas alas, silenciosas… Adiós. Todo es uno. Todo es uno.

Había llegado al rellano, y por un momento Excorio imaginó que iba a cruzar el pasillo hacia la puerta entreabierta de una habitación, pero giró a la izquierda. Hubiera sido posible, y de hecho hubiera sido más fácil correr hacia la Sala de las Arañas, pues lord Sepulcravo, flotando lentamente como un sueño, obstruía el paso a Vulturno, pero la idea repugnaba a Excorio. Abandonar a su dormido amo con un sanguinario chef detrás de él, le causaba tal horror que decidió continuar como hasta entonces su fantástica retirada.

Estaban aproximadamente a medio camino de la Sala de las Arañas cuando, sorprendiendo a Excorio y a Vulturno, el conde dobló de pronto a la izquierda y desapareció por una estrecha arteria de piedra tenebrosa. Lo perdieron de vista inmediatamente, pues el desfiladero torcía a la izquierda a los pocos pasos y la luz de la lámpara se había extinguido. La desaparición había sido tan súbita e inesperada que ninguno de los dos adversarios estaba preparado para saltar al vacío que había ahora entre ambos y atacar en la luz débil. Ésta era la región donde dormían los Fregones Grises, y un poco más lejos un candelabro roto pendía del techo. Excorio dio una brusca media vuelta y echó a correr hacia esta luz, mientras Vulturno, cuya frustrada ansia de sangre estaba madura como una granada, pensando que Excorio había huido por miedo, se precipitaba detrás de él con pasos horriblemente ágiles a pesar de que por un efecto de succión los pies planos se le pegaban al suelo.

Excorio rastrilló las losas de piedra con rápidas zancadas, pero al entrar en la Sala de las Arañas sólo le llevaba a Vulturno poco más de nueve pies. Sin perder un momento, se abrió paso por encima de tres vigas caídas, sacudiendo fantásticamente los largos miembros. Al llegar al centro de la habitación, se volvió y descubrió que la figura de su enemigo obturaba ya la puerta. Habían estado tan absortos en este juego de ingenio y de muerte que no se les había ocurrido preguntarse cómo era posible que pudieran verse en una sala que de costumbre estaba a oscuras. No había tiempo para las sorpresas. Ni siquiera se dieron cuenta de que la tempestad había agotado su furia y que ahora sólo se oía un zumbido pesado y lúgubre. Una tercera parte del cielo estaba libre de nubarrones, y en este tercio colgaba la jorobada luna, muy próxima y muy blanca. La luz entraba a raudales a través de una abertura en el fondo de la Sala de las Arañas. Más allá del boquete, la luna danzaba y brillaba sobre el agua siseante que había formado grandes lagos amurallados entre los techos. La lluvia lanzaba sus hilos de plata oblicuos y levantaba surtidores de mercurio al golpear el agua. La sala misma parecía un dibujo a tinta, negra, gris paloma y plata. Estaba abandonada desde hacía mucho tiempo. Vigas caídas y a medio caer se apoyaban o yacían en todos los ángulos posibles, y entre estas vigas, juntándose y colgando del techo del piso superior (derrumbado en gran parte), extendiéndose en todas direcciones, tensas o combadas, hundidas en la negra oscuridad, tremolando en la penumbra, o refulgiendo exquisitamente a la luz de la luna con un resplandor leproso y afiligranado, innumerables telarañas llenaban el aire.

Excorio se había abierto paso hasta el centro de la sala a través de unas lianas de telas sombrías, y ahora, al ver al cocinero en el marco de la puerta, se arrancó con la mano izquierda los filamentos neblinosos que le cubrían los ojos y la boca. Aun en esas zonas de la sala en las que no penetraban los rayos de luna, y donde meditaban las grandes tinieblas, unas hebras luminosas que parecían cambiar de sitio a cada momento intersectaban la oscuridad. El más leve movimiento de cabeza provocaba un repentino revuelo en las sombras, que se poblaban de hilos brillantes, desprendidos de la tela, desarticulados, milagrosos y fugaces.

Pero ¿cómo veían ellos esas cosas tan efímeras? Las telarañas eran para ellos pantallas que protegían o que ocultaban. Redes para cazar o para ser cazado. Éstas eran las características del campo de batalla de la Muerte. El cuerpo oscuro y sin luna de Vulturno en la puerta estaba atravesado por los brillantes radios y espasmódicos perímetros de una telaraña que pendía a medio camino entre él y Excorio. El centro de la telaraña coincidía con la tetilla izquierda de Vulturno. Las profundidades que separaban los relucientes filamentos de la figura del chef parecían abismales y prodigiosas. Podría haber pertenecido a otro mundo. La Sala de las Arañas bostezaba y se contraía, los hilos engañaban al ojo, las distancias, cambiando siempre, se desplegaban o replegaban junto con los ilusorios reflejos de la luna.

Vulturno examinó desde la puerta el cobertizo que el hombre flaco había elegido para protegerse los largos huesos. Aunque ofuscado por la malignidad, no subestimaba la astucia de su antagonista. Lo había atraído hasta allí por algún motivo. No era él quien había elegido el campo de batalla. Volvió los ojos a

derecha e izquierda, con el machete a punto delante de él. Tomó nota de los obstáculos: las vigas polvorientas y medio podridas, desplomadas aquí y allá, y las omnipresentes colgaduras de telarañas. No veía razón para que éstas lo perjudicaran más que al hombre a quien pensaba cortar por la mitad.

Excorio no había tenido nunca un motivo concreto al elegir la Sala de las Arañas. Quizás había imaginado en algún momento que podría moverse con mayor agilidad que Vulturno entre las telarañas y las vigas, pero al comprobar con qué rapidez el chef lo había seguido, esto ahora le parecía dudoso. No obstante, el hecho de haber conseguido atraer al enemigo al lugar que él, Excorio, había elegido, significaba que aún conservaba la iniciativa. Sintió que estaba un *pensamiento* por delante del cocinero.

Sosteniendo la larga espada delante de él, observó cómo la gran criatura se aproximaba. Vulturno apartaba las telarañas a golpes de machete con los ojos clavados en Excorio, balanceando la cabeza de un lado a otro para ver mejor. De pronto se detuvo, y sin apartar la mirada de Excorio, empezó a arrancar los filamentos que se habían adherido a la hoja y el mango del arma.

Reemprendió la marcha, despejando el terreno con amplios movimientos del machete y pisando con cuidado las vigas desplomadas. En un momento pareció que iba a detenerse otra vez para limpiar la hoja, pero cambió de idea y avanzó como si nada le cerrara el paso. Parecía haber decidido que reacondicionarse el cuerpo y limpiar el arma continuamente durante este duelo sanguinario era desaconsejable, inoportuno, y también un insulto a la ocasión.

Así como los piratas, chapoteando en los calientes bajíos, tienen que combatir cara a cara sofocados por las olas, cegados por el sol, atormentados por las moscas y con la frente perlada de sudor, también aquí las vigas cerraban el paso, la luz de la luna engañaba a los ojos y las telarañas rancias eran un impedimento. Pero había que ignorarlos, había que ignorar los filamentos que cosquilleaban la cara y se pegaban alrededor de la boca y los ojos. Había que ignorar que aunque los hilos plateados envolvían el acero desnudo con una membrana de recién nacido, y colgaban como guirnaldas tropicales entre la espada y la mano, la mano y el codo, el codo y el cuerpo y los miembros se movían con la libertad de siempre. Nada impediría la velocidad del machete. El secreto consistía en *ignorar*.

Así pues, Vulturno continuaba avanzando, creciendo con cada paso diestro y silencioso y pareciéndose más y más a una vaca marina que se desliza entre las algas grises de las profundidades abisales. Pisando de pronto un rayo de luna, el chef se inflamó en una red de filamentos. Miró a través de la malla reluciente. Él mismo era una telaraña.

Toda su atención estaba puesta en un único propósito: matar. Apartó de su mente canalizada todo lo que era irrelevante. El gran jamón que tenía por cara le cosquilleaba como atacado por una nube de insectos, pero en su cerebro no había lugar para los mensajes que presumiblemente le enviaban las terminaciones nerviosas: tenía el cerebro lleno. Lleno de muerte.

Excorio vigilaba cada uno de los pasos de Vulturno doblando la larga espalda hacia adelante como un pino inclinado. Mantenía la cabeza agachada, quizás dispuesto a emplearla como ariete, y doblaba ligeramente las acolchadas rodillas. Las tiras de tela eran ahora inútiles, pero no tenía tiempo para desenrollarlas. El cocinero estaba a menos de siete pies, detrás de una viga caída. A unos dos metros a la izquierda de Vulturno, uno de los extremos de la viga se hundía en el polvo, pero un desvencijado baúl de hierro la sostenía aproximadamente por el centro, y el otro extremo se elevaba unos tres pies, envuelto en telarañas ahogadas de moscas.

Vulturno se encaminó hacia el soporte de esta viga, golpeando los afiligranados rayos de luna que se combaban y resplandecían sobre sus piernas. Las huellas que había dejado atrás, desde la puerta hasta la viga, eran un visible cañón de sueño, abierto entre dos paredes de telarañas. Ahora, de pie detrás del viejo baúl, se había acercado tanto que casi podía tocar a Excorio extendiendo el brazo que blandía el machete. El aire entre ellos parecía un poco más despejado. Nunca habían estado tan próximos como ahora en el transcurso de esta lluviosa noche. La espantosa y palpable proximidad que sólo puede sentirse cuando hay odio mutuo. Los propósitos de los dos, particulares e inmediatos, eran idénticos. ¿Qué otra cosa tenían en común? Nada más que la Sala de las Arañas alrededor, las telarañas, las vigas, el mudo juego escénico de la luna adornada de lentejuelas y el tamborileo de la lluvia.

En cualquier otro momento, el chef hubiera dado rienda suelta a su prolífico ingenio. Se hubiera mofado de la larga figura agazapada delante de él. Pero ahora que el derramamiento de sangre era inminente, ¿qué más daba si exasperaba o no a su adversario? Recurriría al ingenio de manera más concreta. Refulgiría, pero como una hoja acerada. Y su insulto final sería que Excorio no pudiera distinguir un insulto de una chuleta de cordero. Al menos sería difícil que pudiera distinguirlos, con el cuerpo partido en dos.

Durante un instante, ambos se hamacaron levemente sobre las puntas de los pies. Adelantando la espada, Excorio empezó a desplazarse de costado hacia la viga, a la izquierda, presumiblemente con la

intención de acortar distancias. A medida que Vulturno volvía los ojitos a la derecha para seguir los movimientos de su enemigo, advertía que el espeso entramado de viejas telarañas le impedía ver con claridad, y que por tanto sería imprudente quedarse donde estaba. En un santiamén, dio un paso de lado hacia la izquierda y volvió los ojos también a la izquierda. Excorio se escurrió inmediatamente hacia él, mirando a través del manto de espesas telarañas que le cubría a medias el rostro. Tenía la cabeza justo encima del extremo más bajo de la viga. La rápida ojeada de Vulturno hacia la izquierda había sido fructífera: el extremo levantado de la viga era el primer aliado que encontraba en esta sala de obstáculos. Cuando miró de nuevo a su flaco enemigo, frunció los labios gruesos. En cuanto a si esta obscenidad muscular podía ser calificada de «sonrisa», no lo sabía, ni le importaba. Excorio estaba agachado exactamente en el lugar donde había planeado atraerlo. Tenía la barbilla echada hacia adelante, como si hubiera adquirido este hábito sólo para complacer al chef. No había tiempo que perder. Vulturno estaba a tres pies del extremo de la viga cuando dio un salto. Durante un momento hubo tanta carne y sangre en el aire que una estrella cambió de color bajo los anillos de Saturno. Vulturno no aterrizó sobre los pies. No lo había intentado. Lo que quería era dejar caer todo el peso del cuerpo sobre la cabeza de la viga. Lo dejó caer; al asestar el golpe con el bajo vientre, el otro extremo de la viga brincó como si estuviera vivo, y golpeando a Excorio por debajo de la estirada mandíbula, lo alzó tan alto como era, antes de que se desplomara como un peso muerto.

El chef se incorporó grotescamente, ansioso por alcanzar enseguida el cuerpo de su víctima. Ahí estaba, tendida en el suelo, con la chaqueta levantada hasta los sobacos, dejando un flaco costado al descubierto. Vulturno alzó el machete. ¡Hacía tanto tiempo que esperaba! Muchos, muchos meses. Levantó los ojos hacia el arma envuelta en telas grises, y en ese momento el párpado izquierdo de Excorio tembló, y a continuación enfocó al chef, observándolo a través de las pestañas. En ese horripilante momento, no tenía fuerzas para moverse. No podía hacer otra cosa que observar. El machete estaba alzado, pero ahora vio que Vulturno miraba burlonamente la hoja, con las cejas levantadas. Entonces oyó la voz esponjosa por segunda vez esa noche.

—¿Quieres que te limpie, preciosa mía? —decía la voz, como segura de que obtendría una respuesta de la brutal hoja de acero—. ¿Verdad que te gustaría que te limpiara antes de la cena? Claro que sí. ¿Te gustaría meterte en un baño calentito con todas las ropas puestas, eh? Sí, sí, mi capullito, enseguida te limpiaré. Primero te frotaré la cara, cariño, hasta que quede tan azul como la tinta, y así podrás tomar tu biberón. ¿Verdad que sí? —Se llevó la finísima hoja de metal al pecho—. Es lo que mejor te irá para la sed, amor mío. El último trago antes de acostarte.

Tras unos instantes de gorgoteo gástrico, Vulturno empezó a arrancar las telarañas de la hoja del machete. Estaba a unos dos pies de la postrada figura de Excorio, medio dentro y medio fuera de la luz lunar. La línea de demarcación le atravesaba el costado desnudo. Era una suerte para él que fuera la mitad superior la que estaba en sombras y que casi no se le viera la cabeza. Observando la mole que tenía encima, vio que Vulturno había acabado de quitar las telarañas del arma y le miró con atención la parte superior de la cara. Estaba velada, como el resto de la cara y el cuerpo, con aquellas telas ubicuas, pero parecía que por encima de la oreja izquierda había también otra cosa. Vulturno estaba tan acostumbrado al cosquilleo de los filamentos en la cara y a los cientos de comezones en la piel que no había advertido que una araña se le había aposentado sobre el ojo derecho. Había aceptado esa ceguera parcial como parte del engorro de tener la cabeza cubierta con un manto de telarañas. Desde donde estaba tumbado, Excorio veía claramente la araña, pero lo que descubrió ahora fue providencial. Era la hembra de la araña. Había emergido del nido de hebras grises encima de la oreja izquierda y se movía, pata tras pata, con pasos largos y finos. ¿Iba en busca de su esposo? Si era así, estaba bien orientada, pues se encaminaba directamente hacia él.

Vulturno pasaba la mano por la cara de acero del arma. Estaba desnuda y dispuesta. Poniendo los grasosos labios sobre la hoja, besó el acero refulgente, y retrocediendo medio paso, levantó el machete con ambas manos agarrando el doble mango muy por encima de su cabeza agachada. Estuvo así un rato de puntillas, y de repente se quedó ciego. El ojo izquierdo tenía problemas con una araña hembra. Se le había instalado en el centro del ojo y disfrutaba con el bamboleante movimiento de la órbita que tenía debajo. Éste era el momento preciso que Excorio había estado esperando desde que descubriera el insecto unos segundos antes. Le parecía haber estado tumbado a merced del mortífero machete durante una hora por lo menos. Ahora era el momento, y agarrando la espada que había caído al suelo junto con él, rodó con gran rapidez por debajo del vientre del cocinero, lejos del machete.

Vulturno, sudando de irritación, interrumpido por segunda vez en este asunto del clímax, imaginaba sin embargo que Excorio continuaba postrado en el suelo. Si hubiera asestado el golpe a pesar de las arañas que tenía en los ojos, es muy probable que Excorio no hubiera podido escapar. Pero Vulturno hubiera

considerado que una carnicería a ciegas era un triste final después de todo el trabajo que se había tomado. Delante de la puerta de lord Sepulcravo había sido diferente, pues de cualquier modo allí no había luz. Pero aquí, con una hermosa luna para iluminar la tarea, no era ni el momento ni el lugar para estar a merced de los caprichos de una araña.

Por tanto, bajó el machete hasta el pecho, y alzando la mano derecha se quitó los insectos de los ojos. Había empezado a levantar otra vez el arma, cuando advirtió que su víctima se había esfumado. Giró sobre los talones, y sintió de pronto un dolor lacerante en la nalga izquierda y una sensación de quemazón en un lado de la cara. Chillando como un cerdo, se volvió bruscamente y se llevó un dedo al lugar donde debía de haber tenido una oreja. Había desaparecido. Excorio la había arrancado de cuajo, y el cartílago se balanceaba en el fondo de la habitación en una hamaca de telarañas a un palmo del suelo. ¡Ni el más indolente de los voluptuosos se había mecido nunca con la languidez de esta carne deshuesada!

Un rayo de luna que caía sobre el lóbulo sanguinolento se retiró diplomáticamente, y la oreja desapareció en la discreta oscuridad. Excorio había asestado, en rápida sucesión, un golpe de estoque y otro de tajo. El segundo no había alcanzado el cráneo, pero había hecho correr la primera sangre. En realidad, la primera y la segunda, pues la nalga izquierda de Vulturno sangraba copiosamente. Una isla estaba revelándose poco a poco, una isla roja que asomaba en la inmensidad blanca de la tela. Los contornos de la isla cambiaban de continuo, pero cuando el eco del grito del chef se apagó al fin, se parecía mucho al ala invertida de un ángel.

Los golpes no habían sido más que una pequeña sangría. Sólo clavándole una pértiga o dos hubiera podido conseguirse que la vasta extensión de Vulturno fuera carne vulnerable. La profusa hemorragia no demostraba gran cosa. Tenía sangre suficiente como para revitalizar a todo un ejército anémico y enfriar los cañones con lo que quedara. Colocados uno tras otro, sus vasos sanguíneos hubieran podido enroscarse como una enredadera de Virginia alrededor de la Torre de los Pedernales y volver a bajar hasta medio camino; un hogar ideal para un vampiro sin hogar.

Sea como fuere, Vulturno sangraba, y el rencor calculado y frío había dado paso a una furia convulsiva que no tenía relación con el pasado. Hervía con rabia de *ahora*, y hundiéndose en las telarañas de alrededor, el chef asestó a Excorio un largo golpe de guadaña. Se había movido con una velocidad sorprendente, y si los brillantes filamentos no hubieran falseado las distancias y el golpe no hubiese sido prematuro, es probable que todo hubiera terminado y sólo faltara deshacerse del cadáver. De todas maneras, el silbido del acero y la ráfaga de aire fueron suficientes para ponerle los pelos de punta a Excorio y desencadenar una horrible vibración sonora. Sin embargo, Excorio se recuperó casi enseguida de la sorpresa y devolvió el golpe a Vulturno, quien por un momento perdió el equilibrio, alcanzado en la especie de abultado travesaño que tenía por hombro.

A partir de entonces, las cosas se sucedieron rápidamente, como si todo lo que había pasado antes no hubiera sido más que un simple preámbulo. Aunque con un nuevo dolor en el hombro, Vulturno se recuperó del tropiezo de haber fallado el golpe, y sabiendo que con el machete extendido llegaba más lejos que su contrincante, agarró el arma por el extremo del mango y se puso a girar, moviendo los pies con horripilante rapidez debajo del vientre, no sólo con una especie de complicado paso de danza que hacía que el cuerpo diese vueltas y vueltas a gran velocidad, sino de una manera que lo acercaba cada vez más a Excorio. Entretanto, el machete extendido delante giraba cantando. Las telarañas que aún quedaban en el centro de la sala caían al paso de este tremendo ciclón moteado de luna. Excorio, por el momento paralizado, observaba con fascinado horror la continua sucesión de caras provocadas por los rápidos giros de Vulturno: tenía cientos de caras; aparecían y reaparecían a gran velocidad (con igual número de vistas posteriores de la enorme cabeza, mechadas, literalmente, con caras mantecosas). El acero zumbaba cada vez más cerca. La rotación era demasiado rápida para que Excorio pudiera atacar a Vulturno entre ciclo y ciclo. Pero aunque el chef se detuviera, no estaría al alcance de Excorio, que cedía terreno.

Mientras retrocedía se dio cuenta de que estaba siendo arrinconado hacia una esquina de la sala. Vulturno se abalanzaba sobre él como en una pesadilla. Aunque la mente del chef seguía funcionando, la perfección física del movimiento de los pies y de las vueltas del acero tenía una cualidad de trance que por su misma perfección se había convertido en algo autónomo, que no necesitaba de nadie. Era difícil imaginar cómo iba a pararse la gran peonza blanca.

De pronto, Excorio tuvo una idea. Como si quisiera protegerse de la amenaza del acero, retrocedió más y más hacia el rincón, hasta que la encorvada espina dorsal tocó el ángulo de las dos paredes. Habiéndose acorralado por voluntad propia, pues si se lo hubiese propuesto habría tenido tiempo de saltar a la lluvia por el boquete de luz de luna, se irguió cuán largo era, el espinazo apretado contra el ángulo recto de las paredes y la espada apuntando a los pies, y aguardó.

El machete guadaña se aproximaba por momentos. A cada instantánea de la giratoria cara de Vulturno, Excorio veía los ojitos inyectados de sangre clavados en él. Eran como coágulos de odio; el chef tenía todos los pensamientos y fibras tan concentrados en la muerte de Excorio que mientras zumbaba acercándose, había perdido el sentido común y ocurrió lo que Excorio había esperado. El arco del largo acero era tan amplio que el extremo izquierdo y el extremo derecho estuvieron de pronto a unos pocos centímetros de las paredes adyacentes, y en la vuelta siguiente mellaron el yeso, hasta que por último Vulturno creyó ver que las paredes saltaban hacia él, y sintió un dolor agudo en las palmas y antebrazos, pues acababa de decapitar una buena parte de la pared desmoronada. Excorio, con la espada aún adosada a la pierna, y la punta junto al zapato, no estaba en condiciones de recibir el impacto del cuerpo de Vulturno que se le venía encima. La interrupción del movimiento giratorio había sido tan súbita y brutal que como un motor destrozado, sin ritmo ni propósito, Vulturno se hundió de alguna manera dentro de su propio pellejo, mientras se desplomaba hacia adelante. Si Excorio no hubiera estado tan flaco y no se hubiera empotrado tanto en el rincón, sin duda hubiera muerto asfixiado. Aún ahora, la presión de las ropas húmedas y sucias de telarañas de Vulturno sobre la cara, lo obligaban a respirar con jadeos cortos y dolorosos. Tenía los brazos pegados a las piernas y el rostro aplastado; no podía hacer nada. Pero los efectos del impacto estaban desvaneciéndose, y como si acabara de recuperar la memoria, Vulturno se incorporó a medias en el rincón, bamboleándose como un borracho. Excorio no podía utilizar la espada a tan corta distancia, pero consiguió escabullirse rápidamente a lo largo de la pared de la izquierda, y después de volverse estaba a punto de dar una estocada en las costillas de Vulturno, cuando su enemigo se alejó tambaleándose en una serie de grandes curvas de ebrio. El vértigo que aún tenía después de los giros le fue de gran provecho entonces, pues así, dando tumbos por la Sala de las Arañas, era un blanco imposible para todo excepto una mera sangría.

Y Excorio aguardaba. Tenía conciencia de un malestar doloroso en la nuca. Había crecido cuando el efecto inmediato del golpe en la mandíbula empezaba a disiparse. Ansiaba desesperadamente que todo acabara de una vez. Sentía de pronto una terrible fatiga.

Vulturno, en cuanto la habitación dejó de girar a su alrededor y recobró el sentido del equilibrio, atravesó la sala con una determinación mortífera, aunque el machete le temblara en la mano. El sonido de sus pisadas sobre la madera sobresaltó a Excorio, que echó una rápida ojeada por encima del hombro al claro de luna. La lluvia había cesado, y salvo el melancólico susurro de los techos goteantes de Gormenghast, había un gran silencio.

Excorio había comprendido de pronto que el golpe final, el golpe decisivo, el golpe mortal no podía ocurrir en la Sala de las Arañas. Sin esta convicción hubiera atacado a Vulturno mientras se apoyaba en la pared del fondo, todavía aturdido. Pero se quedó de pie junto a la abertura de luz de luna, una escuálida figura con las rodillas deformadas por los gruesos vendajes de tela, y aguardó a que el chef se acercase mientras se frotaba las vértebras del cuello dolorido con los dedos largos y huesudos. Y entonces vino la embestida. Vulturno arremetió contra él con el machete en alto, el lado izquierdo de la cabeza y el hombro izquierdo relucientes de sangre, dejando detrás una estela roja. Justo delante de la abertura había un zócalo de seis pulgadas en el que terminaba el suelo. Más allá la pared caía en vertical unos tres pies hasta un terrado amurallado y rectangular. Esta noche no había tal caída, pues un gran lago de agua de lluvia subía hacia el suelo polvoriento de la sala. Alguien que desconociera el lugar, podría pensar que el lago iluminado por la luna tenía una gran profundidad. Excorio pasó de espaldas por encima del zócalo, y al bajar el pie por el otro lado, levantó una fuente de espuma de color amarillo limón. Casi enseguida, retrocedía con sus largas patas de araña por un agua tibia como té. El aire, a pesar del aguacero, seguía siendo tan opresivo como siempre. El terrible peso del calor no se había dispersado.

Entonces ocurrió algo horrible: Vulturno, que lo seguía a toda velocidad, tropezó con el zócalo, e incapaz de frenar su ímpetu, se precipitó como una avalancha en el agua tibia. El machete se le escapó de la mano, y girando a la luz de la luna cayó como un tizón encendido en el lejano y dorado silencio del agua. Vulturno, boca abajo y revolcándose como un monstruo marino, intentaba ponerse de pie. Excorio llegó junto a él en el preciso momento en que el chef, con un titánico esfuerzo, retorcía el tronco y encontraba un punto de apoyo momentáneo; pero enseguida volvió a perderlo, y contorsionándose alrededor, cayó otra vez, ahora de espaldas en el agua, y allí se quedó flotando mientras agitaba furiosamente brazos y piernas en medio de remolinos que se propagaban en todas direcciones hasta los bordes más alejados. Durante un momento, consiguió respirar, pero sólo él hubiera podido decir si esta ventaja compensaba tener que ver el elevado y oscuro cuerpo de su enemigo con los brazos en alto, agarrando con ambas manos la empuñadura de la espada, y apuntándole a la base de las costillas. El agua de alrededor estaba enrojeciendo, y los ojos del chef, como dos canicas de cartílago, rodaron a la luz de la luna cuando la espada se hundió

profundamente. Excorio no se molestó en retirarla. La espada quedó allí como un mástil de acero cuyas velas hubieran caído sobre la cubierta, como si tuvieran vida propia, independiente de la marea o el viento, y brincaran y se agitaran en una desagradable turbulencia. En lo alto del mástil, en la empuñadura circular, como un nido de cuervos, no había ningún vigía pirata. Excorio, apoyado contra el muro exterior de la Sala de las Arañas, con el agua hasta las rodillas, observaba entornando los ojos los últimos estertores de la muerte cuando oyó un sonido por encima de él. Con un escalofrío de carne de gallina, apartó la mirada y se encontró delante de una cara, una cara que sonreía en la luz plateada de las profundidades de la sala. Los ojos eran circulares y la boca se abría, y cuando el silencio lunar descendió como para siempre en una vasta sábana blanca, el prolongado grito de un búho de la muerte la desgarró como si fuera de calicó, de extremo a extremo.

DESAPARECIDOS

EN LOS AÑOS VENIDEROS, Excorio se sobrecogería casi todos los días al recordar lo que ocurrió inmediatamente después. Volvía a él como recurren los sueños, de repente y sin que nadie los llame. El recuerdo era siempre fantasmagórico, pero no menos que las horas que siguieron a la muerte de Vulturno; horas que parecían salir de un monstruoso reloj sobre cuya esfera, como en la cara de un tambor, estuviese estirada la piel del cocinero muerto, un reloj cuyas manecillas dejaban un rastro de sangre a través de los largos minutos mientras se movían en un trance circular. Excorio se movía con ellas.

Recordaba al conde, despierto en la ventana; sostenía en la mano el bastón de pomo de jade, y se metía en el lago de lluvia. Al tocar al chef con la puntera, el cadáver se había retorcido un instante y luego se había estirado como si estuviera vivo y quisiera quedarse allí contemplando la luna. El conde le había cerrado los ojos, moviendo los pétalos de pulpa sobre los respectivos globos sanguinolentos.

—Excorio —había dicho lord Sepulcravo.

—¿Señoría? —contestó el criado con voz ronca.

—No ha respondido a mi saludo.

Excorio no entendía. ¿Saludo? El conde no le había hablado. Luego recordó el grito del búho. Se estremeció.

Lord Sepulcravo golpeó con el bastón la empuñadura de la espada-mástil.

—¿Cree que lo disfrutarán? —dijo, separando los labios lentamente—. Habrá que llevarlo hasta ellos. Es lo menos que podemos hacer.

Sobre la pesadilla que siguió entonces baste decir que las largas horas de esfuerzos culminaron en la Torre de los Pedernales, a la que habían arrastrado el cuerpo después de hacerlo pasar por una brecha en las almenas. A través de esta brecha se vaciaba el lago, y Vulturno había descendido a la luz de la luna por una centelleante cascada de doscientos pies de altura; habían encontrado el cuerpo en la grava húmeda como un pellejo reventado y borboteante del tamaño de una sábana. Consiguieron una cuerda y un gancho y llevaron a cabo la interminable tarea.

El blanco silencio era aterrador. La luz de la luna era una capa de escarcha sobre la Torre de los Pedernales. El casco de la biblioteca brillaba en la lejanía, más allá de la larga hilera de salas ruinosas, pabellones y estructuras abovedadas. A la derecha, los iluminados bosques de pinos estaban atravesados por líneas de medianoche. Esparcidas en el suelo, alrededor, había unas cuantas piñas, como tallas de marfil, que las sombras sujetaban a la tierra pálida.

Lo que antaño fuera Vulturno relucía.

Y el conde había dicho:

—Excorio, ha llegado mi hora. Tiene que marcharse de aquí, Excorio. Tiene que alejarse. Ha llegado la hora de mi reencarnación. Tengo que quedarme a solas con él. La gloria de usted es haberlo matado. La mía será entregárselo a *ellos*. Adiós, mi vida comienza. Adiós…, adiós.

Se había ido, sujetando todavía la cuerda, y Excorio se había alejado hacia el castillo medio corriendo medio andando, mirando atrás por encima del hombro, temblando de pies a cabeza. Cuando se detuvo, el conde estaba junto a la abertura devorada por el tiempo, al pie de la torre, arrastrando el reluciente regalo.

Un momento más tarde, había desaparecido, y el peso aplastado onduló al deslizarse sobre los tres peldaños que conducían a la entrada corroída, mostrando borrosamente la forma de los escalones.

Todo empezó a dar vueltas: la torre, los pinos, el cadáver, la luna, e incluso el inhumano grito de dolor que saltó a la noche desde la garganta de la torre, no el grito de un búho sino de un hombre a punto de morir. El eco seguía resonando y el flaco y extenuado criado cayó desmayado a medio camino mientras el

cielo por encima de la torre palidecía con los iluminados cuerpos de los búhos que giraban alrededor; y en la entrada de la torre hubo un gran desorden de plumas, picos y garras, pues los dos restos incongruentes empezaban a ser devorados.

LAS ROSAS ERAN PIEDRAS

SOLO, EN MEDIO DEL BOSQUE RETORCIDO, como si él mismo fuera una rama, inquieto entre los arraigados árboles, se movía rápidamente, y el ruido de sus rodillas era cada día más familiar para los pájaros y las liebres.

Rayado con franjas de sol allí donde la arboleda era menos frondosa, y oscuro como las mismas sombras donde el sol no penetraba, se movía como si alguien lo persiguiera. Había dormido tanto tiempo en el pasillo frío y tenebroso que al principio, al despertarse por la mañana sin ninguna protección contra el alba, o al echarse a dormir, indefenso frente al crepúsculo y la oscuridad, no podía evitar sentirse desnudo y vulnerable. La naturaleza, parecía, era inmensa como Gormenghast. Pero con el paso del tiempo, aprendió a descubrir los más secretos atajos de las colinas y los montes, de las escarpas y los pantanos, a seguir el sinuoso curso de los ríos y los afluentes bordeados de hierbas.

Se daba cuenta de que aunque el crudo dolor por el mundo que había perdido seguía en él, los esfuerzos a que lo obligaba la necesidad de sobrevivir y el acopio de ingenio que este tipo de vida requería tenían sus compensaciones. Día a día aprendía a desenvolverse en este nuevo mundo. Se sentía orgulloso de las dos cuevas que había descubierto en las laderas de la montaña de Gormenghast. Las había desembarazado de rocas y matas. Había construido los hornos de piedra y las mesas de roca, las vallas a la entrada para desanimar a los zorros, y las camas de follaje. Una se encontraba al sur, en los lindes del territorio inexplorado. Era la más remota, y le estremecía los huesos, pues la montaña se interponía entre él y el distante castillo. La segunda cueva estaba en la ladera norte, y aunque algo más pequeña, resultaba más accesible en las noches lluviosas. Pero la vivienda primera y principal era una choza que había levantado en un claro del Bosque Retorcido. Estaba orgulloso de su creciente habilidad en la caza de conejos y de sus éxitos con la red que tan pacientemente había anudado con fibras de raíces. Era una delicia saborear el pescado que preparaba y comía a solas en la sombra de la choza. Los largos atardeceres eran como eternidades doradas; sofocantes y silenciosos aparte de algún aleteo ocasional o el grito de un ave de paso. Un riachuelo que era casi un cauce seco fluía por delante de la puerta y desaparecía hacia el sur en las sombras del sotobosque. Él amor de Excorio por este claro secreto que había elegido creció junto con un instinto silvestre que quizá llevaba latente en la sangre y con la satisfacción de tener algo propio, una choza que había construido con sus propias manos. ¿Era esto rebeldía? No podía saberlo. Al acabar el día, se sentaba en la puerta con las rodillas bajo el mentón y las huesudas manos agarradas a los codos, y miraba delante de él con aire meditativo (con aire malhumorado, hubiera pensado un extraño) cómo las sombras se alargaban pulgada a pulgada. Repasaba entonces mentalmente toda la historia de Gormenghast tal como la había vivido. El recuerdo de Fucsia, ahora que ya no podía verla, era doloroso, pues la echaba de menos de un modo que antes no hubiera creído posible.

Pasaron las semanas, y se hizo más hábil, y ya no tenía que quedarse medio día a la entrada de las madrigueras con un palo en la mano; ni perder largas horas junto al río, pescando en los sitios menos promisorios. Ahora podía dedicar mucho más tiempo a preparar la cabaña para el otoño ya cercano y el invierno inevitable, a explorar nuevos territorios y a meditar a la luz del sol poniente. Era sobre todo en estos momentos cuando le volvía la horrible pesadilla. La forma de una nube en el cielo, una simple cucaracha roja, cualquier cosa podía despertar súbitamente el horror; entonces, se clavaba las uñas en las palmas de las manos mientras el recuerdo del asesinato y la posterior muerte del conde le decoloraban el cerebro.

Pocos eran los días en que no escalaba las estribaciones de la montaña, o no iba al linde del Bosque Retorcido para ver la larga y quebrada línea de la espina dorsal de Gormenghast. La prolongada soledad le hacía pensar que no había otra realidad que la del bosque, y a veces se encontraba corriendo desgarbadamente por entre los troncos, temiendo de pronto que Gormenghast no existiese, que él lo hubiera

soñado todo, pensando que él no pertenecía a ningún sitio ni a nada y que era el único hombre vivo en un sueño de ramas interminables.

La visión de ese quebrado horizonte, tan íntimamente ligado a sus primeros recuerdos, le aseguraba que aunque él estuviese desterrado y abandonado, lo que había dado propósito y orgullo a su vida seguía allí, y que no era sueño ni fábula sino tan real como la mano con la que se protegía los ojos: una realidad de piedra inmemorial, donde vivía, donde moría y donde ahora acababa de rebrotar la noble dinastía de los Groan.

En uno de esos atardeceres, después de haber escudriñado un rato el castillo, echó una última mirada a las coruscantes casas de barro, e incorporándose empezó a desandar el camino de vuelta. Pero de repente cambió de opinión, retrocedió un centenar de pasos, giró a la izquierda y penetró con asombrosa rapidez en un valle de espinos en apariencia impenetrable. Estos árboles achaparrados pronto dejaron sitio a unos arbustos dispersos; unas pocas hojas —muchas habían caído con la sequía— colgaban de las ramas frágiles gracias al agua tardía proporcionada a las raíces por la tormenta de la noche del crimen. El perfil del valle se veía ahora más claramente, y cuando Excorio acabó de atravesar la última barrera de arbustos, unas pendientes cenicientas se elevaron a los lados; la hierba era lisa y fláccida como una melena, y no había ni una pálida brizna levantada en el aire inmóvil. Descansó en la cálida pendiente de la derecha. Tenía las rodillas levantadas (pues los ángulos eran intrínsecos a su estructura, tanto en actividad como en reposo) y contemplaba distraídamente el brillo de la hierba por encima del brazo extendido.

No descansó mucho rato, ya que deseaba llegar a la cueva norte antes que anocheciese. No había estado allí desde hacía algún tiempo, y había cedido a este repentino antojo con una especie de placer aciago. El sol estaba ya muy alejado del cenit, suspendido en la bruma, a unos cuantos grados por encima del horizonte.

El panorama desde la cueva norte era insólito, y transmitía algo que en la imaginación de Excorio no podía ser otra cosa que placer. En esta nueva y extraña existencia, en esta vastedad tan alejada de pasillos y salas, de bibliotecas incendiadas y cocinas húmedas, estaba siempre descubriendo cosas que despertaban en él una nueva sensación, un interés por los fenómenos que nada tenía que ver con la obediencia y el ritual, algo que Excorio esperaba no fuera una herejía: las múltiples formas de las plantas y las diferentes texturas de las cortezas de los árboles, la diversidad de peces y pájaros y piedras. Por temperamento, no era hombre que reaccionara con entusiasmo ante la belleza, pues ni siquiera se le había ocurrido pensar alguna vez en la belleza como tal. No era propio de él pensar en conceptos. Su placer era de un tipo más austero y práctico; pero había algo más. Cuando un rayo de luz caía sobre una zona oscura, levantaba los ojos al cielo buscando la fisura por la que se había metido el sol. Luego, satisfecho, volvía los ojos al juego de los rayos de luz, y los contemplaba un buen rato. No es que pensara que fueran dignos de atención; imaginaba más bien que algo raro le sucedía a él por perder el tiempo de manera tan poco provechosa. Pasaron los días y descubrió que se desplazaba de aquí para allá por toda la región para estar así a tiempo en algún sitio y observar a las ardillas en los robles al mediodía, el regreso de los grajos, o la muerte del día desde alguna atalaya recién descubierta.

Y esta noche tenía ganas de observar los peñascos mientras se ennegrecían contra el sol poniente.

Tuvo que andar todavía una hora para llegar a la cueva norte, y estaba cansado cuando se quitó la camisa harapienta y apoyó la espalda contra la fresca pared exterior. Había llegado justo a tiempo, pues el círculo, como un plato de oro en equilibrio sobre el borde, estaba posado en los peñascos más septentrionales de la montaña de Gormenghast. Alrededor, el cielo era de color rosa viejo, translúcido como el alabastro, aunque suntuoso como carne. Y maduro. Maduro como una piel suave o un fruto pesado, pues no era éste un experimento escolar sobre el ilimitado esplendor; la impalpable puesta de sol era algo consumado, heredera de todos los crepúsculos arcaicos del orbe desde el primer guiño del ojo rojo.

Cuando la mirada del hombre macilento se movió descendiendo desde los escarpados flancos de este peñasco hasta el gran barranco de forma de corazón, donde el escaso verdor estaba hundido en un mar de sombra, sintió más que vio (pues tenía los pensamientos puestos aún en la oscuridad) un brusco cambio en el aire de alrededor, y alzando la cabeza, observó que no sólo el rosa del cielo era más intenso, sino que todo estaba coloreado, como si hubieran esperado la aparición de ese preciso tono celeste antes de admitir que las opiniones de los diversos colores fueran alteradas o modificadas. Como al toque de una varita mágica, el mundo enrojeció, todo menos el sol, que en contraste con los vapores y formas que había teñido de almagre, siguió siendo dorado.

Excorio comenzó a desatarse las botas. Detrás de él bostezaba la cueva recién barrida, y un millón de motas de color camarón subían y bajaban contra la oscuridad de la puerta. Tiraba de una bota cuando observó que la punta del peñasco estaba devorando al sol y que casi había alcanzado el centro. Recostó la

huesuda cabeza contra la piedra y la cara se le iluminó, y todos los pelos de su primera barba resplandecieron como alambres de cobre, mientras seguía con los ojos el trayecto del peñasco, que parecía ascender como una flecha, con las lengüetas negras comiendo y trepando.

El trayecto era inexorable, pero en aquella noche de verano había más fatalidad en el desplazamiento de otra móvil figura, infinitesimal en el espacioso crepúsculo de la montaña, que en el amplio y embrujado ciclo del sol.

A través de esta figura, como en un microcosmos, la tierra ancha sollozaba. El astro rey se hundió al fin y los colores se apagaron. El rosado rocío de muerte y los pájaros salvajes que ella llevaba en el pecho le subieron a la garganta; allí se apiñaron sin cantos, suspendidos en el aire, tumultuosos, ala contra ala, impacientes por elevarse hacia esos climas donde acaba todo.

Para Excorio fue como si hubieran quebrado el silencio de su soledad, y las provincias de sus sentidos se invadieran unas a otras; pues al ver una silueta del tamaño de una «i» que se desplazaba contra el gigantesco plato amarillo, le pareció que despertaba de un sueño. A pesar de la distancia, reconocía una forma humana, aunque no estaba en condiciones de saber que se trataba de Keda. Él se encontraba allí como testigo. No podía evitarlo. Se arrodilló; uno tras otro, los minutos se fundían. Se puso más rígido. La minúscula e infinitamente remota figura atravesaba el sol hacia el borde negro del peñasco. Excorio la observaba, impotente, con la mandíbula adelantada y la huesuda frente cubierta de sudor helado. Sabía que estaba en presencia de la Aflicción, que era un intruso sin ningún derecho a observar algo tan personal y secreto. Aunque por otra parte, también era impersonal, ya que la figurita encarnaba todo el dolor, y daba, en el tiempo deslizante, sus últimos pasos.

Avanzaba lentamente, pues el ascenso la había fatigado, y no hacía mucho que había dado a luz a la criatura de alabastro, a esa hija de barro que no era terrenal, y que había sobrecogido a todos. Era como si Keda se hubiese desligado del mundo, exaltada y magníficamente sola en la bruma rosada de las alturas. Al llegar al borde del desnudo precipicio que se hundía en las sombras, se detuvo un momento, y luego volvió la cabeza hacia Gormenghast y las casas de barro, que flotaban en la cálida bruma. Eran irreales. Tan lejanas, tan remotas. Ya no les pertenecía; se habían acabado. Sin embargo, volvió la cabeza a causa de la criatura.

La cabeza de Keda, volviéndose, no tenía ninguna dimensión. Sujetas a una correa, las orgullosas tallas de sus amantes le colgaban sobre los pechos. Al borde de la vejez tenía en la cara la misma peligrosa belleza que al borde del peñasco en que estaba ahora. Un último punto de apoyo; un espacio tan pequeño. El color desaparecía de la franja de siete pies. Se extendía detrás como una alfombra de rosas oscuras. Las rosas eran piedras. Había también un helecho. Debajo. ¿A qué altura? ¿A mil pies? Entonces ella tenía la cabeza entre las estrellas remotas. ¡Qué lejos estaba todo! Demasiado lejos para que Excorio pudiera ver que ella había vuelto la cabeza, una mota de vida en el sol poniente. De rodillas en el suelo, Excorio sabía que era un testigo.

El mundo se extendía debajo y alrededor. Todo parecía retirarse. La luna apareció de pronto sobre el horizonte del este, enfriando el color rosa, y menguando en el corazón de Keda a medida que crecía. Keda estaba preparada.

Se apartó el cabello de los ojos y las mejillas. Le caía largo e inmóvil como la sombra de un pozo; le bajaba por la espalda erguida como una medianoche. Las manos morenas apretaron las tallas contra el pecho. Una sonrisa empezó a dibujársele en la boca, y alzando ligeramente las cejas, avanzó hacia el aire sombrío, y mientras caía, fue fabulosamente iluminada por la luna y el sol.

BERGANTÍN Y PIRAÑAVELO

LA INEXPLICABLE DESAPARICIÓN de lord Sepulcravo y de Vulturno fue, por supuesto, un duro golpe para Gormenghast, el hilo que seguían los pensamientos de todos: desde el más humilde de los galopillos del segundo a la esposa del primero. El enigma era absoluto, pues también se ignoraba el paradero de Excorio.

Era un problema que no tenía solución. En los largos pasillos había un susurro de rumores. Era incomprensible que dos seres tan dispares se hubieran marchado juntos. ¿Marchado? ¿Marchado adónde? No había adónde ir. Era igualmente incomprensible que se hubieran ido separados, por la misma razón.

La enfermedad del conde había sido, como es lógico, motivo de preocupación en las mentes de la condesa, Fucsia y el doctor, y se había organizado una exhaustiva búsqueda bajo la dirección de Pirañavelo. No se descubrió ni el más mínimo indicio, aunque desde el punto de vista de Pirañavelo había valido la pena, ya que tuvo la oportunidad de meterse en habitaciones y salas que hacía tiempo deseaba investigar con vistas a su propia reacomodación.

Fue el noveno día de búsqueda cuando Bergantín decidió poner fin a los esfuerzos que no sólo eran contrarios a su naturaleza sino también a la de todos los habitantes arraigados en aquel bosque pétreo, aquel terraplenado laberinto de quebradas veredas.

La idea de que el jefe de la Casa se ausentara de sus obligaciones durante una hora era ya suficientemente blasfema; que hubiera *desaparecido* sobrepasaba toda posible calificación. Sobrepasaba toda posible cólera. Aunque nadie conociese la verdad de lo que había ocurrido, ni los motivos de la deserción, sólo había una interpretación posible: su señoría era un renegado, no sólo a los ojos de Bergantín, sino también (oscura o rotundamente) a los ojos de todos.

La necesidad de una pesquisa era obvia, pero todo el mundo pensaba que si encontraban al conde, la situación sería tan dolorosa, tan desesperadamente delicada, que convenía quizás que su desaparición continuara siendo un misterio.

El horror con el que Bergantín había recibido la noticia había dado paso ahora, al final del noveno día, a un desprecio glacial e implacable hacia todo lo que tuviera relación con la personalidad de su antiguo amo; la veneración que sentía por el conde, como descendiente de la estirpe originaria, se separó completamente de sus sentimientos por el hombre mismo. Sepulcravo se había comportado como un traidor. No había excusa posible. ¿Estaba enfermo? ¿Qué importaba eso? Aun enfermo era un Groan.

Durante los días que siguieron a la funesta noticia, Bergantín se convirtió en un monstruo, recorriendo el castillo, maldiciendo a todos los que se le cruzaban por delante, registrando habitación tras habitación y golpeando con la muleta a cualquiera que considerara negligente.

Tenía una única compensación: Titus estaría desde un principio bajo su tutela y gobierno. Saboreaba esta idea con la lengua reseca.

Había quedado impresionado por la forma en que Pirañavelo organizara la búsqueda, en la que se había visto obligado a tener con el joven un contacto más directo que antes. No había entre ellos ninguna simpatía, pero el anciano empezó, a pesar de sí mismo, a sentir un cierto respeto por el metódico y rápido joven. Pirañavelo no era lento en advertir esta clase de indicios y los utilizó a fondo. El día en que por orden de Bergantín se interrumpieron las pesquisas, el joven fue llamado a la Habitación de los Documentos. Allí encontró al harapiento Bergantín sentado en una silla de respaldo alto, ante una mesa de piedra cubierta de libros y papeles. Parecía que tuviera la barba enmarañada sentada en la piedra, entre las manos arrugadas. Adelantaba la barbilla, y la estirada garganta parecía un haz de dos trozos de cuerda, varios cordeles y una cierta cantidad de bramante. Como su padre, tenía la cabeza tan arrugada que cuando cerraba los ojos y la boca, desaparecían por completo. La muleta estaba apoyada en la mesa de piedra.

—¿Me ha mandado llamar? —inquirió Pirañavelo desde la puerta.

Bergantín alzó los ojos ardientes, irritables, y dejó caer las rayadas comisuras de la boca.

—Ven aquí, tú —dijo con voz áspera.

Pirañavelo avanzó hacia la mesa, acercándose de una manera curiosa, rápida y ladeada. No había alfombra en el suelo y sus pisadas sonaban secamente.

Cuando llegó a la mesa y estuvo frente a Bergantín, inclinó la cabeza a un lado.

—Se acabó la búsqueda —dijo Bergantín—. Llama a los perros. ¿Me has oído?

Escupió por encima del hombro.

Pirañavelo hizo una reverencia.

—¡Basta ya de zarandajas! —ladró la vieja voz—. ¡Ah, cuerpo mío, hemos visto suficiente!

Empezó a rascarse a través de un desagradable desgarrón en los harapos de color escarlata. Hubo un momento de silencio durante esta operación. Pirañavelo empezó a apoyar el peso del cuerpo sobre la otra pierna.

—¿Dónde crees que vas a ir? ¡So, estate quieto, rata desgraciada! Por la madre que enterré con el trasero en alto, quieto ahí muchacho, quieto ahí. —Bergantín tenía los pelos de alrededor de la boca pegoteados con saliva mientras acariciaba la muleta sobre la mesa de piedra.

Pirañavelo se pasó la lengua por los dientes. Observaba cada movimiento del viejo que tenía delante, esperando descubrir una rendija en la armadura.

Sentado a la mesa, Bergantín podía pasar por un anciano normalmente constituido, pero incluso Pirañavelo se sorprendió al verlo descolgarse del asiento de la silla, levantar el brazo para coger la muleta y echar a andar, madera y cuero, alrededor de la mesa redonda, con la barbilla al nivel de la superficie.

Pirañavelo, que también era corto de talla, aun para sus diecisiete años, observó que si el Maestro del Ritual hubiera adelantado la cabeza unas pocas pulgadas, le hubiera hundido la nariz cerdosa un palmo por encima del ombligo, ese pivote para el ojo de un dibujante, esa reliquia cuya potencialidad parecía haber sido apreciada sólo por el difunto Vulturno, que lo utilizaba como cómodo salero, cuando el señor se decidía por unos huevos para desayunar en cama.

Irrelevancias aparte, Pirañavelo se encontró mirando un remiendo de arrugas vuelto hacia arriba. En este ondulado terreno ardían dos ojos. En contraste con la piel seca, color tierra, parecían grotescamente líquidos, y observarlos era pasar por una ordalía de agua que ahogaba toda inocencia. Lamían los bordes secos de las cuencas infectadas. No había pestañas.

Había dado la vuelta a la mesa de piedra con tanta rapidez y agilidad que sorprendió a Pirañavelo, apareciendo bruscamente debajo de la nariz del muchacho. La alternancia de golpe sordo de muleta y crujido de suela calló de pronto. En ese silencio, un ruido pequeño, tardío y solitario pareció enorme e inconexo. Era el pie de Bergantín que cambiaba de posición mientras la muleta permanecía inmóvil, como punto de apoyo. La concentración que se le veía en la cara era demasiado desnuda para que nadie pudiera estudiarla durante más de un segundo. Pirañavelo, después de un rápido examen, concluyó que o bien la carne y la pasión de la cara que tenía debajo se habían fusionado en una sustancia que el viejo mismo había compuesto, o bien todas las otras caras que él había visto en la vida no eran más que máscaras, máscaras de materia *per se*, sin adiciones incorpóreas. Esta cabeza de viejo tirano *era* lo que él sentía, modelada de acuerdo con las emociones de Bergantín.

Pirañavelo estaba demasiado cerca de esta desnudez, de esta cabeza desnuda y reseca, con cuencas húmedas bajo la frente surcada por el tiempo.

Pero no podía apartarse…, no sin que cayera sobre él, o mejor dicho, sin que *subiera* hacia él la cólera de este dios apergaminado. Cerró los ojos y metió la lengua en el cráter de un diente. Entonces se oyó un sonido, ya que Bergantín, habiendo agotado, en apariencia, toda la diversión que podía encontrar en la cara del joven vista desde abajo, acababa de escupir dos veces, muy rápidamente, alojando por el momento cada expectoración en las protuberancias de los párpados cerrados de Pirañavelo.

—¡Ábrelos! —gritó la voz cascada—. ¡Ábrelos bien, cachorro bastardo de rata prostituta!

Pirañavelo contempló con asombro cómo el septuagenario se mantenía en equilibrio sobre su única pierna, con la muleta en alto. Sin embargo, no la blandía contra él, y volviéndose hacia la mesa, junto con Bergantín, la muleta parecía a punto de descender. Así fue, y una espesa y polvorienta neblina subió desde los libros que había golpeado. Una fanela aleteó en medio de la polvareda. Cuando el polvo se desvaneció, el joven, que miraba por encima del hombro entornando los ojitos bermejos, oyó que Bergantín decía:

—¡O sea que ya puedes llamar a los perros! ¡Ah, cuerpo mío, ya es hora! Ya ha durado más que suficiente. ¡Nueve días perdidos! ¡Perdidos! Por las piedras, ¡perdidos! ¿Me oyes, oreja de armiño? ¿Me oyes bien?

Pirañavelo insinuó una reverencia, alzando las cejas para indicar que sus tímpanos habían cumplido el cometido que se les encomendara. Si hubiera conocido mejor el lenguaje de los gestos, habría podido

indicar a través de algún hiper-sutil movimiento del cuerpo que el único inconveniente auricular había consistido no tanto en tener que esforzar el oído sino y ante todo en tenerlo esforzado.

De cualquier manera, ni siquiera tuvo necesidad de completar la inclinación de cabeza que había iniciado, pues Bergantín estaba ya asestando otro golpe a los libros y papeles de la mesa y levantando una nueva nube de polvo. Había apartado los ojos del joven, y Pirañavelo había quedado, en cierto sentido, varado en la arena: la inundación acuosa de los ojos ya no lo devoraba, pues la mesa de piedra, como si fuera una luna, atraía hacia ella las mareas peligrosas.

Se quitó los escupitajos de los párpados con uno de los pañuelos del doctor Prunescualo.

—¿Qué son estos libros, muchacho? —chilló Bergantín, volviendo a ponerse la muleta en la axila—. Por mi cara pellejuda, ¿qué son, muchacho?

—Son la Ley —dijo Pirañavelo.

Con cuatro golpes de muleta el anciano se le puso de nuevo debajo, irrigándolo con ojos ardientes y húmedos.

—Por los poderes ocultos, es la verdad —dijo. Se aclaró la garganta—. No te quedes ahí mirando embobado. ¿Qué es la Ley? ¡Respóndeme, maldito seas!

Pirañavelo respondió sin reflexionar un momento, pero con el gusano de la astucia moviéndose como un cebo en el anzuelo del cerebro.

—El Destino, señor. El Destino.

Aunque vaga, trivial y nebulosa, era la respuesta apropiada. Pirañavelo lo sabía. Para el viejo no había otra virtud que la Obediencia a la Tradición. El destino de la estirpe Groan, la ley de Gormenghast.

Ningún miembro de carne y hueso de la familia Groan podía despertar en él la lealtad que le inspiraba la abstracción Groan, el símbolo. Que el curso de este largo y sombrío río familiar continuara indefinidamente, siguiendo los contornos del terreno sagrado, era lo único que le importaba.

El septuagésimo sexto conde, si lo encontraban alguna vez, vivo o muerto, ya no tenía derecho a que lo enterraran entre las Tumbas. Bergantín se había pasado el día estudiando volúmenes y más volúmenes de ritual en busca de algún precedente. La compilación tabulada de los procedimientos que había que adoptar en circunstancias heterodoxas e imprevisibles era tan exhaustiva que el anciano dio por fin con un caso de desaparición análogo al de lord Sepulcravo: el decimocuarto conde de Groan había desaparecido dejando un heredero de corta edad. Tan sólo nueve días se habían dedicado a su búsqueda, y después la criatura había sido proclamada conde legítimo, de pie sobre una balsa de ramas de castaño puesta a flote en el lago, con una piedra en la mano derecha, una rama de yedra en la izquierda y un collar de conchas de caracol al cuello, mientras que, cubiertos de follaje, los parientes próximos y los invitados a la «Investidura» permanecían de pie, sentados, agazapados o tumbados entre los árboles de la orilla.

Ahora, cientos de años más tarde, había que volver a organizar todo esto, pues el plazo de los nueve días había expirado. Como Bergantín era la autoridad máxima en cuestiones de procedimiento ritual, a él le correspondía dar las órdenes. El cuerpo pequeño y viejo guardaba en microcosmos a Gormenghast.

—Hurón —dijo, con los ojos todavía levantados hacia Pirañavelo—, tu respuesta es buena. Cuerpo mío, del Destino se trata. ¿Cuál es tu nombre de bastardo, muchacho?

—Pirañavelo, señor.

—¿Edad?

—Diecisiete años.

—¡Capullos y volantones! ¡O sea que continúan procreando! Diecisiete años… —Una lengua arrugada le asomó entre los labios secos y apergaminados. Hubiera podido ser la lengüeta de una bota—. Diecisiete años… —repitió, con una incredulidad tan meditabunda en la voz que sorprendió al joven; nunca había oído semejante entonación en la vieja garganta—. ¡Malditas arrugas! Dilo otra vez, polluelo.

—Diecisiete años —dijo Pirañavelo.

Bergantín cayó en una especie de trance. Las cuencas de los ojos se le nublaron y oscurecieron como sargazos diminutos de color azul tiza apagado (el velo de la catarata), como si Bergantín intentase recordar los laberínticos días de la adolescencia. El nacimiento del mundo, de la primavera en los abismos del Tiempo.

De repente se recuperó y se puso a maldecir, moviendo los omoplatos frenéticamente como si quisiera sacudirse de encima algo nocivo, mientras daba irritados y elásticos saltitos alrededor de la muleta, que chirriaba al golpear el suelo desnudo.

—Atiende, muchacho —dijo al fin, deteniéndose—, hay trabajo que hacer. Hay que construir una balsa, ah cuerpo mío, una balsa de ramas de castaño nada menos. La procesión. La carrera de los descamisados por una talegada. La barbacoa en la Sala de Piedra. ¡Que el infierno me astille, muchacho! Llama a los

sabuesos.

—Sí, señor —dijo Pirañavelo—. ¿Los hago volver a sus cuarteles?

—¿Eh? —dijo Bergantín entre dientes—. ¿Qué dices?

—He dicho que si tengo que devolverlos a sus cuarteles —dijo Pirañavelo.

La respuesta fue un ruido afirmativo en la acordonada garganta.

Pero cuando Pirañavelo empezó a retirarse:

—¡Aún no, estúpido! ¡Aún no! —y después—: ¿Quién es tu amo?

Pirañavelo reflexionó un instante.

—No tengo un amo inmediato —dijo—. Intento ser útil, aquí y allá.

—Conque sí, ¿eh, pimpollo? Conque «aquí y allá», ¿eh? Ya te he calado. Te he calado, renacuajo, hasta los huesos y el cerebro. A mí no puedes engañarme, por las piedras que no. Eres una ratita primorosa, pero el «aquí y allá» se te ha acabado. A partir de ahora será sólo «aquí», ¿me entiendes? —El viejo barrenó el suelo con la muleta—. *Aquí* —añadió en un arranque de vehemencia—. Junto a *mi*. Puedes serme útil. Muy útil. —Se rascó la axila a través de la abertura en los harapos.

—¿A cuánto va a ascender mi salario? —dijo Pirañavelo, poniéndose las manos en los bolsillos.

—¡Tu *manutención*, bastardo insolente! ¡Tu *manutención*! ¿Qué más quieres? ¡Por el fuego del infierno, muchacho! ¿No tienes orgullo? Un techo, la comida y el honor de estudiar el Ritual. Tu *manutención*, maldito seas, y los secretos de los Groan. ¿Cómo crees que puedes servirme si no aprendes el férreo Oficio? No tengo hijos, oh cuerpo mío. ¿Estás preparado?

—Nunca lo he estado más —dijo el muchacho alto de hombros.

JUNTO AL LAGO DE GORMENGHAST

PEQUEÑAS RÁFAGAS de aire blanco y fresco soplaban a través de los árboles altos alrededor del lago. Parecían como apartados del calor denso de la estación; tan diferentes eran del cuerpo estéril del aire. ¿Cómo era posible que un aire tan espeso se abriera a columnas tan ajenas y acuosas? En la húmeda estación aparecía una fisura al paso de cada ráfaga. Y volvía a cerrarse, como una manta ardiente cuando las ráfagas morían, hasta que una nueva punzada de púas azules la rasgaba otra vez. Y volvía a cerrarse y a abrirse.

La atmósfera empalagosa de este día de verano era ahora más ligera, menos rancia. Las hojas abrasadas golpeaban unas contra otras, y las arvejas crujían débilmente, inclinando las cabezas copetudas, y la superficie del lago era una conmoción punteada por un millón de alfilerazos, y unas sombras de piel de gallina se deslizaban sobre el agua soltando o escondiendo momentáneamente una danza de diamantes.

Entre los árboles de la pendiente del lado sur que descendía precipitadamente hasta el agua, y a través de una cuna abierta entre el ramaje alto, podía verse una parte del castillo de Gormenghast, descamado por el sol y pálido dentro del oscuro marco de las hojas: una fachada distante.

Un pájaro descendió de pronto, barriendo la superficie del lago con las plumas del pecho y dejando un rastro de luciérnagas sobre el agua inmóvil. Mientras subía hacia los árboles por el aire caliente, el pájaro esparció un rosario de gotas de agua. Una de estas gotas colgó por un momento de una hoja de encina. Y mientras así colgaba, su cuerpo era titánico. Todo el vasto verano creció en ella; reflejaba las hojas, el lago y el cielo. La arboleda se extendía sobre ella, balanceándose junto con el calor, cada rama, cada hoja. Y cuando las plumas azules echaban a volar, el movimiento del paisaje en miniatura se estremecía, pendiendo. Al fin la gota se hundió y descendió, y mientras se alargaba, el reflejo distorsionado de las altas y ruinosas masas del distante edificio moteadas con ventanas anónimas, y de la yedra posada sobre el ala sur como una mano negra, empezó a temblar dentro de la perla estirada, a punto de desprenderse del borde de la hoja de encina.

Pero aun mientras caía, las hojas de la lejana yedra seguían aleteando en el vientre de la lágrima, y, microscópica, asomada a la espinilla de una ventana, una cara contemplaba el verano.

En el lago los reflejos de los árboles ondeaban con un movimiento de concertina, y las aguas se rizaban mostrando entre ráfaga y ráfaga una crespa inmovilidad. Pero había una pequeña zona del lago donde las ráfagas no penetraban, pues allí una alta pared en ruinas, adosada a un soto, resguardaba una ensenada poco profunda de agua humeante manchada por renacuajos.

La ensenada se abría en la otra orilla del lago, delante de la empinada arboleda y el castillo, desde donde soplaba la brisa. Tomaba el sol en el rincón norte del extremo oriental. De oeste a este (de la arboleda a la ensenada) se extendía la parte más larga del lago, pero no había mucha distancia, en cambio, entre las orillas norte y sur. La del sur estaba en gran parte almenada por oscuras hileras de coníferas, y algunos cedros y pinos crecían en el agua. A lo largo de la orilla norte una fina arena gris se perdía entre los bosquecillos de abedules y saúcos.

En la arena, cerca del agua, y aproximadamente en el centro de la costa norte, había una enorme alfombra de color de orín, y en el centro de la alfombra estaba sentada Tata Ganga. Fucsia yacía de espaldas junto a ella, con la cabeza vuelta a un lado y el antebrazo sobre los ojos para protegerlos del sol. Vestido con una camisa amarilla, Titus se bamboleaba de un lado a otro por la arena caliente. Tenía el pelo más largo y oscuro. Era totalmente lacio, pero el grosor y el peso compensaban la falta de rizos. Le llegaba hasta los hombros, una umbría oscura, y le caía por la frente en un espeso flequillo.

Se detuvo un momento (como si se le acabara de ocurrir algo muy importante) en medio de un trote diminuto y errático, y volvió la cabeza hacia la señora Ganga. Tenía las cejas fruncidas sobre el violeta único de los ojos, y había una mezcla de patetismo, ridiculez y sabiduría en la expresión de su carita de

manzana. Incluso una pizca de pomposidad durante un instante, mientras se tambaleaba y se sentaba de golpe, tras perder el equilibrio; y luego, ya en el suelo, un toque de majestuosidad.

Pero de pronto, gateando de lado, impulsándose con una sola pierna, y remando con los brazos hundidos en la arena hasta los codos, sin que la otra pierna intentara cooperar, contenta con dejarse arrastrar por debajo y detrás de su enérgica contraparte, el niño abandonó su aire flemático y fue todo impetuosidad; pero ni una sola sonrisa le cruzó por los labios.

Cuando al fin alcanzó la alfombra de color de herrumbre, se sentó muy quieto a unos palmos de la señora Ganga y examinó el zapato de la anciana, con el codo sobre la rodilla y el mentón hundido en la mano, una actitud sorprendentemente adulta e inapropiada en una criatura de menos de dieciocho meses.

—¡Oh, mi pobre corazón! ¡Qué aspecto tiene! —se oyó la vocecita de la señora Tata—. Como si no me hubiera afanado para quererlo y hacerlo un niño alegre. Sufriendo las mil y una, molida hasta los tuétanos día tras día, noche tras noche, con esto, lo otro y lo de más allá, apilando agonía sobre agonía para que su pequeña señoría esté feliz de amor, pero él va a su aire como si fuera más listo que la vieja Tata, que lo sabe todo sobre las vagancias —extravagancia quería decir, sin duda— de los bebés, y lo único que recibo a cambio son las travesuras de su hermana…, oh mi pobre corazón, travesuras y rencores.

Fucsia se incorporó sobre un codo y observó las sombrías coníferas al otro lado del lago. Ya no tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar: había llorado mucho últimamente, hasta agotar por un tiempo el flujo salobre. Parecía como si los ojos hubiesen combatido victoriosamente contra huestes de lágrimas.

—¿Qué has dicho?

—¡Eso es! ¡Eso es! —La señora Ganga se puso de malhumor—. Nunca escucha. Supongo que se cree demasiado lista para escuchar a una anciana que ya no tiene mucho tiempo de vida.

—No te he oído —dijo Fucsia.

—Nunca lo *intentas* —respondió Tata—. Eso es lo que ocurre. No lo *intentas*. Es como si yo no estuviera aquí.

Fucsia había acabado por cansarse de las quejumbrosas y lacrimosas reprimendas de la anciana niñera. Apartó los ojos de los pinos y miró a su hermano, que luchaba con la hebilla de un zapato de la señora Ganga.

—Bueno, por lo menos hay una brisa agradable —dijo.

La vieja niñera, olvidándose de que estaba reprendiendo a Fucsia, volvió bruscamente la cara apergaminada.

—¿Qué pasa, mi querida ingrata? —preguntó en tono sorprendido.

Luego, recordando que la «ingrata» la había ofendido por alguna olvidada razón, frunció la cara con una ridícula y encanijada altivez, como queriendo decir: «Aunque te haya llamado “mi querida ingrata”, eso no significa que ya seamos amigas».

Fucsia la miró con una malhumorada tristeza.

—He dicho que hay una brisa agradable —repitió.

La señora Ganga no era capaz de mantener durante mucho tiempo esta fingida dignidad, y quiso dar una manotada a Fucsia, como un último gesto, pero juzgó mal la distancia, y errando el golpe, cayó de costado. Fucsia se estiró sobre la alfombra y volvió a sentar a la enana como si se tratara de un objeto de adorno, dejando expresamente el brazo estirado, pues conocía a la vieja niñera. En efecto, en cuanto Tata Ganga se recuperó, se alisó la falda y volvió a ponerse el sombrero con las uvas de cristal, dio un débil golpe sobre el brazo de Fucsia.

—¿Qué has dicho sobre las brisas, querida? Nada que valga la pena, me imagino, como de costumbre.

—He dicho que eran muy agradables.

—Sí, sí que lo son —dijo Tata después de pensarlo—. Sí que lo son, mi niña, pero no me hacen más joven. Simplemente pasan a mi alrededor y me refrescan un poco la piel.

—Bueno, es mejor que nada, ¿no?

—Pero no es *suficiente*, respondona sabelotodo. No es *suficiente* cuando hay tanto por hacer. Con tu enorme madre siempre enfadada conmigo, como si yo tuviera la culpa de la desaparición de tu pobre padre y de todos los problemas de la cocina. Como si *yo* fuera la culpable.

Al oír la mención de su padre, Fucsia cerró los ojos.

Ella misma había buscado y buscado. Durante las últimas semanas había envejecido mucho; había envejecido porque unas pasiones violentas hasta entonces desconocidas le habían acosado el corazón. El miedo a lo sobrenatural, al horror que había visto cara a cara, el miedo a la locura, y a la violencia que imaginaba en todas partes. Todo esto la había hecho más vieja, más tranquila, más recelosa. Había conocido el dolor: el dolor de la desolación, de haber sido olvidada y de haber perdido el poco amor que tenía. Había

empezado a luchar consigo misma y a endurecerse, y comenzaba a sentir el despertar de un vago orgullo: la conciencia de su heredad. Al desaparecer, su padre había completado un eslabón en la cadena inmemorial. Fucsia había llorado su pérdida, con el pecho oprimido de dolor, pero más allá del dolor, notaba por primera vez detrás de ella la cordillera de los Groan, y sabía que ya no era libre, que ya no era simplemente Fucsia, sino que era de la sangre. Todo esto parecía todavía nebuloso. Amenazante, magnífico e indeterminado. Algo que no llegaba a comprender del todo. Algo de lo que huía, pues operaba de un modo incomprensible en ella. De pronto había dejado de ser una muchacha, excepto en la manera de hablar y de moverse. Era más vieja, de mente y de corazón, y lo que antes parecía tan claro, estaba ahora envuelto en nieblas; todo era confuso. Tata insistió de nuevo, con los débiles ojos mirando por encima del lago:

—Como si *yo* tuviera la culpa de todos los problemas y maldades de esa gente, que hace lo que no debiera. ¡Oh, mi pobre corazón! Como si todo fuera por *mi* culpa.

—Nadie dice que sea por tu culpa —dijo Fucsia—. Siempre crees que la gente piensa mal de ti. No tiene nada que ver contigo.

—No, claro que no, tormento mío, no tiene nada que ver conmigo, ¿verdad que no? —Y los ojos de Tata Ganga volvieron a enfocar a Fucsia (tanto como les era posible)—. ¿Qué es lo que no tiene nada que ver conmigo, querida?

—No importa —dijo Fucsia—. Mira a Titus.

Desaprobando la respuesta de Fucsia, Tata volvió la cabeza y vio a la criatura de camisa amarilla que se ponía de pie y marchaba solemnemente desde la gran alfombra hacía la cálida arena gris, con las manos agarradas por delante.

—¡No nos dejes *tú* también! —gritó Tata Ganga—. Podemos arreglárnoslas sin ese espantoso y gordo Vulturno, pero no sin nuestro pequeño conde. Podemos pasar sin el señor Excorio y…

Fucsia se puso de rodillas.

—¡No! ¡No es verdad! No hables así…, es horrible. No hables de eso. Nunca. Querido Excorio y…, pero no lo entiendes, es inútil. Dios mío, ¿qué les habrá pasado?

Fucsia se dejó caer sobre los talones, temblándole el labio inferior, sabiendo que no debía permitir que los irreflexivos comentarios de la vieja niñera le tocaran la llaga abierta.

Mientras la señora Ganga miraba con los ojos muy abiertos, ambas se sobresaltaron al oír una voz, y al volverse vieron a dos altas figuras que se acercaban a través de los árboles. Un hombre y, ¿podía ser?…, sí, y una mujer. Llevaba una sombrilla. En verdad la segunda figura no tenía aspecto masculino, incluso si hubiera dejado la sombrilla en casa. Ni mucho menos. El andar cimbreante era prodigiosamente femenino. El largo cuello tenía un indiscreto parecido con el de su hermano, y lo mismo hubiera podido decirse de la cara si las gafas oscuras no la disimularan piadosamente. Pero la diferencia se manifestaba sobre todo a la altura de la pelvis. El doctor (pues se trataba de Prunescualo) tenía menos caderas que una anguila puesta de pie, mientras que Irma, vestida de seda blanca, parecía haberse esforzado al máximo para exhibir de la forma más desventajosa posible (tenía la cintura ridículamente ceñida) un par de caderas capaces de balancear sobre sus prominencias óseas montones de chucherías, en cantidades suficientes como para atestar el armario de un cleptómano.

—Mis más encumbrados buenos días, queridas mías —gorjeó el doctor—, y cuando digo «encumbrado» es porque les ofrezco el centímetro cúbico más diáfano de la mañana, límpido de aspecto, instalado sobre una cresta del éter, ja, ja, ja.

A Fucsia le alegró ver al doctor. Le tenía mucho aprecio, a pesar de su desbordante verborrea.

Irma, que apenas había salido desde que se deshonrara en el funesto día del incendio, trataba por todos los medios de volver a ser una dama. Una dama que había cometido un desliz, es cierto, pero una dama al fin y al cabo, y estos esfuerzos de reconstrucción eran patéticamente ostentosos. Llevaba los vestidos cada vez más escotados, dejando al descubierto vastas extensiones de incomparable piel lechosa. Había acentuado el movimiento de las caderas, que se balanceaban como si fueran una gran campana regulada e impulsada por el evidente deseo de *sonar*, pero que no emitía ningún repique, y en cambio dibujaba «ochos» (vistos a vuelo de pájaro, corte transversal) mientras hablaba con una voz alta y desagradable (tan diferente del toque de difuntos que su pelvis hubiera emitido).

La larga y afilada nariz apuntaba a Fucsia.

—Querida niña —dijo Irma—. ¿Estás disfrutando la deliciosa brisa, sí, mi querida niña? He dicho, querida niña, ¿estás disfrutando la deliciosa brisa? Naturalmente que sí. Irrefutablemente, no me cabe la menor duda.

Sonrió, pero con una sonrisa sin alegría; los músculos de la cara se le movieron sólo en las direcciones dictadas, rehusándose a participar del espíritu festivo, suponiendo que lo hubiera.

—¡Tate! ¡Tate! —dijo su hermano en un tono que daba a entender que era innecesario responder a las convencionales observaciones de su hermana, y enseguida se sentó al lado de Fucsia, lanzándole una centelleante sonrisa de cocodrilo con empastes de oro.

—Me alegra que haya venido —dijo Fucsia.

El doctor le dio unas palmaditas en la rodilla con un *stacatto* amistoso y luego se volvió hacia Tata.

—*Señora* Ganga —le dijo, poniendo gran énfasis en el «señora» como si fuera un prefijo exclusivo—, ¿cómo está usted? ¿Cómo anda la corriente sanguínea, mi querida e inestimable mujercita? ¿Cómo anda la corriente sanguínea? Venga, venga, dígaselo al doctor.

Tata se arrimó un poco más a Fucsia, que estaba sentada entre ellos, y miró al doctor por encima del hombro de la muchacha.

—Está muy confortable, señor…, creo, gracias, señor.

—¡Ajá! —dijo Prunescualo, acariciándose la lisa barbilla—. Una corriente confortable, ¿no es así? ¡Ajá! M-u-y bien. M-u-y bien. Arrastrándose perezosamente de colina en colina, sin duda. Serpenteando a través de bosquecillos de huesos, colándose entre los tejidos y dando a su querido y viejo cuerpo todo el sustento posible. Señora Ganga, estoy *tan* contento. Pero y *usted*, usted misma, ¿cómo se siente? Carnalmente hablando, ¿está en paz? Desde la punta de los queridos cabellos grises hasta la planta de los pequeños pies, ¿está en paz?

—¿Qué quiere decir, mi niña? —preguntó la pobre señora Ganga, agarrándose al brazo de Fucsia—. Oh, mi pobre corazón, ¿qué quiere decir el doctor?

—Quiere saber si te encuentras bien o no —dijo Fucsia.

Tata volvió los ojos bordeados de rojo hacia el hombre de cabeza greñuda y piel lisa, con ojos saltones que nadaban detrás de las gafas de aumento.

—Vamos, vamos, mi querida señora Ganga. No tengo intención de comérmela. Oh, no. Ni siquiera encima de una tostada, con un poco de sal y pimienta. Ni lo más mínimo. Usted ha estado indispuesta, oh sí, desde la conflagración. Mi querida mujer, usted ha estado indispuesta, muy indispuesta, y es natural. ¿Ya se encuentra *mejor*? Esto es lo que su doctor quiere saber. ¿Se encuentra *mejor*?

Tata abrió la arrugada boquita.

—Va y viene, señor —dijo—, y a veces parece que me lleva.

Enseguida miró a Fucsia rápidamente, como para asegurarse de que aún estaba allí, y las uvas de cristal le tintinearon en el sombrero.

El doctor Prunescualo extrajo un gran pañuelo de seda y empezó a secarse la frente con leves golpecitos. Irma, después de un montón de dificultades, presumiblemente con las ballenas del corsé y cosas por el estilo, había conseguido sentarse en la alfombra entre crujidos y rechinamientos como de poleas, manivelas, cables y garfios. No aprobaba el hecho de sentarse en el suelo, pero estaba cansada de mirarles las cabezas y decidió arriesgarse a no ser una dama durante un breve intervalo. Observaba a Titus y se decía a sí misma: «Si este niño fuera mío, le cortaría el cabello, especialmente por la posición que ocupa ahora».

—¿Y en qué consiste este «va-y-viene»? —dijo el doctor, devolviendo el pañuelo de seda al bolsillo—. ¿Es el corazón el que está sujeto al flujo y reflujo de la marea, o son los nervios…, o el hígado, cielo santo…, o un agotamiento general del cuerpo?

—Me canso —dijo la señora Ganga—. Me canso tanto, señor. Tengo que hacerlo *todo*. —La pobre anciana se echó a temblar.

—Fucsia —dijo el doctor—, ven a verme esta noche y te daré un tónico que le harás tomar cada día. En nombre de la amarantina, es imprescindible. Bálsamo y plumón de cisne, Fucsia querida, plumón de pollo de cisne, y tiene que tomarlo todos los días, jarabe para los nervios, querida, y dedos fríos como tumbas para esa vieja, vieja frente.

—Tonterías —dijo su hermana—. He dicho: tonterías, Bernard.

—Ahí —prosiguió el doctor Prunescualo, sin atender a la interpolación de su hermana—, ahí está Titus. Ataviado con un harapo arrancado al sol, ja, ja, ja. ¡Qué enorme se está poniendo! ¡Pero qué solemne! —Cloqueó un momento—. El gran día se acerca, ¿verdad?

—¿Se refiere a la «Investidura»? —dijo Fucsia.

—Ni más ni menos —dijo Prunescualo, con la cabeza ladeada.

—Sí —contestó ella—, dentro de cuatro días. Están preparando la balsa. —De pronto, como si ya no pudiera soportar la carga de sus pensamientos, añadió—: ¡Oh, doctor Prune, tengo que hablar con usted! ¿Puedo verlo pronto? ¿Muy pronto? No emplee palabras complicadas conmigo cuando estemos a solas, querido doctor, como hace a veces, porque estoy tan…, bueno…, porque tengo…, tengo problemas, doctor Prune.

Con el largo índice blanco, Prunescualo trazó lánguidamente unas señales en la arena. Fucsia, preguntándose por qué no le había contestado, bajó los ojos y vio que el doctor había escrito:

«Esta noche a las 9 Sala Fresca».

En el momento en que la afilada mano borraba el mensaje, advirtieron que había alguien detrás, y al volverse vieron a las mellizas, las tías idénticas de Fucsia, de pie en el calor como dos tallas purpúreas.

El doctor se levantó ágilmente de un salto y las saludó inclinando el cuerpo juncoso.

Las mellizas no prestaron ninguna atención a esta galantería; clavaban los ojos en Titus, sentado tranquilamente a orillas del lago.

Parecía que un gran telón de fondo hubiera bajado desde el cenit del cielo a la franja de arena donde estaba sentado, pues el calor había aplanado el lago y parecía enderezarlo sobre el borde de arena; enderezaba también la pendiente donde las coníferas y sus sombras eran de tres tonalidades de verde, soleadas y enormes; y como un rompecabezas en equilibrio sobre el irregular perfil de este bosque pintado se elevaba un cielo azul, pesado, muerto, hasta el arco de proscenio del límite de la visión: el párpado curvo. Al pie de este telón fijo que la naturaleza había dejado caer, estaba sentada la criatura, increíblemente diminuta: Titus, con su camisa amarilla y el mentón de nuevo en la mano.

Fucsia se sentía incómoda con las tías de pie justo detrás de ella. Las miraba de soslayo y le costaba imaginar que alguna vez pudieran volver a moverse. Eran dos efigies, de cara blanca, de manos blancas, engalanadas con púrpura imperial. La señora Ganga no había notado aún que estaban allí, y en medio del silencio tuvo unas ganas tontas de hablar, y olvidando lo nerviosa que estaba, levantó la cabeza hacia el doctor:

—Verá, doctor, perdone, señor —se oyó decir, sorprendida por su propia audacia—, verá, yo siempre he sido del tipo enérgico, señor. Así es como he sido siempre, desde niña, haciendo esto y lo de más allá a todas horas. «¿Qué *más* va a hacer?», decían siempre. Siempre.

—Estoy seguro de que así era —contestó el doctor, sentándose de nuevo en la alfombra y mirando a Tata Ganga con las cejas levantadas y un aire de incrédula concentración en el rostro rosado.

La señora Ganga se sintió alentada. Nadie se había mostrado jamás tan interesado en lo que ella decía. Prunescualo había decidido que era muy probable que las mellizas se quedaran inmóviles donde estaban otra buena media hora, y que si él permanecía de pie sobre un par de elegantes piernas, esto no sólo sería contrario a sus intereses físicos, sino que además lastimaría su amor propio, que aunque algo peculiar, tenía raíces profundas. No habían respondido a su galante gesto. Es cierto que no lo habían advertido, pero no era culpa de él.

—Al diablo con esas dos viejas truchas —gorjeó entre dientes—. Chatas como una pared empapelada. En nombre de todo lo que colea, mi última autopsia tenía más energía que estas dos mujeres juntas dando saltos mortales.

Mientras discurría así interiormente, prestaba exteriormente la más apasionada atención a cada sílaba de la señora Ganga.

—Y siempre he sido igual —decía Ganga con voz trémula—, siempre igual. *Responseveridad* siempre, doctor. Y ya no soy pequeña.

—Claro que no, claro que no, tate, tate. En nombre de la perspicacia, habla usted con nobleza, señora Ganga, con mucha nobleza —le dijo Prunescualo, preguntándose al mismo tiempo si podría meterla en el maletín negro sin quitar las ampollas.

—Porque ya no somos tan jóvenes como antes, ¿verdad, señor?

Prunescualo reflexionó profundamente sobre este punto. Luego sacudió la cabeza.

—Lo que usted dice tiene el sonido inconfundible de la verdad. De la verdad inconfundible y cantarina. Ding dong, resuena en mi corazón. Pero dígame, Tata, dígame de la manera concisa que es propia de usted, háble me del señor Ganga…, ¿tal vez soy inoportuno? No, no, no es posible. ¿Tú sabes algo, Fucsia? En cuanto a mí, navego despistado en lo que se refiere al señor Ganga. Está debajo de mi quilla, muy por debajo. ¡Qué curioso! Muy por debajo ¿O tal vez no? No importa. Para decirlo sin rodeos: ¿hubo un…?, ¡no, no! Un poco de *finesse*, por favor. ¿Quién era…? ¡No, no! Es grosero, demasiado grosero. Perdóneme. Querida dama, del señor Ganga le queda algún… ¡Dios mío!, hace tanto tiempo que la conozco, y ahora de repente *este* enigma viene a importunarme, a la chita callando, como por arte de birlibirloque, ja, ja, ja. ¡Qué rompecabezas! ¿No lo crees así, querida?

Se volvió hacia Fucsia.

La muchacha no pudo evitar una sonrisa, pero cogió la mano de la anciana niñera.

—¿Cuándo te casaste con el señor Ganga, Tata? —preguntó.

Prunescualo exhaló un suspiro.

—La aproximación directa —murmuró—. El ángulo adecuado. Dios bendiga los vericuetos de mi alma, vivir para ver…, vivir para ver.

La señora Ganga se irguió orgullosa y tiesa desde las uvas de cristal del sombrero hasta las posaderas diminutas.

—El señor Ganga —dijo con una vocecita aguda— se casó conmigo… —E hizo una pausa, convencida de haber comunicado una gran primicia; luego, como si acabara de ocurrírsele, añadió—: Murió aquella misma noche…, lo que no es extraño.

—Cielo bendito, vivo y muerto y a medio camino. En nombre de todo lo enigmático, mi muy querida señora Ganga, explíquese un poco más —chilló el doctor, con voz tan atiplada que un pájaro escapó abriéndose paso entre el follaje detrás de ellos, y voló hacia el oeste.

—Tuvo un ataque —dijo la señora Ganga.

—Nosotras también… hemos… tenido ataques —dijo una voz.

Se habían olvidado de las mellizas, y los tres volvieron la cabeza, aunque no con suficiente rapidez para ver qué boca se había abierto. Pero, mientras las observaban, Clarice salmodió:

—Las dos a la vez. Era encantador.

—No, no lo era —dijo Cora—. Ya no te acuerdas de lo incómodas que estábamos.

—¡Oh, *eso*! Nunca me importó. En cambio, cuando no podíamos hacer cosas con el lado izquierdo ya no me gustaba tanto.

—Eso es lo que he dicho, ¿no?

—Oh no, ni mucho menos.

—Clarice Groan —dijo Cora—, no te pases.

—¿A qué te refieres? —dijo Clarice, levantando nerviosamente los ojos.

Cora se volvió hacia el doctor por primera vez.

—Es una ignorante —dijo apáticamente—. No sabe interpretar figuras de lenguado.

Tata no pudo resistir la tentación de corregir a *lady* Cora; tenía ganas de seguir hablando, después de la atención del doctor. No obstante, insinuó una sonrisita nerviosa cuando dijo:

—Lo que usted quiere decir, *lady* Cora, no es «figuras de lenguado» sino «figuras de lenguaje».

Tata estaba tan orgullosa que alargó la temblorosa sonrisa en las arrugas de los labios hasta que al fin advirtió que las tías la miraban con fijeza.

—Sirviente —dijo Cora—. Sirviente…

—Sí, señora. Sí, sí, señora —dijo Tata Ganga, incorporándose a duras penas.

—Sirviente —repitió Clarice, que parecía haber disfrutado con el episodio.

Cora miró a su hermana.

—No es necesario que digas nada.

—¿Por qué?

—Porque no es a ti a quien ha desobedecido, estúpida.

—Pero yo también quiero castigarla —dijo Clarice.

—¿Por qué?

—Porque hace mucho tiempo que no impongo un castigo… ¿Y tú?

—Tú *nunca* lo has hecho —dijo Cora.

—Claro que sí.

—¿A quién?

—No importa a quién. Lo he hecho y ya está.

—¿Ya está qué?

—Ya está el castigo.

—¿Quieres decir como el de nuestro hermano?

—No sé. Pero a *ella* no habrá que quemarla, ¿verdad?

Fucsia se había levantado. Si hubiera abofeteado a sus tías, o aun si las hubiera tocado, se habría puesto enferma, y era difícil adivinar qué pensaba hacer. Las manos le temblaban a los costados.

La frase «Pero a ella no habrá que quemarla, ¿verdad?» fue a parar a una larga estantería en el fondo del cerebro del doctor Prunescualo que estaba casi vacía, y la ridícula frasecita que dormitaba perezosamente en un rincón, fue pronto desalojada por la larguirucha recién llegada, que se tumbó cuán larga era desde la «P» de la cabeza hasta la «d» de la cola, y dándose la vuelta abrió y cerró los ojos treinta y cinco veces (en contra de la norma acostumbrada), decidiendo hacerlo una vez por letra, y dos más para atraer la buena

suerte; no había mucho tiempo para somnolencias, ya que el propietario del estante (y de toda la casa de hueso) podía llamar en cualquier momento a las adormecidas frases que tenía repartidas por las más oscuras cuevas, grietas y estanterías de las células grises. Aquí era imposible vivir en paz. Con los nudillos entre los dientes, la señora Ganga trataba de contener las lágrimas.

Irma apartaba los ojos. Las damas no participaban en «situaciones». Las *ignoraban*. Lo recordaba perfectamente. Era la lección Siete. Arqueó la nariz hasta que tuvo un aspecto incuestionablemente triunfal, y se convenció a sí misma de que no estaba escuchando con mucho interés.

El doctor Prunescualo, considerando que había llegado el momento, se puso en pie de un salto, se balanceó como una varita de sauce clavada en el suelo, haciendo vibrar la exquisitamente deshojada cabeza, y emitió un extraño grito, seguido de una serie de trinos que no pueden representarse más que con los Ja-ja-ja-ja-ja-ja-ja-ja-ja-ja-ja-ja-ja-ja-ja-ja-ja-ja-ja-ja-ja-ja-ja de la convención literaria, y lo remató con:

—¡Titus! ¡En nombre de todo lo infinitesimal…, que el Señor me bendiga si no lo ha devorado un tiburón!

Sería difícil precisar cuál de las cinco cabezas giró con mayor rapidez. Posiblemente Tata tardó una fracción de segundo más que los otros, por la doble razón de que la condición de su cuello no era nada plástica y porque toda exclamación, por muy dramática que fuese y por mucho que concerniera a sus preocupaciones inmediatas, necesitaba tiempo para filtrarse hasta el área correcta de su confuso y diminuto cerebro.

Sin embargo, la palabra «Titus» era diferente, ya que había descubierto tiempo atrás un atajo a través de las células. El corazón había respondido con más prontitud que el cerebro, y obedeciéndolo involuntariamente, y aun antes de que su cuerpo recibiera alguna orden por los canales habituales, la anciana estaba ya de pie y trotaba hacia la orilla.

No se molestó en preguntarse si era posible que hubiera un tiburón en el agua dulce que se extendía ante ella, ni si el doctor había hablado con demasiada ligereza de la muerte del único heredero, o qué iba a hacer en caso de que el tiburón ya *hubiera* devorado a Titus. Todo lo que sabía era que tenía que correr a donde lo había visto por última vez.

Los ojos cansados y viejos de la señora Ganga no vieron a Titus hasta que ella estuvo a medio camino. Pero no por eso dejó de correr. Todavía estaba *a punto* de ser devorado por un tiburón, y cuando por fin lo tuvo en brazos, Titus fue sometido a un baño de lágrimas.

Tambaleándose con su carga, Tata Ganga echó una última mirada recelosa a la brillante superficie del lago; el corazón le martilleaba en el pecho.

Prunescualo, que no había imaginado las destructivas consecuencias de su pequeña broma, había salido tras ella de puntillas, dando grandes zancadas. Pero casi enseguida se detuvo, considerando que si tenía que haber un tiburón, sería mejor que fuera la señora Ganga quien se ganara la satisfacción de frustrar las malvadas intenciones de la bestia. Sólo esperaba que el corazón de la anciana soportara el esfuerzo. Por lo demás, había conseguido lo que se proponía con su descabellada exclamación, es decir, poner fin a la ridícula pelea y librar a Tata Ganga de nuevas humillaciones.

Las mellizas parecieron perplejas durante un rato.

—Yo lo he visto —dijo Cora por fin.

Para no ser menos, Clarice también lo había visto. Ninguna de las dos estaba muy interesada.

Mientras Tata se sentaba jadeando en la alfombra color de orín, y Titus le resbalaba de los brazos, Fucsia se volvió hacia el doctor.

—No tendría que haberlo hecho, doctor Prune —dijo—. Pero ¡Dios mío, qué divertido! ¿Ha visto la cara de la señorita Prunescualo? —Fucsia soltó una risita nerviosa, sin alegría en los ojos—. Oh, doctor Prune, he sido impertinente; es la hermana de usted.

—Apenas —dijo el doctor, y acercando los dientes a la oreja de Fucsia, le susurró—: Se cree una dama. —Y enseguida mostró una amplia sonrisa que amenazaba con tragarse al lago mismo—. ¡Ay! ¡Pobre mujer! ¡Pone *tanto* empeño, y cuanto más lo intenta *menos* lo consigue! ¡Ja, ja, ja! Créeme, querida Fucsia, las auténticas damas son aquellas a las que nunca se les ocurre preguntarse si lo son o no. La sangre de Irma es correcta, tiene la misma que yo, ja, ja, ja, pero no es cuestión de sangre, Es el equilibrio, gitana mía, es el equilibrio lo que cuenta, esto y grandes dosis de tolerancia. Pero, bendita sea mi alma inoportuna, ¿qué hago yo entrando en el terreno de lo serio? Tate, tate.

Ahora estaban todos sentados en la alfombra, formando un grupo de inusitada grandiosidad. La brisa arrachada seguía atravesando el bosque y encrespando el lago. Detrás de ellos, las ramas de los árboles se frotaban unas contra otras, y las hojas, como un millón de lenguas procaces, conspiraban con voces enronquecidas.

Fucsia iba a preguntar en qué consistía ese «equilibrio», cuando advirtió un movimiento entre los árboles, al otro lado del lago. Un instante después se sorprendió al ver una columna de figuras que descendía hacia la orilla. Una vez allí se encaminaron hacia el norte, apareciendo y desapareciendo a medida que los grandes cedros que crecían en el agua los ocultaban o los revelaban.

A excepción del que marchaba delante, todos los demás iban cargados con rollos de cuerda y ramas de árboles, y parecían hombres más viejos que el primero, pues andaban pesadamente.

Eran los constructores de la Balsa, que en el día tradicionalmente fijado recorrían el camino tradicional que conducía a la ensenada tradicional, esa calinosa entrada de agua, resguardada por la ruinosa pared y el soto donde los renacuajos y los gobios y las miríadas de microscópicos pescaditos pronto serían perturbados.

No había duda sobre la identidad de quien encabezaba la marcha. Imposible no reconocer ese paso ágil, aunque arrastrado y ladeado, esa forma horriblemente deliberada de moverse, a medias entre andar y correr, ese cuerpo doblado hacia adelante como quien está olfateando una pista, pero suelto y desprendido del suelo.

Fucsia lo observaba, fascinada. No era frecuente ver a Pirañavelo sin que él lo supiera. Siguiendo la mirada de Fucsia, el doctor reconoció igualmente al joven. La frente rosada se le nubló. Últimamente había reflexionado mucho en esto y aquello: «esto» era sobre todo el inescrutable y de algún modo extraño joven, mientras que «aquello» se refería principalmente al misterioso Incendio. Realmente, los últimos tiempos habían deparado una abundante cosecha de enigmas. De no haber tenido un carácter tan trágico, hubieran deleitado al doctor. ¡Lo inesperado contribuía tanto a mitigar la interminable monotonía de las costumbres y ritos del castillo! Pero la Muerte y la Desaparición no eran golosinas para un paladar fatigado. Eran demasiado grandes y apenas cabían en la boca, y sabían a bilis.

Aunque el idiosincrático doctor tenía opiniones completamente heterodoxas sobre algunos aspectos de la vida del castillo —opiniones demasiado libres para que fueran proclamadas en una atmósfera en la que la trama y urdimbre del oscuro lugar y de su pasado se confundían con la red venosa de los cuerpos que lo habitaban—, sin embargo *pertenecía* al lugar, y era un marginado sólo cuando su mente, actuando en un espectro muy amplio de relaciones y correlaciones de ideas, llegaba a conclusiones precisas y claras que a menudo rozaban la herejía. Pero eso no significaba que se considerara superior. Oh, no. No lo era. La fe ciega era la fe verdadera, por muy turbio que estuviera el cerebro. Las joyas de sus conclusiones podían ser de primera agua, pero en su esencia y en su espíritu sentía que algo se le retorcía en proporción con su incredulidad cuando en algún momento dudaba del valor de las ceremonias rituales, por triviales que fueran. No era ningún forastero, y las tragedias recientes lo habían afectado en lo más vivo. Sus modales desenfadados y necios eran engañosos. Mientras gorjeaba, parloteaba, daba rienda suelta a su espontáneo «ingenio», o gesticulaba con grotesca afectación, dejando patinar los agrandados ojos por detrás de los cristales de las gafas como pastillas de jabón en el fondo de una bañera, a menudo tenía la mente en otro sitio, y en estos días, además, muy ocupada. Ponía en orden los hechos de que disponía —cabos sueltos de información— y los inspeccionaba con el ojo del cerebro, ahora desde aquí, ahora desde allá, ahora desde abajo, ahora desde arriba, mientras hablaba o fingía estar escuchando, de día y de noche, o durante las veladas nocturnas, cuando se sentaba con los pies encima de la chimenea, una copa de licor al alcance de la mano y su hermana en la silla de enfrente.

Echó una ojeada a Fucsia para comprobar si había reconocido la lejana figura del muchacho, y le sorprendió verle un mirada de intrigada concentración en el rostro sombrío. Tenía los labios entreabiertos, como si estuviera excitada. Para entonces, el cocodrilo de figuras doblaba la curva del lago, a la izquierda. Luego se detuvo. Pirañavelo se apartaba de los criados e iba hacia la orilla. Al parecer les había dado una orden, pues todos se sentaron entre los pinos que bordeaban el agua y lo observaron mientras se desprendía de sus ropas y clavaba el bastón-espada en el fango de la orilla. Incluso desde tan lejos se podía ver que tenía hombros muy altos y encorvados.

—En nombre de todo lo público —dijo Prunescualo—, parece que tenemos un nuevo oficial, ¿eh? Consultando los augurios al borde del agua. Sangre fresca en pleno verano para las próximas cuatro décadas. Se abre el telón… y avanza la precocidad, ja, ja, ja. ¿Pero qué hace ahora?

Fucsia acababa de sofocar un grito de sorpresa al ver que Pirañavelo se metía en el agua. Un momento antes de sumergirse, el joven los había saludado con la mano, aunque en apariencia ni siquiera había mirado hacia ellos.

—¿Qué ha sido *eso*? —dijo Irma, girando el cuello con un movimiento sumamente lubricado—. He dicho: ¿qué ha sido eso?, Bernard. Ha sonado como un chapoteo, ¿me oyes, Bernard? He dicho que ha sonado como un *chapoteo*.

—He ahí por qué —dijo su hermano.

—¿He ahí por qué? ¿Qué quieres decir, Bernard, con ese he ahí por qué? Qué pesado eres. He dicho que qué pesado eres. He ahí por qué ¿qué?

—He ahí por qué ha sonado como un chapoteo, mariposa mía.

—Pero *¿por qué?* ¡Oh, señor, qué no daría por tener un hermano normal! ¿Porqué ha-sonado-como-un-chapoteo, Bernard?

—Porque eso es precisamente lo que ha sido, pava real. Ha sido un chapoteo auténtico y no diluido. ¡Ja, ja, ja! Un chapoteo no diluido.

—¡Oh! —chilló la señora Ganga, pellizcándose el labio inferior—, ¿no sería el tiburón, verdad, señor, doctor? ¡Oh, mi pobre corazón, señor! ¿Ha sido el tiburón?

—¡Tonterías! —dijo Irma—. ¡Tonterías! ¡Pero qué mujer más tontaina! ¡Tiburones en el lago de Gormenghast! ¡A quién se le ocurre!

Los ojos de Fucsia estaban fijos en Pirañavelo. Era un excelente nadador y ya había atravesado la mitad del lago; los codos blancos y delgados se levantaban en ángulos obtusos que se hundían y emergían metódicamente.

—Veo a alguien —dijo la voz de Cora.

—¿Dónde? —dijo Clarice.

—En el agua.

—¿Cómo? ¿En el lago?

—Sí, es la única agua que hay, boba.

—No es verdad.

—Bueno, es la única agua que hay cerca de nosotras en este momento.

—Ah, eso sí, es la única agua de *ese* tipo.

—¿Lo ves?

—Todavía no he mirado.

—Bueno, pues mira ahora.

—¿Ya?

—Sí, ahora.

—Oh…, veo un hombre. ¿Ves un hombre?

—Acabo de decírtelo. Claro que lo veo.

—Viene nadando hacia mí.

—¿Por qué hacia ti? También podría ser hacia mí.

—¿Por qué?

—Porque somos iguales en todo.

—Ésta es nuestra gloria.

—Y nuestro orgullo. No lo olvides.

—No, no lo olvidaré.

Se quedaron mirando al nadador que se acercaba con la cara siempre debajo del agua o vuelta de lado para tomar aliento; las mellizas no tenían idea de quién era el nadador.

—Clarice —dijo Cora.

—Sí.

—Somos las únicas damas presentes, ¿verdad?

—Sí. ¿Y qué pasa?

—Pues bien, bajaremos a la orilla, y cuando llegue podremos ahorrarle la formalidad de encorvarse.

—¿Hace daño?

—Qué ignorante eres. No sabes lo que es una locución. —Cora volvió la cara hacia el perfil de su hermana.

—No sé lo que quieres decir —musitó Clarice.

—No tengo tiempo para darte explicaciones sobre cosas del lenguaje —dijo Cora—. No importa.

—¿De verdad?

—No. Pero eso sí importa.

—Oh.

—Viene nadando hacia nosotras.

—Sí.

—O sea que ha de homenajearnos en la orilla.

—Sí…, sí.

—Hay que ir a darle ánimos.
—¿Ahora?
—Sí, ahora. ¿Estás preparada?
—En cuanto me levante lo estaré.
—¿Ya has acabado?
—Casi. ¿Y tú?
—Sí.
—Entonces vamos.
—¿Dónde?
—No me fastidies más con tu ignorancia. Limítate a seguirme.
—Sí.
—¡Mira!
—¡Mira!

Pirañavelo había salido de las profundidades y estaba de pie. El agua le lamía la base de las costillas y el fango del fondo del lago le rezumaba entre los dedos de los pies mientras saludaba al grupo con los brazos en alto, de los que caían rosarios de gotitas centelleantes.

Fucsia estaba entusiasmada. Le encantaba lo que el joven acababa de hacer. Verlo de pronto quitarse las ropas, zambullirse en el agua profunda, cruzar el lago, y finalmente emerger, jadeante, con el agua batiéndole contra el talle delgado y nervudo, todo esto en el arrebato del momento, era fantástico.

Irma Prunescualo, que no había visto a su «admirador» desde hacía varias semanas, dio un chillido al verlo salir desnudo del lago, y tapándose la cara con las manos espió por entre los dedos.

Tata todavía no podía distinguir quién era, y meses después aún seguía dudándolo.

La voz de Pirañavelo resonó por encima del agua.

—¡Feliz encuentro! —gritó—. ¡Acabo de verlos! ¡*Lady* Fucsia, buenos días! Es un placer verla otra vez. ¿Cómo anda su salud, señorita Irma? Disculpe mi piel. ¿Y usted, doctor, como está?

A continuación, con ojos muy juntos y enrojecidos, observó a las mellizas que venían hacia él vadeando el agua, sin darse cuenta de que les llegaba a los tobillos.

—Se están mojando las piernas, sus señorías. ¡Cuidado! ¡Retrocedan! —chilló el joven con fingida alarma—. Me abruman con tan inmerecido honor. ¡Por amor de Dios, retrocedan!

Tenía que chillarles de este modo para que nadie sospechara que tenía autoridad sobre ellas. En realidad, le importaba dos pepinos que continuaran avanzando hasta que el agua les llegara al cuello. Era una curiosa situación. Por razones de pudor, le era imposible dar un paso más hacia la orilla.

Tal como podía esperarse, las mellizas no reconocieron en la voz de Pirañavelo la autoridad que habían aprendido a obedecer. Entraron más profundamente en el lago, y el doctor, Fucsia y Tata Ganga se asombraron al ver que el agua les llegaba a las caderas y que las faldas voluminosas de los vestidos purpúreos flotaban magníficamente.

Encogiendo los hombros y extendiendo las palmas de las manos, Pirañavelo miró a los demás para indicarles que se sentía incapaz de poner remedio a la situación. Las mellizas estaban ya muy cerca. Lo suficientemente cerca como para poderles hablar sin que el grupo que se había reunido al borde del lago alcanzara a oírlo.

Habiéndoles en un tono bajo y rápido, y que de acuerdo con su experiencia era el mejor para obtener una respuesta inmediata, les dijo:

—Quédense donde están. Ni un paso más, ¿me oyen? Voy a decirles algo. Si no se quedan quietas y me escuchan, se quedarán sin los tronos de oro, que ya están acabados y van de camino a los aposentos de ustedes. Ahora váyanse. Regresen al castillo, vuelvan a sus habitaciones, o habrá problemas.

Mientras hablaba, hacía señas a los de la orilla; encogía los hombros como mostrando que no había nada que hacer. Entretanto, la voz rápida seguía discurriendo, hipnotizando a las mellizas, hundidas hasta las caderas en los centelleantes rizos del agua.

—No deben hablar del Incendio. Deben estar solas y no salir a hablar con la gente como han hecho hoy, en contra de mis órdenes. Me han desobedecido. Iré a verlas esta noche a las diez. Estoy enfadado porque han roto su promesa. A pesar de todo, todavía van a tener su gloria; pero con la condición de que nunca más hablen del Incendio. ¡Siéntense inmediatamente!

Pirañavelo no pudo resistirse a dar esta orden perentoria. Los cuatro ojos habían estado clavados en él mientras hablaba, y quiso estar seguro de que ellas eran incapaces de desobedecerlo en momentos como éste, que no podían pensar en otra cosa que no fuera lo que él les inculcaba en una voz baja peculiar y con la constante repetición de unas pocas máximas simples. La mueca que le torcía los labios era una muestra

de la arrogante y vil satisfacción que experimentaba al ver cómo las dos criaturas purpúreas se sentaban sobre sus traseros en el lago tibio. Sólo los largos cuellos y los rostros como platos quedaron por encima de la superficie, rodeados cada uno por el tembloroso dobladillo de una falda púrpura.

En cuanto hubo visto, saboreado y absorbido la deliciosa esencia de la situación. Pirañavelo espetó:

—¡Márchense! Vuelvan a sus habitaciones y espérenme allí. Márchense inmediatamente. Nada de parloteos en la orilla.

Mientras las mellizas se sumergían en el agua, obedeciendo automáticamente, él había fingido ante los espectadores estar al borde de la desesperación, agarrándose la cabeza con las manos.

Cuando las tías se incorporaron, con la tela púrpura empingorotada alrededor, se encaminaron tomadas de la mano hacia el atónito grupo reunido en la arena.

Habían digerido bien la lección de Pirañavelo y pasaron solemnemente por delante del doctor, Fucsia, Irma y Tata Ganga y se metieron entre los árboles; y después de doblar por un paseo de avellanos a la izquierda, y en una suerte de trance empapado, siguieron caminando hacia el castillo.

—¡Estoy perplejo, doctor! ¡Muy perplejo! —chilló el joven desde el agua.

—¡Me sorprendes, querido muchacho! —exclamó el doctor—. En nombre de todo lo anfibio, me sorprendes. Ten piedad, querido niño, ten piedad, y vete nadando… Ya estamos cansados de mirarte el estómago.

—¡Disculpe el magnetismo de mi vientre! —respondió Pirañavelo, zambulléndose de nuevo en el lago. Reapareció un poco más lejos y nadó con firmeza hacia los constructores de la Balsa.

Mientras observaba el sol que centelleaba en los brazos mojados del ahora distante muchacho, Fucsia descubrió que el corazón le latía con fuerza. Los ojos de Pirañavelo no eran de fiar. La frente abultada y redonda y los hombros altos le parecían repelentes. Era una persona ajena al castillo, tal como ella lo entendía. Pero le latía el corazón, porque Pirañavelo estaba vivo… ¡Oh, tan vivo! ¡Y audaz! Y parecía que nadie era capaz de humillarlo. Cuando respondía al doctor, había clavado los ojos en ella. Fucsia no comprendía. La melancolía era como una oscuridad dentro de ella; pero cuando pensaba en él, parecía como si un relámpago zigzagueara en la oscuridad.

—Ahora me marcho —le dijo al doctor—. Nos veremos esta noche, gracias. Vamos, Tata. Adiós, señorita Prunescualo.

Irma saludó con un movimiento ondulante y sonrió inexpresivamente.

—Buenos días —dijo—. Ha sido un placer, de veras. Bernard, el brazo. He dicho: el brazo.

—Lo has dicho, no hay duda, mi capullo de nieve, te he oído perfectamente. ¡Ja, ja, ja! Y aquí lo tienes. Un brazo tembloroso de belleza, con poros que anhelan el contacto de tus lánguidos dedos. ¿Deseas tomarlo? Pues ahí va, tómalo. Pero con seriedad, ¡ja, ja, ja! Tómalo con seriedad, te lo ruego, dulce rana, pero devuélvemelo cuando acabes. En marcha. Ahora adiós, Fucsia. Nos separamos para volvernos a encontrar.

Alzó ostentosamente el codo izquierdo, e Irma, girando las caderas y levantando la sombrilla por encima de la cabeza, con la nariz apuntando al camino como si fuera la aguja de una brújula, lo cogió por el brazo, y los dos hermanos penetraron en las sombras de los árboles.

Fucsia levantó a Titus y se lo puso sobre el hombro, mientras Tata doblaba la alfombra de color de herrumbre, y también ellas se pusieron en marcha hacia el castillo.

Pirañavelo había alcanzado la orilla opuesta y la cuadrilla caminaba otra vez alrededor del lago, cargando las ramas de castaño. El joven encabezaba el grupo, moviéndose con garbo y haciendo girar el bastón-espada.

LA CONDESA GERTRUDE

MUCHO DESPUÉS de que la gota de agua del lago se desprendiera de la hoja de encina, precipitando irrecuperablemente hacia el abismo donde nunca había luz las miríadas de reflejos que flotaban en la superficie, la cabeza asomada al punto minúsculo de la ventana seguía contemplando el verano.

Pertenecía a la condesa. Estaba subida a una escala, ya que sólo así podía ver algo a través de la alta abertura invadida por la yedra. Detrás, la sombría habitación estaba llena de pájaros.

Unos pocos rayos de sol pasaban más allá de la cabeza de Gertrude y estallaban con silenciosa violencia contra la pared; unos fuegos incandescentes salpicaban el papel rojo oscuro. Totalmente inmóviles en la penumbra, ardían sin llamaradas, acentuando aún más la oscuridad de la habitación y transformándola en una especie de movimiento subyugado, un contra-juego de volúmenes de diferentes tonalidades, entre el gris ceniciento y el negro.

Era difícil distinguir los pájaros, pues no había velas encendidas. El verano ardía al otro lado de la ventana alta y pequeña.

Por fin, la condesa bajó de la escala, un paso de mamut tras otro, hasta que dio media vuelta con los pies en el suelo y empezó a moverse hacia la cama sombría. Al llegar a la cabecera, encendió la mecha de una vela medio derretida, y sentándose junto a los almohadones silbó una nota particularmente dulce y apagada entre los labios gruesos.

A pesar del volumen de la condesa, parecía como si un enorme árbol de invierno fuera ahora un árbol de verano. Mas no era con hojas con lo que estaba revestida sino con pájaros, frondosos como un follaje. Un centenar de ojos brillaban como cuentas de cristal a la luz de la vela.

—Escuchad —dijo—. Estamos solos. Las cosas andan mal. Se están poniendo feas. Se trama algo malo. Lo sé.

Entornó los ojos.

—Pero que se atrevan a intentarlo. Esperaremos el momento propicio. Estaremos dispuestas. Dejemos que alcen esas manos sucias, y por todos los hados, les partiremos el espinazo. Dentro de cuatro días, la Investidura… y entonces yo misma me ocuparé de él, del bebé y del niño, de Titus, el septuagésimo séptimo.

Se puso en pie.

—¡Que Dios perdone mi alma, pues va a necesitarlo! —tronó en medio de un revoloteo de alas y de pequeñas garras que intentaban recobrar el equilibrio—. ¡Que Dios la perdone cuando yo descubra al malvado! Pues con absolución o sin ella, encontraré *satisfacción*.

Cogió algunas migas de pastel de una caja próxima y se las puso entre los labios. Al sonido de trote de la lengua, una curruca se acercó a picotear de la boca de Gertrude, pero ella tenía los ojos entornados, y lo que podía vérsele del iris era tan duro y brillante como un sílex húmedo.

—Satisfacción —repitió con voz ronca las sílabas que sonaban pesadamente, con una especie de ronroneo—. Todo está centrado en Titus. La piedra y la montaña, la Sangre y el Cumplimiento. Que se atrevan a acercarse. Por cada pelo que le toquen haré que un corazón deje de latir. Y si consigo la gracia una vez acabado el desorden, bienvenida sea. Y si no, entonces ¿qué?

LA APARICIÓN

ALGO ENVUELTO EN UN SUDARIO blanco se movía hacia la puerta de los aposentos de las mellizas. El castillo dormía. El silencio era espacio. La Cosa, inhumanamente alta, parecía desmembrada.

En la habitación, las tías permanecían sentadas y abrazadas delante del hogar frío. Hacía mucho rato que esperaban que girara el pomo de la puerta. Y eso es lo que ahora empezó a ocurrir. Las mellizas lo miraban fijamente. Hacía más de una hora que lo estaban observando, en la sala mal iluminada, escuchando el tictac del reloj de latón. Entonces, de pronto, en la hendedura que crecía por momentos, la Cosa entró bruscamente, rascando el dintel con la cabeza, una cabeza helada que sonreía mostrando los dientes, una cabeza que era una calavera.

No pudieron gritar. Las mellizas no pudieron gritar. Tenían las gargantas contraídas y los miembros rígidos. Los cuatro ojos idénticos y desorbitados eran horribles, y mientras seguían así, paralizadas, una voz gritó por debajo de la sonriente calavera.

—¡Terror! ¡Terror! ¡Terror! ¡El más puro, absoluto y sangriento Terror!

Y una sábana de nueve pies de longitud entró en la sala.

El cráneo del viejo Agrimoho había sido útil al fin. Espolvoreado con fósforo, se balanceaba sobre la punta del bastón-espada, y la sábana, sujeta con un clavo a la coronilla, colgaba verticalmente a ambos lados. De este modo, Pirañavelo podía sostener la calavera tres pies por encima de su propia cabeza y mirar por una rendija que había abierto en la sábana a la altura del ojo. El sudario blanco le caía hasta el suelo en largos y esculturales pliegues.

Las mellizas estaban del mismo color que la sábana. Tenían las bocas abiertas, y los gritos que no encontraban desahogo les desgarraban las entrañas. Se habían quedado literalmente heladas de espanto, y sus cabellos, desentendiéndose de rizos y bucles, se habían erguido como hierbas de la pampa, levantadas por ráfagas que rondan temblorosas en la penumbra y presagian una tormenta. Las dos hermanas no podían ni siquiera apretujarse más una contra otra, pues tenían los miembros pesados como piedra fría. Era el fin. La Cosa arañó el techo con el cráneo y se adelantó silenciosa y de una sola pieza. Al no tener posibilidad humana de altura, no tenía altura. No era un fantasma alto; era inconmensurable; era la Muerte, avanzando como un elemento natural.

Pirañavelo había comprendido que si no hacía algo, las mellizas, a través de las flojas redes de sus cerebros vacíos, no tardarían en divulgar el secreto del Incendio. Por mucho que las tuviera dominadas, no estaba seguro de que esa obediencia, que era ahora automática cuando se encontraban delante de él, persistiera junto a otras gentes. Ahora se daba cuenta de que en realidad había estado a merced de sus lenguas desde el día del Incendio, y de que podía sentirse satisfecho de que no lo hubieran descubierto hasta ahora. Había pensado que las hermanas, a pesar de su estulticia, serían capaces de comprender el peligro que corrían si despertaban alguna sospecha. Pero ahora estaba convencido de que sólo el terror y las represalias conseguirían cerrarles los labios. Por este motivo había pasado noches en vela, planeando un pequeño episodio. Tenía fósforo, que había preparado junto con varios venenos en el laboratorio del doctor Prunescualo, y para los que todavía no había encontrado utilidad; tenía también el bastón-espada, que no desenvainaba más que para pulir el filo delgado; y tenía una sábana: con estos ingredientes podría confeccionar una muerte ambulante.

Y ahora estaba en la habitación de las mellizas. Las veía perfectamente a través de la abertura en la sábana. Si no hablaba enseguida, antes de que comenzara la histeria, no oirían nada, y captarían aún menos el significado de lo que quería transmitirles. Levantó la voz hasta un tono horrible y extraño.

—¡Soy la Muerte! —exclamó—. Soy todos los que han muerto. Soy la Muerte de las Mellizas. ¡Observad! Mirad mi semblante. Está desnudo. Es de hueso. Es la Venganza. *Escuchad*. Soy la que estrangula.

Avanzó un paso más hacia ellas. Todavía tenían la boca abierta y las tensas gargantas intentaban

desahogar el grito desgarrador.

—He venido como Advertencia. ¡Advertencia! Tenéis gargantas largas y blancas, perfectas para que os estrangule. Mis huesudas manos podrían retorcerlas hasta quitaros el último suspiro… He venido como Advertencia. *¡Escuchad!*

No tenían alternativa.

—Soy la Muerte, y quiero deciros algo, a vosotras, las Incendiarias. Aquella noche encendisteis un fuego escarlata. ¡Quemasteis el corazón de vuestro hermano! ¡Oh, horror!

Pirañavelo tomó aliento. Los desorbitados ojos de las mellizas casi se apoyaban en los pómulos. Tenía que hablarles de una manera muy simple.

—Pero hay un crimen todavía más sangriento. El crimen de hablar. El crimen de Mencionar. Mencionar. Yo castigo este crimen estrangulando en una habitación a oscuras. Os estaré observando. Cada vez que abráis la boca os estaré observando. Observando. Observando con mis enormes ojos de hueso. Y os estaré escuchando. Escuchando con mis orejas descarnadas… y mis largos dedos se moverán impacientes… impacientes. No hablaréis ni siquiera entre vosotras. No de vuestro crimen. ¡Oh horror! No del Fuego escarlata.

»La tumba fría me reclama, pero ¿voy a volver? ¡No! Me quedaré siempre aquí, con *vosotras*. Escuchando, escuchando, moviendo los dedos impacientes. Vosotras no me veréis… pero yo estaré aquí…, allí… y dondequiera que vayáis… para siempre. No mencionéis el Fuego… ni a Pirañavelo…, ni el Fuego ni a Pirañavelo, vuestro protector, si estimáis en algo vuestras largas gargantas…, vuestras largas y blancas gargantas.

Pirañavelo se volvió con aire majestuoso. La calavera se había inclinado ligeramente en la punta del bastón, pero no importaba. Las mellizas eran dos estatuas de hielo en un mar ártico.

Mientras salía solemnemente por la puerta, algo grotesco, terrorífico, ridículo en la inclinación de la calavera, como si estuviera escuchando, remató enfáticamente todo lo que había ocurrido.

En cuanto hubo cerrado la puerta se desprendió de la sábana, y envolviendo con ella la calavera, la ocultó entre un montón de trastos junto a la pared del pasillo.

De la habitación no venía ningún ruido. Sabía que sería inútil que las visitara esa misma noche. Cualquier cosa que dijera pasaría inadvertida. Esperó todavía unos instantes más a que la histeria encontrase voz, pero al fin emprendió el camino de vuelta. Al doblar la esquina de un lejano pasillo, se detuvo y se quedó escuchando, muy quieto. Había empezado. Amortiguado como estaba por la distancia y las puertas cerradas, era suficientemente aterrador: el grito lejano, plano e interminable del más puro pánico.

Cuando fue a visitarlas, la tarde siguiente, las encontró en cama. La anciana que apestaba les había llevado la comida. Yacían tumbadas y juntas, y era evidente que se sentían muy mal. Estaban tan blancas que era difícil decir dónde acababan sus caras y dónde empezaba la larga almohada.

La habitación estaba brillantemente iluminada, como advirtió con satisfacción. Recordaba que, como «Muerte», había mencionado su preferencia por estrangular «en una habitación *a oscuras*». La fuerte iluminación indicaba que las mellizas recordaban al menos una parte de lo que había dicho la noche anterior.

Pero ni siquiera ahora había que bajar la guardia.

—Sus señorías —dijo—, las veo ojerosas. Muy ojerosas. Pero créanme, ese aspecto que tienen no es tan malo como mi estado de ánimo. He venido a pedirles consejo, y quizá también ayuda. Estén preparadas. —Tosió—. He recibido una visita. Una visita del Más Allá. No se sobresalten, damas, pero el visitante era la Muerte. Se acercó a mí y me dijo: «Sus señorías han cometido un crimen detestable. Ahora iré a visitarlas y les retorceré el cuello hasta dejarlas sin aliento». Pero yo le dije: «¡No! ¡Aguarde un momento, se lo suplico! Ellas han prometido que no divulgarán ni una palabra». Y la Muerte me respondió: «¿Cómo puedo estar segura? ¿Qué prueba tengo?». Yo le contesté: «Yo respondo por ellas. Si sus señorías pronuncian las palabras INCENDIO O PIRAÑAVELO, usted se las lleva bajo tierra con los gusanos».

Cora y Clarice intentaban hablar, pero estaban muy débiles. Por fin, Cora dijo:

—Ella… estuvo… aquí… también. Todavía está aquí. ¡Oh, sálvanos! ¡Sálvanos!

—¡Ha estado aquí! —dijo Pirañavelo, poniéndose en pie de un salto—. ¿La Muerte ha estado aquí también?

—Sí.

—¡Me extraña que sigan con vida! ¿Les dio algunas órdenes?

—Sí —dijo Clarice.

—¿Y las recuerdan todas?

—Sí…, sí —dijo Cora, pasándose los dedos por la garganta—. Lo recordamos todo. ¡Oh, sálvanos!

—Son ustedes quienes pueden salvarse, guardando silencio. ¿Desean seguir con vida?

Las dos movieron patéticamente la cabeza, asintiendo.

—Entonces, ni una palabra.

—Ni una palabra —repitió Clarice en el silencio de la iluminada habitación.

Pirañavelo hizo una reverencia y se retiró. Regresó por otra escalera, flanqueada por una larga y alta barandilla, y deslizándose sobre ella a gran velocidad, aterrizó en el rellano dando una especie de salto.

Había ocupado una serie de habitaciones con ventanas que daban al prado plantado de cedros. Estos aposentos eran más adecuados para la posición que tenía ahora y sus nuevas ocupaciones.

Echando una ojeada al pasillo antes de entrar en sus apartamentos, divisó a lo lejos —no alcanzaba a oír el sonido de las pisadas— las siluetas de Fucsia y del doctor.

Entró en su habitación. La ventana era un rectángulo de color azul ahumado, atravesado por ramas negras. Encendió una lámpara. Las paredes se iluminaron y la ventana se oscureció. Las ramas habían desaparecido. Cerró las persianas. Se quitó los zapatos sacudiendo los pies, y saltó de espaldas sobre la cama. Abandonando por un momento sus aires de dignidad, se convirtió, por lo menos físicamente, en el muchacho de diecisiete años que era, contorsionándose, arqueando el espinazo y estirando brazos y piernas con extraordinario júbilo. Luego empezó a reír y reír, con los ojos rojos inundados de lágrimas, hasta que, completamente agotado, se dejó caer sobre las almohadas y se durmió con una mueca en los labios finos.

Una hora antes, Fucsia había acudido a su cita con el doctor, en la Sala Fresca. Por una vez, Prunescualo había estado serio. La había ayudado con palabras bien escogidas y con pensamientos sencillos y directos que le tocaron hábilmente el apesadumbrado corazón. Durante la charla habían repasado todos los acontecimientos tristes y lamentables que ocurrieran últimamente. Habían hablado de las personas más próximas a ellos: de la meditabunda madre de Fucsia; de la misteriosa desaparición del conde, y de si estaría vivo o muerto; de Irma y de las mellizas; del enigma de Vulturno y de Excorio; de la diminuta Tata Ganga, de Bergantín y de Pirañavelo.

—Desconfía de él, Fucsia. Recuerda lo que te digo.

—Sí —dijo Fucsia—. Iré con cuidado, doctor Prune.

El crepúsculo descendía al otro lado del ventanal…, un inmenso y vacilante crepúsculo que se derrumbaba como una niebla de cenizas.

Fucsia se desabrochó los dos primeros botones de la blusa y dobló los bordes hacia adentro. Se había apartado de Prunescualo y se puso las manos ahuecadas sobre el esternón, como si escondiera algo.

—Sí, iré con cuidado, doctor Prune —repitió—, recordaré todo lo que me ha dicho…, pero, esta noche tenía que ponérmelo, tenía que hacerlo.

—¿Tenías que ponerte qué, mi pequeña seta? —dijo Prunescualo, hablando con ligereza por primera vez, pues la sesión seria había concluido y ya podían relajarse—. Bendita sea mi confusa mente, si no he perdido el hilo… ¡si había alguno! Dilo otra vez, mi belleza atezada.

—¡Mire! ¡Mire! Sólo para usted y para mí, como yo quería.

Dejó caer pesadamente las manos a ambos costados. Le brillaban los ojos. Con la cabeza en alto, la refulgente garganta, las piernas un poco separadas y las puntas de los pies ligeramente vueltas hacia dentro, era una mezcla de torpeza y magnificencia.

—¡MIRE!

Obedeciendo la orden, el doctor miró con ojos realmente abiertos. El rubí que le había regalado aquella noche, la noche en que conociera a Pirañavelo, ardía contra el pecho de Fucsia.

Y entonces, de pronto, inesperadamente, Fucsia había huido, los pies golpeando pesadamente las losas de piedra, mientras la puerta de la Sala Fresca oscilaba de aquí para allá…, de aquí para allá.

LA INVESTIDURA

EL DÍA DE LA «INVESTIDURA» fue un día de lluvia. Una lluvia gris, monótona, triste y sin vida. Ni siquiera tenía fuerzas para detenerse. En las ventanas del ala norte, un centenar de cabezas miraban el cielo, la lluvia. Un centenar de figuras se asomaban a los alféizares de la pared sur, y miraban. Desaparecían una a una retrocediendo en la oscuridad, pero aparecían otras, en otras ventanas. Había siempre un centenar de vigías. Lluvia. La lenta lluvia. De este a oeste, el castillo observaba la lluvia. Iba a ser un día de lluvia… No había modo de impedirlo.

Incluso horas antes del alba, cuando los Fregones Grises pulían las paredes de la cocina de piedra, y los Constructores de la Balsa daban los toques finales a la balsa de ramas de castaño, y los mozos de cuadra almohazaban los caballos a la luz de las linternas, era evidente que había un cambio en el castillo. Era el Gran Día. Y estaba lloviendo. El cambio se notaba en muchos aspectos, y más superficialmente en el campo visual, pues todos iban vestidos de arpillera. Hasta el último de los mortales. Arpillera teñida con sangre caliente de águilas. Ese día, nadie a excepción de Titus estaba exento de cumplir el decreto inmemorial: *«El Castillo se vestirá de arpillera el día de la Investidura»*.

Pirañavelo se había ocupado de distribuir las ropas, bajo la dirección de Bergantín. El muchacho estaba acumulando mucha información sobre los ritos más oscuros y legendarios de Gormenghast. Alimentaba la idea de poder convertirse, a la muerte de Bergantín, en la principal si no la única autoridad en materia de ritual y de protocolo. De cualquier modo, el tema lo fascinaba. Tenía posibilidades.

—¡Maldita sea! —musitó al despertarse con el ruido de la lluvia. Pero al fin y al cabo, ¿qué más daba? Tenía la mirada puesta en el futuro. Dentro de un año. Dentro de cinco años. Mientras tanto, «¡todos a bordo hacia la gloria!».

La señora Ganga se levantó temprano y atendiendo a la sacrosanta convención se puso inmediatamente la arpillera. Era una pena que no pudiera lucir el sombrero con las uvas de cristal, pero claro está, el día de la Investidura nadie llevaba sombrero. La noche anterior un criado había traído la piedra que Titus tenía que sostener en la mano izquierda, la rama de yedra que llevaría en la derecha, y el collar de conchas de caracol para la pequeña garganta. Seguía durmiendo, y Tata le estaba planchando la túnica de hilo blanco que le llegaría a los tobillos. Era de un blanco tan diáfano que parecía una luz blanca. Tata la acarició con la punta de los dedos como si se tratara de una gasa sutil.

—O sea que ha llegado el momento. —Tata hablaba a solas—. Ha llegado el momento. La cosita más pequeña del mundo va a convertirse en conde hoy. *¡Hoy!* ¡Oh, mi pobre corazón! ¡Qué crueles son al dar tanta *responseveridad* a una cosa tan pequeña! Es cruel. Cruel. ¡No es justo! No, no lo es. Pero así son las cosas. Ese mocoso travieso *es* el conde. El único conde, y nadie puede negarlo. ¡Oh, mi pobre corazón! Nunca han venido a verlo. Y *ahora* quieren verlo porque ha llegado el día.

La diminuta cara apergaminada estaba al borde de las lágrimas. En los intervalos de silencio, la boca asomaba entre sus propias arrugas y volvía a esconderse.

—Todos esperan al nuevo pequeño conde, para homenajearlo y todo lo demás, pero soy yo quien lo baña y lo prepara, y quien le plancha la túnica blanca y le da el desayuno. Pero ellos no piensan en todo eso…, y luego…, y luego… —Tata se sentó de pronto en el borde de una silla y rompió a llorar— me lo van a quitar. Oh, qué injusticia. Y me voy a quedar sola…, completamente sola para morir… y…

—Yo estaré contigo —dijo Fucsia desde la puerta—. Y nadie va a quitártelo. Claro que no.

Tata Ganga se precipitó hacia ella y le agarró el brazo.

—¡Sí que me lo quitarán! —gritó—. Tu enorme madre dijo que lo haría. Lo *dijo*.

—Bueno, a mí no me han llevado, ¿verdad?

—¡Pero tú eres sólo una chica! —gritó Tata Ganga, más fuerte que nunca—. Tú no cuentas. Tú no serás nada.

Fucsia apartó la mano de la niñera y fue pesadamente hacia la ventana. La lluvia caía a torrentes, caía y caía.

Por detrás de ella, continuaba la voz:

—Como si no le hubiera entregado todo mi amor, día tras día, días tras días. Se lo he dado todo hasta vaciarme por completo. Siempre me toca a mí. Siempre me ha tocado a mí. Trajín y más trajín. Tráfago y más tráfago; y sin nadie que me diga «¡Que Dios te bendiga!». Sin nadie que me comprenda.

Fucsia no podía soportarlo más. Aunque quería mucho a su niñera, no podía seguir escuchando la voz melancólica y quejumbrosa y ver caer la lúgubre lluvia y a la vez mantenerse en calma. Si no se marchaba enseguida era capaz de romper algo, lo primero que tuviera a mano. Dio la vuelta y echó a correr, y en cuanto estuvo de nuevo en su propia habitación, se tiró sobre la cama, con el vestido de arpillera recogido hasta los muslos.

Esa oscura mañana, pocos de los innumerables desayunos del castillo tuvieron buen sabor. El ruido monótono y regular de la lluvia era ya bastante deprimente, pero que ocurriera en un día semejante descorazonaba al más pintado. Era como si la lluvia desafiara la fe más arraigada del castillo; se mofaba de él con un necio e ignorante chaparrón de blasfemia, como si las inagotables nubes murmuraran: «¿Qué nos importa una Investidura? Nos da lo mismo».

Por suerte, había mucho que hacer antes de las doce, y casi todos estaban ocupados con una u otra tarea. Desde mucho antes de las ocho la gran cocina bullía de actividad.

El nuevo chef era muy distinto de su predecesor: un veterano de los hornos, patizambo, con cara de mulo, dentadura de latón, y sucias greñas grises. Había algo feroz en esa cabeza, de la que parecían brotar, más que crecer, los cabellos hirsutos. En la cocina se decía que se los rapaba cada dos días, y aún había alguien que sostenía haberlos visto crecer a la velocidad de la aguja minutera de un gran reloj.

Una voz lenta y resonante salía de vez en cuando por entre los destellos de los dientes de ésta cara de mulo. Pero no era un hombre comunicativo, y la mayor parte de las veces daba las órdenes gesticulando con las pesadas manazas.

Las actividades de la gran cocina, donde todo lo relacionado con la preparación de la comida en cualquiera de sus aspectos parecía ocurrir al mismo tiempo, y donde el calor ya hacía sudar la sala de paredes de piedra, no estaban, en realidad, destinadas al Día de la Investidura, sino al día siguiente, ya que la pobreza de la indumentaria iba acompañada de una dieta de mendicante: las figuras vestidas de arpillera no comían más que migajas hasta el amanecer del otro día. Vestidos de nuevo con sus ropas habituales, y finalizada la simbólica humildad ante el nuevo conde de Gormenghast, se regalaban entonces con una barbacoa que rivalizaba con la del día del nacimiento de Titus.

El personal de la cocina, hombres y muchachos, y toda la servidumbre, de todas las categorías y de ambos sexos, tenían que estar listos a las once y media para bajar en tropel hacia el lago de Gormenghast, donde los árboles ya estarían preparados.

Los carpinteros habían estado trabajando a orillas del lago y entre las ramas durante los últimos tres días. Habían instalado en los cedros las plataformas de madera que desde hacía veintidós años permanecían apoyadas contra una negra pared de medianoche, en las profundidades de las bodegas de cerveza. Eran superficies de madera aseguradas con listones, de extrañas formas, como piezas de un rompecabezas gigantesco. Había sido preciso reforzarlas, pues veintidós años en las malsanas bodegas no les había hecho ningún bien. Y por supuesto, habían tenido que ser repintadas: de blanco. Cada una de esas curiosas plataformas estaba cortada de tal manera que se adaptaba perfectamente a las ramas de los cedros. Las diversas excentricidades de los árboles habían sido cuidadosamente estudiadas cientos de años atrás, de modo que esos estrados tan ingeniosamente concebidos pudieran ser instalados con un mínimo de dificultad en futuras Investiduras. Para evitar confusiones, en la parte trasera de cada estrado de madera se había escrito el nombre del árbol correspondiente, y la altura del suelo a la que había que montarlo.

Había cuatro de estos artilugios de madera, ya todos instalados. Los cuatro cedros a los que pertenecían estaban hundidos un metro en el agua; y apoyadas contra los grandes troncos, se habían erigido unas escalas que atravesaban los bajíos desde la orilla hasta aproximadamente un palmo por debajo del nivel de las plataformas. Estructuras similares, aunque más groseras, se habían introducido entre las ramas de los fresnos y de las hayas, y donde era posible entre los alerces y pinos más próximos. En la orilla opuesta, donde las tías habían chapoteado hasta el chorreante Pirañavelo, los árboles crecían demasiado lejos del borde del lago para que sirvieran de atalaya; pero en el espeso bosque en pendiente había miles de ramas entre cuyas circunvoluciones podían acomodarse los criados.

En un claro de ese bosque, y bastante más apartado del agua que el resto de los árboles habitados, había un tejo que tenía como invitado al poeta con cara de cuña. Alguien había arrancado un gran pedazo de

corteza, y la lluvia burbujeaba, y la carne desnuda del árbol era roja. La lluvia caía casi verticalmente en el aire inmóvil, punteando el lago gris. Era como si la textura blanca y acristalada de ayer hubiera sido reemplazada por otra sustancia: papel de lija gris, una hoja enorme y granulada. Las plataformas chorreaban con cortinas de lluvia. Las hojas goteaban y salpicaban en esas mismas cortinas. En la otra orilla la lluvia había empapado la arena. El castillo estaba demasiado lejos como para distinguirlo a través del interminable velo de agua. No se veía ninguna nube en el cielo gris, ininterrumpido, del que descendían las cuerdas melancólicas.

El día avanzó, los lluviosos minutos, las lluviosas horas se sucedieron, y al fin los árboles del empinado declive estuvieron repletos de figuras. Las había prácticamente en todas las ramas capaces de soportarlas. Un gran roble albergaba al personal de cocina. Un haya a los jardineros, con Pentecostés majestuosamente sentado en la horcadura principal del tronco resbaladizo. Los mozos de cuadra, precariamente encaramados a las ramas de un nogal muerto, silbaban y rechiflaban, tirándose de los cabellos a la menor oportunidad o dando puntapiés en el aire. A cada árbol, o grupo de árboles, correspondía un oficio o categoría particular.

Sólo unos cuantos *oficiales* se movían por el borde del agua, aguardando la llegada de los protagonistas. Sólo unos cuantos oficiales entre los árboles, pero en la orilla opuesta, a lo largo de la arena oscura se había congregado una gran muchedumbre. Hombres viejos, mujeres viejas, y jóvenes extraños envueltos en completo silencio. Eran los habitantes de las casas de barro, los Moradores de Extramuros, el pueblo olvidado de los Tallistas Brillantes.

Cerca de la orilla había una mujer. Estaba de pie, un poco apartada. Tenía un rostro que era joven y que era viejo: la estructura juvenil, la expresión estragada por los años: la maldición de los Moradores. Llevaba en brazos a una criatura de carne de alabastro.

La lluvia lo bañaba todo. Era una lluvia tibia. De una melancolía tibia y perpetua. Lavaba el cuerpo de alabastro de la criatura y lo lavaba otra vez. Parecía que nunca iba a parar, y el gran lago crecía. En las altas ramas del nogal muerto habían cesado los silbidos y las rebatiñas, pues a través de las coníferas de la orilla próxima se acercaban unos caballos. Acababan de llegar al borde del agua y estaban atándolos a las ramas bajas y abiertas de los cedros.

Sobre el primer animal, un caballo de caza gris, de gran tamaño, iba sentada, de lado, la condesa. Al principio había quedado oculta por el follaje y no se veía más que el caballo, pero en cuanto quedó al descubierto, la montura se convirtió en un *poney*.

La arpillera simbólica pendía en torno al cuerpo de la condesa en pliegues enormes y chorreantes. Detrás de ella iba Fucsia, montada a horcajadas sobre un caballo ruano. La muchacha le acariciaba el cuello mientras avanzaban por entre los árboles. Era como acariciar terciopelo mojado. La crin negra parecía una réplica de la cabellera de Fucsia; mojada y lacia, se le pegaba a la frente y al cuello.

Las tías iban en un tílburi tirado por un *poney*. Parecía extraordinario que no estuvieran vestidas de púrpura. Las ropas purpúreas de las mellizas habían sido siempre y para todos tan inevitables como sus caras. Parecían incómodas con la arpillera y no hacían más que tirar de ella con dedos fláccidos. El delgado cochero detuvo al *poney* cerca del lago, y en el mismo instante otro tílburi de diseño parecido, pero pintado de un feo color naranja oscuro, apareció por entre los pinos, y en él venía sentada la señora Ganga, tan tiesa como podía, la orgullosa pose (así la imaginaba ella) anulada por la expresión aterrorizada del rostro, que emergía como una especie de fruta marchita de los ásperos pliegues de la vestimenta. Recordaba la Investidura de Sepulcravo. Él era entonces un adolescente. Había nadado hasta la balsa, y no había llovido. Pero —¡oh, su pobre corazón!— todo había cambiado. Nunca hubiera llovido el día de una Investidura cuando ella era joven. Entonces las cosas eran tan diferentes.

En la falda llevaba a Titus, empapado. No obstante, la túnica que había planchado con tanto esmero parecía milagrosamente blanca, como si emitiera luz en lugar de recibirla. Titus se chupaba el pulgar y miraba alrededor. Veía a las figuras que lo observaban desde lo alto de los árboles. No sonreía: simplemente miraba, volviendo la cabeza de unos a otros. Luego se interesó por una argolla de oro que la condesa le había enviado esa misma mañana: la hacía subir por el brazo tan arriba como podía, y luego la hacía bajar hasta el pliegue de la regordeta muñeca, examinándola muy seriamente todo el rato.

El doctor y su hermana tenían un sicomoro para ellos solos. Tardaron un cierto tiempo en alzar a Irma, a quien todo este asunto no le hacía ninguna gracia. Le desagradaba tener las caderas apretadas entre el ramaje, aunque fuera en nombre del simbolismo. El doctor, sentado un poco más arriba, parecía alguna especie de pájaro, posiblemente una grulla desplumada.

Pirañavelo había seguido a Tata Ganga para impresionar a la muchedumbre. Aunque le correspondía un pino-para-cuatro, eligió un pequeño fresno, donde gozaría de la doble ventaja de ver cómodamente y de ser visto por el resto de Gormenghast.

Las mellizas mantenían las bocas herméticamente cerradas. Se repetían interiormente cualquier pensamiento que se les ocurriera, para comprobar que la palabra «Incendio» no se les había colado, y cuando estaban seguras de que no era así, decidían de cualquier modo guardarlo para ellas mismas, como medida precautoria. En consecuencia no habían pronunciado una palabra desde que Pirañavelo las dejara en el dormitorio. Seguían estando lívidas, pero no con una blancura tan horrible. Un pequeño reflejo amarillo se les había infiltrado en la tez, y esto era bastante repelente. Las palabras de Pirañavelo, cuando en su papel de Muerte les había dicho que estaría siempre junto a ellas, no podían haber sido más verídicas. Ahora, mientras esperaban a que las ayudaran a bajar del tílburi, estaban estrechamente abrazadas, pues la Muerte no las había abandonado desde aquella pavorosa noche, y en todo momento tenían el lívido cráneo delante de los ojos.

Por medio de una proporcionada mezcla de fuerza bruta y de obsequiosa delicadeza, los oficiales habían conseguido por fin encaramar a la condesa Gertrude sobre su estrado, entre las enormes ramas oscuras de un cedro. Una alfombra roja cubría el tablado de la plataforma. Las diferentes especies de pájaros y aves zancudas del lago, que espantadas por las actividades del Día habían estado sobrevolando el bosque en aturdidas bandadas, acudieron en tropel hacia el árbol de la condesa en cuanto ella se instaló en el enorme sillón de mimbre. Luchando por conseguir las mejores posiciones a los pies y en otras partes del hospitalario cuerpo de la condesa, había una curruca, un zorzal, un reyezuelo, un herrerillo, un pitpit, un martín pescador, un alcaudón de dorso rojizo, un jilguero, un escribano amarillo, dos arrendajos, un pájaro carpintero moteado, tres gallinas de agua (en el regazo, junto con un pato silvestre, una becada y un zarapito), un caudatrémula, cuatro chorlos, seis mirlos, un ruiseñor y veintisiete gorriones.

Todos ellos aleteaban, derramando salpicaduras de diferentes dimensiones, de acuerdo con la envergadura de las alas, en el aire goteante. Los cedros, con los enormes brazos extendidos uno encima del otro, como húmedas terrazas de color verde oscuro, eran una protección más adecuada que el resto de la vegetación.

Por ese entonces los mozos de establo en las ramas superiores del nogal muerto estaban tan empapados como si se hubiesen sentado en el lago.

Lo mismo ocurría en la orilla de los Moradores, esa orgullosa e indigente congregación. No dejaban ningún reflejo en la superficie del agua, demasiado triturada por los aguijones de la lluvia.

Instalar a Bergantín en su estrado fue la tarea más delicada y desagradable que le cupo al grupo de oficiales. Estuvo acompañada de tan horribles palabrotas que incluso la pierna atrofiada se sonrojó por debajo de la arpillera. Aunque ya tenía que estar curada de espantos tras muchos años de oír juramentos, esta mañana sintió vergüenza al comprobar hasta qué punto de degradación la parte superior del cuerpo era capaz de *descender*, y se puso de color de almagre desde la cadera hasta la punta del dedo gordo. Sólo la consolaba que la influencia contaminante no hubiese descendido más allá de los pulmones, y que por tanto los males de la pierna atrofiada eran enteramente físicos.

En cuanto se sentó en la silla de respaldo alto de la Investidura, Bergantín metió debajo la muleta con aire irritado y empezó a escurrirse la barba. Para entonces, Fucsia estaba ya en su cedro. Tenía uno para ella sola, y estaba relativamente seco gracias al espeso follaje que se extendía por encima del estrado. Miraba a los habitantes de las casas, al otro lado del lago. ¿Por qué el corazón le latía con fuerza al ver a esas gentes de Extramuros? ¿Por qué se sentía incómoda? Era como si ellos guardaran un oscuro secreto, del que se iban a servir un día; algo que amenazaría la seguridad del castillo. Pero esa gente no tenía ninguna fuerza. Dependían de la gracia de Gormenghast. ¿Qué podían hacer? Fucsia observó a una mujer que se mantenía un poco apartada del grupo. Tenía los pies en el agua. Sostenía a una criatura en brazos. Mientras Fucsia la observaba, le pareció ver por un instante las oscuras lanzas de la lluvia a través de los miembros de la criatura. Se restregó los ojos y miró de nuevo. Estaba tan lejos… No podía estar segura.

Incluso los oficiales habían trepado a un olmo recubierto de yedra, con una rama quebrada que pendía de un tendón sin savia.

Sobre el cuarto estrado de los cedros, las tías temblaban, con las bocas cerradas herméticamente. No podían concentrarse en la ceremonia porque la Muerte estaba sentada con ellas.

Bergantín había empezado, la vieja voz se abría paso rechinando a través del tibio aguacero. Llegaba a todas partes, pues ya nadie notaba el sonido de la lluvia. Había sido tan monótona durante tanto tiempo que ya no se oía. Si hubiera cesado de repente, el silencio habría sido como un estruendo.

Pirañavelo observaba a Fucsia a través de las ramas. Sería difícil, pero sólo necesitaba un plan bien urdido. No había que forzar las cosas. Paso a paso. Conocía el temperamento de Fucsia: simple, dolorosamente simple, propensa a apasionarse por cosas ridículas; obstinada, pero en definitiva una muchacha, fácil de asustar y de adular; absurdamente fiel a unos pocos amigos, pero en la que no sería

difícil sembrar desconfianza. ¡Una muchacha tan dolorosamente simple! Ése era el punto clave. No podía olvidar a Titus, claro, pero ¿para qué estaban los problemas sino para solucionarlos? Se pasó la lengua por el diente cariado.

Prunescualo se había secado las gafas por vigésima vez y observaba a Pirañavelo, que observaba a Fucsia. No prestaba atención a Bergantín, que soltaba la monodia del catecismo tan rápidamente como podía, pues estaba sufriendo las primeras punzadas de reumatismo.

—… y cargará para siempre con la sagrada responsabilidad del castillo de sus padres y de los dominios adyacentes, que defenderá de palabra y obra contra las incursiones de mundos ajenos. Observará los ritos sagrados, honrará sus blasones, y cuando llegue el momento instilará en su primer vástago varón respeto y reverencia por cada una de las piedras, hasta que repose en la tumba de sus antepasados, añadiendo un eslabón a la interminable cadena de los Groan. Que así sea.

Bergantín se sacó de la cara el agua chorreante con la palma de la mano y se escurrió de nuevo la barba. Luego buscó la muleta tanteando alrededor, y se incorporó sobre su única pierna. Con el brazo libre apartó una rama y chilló a través del ramaje:

—Eh, vosotros holgazanes, ¿estáis listos?

Los dos hombres de la balsa estaban listos. Habían tomado a Titus de brazos de Tata Ganga y se habían puesto de pie sobre la balsa de ramas de castaño, en el borde del lago. Del tamaño de una muñeca, Titus estaba sentado en medio de la balsa. El pelo de color sepia se le había pegado a la cara y al cuello, y tenía una expresión azorada en los ojos violetas. La ceñida túnica blanca marcaba los contornos del cuerpo pequeño.

La ropa ajustada era luminosa.

—¡Empujad, maldita sea! ¡Empujad! —La voz chillona de Bergantín rastrilló la superficie del agua de este a oeste.

Con un largo y gradual impulso de las perchas, los dos hombres condujeron la balsa hacia aguas más profundas. Moviéndose por ambos lados de la balsa y sumergiendo las perchas una docena más de veces, llegaron cerca del centro del lago. En un saquito de cuero que le colgaba de la cintura, el hombre más viejo llevaba la piedra simbólica, la rama de yedra y el collar de caracoles. El agua era ahora demasiado profunda para que pudieran alcanzar el fondo con las perchas, por lo que los dos hombres se zambulleron en el agua y se agarraron al borde de la balsa. Enseguida, dando puntapiés, moviendo las piernas como ranas, la acercaron al sitio adecuado.

—¡Más al oeste! —vociferó Bergantín desde la orilla—. ¡Más al oeste, idiotas!

Los nadadores chapotearon hasta el lado contiguo de la balsa y patalearon otra vez. Luego alzaron la cabeza por encima del agua pinchada de lluvia y miraron en la dirección de la voz de Bergantín.

—¡Alto! —chilló la desapacible voz—. ¡Y esconded vuestras malditas cabezas!

Los dos hombres se movieron a lo largo del borde hasta que las espesas ramas de castaño de la balsa, en el lado más alejado de los árboles, les oscurecieron las cabezas.

Con sólo las caras meneándose por encima de la superficie, los hombres pedaleaban en el agua. Titus estaba solo. Miraba alrededor, desconcertado. ¿Dónde había ido toda la gente? La lluvia chorreaba encima de él. Las facciones empezaron a arrugársele, le temblaban los labios, y estaba a punto de echarse a llorar cuando cambió de idea y decidió ponerse de pie. La balsa estaba completamente inmóvil y Titus se mantuvo en equilibrio.

Bergantín gruñó entre dientes. Todo salía a la perfección. Lo ideal era que el futuro conde estuviese de pie mientras se le nombraba. Naturalmente, en el caso de Titus este detalle se hubiera pasado por alto si la criatura hubiera decidido quedarse sentada o gatear alrededor.

—Titus Groan —gritó la anciana voz desde la orilla—. ¡El Día ha llegado! El castillo aguarda tu soberanía. De horizonte a horizonte, todo es tuyo, para que lo guardes y cuides: animales, vegetales y minerales, por los siglos de los siglos, pues tu muerte no detendrá la marea de una sangre tan ilustre.

La pausa era una señal para los nadadores. Encaramándose a la balsa, colgaron los caracoles alrededor del cuellecito mojado, y cuando la voz de la orilla gritó «¡Ahora!» intentaron poner en las manos de Titus la piedra y la rama de yedra.

Pero la criatura se negaba a sujetarlas.

—¡Por la sangre y los cálculos biliares del infierno! —chilló Bergantín—. ¿Qué sucede, carroñas inmundas? ¿Qué sucede? ¡Maldita sea, dadle la piedra y la rama!

Le obligaron a abrir los deditos y le pusieron los símbolos en las palmas, pero Titus apartó bruscamente las manos. No quería sostener esas cosas.

Bergantín estaba fuera de sí. Era como si el niño tuviera una mente propia. Golpeó el estrado con la

muleta y escupió con furia. No había nadie, tanto en los árboles goteantes como a lo largo de la burbujeante franja de arena, nadie que no tuviera los ojos fijos en Titus.

Los hombres de la balsa no sabían qué hacer.

—¡Inútiles! ¡Inútiles! ¡Inútiles! —chillaba la odiosa voz a través de la lluvia—. ¡Dejadlos a sus pies, malditas sean vuestras sucias entrañas! ¡Dejadlos a sus pies! ¡Y sacad de ahí esas condenadas cabezas!

Los dos hombres volvieron a deslizarse en el agua, maldiciendo al anciano. Habían depositado la piedra y la rama de yedra sobre la balsa, a los pies del niño.

Bergantín sabía que la Investidura tenía que concluir al mediodía: estaba escrito en los viejos tomos y era la Ley. Apenas quedaba un minuto.

Balanceó la cara barbuda a derecha e izquierda.

—¡Su señoría la condesa Gertrude de Gormenghast! ¡Su señoría Fucsia de Gormenghast! ¡Sus señorías Cora y Clarice Groan de Gormenghast! ¡De pie!

Apoyándose sobre la muleta, Bergantín avanzó cojeando por la resbaladiza plataforma hasta unas pulgadas del borde. No había tiempo que perder.

—¡Que Gormenghast observe y escuche! ¡Ha llegado el Momento!

Se aclaró la garganta y empezó a hablar y ya no pudo detenerse, pues no había tiempo. Pero mientras gritaba las palabras tradicionales, las uñas se le partían contra la muleta de roble y el semblante se le había vuelto púrpura. Las enormes gotas de sudor que tenía sobre la frente eran lilas, pues en ellas ardía el color de la cara congestionada.

—¡En presencia de todos! En presencia del ala sur del castillo, en presencia de la montaña de Gormenghast y en la sagrada presencia de tus antepasados de la Sangre, yo, Guardián de los Ritos Inmemoriales, en este día de la Investidura, te proclamo Conde, único conde legítimo entre el cielo y la tierra, de horizonte a horizonte: Titus, septuagésimo séptimo Señor de Gormenghast.

Un silencio terrible e irreal se había posado sobre el lago, sobre los bosques y torres, sobre el mundo. La calma había llegado como una conmoción, y en cuanto los efectos de la conmoción se apagaron, sólo quedó la blanca vacuidad del silencio. Pues mientras las últimas palabras eran pronunciadas con una furia negra, habían sucedido dos cosas. La lluvia había cesado y Titus había caído de rodillas y se había puesto a gatear hacia el borde de la balsa con la piedra en una mano y la rama de yedra en la otra. Y entonces, ante el horror de todos, había arrojado los símbolos sacrosantos a las profundidades del lago.

En el frágil y expectante silencio que siguió, una sección de delicado cielo azul se desprendió de las lóbregas nubes por encima de Titus, quien se incorporó y avanzó con pasitos prudentes hacia el borde de la balsa, de cara a la sombría multitud de los Moradores congregados en la orilla. Estaba de espaldas a Bergantín, a su madre la condesa, y a todos los que observaban paralizados la única cosa que se movía en el silencio de porcelana.

Si una rama se hubiera quebrado en cualquiera de los mil árboles que rodeaban el agua, o si de pronto hubiera caído una piña, la atroz tensión se habría roto. No se quebró ninguna rama. No cayó ninguna piña.

En los brazos de la mujer, junto a la orilla, la extraña criatura empezó a debatirse con una fuerza que ella no podía entender. Se apartaba del pecho de ella, se apartaba inclinándose hacia el lago; y entretanto, el cielo se abría en flores de azur, y Titus, en el borde de la balsa, tiró tan fuerte del collar que se le quedó en las manos. Luego levantó la cabeza y con un único grito dejó helada a la muchedumbre que lo observaba desde todas partes, ya que no era un grito de llanto ni de alegría, ni tampoco de miedo o de dolor; era un grito agudo, pero no parecía la voz de un niño. Mientras gritaba lanzó el collar al agua centelleante, y cuando el collar estaba hundiéndose, un arco iris se curvó sobre Gormenghast, y una voz respondió.

Una voz diminuta. En aquella absoluta quietud, llenó el universo, como la nota única de un pájaro. Flotó por encima del agua desde la orilla donde estaban los Moradores, desde donde la mujer permanecía apartada de los suyos; desde la garganta de la criatura nacida de las entrañas de Keda, de la criatura bastarda, hermana de leche de Titus, que refulgía con una luz espectral.

OTRA VEZ ROTTCODD

MIENTRAS TANTO, bajo el aguacero y los rayos del sol, el castillo, hueco como una campana sin badajo, con el corroído armazón goteando o refulgiendo según los efímeros caprichos de la atmósfera, se erguía en inmemorial desafío a los cambiantes aires y cielos. Pero eran sólo unos velos de luces y tonalidades alterados: un rayo de sol se convertía en rayo de luna, una hoja flotante en nieve flotante; un tallo de almizcleña en la punta de un carámbano. No eran más que transitorios cambios de piel: cada hora un pulso más, una sombra menos: un lagarto se calentaba al sol y un petirrojo moría de frío.

Piedra tras piedra gris: las paredes se elevaban. Las ventanas bostezaban; los desgastados relieves de los escudos, las volutas y las divisas legendarias, melancólicos y en ruinas sobresalían en gastados relieves sobre las arcadas y las puertas, en los alféizares de las ventanas, en las paredes de las torres o en los pilares de los contrafuertes. Cabezas roídas por mil tormentas, con las achatadas caras estriadas de verdín y con barbas de enredaderas, miraban ciegamente hacia los cuatro puntos cardinales, entre párpados rotos.

Piedra tras piedra gris: la sensación de que los enormes bloques subían hacia el cielo, uno sobre otro en una masa ascendente, pesados y al mismo tiempo vivos con el esfuerzo de días muertos. Y sin embargo *inmóviles*, mientras los gorriones revoloteaban como insectos entre la yedra. Inmóviles, como paralizados por su propio peso, mientras los movimientos fugaces de alrededor aleteaban y morían: la caída de una hoja, una rana croando en el foso, o un búho de alas de lana bajando a tierra en círculos lentos.

Había algo en aquellos acres verticales de piedra que indicaba una inmovilidad más completa, un silencio que provenía de *dentro*, que susurraba. Pequeñas ráfagas de viento crujían por el armazón exterior del castillo; las hojas caían o eran rozadas por el ala de un pájaro; cesaba la lluvia y goteaban las enredaderas. Pero *dentro*, ni siquiera la luz cambiaba, excepto cuando el sol iluminaba una serie de salas polvorientas del ala sur, lejana y solitaria.

Pues *todos* estaban en la «Investidura». El aliento del castillo envolvía el lago. No quedaba más que el viejo pulmón de piedra. Ni una pisada. Ni una voz. Sólo madera y piedra, y puertas, barandillas, pasillos y cuartos, habitación tras habitación, sala tras sala, estancia tras estancia.

Parecía como si de un momento a otro una Cosa inanimada fuera a moverse: una puerta se abriría sola, o las manecillas de un reloj empezarían a dar vueltas. El silencio era demasiado enorme y cargado para contentarse con esta titánica atrofia. La tensión encontraría sin duda una válvula de escape, estallaría repentina y violentamente, como la reserva de agua de un dique roto, y los escudos caerían de sus herrumbrosos ganchos, los espejos se resquebrajarían, el piso de madera se levantaría y se abriría, y el propio castillo temblaría, sacudiendo las paredes como alas; bostezaría, se partiría y se derrumbaría con un rugido.

Pero no ocurrió nada. Cada sala era una boca abierta que no podía cerrarse; las mandíbulas de piedra forzadas y dolorosas. Las puertas eran como colmillos arrancados de la encía. No se oía ningún ruido y no sucedía nada humano.

¿Qué se movía en estas inmensas cuevas? ¿Una sombra huidiza? Sólo donde los rayos del sol se paseaban por el ala sur. ¿Qué más? ¿Ningún otro movimiento?

Sólo el paso acolchado de los gatos. Sólo el silencio de los gatos aturdidos, toda una hilera de gatos, una hilera ondulante, blanca como el lino, y desolada como el largo ademán de una mano.

¿Dónde, en los desiertos del castillo abandonado, hechizado con lagunas de piedra, encontrarían un camino? De silencio en silencio. Todo estaba desarraigado. Vida, hueso y aliento. El eco, las cosas que se movían, todo había desaparecido…

Eran una corriente. Una corriente que discurría, silenciosa y deliberada. Una corriente que se deslizaba a través de las puertas entreabiertas, Los gatos.

Pasaron rápidamente bajo el firmamento de querubines desconchados que coronaba la penumbra. Los

pilares, estrechándose en fría perspectiva, eran una avenida mastodóntica. En el refectorio había pistas de silencio. Corrieron sobre las piedras. Por un pasillo de yeso resquebrajado. Habitación vacía tras habitación vacía, sala tras sala, galería tras galería, profundidad tras profundidad, hasta que la inmensa cocina gris se abrió ante ellos. Los tajos, los hornos y las parrillas se alzaban inmóviles como altares funerarios. La espumosa corriente pasó muy por debajo de las vigas torneadas. Fluía sin el menor titubeo. Cuando la cola de la hilera blanca desapareció, la cocina se quedó tan desolada como un cráter en una colina lunar. Subían en tropel por escaleras frías, hacia otras tierras.

¿Qué ha sido de ella? Corrían, con ojos como lunas, a través de la lúgubre penumbra de un millar de bostezos. Trepando por escaleras de caracol a otros nuevos mundos, atravesando la media luz del mediodía. Y no había señales de vida, y ella no estaba.

Y sin embargo no cejaban. Legua tras legua, las rápidas y parsimoniosas pisadas acolchadas. Dejaron atrás la habitación de estaño, luego la habitación de bronce, la habitación de hierro. Dejaron atrás la armería, y unos pasadizos, a ambos lados…, pero nada respiraba en Gormenghast.

La puerta de la Galería de las Tallas Brillantes estaba entreabierta. Cuando se escurrieron por la abertura fue como si hubiera aparecido una larga serpiente de nieve blanda, con el ondulante cuerpo moteado de ojos amarillos. Sin detenerse un momento se deslizó por entre las tallas levantando centenares de nubecillas de polvo. Llegó hasta el fondo sombrío de la sala, hasta la hamaca donde, como una continuación física del silencio y de la quietud, dormitaba el conservador, la única cosa viva en el castillo, aparte de la serpiente felina que pasaba delante de él y ya regresaba hacia la puerta. Por encima, refulgían las tallas multicolores. La mula dorada, la criatura gris galerna, la cabeza herida con bucles de púrpura abismal.

Rottcodd dormitaba, ignorando por completo no sólo que su santuario había sido invadido por los gatos de la condesa, sino también que el castillo estaba vacío debajo de él y que éste era el día de la Investidura. Nadie le había comunicado la desaparición del conde, ya que nadie había subido a la polvorienta galería desde la última visita de Excorio.

Cuando despertó, sintió hambre. Levantó las persianas y descubrió que la lluvia había cesado y que de acuerdo con la posición del sol estaba avanzada la tarde. Y sin embargo no le habían mandado nada en el diminuto ascensor que comunicaba con la cocina, ochenta varas más abajo. Era algo inaudito. No encontrar la comida aguardándolo en el ascensor era tan extraño que por un momento pensó que quizás no estaba despierto. Quizás estaba soñando que había bajado de la hamaca.

Tiró de la cuerda que desaparecía en el pozo negro, y oyó muy abajo el débil tintineo de la campana. Aunque el sonido metálico era apagado y remoto, hoy parecía más claro que otros días. Se diría que era la única cosa en movimiento. Como si no tuviera otro sonido con que competir, ni siquiera el zumbido de una mosca contra un cristal; sonaba de una manera tan solitaria, tan clara y tan infinitamente distante. Aguardó, pero no pasó nada. Tiró del cabo de la cuerda por segunda vez y lo soltó. De nuevo resonó una campana, como en una ciudad de sepulcros olvidados. Esperó otra vez. Y otra vez no pasó nada.

Profundamente perturbado, regresó a la ventana que abría tan pocas veces, pasando por debajo de la trémula luz de los candelabros. Estaba acostumbrado al silencio y advirtió enseguida que había algo inusual en el vacío. Algo próximo e insistente. Y mientras reflexionaba notó una especie de inestabilidad, una sensación casi de miedo, como si la ética hasta ahora incuestionable sobre la que se asentaban todas sus creencias, y que filtraba todos y cada uno de sus conceptos, estuviera de pronto amenazada. Como si la *traición* merodeara por alguna parte. Algo profano, peligroso e implacable en su desdén por las premisas fundamentales de la *lealtad*. ¿Qué podía contar, o bien tener el más mínimo tipo de valor en acción o pensamiento, si los cimientos sobre los que había erigido el edificio de sus creencias estaban hundiéndose y poniendo en peligro la sacrosanta estructura que tenían encima?

Era imposible. ¿Qué *podía* cambiar? Se acarició la barbilla y echó una mirada dura y vidriosa a través de la ventana. A sus espaldas, la larga y sombría Galería de las Tallas Brillantes relucía tenuemente bajo los candelabros suspendidos. Aquí y allá, una espalda o una mandíbula, una aleta o una pezuña ardían en la penumbra con una llama verde o añil, escarlata o amarillo limón. La hamaca se balanceaba ligeramente.

Algo andaba mal. Incluso si la comida le hubiera llegado como todos los días, hubiera notado que algo andaba mal. Este silencio no era el de siempre. Era portentoso.

Revolvió tortuosamente sus pensamientos, y sus ojos, perdiendo por un momento el lustre de vidrio, recorrieron la escena de abajo. Un poco a la izquierda, a unos cincuenta pies por debajo de la ventana, había una desolada meseta de tejados bordeada de torreones, grises de musgo, que se alzaban a intervalos de unos tres pies. Había docenas de ellos. Rottcodd examinaba el monótono perfil, cuando de repente echó la cabeza hacia adelante y clavó los ojos. Acababa de advertir que cada torreón estaba rematado por un gato, y que cada gato, blanco como un penacho, tenía el cuello estirado y miraba algo a través de los ojos

hendidos, algo que se movía, mucho más abajo, en el estrecho sendero color de tierra que salía de las dependencias del castillo hacia los bosques del norte.

Rottcodd descubrió, observando las miradas convergentes de los gatos de los torreones, el área del lejano panorama que convenía examinar, pues la inmóvil y ávida concentración de cada una de las luminosas siluetas níveas y de los ojos amarillos hacía pensar que sin duda había algún espectáculo particularmente interesante por debajo de ellos, y al cabo de un rato consiguió ver, saliendo del bosque, como si fueran juguetes, la cabalgata de los principales personajes del castillo de piedra.

Los caballitos iban en cabeza. Rottcodd, que veía con facilidad a lo lejos, pero que cuando se ponía la mano delante de la cara no podía contar los dedos más que tocándolos, se quitó las gafas. Las borrosas figuras que avanzaban a la luz del sol, tan lejos por debajo de su ventana, dejaron de bailar, se aclararon, y sobresaltaron a Rottcodd. ¿Qué había pasado? En el momento en que se hizo la pregunta, encontró la respuesta. ¡Y pensar que a nadie se le había ocurrido comunicárselo! ¡Nadie! Era una píldora amarga. Lo habían olvidado. Pero no podía quejarse, pues siempre había deseado que lo olvidaran. No podía tenerlo todo.

Observó atentamente: no había error posible. Las figuras eran minúsculas pero claras como el cristal en la atmósfera lavada por la lluvia. Había una cesta de mimbre sobre el caballo que encabezaba el desfile: la criatura que él nunca había visto hasta entonces, dormida con un brazo sobre el borde de la cesta. ¡Dormida el día de la Investidura! Rottcodd hizo una mueca de dolor. Era Titus. Así pues, Sepulcravo había muerto sin que él se enterara. Habían ido al lago; al lago; y allí, debajo de él, transportado lentamente por una yegua gris, estaba el septuagésimo séptimo.

Sujetando la brida de la yegua iba un joven que no conocía. Era alto de hombros y el sol le brillaba en la frente abombada. Debajo de la silla-cuna, el lomo de la yegua estaba cubierto por un apolillado tapiz bordado en oro que colgaba casi hasta el suelo.

Además de Titus, la cuna contenía una corona de cartón, una pequeña espada de vaina azul-cielo, y un libro con las hojas de pergamino apretujadas contra los pequeños muslos de la criatura, profundamente dormida.

Detrás de él, montada de lado, venía la condesa, con la cabellera como una punta de fuego. Estaba muy quieta mientras la montura avanzaba lentamente. Enseguida Rottcodd vio a Fucsia, de espalda muy erguida y las manos flojas en las riendas. Después el tílburi de las tías, a quienes Rottcodd tardó en reconocer a pesar de sus inconfundibles e idénticas posturas, pues no llevaban los trajes purpúreos. Vio a Bergantín, a quien confundió con Agrimoho, su difunto padre, clavando una muleta en el flanco del caballo, y luego a Tata Ganga, sola en su carruaje, con las manos en la boca, mientras un mozo de cuadra tiraba del *poney*. A la vanguardia de los peatones iban los Prunescualo. Irma cogida del brazo de su hermano, seguidos de Pentecostés y del poeta con cara de cuña. Pero ¿quién era ese hombre rechoncho de cara de mulo que caminaba entre ellos con pasos arrastrados? ¿Y dónde estaba Vulturno? Sí, ¿dónde estaba el chef? ¿Y Excorio? Detrás de Pentecostés, aunque a una distancia respetuosa, iba el grueso de la tropa, los innumerables criados que el bosque lejano vomitaba por momentos.

Ver después de tanto tiempo las figuras del castillo que desfilaban por debajo de él (aunque tan lejanas) fue, para Rottcodd, a solas en la Galería de las Tallas Brillantes, motivo de satisfacción y de pena a la vez. Satisfacción de ver que el ritual de Gormenghast seguía cumpliéndose tan sacramental y deliberadamente como siempre, y pena a causa de ese nuevo sentimiento de flujo que, aunque en apariencia inexplicable e irracional, le emponzoñaba la mente y le aceleraba el corazón. Los que vivían abajo habían tenido ya, en formas y grados diversos, ese presentimiento de peligro que acababa de irrumpir en la remota y polvorienta atmósfera en la que la suerte de Rottcodd había sido pasarse la vida en constante duermevela.

¿Sepulcravo muerto? Y un nuevo conde…, ¿un niño de apenas dos años? ¿Cómo era posible que las piedras del castillo no le hubieran transmitido el mensaje, que las Tallas Brillantes no le hubieran revelado el secreto? Desde el paisaje de juguete compuesto por figuras, caballos, senderos, árboles, rocas y el reflejo verde de un lago del tamaño de un sello, brotó de pronto el grito de una voz vieja, cruel, a pesar de la distancia. Luego el silencio descendió otra vez sobre la comitiva, y sólo fue interrumpido por ruidos tan ínfimos como el de una tachuela cayendo sobre un ladrillo, cuando el casco de un caballo golpeaba una piedra, o una brida restallaba con la voz de un mosquito; y Rottcodd desde lo alto de su nido de águila, observaba a las figuras que avanzaban y avanzaban hacia la base del castillo, cada una de ellas con una sombra corta y negra cosida a los talones. En torno a la comitiva, el terreno parecía recién pintado, o más bien, era como si un paisaje, apagado y triste con el paso del tiempo, hubiera sido barnizado y ahora brillara como nuevo, prístino cada fragmento de la enorme tela; todo, un glorioso esplendor.

La yegua que iba adelante, con Titus todavía dormido en la silla de mimbre, se estaba aproximando

ahora a una sombra más vasta, la sombra del castillo, que se desparramaba prodigiosamente como un lago de agua morosa desde la base de las murallas de piedra.

La hilera de figuras se estiraba más y más en una curva delgada. Aun ahora que la cabeza de la procesión estaba bajo los muros, los lejanos sotos junto al lago seguían vaciándose. Rottcodd volvió un momento los ojos hacia los gatos blancos, cada uno encaramado sobre un torreón de musgo gris. Notó enseguida que ya no miraban el grupo como antes, sino hacia cierta sección de la fila, donde cabalgaba la silenciosa condesa. Los cuerpos ya no estaban inmóviles. Temblaban al sol; cuando Rottcodd apartó los ojos guijarrosos y miró a las estatuillas de abajo (las tres mayores hubieran cabido en la garra del más alejado de los gatos, que se encontraba a unos buenos cincuenta pies por debajo de Rottcodd), se vio obligado a mirar otra vez rápidamente hacia los heráldicos felinos, pues los cuerpos temblorosos emitieron al unísono un grito parecido a una sirena, totalmente sobrenatural.

Por detrás de Rottcodd, la larga y polvorienta galería pareció alargarse, pues el grito del mundo exterior acentuó el silencio mortal, expandiéndolo, y una tierra desierta se extendió a la altura de sus omoplatos. Al otro lado de la puerta lejana, y por debajo del suelo de madera, en las salas del piso inferior, y aún más abajo, por los laberintos de pasillos y escaleras mudas, el melancólico castillo bostezó.

La condesa había tirado de las riendas del caballo y levantó la cabeza. Por un instante, paseó los ojos por el precipicio que se alzaba sobre ella, y luego, frunciendo la boca, dejó escapar una nota aguda y triste, como de caramillo.

Los torreones de musgo gris quedaron repentinamente desocupados. Como blancas corrientes de agua, como cascadas, los gatos descendieron por el vertiginoso precipicio de piedra. Rottcodd no comprendía cómo habían podido desaparecer tan rápidamente, como nieve derretida al sol, y cuando apartó los ojos de la desierta meseta de tejados para escrutar el paisaje de más abajo, quedó estupefacto al ver una nubecilla que atravesaba deprisa un campo de arvejas. La nube aminoró la velocidad y se arremolinó, y cuando la condesa adelantó su montura, era como si el animal chapoteara hasta los espolones en una bruma blanca que se condensaba en el movimiento de los cascos.

Titus despertó cuando la yegua que lo transportaba entró en la sombra del castillo. Se arrodilló en la cesta, los cabellos negros por la lluvia de la mañana, adheridos como serpientes al cuello y los hombros. Se aferró al borde de la cuna. La túnica empapada y brillante pareció de color gris cuando se hundió en la sombra acuosa que la yegua estaba vadeando. Una tras otra, las minúsculas figuras perdieron su brillo de juguetes y fueron devoradas. Los cabellos de la condesa se extinguieron como una brasa en la bahía plomiza. La nube felina a sus pies era ahora una neblina de humareda gris. Una a una, las brillantes formas penetraron en la sombra y se ahogaron.

Rottcodd se apartó de la ventana. Las tallas seguían allí. El polvo seguía allí. La débil luz de los candelabros arrancaba trémulos reflejos de las tallas. Pero todo había cambiado. ¿Era ésta la galería que Rottcodd conocía desde hacía tanto tiempo? Los presagios parecían ominosos.

Y entonces, mientras permanecía completamente inmóvil, con las manos asidas al mango del plumero, el aire se avivó, y hubo *otro* cambio, *otra* presencia en la atmósfera. En alguna parte, algo acababa de estallar. Algo pesado como una gran bola y frágil como el vidrio; y había estallado, pues el aire circulaba libremente y el tenso y doloroso peso de la vacuidad se había desvanecido, llevándose consigo el insistente golpeteo. Aunque no había oído nada, sabía que ya no estaba solo. El castillo volvía a respirar.

Retornó a la hamaca, extrañamente contento y extrañamente perplejo. Se tumbó, con una mano detrás de la cabeza y la otra colgando por el borde de la hamaca en cuyas cuerdas alcanzaba a sentir el ronroneo de un castillo con vida. Entornó los ojos. ¿Cómo había muerto lord Sepulcravo? Excorio no había mencionado que estuviera enfermo. Pero de eso hacía mucho tiempo. ¿Cuánto tiempo? Con un sobresalto que le hizo abrir los ojos, se dio cuenta de que había transcurrido más de un año desde que el flaco criado le trajera la noticia del nacimiento de Titus. Lo recordaba todo claramente. El chasquido de las rodillas de Excorio. El ojo pegado a la cerradura. Los nervios. Pues Excorio había sido su último visitante. ¿Podía ser que durante más de un año no hubiera visto a un alma viviente?

Rottcodd pasó los ojos por el dorso de madera de una nutria moteada. Podían haber sucedido mil cosas durante este año. De nuevo se sintió muy inquieto. Cambió de posición en la hamaca. Pero ¿qué *podía* haber sucedido? ¿Qué podía haber sucedido? Chasqueó la lengua.

El castillo respiraba. Muy por debajo de la Galería de las Tallas Brillantes, la rueda de Gormenghast volvía a girar. Después del vacío era como si ascendiera un tumulto a través de él, aunque no había oído ningún sonido. Y sin embargo, a estas horas ya habría puertas abriéndose; habría ecos por los pasillos, y rápidas luces oscilando a lo largo de las paredes.

Las pasiones terrenales deambularían por los alvéolos de piedra. Habría lágrimas, y habría extrañas

carcajadas. Nacimientos y muertes crueles bajo los techos umbrosos. Y sueños, y violencia, y desencanto.

Y pronto habrá un flamígero amanecer verde. ¡Y el amor mismo llamará a la insurrección! Pues mañana es también un día… y Titus ha entrado en su fortaleza.

FIN

MERVYN PEAKE. Novelista, poeta y artista, nació en 1911 en Kiling, China, hijo de un médico misionero. Llegó a Inglaterra a los once años y estudió en las Royal Academy Schools. Entre 1934 y 1936 vivió en la isla de Sark con un grupo de artistas y, de vuelta en Londres, enseñó dibujo y pintura e ilustró obras de Coleridge, Stevenson, Carroll y otros. En 1946 publicó *Titus Groan*, luego *Gormenghast* (1950) seguido de *Titus Solo* (1959), una trilogía gótica que pronto se convirtió en una obra de culto. La poesía de Peake incluye *The Glassbowers* (1950) y *The Rhyme of the Flying Bomb* (1962). Peake murió en 1968 tras una larga enfermedad.